BIBLIOTHECA
FF. PRÆDICATORUM,
BENITIÆ.
No. 242
6

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

SETIEMBRE.

Varios Prelados de España han concedido 1300 dias de indulgencia á todas las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

AÑO CRISTIANO,

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

Ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO,

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL P. JUAN CROISSET,
de la Compañía de Jesús,

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO

por el P. José Francisco de Isla,
de la misma Compañía.

ADICIONADO CON LAS VIDAS DE LOS SANTOS Y FESTIVIDADES QUE CELEBRA LA IGLESIA DE ESPAÑA, Y QUE ESCRIBIERON

LOS PP. Fr. PEDRO CENTENO Y Fr. JUAN DE ROJAS,
DE LA ÓRDEN DE SAN AGUSTIN.

ÚLTIMA Y COMPLETA EDICION,

AUMENTADA CON EL **MARTIROLOGIO ROMANO** ÍNTEGRO, LOS SANTOS NUEVAMENTE APROBADOS,
HIMNOS Y SECUENCIAS QUE CANTA LA IGLESIA, ETC., ETC.

SETIEMBRE.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:
LIBRERÍA RELIGIOSA,
IMPRENTA DE D. PABLO RIERA.
Mayo de 1854.

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/anocristiano0000vari_f6c0

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

SETIEMBRE.

DIA PRIMERO.

MARTIROLOGIO.

San Gil, abad y confesor, en la provincia de Narbona. *(Véase su vida en las de hoy).*

Los doce santos hermanos Mártires, en Benevento. *(Véase su noticia en las de hoy).*

Los santos Josué y Gedeon, en la Palestina. *(Véase su historia en las de hoy).*

Santa Ana, profetisa, en Jerusalen, cuya santidad consta del Evangelio. *(Fue esposa de Elcana, y siendo estéril, obtuvo por sus ruegos y oraciones ser madre del profeta Samuel. Ana señaló su reconocimiento en un cántico de accion de gracias, lleno de ideas sublimes y magníficas. Nada se sabe de las circunstancias de su muerte). (Véase la vida de Samuel en el dia 20 de agosto).*

San Prisco, mártir, en Capua en la via Aquaria: fue uno de los antiguos discípulos de Jesucristo.

San Sixto, en Reims en Francia: era discípulo del apóstol san Pedro, y por el mismo Apóstol fue consagrado primer obispo de aquella ciudad: alcanzó la corona del martirio en tiempo de Neron.

San Terenciano, obispo y mártir, en Todi en la Umbría; el cual en tiempo del emperador Adriano por órden del procónsul Licinio fue atormentado en el potro y con escorpiones: finalmente, cortándole la lengua y degollándole consumó el martirio.

San Ammon, diácono, y cuarenta santas Vírgenes, en Heraclea, á las cuales el santo Diácono instruyó en la fe, y en tiempo del tirano Licinio condujo consigo á la gloria del martirio.

Los santos mártires Vicente y Leto, en España. *(Varias, contradictorias y sumamente confusas son las noticias que se tienen de estos Santos. Algunos autores les suponen franceses, diciendo, que Vicente, obispo, y Le-*

3414

to, presbítero, fueron dos apóstoles del Occidente, y que murieron martirizados, en cuya última circunstancia todos los escritores convienen. Pero otros autores, y son los mas, aseguran que nacieron en la ciudad de Toledo, y que padecieron martirio en su misma patria en el siglo III ó IV. Lo único cierto es el rezo propio de estos Santos, que se lee en el antiguo Breviario mozárabe).

San Régulo, mártir, en Populonio en Toscana, ahora *Porto Baratto;* el cual viniendo del África en el reinado de Totila, alcanzó allí la palma del martirio.

San Lupo, obispo y confesor, en Sens; de quien se lee que estando un dia diciendo misa á presencia del clero, cayó del cielo una piedra preciosa en el cáliz. *(Véase su noticia en las de hoy).*

San Prisco, obispo, en Capua: fue otro de aquellos sacerdotes que en la persecucion de los vándalos, afligidos de diversos modos por defender la fe católica, y metidos en un barco viejo, desde el África arribaron á las riberas de la Campaña de Italia; y esparciéndose por aquel país, y siéndoles encomendado el gobierno de varias iglesias, propagaron maravillosamente la religion cristiana. Sus compañeros eran Castrense, Tammano, Rosio, Eraclio, Secundino, Adyutor, Marcos, Augusto, Elpidio, Canion y Vindonio.

San Constancio, obispo, en Aquino, esclarecido por el don de profecía y por sus muchas virtudes.

San Vitorio, obispo, en Mans en Francia.

Santa Verena, vírgen, en la diócesis de Constanza, junto á las Aguasduras.

SAN GIL, ABAD.

Fue san Gil natural de Atenas, y de casa tan ilustre, como que traia su orígen de los antiguos reyes del país. Sus padres eran cristianos, y como mas distinguidos por los ejemplos de su virtud, que por la superior nobleza de sus reales ascendientes, ni por el esplendor de sus inmensas riquezas, aplicaron el mayor cuidado á la mejor educacion de su hijo, disponiendo que fuese instruido en las letras humanas; y aunque el niño Gil por la extraordinaria viveza de su ingenio hizo grandes progresos en ellas, todavía fueron mayores los que adelantó en la ciencia de los Santos y de la Religion. Crecia su virtud con la edad, á la que parecia haberse anticipado, y dedicado su principal estudio á la leccion de los libros espirituales, parándose con particular atencion en las vidas de aquellos grandes hombres que habian descollado mas en la santidad. Desde luego fue presagio de la suya la tierna caridad que profesaba á los pobres, sin haber salido aun de su niñez. Desnudábase de sus vestidos por abrigarlos á ellos; y añadiéndose á esto una inclinacion particular al retiro, fácilmente se dejó conocer que el bullicio del mundo no era de su gusto. Ignoró absolutamente todos aquellos juegos, diversiones y entretenimientos que son tan ordinarios en aquella tierna edad, no reconociendo otros que

el estudio y la oracion; de manera, que cuando no se le encontraba en su cuarto, no habia que buscarle en otra parte que encomendándose á Dios en la iglesia. Por la pureza de sus costumbres, por su rara modestia, y por una vida que ya picaba en austera, todo en aquella florida edad que erradamente se llama el tiempo y la sazon de los pasatiempos, era la admiracion general de todo el pueblo, y resonaban sus elogios en las escuelas de Atenas.

Faltáronle sus padres estando aun en la flor de su juventud, y por su muerte se halló único y universal heredero de su opulento patrimonio. Tuvo poco que hacer, ni en consultar, ni en resolver el acierto de su empleo. Tomó desde luego su partido, porque altamente impreso en su memoria, y mas profundamente grabado en su corazon aquel consejo de Jesucristo al otro jóven que aspiraba á la vida mas perfecta: *Vé, vende lo que tienes, y repártelo á los pobres*, no se detuvo ni un solo momento. Vendió al punto todos sus bienes, y distribuyó su valor entre los necesitados: accion generosa inspirada del mas elevado motivo, que ganándole el corazon á Dios, le colmó de los mas singulares favores, mereciéndole desde luego el don de los milagros con que le honró el mismo Señor. Hallábase un dia de fiesta en la iglesia, cuando un energúmeno comenzó á dar tan espantosos aullidos, que atemorizados todos los circunstantes, fue preciso que se interrumpiesen los divinos oficios. No pudiendo sufrir san Gil que el demonio se atreviese á turbar la devota quietud del sagrado templo, se llegó á él, y le mandó imperiosamente en nombre de Jesucristo que enmudeciese, y que al punto dejase libre aquella pobre criatura. Obedeció el espíritu infernal, desocupó la posada quedando sano el poseido, y lleno de admiracion el concurso á vista de aquel prodigio.

No obró este solo milagro. Estaba ya para espirar un infeliz hombre á quien habia mordido una venenosa serpiente, y como los que le rodeaban, lastimados de aquella desgracia, advirtiesen que san Gil salia de la iglesia, corrieron á él, suplicándole se compadeciese de aquel miserable moribundo. Tuvo lástima de él, hizo una breve oracion al Señor, y en el mismo punto quedó restituido á su perfecta salud, mirando ya á Gil toda la ciudad con respeto, con veneracion y con asombro. Sobresaltóse su humildad luego que lo reconoció; y no pudiendo sufrir el superior concepto que se hacia de su virtud, determinó desterrarse de su país; pero mientras se proporcionaba oportunidad de embarcacion, se retiró á una isla desierta, donde se hubiera fijado á no atemorizarle la cercanía de Atenas; consideracion que

le obligó á embarcarse en un navío, y hacerse á la vela para Francia.

Duróle poco el gozo de verse en la embarcacion, donde por no ser conocido era desestimado: consuelo grande para su espíritu humilde; pero á breve tiempo le privó de él un milagro. Apenas se habian hecho á alta mar, cuando se levantó una deshecha tormenta que amenazaba inevitable naufragio: el navío hacia agua por uno y otro costado; sobrecogida de espanto la tripulacion, no maniobraba; las olas iban á tragarse el buque. Compadecido el Santo á vista de la turbacion, de los clamores y de la desolacion del equipaje, se puso en oracion, y no bien levantó las manos al cielo, cuando se dejó caer el viento, cesó la tempestad, serenóse el cielo, y el mar se tranquilizó quedando en sosegada calma. Después de algunos dias de feliz navegacion dieron fondo en las costas de la Provenza, y noticioso nuestro Santo de que vivia aun san Cesareo, arzobispo de Arles, á quien conocia por las voces de la fama, resolvió ir en busca suya para hacerse discípulo de tan insigne Prelado, y aprender en la escuela de tan diestro maestro los caminos mas seguros de la perfeccion. La penetracion de san Cesareo muy desde luego descubrió toda la virtud y todo el extraordinario mérito de aquel desconocido extranjero, á quien detuvo dos años cerca de su persona, con deseo de que no se separase de su lado; ni san Gil hubiera pensado nunca en desviarse de él, á no haberle precisado á buscar algun incógnito retiro donde esconderse y sepultar aquel don de los milagros que á todas partes le acompañaba, y por decirlo así le perseguia. Sin hablar palabra al santo Prelado, pasó el Ródano secretamente, y se fué como á enterrarse vivo en un espeso y horroroso bosque, no distante de su orilla. Encontró en él un santo ermitaño llamado Veredin, tan digno de respeto por su venerable ancianidad, como por su extraordinaria virtud, calificada tambien con el don de los milagros. Sirvió á san Gil de inexplicable consuelo la compañía de un varon tan respetable, no solo por tener en él un maestro tan hábil como experimentado en la vida espiritual, sino tambien porque, á su modo de entender, habia encontrado el mas seguro defensivo á su humildad; pues caso de que el Señor le quisiese continuar la gracia de los milagros, le seria fácil (decia Gil para consigo) atribuirlos á aquel venerable anciano á quien Dios se habia dignado conceder el mismo don. Este pensamiento le sosegó por algun tiempo; pero como vió que los enfermos noticiosos del lugar de su retiro concurrian de todas partes á encomendarse á sus oraciones para lograr la salud por su poderosa intercesion; y como entendió ser opinion general de todos los pueblos del

contorno, que después de Dios se debia á sus merecimientos la fertilidad de un terreno infecundo y estéril hasta entonces, tomó la resolucion de esconderse tan de veras, que de una vez para siempre se pusiese á cubierto contra todos los asaltos de la vanidad, y no pudiesen dar con él las diligencias humanas.

Con este pensamiento se salió de su ermita, y habiendo caminado errante largo tiempo por aquel espeso bosque, descubrió una gruta, naturalmente abierta en un horroroso peñasco, cuya boca estaba como cerrada con zarzales y con impenetrables cambroneras. Gozosísimo de haber encontrado una cueva tan adecuada á sus ansiosos deseos, se hincó de rodillas, y levantando al cielo las manos y los ojos, rindió mil gracias á Dios por haberle concedido aquel dulce y suspirado retiro. Era el terreno un erial tan espantoso, tan seco y tan estéril, que apenas producia unas amargas raíces con que el Santo pudiese sustentarse; pero aquel Señor, que tiene tan particular cuidado de los que se entregan á su amorosa providencia con entera confianza, después de haberlo abandonado generosamente todo por su amor, proveyó á aquella necesidad con una singular maravilla. No bien el santo solitario habia entrado en la gruta, cuando se vino arrimando á él una cierva cargada de leche, presentándole los pechos para que extrajese de ellos su alimento; diligencia que repitió con inviolable puntualidad todos los dias á la misma hora. Consolado maravillosamente nuestro Santo con aquel amoroso cuidado de la divina Providencia, no cesaba dia y noche de rendir tiernas gracias al Señor, deshaciéndose en sus continuas alabanzas.

Pasó muchos años san Gil en aquella dulce soledad, siendo su conversacion con Dios y con el cielo, enajenado incesantemente en la contemplacion de las divinas grandezas y perfecciones, y viviendo mas como ángel que como hombre mortal, cuando queriendo el Señor manifestar á los fieles aquel tesoro escondido, dispuso ó permitió que á Childeberto, rey de Francia, se le antojase ordenar una batida de caza para aquel bosque, que comunmente se juzgaba inhabitable. Los cazadores encontraron dichosamente la misma cierva que alimentaba á nuestro Santo, y la acosaron tan vivamente, que fatigado y exhalado el perseguido animal, se refugió á la cueva de san Gil, arrojándose á sus piés cási sin respiracion, interceptado el aliento, mientras la traílla de perros, que ya iba á los alcances, se paró inmoble en lo mas vivo de la carrera, sin atreverse á forzar la entrada de la gruta. Admirados los cazadores de ver parados á los perros, dispararon algunas flechas por entre la espesura de las zarzas, una de las cuales

hirió gravemente á san Gil. Llegada la noche y haciéndose conversacion á presencia del Rey de los lances de la caza, trayéndose á ella como verdaderamente extraordinario el de la cierva, quiso Childeberto forzar por sí mismo al dia siguiente aquel paraje, y examinar por su persona en qué pudo consistir la no acostumbrada inmobilidad que detuvo como clavados los perros de la traílla. Desmontóse el matorral, y quedaron todos como atónitos cuando descubrieron al Santo con la cierva echada á sus piés, sin que los perros por mas que los azuzaban, pudiesen jamás acercarse al sagrado de la gruta; pero el Rey con reverente veneracion y respeto se llegó al santo Solitario, y le preguntó su nombre, su país, y el modo que tenia de vivir en aquella espantosa soledad. Prendado de sus prudentes respuestas, y movido de su heróica santidad, le ofreció ricos presentes; pero el Santo se lo agradeció con humildad, y los rehusó con modestia, diciendo que de nada tenia necesidad, cuando la amorosa providencia del Señor habia cuidado de sustentarle por tan largo tiempo con la leche de aquel inocente animal. Notó entonces el Rey la sangre que corria por debajo de su pobre ropa, y reconociendo que estaba herido, quiso que sus cirujanos le curasen; pero el Siervo de Dios nunca lo consintio, diciendo no queria malograr aquella ocasion de padecer, y que antes bien se afligiria mucho si se cerrase presto la herida.

Admirado Childeberto de la eminente virtud de aquel hombre portentoso, no dejó pasar dia alguno sin ir á tener con él un rato de piadosa conversacion, y cada vez se despedia mas asombrado y mas hechizado de su rara santidad. Viéndole siempre inaccesible, y constante siempre en no admitir los preciosos dones con que le brindaba, le dijo el Rey en una ocasion que á lo menos le habia de declarar qué cosa podia hacer en aquel sitio que fuese mas de su gusto. Respondióle el Santo que ninguna podia hacer mas del agrado de Dios, ni de mayor provecho para todo el país, que fundar en aquel mismo paraje un monasterio, donde se observase con todo rigor la misma estrecha regla que se observaba en los monasterios de la Tebaida. No necesitó Childeberto de que se lo acordase mas. Fundóse el monasterio con toda la posible prontitud, y luego se llenó de excelentes sugetos que concurrian á tropas, ansiosos de vivir bajo la direccion de san Gil, á quien se le obligó á encargarse de su gobierno, á pesar de toda su repugnancia; y desde entonces se vieron florecer en aquel desierto los mismos prodigios de penitencia, de oracion, y de todas las demás virtudes que hasta allí solo se admiraban en los páramos de la Tebaida y en los yermos arenales de Egipto.

Estando el Rey en Orleans, y teniendo necesidad de los consejos del santo Abad, le mandó ir á la corte, y fue su viaje una continuada serie de milagros, que hicieron famoso su nombre en todo el reino de Francia; pero el mas ruidoso y el mas útil de todos ellos fue la conversion del mismo Rey. Hallábase gravada su conciencia con un pecado grave, que no se resolvia á confesar; y refiere san Antonino, autor de la vida de nuestro Santo, que un dia aquel Monarca le pidió con particular instancia que le encomendase á Nuestro Señor. Hízolo san Gil, y estando en oracion clamando á Dios por el Rey, tuvo una vision en que se le apareció un Ángel que le dejó un billete sobre el altar, asegurándole que el Señor le habia oido. Tomó san Gil el billete, llevósele al Rey, y habiéndole leido, halló en él que Dios, movido de las oraciones del Santo, queria misericordiosamente perdonarle aquel pecado, con tal que le confesase é hiciese penitencia de él; como lo ejecutó el arrepentido Monarca, siendo su conversion visible efecto de las oraciones del Siervo de Dios.

Restituido el santo Abad á su monasterio, pasó algun tiempo en él dedicado al ejercicio de todas las virtudes, hasta que su devocion le movió á emprender un viaje á Roma para visitar el sepulcro de los sagrados apóstoles san Pedro y san Pablo. Hizo cuanto pudo para estar desconocido en aquella ciudad, pero su misma virtud le hizo traicion; y queriendo el Papa verle, le recibió, no solo con agrado, sino con veneracion, regalándole dos estatuas de los sagrados Apóstoles. Refiere el mismo san Antonino, que san Gil lleno de confianza, entregó al Tíber las dos estatuas, que eran de ciprés, y que cuando llegó á su monasterio, las halló á la puerta de él. En fin, después de haberle gobernado por muchos años con tanta prudencia y con tanta edificacion, que por largo espacio de tiempo fue seminario de Santos, lleno de dias y de merecimientos, murió con la muerte de los justos el dia 1.° de setiembre, hácia el fin del siglo sexto. Al ruido de la multitud prodigiosa de milagros que obraba Dios en su sepulcro por su poderosa intercesion, concurrió á aquel sitio tanto número de gente, que se pobló una ciudad, á la que se le dió el nombre de san Gil. El monasterio perteneció por largo tiempo á los Benedictinos; pasóse después á los monjes Cluniacences, y al cabo fue secularizado. Reposó en él el santo cuerpo, hasta que por las turbaciones que excitaron los Albigenses en el país, los Católicos se vieron obligados á trasladarle á Tolosa, donde es reverenciado en la iglesia de San Saturnino dentro de una preciosa urna.

LOS DOCE SANTOS HERMANOS MÁRTIRES.

El mismo dia que la Iglesia celebra la fiesta de san Gil, hace conmemoracion de doce santos hermanos mártires, los cuales fueron africanos de nacion, naturales de una ciudad llamada en latin *Adrumetum*, que hoy dicen que se llama Sissa; aunque no falta quien la llame Toulb, y otros Macometa. Los nombres de estos valerosos guerreros del Señor fueron Donato, Félix, Aconcio, Honorato, Fortunato, Sabiniano, Septimio, Januario, Félix II, Vital, Sátiro y Repósito. Eran de noble linaje, y todos bien enseñados en letras humanas y divinas. Fueron presos en África, y después traidos á Italia á la ciudad de Benevento, en donde acabaron el curso de su glorioso martirio, aunque en diferentes dias, siendo emperador de Roma Valeriano año de 258, ó segun otros Diocleciano: y antes de darles la muerte, los atormentaron con muchos y atroces tormentos. Alsano, arzobispo de Salerno, escribió su martirio en verso heróico, que está en el tomo séptimo de Surio.

SAN GIL DE CASAYO [1].

De este siervo de Dios consta que fue abad del monasterio Cisterciense de San Martin de Castañeda de que hablamos en otro lugar, situado junto al Bierzo al lado del famoso lago de Sanabria. No fue el primer abad de aquella casa, sino sucesor de Pedro Cristiano y de Martin, de quien recibió el hábito [2]. De su patria y padres no ha quedado ninguna memoria. Crióse allí en compañía de otro varon de esclarecida santidad. Manrique [3] confiesa que se ignoraba el nombre de este socio. Cardillo le da título de hermano, y lo llama Fr. Pedro

[1] Conforme á las memorias que de nuestro Santo dejó manuscritas el cronista de la Órden del Cister Fr. Bernardo Cardillo y Villalpando en un libro intitulado: *Lignum vitae*, que se conservaba en su colegio de Salamanca, y á las observaciones del M. Florez, tom. XVI, pág. 352 y sig.

[2] No es cosa bien averiguada que este siervo de Dios fuese hijo de este monasterio de Castañeda donde fue abad, ó del de Carracedo, del cual pasaron monjes á San Martin de Castañeda el año 1130. El primer abad de estos fue Pedro Cristiano, el segundo Martin, cuya memoria comienza á fines de abril del año 1153, y llega hasta 20 de agosto de 1180. Nuestro Santo pudo ser uno de los que con estos dos monjes pasaron de Carracedo á Castañeda. Fr. Bernardo Cardillo Villalpando supone que nuestro san Gil fue el sucesor inmediato de Martin. El M. Alonso, monje cisterciense, en las observaciones que acerca de esto hizo escribiendo al reverendísimo Florez, advierte que en marzo del año 1181 se halla ya memoria de otro abad de Castañeda llamado Pedro, que lo fue hasta 4 de setiembre de 1208. Muy poco tiempo fue abad de aquella casa san Gil de Casayo, si lo fue antes de este último. *(Véase Florez ib., página 348).*

[3] *En sus Anales, tomo III, al año 1203, cap. 8.*

Fresme. Ambos pasaron de la vida monástica á la eremítica. Nuestro Santo fue primero abad: luego se retiró con su hermano á su priorato de Santa Cruz de Casayo que estaba á la parte del Bierzo, si bien no léjos del monasterio de Castañeda. Allí sirvió algun tiempo el oficio de párroco, siendo para aquella feligresía estampa viva de toda virtud. De allí se retiró á lo interior de aquellas sierras, por donde anduvo algunos dias hasta que fijó su residencia en una vega angosta del valle de Casayo. Vivieron los dos hermanos cada cual en su ermita, dados á la mortificacion y á la contemplacion. Muerto san Gil, el hermano lo sepultó en su ermita, y en una tabla que dejó allí mismo clavada en la pared, escribió un compendio de su vida. Esta ermita la derribaron después, y edificaron allí una iglesia en su nombre. Tiene tambien culto en el lugar de Casayo, donde se estableció cofradía con título de san Gil aprobada por Benedicto XIV. Celebran su fiesta en aquella tierra tal dia como hoy por no constar el de su tránsito. Y moviólos á esto la conmemoracion de san Gil abad, que la Iglesia hace en este dia. Con el tiempo llegó á turbarse esta tradicion, y algunos de aquellos naturales confundieron á nuestro san Gil con el otro, aplicándole la especie de la cierva que se lee en la vida de san Gil abad. Son muchos los beneficios del cielo que por intercesion de nuestro Santo experimentan los vecinos de Galende, de Sanabria y de otros lugares de aquella tierra.

SAN VICENTE, PRESBÍTERO Y MÁRTIR.

La villa de Besalú, una de las mas famosas del principado de Cataluña, posee de muy antiguo el cuerpo del bienaventurado san Vicente presbítero y mártir, que se venera en su iglesia parroquial llamada tambien San Vicente, donde Dios por su intercesion hace sin duda grandes mercedes á aquellos habitantes. Celébrase la fiesta de este santo Mártir el primer domingo de setiembre; y los sacerdotes rezan de él aquel dia, y la colecta, que dicen así en la misa como en el oficio diurno, es la siguiente: *Praesta quaesumus omnipotens Deus: ut qui beati Vincentis martyris tui translationem colimus intercessione ejus in tui nominis amore roboremur. Per Dominum, etc.* Los labradores del término y parroquia de Besalú le tienen por su patron; y los sacerdotes que habian visto la historia de este Santo, que después se perdió, afirmaron que en ella se decia, que es abogado contra las tempestades; y como antiguamente aquella tierra estaba muy afligida de piedra y granizo, llegando allí este santo cuerpo quedó libre de semejante plaga. (*Domenech*).

SAN LUPO, ARZOBISPO DE SENS.

El bienaventurado san Lupo fue francés de nacion, natural del territorio de Orleans y de linaje real. Su padre llamábase Betto, y su madre Austregilda. De este siervo de Dios puede decirse que fue santificado desde la cuna, porque estando Austregilda preñada de él, supo por divina revelacion, que el que llevaba en sus entrañas habia de ser obispo, y por esto ella misma, no obstante su elevada clase, le quiso dar el pecho no pudiendo sufrir que otra mujer lo criase. Siendo de edad conveniente fue llevado á los estudios, y aprovechó tanto en ellos, que entre sus condiscípulos no habia quien se le igualase. Tenia dos tios grandes prelados de la Iglesia, es á saber: Austero, obispo de Orleans, y Aunario, obispo Antisiodorense, los cuales viendo á su sobrino Lupo aficionadísimo al servicio de Dios, procuraron que fuese clérigo. Siendo mayor en edad, dióse todo á las cosas del servicio de Dios, y siempre fue favorita devocion suya visitar con frecuencia los sepulcros de los Mártires, honrando á Dios en sus siervos fieles que habian glorificado su santo nombre con el sacrificio de sus vidas. Estudiando el espíritu de estos domó su carne con austeros ayunos, vigilias, humillaciones y penitencias. Sumamente sensible á las fatigas y penalidades de todo necesitado, llegó á excederse tanto en hospitalidad y caridad, que pudo en algunas ocasiones haberse tenido por profusion.

Habiendo muerto Artemio, arzobispo de Sens, viendo el pueblo y el clero las virtudes y prendas principalísimas del siervo de Dios Lupo, suplicaron al Rey le señalase por su prelado. Vino en ello el Rey, y quedó Lupo arzobispo de aquella ciudad, en el año 609. Gobernó su arzobispado con grandísima satisfaccion, señalándose siempre en obras de caridad, porque de las rentas de su arzobispado no procuraba atesorar en esta vida, sino que todo lo daba á pobres. Y favorecióle tanto el Señor en sus santos ejercicios, que comenzó á obrar por él milagros de tal manera, que las mismas criaturas insensibles le tenian respeto, y obedecian. Cuenta Laurencio Surio, que estando el Santo una vez haciendo oracion delante de la iglesia de San Aniano, siendo ella muy bien cerrada, por sí mismas se abrieron milagrosamente las puertas, quedando los presentes pasmados de semejante maravilla. Aconteció que un dia tenia muchos convidados, y en medio de la comida le faltó el vino, y viéndose en semejante falta púsose en oracion. Pero acudió luego el Señor á favorecer á su siervo, porque viniendo un criado le dijo, que á la puerta habia hallado

cien medidas de vino, sin saber quién ó de dónde lo habian traido. Pero es de creer, que como el Santo era liberal con los pobres, quiso Dios mostrarse tambien liberal con él, proveyéndolo en aquella necesidad.

Cuando la salud de su pueblo pedia su asistencia era activo en mantener la pública tranquilidad; y así por muerte del rey Teodorico sostuvo con el mayor vigor el partido de su hijo Sigeberto. En adelante cuando el rey Clotario entró por Borgoña con sonido de guerra, mandó á su senescal que pusiese cerco sobre la ciudad Senonense. Viendo esto el glorioso Santo mandó tañer la campana de San Esteban de aquella ciudad, la cual les causó tan grande terror y espanto, que pensaban perder allí las vidas si no huian. Apoderóse por fin Clotario de Borgoña, y enviando á la misma ciudad otro senescal llamado Farulpho, como el Santo no saliese á recibirle ni le hiciese presente alguno, de la manera que los otros obispos hicieron, indignóse tanto contra él, que le acusó calumniosamente ante el Rey, y fue protegido en sus acusaciones por Madegisilo, abad de San Remigio en los arrabales de Sens, cuyo intento era suplantar á san Lupo en su arzobispado.

Mandóle, pues, Clotario desterrar de su ciudad, y dió órden á un oficial pagano que le condujese á Ausena, ciudad de Vimeu, no léjos de Leon. Allí encontrando el santo Obispo templos profanos en que los idólatras ofrecian sacrílegos cultos á los falsos dioses, creyó haber sido enviado por Dios para conversion de aquellos habitantes, lo cual puso en práctica con su predicacion y con su ejemplo. Con restituir la vista á un ciego convirtió á Landegisilo, su duque ó gobernardor, y le bautizó con varios otros que aun permanecian paganos en las tropas de los francos. Entre tanto los ciudadanos de Sens mataron al que habia usurpado su silla, y rogaron al santo abad Vinebaldo que suplicase al rey Clotario alzase el destierro al Santo, y le restituyese en su arzobispado. Hízolo el Rey, que se hallaba entonces cerca de Ruan; y sensible á la injuria que habia hecho á aquel siervo de Dios, desgració á los calumniadores, y envió al mismo Abad para que le llevase á su presencia. Fué, pues, Vinebaldo al lugar del destierro, y cuando llegó á verse con san Lupo, los dos Santos derramaron muchas lágrimas, y dándose paz con mucha ternura, dieron la vuelta para la corte. Llegados allá, el bienaventurado san Vinebaldo presentó á san Lupo delante del Rey, y Clotario se postró á sus piés pidiéndole perdon. Luego le mandó comer á su mesa, y le restituyó á su iglesia lleno de ricos presentes. Pasando por Paris los dos

Santos mostró Dios tan grande milagro por sus siervos, que gran muchedumbre de encarcelados fueron por ellos milagrosamente libres de las cárceles. Llegando á Sens los ciudadanos salieron á recibirles cantando himnos y llorando de contento. Y fueron tantos los favores que les hizo allá la liberalísima mano de Dios, que estando en la tierra, algunas veces oian cantar los coros de los Ángeles del cielo.

Un domingo le aconteció, que celebrando misa cayó milagrosamente una piedra preciosa dentro de su cáliz, la cual el rey de Francia procuró haber, y la mandó colocar entre sus reliquias. Estando una noche el bienaventurado san Lupo en oracion tuvo grandísima sed, por lo cual mandó que le trajesen agua. Mas advirtiendo luego que aquella sed era engaño del demonio, tomó una almohada y púsola sobre el vaso del agua, encerrando así el enemigo dentro de él, donde estuvo toda la noche, dando gritos y fieros aullidos hasta la mañana, que el Santo le echó fuera corrido y confuso.

Hizo en vida grandes milagros curando muchos enfermos, dando vista á los ciegos, oido á los sordos, y otras maravillas, que seria prolijo contarlas todas. Finalmente después que este Santo hubo alcanzado ricos tesoros para el cielo, haciendo vida santísima, quiso Dios pagarle con el premio de sus buenas obras, recibiendo su espíritu por los años de 633 en tal dia como hoy, en el feudo de Brinon, que era propio de su iglesia, siendo sumo pontífice Pelagio II, é imperando Heraclio. Su cuerpo fue conducido á Sens, y enterrado conforme su humilde voluntad bajo de la pila del agua bendita en la iglesia de San Columbo. Después de su feliz muerte continuó el Señor obrando por su intercesion grandes milagros.

En el principado de Cataluña se tiene mucha devocion al bienaventurado san Lupo, cuyos pueblos han experimentado constantemente especialísimos favores de su patrocinio. (*Domenech* y *Butler*).

SAN JOSUÉ, CAPITAN DEL PUEBLO HEBREO.

Josué, que significa *Salvador*, hijo de Nun, á quien los griegos llaman Jesús, hijo de Navé, de la tribu de Efraim, primero fue ministro de Moisés, y después le sucedió en su dignidad de capitan del pueblo hebreo. Cuán grande fuese su valor y esfuerzo, diólo á entender Moisés, en que caminando por el desierto al tiempo que sacó á los hebreos de Egipto, poniéndoseles en contrario el rey Amalec para estorbarles el paso, entre todos ellos, que eran seiscientos mil, le escogió para capitan en aquella guerra.

De la enumeracion del pueblo que por órden de Dios hizo Moisés,

algunos meses después de la muerte de Aaron, Caleb y Josué eran los únicos israelitas que quedaban de cuantos salieron de Egipto, cumplidos los veinte años de edad, porque el Señor habia predicho que moririan todos en el desierto. Dios dijo á Moisés: «Sube al monte de Hor, «y considera desde allí el país que daré á los hijos de Israel, y luego «morirás como tu hermano Aaron, porque ambos me habeis ofendi- «do en el desierto en las aguas de contradiccion, y no me habeis glo- «rificado ante el pueblo.» Moisés pidió entonces al Señor que le permitiese pasar el Jordan; pero él no le escuchó: «Basta, le dijo, no «me hables mas: sube al monte y tiende la vista por todas partes, «porque no has de pasar el Jordan.» Moisés respondió: «Señor, Dios «de los espíritus de todos los hombres, escogeos Vos mismo un hom- «bre que tome el gobierno de este pueblo. — Toma, le contestó el «Señor, á Josué, á ese hombre en quien reside mi espíritu, imponle «las manos, y dale mis órdenes en presencia del gran sacerdote Eleá- «zaro y de todo el pueblo para que se le obedezca, porque él es quien «marchará á la cabeza de los hijos de Israel, y quien les distribuirá «la tierra que has visto desde lo alto del monte.» Moisés hizo cuanto el Señor le habia mandado, y Josué ocupó el lugar de este caudillo, que se vió privado del consuelo de introducir á los israelitas á la tierra prometida.

Muerto Moisés tomó Josué el gobierno del pueblo de Israel, y el paso del rio Jordan fue lo primero que ocupó su atencion: hizo, pues, avanzar á los israelitas hácia el rio, y estando ya á punto la pasada, envió emisarios á la ciudad de Jericó, que era la primera que habia de combatir y ganar de la otra parte del rio. Los emisarios se vieron en grave peligro, porque el rey de Jericó tuvo aviso de su llegada, y procuró prenderlos; mas una mujer llamada Rahab, meretriz, á quien Dios concedió el don de fe, los encubrió en su casa, y después guió, descolgándolos por el muro de la ciudad desde la ventana de su casa, que estaba pegada al muro, de modo que volvieron libres á Josué. Y por este beneficio que hizo aquella mujer, fue libre con su familia cuando aquella ciudad se destruyó.

Josué, pues, movió el campamento, y poniéndose en marcha, mandó á los sacerdotes que tomasen sobre sus hombros el Arca de la alianza, y entrasen con ella por el Jordan: lo cual hecho así, al instante que llegaron á la orilla del rio cuando mas crecido estaba, las aguas de debajo se corrieron dejando seco el fondo; las de encima se detuvieron permaneciendo suspensas como muro mientras estuvo el arca en medio del Jordan, pasándolo los hebreos á pié enjuto. Al salir de

él los sacerdotes que llevaban el Arca, las aguas siguieron su curso ordinario. En aquel dia hizo el Señor á Josué grande é ilustre á la faz de todo Israel, para que fuese respetado como lo habia sido Moisés. Estando aun el Arca en el lecho del rio, Josué por órden de Dios escogió doce hombres, uno de cada tribu, y los mandó coger doce piedras en el mismo sitio en que estaban detenidos los sacerdotes que llevaban el Arca; y las colocó en monton en el lugar donde acamparon por primera vez, con el fin de que les sirvieran de señal y monumento. Puso tambien Josué otras doce piedras en medio de la madre del Jordan, y habló á los israelitas de esta manera: «Cuando «vuestros hijos os pregunten qué significan estas piedras, les respon- «deréis: disecado fue el lecho del Jordan ante el Arca del Señor cuan- «do atravesaba el rio, y estas piedras se colocaron aquí para per- «petuar la memoria de tan extraordinario prodigio. El Señor ha re- «tirado delante de nosotros las aguas del Jordan, como lo hizo con las «del mar Rojo, para que pasemos por él, á fin de que todos los pue- «blos de la tierra reconozcan su mano omnipotente, y vosotros mis- «mos aprendais á temer siempre al Señor vuestro Dios.»

Después de un paso tan milagroso los israelitas asentaron el campamento en un valle, que se llamó Gálgala, á donde por mandado de Dios fueron circuncidados todos los hebreos, porque en los cuarenta años que estuvieron en el desierto, ninguno de los que nacia se circuncidaba, á causa de no tener hora segura de reposo; y celebraron luego la solemnidad de la Pascua, que fue la del cordero, y comieron desde el dia siguiente los frutos de la tierra prometida, dejando el maná de caer del cielo, de modo que desde entonces no tuvieron mas alimento que el del país de Canaan.

Estaba la tierra de Palestina, que era la prometida de Dios á su pueblo, dividida en diversos reinos y estados: unos se llamaban amorreos, y otros cananeos: todos ellos oyendo referir el milagro que Dios habia hecho con los hebreos en el paso del Jordan, diéronse por perdidos, aunque se apercibieron á defender sus Estados. La ciudad de Jericó estaba rodeada de fuertes murallas y defendida con buenas tropas; Josué sin embargo resolvió atacarla, adelantándose solo hasta muy cerca de la plaza á reconocerla por sí mismo. Estando ya en el territorio de la ciudad se encontró un hombre que empuñaba una espada desenvainada, encaróse con él y le dijo: «¿Eres de los nues- «tros ó del enemigo?—Yo soy, le respondió aquel hombre, el que «capitaneo la huestes del Señor; de su parte vengo ahora á socor- «rerte.» Postróse Josué en tierra y adoróle diciendo: «¿Qué manda

«mi Señor á su siervo?—Descálzate, le respondió, porque el lugar «en que estás es santo.» Y luego dijo el Señor á Josué: «Te he en-«tregado la ciudad de Jericó con su rey y sus guerreros.»

Hé aquí como se cumplió la palabra del Señor. Josué obedeciendo la órden divina, hizo que su ejército por espacio de seis dias diese la vuelta á la ciudad: parte de él marchaba delante del Arca, al rededor de la cual tocaban la trompeta siete sacerdotes, y el resto iba á retaguardia. El séptimo dia se rodeó la ciudad siete veces con el mismo órden, y á la séptima vuelta todo el pueblo, instruido por su caudillo, lanzó un grito terrible. Cayeron por sí al instante los muros de Jericó: Israel entró en la ciudad, y pasaron á cuchillo á todos sus habitantes, á excepcion de Rahab y de su familia, que fue conservada é incorporada al pueblo de Dios. Todos los animales fueron degollados, y la ciudad reducida á cenizas; se guardó para el Señor el oro, plata y bronce; todo lo demás lo consumió el fuego.

Queria Dios con este ejemplar castigo inspirar á los hebreos un gran horror á las impiedades de aquel pueblo culpable, y llenarlo de temor haciéndolos ministros de su justicia [1].

Josué habia prohibido expresamente de parte de Dios que se reservase nada del botin; pero un hombre llamado Acan de la tribu de Judá, desobedeció esta órden, y retuvo una regla ó vara de oro y un vaso de plata, con un paño ó vestido de grana: esta desobediencia irritó al Señor, porque enviando Josué tres mil hombres contra la ciudad de Hai, fueron vencidos y muertos treinta y seis de ellos. Sintiólo mucho Josué, hizo oracion á Dios, y fuele respondido ser la causa de este daño haber uno del pueblo guardado del saco de Jericó. Echaron suertes en las doce tribus para descubrir al ladron, y cayó en la de Judá: se sortearon las familias, y tocó á la de Zaré: últimamente practicado lo mismo con los nombres de la familia sorteada, salió el de Acan, quien viéndose descubierto, confesó la verdad; por lo cual Josué le mandó apedrear, y reducir á cenizas su cuerpo con todo cuanto le pertenecia. Hecho esto, Josué fué en persona á la ciudad de Hai, y poniendo de sus soldados en celada, hizo que otros acometiesen la ciudad. Salieron contra ellos los bárbaros: los hebreos avisados de su caudillo fingieron que huian, creyéronlo fácilmente los contrarios, y de esta suerte entraron en la celada, donde fueron

1 No parecerá rigurosa la sentencia pronunciada por Dios contra estos pueblos de Canaan, al que considerase el largo espacio de tiempo que los habia sufrido, convidándolos á penitencia, y las terribles consecuencias que hubiera producido una mas larga tolerancia. *(Ilmo. P. Scio, anot. al lib. de Josué,* VI, *17).*

cercados y muertos doce mil de ellos. Josué mandó ahorcar al rey de Hai, y asolar la ciudad. Los despojos se dividieron entre la gente de guerra.

Los gabaonitas, temiendo ser destruidos, enviaron embajadores á Josué, pidiéndole su amistad; y para alcanzarla fingieron que venian de un país muy lejano para aliarse con él. Josué y los ancianos del pueblo, deseando tener amigos, como no fuesen de los moradores de la tierra de promision, sin consultar al Señor, se aliaron con los gabaonitas, jurando de no matarlos con sus enemigos los amorreos y cananeos. Descubrióse después el engaño, y por el juramento guardáronles las vidas: mas Josué los destinó á servir perpetuamente al pueblo y al templo del Señor.

Alarmado Adonisedec, rey de Jerusalen, de lo que habian hecho los gabaonitas, confederóse con otros cuatro reyes sus comarcanos para hacer frente á los israelitas, y reuniendo todas sus fuerzas, cercaron la ciudad de Gabaon. En tal conflicto los cercados enviaron á pedir favor á Josué; el cual tenido oráculo que fuese contra los cinco reyes coligados, vuela con su gente toda la noche desde Gálgala, y cae de improviso sobre ellos: el Dios de los ejércitos derrama en las huestes enemigas pavor y confusion: huyen, y en su fuga fulmina contra ellas un granizo de piedra que en gran parte las destruye derribándolas muertas. Visto por Josué que se venia la noche y no del todo destruido el enemigo, hizo oracion á Dios, y hecha, levanta la voz diciendo: «Sol, detente sobre Gabaon, y Luna, sobre el valle «de Ayalon.» Y paráronse el Sol y la Luna [1] hasta que el pueblo se vengase de sus enemigos, de manera que no hubo antes ni después dia tan largo como aquel.

Siguió el alcance Josué, y fue avisado que los cinco reyes se habian escondido en una cueva junto á la ciudad de Maceda. Mandó ir allá muchos de sus soldados, y que pusiesen grandes piedras á la boca y entrada de ella, y la guardasen. Hízose así: y él perseverando

[1] El Señor obedece á la voz de un hombre, y ejecuta lo que él mismo le habia inspirado que le pidiese. Suspende por algun tiempo el órden constante que estableció en el universo, y deja sin movimiento estos dos hermosos astros que nos alumbran, mostrando de este modo que nada cuestan los mas estupendos prodigios, cuando se trata de socorrer y proteger á su pueblo: que El sólo es el Arbitro supremo de todas las criaturas, y que de El absolutamente dependen todas las leyes de la naturaleza; porque El solo es el Autor de estas leyes, y la naturaleza no es otra cosa que su voluntad omnipotente. Todas las dificultades que se han movido sobre este estupendo prodigio de Josué, se pueden ver doctamente resueltas en una particular disertacion del P. Calmet, en donde las trata y explica de propósito. *(Ilmo. P. Scio, anot. al lib. de Josué, x, 13).*

en seguir á los enemigos, no se contentó hasta que del todo los destruyó, siendo pocos los que pudieron librarse en ciudades fuertes de la provincia. Hecho esto sin daño alguno de su gente, fué á la cueva donde estaban encerrados los reyes: sacólos de allí, púsolos en cinco palos, donde murieron. Mandó poner sus cuerpos dentro de la cueva, y sobre ella muchas piedras.

Iba ganando Josué las ciudades de la comarca sin dificultad alguna, y acercándose á los Estados del rey Jabin de Asor, el cual juntó un ejército numerosísimo, así de su reino como de sus vecinos, en que habia una multitud de caballos y de carros armados [1]. Y no obstante el poderío de tantas fuerzas, no dudó Josué de pelear con ellos, habiéndoselo dicho el Señor, ni le fue muy dificultoso de vencerlos; é hizo en ellos grande matanza, en tanto grado, que no dejó reliquias de ellos, desjarretándoles los caballos, y abrasándoles los carros, como el Señor le habia mandado. Ganó asimismo la ciudad de Asor, y prendió á Jabin su rey, matóle, y destruyó á fuego y á sangre la ciudad con sus vecinos. Era Josué obedientísimo á Dios, y así le favoreció, de manera que se apoderó de toda la tierra de promision, quedando los hebreos riquísimos. Queriendo Dios castigar á aquella gente idólatra, permitió que su corazon se endureciese y que se obstinase en guerrear contra Israel; así es que cási toda fue exterminada, á excepcion de algunas pocas naciones guerreras que conservó para ejercicio y prueba de la fidelidad de su pueblo.

Treinta y uno en número fueron los reyes que Josué venció, y habiendo conquistado definitivamente el país de Canaan, dejó las armas, distribuyó sus tierras y ciudades á las tribus de Israel, señalando á cada tribu su parte por suerte, aunque la de Leví no tuvo lugar en esta distribucion, porque Dios le habia asignado para su manutencion los diezmos y primicias de todos los frutos, siendo los primeros para los levitas, y las primicias para los sacerdotes con las ofrendas que se hacian al Señor en el altar; y así se le dieron ciudades para que las habitara en el territorio de cada tribu. En su lugar entraron los hijos de Josef, divididos en dos tribus, Manasés y Efraim. Hizo Josué asiento en Silo, adonde puso el Arca del Señor y su tabernáculo, y desde allí gobernaba á Israel.

Josué, que estaba ya muy entrado en dias, reunió las tribus de Israel y les dijo: «Veis que el Señor os ha dado la tierra que os ha«bia prometido. El mismo ha batallado en favor vuestro en contra de

[1] Dice Josefo *(Antiq. Lib. V, cap. 1)* que constaba de treinta mil hombres de á pié, de diez mil caballos, y de veinte mil carros armados de hoces.

«las naciones que la habitaban, y finalmente os ha establecido en ella. «Verdad es que aun quedan algunos pueblos por vencer, pero no de- «beis temerlos con tal que no os aparteis del Señor vuestro Dios; «amadle, observad fielmente su ley, y veréis que á todos los exter- «mina á vuestros ojos. Huid empero de ellos para que no os inocu- «len su idolatría: si haceis alianza con ellos, sabed que Dios los con- «servará en vuestro derredor, y que os serán una piedra de tropiezo «para que caigais, y orígen de desgracias.» Todo el pueblo le contestó prometiendo de dar siempre adoracion á Dios. El ilustre capitan renovó en aquel dia la alianza entre Dios y los hijos de Israel en presencia del Arca, y la escribió en el libro de la Ley; y para conservar su memoria, erigió un monumento en una grande piedra, que puso debajo de una encina cerca de Sichem; dando á entender, que así como de su naturaleza la piedra dura mucho tiempo, así aquella promesa hecha á Dios por los hebreos habia de durar para siempre: y hecho esto despidiéronse, y cada tribu partió al lugar de su mansion.

Poco después murió Josué siendo de ciento y diez años, habiendo vivido casto toda su vida, como dice san Gerónimo (*D. Hier. adver. Jovinian. lib.* I *tom.*), y fue sepultado en una posesion suya, llamada Thamnathsaré en el monte Efraim. Este insigne varon, sucesor de Moisés, mereció que el Señor le elogiase porque no tuvo parte alguna en el desaliento del pueblo. Puesto á la cabeza de Israel renovó los milagros de Moisés; pero lo que mas le honra es el haber sido, como lo indica su nombre, figura del Salvador del mundo. Gobernó el pueblo de Dios, después de la muerte de Moisés, veinte y siete años: la Escritura sagrada no le determina tiempo, sino que contando lo que los otros capitanes gobernaron, restan estos veinte y siete. Fue su muerte año de la creacion 2561, ó sea 1439 antes de Jesucristo.

Josué escribió su libro hasta donde se trata de su muerte; lo demás, dice el autor de la Biblioteca santa, que lo suplió Esdras. Tambien segun este autor escribió Josué el fin del libro quinto de Moisés, llamado Deuteronomio. Grande fue la santidad de Josué, y muy alabado es en la sagrada Escritura; y su mayor elogio lo formó el Espíritu Santo por boca del autor del Eclesiástico, *cap.* XLVI, *v. 1 hasta el 10.*

SAN GEDEON, JUEZ Y CAPITAN DEL PUEBLO HEBREO.

Gedeon, que significa el que quebranta y deshace, fue de la tribu de Manasés, hijo de Joás, padre de familias, y principal entre los de

su linaje. Habian los hebreos dado en idolatrías, adorando á los dioses de sus vecinos los gentiles, por lo cual permitió el Señor con el fin de corregirlos, que sufriesen por espacio de siete años la opresion de los madianitas y de los amalecitas, que desolaban y saqueaban el país, talando las mieses, y reduciendo al pueblo á una extrema miseria. En tal conflicto se convirtieron al Señor, implorando su auxilio contra tan crueles enemigos.

Sus gemidos aplacaron á Dios, y para librarlos envió un Ángel á Gedeon, cuando este pensando huir trillaba sus granos para llevárselos. El Ángel se sentó debajo de un roble y saludóle diciendo: «El «Señor es contigo, ó tú el mas fuerte de los hombres.» A lo que respondió Gedeon: «Si el Señor es con nosotros, ¿cómo es que nos han «alcanzado tantos males? ¿dónde están aquellas sus maravillas, que «nos contaron nuestros padres? Ahora nos ha desamparado y abando«nado bajo el yugo de Madian.— Vé, pues, tú, dijo el Ángel, echan«do una mirada sobre él, vé con la fortaleza de que estás revestido, «y libertarás á Israel del yugo de sus enemigos.» Gedeon repuso: «Te ruego que me digas ¿cómo podré libertar á Israel? Mi familia «es la ínfima en la tribu de Manasés, y yo el menor en la casa de mi «padre.— Vé, le replicó el Ángel, hablando siempre en nombre de «Dios, yo estaré contigo, y derrotarás á Madian como si fuese un solo «hombre.»

Rogóle Gedeon que por medio de alguna señal le diese á conocer que le hablaba de parte de Dios; y no creyéndole mas que hombre, en cuya figura se le presentó, corrió á su casa á traerle carne cocida y panes sin levadura que presentó al Ángel, poniéndolo todo sobre una piedra. Extendió el Ángel su báculo, y tocó la carne y los panes ázimos; y al momento salió de la piedra un fuego que todo lo consumió, desapareciendo el Ángel. Gedeon se sobrecogió, pues era opinion muy recibida que no se podia ver al Ángel del Señor sin quedar muerto; mas el Señor calmó su zozobra diciéndole: «Paz sea contigo, «no temas, no morirás.» Edificó, pues, allí Gedeon un altar al Señor, y llamólo la paz del Señor; el cual le habló aquella noche, y le mandó que derribase un altar que su padre tenia levantado á Baal, y destruyese una arboleda que estaba al contorno del altar; y que sobre la misma piedra de donde habia salido el fuego milagroso le ofreciese y sacrificase un toro de siete años. Gedeon, temiendo enojar á su padre, y queriendo obedecer á Dios, levantóse de noche, y acompañándose de diez criados suyos, hizo todo lo que le fue mandado. Visto por los habitantes de aquella comarca destruido el ídolo de

Baal, y abrasado el bosque donde era adorado, hicieron pesquisa del autor de tal atrevimiento, y sabedores de que era Gedeon el que buscaban, acudieron á su padre con la pretension de que le entregara á ellos para darle muerte: él empero se negó diciéndoles: «¿Sois por «ventura los vengadores de Baal? Si es Dios, vénguese él mismo de «quien ha destruido su altar.» Esta respuesta desarmó su fanático celo, y no volvieron á insistir. Quedó Gedeon por este hecho con nuevo nombre de Jerobaal, que significa fuerte contra Baal.

Reunidas todas las fuerzas de Madian y de sus aliados, pasaron el Jordan, y fueron á acamparse en el valle de Jezrael. Llenó el espíritu de Dios á Gedeon, tocó este la trompeta, y envió emisarios por todas partes para excitar á su pueblo á reunírsele: juntáronsele varias tribus, y en breve se vió á la cabeza de treinta y dos mil hombres. Antes de acometer empresa alguna, pidió al Señor que le diese á conocer con una nueva señal si queria hacerle instrumento de la libertad de Israel. «Pondré, dijo, este vellon de lana en la era: si el «rocío cayere tan solo en el vellocino, permaneciendo enjuto todo el «terreno, reconoceré que por mi mano has de libertar á Israel.» Cumplióse á la letra cuanto habia pedido, y á la mañana siguiente se halló el vellocino lleno de rocío, y la tierra enjuta al rededor. Volvió Gedeon á decir á Dios: «Señor, os ruego que no os deis por ofen«dido si aun os pido otra señal: haced ahora que se empape en rocío «la tierra, y solo el vellon permanezca enjuto.» El Señor le concedió este segundo prodigio, cayendo rocío sobre la tierra, y nada sobre el vellon.

Lleno de confianza Gedeon á vista de estos dos milagros, se puso en marcha con todo su ejército; pero antes de dar alcance al enemigo llegó á la fuente llamada Haràd, adonde le habló Dios, y le dijo: «Mucha gente tienes contigo: no quiero que se presente contra «Madian un ejército tan numeroso, porque Israel no se glorie con«tra mí diciendo: mi valor me ha libertado. Haz, pues, que se publi«que en todo el campamento que todos los medrosos se vuelvan.» En virtud de este pregon abandonaron las filas veinte y dos mil hombres, no quedando sino diez mil en ellas; pero Dios volvió á decirle: «Aun son muchos; llévalos á un sitio en que haya agua, y allí «te diré cuáles deben acompañarte y cuáles es preciso despedir.» Llegada la legion á un arroyo, dijo Dios á su caudillo: «Pondrás á un «lado los que lamieren el agua con la lengua como suelen hacer los «perros; y los que doblaren la rodilla para beber, estarán en otra «parte.» Solo trescientos hombres lamieron el agua, echándola con

la mano en la boca, y todos los demás se tendieron á beberla con toda comodidad. Dijo, pues, el Señor á Gedeon: «Con estos trescientos «hombres te libraré de Madian: retírense todos los otros.» No cabe duda acerca del designio de Dios en este pasaje de la Historia santa, habiéndose él mismo explicado sobre el particular. Queria manifestar que él era quien obraba. Valiéndose de medios evidentemente insuficientes, queria que solo á él pudiesen atribuir los hebreos las victorias humanamente inasequibles: en una palabra, proponíase convencer al universo de que él gobernaba á su pueblo: proponíase cimentar en este mismo pueblo una entera confianza en su celestial providencia.

Con solo sus trescientos hombres marchó Gedeon al encuentro de los enemigos, que estaban acampados en el valle en número de mas de ciento veinte mil. En la siguiente noche, queriendo Dios dar á su siervo nueva seguridad de la victoria, le mandó que fuese solo ó con uno de sus criados hasta cerca del campo de los madianitas á escuchar lo que allí se decia. Hízolo, y habiéndose acercado á un cuerpo de guardia, oyó á un soldado referir á otro un sueño que habia tenido. «He visto, decia, un pan cocido con ceniza que me parecia ro«dar desde lo alto de la montaña hasta nuestro campamento, derri«bando una tienda que halló á su paso.—Este pan es el ejército de «Gedeon, respondió el compañero: lisonjéanos la idea de devorarle «como un pedazo de pan; mas él abatirá, derribándolo, el orgullo «de Madian.»

Oida la interpretacion dada á este sueño, postróse Gedeon en tierra para adorar á Dios: volvió al momento á su campo, y dijo: «Leva«taos, que el Señor ha puesto á los madianitas en nuestras manos.» Dividió su gente en tres trozos, dando á cada soldado una trompeta y una vasija de barro vacía, y dentro de esta una tea encendida, y les prescribió el uso que de ello debian hacer. Aproxímanse los israelitas hácia la media noche al campamento enemigo: divídense en tres partes, teniendo en medio á los contrarios: principian sus trompetas á resonar: luego rompen sus vasijas unas contra otras: agitan con la mano izquierda las teas encendidas; y continúa el estruendo de las trompetas: permanecen ellos inmóviles en sus puestos, y gritaron: «La espada del Señor y de Gedeon.» El Dios fuerte, el Dios de las batallas penetra de terror á los aliados del campamento enemigo, creen que se deja caer sobre ellos un ejército formidable, se desordenan sus filas, y recelándose los madianitas de los amalecitas, que con otros orientales se les habian juntado, comienzan entre sí la

pelea, matándose unos á otros. Los muertos fueron muchos; los que con vida quedaron, huyeron; pero avisando Gedeon á los de la tribu de Efraim, acude á cerrarles el paso del Jordan, y lanzándose en persecucion de los fugitivos, muere la mayor parte al filo de la espada, y entre ellos dos príncipes madianitas, llamados Oreb, y Zeb, y sus cabezas fueron llevadas á Gedeon. El cual pasó el Jordan en seguimiento de dos reyes, tambien madianitas, llamados Zebee, y Salmana: tenian estos quince mil hombres, que habian quedado de todo el ejército, siendo muertos ciento veinte mil, y estaban descansando, creyéndose seguros, cuando de improviso llega Gedeon, y cierra con ellos con su gente, los cuales sin poderse defender, mueren unos, huyen otros, y entre estos los dos reyes. Mas Gedeon fué en su alcance, y los prendió; y porque les oyó decir que habian muerto á tres hermanos suyos, no atreviéndose Jether, hijo mayor de Gedeon, á matarlos, aunque él se lo mandó, dándoselos ligados, el mismo Gedeon los mató, y volvió de esta jornada con grande triunfo.

Los israelitas quisieron darle título de señor de todos, diciéndole: «Sé tú nuestro príncipe y después de tí reinen tus descendientes, ya «que nos has libertado de nuestros enemigos.—No, respondió él, no «seré yo príncipe vuestro, ni reinarán mis hijos, sino que será el Se«ñor quien domine y reine sobre vosotros, porque á él solo debeis la «victoria.» Y añadió: «Una sola cosa os pido: dadme los zarcillos de «oro que quitásteis de las orejas á esta gente enemiga.» Era costumbre que tenian los de Madian, de traer zarcillos de oro en las orejas. Ellos de buena gana se los dieron. Y tendiendo en tierra una capa, echaron en ella los zarcillos del despojo, y el peso de oro que resultó fue de mil y setecientos siclos, sin los adornos, y joyeles, y vestidos de púrpura que los reyes de Madian solian usar, y sin los sartales de oro de los camellos. Del oro que Gedeon juntó, y de lino, y seda de diversos colores hizo un *Ephod*[1], esto es, una vestidura sacerdotal,

El *Ephod* era el vestido que el soberano pontífice se ponia en la parte superior, corto y sin mangas, de una estofa tejida de oro, de lino y de lana de color de jacinto y de púrpura, y enriquecido de piedras preciosas engastadas en oro. No se puede determinar precisamente qué cosa fue este Ephod de Gedeon; pero hay fundamentos muy graves para creer que era muy diferente del ephod sacerdotal; porque se hizo de los zarcillos, planchas y otras alhajas de oro de los enemigos, cuyo peso era de mil y setecientos siclos de oro, que corresponde á setecientas cuarenta y tres onzas nuestras y cuatrocientos treinta y dos granos. Por muy preciosa que supongamos fuese la estofa de un ephod sacerdotal, parece que no podia entrar tanto oro en el tejido de una ropa estrecha, corta y sin mangas, y así es muy verosímil que el ephod de Gedeon fue un monumento ó trofeo, que levantó y consagró á Dios para perpetuar la memoria de una victoria tan señalada como la que el Señor habia concedido á su pueblo. Después de su muerte, el pueblo inclinado siempre á la idolatría, prostituyó su culto

y púsola en su casa en la ciudad de Efra; lo cual fue ocasion que idolatrase todo Israel. Nicolao de Lira dice, que Gedeon hizo este ornamento sacerdotal con una devocion indiscreta, para que el pueblo honrase á Dios, y fuese á hacer oracion como en lugar sagrado, donde los hebreos, que poco les bastaba para idolatrar, visto de la manera que Gedeon, tenia en su casa aquella joya hecha de los despojos de los enemigos, dejando de adorar á Dios, adoraban aquel ornamento; por cuya ocasion dice la Escritura sagrada, que fue causa de la ruina de Gedeon y de toda su casa, como al fin se dirá.

Los madianitas quedaron tan quebrantados de esta batalla, que no tuvieron osadía de molestar á los hebreos por el espacio de cuarenta años que Gedeon fue su juez y gobernador: el cual después de este tiempo murió en buena vejez, y fue sepultado en un sepulcro de Joás su padre. En tanto tiempo que vivió, después del pecado que cometió, bien pudo hacer de él penitencia; y es cierto que la hizo, lo cual afirma Nicolao de Lira que da á entender la Escritura el decir, que murió en buena vejez; tambien en que san Pablo escribiendo á los hebreos le pone en el catálogo que hace de Santos del Testamento viejo. Y es tan verdad esto, que san Agustin, aunque en la Escritura lee de Sanson, que se mató él mismo, dice, que no pecó en ello, porque lo hizo por mandado de Dios, y pruébalo, en que san Pablo lo pone en el mismo catálogo. Y la Iglesia católica poniendo aquella Epístola en el oficio de muchos Mártires, comienza luego que se acaba de escribir los nombres, y en su lugar pone este nombre *Sancti;* y así dice, estos Santos por la fe vencieron reinos: de modo que todos los nombrados en aquel lugar por san Pablo, los canoniza y da renombre de Santos; y así siendo uno de ellos Gedeon, es cierto que se salvó, y por consiguiente que hizo penitencia de aquel pecado, de que dió ocasion su devocion indiscreta.

El Martirologio romano y Usuardo pone la muerte de Gedeon en tal dia como hoy, año de la creacion 2768, ó sea 1232 antes de Jesucristo: hállase el nombre de Gedeon en el libro de los Jueces, donde

á este *Ephod*, como lo hizo tambien después con la serpiente de bronce que habia levantado Moisés en el desierto. Todo lo dicho hasta aquí, y la expresion de que usa la Escritura, *y murió Gedeon hijo de Joás en una buena vejez*, expresion que no usa sino es cuando habla de los hombres santos y que agradaron á Dios; y al testimonio que da de él san Pablo, juntándole con David y con Samuel, en todo lo que mira á las obligaciones de la justicia y de la virtud: no nos deja motivo de dudar que acabó santamente su vida; y nos parece que dista mucho de Gedeon la prevaricacion en que pretenden algunos que cayó poco antes de morir. Véase S. Agustin, *Quaest. 47. (Ilustrísimo P. Scio, anot. Bib., lib. Judic.*, VIII, 27).

se escribe lo dicho, y en la carta de san Pablo á los hebreos, de la cual se ha hecho tambien mencion. Dejó vivos setenta hijos que tuvo de muchas mujeres, además de Abimelech, que hubo de una concubina, como Agar lo fue de Abrahan, y que siendo ambicioso y valiente, tuvo modo de matar á sus hermanos; de manera, que de setenta, solo se libró de la muerte Joathan el menor de todos, por esconderse donde no pudo ser hallado.

La Misa es en honra de san Gil abad, y la Oracion la que sigue:

Intercessio nos, quaesumus, Domine, beati Aegidii abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado san Gil abad nos haga gratos á vuestra Majestad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo XLV *del Eclesiástico.*

Dilectus Deo, et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram praecepta, et legem vitae et disciplinae.

Fue amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendicion. Dióle una gloria semejante á la de los Santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo, y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, y le introdujo en la nube. Y le dió en público sus preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

REFLEXIONES.

Hízole santo por su fe y por su apacibilidad. Es decir, llenóle de una fe viva, y le dotó de una mansedumbre inalterable, á prueba de todas las contradicciones, capaz de hacerle dueño del corazon y de los cariños de todos. Es la mansedumbre cierta bondad, cierta calma, cierta moderacion del alma, naturalmente inclinada á hacer todo el bien que pueda en alivio y por complacencia de su prójimo. Es una virtud inseparable de la verdadera humildad, y por lo mismo es tan rara en el mundo. No es muy compatible con las pasiones, á manera de aquellas flores delicadas, que solo se dan en un terre-

nó puro, limpio y cultivado, despejado de zarzas, espinas y matorrales que las ofenden y las sufocan. Es propiamente la prenda de las bellas almas, disposicion natural para todas las demás virtudes, y tan esencial á lo que se llama virtud, que sin ella no la puede haber verdadera. No por cierto; no hay virtud cristiana donde no hay este espíritu de mansedumbre y de dulzura. El mismo Salvador declara por falso (*Luc.* IX), y por espurio el mas ardiente celo de la mayor gloria de Dios cuando no está acompañado de ella. *No sabeis de qué espíritu sois*, decia el Hijo de Dios á dos de sus amados discípulos cuando le pidieron licencia para hacer bajar fuego del cielo que redujese á cenizas los samaritanos, porque no le quisieron recibir. El mas famoso y el mas parecido retrato del Salvador que delineó el profeta Isaías, apenas tiene rasgo ó pincelada que no se dirija á copiar su mansedumbre y dulzura, tanto, que en sola esta virtud parece consistia todo su carácter. *Ves aquí mi siervo*, dice Dios por Isaías, hablando del Redentor (*cap.* XLII), *ves aquí mi siervo, á quien yo defenderé; ves aquí mi escogido, en quien mi alma tiene puesta toda su complacencia; yo derramaré mi espíritu sobre él, y él hará justicia á todas las naciones: no gritará, no será aceptador de personas, no se oirá su voz en las calles, no hará pedazos una pluma ya quebrantada, no apagará una mecha que está humeando. Ofrecióse*, dice en otra parte el mismo Profeta (*cap.* LIII), *ofrecióse, porque él mismo se quiso ofrecer voluntariamente. Será conducido á la muerte como una oveja cuando la llevan al matadero, y estará callado, sin abrir la boca, como un corderito mudo en manos del que le trasquila.* Ningun Santo hubo que no imitase este mansísimo modelo. Á los mansos dispensará sus gracias, dice el Sabio: *Mansuetis dabit gratiam.* Levantóse Dios, dice David, para hacer misericordia y para salvar á todos los mansos de la tierra: *Ut salvos faceret omnes mansuetos terrae.* (*Psalm.* LXXV). Sé manso y apacible con todo el mundo, decia el Apóstol á su amado discípulo Timoteo. *Audiant mansueti, et laetentur* (*Psalm.* XXXIII), exclama el profeta David. Oigan, alégrense los mansos y los apacibles, pues poseen una virtud que es como la basa de todas las demás. Cuando hay falta de mansedumbre y de dulzura, es mucho de temer que las demás virtudes que se aparentan sean solo una máscara, una engañosa figura de virtud. Si esta es verdadera, ignora absolutamente todo lo que es hiel picante y amargura. Aquel humor inquieto y enfadoso; aquel humor desabrido, áspero y duro de muchos que se figuran devotos, está publicando su total falta de virtud, ó por lo menos la muy poca que tienen. El mismo celo amargo, vio-

lento, picante y ofensivo está descubriendo el verdadero motivo del ardor que los abrasa. Juzgan erradamente que es calor nativo y saludable la que es una fiebre maligna y consumidora. Recorre con la consideracion todas las sectas de los herejes, y en todas ellas hallarás un celo devorador, que respira amargura y crueldad. Solo en la religion católica el celo de la gloria de Dios sabe componer un verdadero ardor con una dulzura inalterable. No se disimula en ella el pecado, pero tampoco se irrita ni se exacerba el ánimo del pecador. No se curan las llagas con vinagre ni con solo vino; siempre entra el aceite en la confeccion del bálsamo que las sana, las cierra y las cicatriza.

El Evangelio es del capítulo XIX *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Petrus ad Jesum: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quod vos qui secuti estis me, in regeneratione, cum sederit Filius hominis in sede majestatis suae, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israël. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam aeternam possidebit.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesús: Hé aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido; ¿qué premio, pues, recibirémos? Pero Jesús les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su glória, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su mujer ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

De los falsos gustos del mundo.

Punto primero.—Considera que el mundo, hablando en propiedad, es la region de los gustos falsos y engañosos. Es un terreno que solo lleva frutos amargos, regados por lo comun con tristes lágrimas. Á los ojos todo es brillantez, todo es esplendor; pero el gusto hace un juicio muy diferente: esas exterioridades tan risueñas y esas entradas tan floridas no admiten otro riego que el que las comunica un torrente de llanto y de amarguras. Es cierto que no será fácil persuadir esto á los jóvenes, los cuales de ordinario solo se gobiernan por los ojos y por los oidos; pero ¡qué diferentemente piensan los que ya han tomado el gusto á lo que es, y hablan de expe-

riencia! Así es que el mundo todo suena, todo grita gustos, placeres, diversiones y entretenimientos; este es el eco que resuena en todas partes; pero ¿encontróse jamás en el mundo un solo gusto, una sola diversion que fuese sólida y verdadera? Todos los mundanos dicen que están contentos; pero ninguno lo está: y añado, que ni verdaderamente lo puede estar mientras no nazca su contento del mismo fondo de la buena conciencia, ó mientras busque su satisfaccion en cualquiera otra parte fuera de Dios. Todo el mundo está sembrado de cruces, todo está lleno de espinas; no se descubren, ó salen poco hácia afuera, porque el mundo es la region del disimulo, siendo esta la primera leccion que se aprende en su escuela, y un arte en que son maestros cási todos los mundanos. Tal se está riendo en la apariencia que tiene despedazado el corazon, y está reventando por llorar; pero es menester llevar hasta al cabo el disimulo y la comedia. Todos representan el papel de alegres y de contentos; pero ni siquiera hay uno de aquellos que se entregan á sus pasiones que no sea infeliz y triste víctima de ellas. Todo el gusto que se experimenta en esta farsa es el engañar á los demás, el ocultarlos hasta la sospecha de la mas mínima amargura. Digámoslo mas breve: no hay otro gusto que el de querer persuadir que le hay. Sin embargo, tiene tambien el mundo sus dias alegres; no todos son nublados, algunos amanecen despejados y serenos, es verdad; pero ¿cuántos se han visto en él perfectamente tranquilos? La misma posesion de lo que se deseaba con mayor ansia, y de lo que se amaba con mayor ternura, disgusta y cansa. Son las pasiones las que causan los gustos, ó á lo menos los prometen; pero ninguna es capaz de dar uno que sea verdadero, sólido y puro. Su insaciabilidad es el tormento del corazon humano. ¿Qué avariento se vió nunca que se diese por satisfecho con sus ganancias; ni qué ambicioso que se contentase con su puesto? ¿Viéronse nunca los grandes, iguales en esto á los mas pequeños, que se declarasen plenamente satisfechos con su elevacion, con sus diversiones y con sus pasatiempos? Pero si están contentos con los que tienen, ¿por qué buscan otros nuevos cada dia? El disgusto es el que los trae tan inquietos; ese fondo de inquietud, que no son capaces de agotar, es el que los solicita á buscar incesantemente nuevos arbitrios para sufocar en el tumulto sus enfados. ¡Cosa extraña! Todos palpan esta verdad experimental, y apenas hay quien quiera convenir en ella. Los placeres de los mundanos y de todos aquellos que viven segun el espíritu del mundo, como son placeres de los sentidos, son incapaces de tranquilizar un corazon que no fue criado

para los bienes sensibles. Sean cristianos el entendimiento y el corazon, y presto se desengañarán de la falsedad de esos gustos.

Punto segundo.—Considera que no es posible haya verdaderos gustos en el mundo, atendiendo á la causa que los produce, al motivo que los anima, y á las consecuencias que siguen á ellos, las cuales siempre son tristes, dolorosas y funestas. Las únicas que prometen los gustos que se buscan en el mundo son las pasiones; no hay que buscar otro orígen á esta solicitud, pues no se encontrará. Y ¿quién no sabe por su propia experiencia que las pasiones son los tiranos del corazon del hombre, fecundo manantial de todos sus disgustos? ¡Qué dichosos seríamos, qué sosegados viviríamos si lográramos librarnos de la tiranía de las pasiones! Solo las sujeta la gracia de Dios, solo las doma una consumada virtud; el mundo y el espíritu del mundo las fomenta. Temores, sobresaltos, celos, inquietudes, pesadumbres, despiques, rabias, desesperaciones, ciertamente no reconoceréis otro principio. Disimúlese todo cuanto se quiera, tómese cada dia nueva máscara, encante en hora buena la multiplicacion de las diversiones, aturda y atolondre el tumulto de los pasatiempos, embelesen y alucinen los diferentes semblantes á que se les mire, siempre es verdad que en todo y por todo se derrama una amargura interior que todo lo llena de acíbar. Puédese suspender por algun tiempo el dolor que despedaza el alma; pero dura poco el encanto. Luego que se sosiega el tumulto, en acabándose la comedia y el papel que en ella se representó, por mas que se haga, se siente el vacío del corazon, y vuelve el alma á sus congojas, á sus inquietudes y á sus cuidados. Procúranse embotar las puntas que punzan y penetran, es así, pero siempre se percibe el dolor; se hace lo posible para sosegar la inquietud con la esperanza de los nuevos pasatiempos que se idean, siempre se prometen mas dulces que los antecedentes. Y esta es toda la sustancia de esos gustos y de esas diversiones en que consiste toda la felicidad de las gentes del mundo y de las almas poco cristianas; pero todos los artificios que el amor propio y las pasiones ponen en movimiento, no son capaces de borrar de la memoria el pensamiento de la muerte, acompañado de crueles remordimientos. Pregunto: esos hombres disolutos, esas mujeres del mundo, esas gentes ó esos esclavos de las diversiones y de los gustos, ¿conservan su despejo, su festividad y su buen humor hasta el fin de la vida? ¡Ah, que ninguno rió nunca hasta la muerte! entonces se recurre al arrepentimiento y á las lágrimas. Pues, mi Dios, ¿qué

ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

atractivo pueden tener unos gustos de que al cabo es preciso arrepentirse? Aquel impío que se olvidó de Dios en todos sus pasatiempos; aquel hombre distinguido, menos por su calidad que por sus continuas fiestas y diversiones; aquellas mujeres embebidas en el espíritu del mundo, que miraban con lástima á las que tenian una vida cristiana y recogida; todas esas personas, cuyas costumbres fueron enteramente paganas, ¿se atreven á sostener constante su carácter hasta la sepultura? Pero si tienen la desgracia de continuar con su insensibilidad y con su dureza hasta el lecho de la muerte, ¿quién las asegura? ¿cuál será su suerte por toda la eternidad?

Dignaos, Señor, de quitar las cataratas de los ojos á todos los que van por un camino que infaliblemente los conduce á la última desdicha. Pero, ¿y de qué me servirá á mí, ó dulce Salvador mio, haber hecho todas estas reflexiones? ¿de qué me serviria estar plenamente convencido de la falsedad, de la vanidad y aun del maligno veneno que se encierra en todas las vanas alegrías del mundo, si todavía me dejase embriagar de ellas? Concededme, Señor, vuestra gracia, para que eficazmente desengañado de estos falsos pasatiempos, eternamente los repruebe, y me aparte de ellos para siempre jamás.

Jaculatorias. —Apartad, Señor, mis ojos y mi corazon de todos estos vanísimos pasatiempos. (*Psalm.* cxviii).

Tuve siempre por locura á todas las risas del mundo, y reputé sus falsas alegrías por trampantojo de las gentes. (*Eccles.* ii).

PROPÓSITOS.

1 No te has de contentar con declamar contra los pasatiempos del mundo, puesto que no hay condenado en el infierno que no grite contra ellos mas altamente que tú. Conoces su vacío y su inanidad; estás convencido de su falsa brillantez y de la amargura que se esconde en aquella bella corteza que engaña con la apariencia; pues no caigas en el lazo, y habiendo descubierto el error, no quieras ser parcial suyo. Toma desde este mismo punto una eficaz resolucion de desterrarte para siempre de todas las fiestas mundanas, y huye con generosidad de todos esos profanos pasatiempos, copiosos é infalibles manantiales de tantas miserables caidas. Bailes, comedias profanas, espectáculos, saraos, partidas de diversion, escollos ordinarios de la inocencia, queden perpetuamente entredichos para tí desde este mismo momento. Ni te contentes con prohibirte todas esas diversiones

emponzoñadas; has de emplear todas tus fuerzas, toda tu autoridad y toda tu industria en desviar cien leguas de ellas á todos aquellos que dependieren de tí, sin ceder un punto en esta resolucion por ninguna razon, pretexto ni motivo. En todo tiempo debe un cristiano mirar con horror aquellas diversiones que eran propias de los gentiles, cuando en ellas se vulnera la Religion, ó se fomenta la relajacion de las costumbres.

2 Siempre que lo pida la ocasion declárate en favor del espíritu y de las máximas de Jesucristo contra las máximas y el espíritu del mundo. Ya que este tiene tantos partidarios y tantos abogados que pierden el tiempo alegando en defensa de sus errores, razon es que Jesucristo tenga tambien fieles siervos que salgan con valor á la defensa de sus máximas y de sus verdades. Dí, pues, con toda resolucion que condenas los bailes, los espectáculos y toda diversion profana, contraria á las máximas del Evangelio y al espíritu de Jesucristo.

DIA II.

MARTIROLOGIO.

San Esteban, rey de los húngaros, en Stulweissemburg en Hungría; el cual adornado con divinas virtudes fue el primero que convirtió á los húngaros á la fe de Cristo, y fue recibido en el cielo por la misma Vírgen Madre de Dios en el dia de la Asuncion: su festividad, por decreto del papa Inocencio XI, se celebra particularmente en este dia, en el cual por intercesion del santo Rey fue recuperada de los turcos por el ejército cristiano la inexpugnable fortaleza de Buda. *(Véase su vida en las de hoy).*

Santa Máxima, martir, en Roma; la cual juntamente con san Ansano, confesando á Jesucristo en la persecucion de Diocleciano, estándola azotando con manojos de varas, entregó su alma á Dios.

San Antolin (ó Antonino), mártir, en Pamiers, en Francia; cuyas reliquias se conservan con gran veneracion en la iglesia de Palencia en España. *(Véase su vida en las de hoy).*

Los santos mártires Diomedes, Julian, Felipe, Eutiquiano, Esiquio, Leonides, Filadelfo, Menalipo y Pantagapas, de los cuales unos quemados, otros ahogados, otros pasados con la espada, y otros crucificados alcanzaron la corona del martirio.

Los santos mártires Zenon y sus hijos Concordio y Teodoro, en Nicomedia.

La dichosa muerte de los santos hermanos Evodio, Hermógenes y Calixta, en el mismo dia.

El tránsito de san Justo, obispo y confesor, en Leon de Francia; varon de admirable santidad, y dotado de espíritu profético: habiendo renunciado el obispado, y retirádose al desierto de Egipto en compañía de Viator su lector,

vivió allí algunos años vida cási de ángel; y llegando ya el fin de sus fatigas, el dia 14 de octubre pasó al Señor á recibir la corona de la gloria: su santo cuerpo juntamente con los huesos de san Viator, su ministro, tal dia como hoy fueron trasladados á Leon de Francia. *(Asistió con otros dos obispos de las Galias al concilio de Aquileya, en el año 381, imperando Graciano. San Ambrosio, que fue el alma de este concilio, tenia en tanta estima al obispo de Leon, que después le escribió dos célebres cartas relativas á varios puntos de la santa Escritura).*

San Elpidio, obispo y confesor, en la misma ciudad. *(Su cuerpo fue enterrado en la iglesia de los siete hermanos Macabeos, al lado de su predecesor san Justo).*

Otro san Elpidio, abad, en la marca de Ancona, cuyo nombre tomó un pueblo que se gloría de poseer su santo cuerpo.

San Nonnoso, abad, en el monte Soracte; el cual con sus oraciones trasladó de un lugar á otro un peñasco grandísimo, y floreció con otros milagros.

SAN ESTEBAN I, REY DE HUNGRÍA.

Hácia el año 372 del nacimiento de Cristo, los hunos, pueblo de la antigua Sarmacia, junto á las márgenes de la laguna Meotis, saliendo de su país en número de un millon y novecientos mil hombres, conducidos del famoso Átila, se fueron á establecer en la Hungría, y la comunicaron su nombre. Después de muchas revoluciones, en las cuales fueron expelidos del país, volvieron á él por la cuarta vez por los años de 970, y fundaron una especie de monarquía, que fue gobernada por sus soberanos con el título de duques, siendo Geysa el cuarto príncipe de la nacion, que reinó en ella con este título. Era pagano, y naturalmente severo con los suyos; pero suave, benigno y apacible con los extranjeros, á quienes recibia con agasajo, y honraba con su benevolencia; y como por la mayor parte eran cristianos, enamorado de sus buenas costumbres, y prendado de sus conversaciones, formó un alto concepto de la Religion que profesaban. Noticioso san Adalberto, obispo de Praga en Bohemia, de lo bien dispuesto que estaba el ánimo del Duque, determinó anunciar la fe en los Estados de Hungría; y no bien lo oyó Geysa, en las primeras conferencias, cuando él mismo se declaró la mas ilustre conquista del apostólico Prelado. Instruido por san Adalberto, recibió de su mano el santo Bautismo con la duquesa su esposa, que se llamaba Sarloth, y con otros muchos señores de la corte, transformado ya el Duque en otro hombre con la gracia de aquel primer Sacramento.

Á la Duquesa, con la de su conversion, se la comunicó tambien el don de una sobresaliente virtud, y con esta un ardentísimo deseo

de desterrar de toda Hungría el paganismo, á cuyo celo no era inferior el del Duque. Ocupada enteramente un dia la imaginacion de la piadosa Duquesa en discurrir medios para lograr sus religiosos intentos, se quedó dormida; y apareciéndosela en sueños san Esteban protomártir, la aseguró que presto daria á luz un hijo, destinado por el cielo para poner en ejecucion la grande empresa que ella y su marido tenian tan en el alma; pues no solo seria el primer rey, sino tambien el apóstol de toda la nacion húngara.

Tardó muy poco en ser completo este gozo, por el nacimiento de aquel hijo feliz que vió la primera luz del mundo el año de 978, y en el Bautismo se le dió el nombre de Esteban. Los piadosos Duques no perdonaron á medio ni á diligencia alguna para que el Príncipe fuese educado en las mas santas máximas de nuestra Religion, y en los mas tiernos y devotos afectos de las virtudes cristianas; poniendo igual esmero en buscarle maestros excelentes que le cultivasen el entendimiento, instruyéndole en las letras y ciencias humanas. El cielo habia dotado al tierno Príncipe de tan bellas disposiciones para la virtud, concediéndole un corazon tan noble, tan generoso y tan derecho, con un ingenio tan brillante, y al mismo tiempo tan dócil, que dejó muy poco ó nada que hacer á los cuidados de la educacion; y fueron tan rápidos sus progresos en las ciencias y en la piedad, que ya en aquellos tiernos años era reputado por el príncipe mas cabal que se conocia en su siglo.

Fue su maestro el mismo san Adalberto, que se dedicó á formar aquel tiernecito corazon, y él supo aprovecharse maravillosamente de sus santas instrucciones. Estas se reducian á las máximas puras del Evangelio, de que le daban leccion todos los dias, y el niño Esteban las tomó desde luego tanto gusto, que nunca supo despues acomodarse con otras. Cási desde la cuna descubrió aquella tierna devocion á la santísima Vírgen, que con el tiempo le movió á erigir en su honor tantos y tan magníficos templos. Sus diversiones eran la oracion, y los ejercicios de su niñez se reducian á los ejercicios espirituales. En todas las cortes de Europa apenas se acertaba á hablar de otra cosa que de la virtud del príncipe de Hungría, y hasta sus mismos vasallos, aunque paganos, y naturalmente feroces y groseros, le miraban con admiracion, y le amaban con ternura, ganándoles el corazon aquella dulzura, aquella afabilidad, aquellos nobles y gratísimos modales, con aquella inagotable caridad que ejercitaba con todos los pobres; de manera, que siendo la veneracion de los grandes, era el hechizo de los pueblos. Á vista de una prudencia tan

anticipada, y de una virtud tan sobresaliente, resolvió el Duque su padre asociarle al gobierno del Estado, aunque contaba solos quince años, descargando en sus tiernos hombros el peso de los mas graves y mas importantes negocios.

Faltóle en un mismo año, que fue el de 997, el Duque su padre y su maestro san Adalberto, por lo que se vió precisado á cargar solo con el gobierno de todos sus Estados, no obstante de hallarse como á la primera entrada de su florida juventud. Su primera diligencia fue asegurar una paz sólida con todos los príncipes vecinos, con el fin de desviar todo embarazo á la ejecucion del glorioso intento que formó inmediatamente de desterrar, si pudiese, de sus dominios hasta la memoria del paganismo. Dió principio á esta grande empresa reformando las costumbres de sus vasallos, y aboliendo todos los usos y estilos que todavía respiraban su natural barbaridad. Juntaba ya á unos, ya á otros en su palacio, y él mismo los instruia, uniendo con las funciones de soberano los ministerios de apóstol. Irritados furiosamente los sacerdotes de los ídolos, viendo disminuirse su autoridad y sus rentas al paso que se multiplicaban las conversiones, amotinaron á los paganos que componian la mayor parte de la nacion, persuadiéndolos á que tomasen las armas contra el jóven Duque. Tenian á su frente al conde de Zegzard, que considerándose con bastantes fuerzas para disputarle la soberanía, levantó un numeroso ejército, y marchó á poner el sitio á Vesprin, que era la principal plaza de Hungría, después de Strigonia. El Duque por su parte tambien levantó tropas compuestas todas de cristianos; pero en tan corto número, que naturalmente no podian resistir á la prodigiosa multitud de los rebeldes. Érale muy fácil al piadoso Duque vivir en paz con sus vasallos, sin otra diligencia que dejar á los infieles proseguir tranquilos en el ejercicio de su ciega idolatría; pero pudieron mas en su religioso corazon los motivos de la Religion, que las razones de Estado. Lleno, pues, de confianza en la asistencia de aquel Señor, por cuya gloria combatia, habiendo puesto su persona y su reino debajo de su poderosa proteccion, imploró fervorosamente su favor; y aunque con fuerzas tan desiguales marchó al enemigo, y le presentó la batalla, que fue obstinada y sangrienta. Era el virtuoso Duque tan valeroso como santo, y trabada la accion, acreditó bien su valor, exponiendo su persona á los mayores peligros. Hallábase en todas partes donde era mayor el riesgo, y en todas la victoria iba siguiendo á su valerosa espada. Fue tan completa, que los rebeldes quedaron enteramente derrotados; su general el conde de Zegzard

muerto y tendido en el campo de batalla, y todo aquel numeroso ejército de amotinados hecho piezas. El santo Duque refirió toda la gloria del triunfo al Señor Dios de los ejércitos, y después de haber mandado que se le tributasen solemnes gracias en todos sus dominios, erigió un magnífico monasterio en el mismo campo de batalla.

Libre ya de todos los estorbos, dedicó toda su atencion á desterrar de todos sus Estados hasta las reliquias de la idolatría, haciendo venir de todas partes celosos religiosos que predicasen el Evangelio; y como el virtuoso Príncipe se hallaba siempre á la frente de aquellos apostólicos obreros, fue portentoso el suceso, y en breve tiempo fue universal la conversion del país. Luego que tuvo el consuelo de ver cristianos á todos sus Estados, los dividió en doce diócesis, destinando á Strigonia para silla arzobispal y metropolitana, cuyo plan remitió á Roma para que le aprobase la Santa Sede apostólica, á quien despachó una solemnísima embajada, nombrando por jefe de ella á Attico, ó Anastasio, abad benedictino. Reducíanse sus instrucciones á que en nombre del Duque rindiese la obediencia al papa Silvestre II, suplicándole tomase bajo de la proteccion de la Santa Sede aquellos Estados, nuevamente convertidos á la religion cristiana; dignándose de confirmar lo que el Duque habia arreglado acerca de la Religion en sus dominios de Hungría; y rogándole tuviese á bien que tomase el título, las insignias, y los honores de rey para promover con mayor autoridad lo que el tiempo y las ocasiones le permitiesen hacer en beneficio y propagacion de la fe.

Llegó el embajador á Roma poco después que habian entrado en ella los de Boleslao, duque de Polonia, que habiéndose convertido con toda su nacion treinta años antes á la luz del Evangelio, tenia entablada la misma pretension. Ya habian logrado audiencia de Su Santidad los embajadores de Boleslao, y ya el Papa queriendo premiar los grandes servicios que habia hecho á la Religion él y su padre Micislao, tenia prevenida una rica corona de oro para enviársela al duque de Polonia; pero habiendo oido por boca de Anastasio, en la audiencia que le concedió, todo lo que habia obrado el duque Esteban en tanto aumento de la fe, determinó darle á este la preferencia. Concedióle, pues, el título y la dignidad de rey, enviándole la corona: á que añadió el regalo de una rica cruz, para que la hiciese llevar siempre delante de sí, autorizando con una bula todo lo que habia dispuesto, así en los obispados, como en los obispos presentados por él para gobernarlos, y reconociéndole por Apóstol de su nuevo reino.

Habiendo recibido Esteban las insignias de su nueva majestad, convocó en Strigonia todos los Prelados del reino con la nobleza del país; y recibida la sagrada real uncion de manos de los mismos Prelados, reconociendo que toda legítima potestad desciende originariamente del mismo Dios, y que á sola su piedad debia la corona, se hizo á sí mismo y á sus sucesores feudatarios de la santa Sede apostólica.

La felicidad de tan gloriosos sucesos suscitó celos en algunos príncipes vecinos, que no acertando á mirar con buenos ojos aquel aumento de grandeza, se coligaron para sufocar en la cuna la reciente monarquía. El príncipe de Transilvania, olvidado del estrecho parentesco, pues era primo del Rey, entró armado por sus tierras, haciendo en ellas grandes daños. Marchó á él san Esteban con las tropas que pudo juntar tumultuariamente; atacóle, derrotóle, y le hizo prisionero, sin querer otro rescate por su libertad que su conversion y la de sus pueblos. Los búlgaros le dieron mas en que entender; porque le hicieron la guerra con mayores fuerzas, pero con tan infeliz suceso como los transilvanos, pues al cabo los venció y los humilló, obligándoles á pedirle la paz, que les concedió, sin aprovecharse demasiado de su victoria. Contrajo una estrecha alianza con el emperador san Enrique, casándose con su hermana Gisela, princesa de extraordinaria virtud, que parecia que la divina Providencia la habia destinado singularmente para él, por lo que no era posible matrimonio mas cabal. Nunca tuvo la Reina otras inclinaciones que las del Rey, el mismo celo por la Religion, los mismos ejercicios espirituales, la misma devocion, la misma liberalidad con las iglesias, y la misma caridad con los pobres.

Restituida la tranquilidad á todo el reino, convirtió el Rey toda su aplicacion á procurar la felicidad de sus vasallos, á reformar los abusos, y á no omitir medio alguno para que cada dia floreciese mas la Religion y la piedad.

Siendo su virtud sobresaliente, y como la mas favorecida entre todas, aquella tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen, á quien siempre apellidaba *su soberana Señora*, título que después se hizo hereditario y familiar en todos los húngaros, erigió en su honor un suntuoso templo en la ciudad de Alba, que comenzó á llamarse la *Real*, por haberla escogido el santo Rey para su ordinaria residencia, y porque los Reyes sus sucesores se coronaban después en su iglesia de la Madre de Dios, escogiéndola tambien para su panteon ó sepultura. Apenas hubo provincia alguna en sus Estados, ó ciudad considerable en las provincias, donde el piadoso Monarca no

fundase algun monasterio, no erigiese alguna iglesia, ó no dotase algun hospital. Ni su real piadosa liberalidad se estrechó precisamente á los límites de su reino: extendióse tambien á los extraños, fundando iglesias y hospitales para los húngaros en Roma, en Jerusalen y en Constantinopla. Dedicado únicamente á procurar que floreciese la Religion en sus dominios, á exterminar los vicios y los abusos, y á solicitar que en todas partes reinase la justicia y la piedad, y á promover por todos caminos la felicidad de sus vasallos; promulgó leyes prudentísimas para desterrar de ellos las bárbaras costumbres, y para cortar con la severidad de las penas los robos, los homicidios, los adulterios, las blasfemias, y todo género de impiedades y disoluciones; formando una especie de código para mayor permanencia de estos reglamentos, en que comprendió debajo de cincuenta y cinco títulos ó capítulos las mas saludables leyes. Habiendo nacido con él, por decirlo así, la caridad y la misericordia con los pobres, tomó debajo de su real proteccion á las viudas y á los huérfanos, proveyendo á la subsistencia de las familias necesitadas con una liberalidad de que hay pocos ejemplares, y todo con tanto órden, con tanta prudencia y con tanto acierto, que se decia comunmente que en su dichoso reinado no habia pobres en Hungría.

Queriendo en cierta ocasion tener el consuelo de dar la limosna por sus mismas reales manos, se disfrazó para no ser conocido. Luego que los primeros pobres le vieron con un bolsillo lleno de dinero, que llevaba para repartirle entre ellos, se abalanzaron á él brutal y atrevidamente, arrojáronle en el suelo, pateáronle, maltratáronle, y arrancándole el bolsillo con violencia, se pusieron en precipitada fuga. Dejóse ultrajar el santo Rey sin despegar siquiera los labios; y levantándose todo cubierto de lodo, no menos que de contusiones á violencia de los golpes, vuelto á la santísima Vírgen, su querida Madre, la habló de esta manera: *Bien veis, ó Reina de los cielos, mi soberana Señora, cómo han tratado vuestros soldados al que Vos os dignásteis hacer rey: si esto lo hubieran hecho los enemigos de la Religion, ya veria yo lo que habia de hacer con ellos; pero siendo obra de los criados de vuestro Hijo, y mi dulce Salvador, recibo con alegría esta aventura, y os doy gracias por ella.* Con efecto, toda la satisfaccion que tomó de aquella brutalidad fue hacer mayor limosna á los mismos mendigos.

Empleaba la mayor parte del dia en los negocios de la Religion, del Estado y de la justicia, que administraba á sus pueblos por sí mismo. Sus audiencias siempre francas, y accesibles á todos en cual-

quiera hora, pero preferidos en todo caso los pobres; por lo que era dicho comun, que los húngaros lograban un soberano que mas era su padre que su rey. Todos los dias asistia al santo sacrificio de la misa con tanto respeto, con tanta modestia, y con tanta devocion, que la infundia en todos los circunstantes, consagrando al ejercicio de buenas obras las demás horas que le quedaban desocupadas; y decia con gracia que esta era su caza, este su juego, y estas sus diversiones. La mayor parte de la noche la empleaba en la meditacion y en la oracion, menos las vísperas de Comunion, que eran muy frecuentes, las cuales las pasaba todas en vela. Sus penitencias correspondian al fervor y á la inocencia de su vida; siéndole muy familiares los ayunos, los cilicios, los instrumentos de mortificacion y la maceracion del cuerpo, tanto, que no pocas veces descubrió Dios con prodigios sus mas secretas mortificaciones.

Siendo san Esteban tan agradable á los ojos del Señor no le podian faltar trabajos y adversidades. Padeciólas muy penetrantes y muy vivas, que acrisolaron su virtud con las mas sensibles pruebas. Sufrió por espacio de tres años una prolongada enfermedad, acompañada de cruelísimos dolores, sin que se alterase un punto ni la majestuosa alegría de su semblante, ni la serenidad de su corazon. Arrebatóle la muerte á todos sus hijos, no dejándole mas que al príncipe Emerico su primogénito, jóven dotado de todas las prendas que se podian desear para formar un gran príncipe. Educado por un padre que le servia de maestro, siendo á un mismo tiempo el modelo mas perfecto que podia imitar, caminaba á largos pasos en seguimiento de sus huellas; y siendo perfecto imitador de sus virtudes, observaba escrupulosamente todas las santas máximas que el Rey le habia inspirado, componiendo de ellas el mismo Monarca un precioso libro para la instruccion de su querido hijo. Pero Dios le quitó este amable hijo cuando se hallaba en lo mas florido de su edad: golpe que sintió el Rey con el mas vivo dolor, sin hallar otro consuelo á tan dolorosa pérdida que el que buscó y encontró en su mucha religion y en su heróica virtud; pudiéndose decir con verdad que nunca se mostró mas santo que en aquella grande afliccion.

Los besas, pueblos bárbaros, hicieron una irrupcion en sus tierras; pero quedaron tan enamorados de la virtud del santo Rey, que diputaron sesenta de los mas principales de la nacion para pedirle su amistad. Desarmólos precisamente su piedad, y los acabó de encantar, cuando el Rey mandó que se les restituyese todo lo que les habian tomado sus tropas, que batian el país, sin embargo de que se

podia quedar con ello por via de represalia, en recompensa de los daños que habian hecho en sus Estados.

Muerto el emperador Enrique, su cuñado, Conrado su sucesor entró en Hungría con un poderoso ejército. Esteban, á pesar de su amor por la paz, vióse precisado á marchar contra él á la frente de sus tropas; pero movido de la compasion y del horror que le causaba ver derramar sin justo motivo la sangre de sus vasallos, recurrió á Dios y á su continua protectora la santísima Vírgen. Apenas acabó su oracion, cuando las tropas de Conrado se pusieron en desordenada fuga, con tanta precipitacion como si hubieran sido enteramente derrotadas, sin que hasta ahora se hubiese podido averiguar el verdadero motivo que aquel formidable ejército tuvo para retirarse.

Habia ya algunos años que el Rey guardaba cási siempre la cama, reducido á ella por sus frecuentes enfermedades, cuando algunos señores, descontentos de la inexorable rectitud con que administraba justicia, resolvieron quitarle violentamente la vida, arrojándose al mas negro, al mas atroz y al mas execrable de todos los delitos. Uno de ellos entró en el cuarto del Rey con este sacrílego intento, llevando una espada desnuda debajo de la capa. Oyó el Rey algun ruido, y preguntando quién era, la majestad de su voz llenó de tanto terror al asesino, que dejando caer la espada, se arrojó á sus reales piés, confesó su delito, é imploró su piedad y clemencia. Perdonóle benignamente el Rey, y convirtióle. En fin, habiendo el santo Monarca tenido revelacion de su dichosa muerte, se dispuso para ella con nuevo fervor, acabando con él de perfeccionar su virtud; y recibidos los santos Sacramentos, rindió tranquilamente su espíritu en manos del Criador el mismo dia de la Asuncion, cuya fiesta habia él mismo hecho la mas solemne para toda la nacion húngara. Murió, pues, el dia 15 de agosto del año 1038, á los sesenta de su edad, y cuarenta y uno de su glorioso reinado, con llanto universal de todo el reino, lastimándose cada uno de haber perdido no tanto un Rey, como un Apóstol y un padre. Su cuerpo fue sepultado en la magnífica iglesia de Alba Real, que él mismo habia edificado, siendo las lágrimas de los pobres el mas bello ornamento de la pompa funeral. Por los muchos milagros que obró en vida, y por los que se continuaron en su sepulcro después de muerto, se movió la santa Sede apostólica á decretarle los honores que se deben á los Santos, y el papa Inocencio XI fijó su fiesta el dia 2 de setiembre.

SAN ANTONINO Ó ANTOLIN, MÁRTIR.

En medio de las intrincadas dificultades á que está sujeta la historia de san Antonino, dificultades de que hasta ahora no ha podido desembarazarse ni la crítica mas fina, ni la erudicion mas copiosa, seria una temeridad ó pretender mejor suerte en la relacion de sus hechos, ó intentar aclarar las dudas de que hasta ahora ninguno se ha desembarazado. La principal causa de esta confusion es un poderoso motivo de consuelo para los que se ejercitan en esta espiritual leyenda. La diversidad de martirologios que hacen mencion de un san Antonino; las muchas provincias é iglesias en que se sabe haberse celebrado su memoria, y los muchos altares en donde se han venerado sus sagradas reliquias, han sido otras tantas causas para dudar si han sido uno ó muchos los Santos celebrados con el nombre de Antonino, y aun en el caso que sea uno, si este se debe adjudicar á España, Francia ó Siria. Pero esto mismo, que da tanto trabajo á la crítica, y tanto desconsuelo á la curiosidad humana, le sirve á la piedad de una gran satisfaccion. Desde luego se persuade á que realmente ha existido un verdadero siervo de Dios, que manifestó su caridad testificándola con su sangre, ya que en las iglesias del cristianismo ha sido inmemorial y muy extendido su culto. Esto le basta para leer con confianza sus ejemplos, ensalzar la gloria de Dios en la manifestacion de sus dones, y acallar los gritos de la vana curiosidad cuando quiera levantarse contra la sencilla devocion. Lo que no podemos dudar los españoles es que la iglesia de Palencia venera á san Antonino por patrono, y se honra con sus reliquias, cuya traslacion celebra el dia 18 de mayo. Igualmente es cierto que celebra esta festividad toda la Iglesia de España, cuya respetable autoridad es suficiente motivo para que en medio de las muchas dificultades que ofuscan la historia de san Antonino, se repute por un medio seguro de ofrecer á la leccion de los fieles aquella historia del Santo que la Iglesia de España tiene adoptada en su rezo, que es la siguiente:

Nació san Antonino de estirpe real, y su educacion en los primeros años de su vida fue correspondiente á la alteza de su linaje, comprendiendo entre las instrucciones humanas los conocimientos de la santa religion de Jesucristo. En los primeros años tuvo la desgracia de perder á sus padres, por cuya causa quedó en poder de un tio suyo llamado Teodorico, el cual reinaba en Tolosa, y residia en Pamia, lugar de la Galia Narbonense. En este pueblo tenia Teodorico

á su sobrino, cuidando de que su educacion fuese correspondiente á los errados sentimientos de que él estaba poseido, que no eran otros que los del gentilismo. Como Antonino habia bebido de antemano las máximas de la Religion verdadera, y estas habian echado profundas raíces en su tierno corazon, no podia acceder á las supersticiosas instrucciones que se le daban de órden del Rey. Adoraba á Dios ocultamente, empleándose con fervor en los piadosos ejercicios que la religion cristiana prescribia. Notaron esto los maestros y familiares que le rodeaban; y juzgando que no debian ocultar al Rey una noticia de tanta consecuencia, le dieron parte de cuanto habian visto en el santo mancebo. Turbóse Teodorico; y sucediendo á sus primeros movimientos de turbacion los de la ira y la venganza, determinó castigar en Antonino los que á él le parecian extravíos de su razon, é infidelidad al cariño que le manifestaba. Percibió el santo mancebo las funestas resultas del real enojo que le amenazaba; y así, prefiriendo el bien de su alma y los intereses de la Religion á todos los honores y grandezas del mundo, determinó abandonar el palacio de su tio, y huir á donde pudiese libremente adorar á Cristo crucificado. Fuése á Roma, y de allí á Salerno, en donde permaneció por espacio de diez y ocho años empleado en la contemplacion y rigores de la vida eremítica, en la compañía de otros muchos varones doctos y virtuosos que allí mismo la profesaban. La ciencia que adquirió en este tiempo, y mucho mas las virtudes nada vulgares en que se ejercitaba, le proporcionaron para recibir los órdenes sagrados, haciéndose subdiácono. El verse consagrado á Dios y al servicio de su Iglesia de un modo tan á su gusto, empeñó su fidelidad á tan exacta correspondencia, que en nada pensaba, ni tenia otro ejercicio que el de su propia santificacion, y el de ganar para Dios las almas de sus hermanos.

Á las grandes virtudes siempre las auxilia el cielo con su proteccion y sus maravillas. Verificóse esto en Antonino, pues desde aquel tiempo comenzó á resplandecer en la gracia de los milagros, de manera, que por su oracion se vencian á cada paso los impulsos de la naturaleza. Por la virtud que Dios habia puesto en sus manos cobraban á cada paso vista los ciegos, oido los sordos, habla los mudos, sin haber enfermedad, por peligrosa é inveterada que fuese, que pudiese resistir á la superior fuerza de su oracion. Aun los espíritus infernales que tiranizaban á muchos infelices se veian precisados á dejar libres sus cuerpos, obedeciendo la poderosa voz de Antonino, que así se lo mandaba en el nombre del Señor. En medio de los continuos

prodigios con que Dios hacia glorioso á su siervo, este, fiel siempre á su Señor, no olvidaba el empleo de las virtudes cristianas. Su vida era inocentísima, sus costumbres puras, y sus ejercicios cuales convenian á un eclesiástico y á un ermitaño. Oracion continua, contemplacion de los divinos misterios, ayunos frecuentes y mortificacion de los sentidos para sujetar la carne á la obediencia de la razon: tales eran las ocupaciones en que distribuia su vida en el retiro de la soledad. Pero como sabia que no es buen siervo el que recibiendo el talento le conserva escondido sin exponerle á ganancias, procuraba emplear los que el Señor le habia comunicado en el provecho y salud de sus prójimos. Dejaba su amada soledad para ejercer el ministerio de la predicacion, advirtiendo á los hombres sus errados caminos, y mostrándoles la senda segura por donde podrian conseguir su felicidad verdadera. Predicaba igualmente contra la gentilidad y todo género de errores, sin que el miedo pusiese freno á su lengua, ni prefiriese su vida á los soberanos intereses de la verdad. Una de las cosas que mas deseaba en este mundo era verter su sangre en defensa de la Religion; y este deseo al mismo tiempo que le hacia solícito de la salvacion de las almas, le daba intrepidez para predicar á todo riesgo las sacrosantas verdades. Sacrificaba con todo gusto á este santo ministerio toda su comodidad, sin reparar en padecer hambre, sed y cansancio, siempre que consiguiese cumplir exactamente las obligaciones de su ministerio. Dios mismo cooperaba por su parte á este mismo fin con portentos y maravillas; pues hallándose en cierta ocasion predicando en un sitio tan árido y desprovisto, que él y sus oyentes perecian de sed, levantó los ojos al cielo, é hiriendo la tierra con el báculo en que se apoyaba, brotó al instante una fuente copiosa con que apagaron la sed el Santo y cuantos le acompañaban.

Algunos años después de haberse ejercitado en este santo ministerio volvió á su patria, en donde fue recibido benignamente de su tio, que con el tiempo habia olvidado sus primeros resentimientos, y dado lugar á las pacíficas impresiones que hacia en su corazon el parentesco y la sangre. Poco tiempo le duró á Antonino esta paz, que como fundada en causas terrenas no podia ser duradera. Volviéronle á acusar de que era cristiano, llegando á persuadir á su tio que el profesar esta religion en su corte era un delito de lesa majestad, que debia castigar con toda la severidad de las leyes. Teodorico se mostró tan sensible á esta delacion, que sin reparar en los lazos con que la naturaleza le unia á su sobrino, le mandó encerrar en un

oscuro calabozo, cargándole de cadenas y de grillos, y negarle todo alimento, para acabar de este modo una vida que él reputaba por la afrenta de su corona. Siete dias permaneció el Santo sufriendo este terrible tormento, al cabo de los cuales, considerando el Rey que ya estaria muerto, bajó á la cárcel en persona para satisfacerse por sus propios ojos de que ya estaba acabada la causa de sus sentimientos. Pero, ¡oh, cuánto se engañan los hombres cuando quieren medir las fuerzas de la Omnipotencia por las ideas de su corazon! Cuando pensaba encontrar muerto á Antonino consumido de la sed y de la hambre, halló que estaba bueno y robusto, superando la Gracia todas las fuerzas de la naturaleza. Aun halló mas, pues encontró dentro de la cárcel á un jóven noble, llamado Almaquio, de los mismos sentimientos y religion que Antonino, al cual le estaba aliviando el peso de las cadenas, cargándolas sobre sí mismo. Este espectáculo, que debiera excitar en el alma del Rey los mas vivos sentimientos de compasion y de humanidad, produjo todo lo contrario. Irritóse sumamente con esta visita, y sin consultar á otra cosa que á los movimientos de la ira, mandó precipitar á Almaquio desde una alta roca, y cargar á Antonino con prisiones mas molestas y pesadas. Mientras el Santo padecia en la cárcel por amor de Jesucristo, se le ofreció á Teodorico la precision de asistir á una guerra, en la cual castigo Dios su inhumanidad y perfidia por una violenta muerte. El jóven Almaquio, que habia sido precipitado, se encontró sano y sin lesion, guardando Dios milagrosamente su vida en premio de su fe y de su constancia. San Antonino recibió tambien una recompensa semejante de sus trabajos; pues repitiendo el cielo la maravilla que habia ejecutado en otros tiempos con el Príncipe de los Apóstoles, envió un Ángel que rompiese las cadenas que le oprimian, y le sacase libre de la cárcel. Viéndose Antonino favorecido con tan grande milagro, cobró nueva confianza, y comenzó á predicar la fe de Jesucristo con la misma actividad y fervor que antes lo habia practicado.

Muerto Teodorico, Gesaleyco, que era tambien pariente de nuestro Santo, y no menos impío y terrible que su antecesor, sucedió en el reino. Apenas subió al trono comenzó á perseguir el nombre de Jesucristo con la mayor crueldad, por cuya causa, viendo algunos piadosos varones que la vida de Antonino corria mucho riesgo, procuraron inducirle á que se salvase con la fuga, como en efecto lo hizo. Fuése á una soledad, en donde tuvo el consuelo de encontrar al jóven Almaquio, que ya anticipadamente habia elegido aquel sitio para seguridad de su vida, y para el tranquilo ejercicio de sus em-

pleos fervorosos. Habia en este sitio una gruta, que se llamaba Oriental, y junto á ella una cristalina fuente que hacia el lugar muy deleitoso y acomodado á la piedad de sus intenciones. Los dos santos solitarios permanecieron allí bastante tiempo, apartados del bullicio del mundo, y ejercitándose en la alta contemplacion y en rigurosas abstinencias. La misma soledad colmaba sus corazones de seguridad tranquila, y les ofrecia multiplicados objetos en que considerar la grandeza de su Criador. Entre las delicias espirituales de que gozaban tuvieron el consuelo de tener otro compañero llamado Juan, y era sacerdote, el cual habia ido á aquel sitio por inspiracion divina, para tener la dicha de ser mártir como sus dos compañeros. Esta ventura pareció nacida de una casualidad, pero no fue sino un meditado consejo de la divina Providencia. Los cazadores del Rey registraban acaso aquellos lugares fragosos, buscando fieras para cebar la diversion de su Monarca, cuando hé aquí que improvisamente encuentran á los tres Santos. Repararon en ellos con cuidado, y habiendo reconocido á Antonino, dieron cuenta al Rey, quien le mandó venir á su presencia. Luego que le tuvo delante, le habló de esta manera: *¿Qué locura se ha apoderado de ti, ó Antonino, que te hace olvidar de la nobleza de tu sangre, enloquecer á los hombres con los prestigios de esa tu Religion, y poner en turbacion todo mi reino?* Antonino, lleno de firmeza y serenidad, respondió estas palabras: *Yo, ó Gesaleyco, no seduzco, ni hago enloquecer á nadie, sino que predico á un solo Dios, del cual es todo reino é imperio; y de consiguiente abomino y detesto como falsos y de ningun poder los dioses de madera y de piedra que tú adoras.* Esta valerosa respuesta encendió la ira del Rey de manera, que mandó que cortasen la cabeza á Antonino y á sus dos compañeros, y los echasen en el rio llamado Aregia.

Ejecutado el mandamiento del Rey, obtuvo nuestro Santo un glorioso martirio, testificando con su sangre y la de sus dos compañeros la verdad de la religion de Jesucristo, y la nulidad de los dioses que adora la gentilidad. No quiso Dios que los cuerpos de sus santos Mártires careciesen del honor debido; y así, habiéndolos los Cristianos buscado y hallado, los colocaron en un honrado sepulcro. De estas reliquias la iglesia de Palencia posee la cabeza de san Antonino, juntamente con el hombro y brazo derecho, cuyo tesoro posee de tiempo inmemorial, siendo igual la veneracion que le tributan como á su amado patrono, á los continuos beneficios que por su intercesion la dispensa el cielo. Entre estos se cuenta que yendo una multitud del pueblo acompañando las reliquias del Santo, oprimieron á

un niño en los brazos de su madre, de manera que quedó sofocado y muerto. Lastimados todos del infausto acontecimiento, hicieron que el niño tocase las reliquias del Santo, en la firme persuasion de que no quedaria burlada su fe. El efecto acreditó la solidez de sus esperanzas, pues apenas tocó el niño las sagradas reliquias, cuando inmediatamente cobró nueva vida, y volvió al seno de su madre perfectamente sano. La restauracion de la iglesia Palentina, y reedificacion de la ciudad, fue efecto de los prodigios con que Dios ha favorecido aquel dichoso pueblo por medio de nuestro Santo. Refiere el arzobispo D. Rodrigo, que yendo el rey D. Sancho de Navarra, llamado el Mayor, á divertirse cierto dia en el ejercicio de la caza, encontró un jabalí, el cual persiguió con ánimo de matarle. Era en el sitio que habia tenido la ciudad de Palencia, que á la sazon estaba enteramente destruida y desierta. El feroz animal viéndose perseguido, se refugió á una concavidad formada á manera de iglesia, dentro de la cual habia un altar dedicado á san Antonino, que habia podido superar la devastacion de las guerras, el furor de los bárbaros y los reveses del tiempo. Amparóse el jabalí de la estatua del Santo, y habiendo llegado el Rey alzó el brazo para traspasarle con un venablo. No pudo ejecutar su intento, porque repentinamente se le quedó el brazo yerto, dando á entender el cielo con esta maravilla, que disfrutaba su proteccion quien se acogia á la de Antonino. Este mismo pensamiento le vino al Rey, quien implorando la divina misericordia por medio de la intercesion del bienaventurado Mártir, se halló repentinamente sano. De este milagro resultó la restauracion de Palencia; porque agradecido el Rey al beneficio que habia recibido de san Antonino, mandó reedificar de nuevo la ya arruinada ciudad, construir una iglesia sobre la concavidad ó gruta donde fue hallado el altar de san Antonino, y además consagrar un obispo, para que aquella iglesia no careciese de este honor. Era consiguiente manifestar otras liberalidades en consecuencia de las ya referidas; y así hizo donacion al obispo y á la iglesia de toda la ciudad, con los términos que la pertenecian, añadiendo además algunas villas y otras posesiones de que goza la iglesia Palentina. En los tiempos posteriores no se han manifestado menos las maravillas del Señor, con que ha confirmado que san Antonino es un siervo fiel, y nuestro benignísimo patrono.

La Misa es en honra de san Esteban, y la Oracion la que sigue:

Concede, quaesumus, Ecclesiae tuae, omnipotens Deus, ut beatum Stephanum, confessorem tuum, quem regnantem in terris propagatorem habuit, propugnatorem habere mereatur gloriosum in coelis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que concedas benignamente á tu Iglesia logre por defensor suyo en el cielo al bienaventurado Esteban, tu confesor, ya que mereció tenerle por su glorioso propagador en la extension de su reino, mientras vivió con nosotros en la tierra. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXXI *del Eclesiástico.*

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria aeterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala, et non fecit: ideo stabilita sunt bona illius in Domino, et eleemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabarémos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fue probado en el oro, y fue hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no corrió tras el oro, ó como lee el texto de la Vulgata: bienaventurado *el rico* que fue encontrado sin mancha: *Beatus dives*. Sin duda que las riquezas, los honores que las acompañan, y la abundancia que las sigue, deben ser grande estorbo á la inocencia y á la salvacion. Parece que la pobreza espanta, por decirlo así, á las pasiones, y que avergonzadas se retiran mientras dura la oscuridad; por lo menos es cierto que la adversidad las abate y las acobarda, haciéndolas pusilánimes, tímidas y tranquilas; cuando por el contrario la opulencia las engrie, las hace imperiosas, soberbias y altaneras; y sacándolas de la oscuridad, donde estaban como aprisionadas, las restituye á su entera libertad. Con facilidad se hacen las cosas que nos lisonjean y nos gustan, por malas que sean, sobre todo cuando se pueden hacer impunemente. Parece que la opulencia como que quita la vergüenza de obrar mal, y que las riquezas todo lo cubren y lo adornan, dorando, por decirlo así, hasta la disolucion, la irreligion y la impiedad. Una bella librea, un

magnífico tren, unos muebles suntuosos, y una mesa espléndida, todo lo excusan, hasta cierta ostentacion de indevocion, que escandaliza, que altera, que irrita aun á los menos devotos, por poca religion que abriguen en sus corazones. Á la verdad, ninguna cosa asombra mas que la conducta de esos mundanos acomodados, los cuales por otra parte hacen profesion de cristianos. Ya no es la Religion la que gobierna su corazon ni su espíritu; la calidad, los empleos, las riquezas son la regla de sus deseos, de sus pensamientos, y se puede añadir que lo es tambien aun de los mismos ejercicios de la Religion. ¿Lógrase un nombre, una clase distinguida? Pues cási nunca se declara la piedad en favor de la distincion. ¿Sacónos de entre el polvo y de entre la miseria una rica herencia, un negocio en que sopló favorable la fortuna? Pues olvidóse en un instante aquel primer estado tan inmediato á la nada. Con verdad se puede decir, que el amor propio siempre hace fortuna cuando la hace la persona. Rara vez se separan de la prosperidad el orgullo, la delicadeza, el regalo y el placer. No seria mucho decir que la indevocion y la ociosidad parecian el dia de hoy pruebas de nobleza; por lo menos son el efecto mas comun de la opulencia, sobre todo en las mujeres del mundo, muchas de las cuales están persuadidas á que se calificarian de mujeres ordinarias, si las viesen trabajar en su casa y cuidar de su familia. ¿Logran bienes de fortuna? Pues además de la profanidad y de las galas que las sorben toda la atencion y todo el tiempo, juzgarian abatir su calidad si se aplicaran á las obligaciones de su estado. Y sino, pregunto: ¿de qué clase de gentes se componen esas mesas de juego, esas visitas de la ociosidad, esas partidas de diversion, esos círculos, corrillos y concurrencias, de las cuales, por decreto del espíritu del mundo, está desterrado todo lo que no se acomoda á su gusto, y en las que se congregan todas aquellas cosas que concurren á extinguir todo movimiento de piedad y de religion? Allí todos se avergüenzan de parecer cristianos; no de otra manera que aquellos cobardes fieles de otros tiempos, que se avergonzaban de mostrar que lo eran á presencia de los gentiles. Allí se comienzan á abolir aquellas piadosas acciones, aquellos devotos actos mas antiguos, mas recibidos en la Iglesia, y mas acostumbrados de los verdaderos Cristianos. Ya no se usa echar la bendicion á la mesa entre gentes de distincion y en mesas de respeto; eso se deja para religiosos y gente ordinaria. El abuso es escandaloso, es verdad; pero ¿qué importa si está autorizado por la costumbre y por el partido mayor? ¡Y después de esto nos admirarémos de que se halle tan raras veces la ino-

cencia entre la abundancia y en medio de las riquezas! Con todo eso esos mundanos y esos ricos en la última enfermedad se hacen cristianos; cuando la cercanía de la muerte los espanta, cuando ya no pueden ser tan disolutos ni tan impíos como en sana salud. Pero ¿será sobrenatural ese arrepentimiento? ¿Serán sinceras esas conversiones? Y esos forzados actos de contricion ¿llevarán al paraíso á unos hombres que solo piden misericordia cuando se ven en el último peligro?

El Evangelio es del capítulo XIX *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam nobilis abiit in regionem longinquam accipere sibi regnum, et reverti. Vocatis autem decem servis suis, dedit eis decem mnas, et ait ad illos: Negotiamini dum venio. Cives autem ejus oderant eum: et miserunt legationem post illum, dicentes: Nolumus hunc regnare super nos. Et factum est ut rediret accepto regno: et jussit vocari servos, quibus dedit pecuniam, ut sciret quantum quisque negotiatus esset. Venit autem primus, dicens: Domine, mna tua decem mnas acquisivit. Et ait illi: Euge, bone serve, quia in modico fuisti fidelis, eris potestatem habens super decem civitates. Et alter venit, dicens: Domine, mna tua fecit quinque mnas. Et huic ait: Et tu esto super quinque civitates. Et alter venit, dicens: Domine, ecce mna tua, quam habui repositam in sudario: timui enim te, quia homo austerus es: tollis quod non posuisti, et metis quod non seminasti. Dicit ei: De ore tuo te judico, serve nequam. Sciebas quod ego homo austerus sum, tollens quod non posui, et metens quod non seminavi: et quare non dedisti pecuniam meam ad mensam, ut ego veniens, cum usuris utique exegissem illam? Et adstantibus dixit: Auferte ab illo mnam, et date illi qui decem mnas habet. Et dixerunt ei: Domine, habet decem mnas. Dico autem vobis,

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Cierto hombre noble fué á un país lejano á tomar posesion de un reino, y volverse. Habiendo llamado á diez de sus criados, les dió diez minas, y les dijo: Negociad mientras vuelvo. Pero sus conciudadanos le aborrecian, y enviaron detrás de él una embajada, diciendo: No queremos que este reine sobre nosotros. Y sucedió que, volviendo después de tomar posesion del reino, mandó llamar á los criados, á quienes habia dado el dinero, para saber cuánto habia negociado cada uno. Vino, pues, el primero, y dijo: Señor, tu mina ha rendido diez minas. Y le dijo: Alégrate, buen criado; porque has sido fiel en lo poco, serás señor de diez ciudades. Y vino el segundo, y dijo: Señor, tu mina ha producido cinco minas. Y (el señor) dijo á este: Tú tambien serás señor de cinco ciudades. Y vino otro, y dijo: Señor, hé aquí tu mina, que la tuve guardada en un pañuelo: porque te temí; por cuanto eres un hombre austero, tomas lo que no depositaste, y siegas lo que no has sembrado. Respondióle (el señor): Por tu misma confesion te condeno, mal criado: sabias que yo soy un hombre austero, que tomo lo que no deposité, y que siego lo que no sembré; pues ¿por qué no pusiste mi dinero en giro, para que tornando yo lo recobrase con ganancias? Y dijo á los que presentes

quia omni habenti dabitur, et abundabit: ab eo autem, qui non habet, et quod habet auferetur ab eo.

estaban: Quitadle á este la mina, y dádsela al que tiene diez. Señor, respondieron, ese tiene diez. Pues yo os digo, que á todo aquel que tiene, se le dará, y tendrá abundancia; pero á aquel que no tiene, le será quitado aun aquello que tiene.

MEDITACION.

Que cuesta menos ganarse que perderse.

Punto primero. — Considera que no hay en toda la moral cristiana error mas comun, ni mas generalmente extendido, que la falsa idea que se tiene de la virtud y del pecado. Concíbese aquella como una fruta toda erizada de espinas, y se figura á este como una hermosa flor siempre brillante, lozana siempre, y que exhala continuamente de sí una exquisita fragancia, pronta siempre á cogerse con la mayor facilidad; al mismo tiempo que la virtud no se la puede alcanzar sin lastimarse, sin sudor y sin fatiga. Como estas preocupaciones solo se consultan con los sentidos, estos nada pueden responder que no las fomente; porque la virtud siempre se presenta con un aire humilde, modesto y mortificado. En la escuela de la virtud solo se habla de violencias que se han de hacer, de pasiones que se han de domar, de cruces y de trabajos que se han de sufrir. Estas lecciones claro está que no agradan al amor propio, ni á un corazon tierno y poco experimentado. No es maravilla, pues, que la vida cristiana, la vida santa, retraiga y atemorice, sobresaltando á los sentidos; cuando al contrario, en la vida tibia, imperfecta y licenciosa todo los lisonjea, todo se adapta á las pasiones, todo es muy del gusto del amor propio. Confieso que todo esto es verdad, si se ha de hacer juicio de la vida cristiana y de la vida desarreglada por solas las apariencias, y que este concepto y estas preocupaciones están muy acordes con la experiencia. Pero si el juicio se ha de arreglar á la fe, y aun á la razon natural, no hay cosa mas falsa que esta idea. Consultemos lo que el Espíritu Santo nos dice en la Escritura; oigamos lo que nos enseña el mismo Jesucristo, y palparémos la falsedad de estas preocupaciones que se han hecho tan comunes. Oye lo que el Espíritu Santo dice en boca de los impíos, de esos idólatras de sus gustos, de esos esclavos de sus pasiones: *Erravimus in via veritatis;* descaminados hemos andado en el camino de la verdad. Ahora que se disiparon las tinieblas, ahora que se deshizo el encanto, ahora que se desvaneció la ilusion, y ahora que discurrimos sin preo-

cupacion y con serenidad, lo vemos, lo palpamos claramente. Apartámonos del camino de la salvacion. Entregámonos á nuestros apetitos; dimos contento á nuestros sentidos; dejámonos arrastrar del torrente de nuestras pasiones; abandonámonos al espíritu del mundo, y ves aquí que estamos condenados. Y esto ¿seria sin duda por no haberse querido hacer alguna violencia, por haber seguido un camino ancho, fácil, llano y divertido? Pero oigamos lo que ellos mismos confiesan: *Lassati sumus in via iniquitatis et perditionis.* ¡Ah que no! en lugar de tomar el camino mas fácil y mas llano, nos metimos en el mas áspero y en el mas dificultoso. Las entradas eran risueñas y floridas; pero luego que nos empeñamos en él, las espinas comenzaron á punzarnos por todas partes: *Ambulavimus vias difficiles.* En un solo mes padecimos mas que padecen los buenos por toda la vida: no la tuvo mas austera ningun religioso, ningun penitente, ningun anacoreta: ¡qué sobresaltos en el corazon, qué inquietudes en el ánimo, qué despechos, qué violencias, qué sacrificios, qué servidumbres en el mundo, entre ese monton de libertinos, de disolutos, de falaces, de tramposos, de arrebatados y de vengativos! *Lassati sumus,* nos cansamos, nos fatigamos, nos reventamos; y ¿para qué? para perdernos. *Talia dixerunt in inferno hi qui peccaverunt;* esto es lo que dijeron en el infierno los pecadores. Pero ¿es entonces tiempo de conocer su locura?

Punto segundo. — Considera que el Hijo de Dios no se explica menos claramente sobre esta importante verdad. Quiero enseñaros, dice á sus Apóstoles, una verdad que el mundo no puede comprender; esta es, que *mi yugo es suave y mi carga ligera.* Dejadlos decir lo que quisieren á aquellos que ignoran las verdades experimentales de mi doctrina. Exagéranse mucho en el mundo las imaginarias dificultades que se figuran voluntariamente en mi servicio: las almas cobardes, los corazones libres y estragados están persuadidos, y pretenden persuadir á otros, que no hay cosa mas dura, mas triste, ni mas ardua que servirme: quieren creer, y quieren tambien que otros se lo crean, que cuesta horrores esto de salvarse uno; pero yo, dice Jesucristo, afirmo todo lo contrario: digo que no hay consuelo igual ni comparable con el que se gusta en mi servicio: digo que mucho mas padecen los pecadores para condenarse, que mis fieles siervos en los mayores rigores de sus voluntarias penitencias. Pégase á los que están en mi servicio aquella misma dulzura del Señor, á quien generosamente sirven: *Discite à me quia mitis sum.* Es cierto

que las pasiones son los tiranos del corazon del hombre; ¡y de estos tiranos ha de esperar el pecador sus gustos y su felicidad! Desengañémonos: las pasiones mas lisonjeras, aun aquellas mismas que segun el espíritu del mundo son las mas dichosas, no dejan de ser pasiones, y por consiguiente copioso, inagotable manantial de inquietudes, de celos, de temores, de odios, de venganza, de turbacion, de sobresaltos, de lágrimas y de pesadumbres. Se disimula, es verdad; mas no por eso está el corazon menos oprimido, menos despedazado, ni menos afligido. Sírvese al mundo, y piérdese el pobre hombre en su servicio. Pero ¿dónde hay mas dura servidumbre que la del mundo? En un solo dia se hace mas violencia un cortesano, se vence mas y tiene mas que sufrir en la corte, que un siervo de Dios en el discurso de un año. Aun en medio de las mayores diversiones, ¡cuánto hay que reprimirse, cuánto que contenerse, cuánto que mortificarse! No suelen ser los mas serenos ni los mas tranquilos los dias de mayores fiestas y de mayores pasatiempos. Mujeres del mundo, hombres de negocios, gentes de la diversion, ¿no se os pudiera llamar con mayor verdad gentes de los disgustos, gentes de la esclavitud, y gentes dignas de la mayor compasion? ¿Cómo es posible que dejeis de envidiar, á pesar de vuestra altanería y de vuestro estudiado disimulo, á aquellas almas santas, á aquellas almas tranquilas y bienaventuradas, que ya comienzan á gozar anticipadamente desde esta vida unos como destellos de los gozos celestiales? No por cierto, no aguardais á veros en el triste lecho de la muerte para tener envidia á la suerte de los buenos. Hay cruces, hay trabajos en todos los estados de la vida, hay adversidades, hay aflicciones; pero ¿acaso están exentos de ellas los pecadores en el suyo? ¡Ah! que sienten vivísimamente su amargura, al mismo tiempo que los siervos de Dios saben el secreto de hacer las suyas no solo meritorias sino dulces y agradables. Cuando no tuvieran mas que una esperanza tan bien fundada de recibir el premio cien veces doblado, esta solo seria mas que bastante para endulzarles lo mas amargo de todas las aflicciones. Confesemos, pues, que hay mucho mas que violentarse, mucho mas que sufrir, mucho mas que padecer, y mucho mas que devorar para condenarse y para perderse, que para salvarse.

Haced, Señor, que todas estas reflexiones tan verdaderas, tan justas y tan convincentes, me acaben de desengañar de los falsos gustos de esta vida, y de disipar todos mis vanos temores. Grande es mi dolor y mi arrepentimiento por haber vivido tanto tiempo tan miserablemente engañado.

JACULATORIAS.—Son los bienaventurados y felices en esta vida los que guardan fiel y exactamente la santa ley del Señor. (*Psalmus* CXVIII).

Piensas, pecador, que eres feliz, porque eres rico, y no sabes, pobre necio, que eres un hombre miserable. (*Apoc.* III).

PROPÓSITOS.

1 Estando ya tan convencido de una verdad tan esencial, procede conforme á ella de hoy en adelante. Vive muy persuadido á que cuesta mas trabajo perderse que salvarse, y haz lo posible para persuadir lo mismo á todos, mas con tus obras que con tus palabras. Guárdate bien de dejarte vanamente espantar de estos términos de recogimiento, de mortificacion, de cruz, de penitencia y de retiro. Solamente las almas flacas y cobardes, los entendimientos limitados y poco cristianos se dejan amedrentar de la corteza, sin haber tomado el gusto á la sustancia. Entrégate á la virtud: date á una vida cristiana: al principio será menester un poco de constancia y de resolucion para vencer las primeras aprehensiones; pero no te asuste el vano terror de los sentidos, ni dés oidos á los ligeros miedos del amor propio. Alborótanse á los primeros pasos las pasiones, pero se las doma con mas facilidad de lo que se piensa; y está seguro de que la Gracia al cabo lo vence todo.

2 Emprende el camino de la virtud con toda resolucion: mira que el demonio solo es insolente y atrevido con los cobardes: para desarmarle basta una resolucion firme y una determinacion animosa. Si á los principios te muestras tímido, si este fiero enemigo de la salvacion reconoce en tí la menor pusilanimidad ó desconfianza, te hará la guerra á sangre y fuego. Lleno de confianza en la bondad del amo á quien sirves, y en el poder de su divina gracia, ataca tú mismo al enemigo dentro de sus propias trincheras. No hay criatura mas cobarde que el demonio á vista de una alma verdaderamente cristiana.

DIA III.

MARTIROLOGIO.

SANTA SERAPIA (ó SERAFIA), vírgen, en Roma; la cual en tiempo del emperador Adriano, habiéndola entregado á dos jóvenes lascivos, y no pudiendo ser violada, ni tampoco quemada con hachas encendidas, por sentencia del juez Berylo fue azotada, y luego degollada, el dia 29 de julio: enterróla santa Sabina en su propio sepulcro junto á la plaza de Vindiciano. La memoria de su

martirio se celebra mas solemnemente en el dia de hoy, en que fue adornado el sepulcro de estas dos Santas, y el lugar donde estaba dedicado para servir de oratorio. *(Véase su vida en las de hoy).*

La gloriosa muerte de santa Phebes (ó Febes), en Corinto, de la cual hace memoria san Pablo apóstol, escribiendo á los romanos, *cap.* XVI, y dice de esta manera: «Os encomiendo á Phebe nuestra hermana, que está en el ser-«vicio (diaconisa [1]) de la iglesia de Cenchrea: que la recibais en el Señor, co-«mo deben los Santos, y la ayudeis en todo lo que os hubiere menester; por-«que ella ha asistido á muchos, y á mí en particular.»

Las santas vírgenes y mártires Eufemia, Dorotea, Tecla y Erasma, en Aquileya, las cuales en tiempo de Neron, después de crueles tormentos, fueron degolladas; sus cuerpos los sepultó san Hermágoras. *(Las dos primeras eran hermanas, y las otras dos primas suyas. Fueron degolladas por Valente, padre de las primeras y tio de las segundas).*

Los santos mártires Aristeo, obispo, y Antonino, niño, en Capua.

El martirio de santa Basilisa, vírgen y mártir, en Nicomedia; la cual de edad de nueve años, en la persecucion de Diocleciano, siendo gobernador Alejandro, habiendo vencido con divina fortaleza los azotes, el fuego y las fieras, puesta en oracion entregó su alma al Criador.

Los santos mártires Zenon y Cariton, de los cuales el uno fue metido en una caldera de plomo derretido, y el otro en un horno ardiendo. *(Créese que eran griegos).*

San Sandalio, mártir, en Córdoba. *(Véase su noticia en las de hoy).*

El martirio de los santos mártires Aigulfo, abad de Lerins, y sus compañeros monjes, en el mismo dia; los cuales habiéndoles cortado la lengua, y sacado los ojos, fueron degollados.

San Mansueto, obispo y confesor, en Toul de Francia. *(Era escocés de nacimiento, y floreció imperando Constante, hijo de Constantino el Grande. Por su celo en propagar el Evangelio en las Galias fue elegido y consagrado primer obispo de Toul, cuya iglesia habia engendrado en Jesucristo).*

San Auxano, obispo, en Milan.

San Simon Stilita *(ó de la Columna)* el mozo, en el mismo dia. *(Véase su noticia en las de hoy).*

La consagracion del incomparable varon san Gregorio el Magno, en Roma; el cual habiéndole obligado contra su manifiesta voluntad á que se encargase del sumo pontificado, desde lo alto de su silla despidió rayos de santidad que resplandecen por toda la tierra. *(Su vida en las del dia 12 de marzo).*

SANTA SERAPIA, VÍRGEN, Y SANTA SABINA, VIUDA, MÁRTIRES [2].

Fue santa Serapia una doncella de Antioquía de Siria, hija de padres cristianos, que al primer fuego de la persecucion se retiraron á

[1] Las diaconisas eran viudas ó vírgenes de edad ya madura y de una piedad reconocida: se consagraban al servicio de la Iglesia, no para servir al altar, sino para emplearse con las personas de su sexo en todos aquellos oficios de caridad que ejercian los diáconos con los hombres.

[2] De la historia particular de santa Sabina, viuda, se lee un resúmen en las del dia 29 de agosto, en que hace conmemoracion especial de esta Santa el Martirologio romano.

Italia, llevándose consigo á la niña, y dedicándose con el mayor cuidado á educarla en las máximas mas santas de la Religion, é inspirándola desde la cuna un santo horror á los devaneos del mundo. Muertos sus padres, la tiernecita huérfana fue pretendida por los primeros caballeros de Roma, enamorados de su extremada belleza, de su rara discrecion, y de todas las demás singulares prendas que á porfía la adornaban; pero la santa doncella, que habia resuelto no admitir otro esposo que á Jesucristo, tuvo el valor y la dicha de evitar todos los lazos que la armaron, y quiso mas ser criada de una jóven viuda, que ser contada en el número de las señoras romanas.

Era esta viuda la ilustre Sabina. Apenas Serapia habia estado dos meses en su compañía, cuando la ganó enteramente el corazon, pasando de las obligaciones de criada á todas las confianzas de la mas estrecha amiga. Como Serapia estaba dotada de un entendimiento superior, y de una virtud todavía mas superior á su despejado entendimiento, se aprovechó con tanta discrecion y con tanta oportunidad del tierno amor que Sabina la profesaba, que poco á poco la fué abriendo los ojos en materia de religion, haciéndola tan palpable la ridiculez y la impiedad de las paganas supersticiones, que la convirtió á la fe de Cristo; y disponiendo que recibiese el santo Bautismo, tuvo el consuelo de verla sobresalir entre las señoras cristianas mas fervorosas. Luego que la consideró bien arraigada en la fe, y la vió descollar tanto en una eminente virtud, la aconsejó se retirase á una de sus posesiones de Umbría, que se llamaba Vendina, á donde la siguieron tambien algunas doncellas cristianas que formaron como una pequeña congregacion, convirtiéndose la casa de Sabina como en cierta especie de religioso monasterio. Todas juntas servian á Dios tranquilamente en su retiro, cuando hácia el principio del año 175 se levantó una persecucion contra la Iglesia; y sabiendo el gobernador de Umbría, por nombre Berylo, que en casa de Sabina todos eran cristianos, la envió una órden para que luego mandase llevar á su presencia todas las doncellas que estaban retiradas en su casa. Excusóse Sabina de obedecer aquella órden, y no permitió que alguna de ellas saliese; pero previendo la prudencia de Serapia las malas resultas de aquella resistencia, y animada de una viva confianza en su esposo Jesucristo, suplicó á Sabina que la permitiese á ella sola presentarse delante del Juez, esperando que no la abandonaria el Señor, y que con la asistencia del cielo podrian conjurar aquel nublado. Conocia muy bien Sabina el peligro á que se exponia Serapia; y como la amaba tan tiernamente, reconociendo que después de Dios á ella

solo debia su salvacion, no perdonó á diligencia alguna para desviarla de aquel arriesgado pensamiento; pero viéndola tan empeñada en él, y que á competencia de las dificultades avivaba las instancias, no dudó ser inspiracion del cielo; pero en todo caso quiso ella misma acompañarla á casa del Gobernador, á donde se hizo conducir en una litera.

Recibióla Berylo con el mayor respeto, bien informado de su calidad y de sus prendas personales, contentándose con decirla extrañaba mucho que una señora de su esfera se abatiese á la indecencia de seguir las extravagancias de los Cristianos, y todo á persuasion de una infeliz hechicera (así llamaban á Serapia los gentiles cuando supieron que habia convertido á Sabina, atribuyéndolo todo á hechizos y encantamientos). Respondióle Sabina, que entre cristianos se ignoraba absolutamente todo lo que sonaba á encantos, hechizos y sortilegios, ni se reconocia otra causa de aquellos maravillosos efectos que la gracia del Dios de los Cristianos, en cuyas manos está el corazon de los hombres, y que ella deseaba vivamente que él mismo tuviese la dicha de experimentar aquella especie de encantos. Nada la replicó Berylo; y despidiéndose Sabina de él, se restituyó á su casa en compañia de Serapia.

Creyóse que el Gobernador la dejaria vivir en paz acompañada de sus doncellas, ó convencido, ó acobardado de la generosa resolucion con que le habia respondido; pero tres dias después envió á prender á Serapia por sus ministros ó arqueros, con órden de que la condujesen al pretorio para ser examinada judicialmente y con toda solemnidad. Sobresaltada Sabina con aquella violenta novedad, la siguió á pié, y se valia de los ruegos, de las promesas y de las lágrimas para que no se maltratase á una persona tan de su cariño, contra la cual no podia haber acusacion que no fuese inicua y calumniosa; pero no habiendo podido conseguir gracia alguna, se restituyó á su casa deshaciéndose en amargo llanto. Mientras tanto, mandando Berylo á Serapia que se acercase, la preguntó de repente si queria sacrificar á los dioses que adoraban los Emperadores; á lo que respondió la santa doncella sin la menor señal de turbacion, que siendo, como era, cristiana, ni conocia, ni temia, ni adoraba á otro Dios que al único Señor todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, y que la causaba extrañeza tuviesen valor para proponerla que tributase adoracion á unas mentidas deidades, que ella reputaba por demonios verdaderos. *Pues á lo menos*, replicó el Juez, *véate yo sacrificar á ese tu Cristo.—Esa es una cosa muy fácil*, respondió la Santa, *pues todos*

los dias le ofrezco sacrificios, adorándole sin cesar, y pasando en oracion los dias y las noches. — *Pero ¿qué especie de sacrificios le ofreces*, repuso con soberanía Berylo, *y en qué templo le ofreces esos sacrificios?* — *El sacrificio que le ofrezco, y el que es mas de su divino agrado,* dijo la Santa, *es conservarme pura y limpia por medio de una vida casta, persuadiendo á otros con mis ejemplos y con mis palabras á que hagan tambien profesion de consagrarle la misma pureza.* — *Y ¿á eso llamas tú el templo de tu Dios*, replicó el Juez, *y esos son tus sacrificios?* — *Pues ¿qué cosa se puede hallar mas digna del verdadero Dios*, respondió Serapia, *que honrarle y servirle con la inocencia de las costumbres y con la santidad de vida?* — *Segun eso*, repuso Berylo con desden, *¿tú misma eres el templo de tu Dios?* — *¿Quién lo duda?* respondió la Santa, *con tal que me conserve inocente y pura con el auxilio de su gracia.* — *De esa manera*, replicó el Juez con cierto ademan de burla, *fácil me será encontrar medio para que dejes de ser su templo.* — *El Dios á quien adoro*, respondió Serapia, *y á quien me consagré desde mi infancia, le encontrará tambien para estorbar que este su templo sea manchado ó profanado.* Al oir esto, el impío Juez dió órden á dos infames jóvenes egipcios que forzasen á Serapia dentro del calabozo; pero la Santa hizo fervorosa oracion al Señor, suplicándole no permitiese que su esposa fuese violentada, y al punto se apareció un Ángel á la puerta del calabozo, arrojando de sí un resplandor tan brillante, que atemorizados los dos lascivos mancebos, cayeron derribados como muertos en el mismo sitio. El Gobernador habia dado órden al carcelero que el dia siguiente condujese otra vez á Serapia delante de su tribunal, y pasó á darle cuenta de que habia encontrado á los dos egipcios tendidos como muertos á la puerta del calabozo, sin voz, sin movimiento y sin sentido. Sorprendióle mucho tan extraño como no esperado suceso, y preguntó á Serapia con qué encantos ó hechizos habia reducido á aquellos dos mozos á tan deplorable estado. *No me valí de otros hechizos*, respondió la Santa, *que de la omnipotencia de mi Dios, que no permitió fuese insultada su indigna y humilde sierva. La oracion y la confianza en nuestro Dios son todo nuestro recurso, y á esto se reduce toda la magia y toda la hechicería de los Cristianos.*

Dejemos esos artificiosos razonamientos, dijo Berylo, arrebatado ya de cólera y de furor; *una de dos, ó sacrifica prontamente á nuestro Júpiter, ó dispónte á perder la vida.* — *Esa amenaza*, respondió Serapia, *es puntualmente la que corona mi dicha, poniendo el colmo á mi alegría. Preguntábasme poco há qué sacrificio ofrecia yo á mi Dios. Y ahora te respondo que será el de mi vida, y me tendré por muy dichosa si mere-*

ciere derramar mi sangre por amor de aquel Señor de quien recibí el ser que tengo, y en quien espero me ha de hacer bienaventurada por toda la eternidad. Irritado el Prefecto con tan cristiana respuesta, mandó que cruelmente la moliesen á palos, y viéndola invencible, pronunció la sentencia de que la cortasen la cabeza, con cuya ejecucion se consumó el glorioso martirio de la Santa hácia la mitad del siglo segundo, añadiendo esta cristiana heroína la corona de mártir á la de vírgen. Informada de todo santa Sabina, tuvo cuidado de retirar su santo cuerpo, y de hacerla magníficos funerales; piedad que tardó poco en encontrarse con el merecido premio; porque retirada á su casa después del martirio de su querida amiga Serapia, solo se ocupaba en meditar la felicidad de los Santos, pasando en oracion los dias y las noches, siendo cada dia mas ardiente el deseo de derramar su sangre por Jesucristo, y esperando conseguir esta gracia del Señor por la intercesion de su querida Serapia. No la esperó por largo tiempo; porque aunque Berylo respetó siempre su calidad, su nombre y su virtud, sin atreverse á inquietarla, dejándola entera libertad dentro de su casa, y permitiéndola se ejercitase libremente en sus acostumbradas buenas obras; pero concluido el tiempo de su prefectura y gobierno, vino un sucesor que no tuvo la misma atencion con nuestra Santa. Llamábase Elpidio, hombre feroz y cruel, que á nadie respetaba; y noticioso de que Sabina hacia pública profesion de cristiana, la mandó prender, y que compareciese ante su tribunal, donde la trató con tanto desprecio, con tanta altanería como si ignorase su calidad y las atenciones que su ilustre nacimiento se merecia. Envióla después á la cárcel, mandándola marcar con un hierro, como pudiera á una vil esclava. Ninguna princesa subió jamás al trono con mayor alegría en el corazon que la que sintió Sabina cuando se vió en el calabozo. *¿Es posible,* exclamaba como fuera de sí por aquella inundacion de consuelos celestiales que anegaban en delicias toda su alma, *es posible que he de tener yo parte en la misma corona que mi dulcísima Serapia? ¡Qué honra, qué dicha la mia en dar la vida por mi Señor Jesucristo! A la intercesion de mi querida Serapia debo sin duda esta inestimable gracia.* Habíase persuadido Elpidio á que el sonrojo y la incomodidad de la prision la harian mudar de parecer; y mandándola presentar en su tribunal el dia siguiente, la dijo con aire despreciativo, y con un tono de voz imperiosa y levantada: *¿Cómo te has envilecido tanto que hayas querido tomar partido entre los Cristianos, gente indigna y miserable, que hace gloria de la mendiguez, y por una especie de encanto tan lastimoso como risible, igualmente desprecia las*

riquezas que el honor, la estimacion y la vida? Muy ruin alma te debió de tocar en suerte cuando te has abatido á tan bajos pensamientos.— Con tu licencia, respondió Sabina, *es muy ajeno de la verdad ese errado concepto que has formado de la religion cristiana, y se conoce bien que no penetras ni su nobleza, ni su excelencia, ni su valor. No es bajeza de ánimo despreciar las riquezas y los honores de la tierra por merecer los del cielo: es prueba de prudencia hacer un trueque en que se va á ganar tanto; y si en algo se descubre una grandeza de alma verdaderamente superior, es en el generoso menosprecio de los caducos bienes de este mundo. Léjos de degenerar de la nobleza con que nací profesándome cristiana, la añado un esplendor que se conservará indeleble eternamente. Si de algo se hubiera de avergonzar una persona de obligaciones, una persona de algun poco de razon, seria de doblar la rodilla, y de humillarse delante de unos ídolos, sin otro valor ni precio que el que les da la materia, y les comunica la mano del artífice, siendo el mayor de los sonrojos ofrecer sacrificios á los demonios.*

Mientras hablaba Sabina con una modestia y con una majestad que encantaba á los circunstantes, estaba Elpidio como embargado y suspenso; pero volviendo en sí, y mudando de tono y de semblante: *Creedme, señora,* la dijo con urbanidad y con agrado, *creedme, y dejaos de todas esas engañosas preocupaciones, volviéndoos á la religion de vuestros padres. Los Emperadores adoran á nuestros dioses, razon será que vos tambien los adoreis; ruégoos que no os querais obstinar en vuestras extravagantes quimeras, porque me obligaréis á quitaros la vida, y á trataros con el último rigor.— Dueño sois de hacerlo,* respondio la Santa; *podréis quitarme la vida, pero no hacerme mudar de religion. Tratad de quimeras y extravagancias á esas vuestras infames paganas supersticiones, y no á las infalibles verdades de la religion que profeso. Cristiana soy, y solo adoro al verdadero Dios que adoran los Cristianos.* Apurado ya el sufrimiento de Elpidio á vista de la constante magnanimidad de la Santa, pronunció en fin su sentencia, condenándola á la confiscacion de todos sus bienes, y á que fuese degollada. Luego que Sabina oyó la sentencia, levantó los ojos al cielo, y sin poder contener el gozo en las márgenes del pecho, exclamó inundado el semblante en alegría: *Yo os rindo, Señor, mil gracias por la merced que me haceis; en vuestras manos encomiendo mi espíritu.* Al acabar de pronunciar estas palabras el verdugo la cortó la cabeza; disponiendo la divina Providencia que concurriese su glorioso martirio en el mismo dia, aunque un año después que el de su querida Serapia, y fue el 29 de agosto. Pero por estar destinado este dia á cele-

brar el martirio de san Juan Bautista, fijó la Iglesia la fiesta de las dos Santas el dia 3 de setiembre, en que fueron elevados sus cuerpos y trasladados á Roma por los años de 430, colocándose en la iglesia que se edificó en el monte Aventino con el título de Santa Sabina.

SAN SANDALIO, MÁRTIR.

En este dia en el Martirologio romano se hace conmemoracion de san Sandalio, con la expresion de que padeció en Córdoba, esclarecida ciudad de Andalucía, fecunda madre de muchos Mártires. Los estragos que ha sufrido España en las repetidas irrupciones de muchos enemigos, que invadieron su terreno apetecible en los primeros siglos de la era cristiana, nos han robado las importantes noticias de los hechos laudables de no pocos héroes nacionales, que en los reñidos combates que tuvieron con los paganos triunfaron gloriosamente de los enemigos de Jesucristo. Entre los de esta clase, sabemos que fue uno san Sandalio, de quien solo nos consta, por el Breviario antiguo de Córdoba, que alcanzó la corona del martirio á fuerza de los tormentos que el odio de los idólatras inventó contra los Cristianos en la cruel persecucion que suscitó contra la Iglesia el impío emperador Diocleciano, segun se cree. Guardó él á Dios gran fidelidad en confesar su fe; y habiendo peleado muy valerosamente, acabó su carrera con triunfo: acreditándolo así su antiquísimo inmemorial culto en Córdoba, extendido á la Iglesia universal por la autoridad del Martirologio romano.

SAN SIMEON STILITA, EL MENOR.

San Simeon nació en Antioquía en el año de 521, y aun era niño cuando se retiró al monasterio de Thaumastore, ó *Monte admirable*, situado en los desiertos de Siria, cerca de Antioquía. Estuvo algunos años sirviendo á un monje que hacia penitencia sobre una columna no léjos de la comunidad á que pertenecia, y se dedicó con todas sus fuerzas á ser fiel imitador de sus virtudes. Encontrándose un dia con un leopardo todavía cachorro, y no sabiendo lo que era, se lo echó al hombro, y lo condujo al pié de la columna de su maestro; y al ver el ermitaño aquella fiera que obedecia á aquel niño, concibió grandes esperanzas de su discípulo; y á poco tiempo en el año de 526 con las pruebas que tenia de su fervor le mandó que hiciese tambien una columna y que viviese sobre ella, á cuya disposicion obedeció gustoso Simeon, como si hubiera oido en ello la voz de Dios. Vivió sucesivamente en dos columnas sesenta y ocho años

con grande austeridad y en una contemplacion continua. Dios manifestó la santidad de su siervo con un número grande de milagros que obró, especialmente en curaciones maravillosas de enfermos, y en el don de profecía. Evagrio, el historiador, fue testigo de vista de muchos milagros, y nos asegura haber experimentado por sí mismo que el Santo leia los secretos del corazon cuando le visitó para consultarle acerca de la salvacion de su alma. La fama de sus virtudes corrió por todas partes, y un concurso innumerable de gentes de todas naciones acudian continuamente á este siervo de Dios, muy respetado tambien de los emperadores Mauricio y Justino. Escribió una carta á este último en defensa del respeto que se debia á las santas imágenes, con motivo del destrozo que de ellas hicieron los samaritanos en las iglesias: carta que se halla citada por san Juan Damasceno y por el segundo concilio Niceno. El Santo cayó enfermo por los años de 592, y noticioso de ello Gregorio, patriarca de Antioquía, marchó inmediatamente á asistirle en sus últimos momentos. Pero antes que llegase, el siervo de Dios habia ya partido para el Señor. En sus exequias asistió todo el clero, el pueblo, y algunos obispos, entre ellos el citado Patriarca. San Simeon predicaba desde lo alto de su columna, y sus discursos obraron una infinidad de conversiones.

SAN NONITO Ó NONICIO, OBISPO Y CONFESOR.

San Nonito, ó como otros dicen, Nonicio, fue español, y comenzó á florecer en tiempo del rey Suintila. No tenia muchos años, cuando, á lo que se cree, habiendo echado de ver los peligros de este mundo, determinó dejarle con todas sus pompas, y entrar en religion. Y como la Órden de san Benito haya sido la que mas ha florecido en santidad en la Iglesia de Dios, como dan de ello testimonio los muchísimos Santos que tienen en ella canonizados, propuso recibir el hábito en ella, como de hecho lo hizo, aunque no sabemos en qué monasterio. Hecho religioso, supo tan bien granjear con Dios, y atesorar tesoros para el cielo, que muerto el bienaventurado san Juan, obispo de Gerona, y monje de la misma Órden, mereció ser su sucesor en la santidad y en el obispado [1]; no por haber pensado mucho los hombres en ello, ni de resultas de largas deliberaciones sobre el asunto, sino que Dios para provecho espiritual de sus ovejas, promovió los ánimos, y con

[1] Dice el Dr. Pujades, que si se entiende que Nonito fuese sucesor inmediato de Juan, es una manifiesta equivocacion, porque entre los dos se halla el obispo Stefilo de Gerona, firmado en el tercer concilio de Barcelona. *(Cron. univ. de Cataluña).*

impensada deliberacion de ellas se vió puesto nuestro Santo en la dignidad episcopal, como lo dice Vaseo siguiendo á San Ildefonso.

Este siervo de Dios fue sobremanera devotísimo de los Santos, y en particular era aficionadísimo al bienaventurado mártir san Félix, asistiendo siempre con particular devocion á la reverencia y veneracion de su sepulcro. Además de esto con sus virtudes y doctrina enseñaba á su pueblo y mostraba los dones de Dios que dentro de sí tenia.

Habiéndo, pues, gobernado su iglesia maravillosamente y alcanzado mucha santidad, sirvióse Dios darle el premio de los justos. Murió cerca de los años del Señor 636, reinando en España el rey godo Sisenando. Después de su muerte fueron tantas las maravillas que Dios obro por él, que (segun dice san Ildefonso) mereció ser puesto en el catálogo de los Santos.

Se halló en el quinto concilio Toledano, y se firmó en él, como allí se lee; debiéndonos persuadir que su santidad y doctrina se manifestaria bien en aquella congregacion, pues vemos que san Ildefonso le coloca entre los varones ilustres de aquel tiempo. Esto es lo que se ha hallado auténtico de este Santo. (*Domenech*).

La Misa es en honor de las santas mártires Serapia y Sabina, y la Oracion la siguiente:

Da nobis, quaesumus, Domine Deus noster, sanctarum martyrum tuarum Serapiae et Sabinae palmas incessabili devotione venerari: ut quas digna mente non possumus celebrare, humilibus saltem frequentemus obsequiis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, Señor Dios nuestro, la gracia de que celebremos con continua devocion las victorias de tus santas mártires Serapia y Sabina, para que ya que no podamos honrarlas como merecen, las rindamos á lo menos nuestros reverentes obsequios. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de los capítulos X *y* XI *de la segunda de san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Qui gloriatur, in Domino glorietur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est, sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiae meae; sed et supportate me. Aemulor enim vos Dei aemulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos: El que se gloría, gloríese en el Señor. Porque el que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino el que alaba á Dios. Ojalá sufriéseis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme; porque yo os celo, por celo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentaros como una casta vírgen á un solo hombre, á Cristo.

REFLEXIONES.

El que se gloría, gloriese en el Señor. Una de dos, ó las cosas de que uno se gloría, y de que hace vanidad, son de tal naturaleza que no se pueden atribuir á Dios, y entonces es harto vana, harto lastimosa su gloria; ó son de aquellos talentos que el mismo Señor nos comunicó para que usásemos de ellos conforme á sus altos fines; y entonces es el hombre muy injusto si se los atribuye á sí mismo. Con efecto, ¿qué mérito comunicará á una persona un magnífico tren, una rica gala, un pomposo vestido, un nacimiento ilustre, nobles y antiguas posesiones, si la persona que sale al teatro del mundo con todo este aparato no tiene en sí ni mérito ni virtud? ¿Se la darán los paños preciosos, las telas delicadas, las magníficas carrozas, ni los hermosos caballos? El apellido rumboso y antiguo ¿da entendimiento al que no le tiene? Y la indevocion ¿perderá nada del desprecio que merece, y de lo perniciosa que es, por verse colocada en un puesto elevado, adornada con una garnacha, ó arrimada á un baston de general? ¿Serán por eso buenas las costumbres estragadas? Los dones de Dios son estimables, y se deben respetar en cualquiera en quien se hallen: si aquellos á quienes el Señor favoreció con ellos los convierten en motivo de vanidad, no por eso pierden nada de su precio y de su valor; pero los que se atribuyen á sí mismos la gloria, cometen una especie de latrocinio que los hace delincuentes. *No es recomendable el que se alaba á sí mismo.* Aun cuando la vanidad de alabarse no produjera mas que el desprecio y la bajeza, bastaria para huirla. ¿Qué juicio hacen de ella los hombres? El mismo alabarse uno á sí propio quita el mérito á las acciones mas loables, echa en ellas un borron y las afea. Siempre se desacredita el que se alaba. No hay prueba mayor de un mérito superficial, de una virtud imaginaria, y de un entendimiento limitado que el incensarse á sí mismo; ninguno de los que le oyen puede tolerar el mal olor de este incienso, y solo huele bien al que se perfuma con él. ¿Á qué fin hacer ostentacion de los talentos que el Señor nos dió? Esto es lo mismo que si un comediante, con ridícula vanidad, se gloriase de las galas y joyas que le prestaron para que saliese al tablado. ¡Ah! que basta y sobra un accidente de apoplejía, una enfermedad de pocos dias, una desgraciada caida para trastornar el mas despejado entendimiento, para marchitar esas brillantes y pomposas flores, y para desvanecer en humo los mas nobles, los mas escogidos talentos. ¿Á qué fin hacernos tanta merced de lo poco bueno que somos capaces

de hacer? ¿Para qué sacarlo á luz de manera que nos pueda granjear la estimacion de los hombres? Basta que lo vea Dios, por quien únicamente debemos trabajar, sin exponerlo á los ojos de todo el mundo. Toda esa ansia de ser vistos es buena prueba de que solo trabajamos por respetos de los hombres. Si el Señor nos colocare en algun puesto donde nos sea necesaria su estimacion, él sabrá manifestar que somos dignos de ocuparle, sin que nosotros lo solicitemos. En toda vanidad se mezcla algo de pueril; pero en aquella que nos induce á alabarnos á nosotros mismos, tiene mucho de esto que se llama parvulez.

El Evangelio es del capítulo XIII *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum coelorum thesauro abscondito in agro, quem qui invenit homo, abscondit: et prae gaudio illius vadit, et vendit universa quae habet, et emit agrum illum. Iterum simile est regnum coelorum homini negotiatori, quaerenti bonas margaritas; inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quae habuit, et emit eam. Iterum simile est regnum coelorum sagenae missae in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cum impleta esset, educentes, et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione saeculi. Exibunt Angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus et stridor dentium. Intellexistis haec omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideo omnis scriba doctus in regno coelorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando una, fué y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red echada en el mar que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los Ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Heis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Y les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

Del espíritu del mundo.

Punto primero.—Considera que Jesucristo no tiene, por decirlo así, enemigo mas cruel que el espíritu del mundo. Con verdad se

puede decir que este tirano, orgulloso con sus conquistas, y arrogante con el número de sus ciegos partidarios, entró á ocupar el lugar de los mas poderosos enemigos del Cristianismo. La persecucion que hace hoy á la Iglesia es al parecer mas perniciosa que la de los mismos Dioclecianos. Este es aquel espíritu seductor, que por vengarse de los terribles anatemas que fulminó contra él el mismo Hijo de Dios, todo lo pone en movimiento para desacreditar la doctrina de Jesucristo y sus mas inefables máximas. Este es aquel espíritu réprobo que en todas partes persigue á los buenos; que hace ridículos los mas augustos misterios de la Religion; que desprecia y se burla de las verdades mas terribles, y que emplea todos sus infernales artificios para extinguir, si pudiera, el espíritu de Jesucristo en medio del Cristianismo. Este es aquel espíritu que pone tedio y disgusto en todos los ejercicios que suenan á piedad y á devocion, y que trabaja (¡oh Dios, y con qué desgraciada felicidad!) en establecer sobre las ruinas de la Religion las máximas que el dia de hoy reinan en el mundo. Él es el que cási desterró del mundo cristiano la modestia, la gravedad, la circunspeccion y la amable sencillez; el que hizo desaparecer la buena fe y la rectitud; el que ha reducido á cási nada las obligaciones de la Religion entre los grandes y personas de distincion; y en fin, este es aquel espíritu que extendiéndose y derramándose por todo el universo, ha desfigurado el semblante de la tierra, que tan dichosamente habia renovado el espíritu de Dios. Lleno está el dia de hoy todo el universo de este espíritu del mundo; pudiéndose decir que este es el espíritu dominante que todo lo gobierna. Y á la verdad, ¿no es este aquel espíritu con quien se consultan todos los negocios, que reina en todas las conversaciones, que forma las conexiones y las amistades, y que arregla las modas, los usos y las costumbres? Se discurre segun él, se juzga segun él, se habla segun él, todo se hace y todo se gobierna segun él. Hasta el mismo servir á Dios se quisiera hacer segun el espíritu del mundo, acomodando á él el espíritu de la Religion; y como este espíritu del mundo es un espíritu de mentira, un espíritu de error, un espíritu de impostura, de relajacion y de hipocresía; de aquí nace que en el mundo todo es falso, todo aparente; falsos gustos, falsos honores, falsas alegrías, falsas amistades, falsas prosperidades, falsas promesas y falsas alabanzas. Esto en cuanto á los bienes exteriores; mas en cuanto á los interiores, falsas virtudes, falsa prudencia, falsa moderacion, falsa hombría de bien, falsa devocion, falsa humildad, falso celo, falsas limosnas, falsas conversaciones y falsa penitencia.

De aquí nace que los hombres, llenos de este espíritu, parece no tienen otro estudio que engañar á los demás, y engañarse á sí mismos. Es el mundo, dice el Apóstol, como una representacion, como una comedia, donde todo pasa en figura. Buen Dios, ¡cuándo abrirán los ojos los Cristianos para ver la malignidad de un espíritu que tiene á tantas almas en el infierno!

Punto segundo.—Considera que ninguna cosa es tan digna de temerse en todo género de estados como el espíritu de impiedad y de disolucion. Este es aquel espíritu pernicioso, que conforme se va propagando por el mundo, va extinguiendo en él no solo las mas vivas, las mas claras luces del Cristianismo y de la Religion, sino las de la misma razon natural. Y con todo eso él es el que en todo se insinúa, y en todo se introduce. No solo tiene entrada en los palacios de los grandes, ejerciendo en ellos un imperio soberano; tiénela tambien, y le ejercita en las condiciones particulares, en el pueblo menudo, hasta en los mas santos estados, hasta en las mismas iglesias, á los mismos piés del santuario. Veo, dice san Bernardo, y lo veo con dolor, que todo el ardor, todo el celo de muchos ministros del altar se reduce á defender sus derechos, á hincharse con su dignidad, á disfrutar bien sus rentas, abusando enormemente de ellas. ¿Será el espíritu de Dios el que inspira ese celo interesado y ambicioso, esa pomposa ostentacion, esa licencia y esa indevocion que no te causa vergüenza? Pues ves aquí, decia este santo Padre, el espíritu del mundo colocado hasta en el mismo santuario. Y ¿estarán mas exentas de este espíritu del mundo las personas religiosas? Pero ¿de dónde nacen estas negociaciones, esas parcialidades, esos artificios, para sobresalir hasta en el mismo polvo, y allá en la oscuridad de un retirado desierto? ¡Ah, Señor, y cuántos progresos hace, cuántos estragos causa este espíritu orgulloso, tan opuesto á vuestro humilde espíritu, hasta en el mismo lugar santo! Él se sube á los púlpitos; él se introduce y se insinúa hasta en el modo de anunciar vuestra divina doctrina; él grita y clama contra sí mismo, teniendo descaro y atrevimiento para corromper la sagrada elocuencia del púlpito con una estudiada afectacion, dirigida no tanto á mover el corazon, cuanto á lisonjear los oidos, captando los aplausos, olvidada enteramente la majestuosa simplicidad. Este es aquel espíritu reprobado por Jesucristo, que reina el dia de hoy en todos los estados; es una enfermedad popular, es una epidemia mortal y contagiosa, de la que apenas hay quien se liberte. De aquí nace aquella corrup-

cion de costumbres cási universal; aquella especie de irreligion que se hace tan familiar y tan doméstica; aquellas escandalosas máximas que se vierten sin pudor, y aquellos abusos que insensiblemente van socavando hasta los mismos cimientos de la Religion. Violánse cási sin remordimiento los mas santos preceptos de la ley; el ayuno y la abstinencia son el dia de hoy, por decirlo así, un lenguaje punto menos que desconocido para todo aquello que se llama bello mundo y gente de conveniencias. El encomendarse á Dios por la mañana y por la noche, eso es bueno para los criados y oficiales. Bendecir la mesa, y dar gracias después de comer, déjese para los religiosos y para hombres plebeyos. Acúdese á la iglesia con el mismo espíritu que á la comedia, y tal vez se presenta con mayor decencia y con mayor compostura en una visita profana, que en el templo santo de Dios. Todo esto ha producido ya el espíritu del mundo. ¡Ah, mi Dios, y no podemos temer que todavía ha de hacer mas funestos y mas lastimosos progresos!

Dadme, Señor, vuestro espíritu, y extinguid totalmente en mí este desventurado espíritu del mundo, que yo miro verdaderamente con horror, resuelto á desterrarle y á exterminarle de mi corazon por todo el resto de mi vida. Haced, Señor, que en adelante sea animado y vivificado únicamente por vuestro divino espíritu.

Jaculatorias. — Criad, Señor, en mí un nuevo corazon, y renovad en mis entrañas aquel espíritu recto, puro y santo, que gobierna todos los pasos de vuestros fieles siervos. (*Psalm.* L).

No me arrojeis, mi Dios, de vuestra divina presencia, y no priveis mi corazon de vuestro divino espíritu. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Si ese desgraciado espíritu del mundo es capaz de cegar y de engañar aun á los que están fuera del mismo mundo, ¿qué no deberán temer los que de necesidad, y por razon de su estado, se ven expuestos á todos sus peligros y á todas sus tentaciones? Concibe desde este mismo punto el mayor horror á ese pernicioso espíritu, tanto mas peligroso cuanto sabe disfrazarse y aun revestirse de los motivos mas especiosos y mas plausibles. Está siempre alerta contra un enemigo tan sagaz y tan sutil. Hoy están los hombres en la infeliz disposicion de consultar el espíritu del mundo en cási todo lo que emprenden, con preferencia al espíritu de Dios, á quien apenas se le da oidos cuando concurre con este fiero enemigo de la Religion

y del Evangelio. El espíritu del mundo es el que preside en todas esas fiestas mundanas, en todas esas profanas concurrencias, en esas diversiones escandalosas, en esos ambiciosos proyectos, en esas galas, en esas magnificencias y en esas indecentes modas. A todos esos estilos poco cristianos te has de poner un perpetuo entredicho. El espíritu del mundo es enemigo declarado de Jesucristo; pues declárate tú enemigo irreconciliable de él, y aplica el mayor cuidado á que no tenga parte en cosa alguna que hicieres.

2 ¡Cosa extraña! No se contentan muchos con tener el espíritu del mundo; empéñanse tambien en comunicarle, en extenderle y en propagarle. El padre se le inspira á sus hijos; los instruye en él, los da lecciones y reglas, críalos segun las leyes de este espíritu, y siguiendo el mismo espíritu se condena tambien con ellos. Las madres aun son mas celosas en comunicársele á las hijas; y lo mas admirable es, que aun aquellas mismas que declinando ya hácia el ocaso de la vida, abrazaron el partido de la devocion, y renunciaron las pompas del mundo, suelen ser muchas veces las mas ardientes en traspasar á sus hijas aquel espíritu que las dió á ellas tan copiosa materia de llanto y de arrepentimiento. Pues aprende tú á tener juicio á costa ajena.

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

San Moisés, legislador y profeta, en el monte Nebo, en la tierra de Moab. *(Véase su historia en las de hoy).*

El mártirio de los tres santos niños Rufino, Silvano y Vitálico, mártires, en Ancira de Galacia.

San Marcelo, mártir, en Chalons, en Francia, en tiempo del emperador Antonino; el cual siendo convidado para un banquete profano por el gobernador Prisco, como abominase de aquellos manjares, y reprendiese animosamente á los convidados porque daban culto á los ídolos, por órden del mismo Gobernador, con un género de crueldad nunca oido, fue enterrado vivo hasta la cintura, y perseverando así por espacio de tres dias alabando á Dios, entregó su alma al Criador.

Los santos mártires Magno, Casto y Máximo, en el mismo dia. *(Salazar cree con algun fundamento que fueron discípulos del apóstol Santiago el mayor, y que predicaron el Evangelio en Andalucía. Dextro tiene por indudable que murieron en España mártires de la fe, por los años de 66, después de haber fundado algunas iglesias con su predicacion y milagros).*

San Marcelo, obispo y mártir, en Tréveris.

Los santos Tamel, que habia sido sacerdote de los ídolos, y sus compañeros, mártires, en tiempo del emperador Adriano, en el mismo dia.

Los santos mártires Teodoro, Oceano, Ammiano y Julian, los cuales

en tiempo del emperador Maximiano, después de haberles cortado los piés, echados al fuego consumaron el martirio.

San Marino, diácono, en Rimini. *(Se supone que primeramente fue albañil, y que trabajó en las murallas de Rimini, que se cree fue su patria. Su santidad fue tan eminente, que llegando á noticia de san Gaudencio, obispo de Brescia, le confirió el diaconado para facilitarle el que pudiese bautizar solemnemente á los que catequizaba. Habiéndose retirado el Santo á una cabaña que construyó á diez millas de Rimini, acudió tal número de gentes á vivir bajo su conducta, que se formó la tan conocida república que todavia subsiste en el dia de hoy con el nombre de* San Marino. *Redúcese á una ciudad y tres castillos, pero es independiente, y ha durado mas que las de Roma y Grecia. Murió el Santo á fines del siglo IV).*

La gloriosa muerte de santa Rosalía, vírgen, llamada la Palermitana, descendiente de la sangre real de Carlo Magno, en Palermo; la cual por amor de Jesucristo, huyendo del principado de su padre y de la corte, solitaria en los montes y en las grutas, vivió en una vida celestial. *(Véase su vida en las de hoy).*

La muerte gloriosa de santa Cándida, en Nápoles en la Campaña: fue la primera que se presentó para ser bautizada al apóstol san Pedro, cuando llegó á esta ciudad, y murió santamente. *(Véase su noticia en las de hoy).*

Santa Cándida la jóven, esclarecida en milagros, en la misma ciudad de Nápoles. *(Era de ilustre cuna, y aunque estuvo casada, su vida fue pura, santa y resplandeciente en las mas elevadas virtudes. Murió en la flor de su edad, y de su sepulcro manó por mucho tiempo un aceite que curaba toda clase de enfermedades).*

Santa Rosa, vírgen, en Viterbo. *(Véase su vida en las de hoy).*

SAN MOISÉS, PROFETA.

Moisés, amigo de Dios, capitan de su pueblo y grande profeta, fue hijo de Amram y de Jocabed, de la tribu de Leví, hermano de Aaron y de María. Cuando vino al mundo reinaba en Egipto un rey llamado Faraon, como otros muchos de sus antecesores, el cual olvidado del bien que José habia hecho á aquel reino, viendo únicamente que los hebreos, hijos del mismo José y de sus hermanos, se multiplicaban extraordinariamente, por temer que siendo en mayor número que los egipcios se levantarian con la tierra y los harian esclavos suyos, dió traza como obviar este daño, y fue mandar á las comadres que, siendo llamadas para algun parto de mujeres hebreas, si fuese niño varon le matasen como mejor pudiesen, y si hembra la guardasen [1]. Á esta sazon nació Moisés, y sus padres, hechizados de

[1] Este cruel edicto se publicó sin duda después de haber nacido Aaron. Y es creible que se revocó poco después de su publicacion, pues de otro modo al salir de Egipto no podia hallarse el prodigioso número de pueblo de todas edades, que nos refiere el texto sagrado; ó que los mismos egipcios, horrorizados de la crueldad de dicho edicto, hicieron poco uso de él. *(Menochio).*

la extraordinaria belleza del niño, y sabedores por luz sobrenatural que estaba destinado á cosas grandes, no obstante la severidad de los edictos del Rey, resolvieron conservarlo, y lo tuvieron oculto tres meses. Pero entendiendo que no podian ocultarlo por mas tiempo, lo colocaron en una cestilla de juncos calafateada con betun y pez, y expusiéronle en un carrizal de la orilla del Nilo; y púsose María, hermana suya, á observar desde léjos el fin del caso.

Aconteció que de allí á poco vino una hija del rey Faraon para lavarse en el rio, acompañada de sus doncellas, la cual, segun Filon, era casada y deseaba tener hijos, y se llamaba Thermutis: ve la cestilla, manda sacarla, la abre con ansia, y al ver dentro á un tierno niño que lloraba, compadecida de él, dice: «De los niños de «los hebreos es este.» Y no pudiendo su corazon dejar que pereciese aquel hermoso infante, y acercándose entonces la hermana del niño: «¿Quieres, le dijo, que vaya á llamarte una mujer que te crie ese «niño? — Anda;» respondió la Princesa. Fué la doncella, y trajo á su madre, á quien la hija del Rey confió el niño, prometiéndole recompensar su trabajo y solicitud. Tomó la madre al niño y criólo, y ya crecido lo entregó á la hija de Faraon, que lo adoptó por hijo, y le dió el nombre de Moisés, que significa *Del agua lo saqué*. Educóse, pues, el niño en el palacio del Rey, y aprendió todas las ciencias de los egipcios. Así hizo Dios que el mismo Faraon preparase un vengador á los israelitas, á quienes este Príncipe oprimia.

Cumplidos los cuarenta años de su edad, conoció Moisés que estaba designado por Dios para ser el libertador de su pueblo; visitó á sus hermanos en Gessen, donde era su habitacion, y vió que aun gemian bajo el yugo de la tiranía. Y observando que un egipcio maltrataba cierto israelita, tomó la defensa de este y lo mató [1], enterrando secretamente su cuerpo en la arena. Con esta accion atrevida quiso dar á entender á sus hermanos que su mano era el instrumento con que Dios los libraria de la opresion; pero ellos no lo comprendieron.

Al siguiente dia vió reñir á dos hebreos, y reprendió al que se desmandaba contra su hermano, diciéndole: «¿Por qué das golpes «á tu prójimo?» Respondió el agresor: «¿Quién te ha constitui«do príncipe y juez entre nosotros? ¿Quieres por ventura matarme «como mataste ayer al egipcio?» Temió Moisés de oir en público la

[1] Por lo que dice san Esteban de esta accion de Moisés. *Actor.* VII, 24–25, parece que obró justamente y con autoridad legítima, quitándole la vida, puesto que el Señor le habia ya elegido para que fuera el libertador de su pueblo. Véase S. Agustin *in Exod. Quæst. 2. (P. Scio).*

muerte que habia hecho en secreto, y entendiendo que si llegaba á oidos del Rey le mandaria matar, se ocultó huyendo á la tierra de Madian, y púsose al servicio de Jetró ó Raquel, sacerdote de aquel país [1], quien mas adelante casóle con una de sus hijas, llamada Séfora. Tuvo de ella dos hijos, Gersam y Eliezer.

Llegó, por fin, el tiempo señalado por la divina Providencia para la libertad de su pueblo. Muerto el Rey de Egipto, cuyo enojo habia temido Moisés, la suerte de Israel, que seguia gimiendo bajo el pesado yugo que le agobiaba, no se mejoró bajo el dominio de su sucesor; pero Dios, que escuchaba los ayes de su pueblo cruelmente afligido, determinó, por fin, librarle de la tiranía de los egipcios. Moisés entre tanto pastoreaba las ovejas de su suegro Jetró; y habiendo un dia conducido su ganado al corazon del desierto, hasta la cumbre de Horeb, se le apareció el Señor en una llama de fuego en medio de una zarza ó espino. Viendo el Pastor que la zarza ardia y no se quemaba, acercábase á contemplar aquella maravilla, cuando Dios le detuvo, mandándole que se descalzara por respeto, segun costumbre de aquel tiempo, y le dijo: «Santa es la tierra que pisas: «yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, de Isaac y de Ja«cob: he visto la afliccion de mi pueblo en Egipto, y he oido su cla«mor por la dureza de los que les mandan: quiero enviarte á Fa«raon para que saques á los hijos de Israel de Egipto.» Moisés respondió: «¿Quién soy yo para ir á Faraon y sacar á los hijos de Israel «de Egipto?» Prosiguió Dios con Moisés, y díjole: «Vé y junta los «ancianos de Israel, y les dirás como les quiero sacar del cautiverio «en que están, y entra con ellos al Rey de Egipto, y le dirás: El «Señor Dios de los hebreos nos ha llamado, y hemos de ir al desier«to camino de tres jornadas para hacerle sacrificio.» Respondió Moisés: «Señor, no me creerán. —Deja caer en tierra, dijo Dios, la vara «que tienes en la mano.» Dejóla caer Moisés, y tornóse culebra, de la cual Moisés huyó. «Tómala por la cola,» le dijo Dios. Tomóla, y quedó convertida en vara. Y Dios dijo de nuevo á Moisés: «Mete tu «mano en tu seno.» Hízolo Moisés, y sacóla llena de lepra. Mandóle Dios hacer lo mismo otra vez, y sacó su mano sana. «Si no te cre«yeren, añadió Dios á Moisés, por la primera señal, harás la segun«da; y si á la segunda no dieren crédito, toma agua del rio y der«rámala sobre la tierra, y cuanta sacares del rio se convertirá en

[1] Siendo descendiente de Madian, hijo de Abraham por Cethura, se cree verosímilmente que era sacerdote del verdadero Dios. Nicolao de Lira dice, que sacerdote en este lugar se toma por hombre principal. Algunos autores antiguos son de sentir que era tambien rey de aquella tierra. *(P. Scio).*

«sangre.» Replicó todavía Moisés, diciendo: «Perdonad, Señor, yo «no sé hablar, soy tartamudo, y después que has hablado á tu sier- «vo aun me hallo mas pesado de lengua.» Díjole Dios: «¿Quién «hizo la boca del hombre? Ó ¿quién formó al mudo y al sordo? al «que ve y al ciego? ¿No soy yo? Pues anda, yo estaré en tu boca «y te enseñaré á hablar.» Tornó Moisés á decir: «Ruégote, Señor [1], «que envies al que has de enviar.» Enojado [2] el Señor contra Moi- sés, dijo: «Aaron, tu hermano el levita es elocuente, y él saldrá «al camino, y se holgará en verte: díle tú lo que yo te he dicho: y «yo estaré en tu boca y en la boca de él, y os mostraré lo que de- «beis hacer. Él hablará por tí al pueblo, y será tu boca (ó intérpre- «te): mas tú serás para él en las cosas que pertenecen á Dios. To- «ma tambien la vara, con la cual has de hacer prodigios.»

Obedeció Moisés, habló con su suegro diciendo que le convenia ir á Egipto, y dióle licencia. Estando en el camino con su mujer é hijos, el Ángel del Señor le salió al encuentro en el meson, y queria matarle. San Agustin dice que la Escritura no declara á quien el Ángel quiso matar, si fue á Moisés, ó á su hijo Eliezer; si á este, porque no estaba circuncidado, ó á Moisés por el descuido que habia tenido en hacerle circuncidar. Sabida la causa, Séfora, su madre, circuncidó á Eliezer, debiéndole Moisés de mandar que lo hiciese, por lo cual ella le llamó *Esposo de sangre*, á causa de la que vió derramar á su hijo; y, como tambien siente san Agustin, se volvió á casa de su padre, donde estuvo algun tiempo. San Epifanio dice que desde que Moisés recibió don de profecía, guardó castidad, y así la Escritura no hace mencion que tuviese mas hijos que los ya citados.

Moisés prosiguió su camino, y su hermano Aaron le salió á recibir, y le dió el ósculo de paz. Moisés trató con él lo que Dios le habia dicho, y los dos hablaron á los ancianos de los hijos de Israel, haciendo Moisés en su presencia los prodigios que traia de comision. Diéronle crédito los hebreos, y adoraron á Dios porque se habia acordado de sus trabajos.

Moisés y Aaron fueron luego á pedir al Rey de Egipto de parte

[1] No se rindió por esto Moisés, sino que en tono de súplica le significó que él no era del caso para aquella mision. Los Padres generalmente entienden que Moisés pidió aquí al Señor que enviara luego al Mesías, que en la Escritura se significa frecuentemente con el nombre de *enviado*, ó de *embajador de Dios*. *(P. Scio)*.

[2] Por este enojo del Señor sienten algunos intérpretes que faltó Moisés, aunque levemente, en mostrar tanta resistencia á las órdenes del Señor. Pero los Padres generalmente lo excusan, y ensalzan su prudencia y su humildad, y explican este enojo del Señor diciendo que la Escritura habla aquí acomodándose á la condicion de los hombres, y á lo que comunmente sucede entre ellos. *(P. Scio)*.

del Señor, Dios de Israel, que dejase partir á su pueblo á ofrecerle sacrificio en el desierto. Á esta sazon era Moisés de ochenta años, y Aaron de ochenta y tres; y por esto san Juan Crisóstomo dijo que Moisés estuvo cuarenta años en la tierra de Madian, porque cuando mató al egipcio y salió de la tierra de Egipto era de la edad de cuarenta. El rey Faraon respondió: «¿Quién es el Señor, para que obe-«dezca á su voz y deje ir á Israel? No conozco al Señor, ni dejaré ir «á Israel.» Y enojado mandó á sus exactores que apremiasen á los hebreos en sus obras, quitándoles la ayuda de costa, que les daba de paja, en que fundaban los ladrillos ó los cocian, y apremiándoles á que diesen igual número de ladrillos como lo solian hacer antes, cuando se les daba la paja. Los trabajadores sintieron mucho esta injusticia, y los que entre ellos tenian autoridad fueron á quejarse al Rey. Respondióles Faraon que por estar ociosos daban trazas de hacer aquella ida al desierto, que era bien no lo estuviesen sino que trabajasen. Oyendo los israelitas esta desabrida respuesta, y viendo que aquel primer paso solo habia servido para mas agravar su yugo, quejábanse de Moisés, diciendo que habia dado espada á Faraon con que los matase. Moisés habló con Dios, pidiéndole remediase este daño. Mandóle el Señor que, juntamente con su hermano, volviese al rey Faraon, é hiciesen prodigios en su presencia para convencerle de que le hablaban de su parte, y ellos obedecieron.

Hizo Moisés el primer prodigio de la vara de Aaron convertida en serpiente, dejándola de la mano en tierra, y aunque esto causó admiracion, y el Rey tuvo en mas á los mensajeros por parte de quien venian; pero siendo llamados los magos, favorecidos estos del demonio, ellos tambien echaron cada uno sus varas que se convirtieron en serpientes; aunque la de Aaron se las trago todas, y levantada por Aaron quedó vara como de primero, y el Rey en su dureza de no querer dejar salir á Israel como le era pedido. Mandó Dios á Moisés que Aaron con su vara hiriese las aguas, é hiriéndolas fueron convertidas en sangre, y los peces que habia en el rio murieron. Los hechiceros hicieron lo mismo en otra agua, por lo cual Faraon no se movió á hacer lo que el Señor le mandaba. Los egipcios cavaron cerca del rio, é hicieron fuentes, de que bebieron, y Dios mandó á Moisés que tornase á Faraon con su demanda, y que si no obedecia, Aaron tocase otra vez las aguas con su vara, y toda la tierra quedaria llena de ranas. Por lo que, como Faraon no obedeció al Señor, Moisés tocó las aguas, y las ranas cubrieron toda la tierra de Egipto. Mas los hechiceros por sus encantamientos, hicieron salir

tambien ranas. Faraon llamó á Moisés, y díjole que quitase aquella plaga de ranas y daria licencia al pueblo para que fuese á sacrificar. Hizo Moisés lo que el Rey pidió, el cual no cumplió su palabra. Mandó Dios á Moisés que Aaron hiriese con la vara el polvo de la tierra: hiciéronlo así, y salieron innumerables *ciniphes* ó mosquitos pungitivos. Los magos probaron á hacer lo mismo, y no pudieron, por lo cual confesaron que aquella plaga era dedo de Dios.

Es de notar aquí que el demonio, por darle Dios licencia, ayuda á los hechiceros, aprovechándose de virtudes de yerbas y piedras, para tornar en sangre las aguas y para producir ranas, y no pudo, sin embargo hacer mosquitos, que es cosa menor, para que entendamos que faltando semejante licencia, ni poco ni mucho puede. Tambien es digno de considerar, que para castigar Dios la soberbia de Faraon, se aprovechó no de Ángeles ni de hombres valientes, sino de ranas y mosquitos.

No se movió tampoco el Rey con esta tercera plaga. Mandó Dios venir multitud de moscas, tábanos y todo linaje de sabandijas semejantes, á la tierra donde estaban los egipcios, con daño suyo notable; sin que los hubiese en tierra de Gessen donde estaban los hebreos. Y ni con esta cuarta plaga se enmendó, aunque daba licencia que sin salir de Egipto hiciesen el sacrificio á Dios como decian: mas Moisés no lo aceptó, sino que habian de ir donde Dios les mandase; y así vino la quinta plaga, que fue pestilencia, sobre los ganados y bestias de Egipto, sin que este daño alcanzase á los animales y ganados de los hebreos. No se enmendó Faraon con esta plaga; sucedió la sexta, y fue que mandó Dios á Moisés que levantase las manos llenas de ceniza de un horno y la esparciese hácia el cielo delante de Faraon, y luego sobrevinieron úlceras de tumores apostemados en hombres y animales egipcios; y dice Josefo que morian muchos de ellos como habian muerto antes de las picaduras de las moscas, aunque no bastó para que el Rey dejase su dureza y obstinacion.

En todas estas plagas es de considerar la gran benignidad y paciencia de Dios, pues sabiendo que Faraon por pura malicia no se habia de enmendar, no dejó de amonestarle una y muchas veces, para que conste que Dios á nadie falta, y que el no convertirse los malos, ni enmendar la vida, es por su maldad y libertad, que podrian aprovecharse de los grandes remedios que Dios les da, y no quieren.

Envió Dios la séptima plaga, que fue granizo, truenos y centellas, y para que entendiese el Rey (y lo mismo entienda de sí todo pecador obstinado) que aunque merecia ser castigado con todo rigor,

Dios usaba y usa de misericordia en el castigo, avisóle un dia antes de la tempestad, para que no dejase en el campo algunos ganados que le habian quedado de la pestilencia pasada, para que el granizo no los matase. En la tierra de Gessen donde moraban los hijos de Israel no cayó granizo. Pareció enternecerse el Rey con esta plaga, llamó á Moisés, confesó que habia pecado en resistir á la voluntad de Dios, diciéndole: «El Señor es justo; yo y mi pueblo somos unos impíos;» y pidióle que cesase la tormenta. Cesó, y quedó tan duro como de primero. La octava plaga fue de langostas, en tan espantosa muchedumbre, que cubrieron toda la faz de la tierra, talándolo todo; por manera que fue devorada toda la yerba y todos los frutos de los árboles que habia perdonado el granizo, y no quedó absolutamente cosa verde en todo el Egipto. Antes que esto sucediese Moisés dió de ello aviso al Rey delante de los magnates de su corte, quienes le rogaron que hiciese lo que por Moisés le era pedido, antes que el Egipto fuese destruido. El Rey vino en que fuesen á hacer el sacrificio que decian, con que dejasen á sus hijos en su poder. Moisés respondió que todos sin excepcion habian de salir de Egipto. Y porque la plaga de las langostas vino, y fue grande el daño que hicieron, considerado por el Rey, dió licencia que fuesen padres é hijos con que quedasen en su poder sus ganados.

Esto mismo hace el demonio, cuando ve que se escapa de su poder alguno á quien ha tenido cautivo; cuando no puede otro, dale lugar, mas procura que quede en su poder alguna cosa, como hijos ú ovejas, esto es, ocasiones con que la enmienda del pecado sea breve, y luego se torne á proseguir. Y era cierto que si los hebreos dejaran en Egipto lo que Faraon pedia, que se volvieran al cautiverio en que estaban, pues solo la memoria de las comidas de aquella tierra, y no de mucho precio, los puso en punto de hacerlo, y por esto perseveró Moisés en que nada que fuese de los hebreos habia de quedar en Egipto.

Habiendo cesado la plaga de la langosta, endurecióse otra vez el corazon del Rey, y todavía no dejó partir á Israel. Entonces mandó Dios á Moisés que levantase las manos al cielo, y cubriese de tinieblas á Egipto, y fueron tan densas y oscuras, que en cuanto duraron, ninguno vió á otro, ni osaban moverse de donde estaban. Pero el sol resplandecia entre los hebreos. Faraon mandó llamar á Moisés y Aaron, y les dijo que fuesen todos donde quisiesen, á excepcion de sus ganados, que se quedarian en Egipto por rehenes de su vuelta. Moisés respondió que ni una pesuña habia de quedar de los ganados

de los hebreos, y Faraon le mandó con pena de muerte que no osase comparecer otra vez en su presencia. Moisés aceptó la sentencia diciendo: «Así se hará como tú has dicho: no volveré yo á ver tu cara.»

Habló Dios con Moisés, y mandóle que avisase á los hebreos, para que se apercibiesen y estuviesen á punto, porque aquella noche habian de salir de Egipto, y dijo: «Dirás pues á todo el pueblo que cada «uno pida á su amigo, y cada mujer á su vecina alhajas de plata y «oro; lo cual, añadió, ellos os las prestarán, porque yo les inclinaré «á que lo hagan, y enviaré la última plaga, que será matar á todos «los primogénitos de Egipto, desde el hijo del Rey hasta el de la es«clava, y lo mismo en las bestias y jumentos que quedaron libres de «las plagas pasadas.»

Dijo tambien Dios á Moisés: «Este mes, para vosotros principio «de meses, será el primero entre los meses del año [1]. El dia diez de «este mes tomad para cada familia un cordero de un año, macho y «sin mancha: lo inmolaréis el dia catorce por la tarde, y con su san«gre rociaréis los dos postes y el dintel de vuestras puertas. Aquella «noche comeréis en una misma casa la carne del cordero asada al fue«go, sin dejar ni sacar nada fuera de ella, y sin romper ninguno de «sus huesos. Comeréislo con panes ázimos, ó sin levadura, y con le«chugas amargas, y esto lo haréis con los lomos ceñidos, con el cal«zado puesto y un báculo en la mano, como viajeros: porque es la «Pascua ó el paso del Señor. Porque yo pasaré aquella noche por la «tierra de Egipto, y heriré de muerte á todo primogénito en di«cha tierra, desde el hombre hasta la bestia: y en todos los dioses de «Egipto haré castigos [2], yo el Señor.» Los hijos de Israel cumplieron este mandato de Dios, y á media noche el Ángel del Señor hirió de muerte á todos los primogénitos de Egipto de hombres y animales, salvándose únicamente las casas cuyas puertas estaban señaladas con la sangre del cordero. Levantáronse á media noche con precipitacion y espanto Faraon y todos los egipcios, y por do quiera retumbaban los lúgubres gemidos del dolor, pues no habia casa en donde no hubiese un muerto.

[1] Los hebreos comenzaban el año civil en otoño, y el año sagrado, segun el cual arreglaban las fiestas, en la primavera en el mes que llaman *Nisán* ó *Abib*, que comienza y concluye con la luna de marzo.

[2] Se cree que al mismo tiempo fueron derribados por tierra todos los ídolos de los egipcios, y san Gerónimo añade que todos los templos fueron destruidos ó con terremotos, ó con rayos y fuego del cielo; lo cual se confirma con un testimonio del libro de los Números que dice, hablando de esta salida, que se vengó Dios de los ídolos de los egipcios.

Al momento el Rey mandó llamar á Moisés y á Aaron para decirles que sin pérdida de tiempo hiciesen salir de Egipto á los israelitas, los cuales partieron en número de seiscientos mil combatientes, llevándose consigo los huesos de José en cumplimiento de la última voluntad de este santo Patriarca. Para perpetuar el recuerdo de tan gran beneficio, mandó Moisés al pueblo israelítico que todos los años celebrase en el mismo mes la memoria de su salida de Egipto, inmolando un cordero el dia catorce por la tarde, y comiendo panes ázimos ó sin levadura por espacio de siete dias.

En la inmolacion del cordero pascual, intimada á los israelitas antes de su salida de Egipto, se descubre fácilmente una imágen del sacrificio de nuestro Salvador. Jesucristo es, segun san Pedro, el Cordero sin mancha: san Pablo dice que por fe celebró Moisés la Pascua é hizo la aspersion de la sangre del cordero, á fin de que no tocase á los israelitas el Ángel que sepultaba á los primogénitos en sombras de muerte. Jesucristo entró en Jerusalen el décimo dia del mes primero, en el cual debia ser preparado el cordero para la Pascua, y fue inmolado el dia catorce en la hora misma en que los hebreos inmolaban el cordero pascual. Su sangre ha sido derramada, pero no se le rompió hueso alguno, porque al ver que estaba muerto no le rompieron las piernas, á fin de que se cumpliera, como dice san Juan, esta palabra de la Escritura: «No romperéis ningun hueso suyo.»

Después de algunas jornadas los israelitas llegaron al desierto que está á la orilla del mar Rojo: guiábalos el Ángel del Señor yendo delante de ellos en una columna de nube, de dia para señalarles el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarlos. Pero Faraon arrepintiéndose bien pronto de haberlos dejado salir, puso en movimiento sus carros de guerra, reunió sus tropas, y se lanzó á perseguir á los israelitas, dándoles alcance cerca del mar Rojo. Veíanse los israelitas estrechados por todas partes: por delante cerrábales el paso la mar, y en pos de ellos traia la muerte el ejército egipcio. Muy medrosos dijeron entonces á Moisés: «Quizá no habia sepulcros en «Egipto, y por esto nos has traido á que muriésemos en el desierto: «¿qué quisiste hacer con sacarnos de Egipto? Mucho mejor nos era «servir á los egipcios, que morir en el desierto.» Moisés, lleno de confianza en el Señor, les dijo: «No temais, esperad con quietud, y «veréis las maravillas que el Señor va á obrar en favor vuestro. El «Señor peleará por vosotros, y vosotros callaréis.» Dijo, y la columna de nube que estaba á la cabeza del pueblo pasó á situarse entre su campamento y los reales egipcios. Esta nube era luminosa para

aquellos, y para estos sombría á manera de noche densa, que les impedia proseguir la marcha.

Habiendo Moisés en aquel acto extendido la mano sobre el mar, el mar se abrió, su lecho se convirtió en seco, y el pueblo escogido lo pasó con planta enjuta, viendo á derecha y á izquierda los altísimos montes que á semejanza de muros habia formado el agua. Los egipcios viendo abierto el camino por medio de la mar, se precipitan en él en persecucion de los hebreos; mas antes de rayar el alba, y llegado ya Israel á la orilla opuesta, rompe el Señor los carros de los egipcios y derrota su ejército. Sobrecogidos de espanto dícense ellos unos á otros: «Huyamos de Israel, porque el Señor pelea en favor «suyo contra nosotros.» Y principian la retirada con pavorosa precipitacion. Manda Dios á Moisés extender la mano sobre el mar, y las aguas se juntan al instante, y al desplomarse caen sobre todas las huestes de Faraon: en vano lucha el egipcio contra el ímpetu del agua para ponerse en salvo; la mar enfurecida le arremolina, y Faraon y cuantos con él habian entrado quedaron sumergidos, sin que ni un solo hombre se librase para llevar al Egipto la fatal noticia de tan terrible ruina. En vista de esta maravilla los hebreos alabaron al Señor, y Moisés compuso un cántico en accion de gracias que cantó con los demás israelitas, el cual quedó por memoria de este suceso en la Iglesia católica. La historia eclesiástica dice, que el ir de los hebreos duró siete dias, los varones por sí, y las mujeres por sí, á la lengua del agua, cantando el cántico compuesto de Moisés, porque todo este tiempo estuvieron en la ribera, muy alegres y contentos de verse libres del cautiverio en que habian estado.

Pasados los siete dias los israelitas caminaron, y llegaron al desierto de Sin; pero á poco de haberse internado en él faltaron las provisiones, y el hambre se enseñoreó de todos ellos; y principiaron las murmuraciones del pueblo contra Moisés y Aaron. «¿Por qué no nos «quedamos en Egipto? decian. Allí teníamos abundancia de pan y «de carne. ¿Por qué nos habeis traido á este desierto en que mori«mos de hambre?» Moisés recurrió á Dios, quien le hizo oir su palabra, y le mandó decir al pueblo: «Yo os lloveré panes del cielo. Sal«ga el pueblo por la mañana, y recoja cada uno cuanto bastare para «aquel dia; mas el dia sexto cojan doble de lo que solian coger, para «que así puedan santificar el dia séptimo, es decir, el sábado.» Y como Aaron hablase al pueblo de órden de Moisés, diciendo: «Lle«gaos delante del Señor, porque ha oido vuestro murmullo;» hé aquí que apareció la gloria del Señor en la nube, y dijo el Señor á

Moisés: «He oido las murmuraciones de Israel, díles: Esta tarde co-«meréis carnes, y por la mañana os hartaréis de panes, y sabréis que «yo soy el Señor vuestro Dios.» En efecto, llegó la tarde, y viniendo codornices, cubrieron el campamento; y por la mañana se halló la tierra cubierta de unos granos como de rocío congelado, ó como granos de trigo quitada la corteza: Moisés dijo entonces al pueblo: «Este «es el pan que Dios os ha dado para comer: recoja de ello cada uno «cuanto baste para su sustento.» Y con este manjar sustentó Dios á su pueblo por todo el tiempo que anduvieron por el desierto desde que salieron de Egipto hasta entrar en la tierra de promision, que fueron cuarenta años. Tan larga duracion en un prodigio que se renovaba todos los dias aleja toda sospecha de impostura ó de ilusion. Se le dió el nombre de Maná, que quiere decir: *¿Qué es esto* [1]? Cogíanlo los israelitas todos los dias por la mañana, porque en calentando el sol la tierra, se derretia, y el que se daba mas priesa á coger de ello, no llevaba mas cantidad que el que cogia menos. Si lo guardaban de un dia para otro, hallábanlo lleno de gusanos. Los viernes cogian para aquel dia y para el sábado, en el cual no caia. Molíanlo en un molino, y machacábanlo con un mortero, y luego lo ponian á cocer, y entonces tomaba el gusto del pan de la harina mas pura amasado con aceite y con miel.

La Escritura, que al maná le llama pan del cielo y alimento de los Ángeles, claramente nos insinúa que este pan milagroso encierra un gran misterio; el mismo Jesucristo nos lo descubre, enseñándonos que él en la Eucaristía es el pan figurado por el maná. Decíanle los judíos: «Nuestros padres han comido el maná en el desierto, se-«gun está escrito: les ha dado á comer el pan del cielo.» Y él les respondia: «En verdad os digo que Moisés no os ha dado el pan del «cielo.» Con lo cual nos enseña que el maná no se llamaba en la Escritura pan del cielo sino en atencion á lo que representaba, y añade: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; quien de él comiere «vivirá eternamente; mi carne es el pan que he de daros.» El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo es, pues, el verdadero pan del cielo, y el maná no era mas que su figura.

Después de tan multiplicadas señales de la proteccion de Dios, parece que los israelitas no debian ya desconfiar de su providencia, sino

[1] No se debe confundir este divino y milagroso maná, ni en su sabor ni en su virtud con el que cae en la Arabia en ciertas estaciones del año, ni con el que se recoge de varios árboles en la misma Arabia y en otras muchas regiones. El maná ordinario no cae ni se coge sino en ciertas estaciones del año: el del desierto caia y se recogia todos los dias, á excepcion de los sábados. *(P. Scio).*

recurrir á él confiadamente en todas sus necesidades, seguros de alcanzar pronto socorro; pero llegado que hubieron á un sitio en que no habia agua, volvieron á sus murmuraciones contra Moisés, diciendo: «Danos agua para que bebamos; ¿por qué nos has hecho «salir de Egipto, para matarnos de sed, y á nuestros hijos, y á las «bestias?» Clamó Moisés al Señor, el cual le dijo: «Adelántate al «pueblo tomando contigo algunos de los ancianos de Israel, llévalos á la montaña de Horeb, y herirás la peña con la vara con que «heriste el rio, y brotará de ella agua en abundancia.» Hízolo así Moisés, y brotó de la roca una fuente de agua cristalina, que satisfizo la sed de los hombres y de los animales. Y Moisés llamó á aquel lugar *Tentacion*, porque los hijos de Israel dudaron si el Señor estaba en medio de ellos [1].

Difundida la fama de los hebreos por los pueblos circunvecinos, alarmáronse estos, temerosos de su engrandecimiento, y se dispusieron á hacerles guerra. Adelantáronse á acometerlos los amalecitas, que descendian de Esaú: Moisés envió contra ellos á Josué, de la tribu de Efraim, que les presentó la batalla: trabado el combate, Moisés imploró el auxilio divino con sus oraciones: mientras para orar tenia las manos alzadas en forma de cruz, vencian los israelitas, mas si un poco las bajaba, inclinábase á Amalec la victoria. Observáronlo Aaron y Hur su cuñado, y viendo que le faltaban ya las fuerzas para tener las manos levantadas, sostuviéronlas por una y otra parte, hasta que se puso el sol y Josué hubo enteramente derrotado al enemigo.

Excelente leccion es esta, dice el P. Scio (*not. al Éxodo, v. 11, cap.* XVIII), para los que frecuentan la oracion. Dios muchas veces previene nuestros votos, y se adelanta á concedernos lo que deseamos, aun antes que abramos la boca para pedírselo: otras se nos oculta, para que se redoble en nosotros el deseo de poseerlo, y porque somos tales, que despreciamos frecuentemente lo que logramos con facilidad, y no estimamos sino lo que conseguimos á costa de sudores. Es difícil que nuestro espíritu conserve largo tiempo la atencion que pide la oracion; y por esto necesita de apoyos que la sostengan, como Hur y Aaron sostuvieron las manos de Moisés. El deseo de vencer, el temor de ser vencido, la esperanza de una nueva gracia, el reconocimiento de otra ya recibida, son los apoyos que la sos-

[1] No se debe confundir esta tentacion que sucedió el primer año de su salida de Egipto, con otra igual con que irritaron de nuevo al Señor el año cuarenta de su salida en el desierto de Seir.

tienen, é impiden de caer en desfallecimiento. Venzamos tambien, dice san Agustin (*Lib. 4 de Trinit. c. 15*), por medio de la cruz del Señor, que era figurada en los brazos tendidos de Moisés, á Amalec, esto es, al diablo, que enfurecido sale al camino, y se nos opone negándonos el paso para la tierra de promision. Y en el *lib. de las 50 Homilias, Homil. 27, etc.*, si se cansan tus manos de bien obrar, llevará la ventaja Amalec, esto es, el demonio.

Habiéndoselo Dios ordenado, erigió Moisés un altar después de la victoria, ofreció en él sacrificios en accion de gracias, y dió á este altar un nombre que significa: *El Señor es mi glorioso estandarte;* á fin de que este nombre recordase á los israelitas que á Dios solo debian la victoria alcanzada de sus enemigos.

Después de esta victoria llegó á oidos de Jetró, sacerdote de Madian y suegro de Moisés, como este habia sacado á su pueblo del cautiverio de Egipto, y que venia capitaneándole. Fué á verle, llevándole á Séfora su mujer, con sus dos hijos, recibiendo Moisés á todos con mucho contento. Y porque Jetró vió que todo el dia se le iba á Moisés en averiguar pleitos y diferencias de los hebreos, aconsejóle que eligiese algunos varones prudentes de quien se fiase, los cuales le ayudasen en este ministerio, y que solo acudiesen á él en los casos mas dificultosos, y así lo hizo Moisés, lo cual le fue de grande alivio en el cargo que tenia. Con esto Jetró le dejó con su mujer é hijos, y él se volvió á su tierra.

Las verdades que Dios enseñó á Adan, y cuyo conocimiento habia pasado por tradicion de padres á hijos, principiaron á alterarse, y de temer era que bien pronto se borrasen de la memoria de los hombres; y así para conservarlas resolvió el Altísimo darlas por escrito, mandando á Moisés que dijese de su parte á los hijos de Israel: «Habeis visto el modo con que os he sacado de Egipto, y como os he escogido por mi pueblo. Si oyéreis, pues, mi voz y guardáreis mi pacto, seréis para mí un pueblo amado y seréis una nacion santa.» El Señor añadió: «Haz que todos se purifiquen entre hoy y mañana, y que estén preparados para el tercer dia, en el cual bajaré á vista de todo el pueblo sobre el monte Sinai. Señalarás límites al pueblo al rededor, y prohibirás traspasarlos.»

Al amanecer del dia tercero principian á oirse truenos y á relucir relámpagos: cubre una densa nube la montaña, resuena una bocina con espantoso estruendo, y atemorízase el pueblo que está en el campamento; y en medio del fuego habla el Señor y publica los diez mandamientos de su Ley, á los que se ha dado el nombre de *Decálogo*, y

de los cuales los tres primeros enseñan los deberes del hombre para con Dios, y los otros siete sus obligaciones para con el prójimo, encerrándose en ellos los principios de la ley natural. Acaba de hablar el Señor, y retumba de nuevo el estampido de los truenos y el son de las trompetas [1]. Veia todo el pueblo los relámpagos y el sonido de la bocina y el monte humeando, y en medio de su pavor dijo á Moisés: «Háblanos tú, y oirémos; no nos hable el Señor, no sea que «muramos.» Y respondió Moisés al pueblo: «No temais, porque Dios «ha venido á hacer prueba de vosotros, y para que su terror esté en «vosotros, y no pequeis.»

Mientras el pueblo aterrado permanecia muy léjos del monte, acercóse Moisés al lugar en que Dios estaba. Le dió el Señor varias leyes para los hijos de Israel, y añadió: «Yo enviaré mi Ángel para «que vaya delante de vosotros, y os guarde en el camino, y os introduzca en el país que os tengo preparado. Pondré en vuestras manos «á los cananeos, y haré que á vuestra presencia vuelvan la espalda «todos vuestros enemigos.» Moisés refirió al pueblo las palabras y órdenes del Señor, y todo el pueblo respondió á una voz: «Harémos «todo cuanto ha hablado el Señor.» Entonces escribió Moisés todas las palabras del Señor, y levantándose muy de mañana, edificó un altar al pié del monte, de doce piedras, que representaban las doce tribus; y como era costumbre sellar los tratados con sangre de víctimas, ofrecieron holocaustos y sacrificaron becerros, víctimas pacíficas al Señor, de cuya sangre tomó la mitad y la echó en tazones, y la parte restante la derramó sobre el altar. Y tomando luego el libro en que estaba escrita la alianza, leyó oyéndolo el pueblo, que respondió: «Todo lo que ha hablado el Señor harémos, y serémos obe«dientes.» Moisés hizo entonces con la sangre una aspersion sobre el pueblo, diciendo: «Esta es la sangre de la alianza que ha concerta«do el Señor con vosotros.»

Con esta augusta ceremonia confirmaba Moisés en calidad de mediador la alianza que el Señor contrajo en aquel dia con los hijos de Israel, aceptaba sus compromisos, y recibia sus protestas de obediencia. Esta ceremonia empero no fue sino figura de la que después de quince siglos confirmaria la nueva alianza del Señor con todos los hombres; alianza cuyo mediador debia ser Jesucristo, quien con su propia sangre la estableceria, no precisamente con la familia de Ja-

[1] Los diez preceptos, ó sea el Decálogo no lo recibió el pueblo inmediatamente de Moisés, sino de Dios por ministerio de un Ángel que representaba su persona, para significar que la ley de la naturaleza, que se comprende en el Decálogo, fue impresa por Dios en el corazon de los hombres. *(P. Scio).*

cob, sino con todo el linaje humano, que sacó, no de la opresion de Egipto, sino de la tiranía de la muerte, del pecado y del demonio.

En seguida subió Moisés al monte, al cual cubrió luego una nube; y la gloria del Señor se manifestó en la cima del Sínai, cubriéndola con la nube por seis dias; y al séptimo llamó Dios á Moisés de en medio de la nube oscura. Habiendo entrado Moisés en medio de aquella niebla, subió á la cima del monte en donde estuvo cuarenta dias y cuarenta noches sin comer ni beber: en tanto Dios le daba sus órdenes para la construccion de un tabernáculo y de cuanto debia acompañarle; le señaló las medidas, y le hizo ver el modelo: le prescribió asimismo la forma del vestido de los sacrificadores, las ceremonias de su consagracion y cuanto pertenecia al culto divino: dióle por último las dos tablas del testimonio, ó del Decálogo, que eran de piedra, escritas con su dedo [1].

Viendo el pueblo que su caudillo Moisés tardaba en bajar del monte, levantándose contra Aaron, le dijo: «Ea, haznos dioses que nos «guien, ya que no sabemos qué se ha hecho de Moisés, de ese hom«bre que nos sacó de la tierra de Egipto.» Aaron tuvo la flaqueza de ceder á sus sediciosas instancias, y de fabricarles un becerro de oro. Entonces el Señor dijo á Moisés: «Baja del monte, porque el «pueblo acaba de desviarse del camino que le enseñaste: se ha for«mado un becerro de oro, y adorádole como si fuese su Dios.» Moisés rogaba al Señor á que perdonase á aquel pueblo á quien con tantos milagros habia libertado. El Señor se dejó aplacar; pero era necesario un ejemplar de severidad y de justicia. Baja Moisés del monte, llevando en su mano las dos tablas de la Ley, llega cerca del campamento, ve el becerro de oro y al pueblo bailando en derredor de él, y arrebatado de santa indignacion arroja las tablas de la Ley y las rompe al pié del monte, y acometiendo al becerro lo arroja al fuego, y lo reduce después á polvo, que esparce en agua, y lo hace beber al pueblo para que ni vestigio quede de tan horrenda abominacion. Mas no se contentó con esto Moisés, antes juntándosele muchos de la tribu de Leví, cuya mayor parte ó no consintieron en la idolatría, ó si consintieron, conforme sienten algunos, arrepentidos sinceramente de su pecado se pusieron los primeros al lado de Moisés; mandóles que fuesen por medio del campamento y diesen la muerte á todos los que se les pusiesen delante, no perdonando á persona alguna: castigo justo si se atiende que muchísimos de los israelitas estaban

[1] Por un Ángel de órden de Dios, ó por el Espíritu Santo, que es llamado el dedo de Dios. *(P. Scio).*

pertinaces en corrillos fuera de las tiendas tratando de vengarse de Moisés y llevar adelante su idolatría; y así fueron estos muertos, sin que se tocase en los que ya estaban en pena de lo que habian hecho, y lloraban su pecado. De suerte que de los obstinados y rebeldes fueron muertos como veinte y tres mil hombres.

Volvió Moisés al monte, y rogó á Dios perdonase al pueblo por aquel pecado, ó que le borrase á él del libro de la vida [1]. Respondióle el Señor: «Al que pecare contra mí, á ese borraré yo de mi libro.» Mandóle Dios hacer otras dos tablas semejantes á las que habia quebrado, y estas son las que Moisés llevó al pueblo, y se conservaron dentro del arca.

Mandó Dios en su ley que en todos los sacrificios le ofreciesen sal: por la sal se entiende la prudencia, denotando que no hay cosa, por buena que sea, que dé sabor si no va hecha con prudencia. Mandó que se le sacrificasen diversos animales, excepto el asno, por el cual se significa la necedad, y los necios no son buenos para nada. Tambien vedó que le ofreciesen caballo, leon, raposa, puerco, perro, miel y gallina, porque ni los soberbios, ni los traidores de dos rostros, ni los lujuriosos, ni los iracundos, ni los regalados, ni los lisonjeros, significados por los animales dichos, son dignos de ser presentados ante su divina Majestad. Mandó que no le ofreciesen peces, porque sacándolos de la agua se mueren, y no podrian ser llevados vivos al templo, en el cual, y no antes quiso Dios que fuesen muertos los animales que le habian de sacrificar: porque en todos los sacrificios se significaba que el Hijo de Dios habia de ser muerto para nuestro remedio. De los animales de cuatro piés mandó que no le ofreciesen sino ovejas y bueyes, y lo que es de su género; y de las aves, tórtola, paloma y pájaro, por muchas razones: una, porque estos animales se mantienen de manjar limpio, lo que no hace el puerco y la gallina, y significan la pureza del alma, que quiere Dios que le ofrezcamos. La segunda, porque de estos animales habia mas copia, y no costaban mucho. La tercera, porque los gentiles honraban por Dios al cabron, en cuya figura se les parecia el demonio, y por eso dice la Escritura, que no se habian de ofrecer á Dios las abominaciones de los egipcios. Sobre lo cual dice la Glosa, becerro ofrece á Dios el que doma la soberbia de su carne: cordero el que vence los apetitos de la sensualidad: cabrito el que huye la lascivia: tórtola el que guar-

[1] Como si dijera á Dios: ó perdonadles este pecado, ó borradme á mí del número de aquellos á quienes honrais con vuestra amistad. Yo bien sé que no quereis borrarme de este número; y así espero que no me negaréis el perdon que os pido para el pueblo. *(P. Scio).*

da castidad: paloma el que tiene fecundidad, y abundancia de buenas obras y simplicidad en el alma.

Cuando Moisés descendió del monte resplandeciale el rostro, sin saberlo él, y salianle de él unos rayos en alto muy resplandecientes con dos puntas á manera de potencias ó rayos de luz sobre la cabeza; de modo que Aaron y los hijos de Israel no se atrevian á acercársele, hasta el punto de tener que cubrirse él con un velo siempre que hablaba al pueblo; en lo que se nos da á entender, que los que conversan con Dios y se dan á la oracion quedan en el entendimiento iluminados, y en la voluntad inflamados, para hacer lo que saben será agradable á Dios con mas amor y devocion, y con esto salen esforzados á pelear y defenderse de los enemigos.

Iba Dios entreteniendo á los israelitas en el desierto algunos años que fueron por todos cuarenta, como se ha dicho, en los cuales, dice la Escritura, que no se les rompió vestido ni calzado. Entre tanto Moisés, después de haber reconciliado á su pueblo con Dios, puso su primer cuidado en recopilar todas las leyes y disposiciones que habian sido el asunto de sus conversaciones con el Señor, á fin de que el pueblo las tuviese continuamente presentes; y á esta recopilacion se la llamó *libro de la Ley*. Luego mandó ejecutar las órdenes que habia recibido acerca de la construccion del tabernáculo y de todo lo perteneciente al culto divino, é impuso á Israel una multitud de preceptos y prácticas, que ahora parecerian superfluas, pero que eran entonces necesarias para separar al pueblo escogido de los demás pueblos, y servian como de barrera opuesta á la idolatría que reinaba en las naciones vecinas. Para mantener el culto escogió en las doce tribus una de ellas, la de Leví, á la cual el Altísimo encargó el cuidado de las cosas sagradas, cediendo en su favor los diezmos y oblaciones. En la misma tribu de Leví escogió á Aaron para sumo Pontífice, y el sacerdocio fue declarado hereditario en su familia. Erigido ya el tabernáculo, templo portátil, consagróle Moisés con óleo santo, y del mismo modo consagró cuanto habia de servir para el culto divino, el arca, el candelero, la mesa de oro, los dos altares y el baño. Fue entonces cuando una nube cubrió el tabernáculo, y la majestad del Altísimo le llenó visiblemente. A estas santas instituciones juntó ceremonias majestuosas, fiestas que renovaban la memoria de los milagros con que el pueblo de Israel habia sido libertado, y lo que ningun otro legislador habia osado hacer, seguridades precisas de un buen suceso en todo, mientras viviesen sujetos á la Ley; y amenazas ciertas de que su desobediencia seria seguida de una

inevitable venganza; y el suceso ha justificado muy bien que Moisés habló lo que Dios dictaba.

Pero si los altares tuvieron sus ministros después de haber declarado Moisés que Dios habia escogido á Aaron y á sus hijos para ejercer las funciones del sacerdocio, la Ley tuvo tambien sus defensores particulares, señalando setenta varones ancianos para que fuesen los maestros del pueblo, y como gobernadores, á los cuales habiéndolos juntado Moisés á la puerta del tabernáculo, habló Dios y les dió el espíritu que habia dado á Moisés, y ellos profetizaron. Dos de los ancianos se habian quedado en el campamento, de los cuales uno se llamaba Eldad, y otro Medad: y tambien posó sobre ellos el Espíritu, aunque no habian ido al tabernáculo. Y como profetizasen en el campamento, al punto Josué, hijo de Nun, ministro de Moisés dijo: «Señor mio Moisés, no permitas que profeticen.» Pero él respondió: «¿A qué fin tienes celos por amor de mí? Fuese Dios ser-«vido que todo el pueblo profetizase y á todos diese el Señor su es-«píritu, así muchos darian á conocer su grandeza, y de todos seria «servido como merece:» respuesta digna de un ministro del Señor que solamente busca la gloria de aquel á quien sirve. Y volvióse Moisés al campamento con todos los ancianos de Israel.

Segun se ha visto, no era el pueblo de Israel mas inteligente ni mas sutil que los otros pueblos, dice Bossuet, al contrario era tosco y rebelde tanto ó mas que cualquier otro; así es que en diferentes ocasiones hizo Dios algunos ejemplares de severidad en los violadores de la Ley, para grabar en los corazones el temor de su justicia y el respeto á sus mandamientos.

Estaba mandado que continuamente hubiese fuego encendido en el altar de los holocaustos, siendo incumbencia de los sacerdotes el conservarlo, poniendo leña en él tarde y mañana. De este fuego se cogia para los incensarios, en los cuales se quemaban perfumes en el altar de oro. Nadab y Abiú, hijos mayores de Aaron, pusieron en él un fuego extraño y profano, contraviniendo á la prohibicion de Dios, el cual en castigo de este crímen les envió un fuego oculto que los devoró por dentro sin tocar por fuera á sus cuerpos ni á sus vestidos, y murieron ellos delante del Señor. «Hé aquí, dijo Moisés á «Aaron, el cumplimiento de esta palabra del Señor: Seré santifica-«do en los que se me acercan y glorificado ante todo el pueblo.» Aaron calló. Se sacaron fuera del campamento los cuerpos de Nadab y Abiú: Moisés prohibió á Aaron que llorase á sus hijos, mandándole no hacer demostracion alguna de duelo, porque el motivo de su

afliccion debia ser, no lo que habia perdido, sino la desobediencia que habia irritado al Señor, llamando sobre sí el rayo de su venganza.

Algun tiempo después de la muerte de Nadab y Abiú, un israelita en una riña que con otro tuvo blasfemó el santo nombre de Dios. Moisés le puso preso en tanto que consultaba al Señor, quien respondió: «Sacad fuera del campamento á ese blasfemo: cuantos ha«yan oido sus blasfemias pónganse las manos en la cabeza para ates«tiguar que es cierto el delito de que se le acrimina, y sea apedreado «por todo el pueblo. Así será castigado todo el que blasfeme el nom«bre del Señor.»

El tercer ejemplo de severidad cayó en un profanador del sábado. Fue cogido un hombre que hacia leña con menosprecio de la Ley, que prohibia en aquel dia ocuparse en ninguna obra servil: presentáronle á Moisés y Aaron, los cuales le hicieron aprisionar, no sabiendo cómo castigar este delito: consultaron, pues, al Señor, que mandó, que el reo fuese apedreado por todo el pueblo fuera del campamento.

No debe maravillarnos el rigor de este castigo: la Ley que mandaba observar el sábado pertenecia al dogma fundamental de la religion judáica. Violar esta Ley era una especie de apostasía, y preciso era imponer á aquel pueblo grosero y rebelde con ejemplares de severa justicia para que no se apartase de la segura y saludable senda del deber.

Tambien María, hermana de Moisés, murmuró de él, favoreciéndola Aaron su hermano; levantóse la murmuracion á causa de la Etiopisa, mujer de Moisés. San Agustin dice era esta Séfora madianita, y que los madianitas se llamaron antiguamente etíopes. Nicolao de Lira explica que las dos cuñadas tuvieron diferencias entre sí, como de ordinario sucede entre mujeres, y que Moisés favoreció á Séfora, y Aaron favoreció á María; y así estos dos murmuraron diciendo, que tambien Dios les habia hablado á ellos, y de consiguiente no se habian de tener en menos que Moisés. Por esta murmuracion castigó Dios á María cubriéndola de lepra. No castigó con lo mismo á Aaron, ó porque no tuvo tanta culpa como su hermana, ó como dice san Juan Crisóstomo, porque era sumo sacerdote, y los sacerdotes no deben ser castigados públicamente, á lo menos si los delitos no son atroces. Viendo Aaron á su hermana leprosa, con mucha humildad rogó á Moisés los perdonase, y rogase á Dios por ella, lo cual hizo Moisés, y por su oracion fue sana, aunque estuvo siete dias apartada del campamento.

De este castigo hecho en María porque murmuró de su hermano deben tomar ejemplo los súbditos, á no murmurar, ni poner en lengua á sus superiores, si no quieren ser castigados con divina mano.

Habiendo llegado los israelitas cerca de las fronteras de la tierra de Canaan, mandó Dios á Moisés que enviase exploradores á la tierra de promision para que diesen cuenta al pueblo de su fertilidad. Escogió Moisés para la comision doce varones principales, uno de cada tribu, á los cuales mandó recorrer todo el país de Canaan, y traer algunos frutos: los exploradores tardaron cuarenta dias en dar la vuelta á aquella comarca, y trajeron de ella granadas, higos de un tamaño extraordinario y un vástago de cepa tan cargado de uvas, que era preciso que entre dos le llevasen en un varal. Todo el pueblo se reunió para oir la relacion de los exploradores, y ellos le mostraron los frutos de la tierra prometida. «Hermoso sobremanera es «el país que hemos recorrido, decian: tierra en que realmente cor«ren arroyos de miel y leche; pero las ciudades están defendidas con «altos muros, y sus habitantes son de estatura gigantesca: al lado «de ellos nosotros parecemos langostas: imposible es que venzamos «á pueblos tan formidables.» Y aunque Caleb y Josué, que eran tambien de los explorados, animaban al pueblo, facilitando el negocio, los otros empero que les habian acompañado decian: «De «ningun modo podemos contrastar á este pueblo, siendo como es «mas fuerte que nosotros.» Oido esto, todo el pueblo alzó el grito, y grande fue el tumulto que levantó, diciendo: «Ojalá hubiéramos «muerto en Egipto; y haga el cielo que perezcamos en esta soledad, «y no nos introduzca en esa tierra, donde muramos al filo de la es«pada, y sean llevadas cautivas nuestras mujeres é hijos. Pues ¿no «será mejor volver á Egipto? Nombremos un caudillo, y volvámonos «á Egipto.» En vano se unieron á Moisés y Aaron los enviados Caleb y Josué, esforzándose en reanimar el valor del pueblo diciendo: «No os rebeleis contra el Señor, y no temais á los habitadores de esa «tierra, pues podemos devorarlos con la facilidad con que el ham«briento devora un pedazo de pan: se hallan destituidos de toda de«fensa: el Señor está con nosotros: nada tenemos que temer.» El pueblo no quiso escucharlos, y ya se preparaba á apedrearlos, cuando la gloria del Señor se manifestó á todos los hijos de Israel sobre el tabernáculo, y dijo el Señor á Moisés: «¿Hasta cuándo ha de blas«femar de mí ese pueblo? ¿hasta cuándo permanecerá incrédulo á «vista de los grandes milagros que he obrado en su favor?... Por mí «mismo lo juro: excepto Josué y Caleb, que me han sido fieles, no

«verá la tierra prometida á sus padres ninguno de esa muchedum-«bre de testigos de mis maravillas: todos perecerán en el desierto. «Empero sus hijos, léjos de ser, como ellos dicen, presa de los ene-«migos, entrarán en ella en su lugar, después que la muerte haya «talado las vidas de sus padres.» Habiendo referido Moisés todas estas palabras á los hijos de Israel, el pueblo prorumpió en un amargo llanto: mas lo que dijo Dios se cumplió.

No se enmendaban empero los israelitas con estos castigos que Dios hacia con ellos, pues hé aquí que Coré, Dathan y Abiron se amotinan contra Moisés con otros doscientos cincuenta hombres de los hijos de Israel y de los mas ilustres de la Sinagoga, y presentándose delante de Moisés y Aaron les intiman, al primero, que deje el cargo de caudillo y capitan que le habia dado Dios, y el sacerdocio al segundo. Por lo cual estando en sus tiendas con sus mujeres é hijos, á vista de todo el pueblo vivos se los tragó la tierra, y junto con esto bajó fuego del cielo, que abrasó á los doscientos cincuenta que se habian hecho de su bando. Y porque se quejaban de Moisés otros, diciendo que él habia muerto á aquella gente, y quisieron poner en él las manos, él se fué al tabernáculo, y Dios envió fuego que abrasó catorce mil y setecientas personas, sin contar los que murieron en la sedicion de Coré.

Llegaron los israelitas á una tierra llamada Cades en el desierto de Sin, donde murió María, hermana de Moisés, y fue enterrada en aquel mismo lugar. Faltó agua al pueblo, y en vez de recurrir al Señor, murmuraron de Moisés y Aaron como tenian de costumbre, porque les habia sacado de Egipto á morir de sed en el desierto. Entraron ambos al tabernáculo, y pidieron á Dios con grande instancia que remediase esta necesidad. Contestó Dios á Moisés: «Toma tu «vara y reune al pueblo; y tú y Aaron tu hermano hablad á la pe-«ña en presencia de toda la gente, y saldrá de ella agua para saciar «su sed.» Hízolo así Moisés, hirió la peña con la vara, y porque no salió luego el agua, desconfió, y puso duda en lo que Dios le habia dicho, aunque hiriéndola segunda vez, salió agua en abundancia. Llamóse esta agua de *contradiccion*, porque los hijos de Israel habian murmurado en este lugar contra el Señor, quien dijo á Moisés: «Ya que no me habeis creido para santificarme delante de los hijos «de Israel, no introduciréis á estos pueblos en la tierra que les daré.» No puede dudarse que Moisés y Aaron faltaron en esta ocasion contra el Señor, quien se ofende en gran manera de que se desconfie de su bondad, especialmente cuando se han recibido particulares beneficios.

Acercábase el tiempo en que Dios queria poner á los israelitas en posesion de la tierra prometida. Siendo el camino mas corto para llegar á ella el atravesar la Idumea, cuyos habitantes descendian de Esaú, envió Moisés embajadores al rey de Idumea para pedirle paso por su territorio, con promesa de no cometer el menor desórden y de pagar religiosamente cuanto allí tomasen; mas este Rey léjos de acceder á su peticion, marchó contra ellos con numeroso ejército. Viéronse, pues, en la precision de tomar la vuelta de la Idumea hácia el Mediodia [1], y llegaron al monte Hor, donde el Señor dijo á Moisés: «Vaya Aaron á incorporarse con sus padres, porque no ha «de entrar en la tierra que dí á los hijos de Israel, por haber sido «incrédulo á mis palabras allá en las aguas de contradiccion. Toma «contigo á Aaron y á su hijo con él, y los conducirás al monte Hor; «y después de desnudar al padre de sus vestiduras, se las revestirás á su hijo Eleázaro. Aaron morirá en aquel sitio, y se reunirá á «sus padres.» Moisés hizo lo que el Señor mandó, subiendo los tres al monte de Hor en presencia de todo el pueblo, despojando á Aaron de sus vestidos pontificales, y revistiendo con ellos á su hijo Eleázaro. Murió Aaron, y todo el pueblo de Israel le lloró por espacio de treinta dias.

Habiendo oido el rey cananeo de Arad que habitaba al Mediodia que los israelitas iban por el mismo camino de los exploradores, les salió al encuentro con sus huestes, peleó contra ellos, y quedó vencedor tomándoles algunos prisioneros. Mas en vista de esto, como los hijos de Israel se obligasen con voto á destruir y arrasar las ciudades de aquel rey cananeo si el Señor se las entregaba, otorgóles el Señor sus súplicas, y los hebreos pasaron á cuchillo al cananeo, destruyendo sus ciudades: por lo cual dió á aquel lugar el nombre de *Horma*, esto es, anatema ó desolacion total.

Aburrido el pueblo con las fatigas y cansancio del viaje, volvieron á sus murmuraciones contra Moisés porque los traia por el desierto necesitados de pan y agua, y con solo el maná que les provocaba, decian, á náusea. Dios para castigarlos envió una multitud de serpientes que daban la muerte á los israelitas con sus mordeduras ardientes como fuego. En tal conflicto acudieron á Moisés, y le dijeron: «Hemos pecado hablando mal contra el Señor y contra tí:

[1] En el Deuteronomio, XII, 29, se dice que los idumeos dieron paso libre por sus tierras á los israelitas para entrar por ellas en las tierras de Canaan, lo cual se debe entender de los idumeos occidentales que confinaban con los moabitas: porque estos de quien aquí se dice que se negaron á ello, son los orientales que estaban bastante inmediatos á Cades.

«ruégale que nos libre de estas serpientes.» Moisés rogó por ellos, y el Señor le dijo: «Haz una serpiente de bronce, y ponla en la punta «de una pica ó varal, y sanará de sus heridas cualquiera que la mi«re.» Hizo Moisés lo que Dios le habia mandado, y desaparecia el veneno al momento que los heridos volvian sus ojos moribundos á la serpiente de bronce fija en aquel leño de salud.

Esta serpiente de bronce sin ponzoña puesta en el varal figuró á Jesucristo, puesto en una cruz, á quien mirando los heridos de las serpientes de los pecados, pidiéndole perdon de ellos, sanaban. «Por«que el que á ella se volvia, dice el autor del libro de la Sabiduría, «no quedaba sano por aquello que veia, sino por tí, Salvador de «todos.» ¿Quién no ve en esta admirable figura á Jesucristo pendiente de la cruz? Dios, que sabia que su Hijo curaria algun dia desde la cruz nuestras llagas espirituales, queria preparar á los hombres á la fe de este gran misterio; y Jesucristo mismo se hace la aplicacion de la expresada imágen diciendo: «Como Moisés levantó la «serpiente de bronce en el desierto, así es necesario que el Hijo del «hombre sea elevado, para que todos los que creen en él no perez«can, sino que tengan vida eterna.»

Rigurosos parecian los castigos que Dios hacia en los hebreos, y todo era necesario para quebrantar su dureza y pertinacia, pues no solo no habia enmienda en ellos, antes con nuevos pecados provocaban á Dios para que de nuevo los castigase. Así fue que temiendo el rey de Madian y Moab llamado Balac, que los israelitas le habian de quitar el reino, llegando ya cerca de sus fronteras, primero quiso librarse de este daño, llamando al falso profeta Balaam para que maldijese al pueblo de Israel. Aconteció que cuando Balaam iba montado en una borrica á ejecutar su comision, se atravesó en el camino el Ángel del Señor con espada en mano, y la espantó de tal modo que se echó en el suelo debajo del que la montaba, el cual enfurecido la apaleaba cruelmente para que se levantase. Dispuso entonces el Señor que la pollina hablase y dijese á Balaam: «¿Qué te he hecho yo? ¿Por qué me pegas?» Esta maravilla y la vista del Ángel, que de repente se le manifestó, le hicieron desistir de su proyecto contra los hebreos: pidió humildemente que se le perdonase su culpa, y prometió volverse á su domicilio. Mas el Ángel le respondió, que era la voluntad de Dios que acabase su viaje, porque queria aprovecharse de esta ocasion para mostrar cuán limitado era el poder de los hombres contra su pueblo escogido; y así en lugar de las maldiciones que habian sido el motivo del viaje de Balaam, pronun-

ció las bendiciones que le dictó el Señor, celebrando la grandeza del pueblo hebreo, profetizando sus victorias, y que de él en los tiempos venideros, cuando se viese en el cielo una estrella nueva, nacería un Rey á quien habian de reconocer por su soberano todos los pueblos de la tierra, conforme se verificó en la estrella que guió á los Reyes magos. Visto por Balac el mal éxito de este paso, aprovechóse de un mal consejo dado por el mismo Balaam. Habiendo entendido este mal Profeta que si los israelitas estaban en gracia de Dios, nadie bastaria á resistirles; pero que en su desgracia cualquiera los venceria; para ponerlos mal con Dios aconsejó al Rey, y púsolo él por obra, de juntar de todo su reino el mayor número de doncellas hermosas que pudiese, las cuales bien aderezadas y con instrumentos músicos, haciendo danzas y bailes, fuesen á presentarse delante del campamento de los hijos de Israel; y que si fuesen de ellos codiciadas, y se ofreciesen de casar con ellas, consintiesen con tal que adorasen á Beelphegor, el ídolo que los de Moab adoraban. Muchos de los hebreos cayeron en el lazo, y vinieron á idolatrar. Y fue caso notable que cuando uno de los hijos de Israel entró, á vista de sus hermanos, en la tienda de una ramera madianita, estándole mirando Moisés y todos los hijos de Israel, un nieto de Aaron, llamado Finees, con celo grande por la honra de Dios, visto el mal ejemplo que aquel daba, tomó una lanza, entró en pos del israelita en el lugar donde los dos estaban, y atravesó á entrambos juntamente, enviando dos almas al infierno. Este hecho fue de Dios estimado en mucho, y fue parte para mitigar su enojo, atendido á que Moisés hizo justicia de los que habian idolatrado, ahorcando á los principales, y matando á los de menor nombre, que fueron entre todos en número de veinte y cuatro mil personas. Después de esto, tambien por mandato de Dios envió Moisés gente de guerra á las órdenes de Finees contra los de Madian, y por el escándalo que habian hecho en el pueblo con sus doncellas, venciólos, pasando á cuchillo todos los varones, entre los cuales fue muerto el mal profeta Balaam, y se apoderaron de sus mujeres y niños, y de todos los ganados, quienes quiso Moisés que tambien muriesen, á excepcion de las doncellas y niñas. Ciudades, aldeas y castillos, todo lo devoró el fuego.

Algunos meses después de la muerte de Aaron hizo Moisés por órden de Dios la enumeracion del pueblo. Caleb y Josué eran los únicos que quedaban de cuantos salieron de Egipto, cumplidos los veinte años de edad; porque el Señor habia dicho que moririan todos en el desierto. Dios dijo en seguida á Moisés: «Sube al monte Nebo, y des-

«de la cumbre considera el país que daré á los hijos de Israel, y lue-
«go morirás como tu hermano Aaron, porque ambos me ofendísteis
«y no me glorificásteis ante el pueblo.» En vano suplicó Moisés al Señor que le permitiese pasar el Jordan: el Señor no le escuchó: «Basta, le dijo, no me hables mas: sube al monte y tiende la vista «por todas partes, porque no has de pasar el Jordan.»

Fue Moisés, dice Bossuet, ejemplo de los severos celos de Dios, y del juicio que ejerce con tan terrible exactitud en los que se hallan obligados de sus dones á una mas perfecta fidelidad. Pero un mas alto misterio se nos muestra en la exclusion de Moisés: este sabio legislador, que con tantas maravillas no hace sino conducir los hijos de Dios á la vecindad de su tierra, nos sirve él mismo de prueba que *su ley nada lleva á la perfeccion;* y que sin poder darnos el cumplimiento de sus promesas, nos las hace *saludar desde léjos,* ó cuando mas nos conduce á la puerta de su heredad. Un Josué, un Jesús (pues este era el verdadero nombre de Josué) es quien debe introducir el pueblo escogido en la Tierra Santa. Así Josué, por su nombre y por su empleo, representaba al Salvador del mundo.

Antes de subir Moisés al monte en que debia morir, reunió á todos los hijos de Israel, y les habló por última vez: díjoles lo contenido en el libro llamado Deuteronomio, en que está reasumido lo que Dios hizo por su pueblo, y los preceptos de su Ley; les exhortó á temer á Dios, á amarle, y á guardarle una fidelidad inviolable: prometióles toda especie de bienes si le servian, y les anunció las mas espantosas desgracias si le abandonaban. Compuso en seguida por órden del Señor el admirable cántico que comienza: *Ó cielos, escuchad mi voz: dé la tierra oidos á las palabras de mi boca.* (*Deuter.* XXXII, 1).

Después de haber bendecido Moisés las tribus de Israel, subió á la cumbre del monte: notable fue el sentimiento y llanto de todos los hebreos, así grandes como pequeños: todos se conmovieron á seguirle, mas él con la mano hizo señal que se quedasen. El Señor desde la cumbre le hizo ver la tierra de Canaan y le dijo: «Hé aquí «el país que he prometido á Abraham, á Isaac y á Jacob; lo has visto, «pero no entrarás en él.» Murió, pues, Moisés en este lugar, en tierra de Moab, por mandato del Señor, es decir, no por efecto de alguna enfermedad, sino solamente por la voluntad de Dios, por los años 2553 de la creacion del mundo, el cuarenta de la salida de Egipto, dia primero del mes undécimo, y 1447 antes del Mesías; y su cuerpo fue sepultado por ministerio de Ángeles en un valle de la mis-

ma tierra de Moab, y ningun hombre hasta hoy ha sabido su sepulcro. Era Moisés cuando murió de ciento veinte años, y señala la Escritura que no se ofuscó su vista, ni los dientes se le movieron. Concluye el Deuteronomio diciendo que no se vió jamás en Israel otro profeta semejante á él, con quien conversase el Señor cara á cara, ni que hiciese todos aquellos milagros y portentos que obró en utilidad y provecho de su pueblo contra los egipcios.

Moisés al morir dejó á los israelitas toda su historia desde el orígen del mundo, dividida en cinco libros, llamada por los hebreos *Thora*, que significa ley, y por los griegos *Pentateuco*, que es lo mismo que volúmen de cinco libros, y son, segun los llamaron los Setenta Intérpretes, el Génesis, el Éxodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio. Y porque en el fin del Deuteronomio se pone la muerte de Moisés, hay quien supone que fue añadido por Josué, ó por Esdras; pero Josefo dice que tambien lo escribió Moisés, y que para quitar ocasion á los hebreos de que no le tuviesen por Dios, escribió las circunstancias de su muerte, que pudo conocer por particular revelacion. Créese que escribió igualmente el libro de Job: la sublimidad de los pensamientos y la majestad del estilo hacen esta historia digna de Moisés.

Á sus hijos los dejó entre sus conciudadanos sin distincion alguna y sin ningun establecimiento extraordinario, probando así su admirable desinterés y la pureza de su virtud.

En la Escritura hácese mencion de Moisés tantas veces, que seria prolijo referirlas todas. Solo conviene notar que tres Evangelistas refieren que cuando Jesucristo Señor nuestro se transfiguró en el monte Tabor, aparecieron á sus lados Moisés y Elías, los cuales familiarmente trataban con él. Y no fue pequeña honra la que dió Jesucristo á Moisés en elegir á él entre todos los Patriarcas y Profetas de la Ley antigua, para que fuese testigo de su gloria.

La Iglesia católica lee de Moisés en las lecciones del domingo cuarto de Cuaresma.

Juan Driedon dice que el primer escritor no solo entre fieles, sino tambien entre étnicos, fue Moisés, y precedió por doscientos años a Cadmo, y á Homero y á Hesiodo, que fueron los primeros escritores griegos. El calendario hebreo pone su muerte en 7 de febrero; pero el griego lo mismo que el romano, y el de Usuardo y otros lo ponen en 4 de setiembre.

SANTA ROSALÍA DE PALERMO, VÍRGEN.

Entre los muchos portentos con que la gracia de Dios ha manifestado á los hombres cuánta es la actividad y fuerza que les comunica para renunciar las delicias del mundo, y seguir aquella estrecha senda que conduce á la vida eterna, no es el menor la vida de santa Rosalía: sus hechos al paso que hacen admirar una sublime virtud, confunden á los apasionados de este mundo. Es imposible leer la valerosa determinacion de esta santa Vírgen y las asperezas de su vida eremítica, sin que se apodere del corazon una admiracion santa de sus rigores, y al mismo tiempo un encendido deseo de imitarla en lo posible. Aunque la Santa procuró esconder á los ojos del mundo todas sus acciones, Dios ha querido favorecer la piadosa industria de los hombres sabios, que á costa de penosas diligencias han llegado á rastrear los pasos de esta santa Vírgen, cuya vida es como se sigue: Nació santa Rosalía á principios del siglo XII en Palermo, ciudad de Sicilia, de nobilísimo linaje. Su padre se llamó Sinibaldo, descendiente de Carlo Magno por medio de varios reyes de Italia, que contaba por sus ascendientes. Y entre los parientes mas cercanos de la Santa se contaba Rogelio, primer rey de Sicilia, cuya hija Constancia se casó con el emperador Enrique VI. Lo real y generoso de su estirpe le proporcionó una crianza igual á las grandezas y delicias del real palacio. Hay quien dice, que siendo jóven, fue dama de la reina Margarita, hija de D. García, rey de Navarra, y casada con Wilelmo, hijo de Rogelio. La santa Doncella vivia cercada de todos los resplandores del trono y de todas las pompas y delicias de la corte. Cuanto pueden dar de sí las riquezas para cautivar el corazon de una jóven, proporcionándola regalos, adornos y diversiones, otro tanto tenia Rosalía. Nada la faltaba para poder concebir en el mundo las mas altas esperanzas de un establecimiento ventajoso. La naturaleza la habia comunicado francamente todos sus encantos, ya se mirase su nacimiento y conexiones, ya las cualidades de su persona, todo la ofrecia las esperanzas mas lisonjeras. Pero prevenida Rosalía muy de antemano por las sabias ilustraciones de la Gracia, conocia muy bien lo despreciables que eran todos los bienes de este mundo, y que no debian servir á un corazon generoso sino para despreciarlos por Jesucristo. La turbacion de la corte, las delicias de los poderosos, las pretensiones de la ambicion, y todo el conjunto de delicias que se presentan en el gran mundo á aquellos ojos que no han tenido todavía la desgracia de ser ofuscados con sus negras som-

bras, horrorizaban el inocente corazon de la santa Doncella. Pensó, pues, en huir de la confusa Babilonia de la corte, y buscar en un desierto un lugar y asilo para la inocencia de su alma. Este pensamiento, sin embargo de ser arriesgado, halló en su corazon todo el apoyo necesario que podia darle la prudencia; porque habiéndole consultado repetidas veces con Dios en la oracion, halló que era mas una inspiracion del espíritu divino que queria llevarla por un camino maravilloso, que pensamiento propio.

Pensaba la Santa, resuelta ya á poner en ejecucion su proyecto, qué lugar seria el mas á propósito para la perfeccion de su obra, pues no ignoraba que debia ser muy escondido á los ojos de los hombres, para producir en ella tal seguridad, que disipase la mas ligera nota de temeraria. Dios, que fue el autor de su primer pensamiento, lo fue tambien de la eleccion del sitio, pues segun se cree, no sin probables fundamentos, llegó su dignacion á enviar á la Santa dos Ángeles que la condujesen al sitio que su divina Providencia la tenia destinado. Trece leguas distante de Palermo habia un monte tan fragoso y tan espeso, que estaba impenetrable aun á las fieras mas silvestres. Llámase este monte el monte de Quisquinia, que unos quieren que perteneciese á los Estados del padre de la Santa, pretendiendo otros que la reina Constancia se le dió graciosamente á Rosalía, para que pudiese en él realizar sus santos deseos. En lo mas horroroso de la montaña habia una gruta de tan difícil entrada, que apenas cabia por ella un cuerpo humano. La naturaleza parece que habia querido formar con la descompostura de las peñas, la estrechez y las tinieblas una mansion de horror tan espantosa, que ni aun las mismas fieras se habian atrevido á hacer en ella su morada. Luego que Rosalía llegó á la puerta de la caverna, que era una boca estrechísima, se introdujo en ella, no sin grande dificultad, y habiendo penetrado sus oscuros y tortuosos senos, se convenció de que el sitio era el mas oportuno para la ejecucion de sus intenciones. Saludóla como el amado tálamo que la habia prevenido su Esposo celestial para vivir allí con él en union santa é indisoluble, gozando de las delicias del espíritu, y apartada enteramente de la vista de los mortales. En esta horrorosa mansion vivia Rosalía, ejercitándose continuamente en fervorosa contemplacion, que era el único alimento con que su espíritu se recreaba. No tenia mas lecho que el que le daba una dura piedra, situada en lo mas interior de la caverna, la cual estaba exenta de la penosa incomodidad de la lluvia, que por todo el resto de la gruta destilaban las piedras. Su alimento no podia ser otro que yerbas y

raíces silvestres, pues no se sabe que persona humana hubiese jamás penetrado aquel escondido lugar. Pero aquel Dios, que viste á los lirios del campo de un modo superior al que disfrutaba Salomon en su mayor gloria, y que previene abundante alimento á las mas despreciables avecillas, no dejaria perecer de hambre á una Vírgen que por su amor habia emprendido una vida tan austera. De lo que dan á entender las pinturas antiquísimas de esta gloriosa Santa, se deduce, que Dios la regalaba como á una amada esposa suya. Enviábala frecuentemente á sus mismos Ángeles que la consolasen y regalasen, con cuyas visitas celestiales se confortaba su espíritu, y se confirmaba cada dia mas en el santo propósito con que habia comenzado. Nada habia en el mundo que llamase su atencion, y que pudiese intimidar el valor y fortaleza de la santa Vírgen. Contenta con un santo crucifijo, y una corona para rezar, que habia llevado consigo, despreciaba los grandes Estados del mundo, y la vanidad de sus delicias y grandezas aparentes. El comun enemigo no podia sufrir un tenor de vida tan austera y rigurosa, que seria insoportable aun para el mas rígido anacoreta de cuantos habitaron la Tebaida. Valióse de todos los medios que le dictó su infernal astucia para amedrentar á Rosalía, y hacerla abandonar su santo propósito. Unas veces movia contra ella las fieras que habitaban en aquellas fragosidades, y hacia que la persiguiesen en ademan de despedazarla con sus uñas y dientes para saciar su voracidad: otras veces se la aparecian los espíritus infernales en las figuras y actitudes mas espantosas para atemorizarla y hacerla desamparar aquel sitio; pero el espíritu de la Santa, que tenia mas firmeza que las entrañas de las mismas piedras que habitaba, se acogia á su gruta, tomaba en las manos á su Esposo crucificado, y en la contemplacion de su pasion sangrienta y de sus soberanos misterios hallaba la tranquilidad y reposo, que el enemigo comun en vano habia pretendido turbar.

No se puede dudar que Rosalía se hallaria contenta en este sitio, como tan proporcionado para la vida rigurosa y ejercicios de penitencia que practicaba; pero la que por inspiracion de Dios y ministerio de los Ángeles habia elegido aquella caverna, determinó dejarla, segun se cree, por el mismo motivo. No han podido averiguar las humanas investigaciones la causa que pudo tener esta santa Vírgen para abandonar la horrorosa caverna de Quisquinia; pero lo cierto es, que la dejó. Sin embargo, por una inscripcion que dejó grabada en una dura piedra que estaba á la entrada de la gruta, se conoce el amor con que la santa Jóven miró aquella soledad, y mucho mas

la superior causa que á ello la habia movido. La inscripcion que se halló, cubierta de una costra dura que habian formado las aguas con el decurso del tiempo, decia así: *Yo Rosalía, hija de Sinibaldo, señor de Quisquinia y Rosas, determiné habitar en esta gruta por amor de mi señor Jesucristo.* Resuelta la santa Vírgen á dejar su primera morada, salió de ella para volverse á Palermo, no á la casa de sus padres, ni á disfrutar las comodidades y regalos del palacio, sino á otro monte mucho mas áspero y fragoso que el primero, llamado Peregrino. Dos millas distante de la referida ciudad por la parte del Norte se levanta una montaña, cuyas raíces baña el mar Tirreno por la parte de Norte y de Oriente. Hácia el Mediodia y Occidente la rodean collados amenos y frescos prados, que hacen deliciosa su vista; pero en internándose en su subida, es tal el enlace de quebrados peñascos y la espesura de árboles silvestres, que infunde miedo, y detiene los pasos al mas animoso. Luego que se sube un estrecho como de dos mil pasos antes de llegar á la cima del monte, se encuentra una caverna espantosa de cien palmos de longitud. Fórmanla una multitud de rocas trabadas unas con otras, las cuales forman un techo sumamente desigual por las puntas de las piedras que sobresalen, y medroso por las roturas y cóncavos que ofrecen á la vista. La entrada en tiempo de santa Rosalía era tan angosta, que por espacio de diez palmos era necesario introducir primeramente un brazo y la cabeza, y forcejear arrastrando para verificar con sumo trabajo la introduccion del resto del cuerpo. Era esta caverna tan horrorosa por su configuracion, por sus tinieblas, por el agua y lodo de que estaba llena, por la fragosidad que la rodeaba, y últimamente por la estrechez y angostura de la entrada, que era mas á propósito para sepultarse en vida que para habitar en ella. Las fieras mismas la habian siempre desdeñado como á una mansion que serviria mas bien á quitarlas la vida que á dar asilo á su ferocidad. Guiada Rosalía del espíritu divino, y segun se persuaden algunos piadosos, de algun Ángel del cielo, llegó á este sitio horroroso, é introduciéndose por su estrechísima y prolongada boca, penetró á una anchurosa concavidad subterránea. Era esta, como queda dicho, espantosa por sus tinieblas, é incómoda por las muchas aguas que las piedras destilaban; pero habiendo encontrado en un retirado seno un cóncavo enjuto, de la extension y medida de un cuerpo humano, quedó muy contenta habiendo hallado cuanto sus deseos podian anhelar. Allí determinó pasar el resto de su vida, en compañía del santo Crucifijo que habia traido consigo, empleada en la contemplacion de su amado Esposo.

Es de creer que el tenor de su vida seria el mismo que en la primera gruta; y aunque no se sabe de cierto la distribucion de horas y los ejercicios determinados en que empleaba su vida angelical, todas las suposiciones que quiera hacer la piedad serán bien inferiores á las operaciones reales de la Santa, y quedarán bien justificadas con su admirable fervor. Una doncella de sangre real, criada entre las opulencias de la corte, que habia tenido valor para despreciarlo todo por Jesucristo, y determinarse á vivir en el tenebroso encierro de aquella horrorosa caverna, no hay duda que tendria fortaleza para ejercitar en su cuerpo todos los rigores de penitencia que inventaron los anacoretas mas fervorosos. Aunque se diga que eran continuas sus vigilias, extremados sus ayunos, ásperas sus mortificaciones, y altísima su contemplacion, nada va á aventurarse, porque el sitio en que podia tomar algun descanso era de viva piedra, tan estrecho que se ajustaba al cuerpo como si fuera una camisa; y de consiguiente, mas propio para estar en continua vigilia, que para reconciliar el sueño mas ligero. La posibilidad de tener á mano otros alimentos que yerbas y raíces era muy lejana, y esto mismo persuade su prodigiosa abstinencia. El habitar en lugar tenebroso, durmiendo sobre el duro suelo, y sufriendo todas las inclemencias de la naturaleza, es un rigor superior á los cilicios y á la disciplina. Últimamente, la que por amor de Jesucristo vivia sumergida entre tantos horrores, es preciso que alimentase su alma con la consideracion continua de los trabajos y tormentos que el Hijo del eterno Padre habia padecido por los hombres, y con la dulce esperanza de llegar á gozar algun dia de aquella inmensidad de delicias que con su muerte les habia merecido.

En este estado vivia esta santa anacoreta á manera de una paloma que habia hecho su nido en las quebraduras de las piedras, transportada toda en las gracias y celestiales consolaciones de su Esposo. El comun enemigo, envidioso de tanto fervor y del honor que de él resultaba al Criador, la molestaba con sugestiones continuas, en que se la representaban las delicias y comodidades que pudiera disfrutar viviendo entre los hombres. No omitiria el tentador astuto proponer á su imaginacion los deleites del matrimonio, los encantos del mundo y la autoridad, el consuelo de los hijos y la gloria que podria conseguir sobre otras matronas, por las prendas de que la habia dotado la naturaleza, y las riquezas que la fortuna derramó con pródiga mano en sus progenitores. Pero la Santa vencia gloriosamente todos estos ardides y peligrosas sugestiones, unas veces por medio de la oracion,

y otras por los rigores y asperezas con que afligia su inocente cuerpo. Es de creer que el cielo celebraria sus victorias, y que los espíritus angélicos la cantarian himnos triunfales que la llenasen de consolacion y la animasen á nuevas batallas. Si es lícito conjeturar de las imágenes antiguas que han quedado de esta Santa, se deduce que unas veces gozaba de la presencia de los espíritus celestiales, y que otras la misma Madre de Dios bajaba con su Hijo en los brazos á hacerla dulcísima compañía. Las mismas pinturas representan que la santa anacoreta se entretenia en recoger flores de los prados cercanos á su gruta, y tejiendo de ellas graciosas guirnaldas, coronaba con ellas á su esposo Jesucristo; y en recompensa representan á la misma Santa coronada de flores por mano de su Esposo. Es verdad que estas pinturas pueden ser alegóricas, y representarse en ellas las sublimes virtudes de santa Rosalía, y las copiosas gracias que en premio de ellas recibia continuamente de la divina misericordia. Como quiera que sea, siempre ofrecen unas deliciosas imágenes en que puede deleitarse la piedad cristiana, y muchos motivos para encenderse en el deseo de imitar el fervor de su penitente vida.

Una vida tan santa y llena de admirables ejemplos no podia menos de terminarse con una santa y apacible muerte. Ignóranse las puntuales circunstancias de esta; y los que la han pretendido inferir del modo con que su cuerpo se halló colocado al tiempo de su invencion, dicen, que no murió de enfermedad, sino de amor á su esposo Jesucristo. Que presintiendo la Santa que se acercaba el fin de ir á gozar de las eternas delicias, acomodó su cuerpo virginal con la mayor honestidad y decencia en el estrecho cóncavo donde acostumbraba reposar; y tomando en la mano izquierda el santo Crucifijo, y apoyando en la derecha la cabeza, absorta y transportada en dulcísima contemplacion, entregó su dichosa alma en las manos de su Criador. Pero es mas verisímil que la Santa tuviese algun comercio y trato espiritual con algun virtuoso sacerdote que consolase su espíritu, y la administrase los santos sacramentos de la Penitencia, Eucaristía y Extremauncion. Ignórase el año y el dia de su muerte, aunque de tiempo inmemorial se ha celebrado á 4 de setiembre. Se cree que fue sepultada por ministerio de los Ángeles, cuya piadosa opinion es consiguiente á la de haber muerto sin ser vista de persona humana. Su santo cadáver estuvo oculto por espacio de cerca de cuatrocientos y sesenta años, reservado por la divina Providencia para servir de muro á las desgracias y miserias de su patria en el tiempo en que mas necesitaba esta de su proteccion. Una tradicion antigua enseñaba á los

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

palermitanos que en aquellos montes vecinos se ocultaba tan precioso tesoro. Esta tradicion habia excitado la piadosa curiosidad á buscar el santo cadáver; pero todas sus diligencias fueron sin fruto. Quiso Dios finalmente que en el año de 1624 la ciudad de Palermo tuviese este celestial consuelo, cuando mayor era su necesidad por las miserias que entonces la afligian. Una nave cargada de cautivos redimidos en África y de algunas mercaderías trajo á Palermo una peste tan contagiosa, que en poco tiempo iba asolando la ciudad. Tomáronse todas las precauciones y medidas que en tales circunstancias dicta la prudencia. Separáronse los apestados en hospitales y en casas establecidas fuera de la poblacion. Compráronse por el gobierno todos los efectos que habia traido la nave, imponiendo pena capital al que reservare alguno, y juntos todos los que se pudieron haber se quemaron en el campo. El piadoso arzobispo Juan Doria no dejó medio que le sugiriese la piedad, que no pusiese en práctica. Repartió abundantes limosnas, estableció ayunos públicos, y ordenó que en todas las iglesias se expusiese el santísimo Sacramento. A esto se siguieron procesiones públicas de rogativa en que iban sacerdotes y seglares en hábito de penitencia. En una de estas procesiones sucedió que yendo cuatro cantores en diversos coros diciendo las letanías de los Santos, á un mismo tiempo, movidos de divino impulso, invocaron á santa Rosalía. Este hecho llenó de admiracion y de alborozo á todo el pueblo, que con lágrimas en los ojos repitió el nombre de la Santa implorando su intercesion. Los prodigios se sucedieron multiplicadamente; porque al dia siguiente se verificó la invencion de su sagrado cadáver, é inmediatamente comenzó á mitigarse la peste que tenia consternada á toda Sicilia. En lo sucesivo se le dedicaron iglesias magníficas, y aun las mismas grutas del monte Quisquinia y Peregrino se vieron adornadas suntuosamente con altares de mármol y preciosas estatuas, que acreditan á un mismo tiempo la piedad de los palermitanos y su magnificencia. Pero en donde se verificó esta fue en el altar y preciosa arca que se colocó en el principal lugar de la iglesia metropolitana, en donde descansan sus preciosas reliquias, favoreciendo Dios continuamente á la ciudad de Palermo con tan continuadas maravillas, que si se quisieran referir los milagros aprobados con testigos, se necesitaria formar una historia muy prolija. Las repetidas experiencias que de esto mismo ha habido en todo el mundo cristiano ha sido causa de que no solamente en Sicilia, sino tambien en España, se celebre su festividad con aquella solemnidad que merece la fama de sus virtudes.

SANTA ROSA DE VITERBO.

Admirable Dios en sus Santos, quiso hacer ostentacion del poder de su gracia en Rosa, uno de los mas brillantes ornamentos de la Órden tercera de san Francisco, y una de las mas célebres Santas de los últimos siglos de nuestra era. Nació esta primorosa criatura, segun el mas arreglado cálculo á las actas de su vida y muerte, por los años de 1232, en Viterbo, ciudad de Italia, capital del patrimonio de san Pedro. Dejóse ver en el mundo con tan bellas disposiciones para la virtud, que sin exageracion puede decirse que fue siempre virtuosa. Dedicáronse sus padres á darla una educacion cristiana; pero á poco tiempo conocieron que era otro el maestro que formaba interiormente la perfeccion de sus nobilísimas ideas. En efecto, su candor, su inocencia, su apacibilidad, su modestia, su distraccion total de los pueriles entretenimientos, sin que hubiese niña que menos lo pareciese, la anticipacion del uso de la razon á los regulares términos, su devocion sobre los años, su virtud sobre la naturaleza, su compasion asombrosa en edad poco sensible de las miserias ajenas, privándose hasta del preciso alimento por socorrer á los pobres, la hicieron el objeto de la admiracion de todos los vecinos y parientes, que observando estos pronósticos nada equívocos de su santidad futura, se preguntaban mutuamente, como en otro tiempo los de las montañas de Judea en el nacimiento del Bautista, ¿quién piensas será esta niña, pues la mano de Dios está con ella?

Mas se confirmaron en su concepto, cuando vieron los prodigios que hizo en su infancia á virtud de las particulares gracias con que desde luego quiso Dios recomendar su mérito. A los tres años resucitó á su abuela difunta; poco después reintegró á su ser un cántaro hecho menudos pedazos, que llevaba una niña de su edad para traer agua de una fuente; á una mujer que le negó el hurto de una gallina, hizo que le salieran las plumas al rostro; y porque su padre quiso inspeccionar en una ocasion el alimento que conducia á los pobres, se convirtió el pan en unas rosas hermosísimas.

Ya se deja discurrir los progresos que haria en la virtud un alma tan privilegiada, que parecia haber nacido con un ardiente amor á Jesucristo, y con una singular ternísima devocion á la santísima Vírgen, segun se hacia sensible en todas sus acciones, por las que demostraba sus cordiales afectos. Correspondida por el Hijo y por la Madre con muy particulares favores, encendieron su fervor de suerte, que la hicieron correr, si no volar, por el camino de la perfeccion. A

los siete años eligió un lugar en lo mas retirado de su casa, donde ambiciosa de consagrarse toda al Esposo eterno, nutrió y alimentó los mas admirables ejercicios de su devocion y piedad con el rigor de sus secretas, pero muy severas penitencias. Allí puesta en oracion horas enteras contemplaba las grandezas de Dios y sus misterios; por cuyo espiritual comercio aprendió las industrias de que se valia para mortificarse, ocultándolas á sus domésticos. Y juntando su inocencia angélica con los rigores en que pudieron ejercitarse los mas severos anacoretas, brillaba como hermosa rosa entre las espinas de sus asperezas. De aquí resultó aquel admirable desprecio que hizo de todos los bienes y vanidades del siglo, estimando, á imitacion del Apóstol, por basura las grandezas humanas con tal que lograse á Jesucristo.

En su infancia cayó en una enfermedad mortal á fuerza del rigor de sus penitencias; y cuando sus padres esperaban el funesto golpe de que espirase de momento en momento, desmintió el fallo de los médicos, recobrando la salud milagrosamente, habiéndola visitado María santísima acompañada de los coros de vírgenes. Ordenóla su Majestad que era del agrado de su Hijo santísimo vistiese el hábito de tercera de san Francisco, para que acreditase con sus obras el carácter de aquel Órden seráfico; hízolo Rosa inmediatamente, y desempeñó el encargo con las mas asombrosas penitencias. A poco tiempo se le apareció Jesucristo crucificado; y fue tan vehemente el dolor que concibió la Santa á vista de aquel lastimoso espectáculo, que se mantuvo inconsolable por algunos dias, procurando con mas actividad desde entonces imitar al Señor en las amarguras por el camino de la cruz. Quedósele tan impresa en el pecho aquella lastimosa imágen, que las continuas lágrimas que vertian sus ojos, acordándose de la pasion de su Amado, eran indicios nada equívocos de que en su corazon ardia aquel divino amor que vino el Salvador á encender en el mundo; cuya violencia la hacia muchas veces salir de sí, y corriendo por las calles y plazas de la ciudad, desahogaba el volcan que abrasaba su pecho, cantando alabanzas divinas con sonoros conciertos.

En tiempo de Rosa afligian á la Iglesia muchos enemigos sostenidos del emperador Federico, llamado vulgarmente Barbarroja; y como Dios la tenia destinada para que fuese el azote de todos ellos, apenas llegó á los doce años, ilustrada con ciencia infusa, rebatió y confundió á los herejes con los mas fuertes y sutiles argumentos: no quedando duda á cuantos fueron testigos de aquellos portentosos convencimientos, que hablaba por su boca el Espíritu Santo. Procuraron los sec-

tarios darle muerte, valiéndose de no pocos artificios por temor del pueblo; pero despreciando Rosa, sostenida de la divina gracia, con un valor excesivo á sus años, y con una fortaleza superior á la fragilidad de su sexo, los terrores y las amenazas, continuaba públicamente sus siempre victoriosos combates, manifestando estar dispuesta á perder la vida por la defensa de la fe católica.

Avergonzados los herejes de verse vencidos y confundidos por una niña, valiéndose de la proteccion de un príncipe como Federico, adicto á proteger sus ideas, lograron del gobernador de Viterbo que la desterrase de la ciudad, á pretexto de que conmovia el pueblo. Los padres de Rosa suplicaron á aquel tirano suspendiese la ejecucion de su decreto, atendiendo al peligro á que se exponian, caminando en el rigor de aquella estacion, que lo era de la mas copiosa nieve y crudísimos hielos. Pero como el intento de aquel impío, acalorado por los herejes, no era otro que acabar con la inocente Vírgen, desatendiendo los humildes ruegos, mandó que saliesen al momento so pena de la vida.

Rosa salió de la ciudad con sus padres en cumplimiento de la injusta providencia, y caminando por las montañas de Viterbo, expuesta á perecer muchas veces, llegó á Salerno: allí profetizó á los Católicos, que dentro de breve tiempo Dios les favoreceria con prósperos sucesos; cuyo vaticinio se cumplió á la letra con la muerte del emperador Federico. Por fallecimiento de este Príncipe enemigo de la Iglesia, volvió la Santa á Viterbo, donde fué recibida con general aplauso de todos los ciudadanos, viendo venir á su centro la consoladora de los tristes, la socorredora de los pobres, la directora de las almas, la flor de la inocencia, la Rosa mas encendida en caridad, el vaso de eleccion del cielo, y el ejemplar mas completo de toda perfeccion. Consoló y confortó á los Católicos, é hizo aquel prodigio estupendo de arrojarse con generosa intrepidez á una hoguera encendida para convertir á una mujer proterva, que de ella exigió algun extraordinario milagro para convencerse que la religion de Jesucristo era la verdadera, saliendo de entre las llamas sin la mas mínima lesion, ni aun en sus vestidos. Solicitó entrar en el monasterio de las Rosas del Órden de santa Clara de Viterbo; pero no admitida á pretexto de estar completo el número de religiosas, les profetizó que si no en vida, la admitirian después de muerta, como se verificó puntualmente. Frustrado su intento, continuó en el retiro de su casa con sus acostumbrados ejercicios, redoblando sus asombrosas penitencias, ayunos, cilicios, disciplinas y otras mortificaciones, en términos, que

á vista de semejantes rigores en una salud tan debilitada como la suya, todos se persuadieron que vivia de milagro; corriendo así en breve tiempo lo que en muchos años los héroes mas adelantados en la carrera de la perfeccion. Pero deseando á cada instante y á cada momento, abrasada en divinos incendios, disolverse, para unirse con Cristo eternamente; oidas sus reiteradas súplicas, dirigidas á este efecto, la sacó Dios de la peregrinacion de este destierro, llevándola á la patria celestial, por la que suspiraba continuamente, en el dia 6 de marzo por los años de 1252, á los diez y ocho de su edad.

Los de Viterbo, inconsolables por su pérdida, dieron por entonces sepultura á su venerable cadáver, en la iglesia de Santa María del Podio; pero á pocos meses, hallándose en aquella capital el papa Alejandro IV, amonestado de la Santa por tres veces sobre que era voluntad de Dios que trasladase su cuerpo al monasterio de Santa Clara, lo hizo Su Santidad personalmente con triunfal magnificencia; cumpliéndose entonces el vaticinio de Rosa, cuando no la quisieron admitir en aquel convento. El afecto y devocion que concibió desde entonces este Pontífice á la Santa, venerada por tal desde su fallecimiento, le hizo decir á las religiosas, que á no tener precision de pasar á Roma, la canonizaria en aquella ciudad con las formalidades correspondientes. No tuvieron este gozo los de Viterbo por la muerte de Alejandro, ni el de otros Pontífices que le sucedieron, gravemente ocupados con las urgencias que ocurrieron á la Santa Sede. Renovaron sus súplicas á Bonifacio IV, que se sentó en la cátedra de san Pedro en el año 1431; y aunque favoreció este Papa el exámen jurídico de los méritos y milagros de Rosa, no completó los deseos de Viterbo. Pero resumida la causa con nuevo ardor por los años 1455 y 56 en el pontificado de Calixto III, habiendo depuesto en el proceso informativo doscientos sesenta y cuatro testigos sobre la multitud de milagros que en vida y en muerte obró el Señor por la intercesion de su fidelísima sierva, no el menor entre ellos la incorruptibilidad de su cuerpo después de tantos años, y su milagrosa conservacion del inopinado incendio que redujo á cenizas el lugar de su depósito y cuanto se hallaba en él; en vista de tanto número de portentos, y del justificado heroismo de sus virtudes, la mandó escribir en el catálogo de los Santos el mismo papa Calixto III.

SANTA CÁNDIDA, VIUDA.

En este dia el Martirologio romano hace conmemoracion de santa Cándida; de quien nos dicen los escritores, que cuando el apóstol

san Pedro se conducia á Roma, después de haber fundado la iglesia de Antioquía, se paró á descansar cerca de las murallas de Nápoles, fatigado de la peregrinacion, á cuyo tiempo Cándida salió de la ciudad. Preguntándola el Apóstol por el estado, por las costumbres y por la religion de aquel pueblo; y conociendo por la relacion de aquella mujer anciana que eran idólatras, comenzó á enseñarla las verdades infalibles de nuestra santa Religion, manifestándole los milagros y prodigios de Jesucristo, de los que habia sido testigo. Tocada Cándida con los auxilios de la divina gracia, ofreció á san Pedro que abrazaria la religion que predicaba, siempre que en el nombre de su Autor le curase los dolores de cabeza habituales que padecia. Hízolo el Santo inmediatamente, y agradecida del beneficio, creyó en Jesucristo, y fue bautizada por el Príncipe de los Apóstoles. Con la experiencia de aquel prodigio rogó á san Pedro que se dignase dispensar igual gracia á cierto amigo suyo, llamado Aspren, hombre benigno, piadoso, sobrio y modesto, que se hallaba muchos años enfermo, prometiéndole que si sanaba, seria un fuerte defensor de la religion que predicaba. Ordenóla el Santo que fuese, y cogiendo la mano de Aspren, le dijese: Pedro, discípulo de Jesucristo crucificado, manda que desvanecido el accidente, quedes sano en el instante. Ejecutó Cándida la órden del Apóstol, y en el momento recuperó el enfermo la salud apetecida; creyó en Jesucristo, y recibió el Bautismo de mano de san Pedro. Instruida Cándida por tal maestro, pasó el resto de sus dias en recomendables obras, y consumó su carrera en edad muy avanzada. Su cuerpo fue sepultado en el domicilio donde se cree probablemente que el Príncipe de los Apóstoles celebró los divinos misterios, erigido después en templo, en cuyo atrio se acostumbra todos los años, después de las vísperas de la Santa, bendecir agua con sus reliquias, la cual sirve para curar muchos enfermos, especialmente los que padecen calenturas.

En la vida de san Emerio, abad de Bañolas, en el principado de Cataluña, se hace mencion de otra santa Cándida, madre de este santo Abad, llamada en vulgar catalan Santa Candia.

SANTA IDA, VIUDA.

El padre de esta Santa fue un conde muy favorito de Carlo Magno. Este dió á Ida por esposa á otro favorito suyo, llamado Egberto, y la dotó con muchos Estados. Este matrimonio fue feliz; pero habiendo muerto Egberto muy jóven, la santa viuda distribuyó las rentas en el alivio de los pobres, y aunque en medio del mundo, exce-

dia en prácticas penitenciales á los mas austeros de los claustros. El fin de su vida fue una penosa enfermedad, durante la cual nunca prorumpió en una sola queja. Habiendo, pues, resplandecido como una luz brillante en la naciente Iglesia germánica, pasó al eterno descanso en olor de santidad á principios del siglo IX.

La Misa es en honor de santa Rosalía, y la Oracion la que sigue:

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut sicut de beatae Rosaliae virginis tuae festivitate gaudemus, ita piae devotionis erudiamur affectu, et ejus intercessione ab iracundiae tuae flagellis misericorditer liberemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Óyenos, ó Dios, Salvador nuestro; para que así como nos alegramos en la festividad de tu vírgen santa Rosalía de Palermo, del mismo modo seamos instruidos en el afecto de una piadosa devocion, y libres por su intercesion de los azotes de tu ira. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de los capítulos X *y* XI *de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios, pág. 64.*

REFLEXIONES.

No el que se recomienda á sí mismo merece ser aprobado, sino aquel á quien Dios recomienda. Ninguna cosa acredita mas el limitado entendimiento de un hombre, y su mucho mas limitado mérito, que el alabarse á sí mismo: vanidad tan grosera, que hace sumamente despreciable al que pretende darse á estimar por ella. La verdadera virtud y el verdadero mérito aborrecen las alabanzas: no se apacienta de humo ni de lisonjas forasteras; aliméntase, por decirlo así, de su propio jugo.

Es la vanidad una pasion muy necia: á todos se hace odiosa; pero nunca enfada mas que cuando se disfraza con máscara de piedad, y procura domesticarse con la devocion. El orgullo mas delicado y mas util sabe tal vez cubrirse con los andrajos de la humildad; remeda el aire y el tono de esta virtud, se vale y se sustenta de sus privilegios. Ningun vicio hace representar tantos papeles: no hay virtud que deba fiarse de él, y apenas hay otro de quien menos se desconfie. A quien solo tiene la corteza de la virtud, esta le parece insípida; el orgullo es la sal que la sazona.

Dedícase uno con gusto á la virtud mientras saca de ella algun provecho; por mas que se diga que solo se busca la gloria de Dios, nunca perdemos de vista la nuestra. Aquellas obras de caridad que nos dan mas estimacion, por penosas que sean, esas se nos hacen las mas fá-

ciles; por lo menos esas solas son las que siempre se juzgan indispensables. Mientras la virtud es aplaudida, nada se hace dificultoso en su ejercicio; toda la dificultad está en aquellas virtudes que se practican á oscuras y en secreto. ¡Cosa extraña! aquellos mismos que escriben mejor contra la vanidad, no siempre son los que están mas reñidos con ella. No pocas veces el orgullo pelea contra el orgullo; comunícase este veneno aun á su mismo antídoto; tal vez en el mismo ejercicio de la humildad se esconde la mas fina presuncion.

Dícese que nada se hace ni se pretende hacer por ostentacion; pero al mismo tiempo no disgusta que se vea la buena obra que se hace. Quiérese ocultar (por lo menos así se dice) lo poco bueno que se hace; pero fácilmente se perdona á los que lo publican: la accion fatiga, pero lisonjea; especialmente cuando los muchos que nos buscan acreditan en esto mismo su confianza, y la estimacion que hacen de nosotros. Siéntese no sé qué secreta complacencia de parecer hombre necesario. ¿Será Dios el único objeto, el puro motivo de tantas fatigas? A la verdad parece que se le da la propiedad; pero se reserva el usufructo. Acompaña el orgullo hasta la victoria del orgullo mismo; de todo se mantiene, de todo se sustenta; hasta la misma humildad le sirve de alimento. Háblase de sí mismo con desprecio; pero bien entendido, que las mismas expresiones de abatimiento que se usan, deben reputarse por otro nuevo mérito: por eso no se mira con buenos ojos á los que creen nuestra humilde confesion sin mucha dificultad. La falsa modestia es refinamiento mas subido de la vanidad, la cual quiere crecer aun por medio de la misma virtud que es mas contraria á ella. En una palabra, desean los hombres ser tenidos por humildes, pero sin serlo. Aquellos que verdaderamente lo son, se afligen de que los tengan por tales: *Qui gloriatur, in Domino glorietur*. El que se gloría, gloríese en el Señor.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum coelorum decem virginibus, quae accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsae. Quinque autem ex eis erant fatuae, et quinque prudentes: sed quinque fatuae, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes vero acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el es-

sponso, dormitaverunt omnes, et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illae, et ornaverunt lampades suas. Fatuae autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro, quia lampades nostrae extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne forte non sufficiat nobis, et vobis, ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quae paratae erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissime vero veniunt et reliquae virgines, dicentes: Domine, domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

poso, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle; entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

Del desprecio de las cosas pequeñas.

Punto primero.—Considera que apenas hay error mas pernicioso, y con todo eso apenas hay otro mas comun, que temer poco las faltas pequeñas, y hacer poco aprecio de las obligaciones menudas. La delicadeza de conciencia en este particular suele reputarse por cierto vano temor de una alma pusilánime; y la escrupulosa puntualidad en cosas pequeñas se tiene por prueba de una capacidad muy limitada. Dícese que un entendimiento despejado pierde de vista estas menudencias, y que la verdadera virtud nunca depende de un cúmulo de menudas observancias que envilecen el ánimo, hacen tedioso y aun grosero el comercio de la vida, y léjos de fomentar la devocion, la descarnan y la desecan. Sobre este falso principio se da gusto en todo al amor propio, se condesciende con las pasiones, se lisonjea á los sentidos, y se huye de toda servidumbre. Esperan las vírgenes al Esposo, pero se descuidan en proveer sus lámparas, porque no piensan que ha de venir tan presto. Después de todo, no parece muy grave este descuido; pero ¡buen Dios! ¡qué consecuencias no se siguieron de él! No quiso ni aun verlas el Esposo celestial. Dícese que no es cosa de importancia una faltilla, una regla de poca monta,

una ligera inspiracion; que no puede importar mucho el despreciarla. Pero ¡qué! ¿puede haber cosa pequeña en las que se refieren á un Dios tan grande, y cuando se trata no menos que de agradarle ó desagradarle? Desagradar un poco á Dios, ¿será poco respecto de nosotros? No hay cosa pequeña en todo lo que puede contribuir á un negocio tan grande como el de nuestra salvacion, ó nuestra perfeccion. No hay cosa pequeña en todo lo que nos puede hacer ganar ó perder un grado de gloria eterna. No es pequeña cosa ser constantemente fiel en las cosas mas pequeñas. Es prueba de grande amor querer dar gusto en todo á la persona que se ama, y huir de desagradarla en la mas mínima cosa. No querer dar gusto á Dios sino en las materias graves; contentarse con guardar sus mandamientos, es prueba de que se le teme mucho, pero tambien lo es de que se le ama poco. Témese el infierno con un temor servil, cuando solo se piensa en guardar los mandamientos, y en todo lo demás no se repara en disgustar á Dios á sangre fria. Pero si no hubiera infierno, ¿guardarian los mandamientos estos siervos infieles y cobardes? ¡Mi Dios! y ¿cuántos se encontrarán de estos, que solo os temian con un temor servil, cuando quitada la máscara y el disfraz se presenten en vuestro tribunal?

Punto segundo. — Considera que se engañan enormemente todos aquellos que piensan guardarán todo lo que es esencial para la salvacion, aunque hagan poco caso de otras menudencias: *El que es infiel en las cosas pequeñas tambien lo será en las grandes*, dice el oráculo de la verdad, el mismo Jesucristo. Tú dices que aunque seas poco observante y poco exacto, no faltarás á lo esencial: Jesucristo dice lo contrario. Una fluxion, por ligera que sea, si es continua debilita la vista. Cuando habitualmente se cometen muchas faltas ligeras, es de temer que se pase sin reparo por encima de muchas graves. Los mas furiosos incendios muchas veces tienen principio en una chispa, en una pavesa que se despreció y no se apagó. *Al mas robusto edificio*, dice el Sabio, *echa en tierra una gotera*, si no se remedia á tiempo: va el agua poco á poco pudriendo las maderas, comunícase á las paredes, cálase hasta los cimientos, ablándalos, socávalos, remuévelos, y da en tierra el edificio.

Saul, estrechado al parecer por la necesidad, no espera á que llegue Samuel para ofrecer el sacrificio: falta en la apariencia ligera, y que en las circunstancias parecia muy excusable: sin embargo, mudó el corazon de Dios respecto de Saul, y fue el principio de su reprobacion. ¿Qué consecuencias tan funestas tuvo una curiosidad

inconsiderada de David? Los hurtillos, y la poca fidelidad de Judas en intereses de no mucha importancia, fueron fomentando su avaricia, hasta que al fin vino á vender á su Maestro, y á ahorcarse él mismo confuso y desesperado. Mi falta, dices, fue en una friolera: por lo mismo te costaba menos el ser fiel: por lo mismo eres mas culpado en no haberlo sido. La dificultad de las cosas que se nos mandan puede servir de pretexto á nuestra flaqueza; pero cuando son fáciles, ¿qué excusa podemos alegar? *Aunque el Profeta* (decian los criados á su amo Naaman) *os hubiera ordenado una cosa muy ardua, debiérais ponerla en ejecucion por amor á vuestra salud; pero siendo tan fácil la que os prescribió, como bañaros siete veces en el Jordan, ¿no seria grande imprudencia omitirla?* Ciertamente, después de tanto como Jesucristo hizo y padeció por nosotros, aunque nos mandara las cosas mas grandes y mas dificultosas, ¿podríamos negarnos á ejecutarlas sin incurrir en la mas torpe ingratitud? Con todo eso, lo mas de lo que nos manda es sumamente fácil, y de tan poca consideracion en sí mismo, que no nos atreveríamos á negarlo á un amigo, á un pariente, á un extraño, á un hombre de autoridad; y sin embargo, falta poco para que hagamos vanidad de no concedérselo á Jesucristo.

¡Ah, Señor! ¡y cómo se le representará en la hora de la muerte á un cristiano, á un religioso esta negligencia habitual! ¿Qué responderé yo, divino Maestro mio, cuando me deis en cara con mi ingratitud, con mi descuido, con mi poca fidelidad en las cosas pequeñas, cuando todos los dias las espero y las recibo tan grandes de vuestra misericordia? Haced, Señor, que esta mi presente confusion me sirva para ser en adelante mas fiel, mas exacto y mas agradecido.

JACULATORIAS. — Deseé, Señor, agradarte con todo mi corazon: no permitais que me separe jamás de vuestra divina voluntad ni en la mas mínima cosa. (*Psalm.* CXVIII).

Abridme, Señor, los ojos para conocer todo aquello que os agrade, y con toda el alma me dedicaré á daros gusto hasta en la menor de todas mis obligaciones. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Ninguna cosa perjudica tanto á la salvacion del alma como el descuido en cosas pequeñas: de este principio nacen las mas funestas caidas, y en esta infidelidad tiene su orígen la tibieza: mal tanto mas temible, cuanto fuere menos temido. No es cosa (se suele

decir), no es cosa una falta tan ligera; algun dia se sabrá de cuánta consecuencia fue esa falta. Á lo mas parecia una ligereza, un poco de curiosidad volver la cabeza para ver cómo se abrasaba una ciudad con fuego del cielo: pues esa curiosidad costó la vida á la mujer de Lot, castigada de un modo tan extraño como visible. Despreciar las cosas pequeñas es estar desagradando á Dios continuamente, y desobedeciéndole á todas horas en las materias mas fáciles: es negarle lo que sin dificultad se concederia á un amigo, ó á cualquiera hombre de alguna distincion: es, hablando en rigor, serle infiel todos los dias, y todo el dia. Pues examina ahora cuáles son aquellas leves obligaciones de tu estado que desatiendes con mayor frecuencia: cuáles las reglas que mas acostumbras quebrantar, con pretexto de que no obligan á pecado, y que son reglas de poca consideracion. Acuérdate de que no hay cosa pequeña cuando se trata de servir á Dios: todo es respetable, todo es grande, cuando su Majestad lo manda: su voluntad da un sumo valor, una suma estimacion á todo. Forma siempre un superior concepto de todas las menudencias, de todos los ejercicios espirituales, de todas las reglas, de todas las costumbres y estilos santos de la Religion.

2 Si tienes ya determinado cierto método de vida; si tu director te ha arreglado ciertos ejercicios espirituales, ciertas penitencias, ciertas devociones, guárdate bien de faltar voluntariamente á ellas: en ninguna te dispenses sin justo motivo, con pretexto de parecerte menudencia. Exacta modestia de los ojos en la iglesia; constante apacibilidad dentro de casa; puntualidad inalterable en levantarte por la mañana á la misma hora; escrupulosa delicadeza de conciencia en evitar aun la mas mínima mentira oficiosa; ni una palabra que altere la caridad; exactitud en el ayuno, sin sostenerle con muletas excusadas. Si tú mismo te has impuesto algunas reglas para tu gobierno, sé exacto en observarlas, sé rígido en castigarte su transgresion, y nada te dejes pasar en este punto. Estas menudencias espirituales fomentan la devocion, y contribuyen maravillosamente para hacer Santos.

DIA V.

MARTIROLOGIO.

San Lorenzo Justiniano, primer patriarca de Venecia; el cual con su virtud y con la gloria de hacer milagros ilustró la silla pontifical, á la que contra su voluntad fue promovido en este dia. Su gloriosa muerte se celebra el dia 8 de enero. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Victorino, obispo y mártir, en Roma, en un arrabal; el cual siendo esclarecido en santidad y milagros, por aclamacion del pueblo fue elegido obispo de Amiterno; después en el imperio de Trajano fue desterrado con otros siervos de Dios *(los santos* Domitila, Eutiques *y* Maron) á Contigliano, en donde hay manantiales de agua caliente y sulfúrea; y allí por mandato del juez Aureliano lo colgaron cabeza abajo *(esto es, metido de cabeza en las aguas sulfúreas)*: tres dias enteros sufrió este tormento por el nombre de Jesucristo, al cabo coronado por su constancia pasó al premio de su victoria: los Cristianos sacaron su cuerpo de allí, y en Amiterno le dieron honrosa sepultura.

El martirio de san Herculano, mártir, en Porto, junto á Roma. *(Era soldado romano, y murió despedazado por las fieras en Ostia el año 252)*.

Los santos mártires Quincio, Arconcio y Donato, en Capua.

San Rómulo, mayordomo de Trajano, en el mismo dia; el cual como mostrase horror á la crueldad del Emperador contra los Cristianos, fue azotado con varas y degollado.

El martirio de los santos soldados Euboxio, Zenon, Macario, y otros mil ciento y cuatro compañeros, en Melitina en Armenia; los cuales abandonando la milicia, fueron martirizados por confesar á Jesucristo en la persecucion de Diocleciano.

Los santos mártires Urbano, Teodoro, Menedemo, y setenta y siete compañeros eclesiásticos, en Constantinopla; los cuales por confesar la fe católica, por órden del emperador Valente fueron metidos en un barco, y quemados en alta mar.

San Bertin, abad, en una aldea de Terovana, en el monasterio de Sithieu. *(Véase su vida en las de hoy)*.

Santa Obdulia, vírgen, en Toledo. *(Véase su noticia en las de hoy)*.

SAN LORENZO JUSTINIANO, OBISPO Y CONFESOR.

San Lorenzo Justiniano, cuya memoria celebra hoy la santa Iglesia, fue de la ilustre casa de Justiniani, tan conocida en Venecia, en Génova, en el reino de Nápoles, en la isla de Córcega y en la de Chio. Nació en Venecia el dia 1.° de julio del año 1381, siendo sus padres Bernardo Justiniani, y Quirina, señora mucho mas respetada por su virtud que por el esplendor de su sangre. Salió Lorenzo al mundo con tan bello natural, con inclinaciones tan nobles y tan cristianas, que el gran cuidado de sus padres en darle la mejor educacion solo sirvió para que se descubriese mas de cerca la nobleza de su genio, y las excelentes prendas de su grande corazon. Su madre quedó viuda siendo aun muy jóven, y dedicó toda su aplicacion á criar bien á Lorenzo. Considerando un dia la modestia, la circunspeccion, el extraordinario juicio que el tierno niño mostraba en todo, acompañado todo de cierta grandeza de alma, poco correspondiente á su edad, se la ofreció si acaso seria efecto de alguna soberbia oculta, secreto orgullo y propia satisfaccion. Declaró á Lorenzo estos te-

mores; y el santo niño le respondió, sonriéndose: *No temais, madre y señora, no tengo otra ambicion que la de ser cada dia mayor siervo de Dios, y mas devoto que todos mis hermanos.*

Presto verificó su proceder esta especie de profecía, pues no hubo niño que menos lo fuese, ni menos lo pareciese. Fue su primera juventud como un prodigio de inocencia y un milagro de virtudes. En medio de una multitud de jóvenes viciosos, divertidos y disolutos; en un siglo en que la corrupcion de las costumbres parecia haber inundado toda la tierra; este caballerito jóven, rico, bien dispuesto, lleno de espíritu y de fuego, en la edad de diez y ocho á veinte años fue perfecto modelo de todas las virtudes, y la admiracion de toda Venecia.

Alma tan privilegiada no estaba destinada para el mundo, habiéndole formado el Señor para ornamento del estado regular, y para gloria del eclesiástico. Aunque vivia en el mundo como el mas perfecto religioso, suspiraba sin cesar por el retiro del claustro, haciéndosele intolerables las mas inocentes conversaciones por el amor que tenia á la oracion, á la soledad y al recogimiento. Acompañaba siempre al fervor del espíritu la mortificacion de la carne, y aplicaba todas sus buenas obras, ejercicios y penitencias, para que el Señor le diese á conocer el estado en que era su voluntad le sirviese; pues no reconocia otra regla para gobernar todas sus operaciones. Tardó poco en resolverse; porque hallándose un dia en oracion á los piés de un Crucifijo, y en presencia de una imágen de la santísima Vírgen, sintió su corazon todo encendido en un género de desacostumbrado fervor; y renunciando desde entonces generosamente todas las tentadoras esperanzas con que el mundo le lisonjeaba, y todas las conveniencias de su ilustre casa, resolvió vivir en adelante para solo Dios, sin reconocer jamás otro amo ni otro dueño. Acabada su oracion se fué derecho al convento de los canónigos regulares de San Jorge de Alga, isla que forma el golfo como á media legua de la ciudad; pidió con instancia ser recibido en el número de ellos, y como abogaban por él su nobleza, su virtud y todas sus bellas prendas, logró desde luego lo que pretendia.

No solo no tuvo que mudar de vida con la mudanza de estado, sino que fue preciso moderar en la religion su fervor, y poner tasa al rigor de sus penitencias. Nombrósele por maestro de novicios á su tio materno Martin Quirino, hombre de santa vida; pero este muy desde luego confesó con ingenuidad que su novicio estaba mucho mas adelantado en los caminos de Dios que su maestro y director. Con-

taba á la sazon solos diez y nueve años; y no obstante eran tan extraordinarios sus progresos en la virtud y en la ciencia de los Santos, que ya desde entonces era modelo de perfeccion á todos los religiosos. Desde el primer dia de su noviciado se prescribió ciertas devociones, que jamás omitió después en todos los dias de su vida. Sus abstinencias y sus ayunos fueron muy rigurosos y continuos, sus vigilias excesivas. Quedábase en la iglesia desde maitines hasta prima, y jamás se arrimaba á la lumbre por violento y por cruel que fuese el frio, aunque era de un temperamento extraordinariamente delicado, débil y sensible. Impúsose una ley de no beber jamás fuera de las comidas, aunque se abrasase de sed y de calor. Intimáronle algunos padres ancianos, á nombre de todo el capítulo, que moderase sus rigores: *Bien está*, respondió el Santo, *yo obedeceré, pero ya cuidará Dios de recompensarme por otra parte de vuestra demasiada indulgencia*. Efectivamente, pocos dias después se cubrió de lamparones; pusiéronle en cura, aplicáronle el hierro y el fuego muchas veces; atormentáronle horriblemente, dando igual ejercicio á su paciencia, que á la admiracion de cuantos eran testigos de su invencible sufrimiento; pues no dió otra señal de sus vivísimos dolores que pronunciar los dulcísimos nombres de Jesús y de María. Y aun así como que se avergonzaba y se reprendia de su poco valor, comparando lo que padecia con los tormentos de los santos Mártires, que tantas veces sufrieron el de las planchas encendidas.

Era la humildad su favorecida virtud, y así nada deseaba con mayor anhelo que pasar toda la vida en un estado humilde, oscuro y abatido; pero en este particular los superiores no condescendieron con su inclinacion, ni dieron oidos á su repugnancia. Obligáronle á recibir los sagrados órdenes, y le elevaron á los primeros empleos de la Religion. Concurrian en tropas los fieles á oirle celebrar el santo sacrificio de la misa por la devocion con que se ponia en el altar; y las muchas lágrimas que derramaba compungian á los asistentes, avivando en ellos las luces de la fe. Sin atender á su corta edad ni á los pocos años que tenia de religion le hicieron superior, obligándole á ocupar los primeros puestos, que desempeñó siempre con dignidad y con acierto. Por los sabios y prudentes estatutos que formó cuando le eligieron general, es reputado por el verdadero fundador de la congregacion de San Jorge. Segunda vez le hicieron general de toda la Orden, cuando el papa Eugenio IV, plenamente informado del extraordinario mérito y de la eminente virtud del siervo de Dios, le hizo obispo de Venecia en el año de 1433. Por mas que se resistió le fué

forzoso obedecer y consagrarse, velando en la iglesia, y pasando en oracion toda la noche que precedió al dia de su consagracion.

Hallándose ya obispo, no por eso alteró en nada la religiosa vida que habia observado entre los canónigos reglares de San Jorge. Sin cercenar un punto su oracion aumentó las vigilias, por tener mas tiempo entre dia para dedicarle á los negocios y á las necesidades de su rebaño; y por mas que procuraba disimular sus mortificaciones y sus abstinencias, le fue imposible ocultar á la noticia del público una parte de sus mas secretas austeridades. Pero donde mas resplandeció su modestia y su cristiana simplicidad fue en el arreglo de su familia y en la frugalidad de su mesa. Aunque se veia elevado á una de las mayores sillas episcopales de la Iglesia, no gobernó su tren y su equipaje por otras reglas que por las de su virtud y su humildad. Decia que todo el esplendor de su dignidad se debia derivar de la virtud; queria que los pobres entrasen siempre á la parte de sus rentas, y que, por decirlo así, fuesen contados en el número de sus familiares y de sus domésticos.

La dureza con que en todo tiempo trataba á su inocente cuerpo, nunca disminuyó ni su afabilidad, ni la inalterable dulzura con que recibia á todo el mundo; ganándole tanto el corazon de todos, que esto mismo le facilitó la reforma de su clero; pues al ver su admirable desinterés, y movido de sus grandes ejemplos, se sujetó á todo lo que quiso, y admitió cuanto le prescribió para restituir la disciplina á su antiguo vigor. Muchas veces la reforma de las costumbres se anticipaba á sus edictos. Amaban y estimaban tanto las ovejas al Pastor, que ninguna se atrevia á descarriarse del aprisco; oyendo todas su voz con tanta docilidad y con tanto respeto, que á la primera visita mudó de semblante todo el obispado. Ultrajáronle ciertos hombres disolutos y atrevidos con algunas sátiras mordaces y picantes; pero el santo Obispo no se valió de otros medios para convertirlos, que de su paciencia y su moderacion. No hubo impiedad tan orgullosa ni tan fiera que pudiese resistir á su virtud, desarmando su mansedumbre á los mas insolentes, cuya conversion se consideró como uno de sus mayores milagros. Muchos obró su extraordinaria caridad con los pobres. Sucedió no pocas veces que después de consumido y expendido todo el dinero por asistirlos en sus necesidades, se halló socorrido de Dios por caminos imprevistos y no esperados. Un pariente suyo le pidió algun socorro para casar á una hija suya como correspondia á su calidad, y el santo Obispo, sordo siempre á las voces de la carne y sangre, le respondió, que si le daba una corta canti-

dad, de nada le servia; y si se la daba mayor, cometeria un hurto quitando sus bienes á los pobres.

Nunca se comprendió mejor el mucho bien que puede hacer un santo obispo en su diócesis, que en el pontificado de nuestro Santo. Sus rentas eran cortas, pero era grande su celo. Sustentaba una multitud de pobres, que al parecer bastaban para empobrecerle á él; siendo muy rara la familia necesitada á quien no socorriese con alguna limosna. No solo aumentó el número de los canónigos de su catedral, fundando algunas prebendas para que se celebrasen los oficios divinos con mayor dignidad, sino que fundó tambien muchas iglesias collegiales en muchos lugares de su obispado, donde hasta entonces apenas habia un sacerdote. Igualmente fundó él solo quince comunidades religiosas, proveyéndolas de todo lo necesario; y reformó así la profanidad de los trajes como la corrupcion de las costumbres en todo su obispado.

El papa Nicolao V hacia muy alto aprecio de su virtud, mirándole con la mayor veneracion, y deseaba colocar aquella grande antorcha en puesto mas elevado, desde donde su brillante resplandor pudiese difundirse mas en la Iglesia, cuando sucedió la muerte de Dominico Milcheli, patriarca de Grado, en el año de 1451. Y bien persuadido á que ni el senado ni la ciudad de Venecia consentirian nunca en que se les privase de su santo Prelado, resolvió trasladar el patriarcado de Grado á la silla episcopal de Venecia, precisamente en consideracion á nuestro Santo. Costó mucha dificultad hacerle aceptar esta nueva dignidad, y fue necesaria toda la autoridad del Papa para vencer su repugnancia, por lo mucho que sobresaltaba á su humildad cualquiera cosa que oliese á lustre, aparato y esplendor. No se disminuyó su fervor con el peso de los años. Todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa con nueva devocion, creciendo cada dia su amor á Jesucristo y su ternura á la santísima Vírgen, por lo que cada dia el Señor le colmaba tambien de nuevos favores. Cierto santo ermitaño, que habia mas de treinta años vivia en la isla de Corfú con grande opinion de santidad, aseguró á un noble veneciano que Dios estaba extremamente irritado contra la ciudad de Venecia, la que ya hubiera experimentado los terribles efectos de su cólera si no la hubieran desarmado las oraciones del santo Patriarca.

Habia tiempo que se iban sensiblemente debilitando sus fuerzas, sin ser posible reducirle nunca á que moderase algo sus apostólicos trabajos, sus mortificaciones y su abstinencia, cuando diciendo misa un dia de Navidad se sintió extraordinariamente encendido en un

vivísimo deseo de gozar de Dios, y de verle cara á cara. Al salir del altar le asaltó la calentura, y en pocos dias le redujo al último peligro. Siempre habia dormido sobre la dura tierra, y no se pudo conseguir de él que mejorase de cama en la última enfermedad. *Jesucristo murió en una cruz,* decia el Santo á los que le apuraban sobre esto, *¿y quereis que un pecador como yo muera en una blanda cama?* Dábanle mucha pena los desvelos y la solicitud de los que le asistian por procurarle algun alivio, y no fue posible vencerle á que admitiese el mas mínimo, ni aun se le pudo persuadir á que interrumpiese su abstinencia. En fin, habiendo recibido los santos Sacramentos, y después de haber consolado á sus familiares, que se deshacian en lágrimas, diciéndoles no debian celebrar con llanto el dia mas alegre de su vida, entregó tranquilamente su espíritu al Señor el dia 8 de enero del año 1455, á los sesenta y tres y medio de su edad, lleno de dias y de merecimientos, dotado con el don de profecía y de los milagros, que continuaron después de su muerte. Todos convienen en que las obras que dejó al público están mas llenas de sólida piedad que de afectada erudicion, siendo dificultoso leerlas sin que el alma se sienta movida á la devocion que respiran.

Fue preciso dejar expuesto el santo cuerpo por muchos dias á la veneracion de los pueblos que concurrieron de todas partes luego que se extendió la noticia de su muerte. Suscitóse una disputa sobre el lugar de su sepultura entre el cabildo de la catedral y los canónigos reglares de San Jorge, por cuyo motivo el cadáver estuvo descubierto por espacio de sesenta y siete dias en la sacristía de la iglesia patriarcal, sin que al cabo de tan largo tiempo se experimentase ni la mas mínima señal de corrupcion. Hizo el Señor glorioso su sepulcro con gran número de milagros; por los cuales, y por la santidad de su vida, se movió á beatificarle el papa Clemente VIII, precediendo las formalidades necesarias; y el papa Alejandro VIII le canonizó solemnemente el año de 1690, fijándose su fiesta, por órden de la Santa Sede, al dia 5 de setiembre, que acaso seria el de la traslacion de sus reliquias.

SANTA OBDULIA.

En este dia el Martirologio romano hace conmemoracion de santa Obdulia, de quien escribe el P. Quintana Dueñas en su Santoral Toletano, que aunque se ignoraron los padres, nacimiento, educacion y acciones de esta gloriosa Vírgen, y el género de martirio que padeció en la cruel persecucion que suscitó contra la Iglesia el impío

Juliano apóstata; consta haberse celebrado en la iglesia de Toledo con especial solemnidad, segun se acredita por los antiguos Misales y Breviarios de aquella santa Iglesia, cuya proteccion, con la de otros Santos tutelares de la misma ciudad, fue invocada por el rey Alfonso VI en la conquista de Toledo, donde se conservaron sus reliquias en grande veneracion hasta la irrupcion de los árabes; en la que temerosos los fieles de que cayesen en manos de los bárbaros, las trasladaron á Palma, fortaleza de Andalucía, de grande seguridad para la custodia de semejante tesoro. Allí permanecieron hasta el año 878, en que D. Juan Ocense, arzobispo de Toledo, queriendo enriquecer su Iglesia con las reliquias de la ilustre Mártir, las volvió á ella en el 5 de setiembre del año insinuado, en que de ella hace mencion el Martirologio romano.

El mismo escritor advierte ser distinta esta heroína española de otra SANTA OBDULIA, que los Martirologios señalan en el dia 13 de diciembre, vírgen y no mártir; la que habiendo nacido ciega, recuperó la vista al tiempo que recibió el Bautismo de mano de Eberardo, obispo de Baviera; que es la que celebran religiosa benedictina los cronistas de esta religion, natural de la provincia de Alcasia, hija de Atico, duque de Suevia, la cual fue abadesa del monasterio que edificó su padre en el monte Boseo; y murió por los años 692.

SAN BERTIN, ABAD DE SITHIEU.

Hácia el fin del siglo séptimo y hácia el principio del octavo dió el señor al mundo cristiano un ejemplo de perfecto desasimiento, y un excelente modelo de la perfeccion religiosa en la persona de san Bertin. Era pariente cercano de san Omer, y por consiguiente su familia una de las mas nobles y mas poderosas del país. Nació en Goldenthar, patria de san Omer, ó por lo menos en el territorio de Constancia en el alto Rhin, que separa el país de los suizos de la Suavia. Fruto fue de la cristiana educacion que le dieron, y sobre todo de la gracia sobreabundante con que le previno Dios desde la infancia, aquella anticipada virtud que se dejó admirar en el niño Bertin desde sus primeros años.

El esplendor de su nacimiento, la opulencia de su casa, su grande espíritu y las demás bellas prendas de que estaba dotado, todo concurria á prometerle las mayores esperanzas, abriéndole una carrera toda cubierta de flores. Presentábale el mundo á manos llenas lo mas halagüeño y lo mas tentador que posee en esto que se llama fortuna;

no habia puesto tan elevado ni empleo tan distinguido á que no pudiese aspirar racionalmente. Conspiraba todo á brindarle con las conveniencias y con las mas exquisitas dulzuras de la vida en una edad en que la apariencia sola de los honores deslumbra, y la esperanza de los placeres encanta. Pero todos estos halagüeños atractivos hicieron poca impresion en el niño Bertin. El gusto que tomaba á la oracion y á los libros devotos, las vidas de los Santos que leia frecuentemente, su continua meditacion en las verdades eternas de la Religion, y la tierna devocion á la santísima Vírgen; todo esto le inspiraba disgusto y tedio á cuanto sonaba fortuna, elevacion y brillantez, comunicándole una grande inclinacion, un singular amor al recogimiento, á la soledad y al retiro. Movióle mucho el ejemplo que le acababa de dar su ilustre pariente san Omer, el cual, prevenido con la misma gracia que Bertin, lo habia abandonado todo por seguir á Jesucristo, y se habia ido á encerrar en el célebre monasterio de Luxeu, en el condado de Borgoña. Habia tiempo que nuestro Santo andaba tambien meditando volver las espaldas al mundo, y así le pareció que ya no debia detenerse mas á deliberar; por lo que resuelto á imitar el mismo ejemplo, y á tomar el mismo partido, puesto que para ello le solicitaba tambien la misma gracia, sin dar oidos á las voces de la carne y sangre, se determinó en fin á seguirle. Tenia dos estrechos amigos, llamados Momolein y Ebertran, que habian contraido con él la mas fina amistad, uniendo á todos tres la conformidad de genios y de inclinaciones, los cuales no bien entendieron su resolucion, cuando le quisieron tambien acompañar en su retiro. Partieron todos tres á Luxeu, donde fueron tiernamente recibidos del abad san Walberto, que á la sazon lo era de aquella célebre y santa comunidad despues de la muerte de san Eustaquio, sucesor de san Columbano, su primer fundador, y que tanto la habia ilustrado con su santidad y con sus milagros.

Vivian en aquel santo monasterio, menos como hombres que como Ángeles, mas de quinientos monjes, cuyo fervor creció visiblemente con el de los tres novicios. San Omer, que habia algunos años se hallaba en el monasterio, sobresalia mucho en el ejercicio de todas las virtudes. Este fue el modelo que Bertin se propuso á sí mismo para la imitacion; y aunque el original descollaba tanto en las virtudes monásticas, presto le compitió la copia. Desde luego se dejó admirar su modestia, su humildad, su mortificacion, su piedad y su frecuente trato con Dios en la oracion. Apenas los mas ancianos podian comprender lo mismo que estaban viendo; esto es, como un jóven ilustre

dotado de tan nobles prendas, y en la flor de su edad, habia llegado cási á lo mas alto de la perfeccion dos meses después que habia dejado el mundo. Verdad es que ahorró mucho camino su recogimiento interior, su exacta observancia hasta de las reglas mas menudas, y los rigores de su asombrosa penitencia; de manera que toda aquella numerosa comunidad de Luxeu no tuvo la menor duda de que con el tiempo el novicio seria uno de los mayores Santos que ilustrasen al monasterio.

Acabado el tiempo de la probacion y noviciado, hizo Bertin la profesion juntamente con sus compañeros; y considerando el superior los méritos de todos tres, y los grandes servicios que podian hacer á la Iglesia, los obligó á ordenarse de sacerdotes después de haber recibido los demás órdenes sagrados. Con el sacerdocio adquirieron nuevo realce las virtudes de san Bertin, y por la disposicion con que recibió los sagrados órdenes mereció aquella abundancia de gracias y de dones sobrenaturales que acompañan al sagrado carácter cuando se recibe dignamente. Bertin parecia en el altar un abrasado serafin; tanto se manifestaba hácia afuera en divinos ardores y en dulces copiosas lágrimas el encendido amor de Dios que inflamaba su corazon. Habia sido promovido san Omer al obispado de Terovana, ciudad de los Países Bajos, en el condado de Artois, y trabajaba con felicísimo suceso en desmontar aquel inculto campo, que después de mucho tiempo estaba cubierto de maleza; y noticioso el abad de Luxeu de que el santo Obispo tenia necesidad de obreros que le ayudasen á trabajar en la viña del Señor, le pareció no los podia encontrar mas á propósito que san Bertin, Momolein y Ebertran, los cuales respetaban á Bertin como á su maestro en la perfeccion religiosa. Partieron juntos con la bendicion del abad, dejando á toda la comunidad muy desconsolada porque perdia de vista aquellos tres grandes modelos. Recibiólos san Omer con el gozo que acostumbran los Santos, siendo siempre la virtud su verdadero principio; y apenas les destinó su mision, cuando se aplicaron á la instruccion de los pueblos con un celo que no podia dejar de merecer las bendiciones de Dios.

Habiéndose encontrado con un campo que cási habia un siglo estaba enteramente abandonado, y que aun desde los principios no habia tenido mas que un cultivo somero y superficial, tuvieron que padecer muchas fatigas, trabajos y contradicciones en un empeño tan arduo como era el desarraigar á un mismo tiempo la idolatría y los vicios que reinaban en el país, y civilizar las costumbres de aquellos pueblos todavía bárbaros y feroces por la mayor parte.

Muy en breve los tres varones apostólicos, tan poderosos en obras como en palabras, recogieron una abundante miés; y echando Dios la bendicion á sus celosos trabajos, todo el país mudó de costumbres y de semblante, mudando de religion. No encontrando ya nuestro Santo estorbo alguno que pudiese contener su fervor, soltó la rienda á su celo; pero sin que las apostólicas fatigas le dispensasen en sus acostumbradas penitencias, siendo la mocion de sus palabras efectos de su tierna devocion. Sus ejemplos persuadian tanto como sus sermones, y ganaba los corazones de todos con aquella su dulce mansedumbre, que á ejemplo de Jesucristo hacia en parte su carácter.

Así cultivaba san Bertin con sus dos compañeros aquel silvestre terreno, que ya comenzaba á llevar tan copiosos frutos, cuando un señor del país llamado Ardcal, movido de las maravillas que obraban los apostólicos varones bajo la direccion de san Omer, y en reconocimiento de la gracia de su propia conversion, vino á ofrecer generosamente al santo Prelado el territorio de Sithieu con todas sus pertenencias, para que usase de él como juzgase mas conveniente á mayor gloria de Dios y provecho de los pueblos. Viendo san Omer tanta multitud de conversiones como se hacian cada dia, pareciéndole muy necesario algun retiro donde se pudiesen refugiar los que deseasen servir á Dios desviados del comercio y del bullicio del mundo, consintió se fundase en aquel sitio un monasterio para san Bertin y sus dos compañeros, y para que se recogiesen á él los que se hallasen movidos á vivir en soledad. Y este fue el orígen de la célebre abadía de Sithieu, que por largo tiempo fue en el Artois un seminario de Santos, como lo fue en Borgoña la abadía de Luxeu. Fundóse presto el monasterio; y apenas se halló erigido, cuando se halló poblado. El primer pensamiento del santo Obispo fue que desde luego le gobernase san Bertin; pero el Santo, á quien sobresaltaba la sombra sola de prelacía, le supo alegar tantas razones, que al fin san Omer consistió en que Momolein gobernase el monasterio.

Muy en breve se hizo célebre en todo el país, renovándose en él aquellos grandes ejemplos de mortificacion y de santidad, que tanto se admiraron en los monasterios antiguos mas celebrados. Era la oracion continua, el coro perpetuo, la abstinencia y los mas rígidos ayunos las primeras reglas del Instituto. No obstante de tener el monasterio buenas rentas, la comida ordinaria de los monjes eran raíces, pan y agua; lo demás se repartia entre los pobres. Nunca se evacuaba el coro ni de dia ni de noche, porque á todas horas se cantaban

en él las divinas alabanzas, ni los mas penosos trabajos dispensaban jamás en estas santas vigilias.

Habiendo muerto en el año de 659 san Eloy, obispo de Noyon y de Tornay, fue nombrado el abad Momolein por sucesor suyo, y en su lugar entró san Bertin á ser abad del monasterio, sin que le valiesen sus razones ni sus lágrimas. Durante el gobierno de nuestro Santo fue en rigor cuando el monasterio de Sithieu se hizo uno de los mas célebres del reino; pues apenas se extendió la fama de que era abad san Bertin, cuando de todas partes concurrieron pretendientes á ponerse debajo de su direccion. Creció tanto el número de los monjes, que siendo ya estrecho el nuevo monasterio, fue preciso fundar otro mas espacioso para contenerlos: y habiendo obtenido de san Omer la iglesia de Nuestra Señora que él mismo habia fundado á alguna distancia del monasterio, hizo construir nuevos cuartos en el mismo territorio de Sithieu, cerca de esta iglesia, y trasladó á ellos los monjes del convento viejo, que todo él se reducia á algunas malas celdillas; y este nuevo monasterio se dedicó con el nombre de la santísima Vírgen y con el de san Pedro.

Creciendo cada dia la reputacion de nuestro Santo, acudieron al monasterio de Sithieu los señores mas calificados para pasar el resto de la vida en ejercicios de penitencia y de virtud bajo su magisterio y disciplina. Subió tanto su número, que no siendo tampoco ya bastante el nuevo monasterio, fue preciso pensar en fundar otro tercero mas capaz, como efectivamente le fundó el Santo en el castillo de Worenohult, que liberalmente le ofreció un señor llamado Hermar, y el santo Abad le puso bajo la proteccion de san Martin, que fue tambien el titular de la iglesia.

San Bertin acompañaba sus exhortaciones con sus ejemplos, y tuvo el consuelo de ver copiar á aquel gran número de monjes en el desierto de Sithieu los grandes modelos de penitencia, de observancia y de rigor, que se creian encerrados para siempre en los desiertos de la Palestina. Sintiéndose muy decaido de fuerzas corporales, y totalmente oprimido al peso de sus rigores y de su extrema vejez, quiso absolutamente renunciar la prelacía para tener el consuelo de vivir y morir con dependencia y con subordinacion. Renunció la con efecto en manos de su querido discípulo Rigoberto, dedicándose á solo Dios en su vida privada, para lo cual se retiró á una ermita consagrada á la santísima Vírgen cerca del cementerio de los monjes, donde pasaba en oracion los dias y las noches.

El conde Walbert habia entregado toda su confianza á nuestro

Santo, y ningun año dejaba de visitar muchas veces la iglesia del monasterio para confesar y comulgar, y cumplir con sus devociones. Acabando un dia de comulgar, recibió una carta que le estrechaba para que se volviese luego á su casa, y con la priesa partió sin tomar la bendicion del Santo como lo acostumbraba. Admirado un monje llamado Dodo del precipitado viaje del Conde, significó su extrañeza á san Bertin, quien le respondió arrancando un profundo suspiro: *¡Ay Dios! ya el Señor le castigó, y harto severamente.* No bien acabó de pronunciar estas palabras el siervo de Dios, cuando llegó un criado del Conde, y arrojándose á sus piés, le rogó que se compadeciese de su amo, el cual habia caido del caballo y estaba medio muerto, molido todo el cuerpo, y ya cási espirando. Mandó Bertin que le trajesen un poco de vino, que tambien se apareció allí milagrosamente; y echándole la bendicion, se le envió al enfermo, el que apenas le probó cuando quedó enteramente sano, y él mismo vino á pedir al Santo la bendicion juntamente con el perdon de su falta.

Pasó san Bertin el resto de sus dias en contemplacion, sujetándose por otra parte, como pudiera un novicio, á todos los ejercicios de la observancia regular; y en fin, después de haber vivido algunos años sin otro pensamiento que el de prepararse para la muerte, la logró feliz el dia 5 de setiembre del año 709 á los noventa y seis de su edad, ó, segun algunos, á los ciento doce. Fue enterrado en la iglesia de San Martin, donde manifestó Dios su santidad con gran número de milagros. El año de 846, temiendo Fulquin, obispo de Terovana, que hurtasen este tesoro, le escondió, y no fue descubierto hasta doscientos cuatro años después. Colocáronse sus reliquias en una urna de plata guarnecida de oro y piedras preciosas, en la cual se conservan expuestas á la veneracion de los fieles.

LA TRASLACION DE SAN JULIAN, OBISPO DE CUENCA.

En este dia, por concesion del papa Julio III, la santa iglesia de Cuenca renueva la memoria de su glorioso obispo san Julian, cuya vida se lee en las del dia 28 de enero, en el que el Martirologio romano hace conmemoracion de nuestro Santo; solemnizando la magnífica traslacion de sus milagrosas reliquias, que se hizo con ostentoso y devotísimo aparato en 11 de abril de 1518, compitiendo la multitud de los milagros con la piedad y con la pompa de los regocijos, pues hubo dia en que se contaron catorce, y todos legalmente autentizados. Toda la Iglesia de España repite tambien en este dia la conmemoracion de nuestro san Julian.

La Misa es en honor de san Lorenzo Justiniano, y la Oracion la que sigue:

Da, quaesumus, omnipotens Deus, ut beati Laurentii, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que en la venerable solemnidad de tu confesor y pontífice san Lorenzo Justiniano, crezca en nosotros el espíritu de la piedad y el deseo de nuestra salvacion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo II *de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Ego cum venissem ad vos, veni non in sublimitate sermonis, aut sapientiae, annuntians vobis testimonium Christi. Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum. Et ego in infirmitate, et timore, et tremore multo fui apud vos; et sermo meus, et praedicatio mea non in persuasibilibus humanae sapientiae verbis, sed in ostensione spiritus et virtutis: ut fides vestra non sit in sapientia hominum, sed in virtute Dei.

Hermanos: Cuando vine á vosotros, vine á anunciaros el testimonio de Jesucristo, no con sublimidad de palabras ó de sabiduría. Porque no creí que sabia otra cosa estando entre vosotros, que á Jesucristo, y este crucificado. Y yo estuve entre vosotros con mucho abatimiento, y temor, y temblor; y mi conversacion y predicacion fue, no con palabras, persuasivas de la humana sabiduría, sino en la manifestacion del espíritu y de la virtud; para que vuestra fe no estribe en sabiduría de hombres, sino en la virtud de Dios.

REFLEXIONES.

No vine á vosotros con sublimidad de palabras. ¡Qué escándalo! ¡qué monstruosa contradiccion la de los ministros del Evangelio si en sus afectados sermones buscan sus aplausos al mismo tiempo que están predicando las humillaciones, los abatimientos de todo un Dios! Entonces en lugar de espantar, de aterrar la divina palabra á manera de un rayo fulminado, no hace mas que lucir y brillar débil y rápidamente á modo de exhalacion ó de relámpago, divirtiendo á los oyentes tranquilos y sosegados. Esto es lo que el mismo Apóstol llama corromper y adulterar la palabra de Dios: *adulterantes verbum Dei.* Pues qué ¿la palabra de Dios necesita de artificios ni de afeites para persuadir? ¿depende su virtud de nuestra elocuencia? ¿Eran muy hábiles en el arte de hablar doce pobres pescadores ignorantes, idiotas y groseros? ¿En qué escuela habian estudiado las flores y las

figuras retóricas? Predicaron estos Apóstoles con una admirable sencillez aquellas incomprensibles verdades, aquella doctrina dura, ingrata, y por decirlo así, alborotadora, y se la predicaron á los griegos que se preciaban de una sabiduría enteramente humana, fundada toda en la razon natural; predicaron estas verdades á los romanos orgullosos, fieros y sensuales; predicáronsela á todas las naciones, las mas bárbaras; y esos griegos, esos romanos, esas naciones sujetaron su razon, rindieron su imaginaria sabiduría, todo su entendimiento, todas sus luces á las verdades de la fe, y todo el universo se convirtió. San Pedro convirtió con su primer sermon en medio de la misma Jerusalen cerca de tres mil personas; ¿deberánse todas estas maravillosas conversiones á la elegancia de las voces, á los ingeniosos borneos de los oradores, á la brillantez de los pensamientos, y á la artificiosa elocuencia de los predicadores? Y ¿no es este artificio puramente humano el que el dia de hoy embota la punta de las mayores verdades, debilitando toda su fuerza? Apenas se convierte en diez años un solo pecador con una espesa nube de predicadores que están resonando por esos púlpitos, siendo así que se predican las mismas verdades: ¿de dónde nacerá tan prodigiosa esterilidad en una misma semilla? Nace de que muchas veces la quita toda su virtud el artificio con que se la prepara. Ya no se predica la palabra de Dios, sino una palabra puramente humana; pues ¿de qué nos admiramos, ó qué maravilla es que produzca tan poco fruto? Dichoso aquel que solo aprecia no saber mas que á Cristo crucificado. Y ¿tendrán esta divina sabiduría las personas inmortificadas, las sensuales, aquellos idólatras de las diversiones y de los pasatiempos? ¡Ah, y cuántas verdades nos descubre la vista sola de un Crucifijo! En él veo un prodigio de amor, un terrible ejemplo de justicia, un motivo y un modelo de penitencia muy persuasivos. En él veo hasta dónde nos amó el buen Jesús; hasta dónde llegó su aborrecimiento al pecado; hasta dónde debo yo aborrecer á la culpa, y hasta dónde debo amar á Jesús. Olvidemos todo lo demás para grabar bien en nuestros corazones unas lecciones tan necesarias.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo peregre proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii vero unum, unicuique secun-

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debia ir muy léjos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun sus

lum propriam virtutem, et profectus st statim. Abiit autem qui quinque alenta acceperat, et operatus est in is, et lucratus est alia quinque. Si- iliter, et qui duo acceperat, lucra- us est alia duo. Qui autem unum ac- perat, abiens fodit in terram, et bscondit pecuniam domini sui. Post ultum vero temporis venit dominus rvorum illorum, et posuit rationem im eis. Et accedens qui quinque ta- nta acceperat, obtulit ei alia quin- ue talenta, dicens: Domine, quinque lenta tradidisti mihi; ecce alia quin- ue superlucratus sum. Ait illi domi- us ejus: Euge, serve bone et fidelis, uia super pauca fuisti fidelis, supra ulta te constituam, intra in gau- um domini tui. Accessit autem et ui duo talenta acceperat, et ait: Do- ine, duo talenta tradidisti mihi: ec- alia duo lucratus sum. Ait illi do- inus ejus: Euge, serve bone et fide- , quia super pauca fuisti fidelis, su- r multa te constituam; intra in udium domini tui.

fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas después de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas; y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, hé aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, hé aquí otros dos mas que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

Cómo nos hemos de aprovechar de los talentos que Dios nos dió.

Punto primero.—Considera, dice san Gregorio, que ese señor e hizo un viaje fuera de su país es nuestro Redentor. Este divino ñor es el que nos ha enriquecido con sus dones. ¿Qué cosa buena emos que no la hayamos recibido de su liberalidad? Los talentos turales, los dones de la gracia, el tesoro de los Sacramentos, los neficios particulares, los bienes comunes, la misma vida; todo anto tenemos nos viene de este soberano Dueño, y de su bondad mos de recibir todo cuanto esperamos. ¿Quién no sabe que todos bienes de la naturaleza, todos los tesoros de la gracia, todas las quezas de la gloria están á su disposicion? ¿Qué afectos de amor y respeto no deben ocupar nuestro corazon hácia tan grande y tan hable Dueño? Y ¡cuánto debe ser nuestro eterno agradecimiento! ómo nos debemos aprovechar de todos estos bienes! Puédese decir e todos nosotros somos como ecónomos de este Amo divino. Con- nos todos los bienes, todos los talentos que tenemos; pero nos los

confió solamente para que negociásemos con ellos; ninguno nos dió de que no nos haya de pedir estrecha cuenta, ninguno que no estemos obligados á ponerle á lucro para su mayor gloria. Pero ¿y cómo nos hemos aprovechado de ellos hasta aquí? ¿cuál ha sido nuestro reconocimiento? ¿Hemos considerado todas esas prendas de alma y de cuerpo, todos esos bienes de la vida y de la fortuna, todas esas gracias y esos auxilios sobrenaturales, como puros beneficios de su misericordia? ¿No hemos abusado de esos bienes? ¿Qué gloria ha sacado Dios de ellos? ¿Ignoramos por ventura que si abusamos de ellos, si los aplicamos á otros fines que á aquellos á que fueron destinados, si los disipamos como lo hizo el infiel administrador, Dios los retirará? Ya no nos concederá ni mas tiempo, ni mas medios para negociar; castigará nuestra infidelidad y nuestra negligencia con todo el rigor de su justicia, y nos dejará en una desdichada pobreza, que nos oprima sin recurso: *Dominus meus aufert à me villicationem.* ¡Cuántos siervos inútiles hay hoy en el siglo, en la iglesia y en el estado religioso! Habian recibido grandes talentos, tenian grandes bienes, y por consiguiente grandes medios para santificarse; se les habian dispensado gracias. Lo mal que usaron de ellas, la negligencia con que las cultivaron, la pérdida, ó por lo menos la inutilidad de todos esos talentos por culpa suya, todos son documentos que se añaden á los autos. ¿En qué parará el juicio? ¿cuál será la sentencia?

Punto segundo.—Considera que aunque los dones y los talentos sean diferentes, el fin siempre es uno mismo. Distribuye Dios sus gracias, sus favores, sus beneficios en quien quiere y como quiere; pero en esta diversa distribucion á diferentes sugetos, y en esta desigualdad de talentos concedidos á sus siervos, siempre tiene Dios igualmente por motivo su mayor gloria, y la salvacion de aquellos á quienes se los concede. Quiere Dios que cada uno cultive y aproveche sus talentos con todo el ardor, con todo el celo y con toda la posible aplicacion. ¿Corresponde siempre la utilidad y el producto á la intencion del soberano Dueño? ¿Merecerán todos los siervos que el amo los honre con elogios de su fidelidad? ¿Qué uso se hace de los bienes de la naturaleza, de la fortuna y de la gracia que se han recibido? ¿qué uso se hace de las prendas de alma y cuerpo, de los auxilios sobrenaturales, de aquellas gracias que muestran especial amor y particular benevolencia? Hácense lucir los talentos, no se sepultan los tesoros, no se entierran las buenas prendas; pero ¿se apro-

echa todo esto para el cielo? No se pasa la vida en ociosidad; pe-
o aquello en que se emplea ¿acreditará á todos de buenos y de fieles
iervos? ¿es posible que el mundo no se llevará los réditos de todos
sos bienes? ¿Es posible que no trabajará por el mundo con preferen-
ia al fin que todos nos debemos proponer en la negociacion con los
alentos? ¿Qué cuenta se dará á Dios de esas bellas prendas de alma,
mpleadas, ó por mejor decir, perdidas y malogradas en puras ba-
atelas? ¿de esas hermosas prendas del cuerpo, que quizá solo sir-
ieron á la perdicion del alma? ¿de esas riquezas consagradas á la
rofanidad, al fausto, al orgullo y al regalo? ¿de esa salud tan mal
provechada? Pues qué, ¿solo te habia hecho Dios grande, noble y
ico, para facilitarte los medios de desagradarle y de ofenderle con
nayor libertad? Y ¿esas nobles prendas de corazon y de alma, ese
ntendimiento despejado, ese espíritu vivo y penetrante, ese genio
uperior, esa brillantez, solo te la concedió el Señor para que fueses
nas fiero, mas ambicioso, mas soberbio, y acaso tambien mas pe-
groso enemigo de Dios, valiéndote quizá de tu mismo ingenio pa-
a hacer que triunfe el vicio, para excusar la disolucion, para pro-
agar el espíritu del mundo, y puede ser que tambien para derramar
sostener el error? Díme, esas ricas galas, esos trofeos de la mas
ltanera vanidad, todas esas locas profusiones en espléndidos ban-
uetes, en soberbios muebles, en magníficos equipajes; ese juego
an desbaratado en que muchas veces se pierde en una sola noche la
enta de todo un año; esos dispendios, esos gastos, aun mucho mas
ergonzosos é indecentes; díme, repito otra vez, ¿seria todo esto el
in que Dios se propuso cuando te dió mas bienes que á los otros?
Una de dos, ó has de decir que nada de eso se lo debes á Dios, lo
ue seria una impiedad, una horrible blasfemia, ó has de confesar
ue tienes que dar á Dios una terrible cuenta de todos los beneficios
spirituales y corporales que has recibido de su mano.

Mi Dios, confieso que cuanto tengo lo he recibido de Vos, y de-
laro que nada quiero tener que no sea dirigido á vuestra mayor glo-
ia. Gimo, Señor, cuando considero lo mal que he usado de todo:
Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi. Tened todavía un poco
le paciencia conmigo, que yo os restituiré todo lo que os debo.

Jaculatorias. —Dadme, Señor, un poco mas de tiempo, que yo
s prometo no emplear de aquí adelante los talentos que me habeis
lado, sino en serviros mas y mas con ellos. (*Matth.* xviii).

Bien sé, Dios mio, que todo lo habeis criado para vuestra mayor

gloria; y así de hoy mas este será el único fin de todas mis acciones. (*Prov.* XVI).

PROPÓSITOS.

1 Todo lo hemos recibido de la liberal mano de Dios; no hay bien ni talento que no sea don de su bondad; de ella esperamos todo cuanto puede lisonjear nuestros deseos. Nosotros no somos mas que administradores, ó á lo sumo unos como mayordomos de este soberano Dueño: sabemos que le hemos de dar menuda cuenta de todo lo que nos ha entregado; y en medio de eso, ¿quién piensa en esta cuenta que ha de dar? Úsase de los talentos y bienes recibidos como si fueran frutos propios nuestros. Las pasiones, la concupiscencia, los pasatiempos, el interés, el amor propio; á esto se dirige, por lo comun, el uso que hacemos de todos estos bienes. ¿Cuándo se ha visto desórden mas universal ni mas extraño? ¿No te remuerde cosa alguna la conciencia en este punto? Examina hoy en qué has empleado hasta ahora tus bienes y tus talentos. ¿No se mezcló nunca en este empleo la vanidad, la ambicion ni la inclinacion á los pasatiempos? No creas que esta doctrina es un mero consejo de perfeccion; es precepto formal y positivo que habla con todos, y á todos los estrecha con la mayor obligacion. ¡Cuánto te sorprenderás, cuánto te espantarás, cuál será tu asombro cuando en el último momento de la vida te pida el soberano Dueño estrecha cuenta de todo lo que recibiste! Trata de hacer práctica una reflexion tan importante.

2 Toma desde luego una viva y eficaz resolucion de tener siempre á Dios delante de los ojos en el buen uso de todos tus bienes y talentos. Si te hallas dedicado al sagrado ministerio, sea la gloria de Dios, la salvacion de las almas, y sobre todo, la tuya propia, el principal motivo y como el primer móvil de todas tus funciones. Si estás dentro del mundo no uses de tus bienes á otro fin. Del buen uso de estos depende tu salvacion.

DIA VI.

MARTIROLOGIO.

San Zacarías, profeta, el cual ya muy anciano habiendo vuelto de la Caldea, murió en su patria, y fue sepultado junto al profeta Aggeo. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Onesíforo, en el estrecho de Galípolis: fue discípulo de los Apóstoles, y hace mencion de él san Pablo escribiendo á Timoteo *(en su segunda carta, cap.* I). Padeció martirio juntamente con san Porfirio, siendo cruelmente

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

azotado por mandato del procónsul Adriano, y después arrastrado por caballos feroces, en cuyo tormento entregó su alma á Dios.

El tránsito de los santos mártires Fausto, presbítero, Macario y diez compañeros, en Alejandría; los cuales en tiempo del emperador Decio y del presidente Valerio, siendo degollados por confesar el nombre de Jesucristo, alcanzaron la corona del martirio.

Los santos mártires Cótido, diácono, Eugenio y sus compañeros, en Capadocia.

Los santos obispos Donaciano, Presidio, Mansueto, German y Fúsulo, en África; los cuales en la persecucion de los vándalos, por mandato del rey Hunerico, arriano, porque defendian la verdad católica fueron cruelmente azotados con manojos de varas, y después desterrados: entre ellos tambien habia otro obispo llamado Leto, varon de grande ánimo y muy docto, el cual despues de una larga y asquerosa prision fue quemado vivo.

San Petronio, obispo y confesor, en Verona.

El siervo de Dios san Eleuterio, abad, en Roma, del cual escribe san Gregorio papa, que con sus oraciones y lágrimas resucitó un muerto. *(Véase su vida en las de hoy).*

SAN ZACARÍAS, PROFETA.

Zacarías, que quiere decir *memoria del Señor*, fue hijo de Barachías y nieto de Addo, vivió mucho tiempo en Babilonia, y en edad ya avanzada volvió á Jerusalen, donde en el segundo año y en el mes octavo de Darío comenzó á profetizar dos meses después que Aggeo, por lo cual el argumento de estos dos Profetas es uno mismo, bien que el Espíritu Santo, que habia guiado á Aggeo á una simple y sumaria predicacion, quiso variar de estilo en Zacarías, manifestándole muchas visiones de un sentido muy alto y misterioso, que fuesen como otros tantos retratos de las doctrinas y profecías que debia proponer. Pero hay muchos lugares tan difíciles de entender, que en Gerónimo al comenzar su comentario, dice que es el mas oscuro de los doce *Profetas menores*. Describe muy expresamente el nacimiento del Salvador, juntamente con su pasion y muerte: su reino y sacerdocio: la venida del Espíritu Santo: la virtud del Evangelio, y la vocacion de los gentiles: y la restauracion, justificacion y glorificacion eterna de su Iglesia. Algunos son de sentir, que este Zacarías es el mismo de quien Jesucristo dijo que fue muerto entre el templo y el altar; aunque san Gerónimo es de opinion contraria. El libro contiene catorce capítulos, y la Iglesia católica usa de la profecía de Zacarías en las lecciones de los maitines de la feria sexta en la dominica quinta de noviembre.

SAN EUGENIO, OBISPO Y MÁRTIR.

Después de la muerte de san Deogracias, que sucedió en el año 457, la iglesia católica de Cartagena del África estuvo sin obispo veinte y cuatro años, gimiendo los fieles bajo el insoportable yugo de los vándalos, implacables perseguidores, que juntaban á la condicion de bárbaros el espíritu de herejes. Sucedió en el año 476 ó 477 á su padre Genserico el rey Hunerico, hombre sumamente cruel y de una desenfrenada codicia, tal, que dió muerte á todos sus hermanos, para que en tiempo alguno pudiesen aspirar á aquel imperio. En los principios afectó alguna moderacion para con los Católicos, concediéndoles el libre uso de su religion; y condescendió, á ruegos del emperador Zenon, que se eligiese un obispo católico en Cartago, aunque con ciertas condiciones violentas, que admitió el pueblo impaciente de verse sin pastor tantos años.

Fue elevado á aquella cátedra por universal consentimiento Eugenio, conocido por su eminente virtud y su gran sabiduría, cuya eleccion colmó tanto de gozo á todos los Católicos, que parecia no sentir ya los males de la dominacion bárbara que tanto tiempo sufrian. La irreprensible conducta del santo Pastor le atrajo bien presto la veneracion aun de aquellos que no eran de la comunion ortodoxa. Proporcionóle Dios medios de hacer tan crecidas limosnas, que no era posible comprender cómo podia sostenerlas en tiempo tan calamitoso, en que los bárbaros se habian apoderado de todas las rentas de la Iglesia; añadidas á esta admirable caridad su modestia, su humildad, su dulzura y su afabilidad, estaba edificado todo el pueblo al ver la singular piedad y excelentes virtudes que brillaban en Eugenio.

Como la conducta del santo Pastor era en todo conforme con el espíritu del Evangelio, y su reputacion se extendia por todas partes, los Arrianos concibieron tanta envidia, y con especialidad Cirila ó Cirola, que miraban como patriarca de su secta, que no hubo calumnia que no inventasen para hacerle odioso con el rey Hunerico, á quien persuadieron que era conveniente á la tranquilidad del pueblo y del Estado el que Eugenio no predicase la palabra de Dios sentado en la silla episcopal, ni el que permitiese que entrasen en la iglesia hombres y mujeres vestidos á la vándala. Representó el Santo, luego que se le intimó la órden del Rey conforme á las persuasiones de los herejes, que estando la casa de Dios abierta, no podia expe-

ler de ella á los que venian á orar y á instruirse en la doctrina cris-
tiana, y mucho menos á los que vestian segun el uso de la nacion,
siendo como eran vasallos del Rey. Aquella justa satisfaccion irritó
á Hunerico de tal manera, que de su órden se pusieron ministros á
la puerta del templo, los cuales prendian por la cabeza con garfios
de hierro á los hombres y mujeres que con ropas vándalas veian
acercarse al templo, cuya crueldad hizo perder la vida á muchos de
ellos.

Estos fueron los principios de la horrible persecucion que aquel
bárbaro Príncipe suscitó poco después contra la Iglesia católica, su-
perior, si cabe, á las mas sangrientas de los paganos; en la que des-
terró de un golpe cerca de cinco mil personas, sin tener compasion
de la edad, del sexo, del estado, ni aun de los enfermos, haciendo
sufrir á todas las vírgenes consagradas á Dios los mas crueles tor-
mentos y vergonzosos insultos. No satisfecho su inhumano corazon
con tan lastimoso estrago, buscó medio para extinguir de una vez el
cuerpo místico de la Iglesia católica. Incitado por los Arrianos, en el
año séptimo de su reinado, hizo que se leyese en la iglesia de Car-
tago, donde celebraba Eugenio los misterios divinos, cierto edicto
en que ordenaba se juntasen los Obispos católicos con los Arrianos
en Cartago, para disputar sobre el punto de la controversia; con obli-
gacion de probar los ortodoxos la expresion *Consustancial* por las san-
tas Escrituras, bajo el conocimiento de que esta voz, ó la de *homou-
sion*, no se hallaba literalmente en los Libros sagrados, aunque sí mu-
chas sentencias justificativas de su concepto. Resolvieron los Prelados
que Eugenio, como su cabeza, expusiera al Rey lo que estimase con-
veniente, á fin de eludir el perverso designio que disfrazaba el de-
creto. Hízolo el Santo por medio de un escrito breve, pero portento-
so, por el que representaba que los Católicos ni temian, ni rehusa-
ban la disputa; pero que era preciso participarla á los Obispos ul-
tramarinos, pues la causa era comun á toda la Iglesia, ó á lo menos
se le permitiese consultar con la Silla apostólica, para que como ca-
beza y matriz de todo el orbe cristiano, les manifestase sus sentimien-
tos acerca del artículo de la controversia. La razon secreta que tenia
nuestro Santo para obrar de este modo no era porque faltasen en el
África obispos capaces de refutar las objeciones de los Arrianos, sino
poner el negocio en términos de hacer venir á Cartago otros prela-
dos, que no sujetos á la dominacion de los vándalos, pudiesen hablar
con mas libertad, y hacer saber á todo el mundo la opresion bajo la
cual los Católicos gemian en el África. Pero mal satisfecho Hunerico

con la representacion de Eugenio, empleó su indignacion en atormentar sin medida á los obispos mas sabios, desterrando á unos con privacion de todos los auxilios necesarios, y mandando quitar la vida á otros; todo con el fin de facilitar á los de su secta la victoria que se prometia en la disputa pública que tenia indicada.

En este tiempo obró el Santo el prodigio de dar vista á un ciego; y divulgado el milagro por toda la ciudad, mandó Hunerico prender al ciego para saber de él la verdad del suceso. Pero no pudiendo los Arrianos eludir aquella maravilla, que por ser tan pública dió nuevo realce á la santidad de Eugenio, persuadieron al bárbaro Príncipe que todo era una ilusion mágica del obispo de Cartago; por lo que montando en cólera, se inclinó á perderle como á un mago encantador, mientras los sectarios por otra parte buscaron medios de quitar la vida al ciego, por un motivo semejante al que tuvieron los judíos, cuando quisieron matar á Lázaro resucitado por Jesucristo.

Después de estos sucesos llegó en fin el dia de la conferencia en el lugar que señalaron los Arrianos. Los Católicos por evitar todo tumulto y confusion eligieron diez de ellos, para que hablasen en nombre de todos. Cirila, pretendido patriarca de los sectarios, escoltado de una multitud de satélites, sentóse en un trono eminente á presidir la asamblea, dando lugar con sus tropelías á que los demás se quejasen sobre querer tratarlos con espíritu de dominacion, y forzar la libertad que debe intervenir en los juicios. Las resultas de estos justos sentimientos, y de la representacion que Eugenio hizo, sobre que tratase el negocio tranquilamente sin los alborotos que ocasionaron los Arrianos, no fueron otras que las de mandar Hunerico que se diesen cien palos á cada uno de los Obispos católicos. Sufrieron aquellos prelados con heróica paciencia el infame castigo; pero ni esta desusada pena, ni otras mayores con que fueron conminados, les intimidó para dejar de querer que se terminase la controversia. Dijeron los Arrianos á su Patriarca que propusiese, y se excusó con que no sabia la lengua latina, siendo así que jamás habia sabido otra; y viendo que los Católicos estaban preparados para el combate mas de lo que creia, lo evitó por todas suertes de artificios.

Eugenio, que tenia previsto lo que sucederia, y que el inicuo Patriarca no estaba en disposicion de entrar en disputa, por mas que presuntuosamente hiciese semblante de quererla, tenia dispuesta una confesion de fe que puso en sus manos. Aturdido este con los de su secta al oir leer un escrito que les imponia perpetuo silencio, á pesar de los gritos que les daba su conciencia, recurrieron al Rey, y

en calidad de queja le dijeron un millon de falsedades de los Obispos católicos. No habia esperado este Príncipe las nuevas calumnias para determinarse sobre lo que tenia resuelto hacer contra la Iglesia. Tenia ya formado su cruel edicto, el que dirigió secretamente á diversas provincias, mientras los Obispos estaban juntos en Cartago, mandando que en un mismo dia se cerrasen todas las iglesias de los Católicos, y que se extrajesen todos sus bienes. Y aunque quiso se suspendiese la ejecucion hasta dar tiempo para que deliberasen los Prelados sobre los ofrecimientos que les habia hecho de conservarles en todos sus derechos, si abrazasen su secta; luego que supo lo ocurrido en el congreso, mandó que los Obispos católicos que estaban en Cartago fuesen despojados de todo cuanto tenian, y echados de la ciudad, con prohibicion á toda clase de personas de asistirlos ó alimentarlos, bajo la pena al que tuviera esta compasion, de ser quemado en su habitacion con toda su familia.

Como san Eugenio era el principal jefe que sostenia la verdad católica, experimentó con mas rigor los efectos de la inicua providencia. Aunque algunos escritores señalan diversos motivos por causa de su destierro á Trípoli, otros creen que fue efecto de la conferencia particular que tuvo á presencia del Rey con los Arrianos, en la que les confundió prodigiosamente; y de un nuevo milagro con que descubrió el artificio de los herejes, que quisieron aparentar igual gracia que la del siervo de Dios. El hecho fue, que Cirila, patriarca de los sectarios, habiendo pagado á un hombre para que hiciese el ciego, le instruyó en lo que debia hacer y decir, puesto en el sitio que le señaló para hacer público el suceso. Así concertado el fraude, acompañado Cirila de san Eugenio y otros Obispos, pasó como por caso por el lugar donde estaba el fingido ciego, quien clamó al Patriarca, ponderando su virtud, para que le restituyese la vista; y fingiendo Cirila compasion, le dijo: Para prueba de que la fe que profesamos es verdadera, tus ojos sean abiertos. Cuando esperaba el hereje los aplausos de su pretendida maravilla, permitió Dios, para que se descubriese la impostura, que aquel hombre quedase efectivamente ciego, quien acongojado de que el cielo así le castigaba por el engaño, pidió á Dios perdon, y refirió públicamente toda la ficcion del arriano. Eugenio, que halló ocasion de desengañar con este motivo á los incrédulos, levantó su corazon á Dios, tocó los ojos de aquel miserable, hizo sobre ellos la señal de la cruz, y recuperó la vista al momento. Supo Hunerico todo el suceso; y en lugar de concebir una justa indignacion contra los impostores, decretó el destierro

de san Eugenio á los desiertos de Trípoli en las extremidades de la provincia Vizanzana.

Aunque los obispos arrianos se ensangrentaban contra los Católicos, ninguno de ellos era mas violento que Antonio, obispo de Tamala, ciudad inmediata al desierto donde estaba Eugenio. Era aquel un conocido delincuente, manchado con una multitud de crímenes detestables. Como su furor contra los Católicos era público, Hunerico le cometió la guardia del santo Obispo, y adelantándose á mas de lo que se le habia ordenado, encerró á Eugenio en una prision horrenda; pero no osando teñir sus manos en la sangre del inocente, trató de darle muerte lenta á fuerza de malos tratamientos y toda suerte de penalidades. En medio de suerte tan infeliz, olvidado el santo Prelado de sus propios males, lloraba los que padecia su rebaño y demás católicos del África. Además de las lágrimas que derramaba, afligia su delicado cuerpo, atenuado con los trabajos y la vejez, con un áspero cilicio de que se hallaba cubierto, durmiendo sobre el desnudo suelo. Este tenor de vida verdaderamente austera y penitente, acompañado de las incomodidades que padecia en el calabozo, le hizo caer en una parálisis que le puso en los umbrales de la muerte. Antonio oyó la novedad con mucho gozo, y pasó á visitarle para recrear sus ojos en el espectáculo de dolores á que estaba reducido el venerable prisionero; y para acelerar su muerte hizo traer el vinagre mas fuerte que se pudiera hallar, del que mandó llenarle la boca por fuerza; pero Dios permitió que lo que debia acelerar los dias de su vida sirviese del mas eficaz remedio para que recuperase la salud.

Hunerico, consumido de pena por no haber podido ver la ruina de la Iglesia católica á pesar de los crueles medios y diversidad de arbitrios que habia tomado por la consecucion de este perverso intento, consternado de ver al África desolada por una horrible hambre que causaba la muerte de millares de vándalos, murió infelizmente en el 13 de diciembre de 484, comidas de gusanos todas las partes de su cuerpo, en los transportes de un frenesí espantoso que le hizo arrojar las entrañas por la boca. Sucedió á este tirano su sobrino Gustabondo ó Gundesbondo, quien dejando resfriar la persecucion insensiblemente, dió lugar á Eugenio para que volviese á su iglesia, donde el dignísimo Prelado se esmeró con infatigable celo en reparar las ruinas que los enemigos habian causado en su rebaño todo el tiempo de su destierro. Y tuvo la felicidad de hallar en el papa Félix un excelente cooperador, que le envió diferentes favorables expe-

dientes para recibir á penitencia á los que habian caido durante la persecucion, después de deliberado el asunto en el concilio que celebró en Roma en el año 488. Aunque Gustabondo tuvo una grande consideracion á las virtudes de Eugenio, mayor de lo que se podia esperar de un príncipe arriano, manifestando en no pocas ocasiones, que por respeto á tan eminente Obispo no estaba distante de favorecer á los Prelados católicos, á quienes con efecto restituyó á sus iglesias del destierro en que se hallaban; con todo los herejes arrianos no dejaban gozar paz á Eugenio en medio de su grey, haciendo los mas fuertes esfuerzos para malquistarle con el Rey; lo que motivó decir el papa Gelasio á los obispos de Dardania que en el reinado de Gustabondo, que era en el tiempo de su pontificado, el santo Prelado padecia una especie de persecucion.

Parecia prometerse la Iglesia del África una paz sólida en el reinado de Gustabondo, cuando fue arrebatado del mundo en el año 495, dejando por sucesor de la corona á su hermano Transamundo. Este nuevo Rey, de espíritu mas ligero y menos correcto que su antecesor, dominado de los prelados de su secta, volvió á abismar la Iglesia católica en las mismas aflicciones que le habia causado su tio Hunerico. Por esta causa el Santo no pudo permanecer mucho tiempo en la silla de Cartago después de la elevacion de aquel Príncipe, que no pudiendo resistir las sugestiones de los herejes, le hizo salir desterrado de todos sus dominios; con cuyo motivo se retiró Eugenio á Albi, ciudad de Aquitania en los confines de la Galia Narbonense, donde encontró bastante quietud para esmerar su celo en la ereccion de un monasterio en la ciudad de Vians, en el que formó discípulos imitadores de sus virtudes. Allí vivió algun tiempo, hasta que consumido de trabajos y del rigor de sus penitencias, murió con la muerte de los Santos en el dia 6 de setiembre del año 505. Su venerable cuerpo fue sepultado en el mismo lugar cerca del túmulo de san Amarand, mártir, donde permaneció hasta el año 1404, en el que Luis de Ambosse, obispo de Albi, lo trasladó con las reliquias de otros Santos á la catedral de Santa Cecilia, donde se le tributa la veneracion correspondiente.

Genario Marsella ha puesto á nuestro Santo en el órden de los escritores eclesiásticos, cuyos escritos le han dado á merecer esta graduacion, pues son verdaderamente monumentos inmortales de su gran sabiduría, de su pureza, de su fe y de su celo apostólico. Los cuales son una exposicion de la fe católica, que contiene todo el tercer libro de la historia que san Víctor de Vite compuso de la perse-

cucion de los vándalos: un apologético en defensa de la misma fe: una carta pastoral que escribió á su pueblo al partir para su primer destierro, que nos ha conservado san Gregorio de Tours en la historia de Francia: un tratado historial y dogmático, bajo el título de altercacion con los Arrianos: un discurso al rey Hunerico, de que hace mencion el mismo Víctor de Vite, impreso en Paris en 1693, á expensas del P. D. Thiers Ruinart, de la congregacion de san Mauro.

SAN ELEUTERIO, ABAD.

San Eleuterio, padre del monasterio de San Marcos evangelista, en la ciudad de Espoleto, fue de tanta virtud, que con sus oraciones resucitó un muerto. Cierto dia, caminando, no tuvo donde recogerse, sino es en un monasterio de religiosas que habia en aquel paraje. Estas siervas de Dios tenian un niño, á quien todas las noches atormentaba el demonio, apoderándose de él. Pidieron al Santo, permitiese que aquel niño durmiese con él aquella noche, sin decirle por qué. Concedióle el bendito Padre, y por la mañana le preguntaron: ¿Cómo le habia ido con el huésped? El Santo respondió, que muy bien: y como entendiesen que por su virtud el demonio no se habia atrevido aquella noche al muchacho, le pidieron se le llevase en su compañía, refiriéndole lo que pasaba. Llevósele consigo á su monasterio, y nunca mas el demonio se atrevió á inquietar aquella criatura. Pasaron muchos dias, y gozoso el santo Abad de ver tan sano y bueno, y libre del demonio aquel muchacho, lleno de alegría dijo un dia á sus monjes: El diablo se burlaba de aquellas santas religiosas, y así atormentaba á este niño; pero ahora no se atreve. Aunque dijo estas palabras con sinceridad, no dejó de deslizarse algo en la vanagloria de tan gran milagro: lo cual conoció al instante por los efectos, pues al mismo punto se apoderó el demonio del muchacho, y comenzó de nuevo á atormentarle. Reconoció el Santo su culpa, aunque fue tan ligera, que cási era dudoso que la hubiese cometido: lloróla amargamente, y pidió á todos los monjes se pusiesen en oracion, protestando, fiado en la divina misericordia, que ni él ni otro alguno de ellos habia de probar bocado de pan hasta tanto que aquel niño estuviese bueno y libre del demonio. Y como la oracion de muchos vale mucho con Dios, al fin alcanzaron el perdon de aquella ligera culpa de vanagloria que el santo Abad habia cometido, y juntamente la salud del niño, tan cumplidamente, que nunca jamás el demonio se atrevió á entrar en él.

Al fin lleno de dias y virtudes, dió su santísima alma á Dios tal

lia como hoy por los años del Señor de 580. Escribió su vida el glo-ioso y magno pontífice san Gregorio, *cap. 33, lib. 3 de sus Diálogos.*

La Misa es en honor de san Eugenio, y la Oracion la que sigue:

Praesta, quaesumus, omnipotens Deus, ut beati Eugenii martyris tui atque pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et alutem: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que en la devota solemnidad de tu obispo y mártir san Eugenio, aumentes en nosotros el espíritu de la piedad, y el deseo de nuestra salvacion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

a Epistola es del capítulo v *de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Charitas Christi urget os, aestimantes hoc; quoniam si unus pro omnibus mortuus est, ergo mnes mortui sunt; et pro omnibus ortuus est Christus; ut, et qui vi-unt, jam non sibi vivant, sed ei, qui ro ipsis mortuus est, et resurrexit. aque nos ex hoc neminem novimus cundum carnem. Et si cognovimus cundum carnem Christum, sed nunc m non novimus.

Hermanos: La caridad de Cristo nos estimula á juzgar esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron, y el que murió por todos es Cristo: para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que por ellos murió, y resucitó. Y así, por esto nosotros no hemos conocido á ninguno segun la carne; pues aunque segun ella conocimos á Cristo; pero ya ahora no conocemos *de este modo.*

REFLEXIONES.

Que toda la tierra esté regada con la sangre de Jesucristo, efecto de su ardiente caridad; pero decidme, ministros del Evangelio, ue toda la tierra esté cubierta de pecadores, ¿no lo imputará el Salndor á la frialdad de la vuestra? Vino á pegar su divino fuego á da la tierra; no desea otra cosa sino que se encienda: ¿á quién atriuirá que no prenda este celestial fuego, por falta de quien le sople y avive? Para interesarse con ardor y con verdadero celo en la salvaon de los prójimos, es menester persuadirse, y pensar, con el apósl san Pablo, que de tantas almas como corren ciegas á la perdicion, una sola hay á quien Dios no quiera sinceramente salvar. Limir al corto número de los escogidos el beneficio de la redencion, es tivar á lo ministros celosos de aquella confianza que los sostiene, ando aseguran que no trabajan en balde, ni á lo que saliere, sino reglándose á la intencion y á la voluntad de Jesucristo. Ninguna sa acobardaria, extinguiria mas aquel su abrasado celo, que este nesto, este pernicioso error. ¿A qué fin atravesar tantos mares, conmirse vanamente en inútiles trabajos, para hacer entrar en el re-

dil un cási infinito número de gentes, que ni oyeron la voz del Pastor, ni fueron jamás, ni jamás podrán tampoco ser ovejas de su rebaño? ¿Qué consideracion podrá animar este celo, una vez que se dé lugar á la herética opinion de que hay en el mundo una inmensa multitud de almas por las cuales no murió Jesucristo? ¿Ni quién podrá excitar, fomentar y mantener en los mismos fieles la debida confianza, una vez que estén persuadidos á que por mas que hagan, ni tuvieron, ni ya pueden tener parte en los méritos y en la muerte del Salvador? No hay herejía mas propia para introducir en el mundo la corrupcion de las costumbres. La duda sola de si Jesucristo murió por todos los hombres quita el aliento á los pecadores, y apaga la confianza á los justos. ¿Para qué será mortificarme, ni estarme haciendo toda la vida una cruel y penosísima violencia? Si Dios no murio por mí, todos mis esfuerzos y todas mis victorias son inútiles; el mortificarme es perder tiempo. Y si este divino Salvador se dignó morir por la salvacion de mi alma, aunque persevere hasta la muerte en los mayores desórdenes, ninguno me quitará morir con la muerte de los Santos. ¿Puede imaginarse error mas pernicioso? Así, pues, no hay hereje de esta especie que no tenga costumbres muy estragadas, bajo la máscara de una aparente piedad. ¡Oh Señor! ¡y qué poco conocidas son las consecuencias de vuestra preciosísima muerte! A quien no las penetra, fácil cosa es decir que no pedís tan alta perfeccion á todos aquellos á quienes quereis salvar. Pero el que considera, que habiendo muerto por todos los hombres, á todos les impusísteis la estrecha obligacion de vivir única y precisamente para Vos, de arreglar su vida á los preceptos y á las máximas del Evangelio, con dificultad descubre qué temperamento se podrá aplicar á la vida mas austera, ni qué diferencia puede haber entre una vida que enteramente debe estar consagrada á Dios, y en una total abnegacion. Ni hay que decir, que no se descubre culpa, ni cosa que parezca reprensible en el apego que se conserva á ciertos objetos; en oliendo este apego á cosa de la carne, y en siendo segun su inclinacion y sus deseos, ya no se puede componer con un estado en que solo nos debe ocupar lo que se refiere á Dios. Ahora juzga tú si el espíritu y las máximas del mundo pueden convenir á unos hombres que están indispensablemente obligados á vivir segun el espíritu y las máximas de Jesucristo.

El Evangelio es del capítulo XI *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Venite ad me omnes, qui la-

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Venid á mí todos los que tra-

boratis, et onerati estis, et ego refi-ciam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde; et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

bajais, y estais oprimidos, que yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, y encontraréis descanso para vuestras almas. Mi yugo, pues, es suave, y mi carga ligera.

MEDITACION.

De la vida del siglo.

Punto primero.—Considera que la vida del siglo es una vida tumultuosa, poco cristiana, llena de inquietudes, de disgustos, y siempre acompañada de crueles remordimientos. Por mas que los mundanos se esfuercen á hacernos las mas risueñas pinturas de ella, por mas que nos la pinten con términos pomposos y falaces, por mas brillantes que sean los colores con que intentan retratarla; ni su simulacion, ni sus artificios alteran un punto la naturaleza del estado. Con todas esas afeitadas mascarillas, con todas esas floridas exterioridades, con todas esas risueñas apariencias, la vida del siglo es una dura esclavitud, es la region de los trabajos y de los lamentos. Aquellos mismos que mas claman contra esta verdad experimental, esos son los que interiormente la conocen y la palpan mejor que todos los otros. Mientras descaradamente afectan cierto aire artificioso de libertad, al mismo tiempo que ponderan tanto sus diversiones y sus gustos, cuando están haciendo ostentacion de su quimérica felicidad, allá dentro de su corazon están confesando, que ni hay, ni hubo jamás condicion mas esclava, mas penosa, ni mas infeliz que la suya. ¿Qué opresion mas molesta, buen Dios, que aquella con que se vive en el siglo? Es preciso sufrir á unos, contemplar á otros, y depender de todos. No se ignoran las mañosas artes de un concurrente, la mala voluntad de un enemigo oculto, los lazos y los artificios de la emulacion; con todo eso es menester disimularlo todo, tragarlo todo, sin descuidarse en que salga á lo exterior la menor señal de desconfianza. Es menester estar siempre muy sobre aviso, al mismo tiempo que hacia fuera se hacen las mas vivas, pero las mas engañosas expresiones de amistad, las que en suma no son otra cosa que un mero cumplimiento; porque no hay que buscar en el mundo amistad sincera y verdadera. En él todo se gobierna á gusto de las pasiones, las cuales dominan como tiranas, y su tiranía es servilmente aplaudida. ¡Ah mi Dios! ¿cuándo hubo violencia mas universal, esclavitud mas horrible, vida mas abundante de disgustos y de amarguras? ¿Qué dia

amanece sereno en esa vida mundana? ¿qué dia sin turbacion, sin borrasca, sin algun accidente enfadoso y desgraciado? Represéntase la vida arreglada como una vida que causa horror; créese que el claustro es una honrada, pero espantosa prision; considérase el estado religioso como el de una esclavitud. ¡Ah! que los seglares en solo un mes tienen que hacerse mas violencia, tienen que padecer mas enfados, tienen que tragar mas pesadumbres, tienen que sufrir menos libertad, y tienen que vencerse mas que los mas austeros y los mas estrechos religiosos en el largo espacio de la vida. Hasta las diversiones de los seglares están llenas de amarguras. Mucho tumulto y mucho ruido en todas ellas; pero ¿cuándo hubo nunca ni una sola, dulce, sosegada y tranquila? ¿A qué partida de diversion, de juego, de convite, y de fiesta mundana no se siguieron siempre disgustos y desazones? No siempre es el gusto lo que mas se siente. La envidia, la murmuracion, la ingratitud, y otros mil sentimientos suelen ser el fruto de estas locas aventuras. ¡Ah Señor! no hay suerte mas infeliz que la de aquellos que sirven á otro dueño que á solo Vos.

Punto segundo. — Considera que entre todos los que hacen una vida verdaderamente mundana, ni uno solo hay que no pueda decir, y que no diga efectivamente: *Per totam noctem laborantes, nihil cepimus.* Toda la noche estuvimos remando y trabajando, y al cabo nada cogimos. Esta es, en una palabra, la vida del mundo. Noche sombría y oscura, vida que toda se pasa en lóbregas tinieblas, por la falta de fe y de consideracion de las verdades eternas, por el embarazo y tumulto de los negocios que sofocan el espíritu, por el ardor de las pasiones, que no solo debilitan las máximas de la Religion, sino aun las mismas luces de la razon natural; y en fin, por un amor impetuoso y ciego á las cosas sensibles, á los deleites, y á todo lo que halaga y lisonjea á los sentidos. De aquí nace aquella insensibilidad, y aun aquel tedio con que se mira todo lo que toca á la Religion; aquella lastimosa ceguera, que es cási comun á la mayor parte de los que traen una vida tan poco cristiana: *non est qui recogitet corde.* Compadezcámonos de todos los que pasan sus dias en tan espesas tinieblas; y rindamos gracias á la misericordia del Señor, porque se dignó sacarnos de ellas. Pero estas tinieblas no son tranquilas ni descansadas: *laborantes:* se trabaja, se padece, se fatiga, se gasta la salud y la vida, se está uno haciéndose á sí mismo continua violencia; y todo ¿para qué? para nada; para hallarse al cabo con las manos vacías: *nihil cepimus.* Nada para el cielo y para la eternidad; por-

que ¿de qué sirven para la otra vida todos esos trabajos emprendidos y devorados en servicio del mundo, y con el espíritu del mismo mundo? ¿de qué sirven esas eternas inquietudes, esos celos devoradores, todos esos disgustos, único salario de un amo ingrato, duro y cruel? ni ¿de qué sirven tampoco esos estériles enfados, y aun arrepentimientos, frutos naturales de una vida mundana? De buena fe, aquellos que viven segun las máximas y el espíritu del mundo, ¿creen seriamente que tienen una vida cristiana? Y ¿no seria burlarse de la Religion si se creyese que para ser cristiano bastaba tener la fe del Bautismo? Pero muchas veces, y ¿qué otra cosa mas tienen de cristianos esos enemigos de las máximas y del espíritu de Jesucristo? ¿esos hombres que huyen de los Sacramentos, y no tienen mas parte en el convite del Señor que cuando, cási á su pesar, les llevan el Viático? ¿Se puede decir que es cristiano, el que solamente lo es cuando recibe el Bautismo, y solamente lo parece poco antes de morir? Pues tal es la vida de la mayor parte de los hombres del siglo. Pocos de ellos harán esta meditacion; mas no por eso es menos lastimosa su conducta, porque no por eso es menos culpable. Los que la hicieren no podrán menos de confesar, ó á lo menos de conocer la solidez y la verdad de todas estas reflexiones. Dichosos de ellos si se quisieren rendir á las saludables solicitaciones de la gracia.

Jaculatorias.—Sí, mi Dios, todos sabemos que somos hijos vuestros, y no ignoramos tampoco que el espíritu maligno se ha apoderado de todo el mundo. (*Joan.* v).

Sí, mi Dios y mi Señor, en el mundo no encontré mas que maldades y contradicciones; y sobre eso muchos trabajos, muchas fatigas y muchos pecados. (*Psalm.* liv).

PROPÓSITOS.

1 El espíritu del mundo en todo se introduce, y donde está introducido reina la iniquidad, la turbacion y la afliccion de espíritu. En esos lugares santos, desviados del tumulto, que eran hasta aquí un asilo de la tranquilidad y de la inocencia, los ha forzado, por decirlo así, este enemigo de la salvacion. Penetró el contagio hasta los claustros religiosos, y con él penetraron tambien aquellos desórdenes, que se creia no poderse encontrar sino en el siglo. El espíritu de ociosidad, de tibieza, de inmortificacion, de relajacion, de delicadeza y de regalo se insinuó hasta en el mismo desierto: mézclase una vez el demonio entre los mismos hijos de Dios, y de aquí na-

cen aquellos tristes ejemplos. Examínate hoy si acaso estás tocado de este contagioso mal: mira si te anima el espíritu de observancia, de mortificacion y de devocion. En caso de encontrar alguna relajacion en tu conducta, alguna alteracion en tus antiguas máximas, algun desmayo, tibieza, ó disgusto en tu corazon, acude sin dilacion al remedio, y destierra de tu corazon y de tu espíritu todo lo que tenga el carácter de espíritu maligno, volviendo á una vida fervorosa, mortificada, observante, y enteramente opuesta á la vida del mundo.

2 En todas tus empresas, en todo tu proceder y en todas tus acciones examina bien el espíritu que las anima: presto te le descubrirán tus mismas obras y tus propias máximas. Mira con horror la profanidad, la glotonería, las diversiones puramente mundanas, el juego, los espectáculos, y todo lo que caracteriza á los hombres del mundo. Sé cristiano hasta en las diversiones; y en todo sea la piedad, la modestia y la mortificacion tu verdadero carácter.

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

El glorioso martirio de san Juan, mártir, en Nicomedia; el cual viendo los crueles edictos que estaban fijados en la plaza contra los cristianos, ardiendo en celo de la fe los quitó, y los hizo pedazos; y habiendo llegado la noticia de este hecho á los emperadores Diocleciano y Maximiano, que á la sazon se hallaban en aquella ciudad, lo mandaron atormentar con todo género de castigos; los cuales sufrió el glorioso varon con tanta alegría, que ni en la cara ni en el ánimo se le notó la mas leve señal de tristeza.

San Eupsichio, mártir, en Cesarea de Capadocia; el cual en tiempo del emperador Adriano, siendo acusado de que era cristiano, fue llevado á la cárcel; poco después le dieron libertad, y vendió su patrimonio, repartiendo una parte del precio á los pobres, y la otra á los que le habian acusado como á sus bienhechores; pero habiéndolo vuelto á prender, por sentencia del juez Sapricio fue descarnado y atravesado con una espada, y de esta suerte alcanzó la palma del martirio.

San Sozonte, mártir, en Pompeyópolis ó Palesoli en Cilicia; el cual habiendo sido echado á una hoguera en el imperio de Maximiano, entregó su alma á Dios. *(Era de Licaonia, y habiendo entrado en un templo gentílico de la ciudad de Pompeyópolis, se llevó una estatua de oro que en él habia, la deshizo, la vendió, y distribuyó su producto á los pobres. Habiendo sido preso confesó el hecho, y fue condenado al martirio).*

San Anastasio, mártir, en Aquileya.

Santa Regina ó Reina, vírgen y mártir, en la diócesi de Autun; la cual en tiempo del procónsul Olibrio, después de ser atormentada con la prision, con el potro y con las planchas ardiendo, habiéndole cortado la cabeza voló al Esposo. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Nemorio, diácono, y sus compañeros, martirizados por Átila, rey de los hunos, en Troyes.

La dichosa muerte de san Evorcio, obispo, en Orleans en Francia: el cual primeramente fue subdiácono de la Iglesia romana, y después por disposicion divina y por la señal milagrosa de una paloma, fue hecho obispo de Orleans.

San Augustal, obispo y confesor, en Francia.

San Panfilo, obispo, en Capua.

San Clodoaldo ó Cloud, presbítero y confesor, en territorio de Paris (*Véase su historia en las de este dia*).

SANTA REGINA Ó REINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Tiénese por cierto que la ciudad de Alisa, en el obispado de Autun, condado de Borgoña, ó de Alexia, en el país de Duesnois, parte de la provincia de Auxois cerca de la ciudad de Flavigni, tan famosa en la historia por el sitio que la puso Julio César cási cincuenta y dos años antes del nacimiento de Cristo: tiénese por cierto, vuelvo á decir, que la ciudad de Alisa, hoy Alexia, fue patria de santa Regina, una de las mas ilustres Mártires del tercer siglo. Nació por los años de 258, de padres tan distinguidos en el país por su nobleza, como por su ciega adhesion á las supersticiones de los gentiles. Pocos dias después que nació, perdió á su madre; y su padre Clemente se vió precisado á darla á criar á una ama que por dicha era cristiana, sin que el padre, idólatra furioso y enrabiado, supiese palabra de esto. No hubo niña mas amable desde la misma cuna, por lo que el ama la cobró tanto amor como si fuera su hija; y la divina Providencia, que la habia escogido en medio del paganismo para confundir la idolatría, y para que triunfase la Religion en una niña de diez y seis á diez y ocho años, dispuso encontrase en su virtuosa ama todo cuanto habia menester para ser una cristiana fervorosa.

Las primeras lecciones que la dió fueron de la Religion; y apenas habia Regina explicar su pensamiento con la lengua balbuciente, cuando decia que queria ser cristiana. Fuelo con efecto, porque el ama, después de haberla instruido en los primeros principios de la Religion, la hizo bautizar secretamente; y habiendo mamado con la leche las verdades del cristianismo, crecia en sabiduría y en virtud, á paso que iba creciendo en edad, siendo todo su gusto oir hablar del valor de la virginidad y de la gloria del martirio.

Habiéndola dotado el Señor de una rara hermosura y de un excelente entendimiento, desde luego comprendió que la virtud de la pureza, á que tenia tanto amor, era una flor que se marchitaba estando

expuesta al grande aire del mundo, y que solo se conservaba á favor de la sombra y del retiro. Cási nunca se dejaba ver en público, pasando la mayor parte del dia en los oratorios secretos de los Cristianos, y lo restante del tiempo recogida siempre en su cuarto. El que no empleaba en la oracion, lo empleaba leyendo las actas de los Mártires, sintiendo mas particular deleite en leer las victorias de las santas Vírgenes que habian conseguido la palma del martirio; y abrasada toda en amor de Jesucristo, resolvió no admitir nunca á otro esposo, escogiendo por su madre á la Reina de las Vírgenes. Dedicó, pues, á Dios con voto su virginidad desde sus mas tiernos años; y en medio de ser tan niña, tan tierna, y de una salud muy delicada, solo suspiraba ansiosamente por el martirio. Su querida ama tenia gran cuidado de confirmarla en estos piadosos afectos, instruyéndola en lo mas santo y en lo mas perfecto de la Religion; y previendo que por su extremada hermosura estaba expuesta á sufrir grandes combates, la prevenia contra todos los lances que la podian suceder. Nunca mostraba Regina mayor resolucion, que cuando la pintaban con viveza los mas espantosos suplicios y los mas crueles tormentos. *Ten por cierto, ama mia*, decia con tono firme y determinado, *ten por cierto, que con la gracia de mi divino Esposo ninguna cosa será capaz de espantarme; y que antes los verdugos se cansarán de atormentarme, que yo de padecer. No me abandonará, no, mi Señor Jesucristo, en quien tengo puesta toda mi confianza.* Derramaba la piadosa ama dulces lágrimas de gozo, de ternura y de consuelo al oir estas palabras; y abrazándola tiernamente, la decia: *Espero, hija mia, que no he de tardar mucho en verte hecha una ilustre vírgen y mártir.* Verificóse muy presto este presentimiento ó vaticinio. Estaba su padre tan satisfecho de la señora en cuya casa se habia criado y educado su hija, que no quiso sacarla de ella hasta que llegase el caso de darla estado; y aunque corria algun rumor de que su hija era cristiana, no le pareció conveniente examinar á fondo la verdad, ó porque no la creia, ó por no verse precisado, si las sospechas pasaban á realidades, á sacar á Regina de la casa donde estaba á pension, y acaso tambien á castigarla. Pero al fin, las ventajosas conveniencias que se la ofrecieron, pretendiéndola para esposa los primeros señores del país, obligaron á Clemente á proponerla aquella que le pareció mas rica, mas ilustre y de mayor esplendor, pasando á ser con ella la primera señora de Borgoña.

Regina oyó con modestia la proposicion que la hizo su padre, y cuando llegó el caso de hablar, le respondió en tono firme, pero res-

petuoso: «Sé muy bien, padre y señor, el tierno amor que me pro-«fesais, y que en virtud de él, todo vuestro anhelo es hacerme di-«chosa, y con este mismo fin me proponeis esa rica conveniencia. «Pero, señor, si se hallase otra que fuese mas ventajosa para mí, «¿no la abrazaríais con gusto?—Sin duda, respondió el padre; pero «hija, ¿qué otro partido hay en toda la provincia que pueda hacer «ventajas al que te acabo de proponer?—El de ser cristiana, repuso «la Santa, y tener eternamente por esposo al que es verdaderamen-«te nuestro único Dios, nuestro Criador, nuestro Salvador y nues-«tro soberano Juez.—Pues qué, hija mia, exclamó el padre, ¡será «posible que te hayan fascinado tanto, turbándote la razon de ma-«nera que te hayas resuelto á abrazar la extravagante secta de los «Cristianos! Ya me habian querido persuadir que habias dado en «esas ridículas supersticiones; pero yo nunca pude creer de tu buen «juicio semejante locura.—No teneis razon, replicó la hija, padre «y señor, para darla ese nombre. Nunca tuve mas juicio, nunca fuí «mas prudente ni mas discreta que cuando logré la dicha de ser «cristiana; y espero que vos mismo dejaréis de ser pagano inme-«diatamente que os digneis prestar dóciles oidos á las verdades de «nuestra Religion.» El padre, ó fuese de indignacion, ó fuese de ternura, la volvió las espaldas; y al tiempo de irse la dijo en tono colérico: *Tú lo pensarás bien, y verás si quieres tenerme mas por tirano que por padre.* Luego que Regina se vió libre, voló á contar á su ama la conversacion que habia tenido con su padre; y abrazándola el ama estrechamente, la dió la enhorabuena de tan dichoso principio, y la exhortó á que con la oracion se dispusiese para el combate. Con efecto, irritado furiosamente el padre con la resolucion de la hija, la llamó, y comenzó á maltratarla después de haber experimentado inútiles los halagos y las amenazas.

Por este tiempo llegó á Marsella Olibrio, gobernador de las Gaulas en el imperio de Decio, hácia el año 253; y pasando á Alexia, le informaron luego del lance que sucedia entre Regina y su padre. El Gobernador quiso verla por la relacion que le hicieron de su extremada hermosura, y de las demás bellas prendas que la acompañaban. Presentóse Regina, y apenas la vió Olibrio cuando quedó enamorado de ella. Recibióla con respeto, y elogiando mucho su belleza, la declaró su pasion en términos que á cualquiera otra doncella la podrian hacer titubear; pero Regina, fijos siempre los ojos en el suelo, con vergonzosa modestia le respondió, que teniendo la dicha de ser cristiana, habia resuelto conservarse vírgen hasta la muerte, pre-

firiendo la virginidad á todas las coronas de la tierra. No por eso desistió el Gobernador; y continuando en sus tiernas halagüeñas expresiones, la despidió diciéndola que esperaba hallarla mas tratable el dia siguiente. *Mucho os engaña, señor, vuestro corazon*, respondió ella, *si os persuadis que pueda yo mudar nunca de resolucion: ni temo los tormentos, ni me hacen fuerza las promesas: mi partido está ya tomado: y así, tomad vos el vuestro.*

Habíala ya retirado á su casa el padre de la Santa; y habiéndose valido sin fruto de todos los artificios imaginables para pervertirla, echó mano de los mas duros tratamientos; pero como vió que nada adelantaba, él mismo, por una especie de desesperacion, la fué á delatar al gobernador de las Gaulas. Mandóla este comparecer otra vez en su presencia, con resolucion de intimidarla, y aun de valerse de los tormentos para vencerla; pero sola su vista le desarmó, y le derritió el corazon. Hablóla en términos igualmente atentos, tiernos y respetuosos que la primera vez; aunque tomando después un tono algo mas serio, la dijo: «¿Es posible, señora, que una doncella de «vuestro espíritu, de vuestro mérito y de vuestra calidad, se abata, «se envilezca tanto, que quiera ser sierva de un miserable galileo, «muerto por sus delitos en un afrentoso madero, y fundador de una «extravagante secta, que solo tiene por secuaces esclavos viles y mi«serables? Ten, hija mia, mas honrados pensamientos: yo estoy «prendado de tí, y no quiero reconocer otra esposa; dándome la ma«no serás una de las primeras señoras del imperio.» Oia todas estas lisonjas nuestra Santa con la mayor indiferencia y frialdad; pero luego que el Gobernador acabó de hablar, le respondió: «Señor, ese «que llamais galileo es el verdadero Dios: él mismo escogió voluntariamente el género de muerte que padeció por nuestra salvacion: «él mismo se resucitó por su propia virtud: los milagros que obró, «y en los cuales convienen hasta los mismos gentiles, prueban su om«nipotencia y su divinidad. Estos mismos pensamientos que ahora «mismo está inspirando á una tierna doncella, y el valor que me co«munica para despreciar igualmente las mas lisonjeras esperanzas y «los mas terribles tormentos, no son tampoco el menor de sus mila«gros.» Picóse el Gobernador de esta respuesta, y la dijo: *Ya que mi bondad no te ha hecho fuerza, verémos si te hacen mas cuerda los suplicios;* y mandó al punto que la llevasen á la cárcel. No pudo Regina disimular su alegría, mostrándola en el semblante y en las palabras. Encerrada en el calabozo, pasó toda la noche en oracion, colmándola el Señor de consuelos celestiales, que la encendieron el fer-

vor, y la inspiraron nuevo aliento, comenzando desde entonces á esperar que lograria la dicha de morir vírgen y mártir.

No le sufrió el corazon á Olibrio el tenerla en la cárcel por mas tiempo. Su pasion condenaba su dureza, dándole esperanzas de que al cabo su ternura y su constancia la vencerian. Mandóla, pues, traer á su presencia, y la habló con mas cariño, con mayor eficacia que nunca, suplicándola que no quisiese oponerse con obstinacion ni á su propia fortuna, ni á la mayor dicha del mismo Olibrio, sin omitir medio alguno de los que podian contrastar su firmeza. Agradecióle la Santa cortesanamente todas sus atentas y cariñosas expresiones; pero en punto de religion y de la resolucion en que estaba de no admitir jamás otro esposo que á su Dios, le habló en términos tan precisos, tan determinados y tan generosos, que el Gobernador salió fuera de sí; y convirtiéndose en furor toda su amorosa pasion, mandó que la metiesen el cuerpo dentro de un arco de hierro, que se conserva el dia de hoy en el monasterio de Flavigni, el que estaba cerrado con un candado pendiente de una cadena del mismo metal, y la cadena prendida á la pared por uno y otro extremo. Tenia Olibrio que hacer un viaje á Alemania, y dejó órden para que en aquel mismo estado la mantuviesen en la cárcel hasta su vuelta, menos que renunciase la fe y abrazase la idolatría. Era verdaderamente cruel este nuevo suplicio, en el que estuvo la Santa cerca de un mes sin poder sentarse ni echarse, continuamente dia y noche en una postura tan incómoda, y padeciendo grandes combates por todo este largo tiempo. Su padre, sus parientes y todas las personas de distincion que habia en Alexia, acudian sin cesar á la cárcel, dando fuertes asaltos á su fe y á su heróica constancia; pero aquella tierna doncellita de quince años se mantuvo inmoble; y tanto, que cuando Olibrio volvió de su viaje, no queria creer que perseverase en sus primeros propósitos, y la mandó comparecer delante de sí. Luego que la vió, revivieron en su corazon el amor y la ternura, y la rogó, la solicitó y la conjuró por los mas fuertes motivos y respetos que renunciase la religion cristiana; pero experimentando inútiles todas sus tentativas, mandó que la tendiesen en el potro, que despedazasen á azotes su delicado cuerpo con ramales armados de puntas aceradas, y que la atormentasen con la mayor crueldad que fuese posible. Habia concurrido toda la ciudad á un espectáculo tan horroroso; y apenas la gente vió correr la sangre de aquel tierno y delicado cuerpo, cuando levantó de todas partes tales gritos y alaridos, que atemorizaron y aun enternecieron al tirano. Mandó cesar aquel gra-

nizo de azotes, y que volviesen la Santa á la cárcel. Pasó en oracion toda la noche, y la consoló el Señor con una vision. Vió una cruz de prodigioso tamaño que llegaba de la tierra al cielo, y en lo mas elevado de ella una hermosísima paloma, cuyo resplandor y hermosura disipó luego toda la lobreguez del calabozo. Al mismo tiempo oyó una celestial voz que la decia: *Buen ánimo, digna esposa de Jesucristo; tu virginidad y tu paciencia te han merecido ya una corona que presto recibirás. La cruz te servirá de escala para subir á la gloria que ya tienes preparada.*

Luego que oyó santa Regina esta voz se la desvanecieron todos los dolores, y se sintió animada de cierto nuevo y mas vigoroso aliento. El dia siguiente, pareciéndole á Olibrio que era desaire y sonrojo suyo mostrarse vencido por una niña de quince años, mandó que aplicasen fuego á todas sus llagas, abrasándola con hachas encendidas, y para que le fuese mas sensible este tormento ordenó que la metiesen después en una tinaja de agua fria. En ninguno de los tormentos sintió la Santa el mas leve dolor; y como el pueblo estuviese asombrado de su alegía y de su tranquilidad, no cesaba Regina de persuadirle que todo era efecto del poder del Dios de los Cristianos, el cual convertia en delicias los mas espantosos y los mas horribles suplicios. Cuando estaba exhortando al pueblo á que se convirtiese, vió la misma paloma que habia visto en la cárcel, solo que ahora traia en el pico una preciosa corona, que se la puso blandamente sobre la cabeza, y al mismo tiempo se oyó una milagrosa voz que decia: *Ven, Regina, ven á reinar eternamente en el cielo con tu divino Esposo, ven á recibir el inestimable premio debido á tu perseverancia.* Esta maravilla de todos los circunstantes fue oida, y se convirtieron ochocientas y cincuenta personas, cuyo suceso hizo temer al Gobernador alguna sublevacion, y mandó que al punto la cortasen la cabeza. Así consumó su glorioso martirio esta jóven heroína cristiana el dia 7 de setiembre hácia el año de 253 en el imperio de Decio.

Los Cristianos enterraron su sagrado cuerpo en Alexia, donde estuvo oculto todo el tiempo que duró la persecucion; pero luego que la Iglesia gozó de paz, fue elevado de la tierra, y colocado en una rica caja. Al principio edificóse una capilla en su honor, y poco después un monasterio, que poco á poco pasó á ser una pequeña villa con el nombre de Santa Regina, por haberse multiplicado los edificios para recoger á los muchos que concurrian, atraidos de su devocion, para implorar la poderosa intercesion de la Santa en todo género de enfermedades. El abad Widrad, fundador del célebre mo-

nasterio de Flavigni, adornó y enriqueció mucho el sepulcro de santa Regina. El año de 864 Egil, abad de Flavigni, con permiso del rey Carlos el Calvo, y con licencia de Jonás, obispo de Autun, trasladó el santo cuerpo á la iglesia de su monasterio con grande pompa y solemnidad: en ella es reverenciado hasta el dia de hoy con prodigioso concurso de gentes, que acuden á implorar su intercesion.

EL BEATO MATEO DE AGRIGENTO.

Este siervo de Dios nació de padres nobles y ricos, en Agrigento, ciudad del ducado de Calabria. Cierto autor dice que eran españoles. Dióle Nuestro Señor buen entendimiento, y corazon de gran docilidad y muy amable. Ni en Agrigento, ni en Bolonia, donde hizo admirable progreso en las ciencias humanas, ni en otro alguno de los pueblos donde estuvo en su juventud, se dejó llevar jamás de este oropel de la vanidad, ni de las otras artes con que el demonio tiene perdida á tanta gente. Todo el afan de nuestro Santo era cómo haria oracion, cómo sacaria provecho de los sermones, cómo adelantaria en la caridad. Florecia por aquellos tiempos el gran predicador san Bernardino de Sena, cuyo celo habia ayudado mucho á la reforma de las costumbres en aquellas regiones. En los sermones de este siervo de Dios se sintió llamado Mateo á la vida religiosa: el mismo san Bernardino le dió el hábito de la Órden de los Menores. Propúsose desde luego imitar el celo y la caridad de su santo maestro: dióle el Señor un espíritu semejante al suyo, con él alternaba en el ministerio de la palabra, eran inseparables compañeros en esta conquista.

Sucedió por este tiempo que el rey don Alonso el V de Aragon, movido de la grande opinion que tenia de san Bernardino, á quien habia tratado en Nápoles, quiso que la exacta observancia de esta Órden, que por celo suyo se habia restablecido en aquel reino, se introdujese tambien en Valencia, Aragon y Cataluña. Escribió al Santo que para este fin le enviase frailes de espíritu y celo como el caso lo pedia. No halló san Bernardino otro mas á propósito que Fr. Mateo, el cual con su compañero Fr. Maestre fue en Valencia recibido de los Reyes y de toda la ciudad con las demostraciones de veneracion y gozo, que eran debidas al crédito de su virtud. Desde luego los reyes D. Alonso y doña María su mujer resolvieron fundar fuera de la ciudad el convento llamado de Santa María de Jesús en el sitio donde estaba la ermita de San Cristóbal. Era esto por los años 1428. Comenzólo á labrar el beato Mateo. La ciudad ayudó para el

principio de la fundacion con doscientos florines. Esta nueva empresa no detuvo en el siervo de Dios la carrera de su mision apostólica. Allí mismo predicaba con el celo de siempre, veíanse frutos maravillosos de su fervor, oíanle todos como Apóstol y como Ángel del cielo. Solo en un sermon del perdon de los enemigos, que predicó en el convento de san Francisco de la misma ciudad á presencia del Virey, del Gobernador y del Ayuntamiento, se observó una extraordinaria conmocion en el auditorio, no se oian por todas partes sino suspiros y lloros, y expresiones de muy vivo dolor: á voz en grito se perdonaron cincuenta y nueve homicidios en el mismo auditorio, firmándose el perdon con auto y escritura pública recibida por Jaime Fernando, escribano real, en 22 de febrero de 1428. Reprimió la licencia y liviandad de las mujeres perdidas, logrando que mientras él predicó no se viese ni una siquiera por las calles, lo cual ponderan sus historiadores como cosa de grande extrañeza: á este tenor se vieron otros frutos de su caridad apostólica en la reforma general de Aragon. Además del convento de Santa María de Jesús, de donde han salido religiosos muy señalados en virtud y doctrina, fundó tambien otros en Alicante, Zaragoza y Barcelona.

En medio de tan loables tareas supo la persecucion que padecia san Bernardino. Mostró desde luego deseo de volver allá para ayudar á su glorioso maestro en la buena causa que defendia. Resistiéronlo con grande esfuerzo el rey D. Alonso y la ciudad de Valencia. Al cabo venció la constancia del siervo de Dios, y el Rey lo proveyó de todo lo necesario para su viaje, expidiendo al efecto la correspondiente cédula. Á su llegada á Italia le dieron el obispado de Agrigento, el cual admitió por obediencia después de haberlo renunciado muy de corazon. Habíase en gran manera relajado el clero de aquella diócesis: especialmente se arrojaban muchos al vicio de la simonía, por cuyo remedio habia ya trabajado con gran fervor antes de venir á España. Redobló ahora el esfuerzo por si arrancaria esta mala yerba del campo que le habia mandado Dios cultivar. Volviéronse contra el labrador los árboles de cuya fecundidad se trataba. Acusáronle en Roma de muy graves delitos ante Eugenio IV. Decian que desparramaba malamente el patrimonio de los pobres, y que con falso celo habia turbado la paz del clero, y quitádole la buena opinion. Estos cargos iban vestidos con color de razon. Llamó el Papa á nuestro Santo para que respondiese. Hízolo el buen Obispo con la elocuencia de la verdad, y con la libertad apostólica que es propia de los Santos. Mostró al mismo tiempo la verdadera causa de equellas acu-

saciones, que era la ingratitud de sus súbditos al buen celo con que procuraba él que no se los llevara el diablo. Tales cosas dijo que Eugenio edificado y compungido le dió gracias por su vigilancia pastoral, y lo exhortó á que en lo porvenir no dejara á sol ni á sombra á los Simoniacos. Los malos no se sosegaron con esto. Acusáronlo nuevamente; el Papa se puso de parte de la razon, fomentando el celo con que nuestro Obispo á cara descubierta peleaba por la verdad y la santidad. Sin embargo, el siervo de Dios viendo la ojeriza que los malos eclesiásticos le tenian, creyó que le era mejor, dejada la carga de este oficio, retirarse á su celda. El papa Eugenio IV condescendió con sus ruegos, y le admitió la renuncia. Gobernó su obispado poco mas de tres años.

Quiso retirarse al convento de Santa María de Jesús, que habia fundado él fuera de los muros de Palermo; mas no encontrando en aquella casa el recibimiento que debia esperar, lo que sin duda permitió Dios para acrisolar con esta nueva prueba la virtud de su siervo, fuese á la casa de los Padres Conventuales que estaba dentro de Palermo, y en ella fue recibido con los brazos abiertos como correspondia al mérito de su persona y á la alteza de su dignidad. Divulgóse luego la repulsa que Fr. Mateo padeció en el convento de Santa María de Jesús. El vicario provincial de la observancia luego que supo esto vino á Palermo á ver si el caso tenia remedio, y suspendió de su oficio al prelado de aquella comunidad. El obispo oyó con gran mortificacion suya esta satisfaccion del vicario, alcanzó de él que perdonase á los culpados, y con la licencia de los Padres Conventuales volvió á su convento de la Observancia. En él pasó lo que le quedaba de vida: nunca dejó de predicar y confesar con el celo de siempre. Habiéndole Dios enviado la última enfermedad, para que pudiese estar mejor asistido dentro de la ciudad lo pasaron á la enfermería de los Padres Conventuales. Agravóse la enfermedad, preparóse para la muerte con nuevo espíritu y fervor; recibió los Sacramentos con devocion y lágrimas, y habiendo pedido con grande encarecimiento que lo enterrasen en el convento de Santa María de Jesús, entregó su espíritu al Señor.

Muerto el siervo de Dios, los Conventuales favorecidos de la ciudad pretendian quedarse con sus reliquias. Los Observantes sacaron con violencia el cadáver, favoreciéndoles el cielo con una recia lluvia que descargó sobre los que intentaban seguir el féretro. En el año 1612 en que lo trasladaron del arca antigua de madera á un magnífico sepulcro estaba incorrupto su cadáver. Tuvo culto público mas de

doscientos cincuenta años. El sumo pontífice Pio VI lo colocó en el catálogo de los bienaventurados.

SAN CLODOALDO Ó SAN CLOUD, PRESBÍTERO Y CONFESOR.

Este Santo, llamado por los franceses *san Cloud*, fue hijo de Clodomiro, rey de Orleans, hijo primogénito de santa Clotilde, y nació en el año de 522. Apenas contaba tres años cuando perdió á su padre, muerto en Borgoña, y quedó bajo la tutela de su santa abuela Clotilde, juntamente con sus dos hermanos Teobaldo y Guntero, en Paris. Preparábase la piadosa tutora para dar á sus nietos una educacion santa y digna de su nacimiento, cuando sus ambiciosos tios los reyes de Paris y de Soissons, invadiendo los Estados de Orleans, asesinaron con sus propias manos á sus dos sobrinos mayores hermanos de Clodoaldo, quien escapó de su furor por una especial providencia del cielo, y aquellos quedaron dueños del reino. El jóven Príncipe se retiró entonces á la celda que habitaba cerca de Paris el piadoso solitario san Severino, y allí aprendió tan pronto la verdadera ciencia de la salvacion, que, aun cuando tuvo muchas oportunidades de recobrar los Estados de sus padres, él mismo se cortó el cabello, declarando con este acto que renunciaba al mundo y se consagraba á Dios. Esta victoria sobre sí mismo la sostuvo constantemente con la humildad, mansedumbre y paciencia; con la austeridad de vida, vigilancia, continua oracion, y meditacion santa. Por este medio gozó en una estrecha celda de una paz que no podia ser interrumpida de las escenas de ambicion y vanidad, y un pobre sayal le daba mas satisfaccion que la púrpura mas rica; en su pecho y en su celda gozaba de cuanto podia apetecer en el mundo; y todos los dias daba mas gracias á Dios porque le habia sacado de Babilonia antes de ser infestado de su corrupcion.

Pasado algun tiempo, siendo para él ocasion de muchas turbaciones la inmediacion á Paris, dejó su primera morada, y se retiró á Provenza, donde vivió desconocido por algunos años. Pero sus virtudes y santidad le hicieron traicion, y viéndose agobiado de visitas y de admiradores, se volvió á Paris, donde fue recibido con las mas inequívocas muestras de alegría. Á solicitud del pueblo fue ordenado de presbítero por Eusebio, obispo de Paris, en el año 551, y después se retiró á un sitio sobre el Sena llamado entonces Nogent, y posteriormente san Cloud, á dos leguas de la capital de Francia, donde erigió un monasterio. Reuniéronsele en esta casa muchos hombres piadosos que vivieron bajo su direccion, y á quienes el Santo

alentaba en el camino de la virtud con sus instrucciones y con su ejemplo. Entonces fue cuando San Clodoaldo distribuyó todos sus bienes entre la Iglesia y los pobres. El Señor le llamó á la patria de los bienaventurados el dia 7 de setiembre del año de 560. El monasterio fue después convertido en iglesia colegiata, donde se guardan sus reliquias, y el lugar es conocido por su nombre.

La Misa es en honra de santa Regina, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui inter caetera potentiae tuae miracula, etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti: concede propitius, ut qui beatae Reginae, virginis et martyris tuae, natalitia colimus, per ejus ad te exempla gradiamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que entre las otras maravillas de tu poder hiciste llevar la corona del martirio aun en el sexo mas frágil; concédenos la gracia de que, siguiendo el ejemplo de tu vírgen y mártir santa Regina, cuya fiesta celebramos, podamos caminar á tí por medio de su imitacion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo 1 *de la primera que escribió san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Videte vocationem vestram, quia non multi sapientes secundum carnem, non multi potentes, non multi nobiles; sed quae stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes; et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia: et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quae non sunt, ut ea quae sunt, destruèret; ut non glorietur omnis caro in conspectu ejus. Ex ipso autem vos estis in Christo Jesu, qui factus est nobis sapientia à Deo, et justitia, et sanctificatio, et redemptio: ut quemadmodum scriptum est: Qui gloriatur, in Domino glorietur.

Hermanos: Considerad vuestra vocacion, porque no la hicieron muchos sabios segun la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles; antes bien Dios eligió las cosas estultas del mundo para confundir á los sabios: y las cosas débiles del mundo eligió Dios para confundir á los fuertes: y las cosas bastas del mundo y despreciables eligió Dios, y aquellas que no son, para destruir las que son; á fin de que ningun viviente se glorie en presencia suya. Vosotros empero sois de él en Cristo Jesús, el cual ha sido hecho por Dios sabiduría para nosotros, y justicia, y santificacion, y redencion: á fin de que como está escrito: El que se gloría, gloríese en el Señor.

REFLEXIONES.

Escogió Dios lo mas flaco del mundo para confundir á lo mas fuerte. Los caminos de Dios son esencialmente distintos de los nuestros. Nosotros pensamos, discurrimos y obramos como hombres; Dios piensa y obra como Dios. El hombre nunca obra con mayor prudencia en

lo que emprende, que cuando halla conexion entre el fin que solicita y los medios de que se vale. Dios nunca muestra mas lo que es, que cuando se sirve de unos medios totalmente contrarios á sus fines. Previendo el Señor, dice san Agustin, que si convidara con su religion en primer lugar al senador, al poderoso, al orador, pudiera acaso decir: no me convida á mí, convida á mi dignidad, á mis riquezas, á mi elocuencia, dijo: Venid vosotros, pobres, porque vosotros nada sabeis, nada teneis, sois reputados en nada, y por lo mismo sois mas á propósito para que resplandezca mas en vosotros mi misericordia y mi poder, echando mano de vosotros para ganar á los grandes, para confundir á los sabios, y para convertir al mundo; ninguno me disputará la gloria de esta grande obra, ni se querrá levantar con ella. Parece que debia Dios hacer este milagro, ni tampoco podia hacer otro mayor ni mas visible. Doce pobres pescadores, y aun mas groseros y mas idiotas que pobres, fueron enviados á Roma, á Jerusalen y á Atenas para convertir á los judíos, á los griegos, á los romanos, y con ellos á todos los pueblos, á todas las mas bárbaras naciones. ¿Pudiera haber empresa, pudiera haber proyecto mas extravagante, mas insensato, mas quimérico, segun aquello que se llama buen juicio, razon natural, sindéresis y alcances de la prudencia humana? Ya si esos pobres hombres, aunque tan despreciables por su nacimiento, por su figura y por su grosería, fueran siquiera á predicar una nueva religion, que en nada fuese superior á las luces de la razon natural, una doctrina acomodada al gusto de los sentidos, que lisonjease á la carne, y se aviniese bien con las pasiones y con el amor propio, adelante; aunque todavía no dejaria de parecer risible, y tenerse por extravagante el intento de los doce infelices pescadores. ¿Quién no se reiria de que unos hombres de este carácter emprendiesen reformar al mundo, hacerle mudar de semblante, é introducir en él una nueva religion, fuese la que fuese? Así discurriria la prudencia humana; pero son tan escasas sus luces como limitado su poder. Pues reconozcamos ya visiblemente el dedo de Dios en esta maravilla. Esos doce idiotas emprenden hacer adorar como único verdadero Dios á Jesucristo, que espiró en un afrentoso madero; emprenden hacer creer los incomprensibles misterios de la Trinidad, de la Encarnacion, de la Resurreccion, de la Eucaristía; y todo esto lo emprenden sin armas, sin riquezas, sin artificios, sin elocuencia y sin alguna proteccion ni auxilio humano; antes bien, cuando todo el mundo se les opone, todos los contradicen, todos levantan el grito contra ellos, tratándolos de impostores, de locos y de

hechiceros. Pero lo mejor es que lo emprenden y lo consiguen. El griego sujeta todo su ingenio y toda su sabiduría; el romano rinde su orgullo con toda su supersticion; el judío depone sus preocupaciones; abátense á tierra los ídolos, trastórnanse los altares de los mentidos dioses, y comienza el madero de la cruz á ser el objeto de su culto. Conspiran en vano todas las potestades del infierno con todas las potencias de la tierra para ahogar el cristianismo en la sangre de los Cristianos: ¡inútiles esfuerzos! nunca hizo la Religion mayores progresos. Búrlanse unas doncellitas de quince años de los tormentos mas crueles, desafian á la barbaridad de los tiranos, y hacen triunfar la fe hasta en los últimos atrincheramientos de la idolatría. Libertinos, que tanto haceis para sofocar esta misma fe dentro de vuestro corazon, atribuid, atribuid ahora estas maravillas á los caprichos del acaso; impíos, que ya desterrásteis del vuestro enteramente á la fe, burlaos ahora de estas maravillas, y gloriaos de vuestra impía incredulidad, haciendo vanidad de ella. Negadlo todo, no creais nada, ó por lo menos ponedlo todo en duda, como lo haceis. Andad, andad, que, por decirlo así, vosotros seréis cristianos y católicos en el infierno por toda la eternidad. Poderosos de la tierra y ricos del mundo, no, no fuísteis vosotros los instrumentos de que se valió Dios para fundar su religion, fuísteis sí los estorbos, los impedimentos de que el mismo Señor hizo triunfar gloriosamente á unos pobres hombres sin letras y sin autoridad. ¡Ó buen Dios, y qué carácter de verdad tan notorio, tan impreso y tan señalado lleva consigo nuestra santa Religion! En ningun otro milagro se hace tan visible, tan palpable la divinidad.

El Evangelio es del capítulo XIX *de san Mateo.*

In illo tempore: Accesserunt ad Jesum pharisaei tentantes eum, et dicentes: Si licet homini dimittere uxorem suam quacumque ex causa? Qui respondens, ait eis: Non legistis quia qui fecit hominem ab initio, masculum et foeminam fecit eos? Et dixit: Propter hoc dimittet homo patrem, et matrem, et adheraebit uxori suae, et erunt duo in carne una. Itaque jam non sunt duo, sed una caro. Quod ergo Deus conjunxit, homo non separet. Dicunt illi: Quid ergo Moyses mandavit dare libellum repudii, et di-

En aquel tiempo: Buscaron los fariseos á Jesús para tentarle, y le dijeron: ¿Es lícito al hombre repudiar por cualquier motivo á su mujer? El cual respondiendo, les dijo: ¿No habeis leido vosotros como aquel que crió al hombre desde el principio los hizo macho y hembra? Y dijo: Por esto dejará el hombre al padre y á la madre, y se unirá con su mujer, y los dos serán una sola carne. Y así ya no son dos carnes, sino una. Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre. Pues ¿por qué, dijeron ellos, ordenó

mittere? Ait illis: Quoniam Moyses ad duritiam cordis vestri permisit vobis dimittere uxores vestras: ab initio autem non fuit sic. Dico autem vobis, quia quicumque dimiserit uxorem suam, nisi ob fornicationem, et aliam duxerit, moechatur. Dicunt ei discipuli ejus: Si ita est causa hominis cum uxore, non expedit nubere. Qui dixit illis: Non omnes capiunt verbum istud, sed quibus datum est. Sunt enim eunuchi, qui de matris utero sic nati sunt; et sunt eunuchi, qui facti sunt ab hominibus; et sunt eunuchi, qui seipsos castraverunt propter regnum coelorum. Qui potest capere, capiat.

Moisés el dar libelo de repudio, y separarse? Respondióles: Por la dureza de vuestro corazon os permitió Moisés repudiar vuestras mujeres; pero no fue así al principio. Sin embargo, yo os digo: que cualquiera que repudie su mujer, sino por causa de adulterio, y tome otra, adultera; y cualquiera que tome á la repudiada, cómete adulterio. Dijéronle sus discípulos: Si es tal la condicion del hombre en órden á la mujer, no tiene cuenta casarse. Y él les dijo: No todos entienden esta doctrina, sino aquellos á quienes es concedido. Porque hay eunucos que nacieron tales del vientre de su madre: y hay eunucos que han sido hechos tales por los hombres; y los hay que se hicieron eunucos á sí mismos por amor del reino de los cielos. El que pueda entender, entienda.

MEDITACION.

De la tentacion.

Punto primero.—Considera que la tentacion es prueba y es peligro, por cuanto es un lazo que nos arma el enemigo de la salvacion. Siendo tan ingenioso como maligno, estudia nuestro humor, nuestro natural, y singularmente aquella particular propension que se tiene á lo malo, y á tal determinada especie de mal; es decir, nuestra pasion dominante. Luego que descubre lo flaco de la plaza, comienza á embestirla atacando y destruyendo las obras exteriores; ejercicios espirituales, delicadeza de conciencia, exactitud en la observancia, fuga de ciertos objetos, devociones tiernas, modestia escrupulosa, fidelidad en las cosas pequeñas, temor de las mas ligeras faltas, penitencias y mortificaciones. Estas son las que se llaman obras exteriores, ó avanzadas y fortificaciones que cubren el cuerpo de la plaza. Una vez destruidas aquellas, no es posible que esta haga larga resistencia. El demonio, como enemigo fino, sagaz y vigilante, sabe tomar bien sus medidas, lograr el tiempo, y aprovechar las ocasiones de sorprenderla. Confíase siempre en cierta buena voluntad, en aquel antiguo horror á todo pecado grave, y se promete uno á sí mismo con seguridad una vigorosa resistencia. Pero ¿dejóse arruinar ó desmoronar lo que servia de dique contra la corriente? ¿familiari-

zóse uno con las faltas pequeñas? pues llegan de repente con ímpetu y de tumulto los pecados graves cuando menos se piensa. El demonio está perpetuamente de espía, y en viendo al alma, por decirlo así, al descubierto, espera la presencia de cierto objeto, la vivacidad ó el crecimiento de la pasion, la favorable disposicion del ánimo y de los humores. Entonces se presenta el enemigo, juega todas sus máquinas, pone en movimiento todos sus artificios, y descarga el golpe mortal antes que se piense en él. Mi Dios, ¡cuántas víctimas se degüellan, cuántos esclavos se hacen en un solo dia! Hay tentaciones que vienen con mucha bulla; son perniciosas á la verdad, pero sorprenden poco: haylas mudas, y no son estas las que menos se deben temer: haylas lisonjeras, cortesanas y cariñosas; estas son las que jamás yerran el golpe. Es la vida del hombre una perpetua guerra: en ella todo es emboscadas, todo peligros. Desdichado de aquel que no está continuamente con las armas en la mano: desdichado del que no está siempre alerta. ¿Cómo nos portamos en este punto? ¿cuál es nuestra vigilancia, nuestra atencion y nuestro trabajo? Velad y orad sin cesar, dice el Salvador, porque no os sorprenda el enemigo, que nunca se duerme. ¿No nos remorderá nada nuestra conciencia en este particular?

Punto segundo. — Considera que no siempre es el demonio autor de la tentacion: nosotros mismos somos muchas veces nuestros propios tentadores; nosotros nos armamos los lazos, y nos fabricamos los precipicios en que nos precipitamos miserablemente. Nuestros mayores y mas poderosos tentadores son nuestras mismas pasiones. Nosotros mismos nos divertimos, y gustamos mucho de sustentar estas fieras que nos despedazan y nos devoran. ¡Cuántas veces, cansados de nuestra tranquilidad, vamos á buscar el funesto orígen de nuestras mas peligrosas inquietudes! Y después atribuimos al demonio las desgraciadas caidas de que fuimos nosotros los únicos autores. Vase á buscar la tentacion hasta en su mismo orígen; vanse á provocar á sangre fria aun en aquellas ocasiones, que por decirlo así, no se habian hecho para nosotros. Se gasta dinero para comprar los peligros de que por nuestro estado y por nuestra edad estábamos exentos. Por puro gusto se asiste á aquellas concurrencias donde están unidas todas las tentaciones; sin mas precision que la del antojo se concurre á aquellos espectáculos, donde ya se sabe que están como convocados todos los artificios del enemigo. Estréchanse amistades y conversaciones en que no se ignora que se brinda el veneno sin disimulo y descu-

biertamente. Excítase muy de estudio el fuego que ya estaba apagado, y después que el alma se abrasó, se dice que el diablo causó el incendio. Díme, ¿qué fatal necesidad tenias de asistir á esos espectáculos, ni de beber, digámoslo así, por los ojos y por los oidos aquel mortal veneno? ¿No será cosa graciosa que atribuyas al demonio aquellas conversaciones tiernas, halagüeñas y peligrosas? Te expusiste por tu regalado gusto á un aire inficionado; y después te quejas del estrago que la peste hizo en tu alma. Un anacoreta de profesion sale sin necesidad del desierto, donde estaba bien defendida su inocencia; una persona religiosa quiere ver el mundo mas de cerca, y se derrama en conversaciones enteramente aseglaradas, en esparcimientos totalmente profanos, en discursos vanos y perniciosos; ¡y después se queja de que siente poca devocion, de que padece distracciones de espíritu, y en fin, de sus descaminos y de sus funestas caidas! Confesemos, pues, que por lo comun nosotros mismos somos los artífices de nuestras mas lastimosas desgracias. No siempre es el tentador nuestro mayor enemigo; y así atribuyámonos á nosotros mismos nuestras propias desdichas.

Mi Dios, ¡cuánta materia para reflexiones me ofrece mi propia malicia! y ¡cuánto me acusan estas mismas reflexiones! ¿Qué victoria me puedo prometer de las tentaciones que yo mismo busco, y á que me expongo por mi antojo? Asistidme, Señor, con vuestra gracia contra las tentaciones; pero no permitais que yo sea el mayor tentador de mí mismo. Espero que en adelante no tendré mas de que acusarme en este particular.

Jaculatorias. — Bienaventurado aquel que siempre está temeroso. (*Proverb.* VIII).

Trabajemos en el negocio de nuestra salvacion con temor y temblor. (*Philip.* II).

PROPÓSITOS.

1 La mayor parte de las tentaciones nacen en nuestro propio terreno; todas encuentran inteligencia y apoyo en nosotros mismos. Por tanto es menester estar siempre alerta contra nuestro propio corazon. En logrando la ocasion, nos hacen traicion todos nuestros sentidos á la menor señal; al menor ruido despiertan las pasiones que parecian mas dormidas y apagadas. Entrase con seguridad en las ocasiones, con el pretexto de que no hay peligro cuando el corazon está arreglado; pero apenas se entra en ellas cuando la pasion se amotina.

Serán muy pocos á quienes no se lo haya enseñado así su misma triste experiencia. Escarmienta en cabeza propia, ó por lo menos en la ajena. Huye de las ligeras ocasiones; no te fies de tu perseverancia, ni de tus victorias, ni de tus penitencias, ni de tu edad, ni de tu devocion. Nuestras pasiones nunca mueren antes que nosotros; nunca envejecen ni decaen. Evita, cuanto puedas, concurrencias ó conversaciones, y familiaridades con personas de diferente sexo. No asistas á espectáculos profanos, ni á aquellas diversiones en que reina el espíritu del mundo. Es prudencia desconfiar de sí en todo; el pretexto de piedad, de caridad, de obra de misericordia fue no pocas veces fatal escollo en que dió al través la mas austera virtud.

2 Aquella temporada de retiro á la casa de campo para lograr del buen tiempo es muy ocasionada, y favorece mucho al tentador; por lo que es menester hacer provision de grandes precauciones. No está exenta de tentaciones la soledad, ni aun el desierto. Imita á aquellas grandes almas, que en todas horas renuevan su vigilancia con algun acto interior, ó tambien con alguna breve oracion vocal. Sobre todo, guárdate mucho de ciertos esparcimientos de corazon; porque nunca es mas de temer la tentacion que en las demasiadas alegrías.

DIA VIII.

MARTIROLOGIO.

LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA SIEMPRE VÍRGEN MADRE DE DIOS. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Adriano, mártir, con otros veinte y tres, en Nicomedia; los cuales en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, después de muchos tormentos, habiéndoles quebrado las piernas, alcanzaron la palma del martirio el dia 4 de marzo. Sus reliquias habiéndolas llevado los cristianos á Bizancio, fueron sepultadas con gran reverencia: el cuerpo de san Adrian fue después trasladado de allí á Roma tal dia como hoy, en el cual se celebra particularmente su festividad. *(Véase su vida en las de hoy).*

Los santos mártires Ammon, Teófilo, Neoterio y otros veinte y dos, en Alejandría.

Los santos Timoteo y Fausto, mártires, en Antioquía.

Los santos mártires Eusebio, Nestabo y Zenon, hermanos, en Gaza en Palestina; los cuales en tiempo de Juliano el Apóstata, viniendo sobre ellos una enfurecida muchedumbre de gentiles, fueron despedazados y asesinados.

San Nestor, mártir, allí mismo; el cual en tiempo del mismo Juliano, siendo cruelmente atormentado por los mismos gentiles enfurecidos, entregó su alma á Dios.

Santo Tomás de Villanueva, arzobispo, en Valencia en España, esclare-

cido por su ardiente caridad con los pobres; fue canonizado por el papa Alejandro VII. Su fiesta, por decreto del mismo Pontífice, se celebra el dia 18 de este mes *(en cuyo dia se lee su vida)*.

San Corbiniano, en Frisinga, primer obispo de aquella ciudad; el cual siendo ordenado y enviado á predicar el Evangelio por el papa Gregorio II, hizo gran fruto en Francia y Alemania; y finalmente esclarecido en virtudes y milagros, descansó en paz.

LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Hoy es el dia del nacimiento de la santísima Vírgen, canta la Iglesia: *Nativitas est hodie sanctae Mariae virginis*. Celebremos este dichoso dia con toda la solemnidad posible: *Nativitatem hodiernam solemniter celebremus:* celebrémosle con la mayor alegría, *cum jucunditate*. Tu nacimiento, ó Vírgen Madre de Dios, llenó de alegría al universo mundo: *Nativitas tua, Dei genitrix Virgo, gaudium annuntiavit universo mundo*. Hízonos el cielo en este dia un magnífico presente, un presente de inestimable valor, dice san Bernardo: *Pretiosum hodie munus coelum nobis largitus est*. Este fue propiamente el dia en el cual se comenzaron á disipar las espesas tinieblas en que por mas de cinco mil años yacia sepultado el mundo, rayando la primera luz en el nacimiento de aquella brillante aurora, esperada por tantos siglos, y objeto tan largo tiempo de las ansias y de los deseos de tantos Patriarcas y Profetas. Celebremos todos el nacimiento de la Madre de Dios, dice san Juan Damasceno, por la cual fue como reintegrado todo el género humano, siendo ella la que convirtió en alegría la tristeza que nos causó nuestra primera madre Eva. *Dei Genitricis natalem complectamur, per quam mortalium genus redintegratum est; per quam primogeniae matris Evae moeror in laetitiam mutatus est.* (*Serm. de Natal. B. V.*). Así como la aurora es el fin de la noche, dice el abad Ruperto, de la misma manera este nacimiento fue el fin de nuestros males, y el principio de nuestra dicha y de nuestro consuelo: *Sicut aurora finis praeteritae noctis est, sic nativitas Virginis finis dolorum et consolationum fuit initium.* (*Lib.* VI, *in Cant.*). ¿Dónde hay alegría mas pura, mas santa ni mas llena, que la que causa este dichoso dia á toda la Iglesia por el nacimiento de aquella que habian anunciado los oráculos de los Profetas, como dice san Gerónimo: *Vaticinium Prophetarum* (*In Michaea*, VI); nacimiento que fue como prenda de las promesas de Dios, en frase de san Juan Damasceno: *Pignus promissionis;* y como seguridad del futuro nacimiento de todo un Dios: *Genitale votum nasciturí Dei?*

Parece, añade el mismo Santo, que desde la creacion del mundo

andaban en competencia los siglos, sobre cuál de ellos habia de tener la gloria de honrarse con el nacimiento de la santísima Vírgen: *Certabant saecula quodnam ortu Virginis gloriaretur*. Llegó, en fin, aquel dichoso tiempo determinado desde la eternidad en los archivos de la divina Providencia, aquel tiempo tan esperado y tan suspirado después de tantos siglos, el año cinco mil ciento y ochenta y tres de la creacion del mundo; el año de dos mil novecientos cuarenta y uno del diluvio universal; el año de mil novecientos y noventa y nueve del nacimiento de Abrahan; el año de mil cuatrocientos y noventa y cuatro de la salida de Moisés y del pueblo de Israel del cautiverio de Egipto; y el año mil y diez y seis, después que David fue ungido y consagrado por rey: hácia la semana sesenta y cinco, segun la profecía de Daniel, y en la olimpíada ciento y noventa; el año setecientos treinta y tres de la fundacion de Roma, y veinte y seis del imperio de Octaviano Augusto; en la sexta edad del mundo, aquella bienaventurada Niña, predestinada por los decretos eternos para ser Madre del Verbo encarnado, habiendo sido concebida sin pecado por singular privilegio, á los nueve meses de su inmaculada concepcion nació en Nazareth, ciudad de Galilea, á treinta leguas de Jerusalen, el dia 8 de setiembre.

Hasta entonces no habia visto el mundo nacimiento mas recomendable, así por la nobleza de la sangre y circunstancias de sus padres, como por la santidad y por el mérito de aquella tierna Niña, que nacia para consuelo de todo el universo, y para admiracion de toda la corte celestial. Su padre san Joaquin era de sangre real, hijo de Barpanther, y descendiente de David por Nathan. Esta rama de la familia real era originaria de Judea; pero habiendo decaido de su antiguo esplendor en mucha pobreza de bienes de fortuna por singular disposicion de la divina Providencia, que queria fuesen los parientes mas cercanos del Salvador de la misma condicion que él, se habia como desnaturalizado de su propio país, y arraigando su casa en Nazareth, estaba reputada por familia de Galilea. Su madre santa Ana era hija de Mathan, sacerdote de Belen, de la tribu de Leví, y de la familia de Aaron, de manera que en la persona de su hija María se hallaban dichosamente unidas la sangre real y la familia sacerdotal, de la cual era Aaron entre los judíos. No hubo dos esposos, dice san Juan Damasceno, mas nacidos el uno para el otro; el mismo humor, las mismas inclinaciones y el mismo parecer en todo, acreditando así que era obra de Dios aquel dichoso matrimonio. Siendo Dios el único objeto de sus deseos, y dirigiéndose todos sus afectuo-

sos suspiros á la venida del prometido Mesías, vivian cási siempre en dulce y sosegado retiro, ocupando en oracion todo el tiempo que tenian libre. Eran, dice santa Brígida, dos astros resplandecientes, que aunque encubiertos con las nubes de una vida oscura y abatida, deslumbraba su claridad á los mismos Ángeles, y á todo el cielo enamoraba su piedad y su pureza.

Habia años que san Joaquin y santa Ana vivian con aquella paz, con aquella union, y entregados á aquellos devotos ejercicios que tanto edificaban á todos, cuando quiso el Señor que saliese aquel misterioso retoño de la vara de Jesé, de que habla el profeta Isaías; que amaneciese aquella aurora tan deseada, que habia de preceder por breve tiempo al Sol divino, el suspirado Mesías. Es opinion comun, que ya san Joaquin y santa Ana iban declinando á la vejez sin haber tenido sucesion, y sin esperanzas de tenerla; de suerte, que aquella esterilidad, considerada entonces como maldicion de Dios, y reputada por la mas ignominiosa desgracia que podia suceder á una familia, quitándola toda esperanza de tener alguna afinidad con el Mesías prometido, humillaba mucho tiempo habia á los dos santos casados; y como por una parte su avanzada edad, y por otra su modo de vivir en perfecta continencia, segun afirma santa Brígida, los tenia destituidos de toda esperanza de sucesion, se contentaban con derramar su corazon en la presencia de Dios, pidiéndole solamente aquello que fuese de su mayor gloria. Créese generalmente que el Señor reveló á los dos santos esposos que tendrian una hija, la cual habia de ser bendita entre todas las mujeres, y Dios se habia de valer de ella para la salvacion del pueblo de Israel; pero sea lo que fuere, lo cierto es que tuvieron á la santísima Vírgen, la cual nació milagrosamente, dice san Juan Damasceno, de una madre estéril; y librando á sus padres de la ignominia de la esterilidad, los hizo las dos personas mas dichosas y mas respetables del mundo. (*Serm. 1 de Nativ.*). *Quid autem est,* pregunta este Santo, *cur Virgo Mater ex sterili orta sit?* Pero ¿por qué razon fue conveniente que naciese de madre estéril esta Vírgen Madre? Porque lo era, responde el mismo, que una cosa tan nueva y nunca vista debajo del sol naciese tambien por un camino extraordinario, y que naciese milagrosamente la que ella misma era el mayor milagro. *Quoniam scilicet oportebat, ut ad id quod solum novum sub sole erat, ac miraculorum omnium caput, via per miracula sterneretur.* Era muy puesto en razon que la naturaleza cediese á la gracia, y á la gloria que la dejase todo su fruto. *Natura gratiae cedit ac tremula stat, progredi non susti-*

nens. Quoniam itaque futurum erat ut Dei Genitrix ac Virgo ex Anna oriretur, natura gratiae foetum anteire minime ausa est: verum tantisper expectavit, dum gratia fructum suum produxisset. Habiendo de nacer de santa Ana la Vírgen Madre de Dios, no se atrevió la naturaleza á concurrir, digámoslo así, por respeto á lo que habia de ser obra de la gracia; detúvose en cierta manera, como para dar lugar á que la gracia produjese el fruto que la pertenecia.

Fácilmente se deja comprender el gozo de aquel afortunado padre, y de aquella dichosa madre en el momento que nació aquella bienaventurada Hija. Alumbrados con cierta luz sobrenatural, desde luego conocieron que Dios la habia criado únicamente para sí, y que ellos no eran mas que depositarios de aquel tesoro. El milagroso nacimiento de aquella Niña fue para ellos presagio cierto de su mérito y de su excelencia. ¡Ó dichosos padres, exclama san Juan Damasceno, que dísteis á luz una vírgen que será Madre de Dios sin dejar de ser hija vuestra: *Virginem enim Dei matrem mundo peperistis!* ¡Dichoso el vientre, ó Vírgen santa, que te llevó, y dichosos los pechos que mamaste! Dénse priesa todos los fieles, exclama el devoto Sergio de Hierápolis (*Lib. 1 de Deipara*), por venir á saludar á la que acaba de nacer, porque antes de su nacimiento estaba predestinada para ser Madre de Dios, y con ella renace y se renueva el mismo mundo. Venid, pueblos; venid, naciones, de cualquiera clima que seais; venid todos, de cualquiera edad y de cualquiera condicion que fuéreis, venid á celebrar el nacimiento de esta Vírgen, con la cual, por decirlo así, nació nuestra salvacion (*Orat. 1 de Nativ.*): *Hodie mundi salus inchoavit: jubilate Deo omnis terra; cantate, et exultate, et psallite.* Así exclama san Juan Damasceno. ¿Cuándo hubo motivo mas justo de regocijo? ¿en qué otro dia hemos de explicar mas nuestro alborozo, puesto que en el nacimiento de la santísima Vírgen, como dice san Ildefonso, comenzó en cierta manera el nacimiento de Jesucristo? (*Serm. 5 de Nativ.*). *In nativitate Virginis, felix Christi est inchoata Nativitas.* Hasta aquí solo habia mirado Dios la tierra como region de llantos, destinada para habitacion de miserables delincuentes; pero desde el mismo instante en que María se dejó ver en el mundo, ya hay en él un objeto en que se complace mucho el mismo Dios, y ya no le puede mirar con ojos siempre irritados.

Algunos dias después que santa Ana se levantó del parto, la santa Niña fue llevada al templo, donde precediendo las oraciones acostumbradas, se la impuso el nombre de María, asegurando san Ambrosio, san Bernardo, y otros muchos santos Padres, que este nom-

bre se la dió por el mismo cielo, revelándosele el Señor á santa Ana y á san Joaquin, como el mas propio para explicar la grandeza, la dignidad y la excelencia de aquella bendita Niña: *Dignitas Virginis annuntiatur ex nomine,* dice el Crisólogo.

Atorméntanse los ingenios, agótanse todos los artificios, todos los esfuerzos de la elocuencia para componer un genetlíaco, ó un panegírico magnífico y pomposo para celebrar el nacimiento de algun príncipe. Con efecto, ¿qué se puede decir de un niño que acaba de nacer? ¿Ensalzar su nobleza? Esto no es elogiarle á él, sino á sus abuelos y ascendientes. No hay asunto mas estéril ni mas pobre que su persona en aquellos primeros dias. Por lo que toca á lo de adelante, todo lo que se puede asegurar con la mayor certeza es, que se verá sujeto á mil trabajos y miserias; pero se ignora si será bueno ó malo, discreto ó tonto; en una palabra, hasta ahora nada ha hecho, y se ignora lo que hará. No así en María: aunque acaba de nacer, es cierto que ya ha hecho mucho, y no podemos ignorar que ha de hacer aun mucho mas. Entra María en el mundo colmada de merecimientos, y sabemos que ha de colmar el mundo de felicidades y dichas.

No hay duda que el alma de la Vírgen fue el alma mas hermosa que Dios crió antes que fuese criada el alma de Jesucristo; pudiéndose decir que esta fue la mas excelente obra que salió de las manos del Criador: *Opus quod solus opifex supergreditur,* dice san Pedro Damiano. A la hermosura de aquella bella alma correspondia la del cuerpo. Sábese que desde el mismo instante en que aquella purísima alma fue unida á aquel hermosísimo cuerpo, fue tambien santificada, y el cuerpo concurrió con sus órganos á todas las funciones de la vida racional. Siendo María concebida sin pecado en el primer instante, recibió con la gracia el perfecto uso de la razon, y desde entonces fue ilustrado su entendimiento con todas las luces de la sabiduría, y enriquecido con la cabal comprension de todas las verdades morales naturales. Pero ¿cuál fue la medida de aquella gracia que recibió, y cuál el primer empleo de aquella razon tan divinamente ilustrada? Fue tan abundante aquella gracia, dice san Vicente Ferrer, que excedió á la de todos los Santos, y á la de todos los espíritus celestiales. *Virgo sanctificata fuit in utero super omnes Sanctos, et omnes Angelos.* En aquel primer instante en que todos los Santos son objeto de horror á los ojos de Dios, María lo fue de admiracion á las celestiales inteligencias, y de complacencia á los cariños del mismo Dios.

Esta fue la santísima Vírgen desde el primer instante de su inmaculada concepcion; y habiéndose multiplicado en todos los instantes

aquel inmenso caudal de gracias, de luces, de sabiduría y de virtudes, concibamos, si fuere posible, cuál seria el tesoro de merecimientos con que se hallaria enriquecida el dia de su nacimiento. Pues ¿qué asunto mas digno de nuestras admiraciones, de nuestros respetos, de nuestros elogios, y añadamos tambien, del culto de toda la Iglesia, que el nacimiento de esta santa Niña? Ya no nos debe causar admiracion que el Ángel quince años después la encuentre y la salude como llena de gracia; ni que los santos Padres, hablando de la gracia con que se halló en el último momento de su vida, es decir, sesenta y dos años y nueve meses después de su concepcion y nacimiento, se valgan de expresiones tan fuertes y tan significativas. Tuvo mucha razon san Epifanio para decir que fue inmensa aquella gracia; san Agustin que fue inefable, y Dionisio Cartusiano que fue como infinita: *Mariae sanctitas est infinita.* San Juan Crisóstomo llama á María el tesoro de toda la gracia. San Gerónimo dice que toda se derramó en ella; y san Bernardino de Sena se adelanta á asegurar que recibió toda la que es capaz de recibir una pura criatura: *Tanta gratia Virgini data est, quanta uni, et purae creaturae dari possibile est.*

Y á la verdad, si los pueblos acostumbran hacer tantos regocijos cuando nacen hijos á sus soberanos y á sus príncipes, porque tambien á ellos los nacen reyes y monarcas que los gobiernen y los manden, ¿qué mucho es que el nacimiento de María llenase de regocijo al cielo y á la tierra, como canta la Iglesia, pues en ella nació la Reina de los Ángeles y de los hombres; nuestra única esperanza después de Jesucristo, dice san Epifanio; nuestra fiadora con Dios, dice san Agustin; nuestra medianera con el Mediador, dice san Bernardo; el remedio de todos los males, dice san Buenaventura; nuestra paz, nuestra alegría, nuestra buena madre, dice san Efren; y en fin, nuestro consuelo, nuestra alegría, y nuestra vida, como canta toda la Iglesia?

María descendió de Reyes y de Patriarcas; pero lo que la engrandece mas á los ojos de Dios no es el esplendor de su dignidad, no su grandeza, no su poder, no el ruido de sus gloriosas hazañas; su santidad fue la que la hizo tan recomendable en su concepcion, y esta sola es la que constituye toda su dicha y toda su gloria en su alegre nacimiento. Nace no ya rodeada de esplendor como los grandes del mundo; no ya entre el fausto, la pompa, la majestad como los reyes de la tierra: sin ese aparato, sin ese esplendor mundano es su nacimiento, aunque al parecer tan oscuro, con grandes ventajas preferible al nacimiento de todos los grandes y de todos los monarcas del

mundo. Todos ellos fueron concebidos en pecado; todos nacieron en desgracia de Dios, hijos de ira y objetos de odio: sola María nace ya objeto de las divinas complacencias, hija muy amada del Altísimo, colmada de sus mas abundantes bendiciones, y enriquecida con todos los dones de su espíritu. Esta es la verdadera grandeza, y así honra el Rey de la gloria á la que quiere honrar.

Creced, santa Niña, creced así para mayor gloria del mismo Dios que os crió, como para mayor dicha de aquellos en cuyo favor y beneficio habeis nacido. Algun dia daréis vos su nacimiento al mismo Dios, de quien ahora le recibís. Creced, pues, para disponerle su digno tabernáculo. Cuando se encierre en vuestro purísimo vientre os conferirá el mas augusto carácter, elevándoos á su divina maternidad. Vivid y creced para dignidad tan eminente, y para el mayor y mas glorioso destino. Por medio de Vos quiere venir á nosotros para libertarnos de la esclavitud. Vivid y creced para nuestra salvacion, y para que naciendo de Vos nuestro Salvador, quedeis constituida Madre de todos los fieles.

Nos admiraríamos justamente de que una fiesta tan santa y que tanto nos interesa no se celebrase en la Iglesia desde sus primitivos siglos, si no se supiese la razon que tuvieron aquellos primeros fieles, sin duda mas devotos de María y mas celosos de su culto que nosotros, para no dar motivo de creer á los gentiles y á las naciones groseras, criadas por la mayor parte en la idolatría, que los Cristianos adoraban como diosa á la Madre de su Dios. Este era el motivo que tenian los verdaderos fieles en aquellos nebulosos tiempos para no manifestar su celo por el culto de la santísima Vírgen en fiestas ruidosas y solemnes; contentándose con rendirla sus respetos reverentes con una tierna devocion y con un culto reservado. Pero luego que la Iglesia del Señor gozó de paz, y que los pastores pudieron instruir públicamente á su rebaño, floreció en todo el mundo cristiano el culto público y solemne de la santísima Vírgen; celebráronse con pompa y solemnidad sus principales misterios; solemnizáronse sus fiestas con magnificencia; convinieron griegos y latinos en este punto de religion, no obstante el desgraciado cisma; y el nacimiento de la santísima Vírgen fue una de las principales fiestas entre los Cristianos. *Ortum Virginis didici in Ecclesia*, dice san Bernardo: *et ab Ecclesia indubitanter haberi festivum atque sanctum: firmissime cum Ecclesia sentiens, eam accepisse in utero ut sancta prodiret.* La Iglesia es la que me ha enseñado á celebrar la Natividad de la santísima Vírgen con toda la devocion y con toda la solemnidad posible. Creo firmemente con toda

la Iglesia que habiendo sido santificada en el vientre de su Madre, es objeto digno de nuestro culto desde el primer instante que nació.

FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE MONSERRATE, É HISTORIA DE SU DICHOSA INVENCION.

La dichosa invencion y descubrimiento de la venerabilísima y milagrosa imágen de Nuestra Señora, que con nombre de Monserrate es venerada en Cataluña y celebrada en todo el orbe católico, aconteció siendo conde soberano de Barcelona Wifredo *el Velloso*, por los años del Señor 888. Los muchos y grandiosos milagros, singulares beneficios y mercedes que por intercesion de la misma sacratísima Señora obra Dios Nuestro Señor cada dia en los que con reverencia y devocion visitan aquella santa Imágen, exigen decir algo de lo mucho que pudiera decirse de las maravillas de aquel sagrado monte, felicísimo santuario de María.

La célebre y prodigiosa montaña de Monserrate, separada de los demás montes cercanos, es de figura tan extraña y particular que no se conoce otra semejante. Su aspereza á los que la miran de léjos, parece inaccesible; pero con ser toda peñas y riscos, hay en ella árboles frutales, yerbas saludables y flores silvestres. Y porque las peñas de esta montaña están divididas unas de otras como si las hubieran partido con sierra, se llama en lengua catalana la montaña Monserrate, que es lo mismo que monte aserrado. En la cima especialmente hay peñascos pelados agrupados unos y separados otros, formando todos pirámides de color de carne desde veinte á ciento cincuenta piés de altura. Por la parte que mira al Norte las cortadas peñas y tallados riscos parecen una cortina ó lienzo de alguna bien fortalecida ciudad situada en aquel alto. Desde el pico superior de la montaña de Monserrate se descubren las islas Baleares, que están á doscientas millas dentro del Mediterráneo, como si estuvieran en Cataluña. Algo mas arriba de la mitad de su falda está situado el famoso monasterio, donde se venera la portentosa imágen de la Vírgen; y en las puntas y picachos de las rocas se encuentran ermitas construidas algunas en las concavidades de las peñas, y otras en las mismas cimas, que servian antiguamente varios piadosos varones dados á la soledad y á la penitencia.

La historia del descubrimiento de la portentosa imágen de Nuestra Señora que llamamos de Monserrate, y fundacion de su magnífico monasterio, es como sigue:

Vivia en aquel monte haciendo vida eremítica por los referidos años de 888 un santo varon llamado Fr. Juan Garin, cuya nacion y padres se ignoran, aunque se cree que fue catalan. Estuvo muchos años haciendo áspera penitencia en una cueva que aun hoy dia tiene su nombre y está en un alto junto al monasterio. El demonio, movido de envidia por no haberlo podido inducir á cometer ningun pecado mortal, determinó establecerse en la misma montaña en hábito tambien de ermitaño y de varon santo, segun suele hacerlo algunas veces, y ocupaba otra cueva muy cerca de la de Fr. Juan Garin, que hay encima del monasterio, la cual hoy dia se llama la cueva de Satanás ó del diablo. Estando, pues, el varon santo en su cueva, fué un dia el fingido ermitaño á visitarle, y le manifestó admirarse de que hubiese tantos años que estaba sirviendo á Dios en aquella montaña y nunca le hubiese visto hasta aquel dia; pero que en adelante le tuviese por vecino, y que él acudiria á menudo á verle, como en efecto lo hizo, para tener mejor ocasion de tentarle.

Entre tanto otro demonio se entró en el cuerpo de la infanta Richilda, hija del conde de Barcelona Wifredo *el Velloso;* y siendo conjurado el enemigo muchas veces, dijo que nunca saldria de aquella doncella si no la llevaban á Fr. Juan Garin, siervo de Dios, que vivia en la montaña de Monserrate. Informado el Conde de quién era aquel santo varon, él mismo fué con su hija, y habiendo dicho á fray Garin la causa de su visita, el santo varon rogó á Dios que por su infinita bondad se apiadase de la atormentada doncella.

Apenas hubo acabado la oracion el santo anacoreta, cuando la doncella quedó libre del demonio. No se puede explicar el contento del Conde y de los que con él iban de tan feliz suceso; pero acordándose el Conde que habia dicho antes el demonio que si no dejaban la doncella sola con el santo hombre en su cueva por nueve dias, volveria á ella, díjolo á Fr. Juan Garin, pidiéndole lo tuviese por bien. Disgustóle en extremo al solitario la demanda del Conde, la cual contradijo con todas sus fuerzas; mas tanto porfió el Conde, que hubo de consentir en que se quedase allá la doncella; y el Conde con su comitiva bajó al lugar de Monistrol, situado al pié de la montaña, para esperar allí los nueve dias; y tenia cuidado de enviar cada dia la comida para su hija. El santo ermitaño la daba muy buenos documentos y la enseñaba cómo habia de servir á Dios y salvar su alma. Pero la familiaridad dió motivo á la trama que ya el demonio tenia urdida, porque levantóse de improviso un fuego tan terrible en el pecho fatigado por los ayunos y asperezas de Fr. Juan Garin, que temiendo

la caida determinó separarse á toda costa de la doncella. Dirigióse el siervo de Dios al falso ermitaño, y después de haberle comunicado su tentacion, pidióle su consejo. Le respondió el demonio que la separacion que se proponia no era mas que una cobardía, que antes bien debia perseverar para ganar corona en la pelea. Con todo esto, aunque Fr. Juan no se fué, encarecia á los criados del Conde que le dijesen de su parte, que pues su hija estaba remediada, viniese por ella y se la llevase. Una noche por fin fue la tentacion tan vehemente en el ermitaño flaco, que perdida la razon y vencido, se aprovechó de la doncella, y la deshonró.

Al delito sucedió la confusion y vergüenza hasta el punto de desesperar. No obstante fué á pedir consejo al falso ermitaño, quien le consoló diciéndole, que de ninguna manera debia exponerse á perder su reputacion de santidad, y mucho menos á las resultas del resentimiento del Conde, pues debia estar cierto que su hija le diria la fuerza que se le habia hecho; de consiguiente que sin perder momento volviese á su cueva y la matase, enterrándola secretamente.

Fr. Juan Garin halló bueno el consejo: degolló, pues, á la hija del Conde, y luego la enterró debajo de unas peñas en el mismo paraje donde está hoy la iglesia. Hecho ya el entierro, después del estupro y del homicidio, dejando el fingido ermitaño su disfraz, se apareció á Fr. Juan Garin tal cual él era, y mofándose de los pecados que le habia hecho cometer, le dijo muchas cosas para hacerle desesperar de la misericordia divina. El demonio hubiera conseguido indudablemente su objeto, á no haber el Señor detenido milagrosamente con su mano piadosa al pobre Garin, quien vuelto en sí empezó á llorar amargamente sus culpas, pidiendo perdon y misericordia de ellas al mismo Señor que tenia agraviado. Proponiéndose en seguida hacer verdadera penitencia, que es la propia y mas segura medicina de los pecados, determinó irla á buscar en la ciudad de Roma, y recibirla directamente del Vicario de Jesucristo en la tierra.

El dia siguiente pasó el Conde con toda su comitiva á la cueva donde habia dejado su hija con Fr. Juan. Pero no hallando allí al uno ni á la otra, imaginarse puede y no explicar el desconsuelo del Conde y de los suyos: mandó que los buscasen por el monte, y no hallando indicio ninguno, tuvo que volverse á Barcelona afligido y pensativo.

Caminaban á un mismo tiempo el conde Wifredo para Barcelona y el arrepentido Juan Garin para Roma. Al llegar este á la santa ciudad, se confesó con el mismo Sumo Pontífice, el cual le absolvió; dándole en penitencia, que de rodillas por tierra se volviese á su ermita,

y que nunca mirase al cielo, sino que á gatas ó cuatro piés como un jumento que habia sido por el pecado, anduviese arrastrando su cuerpo hasta que un niño de cuatro ó cinco meses le dijese que se levantara que ya Dios le habia perdonado.

Aceptó Fr. Juan la penitencia, y gastó en el camino mucho tiempo por lo poco que podia caminar de aquella suerte; y vuelto á su cueva, hizo áspera penitencia, no comiendo sino yerbas. Con el tiempo se le rompieron los vestidos quedando todo desnudo, y con el rigor de los frios y calores y la poca comida se le disecaron las carnes y el pelo le creció tanto, que parecia un oso salvaje. Cumplian siete años que Garin perseveraba en aquella penitencia cuando fue hallado por cazadores de la servidumbre del mismo conde Wifredo *el Velloso*, los cuales no pensando que fuese hombre sino salvaje de naturaleza extraña, le ataron una cuerda al cuello, sin que él lo resistiese, y lo presentaron á su señor, quien como animal raro, mandó llevarlo á Barcelona, donde lo pusieron en un establo de la casa del Conde, y allí le daban de comer.

Entre tanto que el penitente Fr. Juan Garin estaba incógnito en la casa del propio ofendido conde de Barcelona, aconteció la feliz invencion de la imágen de Nuestra Señora, y pasó de esta manera:

Estando siete muchachos ó pastorcillos del lugar de Monistrol apacentando algunas reses por la montaña de Monserrate, algunos sábados, así que se hacia de noche, vieron que á una cueva de la montaña puesta á la parte que mira á Oriente, descendian del cielo luces de resplandor extraordinaria, á las cuales se seguian melodías de suavísimos cánticos y concertada música. Vista y oida una y otra vez aquella celestial vision, lo dijeron á sus padres, y visto por estos ser verdad lo que decian los muchachos, dieron noticia al cura de Monistrol. Y tambien este, certificado de la maravilla, determinó dar razon de aquel caso al obispo de Manresa [1]. El cual con mucha comitiva subió el sábado siguiente á la montaña de Monserrate, á la hora que se tañe la Ave María, y vió las luces, y oyó la música, cuyas melodías duraron hasta la media noche, quedando muy admirados el Prelado y los que con él estaban. Al otro dia, domingo, dió órden el Obispo que se examinase el lugar donde solian entrar las luces; y aunque se verificó con suma dificultad por la aspereza de la subida, dentro de una pequeña cueva vieron una imágen de bulto de Nuestra Se-

[1] Así lo intitula la historia original, dice el Dr. Pujades, añadiendo que hubo obispo en Manresa hasta que la sede fue restituida en Vique de Ausona, que habia pasado á aquella ciudad por ocasion de los moros. (*Cronica del Principado de Cataluña*).

ñora y de gran devocion, sintiendo dentro de aquel lugar mucha fragancia. Llegó el Obispo, y vió la Imágen, y quedó admirado y lleno de gustos del cielo.

Jamás se ha podido saber quién allí la puso, ó de dónde vino aquella Imágen: pudo ser que algun devoto la escondiese en la cueva en que fue hallada al tiempo que los moros anduvieron por Cataluña.

Hallada, pues, la venerable Imágen, mandó el Obispo traer cera, y ordenó una devota procesion, con propósito de llevarse aquella preciosa joya, y enriquecer con ella á la iglesia de Manresa. Mas desde que llego al lugar donde ahora está la iglesia del monasterio, ya no hubo fuerzas en los que la llevaban en andas para pasar adelante, mover atrás, ni mover un punto la santa Imágen.

Conocido del Obispo por divina inspiracion aquel misterio, y que era la voluntad de Dios que quedase allí la sagrada Imágen, determinó juntamente con el clero y pueblo allí presentes que se edificase en aquel lugar una capilla á honor y reverencia de Nuestro Señor Jesucristo, á título é invocacion de su santísima Madre con nombre de Monserrate, quedando en su guarda el cura que habia dado aviso al obispo de Manresa.

Cuando lo dicho pasaba en la montaña de Monserrate, estando todavía Fr. Juan Garin en su penitencia, cumplidos ya siete años sin mirar al cielo, sino tratado como bestia salvaje en el establo de casa del Conde, con una cuerda al cuello; acaeció que haciendo el conde Wifredo *el Velloso* un magnífico convite regocijándose del feliz parto de un hijo varon que habia tenido la Condesa tres meses antes, fue traido el salvaje al lugar del convite; y mientras estaban comiendo, se acercó la ama al salvaje, teniendo en sus brazos al infantico cuyo natalicio se festejaba; el cual poniendo entonces su tierna vista en el supuesto bruto, en vez de espantarse como era natural, en alta é inteligible voz dijo al penitente: *Levántate, Fr. Juan Garin, que Dios te ha perdonado tus pecados.*

Desde que Fr. Juan oyó la voz del niño y vió cumplido lo que el Papa le habia mandado esperar, se levantó en pié, y comenzó por dar gracias á Dios de la merced que le habia hecho en haber aceptado su penitencia: fuése luego al Conde, y de rodillas le refirió el suceso de su hija, diciéndole que hiciese de él lo que tuviese por conveniente. El Conde muy admirado le respondió que pues Dios le habia perdonado, él tambien le perdonaba; y mandóle quitar la forma de salvaje y vestir como religioso.

Tratóse luego por el Conde de ir al lugar á donde Fr. Juan Garin

habia enterrado la doncella para trasladar su cuerpo á Barcelona, y visitar al propio tiempo la capilla que nuevamente se edificaba á honra de Nuestra Señora. Llegados allí, y acabadas las devotas oraciones á la Imágen nuevamente descubierta, mostró Fr. Garin el lugar donde estaba enterrada la Infanta: apartadas las piedras que la cubrian, apareció la hija del Conde viva, hermosa y sin lesion alguna; solo mostraba en su cuello una señal como un hilo de grana por donde le habia pasado el cuchillo. Inexplicable fue el regocijo del Conde y de todos los presentes. Habló el Conde á su hija preguntándole lo que de ella habia sido, y respondió, que antes que fuese degollada habia tenido siempre grande devocion á la Vírgen, y ella se habia servido preservarla de la muerte, y guardarla en aquel lugar tantos años y dias como habian pasado. Quiso el Conde llevar consigo á su hija con intento de casarla; mas ella manifestó que nunca tomaria marido y que sus deseos eran permanecer toda su vida al servicio de la Vírgen y de su Hijo en Monserrate. El Conde vistos los laudables intentos de su hija, edificó en la nueva ermita un monasterio de monjas bajo la regla de san Benito, del cual fue la primera abadesa la misma infanta Richilda, hija del dicho conde Wifredo *el Velloso*. Sirvieron en el nuevo monasterio de capellan y donado respectivamente los venerables cura de Monistrol y Fr. Juan Garin; donde uno y otro acabaron santamente su vida.

Unos cien años después, creciendo la devocion de aquella santa casa, y visto que la abadesa ni monjas bastaban á proveer en lo que convenia á la muchísima gente que concurria por razon de la sagrada Imágen, y que no parecia bien de otra parte comunicar monjas con tanta gente extranjera, el conde Borrell con autoridad del Sumo Pontífice llevó de allí las monjas al monasterio de San Pedro de las Puellas de Barcelona, y puso monjes claustrales del mismo Órden de san Benito sacados del monasterio de Ripoll. Después por los años de 1493 los católicos reyes D. Fernando y doña Isabel pusieron en él la Observancia, siendo el primer abad observante Fr. García de Cisneros.

No debemos pasar en silencio que á algunos les parece que tiene dificultades la historia de la invencion de la imágen de Nuestra Señora de Monserrate y lo demás que se ha dicho de la historia de fray Juan Garin tan enlazada con aquella. Respóndese á esto que por tradicion antiquísima señálanse todavía las cuevas de Fr. Juan Garin y la de Satanás el fingido ermitaño, y hay (ó á lo menos habia antes de los últimos sucesos políticos que tantas preciosas antigüedades han destruido) figuras de piedra que representan al penitente y el infante

en brazos de su ama con tanta antigüedad, en la misma casa de los condes de Barcelona donde pasaron los sucesos referidos y subsiste aun hoy dia en la otra esquina del convento de monjas Agustinas titulado de santa Magdalena en la Riera de San Juan, la cual poseian antes de ahora los monjes Bernardos de Santas Cruces, que bien pudiera notarse de muy incrédulo y duro el que pertinazmente le negase. Y así en nuestro concepto no hay porque se ponga en duda, puesto que si nuestras historias, conforme dice el Dr. Pujades, no tienen la autoridad del libro de Daniel, sin embargo nadie puede negar que pudo repetirse la penitencia del rey Nabucodonosor, el cual anduvo siete años como salvaje sin levantar los ojos al cielo y paciendo yerbas. Y sino, dice nuestro Villegas, dése otro orígen y cuenten otra historia digna de una Imágen tan nombrada en toda la cristiandad y tan famosa por milagros; la cual no dando, como es cierto que no darán, recíbase y dése crédito á lo que se ha dicho.

La devotísima imágen que hoy está en el altar mayor de la iglesia del monasterio de Monserrate es la propia cuya milagrosa invencion hemos referido: su figura es como de una noble señora, el rostro moreno, pero bien formado, muy deleitable á la vista, aunque de grave autoridad y magnificencia; tanto que se conoce evidentemente que con su grave aspecto mueve á reverencia, y causa espanto á los que se atreven á mirarla de cerca. Saben esto muy bien los que la mudan los mantos en ferias y festividades segun el ceremonial de la Iglesia, que apenas la osan mirar en el rostro porque les aterra y espanta. Está sentada con majestad, y en su regazo sostiene la imágen de su benditísimo Hijo asentadito, del tamaño de un infante de tres á cuatro meses. La imágen de la Madre tiene la mano izquierda sobre el hombro izquierdo de la de su Hijo, sacando la derecha bajo del brazo derecho de la misma figura del Señor, tan tendida, que el infantico la puede bien ver, y algo cerrada á manera de quien quiere mostrarle alguna cosa de peso y entretenerle.

Antes de las vicisitudes políticas que tanto han variado la faz de nuestras casas religiosas de España, gloriosos monumentos de la piedad y magnificencia de nuestros mayores, ardian delante de la sagrada imágen de Nuestra Señora de Monserrate sesenta y dos lámparas todas de plata, que dieron Sumos Pontífices, Emperadores y Reyes. Habia constantemente cuarenta cirios, algunos de ellos de veinte y cinco quintales de cera. Habia riquísimos ornamentos y joyas y preseas de sumo valor para el servicio del altar, dádivas generosas de personas principales y devotas. Y veíanse tambien mi-

llares de imágenes, unas pintadas, otras de bulto de hombres y mujeres, algunas de cera, otras de madera con diversas señales de heridas de lanzas, de espadas, de arcabuces, saetas y de otras muchas maneras, que todas eran heridas mortales, y por intercesion de Nuestra Señora fueron curadas. Estaban todas las paredes de la iglesia y claustros pobladas de semejantes trofeos. De los milagros probados con las diligencias necesarias y convenientes hay un libro grande, en que son sin número los enfermos sanos, los endemoniados libres, los cautivos fuera de cautiverio, y los muertos resucitados; todos por los méritos y favor de la Vírgen honrada y reverenciada en su santa imágen de Monserrate.

La festividad se celebra tal dia como hoy en que la Iglesia hace conmemoracion de la Natividad de Nuestra Señora. (*Domenech* y *Pujades*).

SAN ADRIAN Ó ADRIANO, MÁRTIR.

En Nicomedia, ciudad en la provincia de Bitinia, mandó el emperador Maximiano buscar con mucha solicitud y diligencia á todos los cristianos que allí habia. Prendiéronse muchos, y después de haberlos amonestado que adorasen á los ídolos, y ellos permaneciendo en la confesion de la fe de Jesucristo, mandólos azotar con duros nervios, cruel y desaforadamente. Después de esto, por oirlos que alababan á Jesucristo en este martirio, mandólos dar con piedras en sus bocas y cortar las lenguas. Eran estos mártires en número veinte y tres. Estaba allí Adrian como ministro de justicia, entendiendo, por mandado del Emperador, en la ejecucion de esta obra. Era idólatra y hombre principal en casa de Maximiano. Pues como él viese la paciencia con que los santos Mártires padecian tan terribles tormentos, admirado de esto, díjoles: Por el Dios que adorais y por quien padeceis semejantes tormentos, os conjuro me digais con toda verdad, ¿qué es el premio y retribucion que esperais por padecerlos? porque á mí figúraseme que deben ser muy grandes. Los santos Mártires aunque sin lenguas respondieron, permitiéndolo Dios: Lo que esperamos de premio y paga es tanto, que ni lo vieron ojos, ni lo oyeron oidos, ni pudo caber en corazon del hombre; porque es bien inefable que tiene Dios para sus amigos. No fue menester mas para Adrian oyendo esto, sino que tocado de Dios, codicioso de ser participante de tanto bien, entróse en medio de ellos, y dijo al escribano ante quien pasaba la causa: Escribe mi nombre con los demás soldados de Cristo, porque quiero ser cristiano como ellos lo son. Supo esto el Empera-

dor cuando leyeron el nombre de Adrian entre los cristianos que estaban presos. Mandóle llamar, y díjole: ¿Estás loco, Adrian? ¿Cómo quieres así acabar tu vida miserablemente? Respondió Adrian: No estoy loco, antes lo he estado y he venido á tener seso, como ahora le tengo, por ser cristiano y no idólatra, como antes lo era. El Emperador tuvo con él muchas razones, procurando apartarle de su propósito; y visto que no podia, lleno de ira é indignacion, le mandó cargar de grillos y cadenas, y poner en la cárcel. Era Adrian mozo de veinte y ocho años, y tenia por mujer á Natalia, que era cristiana. Ella como entendió lo que pasaba, llena de gozo fué á la cárcel, y echándose á los piés de su marido, besando los grillos le decia: Bienaventurado eres, señor mio Adrian, que has hallado las riquezas que no te dejaron tus padres: ya vas seguro á Jesucristo, en quien has puesto los tesoros para hallarlos en tiempo de la necesidad, cuando nadie bastará á librar de penas al miserable que se condenare; no el padre al hijo, no la madre á la hija, no las riquezas del mundo perecederas, no la ambicion de muchos criados, no el amplísimo patrimonio; no valdrá el amigo al amigo, sino á cada uno lo que le ha de valer han de ser sus obras; tú, señor mio, tienes contigo á Jesucristo, en quien has puesto tus tesoros; camina en lo comenzado, no te canses, para que goces de sus promesas; ni baste á quitarte del camino que llevas la memoria de los bienes perecederos de la tierra, no los parientes, no los gemidos de tus padres, no la hermosura y belleza de tu cuerpo, no las adulaciones de los amigos, no las amenazas de los enemigos; no te espanten los tormentos del tirano, sino mira la constancia y paciencia de estos santos Mártires que están contigo: imítales en la vida, y serás con ellos premiado en la muerte. Habiendo dicho esto la santa mujer, andaba de uno en otro besando las prisiones que tenian, y decíales: Ruégoos, siervos de Jesucristo, que animeis á mi señor y marido Adrian; ganad su alma para el mismo Jesucristo; sedle vosotros padre; nazca por vosotros para la vida eterna. El santo mártir Adrian la dijo: Véte, hermana mia, á casa, que llegando el tiempo de nuestro juicio y exámen, yo te avisaré para que te halles presente y veas el fin de este hecho. Pasados algunos dias, sabido por Adrian que se trataba de concluir su pleito y el de los otros cristianos que estaban presos con él, dió dineros á algunos de sus conocidos, y como fiadores para que le dejasen ir á su casa, y que volveria luego. Adrian era tan amado de todos, que daban estos muestra de desear que no volviese á la prision, aunque ellos se viesen en peligro, á trueque de que él quedase con la vida; y no es de creer otra

cosa sino que con este intento hicieron esta fianza. No faltó quien fué á su mujer Natalia y la dijo como iba Adrian á su casa; oyéndolo ella, primero no lo creyó, y luego dijo: Pues, ¿y quién pudo librarle de las prisiones en que yo le dejé? Llegó un criado suyo, y afirmó como venia. Ella pensando que huia del martirio, entristecióse demasiadamente, y comenzó á llorar; y como de léjos le viese venir, arrojó la labor que tenia en sus manos, y corrió á la puerta y cerróla muy bien, diciendo: No trataré mas contigo, ni yo le vea de mis ojos al cobarde que volvió atrás del buen camino que llevaba, y ha mentido á su Dios y Señor: no me hable palabra, Señor; no me hable palabra, ni oiga yo lengua que ha hecho engaño á la presencia de su Criador. Llegóse mas junto á él, teniendo todavía bien cerrada su puerta, y díjole: ¡Oh hombre entre todos los hombres descreido y sin Dios! ¿quién te hizo fuerza que comenzases lo que no habias de acabar? ¿Quién te apartó de aquellos Santos en cuya compañía yo te dejé? ¿Quién te ha engañado para que te apartases del contento de la paz y eterna alegría? Díme, ¿por qué has vuelto las espaldas antes que se comenzase la batalla? ¿Por qué arrojaste las armas como cobarde antes que vieses al enemigo, que salia contra tí á hacerte guerra? ¿Por qué te cuentas ya entre los heridos, y no se ha disparado saeta? ¡Qué haré, infeliz de mí! ¿Quién me juntó con un descreido? No merecí yo ser llamada mujer de mártir, sino que de aquí adelante me llamarán mujer de renegado: por un momento fue mi alegría, y por muchos siglos será mi afrenta y oprobio. El bienaventurado Adrian estaba fuera á la puerta muy gozoso de oir estas razones á su mujer. Decíala: Ábreme, hermana mia Natalia, que no vengo huyendo de la muerte, como tú piensas, sino á llamarte para que te halles presente á nuestro martirio, como te lo prometí. No lo creia Natalia, antes le llamaba engañador. Él afirmaba que era verdad lo que le decia, y que si no le abria presto, se volveria, por no faltar á su palabra, ni ser privado del martirio. Dióle ya crédito Natalia; abrió su puerta, y echósele á sus piés muy humilde. Él la abrazó, y los dos juntos vuelven á la cárcel, y en el camino dijo Adrian á Natalia: Díme, hermana mia, ¿qué órden has dado á tu hacienda y patrimonio? no quieran secuestrarlo después de mi muerte los ministros de ella. Respondió Natalia: No quieras, señor mio, acordarte de los bienes transitorios y perecederos de este mundo, porque no cautiven tu corazon y deseo. Acuérdate y pon los ojos en los bienes perdurables y eternos, que están ya cerca de comunicarse á tí y á los Santos en cuya compañía deseas morir por Jesucristo. Llegaron á la cárcel, y admiráronse to-

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

dos de Adrian, como habia vuelto á ella, estando cierto que venia á morir. El emperador Maximiano mandó llamar y traer á su presencia á todos los presos cristianos. Parecieron algunos cuyas carnes eran ulceradas y podridas en los lugares que tenian las prisiones, grillos y cadenas, de tal manera, que se habian ya allí engendrado gusanos y andaban bullendo. Llegóse Natalia á su marido Adrian, y díjole: Mira, señor mio, que tu alma esté firme en Dios. No vacile y tome espanto tu corazon cuando los tormentos se te presenten á la vida corporal. El trabajo de ahora durará poco, y el premio y bienaventuranza que de aquí resultará durará para siempre. Puso los ojos el Emperador en Adrian, y díjole: ¿Todavía permaneces en tu locura? Respondió el santo Mártir: Por esta que tú llamas locura estoy aparejado á dar la vida. Maximiano se enojó tanto de esto, que le mandó desnudar y azotar cruelmente en su presencia. Cansábanse los verdugos, y sucedian unos á otros, y ni se cansaba el tirano de mandarle aumentar el tormento, ni Adrian de sufrirle con mucho ánimo y paciencia. ¡Oh, quién viera á Natalia á esta sazon los colores diversos que trocaba su hermoso rostro! ya de temor, mostrábase amarilla, pensando si su marido habia de dejar vencerse con la terribilidad del tormento; ya viéndole que padecia con ánimo valeroso y fuerte, tornábase rosada y muy alegre. Ponia en ella sus ojos Adrian, y sin que le hablase, en solo su semblante entendia de ella que le decia, que perseverase, y que mirase que cuanto mas crecian los tormentos mas se aumentaba el premio. Llegó á tanto este tormento de azotes en el valeroso Mártir, que rompidas sus carnes y descubiertos sus huesos, se le descubrian las entrañas. El tirano, cansado ya de verle derramar sangre, mandóle volver á la cárcel cargado de prisiones como antes. Visitóle allí Natalia en compañía de otras devotas mujeres, las cuales llevaban de comer á los santos Mártires que estaban con él, siendo en todos veinte y tres; con que sabido del Emperador, vedó la entrada en la cárcel á las mujeres. Natalia se cortó el cabello y vistió como hombre, y entraba á dar de comer y regalar á Adrian su marido y á los demás Mártires; y por su ejemplo hicieron lo mismo otras de aquellas mujeres. Estuvieron allí algunos dias los Santos, hasta que acordándose de ellos Maximiano, mandó que tornasen á traerlos á su presencia. Salieron de aquella oscura y penosa cárcel tan malparados, que su vista causaba horror y lástima grande; con todo eso ellos constantes en la fe de Cristo como de primero. Mandó que con un destral les quebrasen las piernas, y así fue hecho. Añadióse en este tormento á san Adrian que le cortaron tambien una de sus

manos. Los santos Mártires en este martirio, orando al Señor, dieron sus almas. Mandó Maximiano que sus cuerpos fuesen quemados, y dándose órden en esto por los verdugos, estando los cuerpos juntos, la leña llegada y puesto el fuego en ella, de repente el cielo se cubrió de nubes negras y oscuras. Comienzan á sonar truenos y á hacer relámpagos, y caen rayos que mataron á algunos de los paganos que andaban dando órden para quemar los santos cuerpos de los Mártires; los demás huyeron. Animáronse con esto ciertos cristianos, y tomaron las reliquias de los santos Mártires, librándolas del fuego; y entrando con ellas en un navío, pasaron á Constantinopla, y allí con grande honra las sepultaron. Después de algunos dias, la valerosa matrona Natalia, huyendo de un tribuno que la pedia por mujer, y deseosa de estar á donde estaban las reliquias de aquellos Mártires, pasó de Nicomedia á Constantinopla, y allí santamente murió y dió su alma al Señor. El Martirologio romano señala su dia á primero de diciembre. El cuerpo de san Adrian después de algun tiempo fue trasladado á Roma, y el Martirologio romano señala tambien que fue este dia 8 de setiembre en que le celebra la fiesta. Su martirio pone el mismo Martirologio en 4 de marzo: fue cerca de los años del Señor de 300, imperando Diocleciano con Maximiano.

EL BEATO GUDILA.

La santidad del beato Gudila, célebre arcediano de Toledo, es famosa dentro y fuera de España. «San Julian, dice el P. Florez, pri«mero diácono y luego arzobispo de Toledo, contrajo singular amis«tad con otro, que como él habíase criado en la catedral, llamado Gu«dila, á quien Félix, arzobispo, elogia con título de *santa memoria*, «y llegó á ser arcediano de la santa iglesia, firmando como tal el con«cilio XI de Toledo. Entre los dos parece que no habia mas que un «alma, concordes siempre en lo bueno, y deseosos igualmente de re«tirarse á vivir en monasterio; pero como esto no se les proporcio«nase, procuraron resarcir aquel empleo con otros muy del agrado «de Dios, cuidando de instruir á los inferiores, y ser ellos prontísi«mos en obedecer á los mayores, sin descuidarse de otros fervorosos «ejercicios de virtud, empeñados en granjear y adelantar en todas. «El año octavo de Wamba, esto es, en el de 679, murió Gudila tal «dia como hoy, y su amigo san Julian le dió honrosa sepultura en «un monasterio dedicado á san Félix en la villa Cabense.» Semejantes elogios tributa á la santidad de nuestro Arcediano el célebre Morales siguiendo á su historiador el prelado Félix, pues dice que este

«bien á la larga cuenta la viveza de la fe de entrambos (Julian y Gu-«dila) el ardor de su santidad, y la humildad y obediencia en todo «su ministerio... Quiso Dios dar á Gudila temprano el premio de este «buen servir, etc.» Tal hombre, escribe Nicolás Antonio, dejó con su santidad ennoblecida la iglesia de Toledo. Padilla, Tamayo, Ferrari, Peyronet y otros ponen á Gudila en los catálogos que escribieron de unos Santos de España, otros de Santos en comun. Mencionanlo tambien los Bolandos *in praeterm. ad diem 27 aug. y 8 sept.*

SANTA ADELA, VIUDA.

Santa Adela era viuda de san Sidronio, mártir que fue coronado en Roma durante la persecucion de Aureliano. Pasó á Roma en el año de 1067, donde recibió el hábito religioso de manos del papa Alejandro II, llevando consigo las reliquias de san Sidronio, con las cuales enriqueció el monasterio de Benedictinas de Meessena, á dos leguas de Ipres, que fundó ella misma, y en el cual murió. Santa Adela, la fundadora, es honrada entre las Santas de este famoso monasterio el dia 8 de enero.

La Misa es del misterio, y la Oracion la que sigue:

Famulis tuis, quaesumus, Domine, coelestis gratiae munus impertire; ut quibus beatae Virginis partus extitit salutis exordium, Nativitatis ejus votiva solemnitas pacis tribuat incrementum: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Te suplicamos, Señor, concedas á tus siervos el don de la gracia celestial, para que la solemnidad votiva del nacimiento de la bienaventurada Vírgen dé un aumento de paz á los que su parto fue el principio de salvacion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo VIII *del libro de los Proverbios.*

Dominus possedit me in initio viarum suarum, antequam quidquam faceret à principio. Ab aeterno ordinata sum, et ex antiquis antequam terra fieret. Nondum erant abyssi, et ego jam concepta eram: necdum fontes aquarum eruperant, necdum montes gravi mole constiterant: ante colles ego parturiebar: adhuc terram non fecerat, et flumina, et cardines orbis terrae. Quando praeparabat coelos, aderam: quando certa lege, et gyro vallabat abyssos: quando aetera firmabat sursum, et librabat fontes aquarum: quando circumdabat ma-

El Señor me tuvo consigo al comenzar sus obras desde el principio antes de hacer cosa ninguna. Desde la eternidad tuve yo el principado, y desde lo antiguo antes de que fuese hecha la tierra. No existian aun los abismos, y ya estaba yo concebida. Ni habian brotado las fuentes de las aguas, ni los montes estaban sentados sobre su pesada mole; antes que los collados estaba yo parida: todavía no habia hecho él la tierra, ni los rios, ni los quicios del mundo. Cuando disponia los cielos estaba yo presente: cuando cercaba los abismos con cierta ley en sus confines:

ri terminum suum, et legem ponebat aquis ne transirent fines suos: quando appendebat fundamenta terrae. Cum eo eram cuncta componens: et delectabar per singulos dies, ludens coram eo omni tempore; ludens in orbe terrarum: et deliciae meae esse cum filiis hominum. Nunc ergo, filii, audite me: Beati qui custodiunt vias meas. Audite disciplinam, et estote sapientes, et nolite abjicere eam. Beatus homo qui audit me, et qui vigilat ad fores meas quotidie, et observat ad postes ostii mei. Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem à Domino.

cuando formaba allá arriba los aires, y suspendia las fuentes de las aguas: cuando fijaba al mar sus confines, é imponia ley á las aguas para que no traspasasen sus límites: cuando echaba los fundamentos de la tierra estaba yo con él disponiendo todas las cosas; y me deleitaba todos los dias jugando delante de él continuamente, jugando en el universo: y mis delicias (son) el estar con los hijos de los hombres. Ahora, pues, ó hijos, oidme: Bienaventurados los que andan mis caminos. Oid mi doctrina, y sed sabios; y no querais despreciarla. Bienaventurado el hombre que me escucha, y que vela todos los dias á la puerta de mi casa, y aguarda á los umbrales de mi puerta. El que me hallare, hallará la vida, y recibirá del Señor la salud.

REFLEXIONES.

El que me hallare, hallará la vida, y beberá la salvacion en la bondad del Señor, á lo que añade inmediatamente el Espíritu Santo: *Pero el que pecare contra mí, dañará su alma. Todos los que me aborrecen, aman la muerte.* Esta es la mayor prueba de lo que dijeron constantemente unánimes todos los santos Padres, que la mas visible señal de predestinacion era la devocion á la santísima Vírgen: como al contrario, la falta de ella lo que mas nos debe hacer dudar de nuestra salvacion. Todo aquel que sirviere dignamente á María, dice san Buenaventura, será justificado y se salvará; pero el que no hiciere caso de servirla, morirá infelizmente en sus pecados. *Qui digne coluerit, Mariam justificabitur; et qui neglexerit eam, morietur in peccatis suis.* Por eso dijo el sabio Idiota, que el que encontró á María, encontró en ella todos los bienes, porque esta Señora ama á los que la aman: y lo que mas es, ella misma sirve mucho á sus fieles siervos. *Inventa Maria, invenietur omne bonum: ipsa namque diligit diligentes se; imo sibi servientibus servit.* No por cierto, no hace María que encontremos nuestra salvacion en sus propios merecimientos; pero siendo la distribuidora, dicen los Padres, de las gracias del Salvador, saca del tesoro de las misericordias del Redentor aquellas abundantes gracias que derrama, por decirlo así, en el corazon de los que la aman. Aparta de la cabeza de sus queridos hijos aquellos envenenados golpes que

sin cesar descarga sobre ellos el enemigo de la salvacion: conjura las tempestades que amenazan á sus siervos: dispone que se libren de los lazos y de los peligros; y con estos importantes servicios, de que somos deudores á la poderosa ternura de esta amable Madre, recompensa ventajosamente el celo que tenemos en servirla. La verdadera devocion á la santísima Vírgen es el carácter de todos los escogidos de Dios. No hubo Santo que no la honrase, y no la amase como á su querida Madre: ninguno que no la profesase aquel ardiente, aquel tierno y amoroso celo que todo hijo bien nacido profesa á sus amados padres. Por el contrario, ningun enemigo ha tenido el Hijo que no lo fuese tambien de la Madre: de una misma raíz nace esta maligna hiel, esta impía amargura, y siempre tuvo tambien uno y otro objeto. Si se aborrece á María, no es imaginable mayor extravagancia que creer se puede estar en gracia de su Hijo. De aquí nace aquel monstruoso desencadenamiento de todos los herejes contra la devocion á la santísima Vírgen. En el tribunal del error todo devoto de María se declara por hombre de poco entendimiento; oraciones, rosarios, novenas, piadosas devociones, todo se trata de supersticion en el espíritu, en el dictámen y en el corazon de cuantos son rebeldes á la Iglesia. Regocijaos, Vírgen María, porque sola Vos confundísteis, degollásteis, extinguísteis todas las herejías: *Gaude, Maria virgo, cunctas haereses sola interemisti.* Aquella antigua serpiente hará (¡pero qué inútilmente!) todos sus esfuerzos para morderos, y los inficionados de su veneno nunca cesarán de gritar contra vuestro culto, y desacreditar vuestra devocion; ¡pero qué en vano!

El Evangelio es del capítulo 1 *de san Mateo.*

Liber generationis Jesu Christi filii David, filii Abraham. Abraham genuit Isaac. Isaac autem genuit Jacob. Jacob autem genuit Judam, et fratres ejus. Judas autem genuit Phares, et Zaram de Thamar. Phares autem genuit Esron. Esron autem genuit Aram. Aram autem genuit Aminadab. Aminadab autem genuit Naasson. Naasson autem genuit Salmon. Salmon autem genuit Booz de Rahab. Booz autem genuit Obed ex Ruth. Obed autem genuit Jesse. Jesse autem genuit David regem. David autem rex genuit Salomonem ex ea, quae fuit Uriae. Salomon autem ge-

Libro de la generacion de Jesucristo hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró á Isaac. Isaac engendró á Jacob. Jacob engendró á Judas y sus hermanos. Judas engendró de Tamar á Fares y Zara. Fares engendró á Esron. Esron engendró á Aran. Aran engendró á Aminadab. Aminadab engendró á Naason. Naason engendró á Salmon. Salmon engendró de Rahab á Booz. Booz engendró de Ruth á Obed. Obed engendró á Jesé. Jesé engendró á David rey. David rey engendró á Salomon de aquella que habia sido (mujer) de Urías. Salomon engendró á Roboam. Roboam engendró á Abías.

nuit Roboam. Roboam autem genuit Abiam. Abias autem genuit Asa. Asa autem genuit Josaphat. Josaphat autem genuit Joram. Joram autem genuit Oziam. Ozias autem genuit Joatham. Joatham autem genuit Achaz. Achaz autem genuit Ezechiam. Ezechias autem genuit Manassen. Manasses autem genuit Amon. Amon autem genuit Josiam. Josias autem genuit Jechoniam, et fratres ejus in transmigratione Babylonis. Et post transmigrationem Babylonis Jechonias genuit Salathiel. Salathiel autem genuit Zorobabel. Zorobabel autem genuit Abiud. Abiud autem genuit Eliacim. Eliacim autem genuit Azor. Azor autem genuit Sadoc. Sadoc autem genuit Achim. Achim autem genuit Eliud. Eliud autem genuit Eleazar. Eleazar autem genuit Mathan. Mathan autem genuit Jacob. Jacob autem genuit Joseph, virum Mariae, de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus.

Abías engendró á Asa. Asa engendró á Josafat. Josafat engendró á Joram. Joram engendró á Ozías. Ozías engendró á Joatan. Joatan engendró á Achaz. Achaz engendró á Ezequías. Ezequías engendró á Manassés. Manassés engendró á Amon. Amon engendró á Josías. Josías engendró á Jeconías y á sus hermanos en la transmigracion de Babilonia. Y después de la transmigracion de Babilonia, Jeconías engendró á Salathiel. Salathiel engendró á Zorobabel. Zorobabel engendró á Abiud. Abiud engendró á Eliazin. Eliazin engendró á Azor. Azor engendró á Sadoc. Sadoc engendró á Achin. Achin engendró á Eliud. Eliud engendró á Eleazar. Eleazar engendró á Mathan. Mathan engendró á Jacob. Jacob engendró á José, esposo de María, de la cual nació Jesús, que se llama Cristo.

MEDITACION.

Sobre la Natividad de la santísima Vírgen.

Punto primero. —Considera que basta saber que nace para ser Madre de Dios esta bienaventurada Niña que acaba de nacer, y cuyo nacimiento celebra hoy con tanta solemnidad la santa Iglesia. No son menester mas razones para comprender el justo motivo de esta fiesta, y para entrar en el espíritu de la Iglesia, solemnizando con toda la devocion, con todo el gozo, y con toda la celebridad posible esta santa natividad. Nace la santísima Vírgen; y lo que distingue este nacimiento, lo que hace bienaventurada á la recien nacida, lo que desde el mismo instante en que vió la luz la constituye digna de nuestros respetos, y de nuestro comun alborozo, no es la gloria de sus antepasados, ni la nobleza de su orígen. Estimen en buen hora estas ventajosas circunstancias aquellos que están preocupados de las ideas del mundo. Descendeis, ó Vírgen santa (es así) de Patriarcas y de Reyes; pero lo que delante de Dios ensalza vuestro mérito, lo que excita nuestra alegría, nuestra veneracion, nuestra confianza y nuestro amor, no es, ni el esplendor de sus dignidades, ni su grandeza, ni su

poder, ni sus memorables hazañas: aquella sola santidad que hizo dichosa vuestra concepcion, hace tambien feliz vuestro nacimiento. Ni tampoco puede nacer de otro principio nuestra dicha. Hácense grandes regocijos en el nacimiento de los grandes; pero á pesar de los aplausos que les tributan los hombres, á pesar de los honores que les rinden desde la misma cuna, como fueron concebidos en pecado, nacen en pecado, hijos de ira, dignos del odio de Dios, y expuestos á los rigurosos castigos de su justicia. Aunque les tributen los mayores honores y respetos, son incapaces de hacer por sí mismos en mucho tiempo la mas mínima gracia á sus cortesanos. Pero la santísima Vírgen ya cuando nace es objeto de las divinas complacencias, Hija muy amada del Altísimo, colmada de sus mas abundantes bendiciones, y enriquecida con todos los dones de su espíritu. Es tan grande su poder con Dios desde el mismo instante de su nacimiento, que ella sola cuando nace nos puede hacer mucho mas bien que todos los Santos juntos en el curso de su vida, ni desde su bienaventurada habitacion en la gloria. ¿Qué gracias no nos puede merecer aun en la misma cuna? Y ¿con qué bondad, con qué complacencia no recibe en ella nuestros reverentes cultos? Y si el nacimiento de María es materia tan grande de alegría para nosotros, ¿por qué no lo será tambien para ella nuestra devocion, nuestra confianza, y nuestro amor á esta soberana Señora? Los honores que se rinden á María en su nacimiento la ganan el corazon; y nuestra devocion en este dia no puede menos de agradar extremadamente á aquel divino Hijo que tiene tan en el corazon la honra de su santísima Madre. Mucho mas gratos, mucho mas estimables le son á un príncipe los honores que se le tributan cuando se ve en un estado oscuro y abatido, que los que se le rinden en la majestad del trono, y rodeado de toda la brillantez, de toda la magnificencia de su corte. ¡Pues con qué ojos, con qué gusto mirará y recibirá María la devocion de sus queridos siervos al misterio de su nacimiento, cuando á pesar de aquel estado pobre, flaco, y al parecer abatido, es honrada con ansiosa reverencia, respetada por señora soberana de todo el universo, y reconocida por poderosa medianera entre Dios y los hombres! Esta sola devocion basta para obligarla á derramar sus mas señalados favores en el corazon de sus devotos tan celosos por su gloria.

Punto segundo.—Considera que el nacimiento de la santísima Vírgen es uno de los puntos de mayor consuelo que se nos pueden proponer para la meditacion: manantial inagotable de reflexiones á

cual mas saludables y provechosas. Ninguna cosa excita mas nuestra confianza, nuestra ternura, nuestra devocion, nuestro respeto á la Madre de Dios, que las prerogativas de su glorioso nacimiento. Si consideramos á María en sí misma desde la propia cuna, su eleccion, sus gracias, sus virtudes, su santidad, sus méritos, su gloria y sus privilegios, todo es objeto de admiracion á los mismos Ángeles, todo les arrebata su veneracion y su amor. Pues ¿qué efecto no deben producir estas consideraciones en el entendimiento y en el corazon de los hombres? Si la consideramos por las correlaciones que tiene con nosotros, ella es nuestra reina, nuestra abogada, nuestra corredentora, nuestra buena madre y nuestra esperanza, como lo canta la Iglesia: ella es nuestra fiadora con Dios, como se explica san Agustin: nuestra medianera con el soberano Mediador, como la apellida san Bernardo; el remedio de todos nuestros males, como lo publica san Buenaventura: nuestra paz, nuestra alegría y nuestro consuelo, en la lengua y en la pluma de san Efren: ella, en fin, es nuestra gloria, nuestra corona y nuestra vida, como la misma Iglesia la llama. Pero todavía no es Madre de Dios: no importa; eslo ya en los decretos eternos, en la idea divina, á la cual todas las cosas son presentes en toda la eternidad. Fue concebida sin mancha, y nació toda santa y toda pura para ser Madre de Dios. Aunque el príncipe que nace todavía no sea rey, basta que lo haya de ser algun dia, ó que nazca para serlo, para que desde luego todos los pueblos le honren y le respeten. Pues ¡cuáles deben ser nuestros respetos á la todopoderosa, á la todo amable Madre de Dios, que, por decirlo así, nos es todas las cosas, y á quien parece tenemos en lugar de todas ellas! Entre todos los dias que componen la vida de los grandes, solo el de su nacimiento es el que todos los años se celebra con regocijos, con besamanos, con fiestas y con regalos: ni á la verdad hay otro dia que lo merezca mas. Esta antiquísima costumbre acredita el amor y el respeto que se profesa á un príncipe á quien se le honra desde su mismo nacimiento. Mucho mas justo es nuestro gozo, nuestra veneracion y nuestro culto en el nacimiento de María, mucho mas bien fundados nuestros respetos. Nace María al mundo colmada de merecimientos: sabemos que ha de colmar al mismo mundo de bendiciones y de dichas. Nace para ser Madre de Dios, y por consiguiente para serlo de los hombres, su soberana señora, nuestra esperanza, nuestro asilo, nuestro refugio y nuestro consuelo. Pues ¿podrá un cristiano dejar de apresurarse á tributar su veneracion, sus homenajes y su culto á esta soberana Princesa desde el mismo instante que comienza á ver la luz? ¿Hemos de esperar para

eso á verla cási espirar de dolor al pié de la cruz, ó á que entre triunfante en la gloria? No dejaron de tributarla vasallaje todas las inteligencias celestiales desde el mismo punto que se dejó ver en la tierra, reconociéndola por Reina de todos los espíritus bienaventurados; pues ¿cuáles deberán ser nuestras ansias, nuestros regocijos, nuestros votos y nuestra ternura con esta dulcísima Emperatriz en el dia de su alegre nacimiento? Y si los grandes celebran cada año el dia de su nacimiento como el de su mayor fiesta; si no saben negar gracia alguna que se les pida en semejante dia; si ese es el de sus gracias y de sus liberalidades, ¿podrémos pensar que sea María menos franca, menos liberal en el dichoso dia de su feliz nacimiento?

No, Vírgen santísima, no lo pensamos así: seria un pensamiento indigno de vuestra augusta dignidad, de ese corazon tan benéfico, dudar del grande amor que nos teneis, particularmente en este solemnísimo dia. Resuelto estoy, con la gracia de mi Dios, á no hacerme indigno de vuestros favores en un dia tan precioso.

JACULATORIAS. — Tu nacimiento, ó Vírgen Madre de Dios, colmó de alegría á todo el universo mundo. (*Ecclesia*).

Celebremos con el mayor regocijo el nacimiento de la santísima Vírgen María. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Fácil cosa es comprender cuánto nos importa conseguir la proteccion de la santísima Vírgen. Es cierto que ninguna gracia podemos lograr no siendo por su favor; y que mediante su favor, no hay gracia que no podamos lograr. Aunque no hubiera sido escogida para ser Madre del Todopoderoso; aunque su Hijo no hubiera puesto en sus manos todos sus tesoros; es visible que por los solos méritos de su vida su intercesion seria en cierta manera todopoderosa; y que una sola palabra de su boca podria mucho mas con Dios que si todos los Santos juntos del cielo se unieran para pedirle algun favor; pues ¡cuánta será su autoridad, siendo Madre de Dios y como la tesorera general de todas sus gracias! Y con efecto, siendo tan buena, como lo es, para con todos los del mundo; estando incesantemente cerca de su querido Hijo, pidiéndole gracia y perdon para los mas insignes pecadores, ¿cómo pudiera olvidar á los que particularmente la honran? Basta muchas veces una breve oracion, un voto, una ofrenda, una novena, una devota romería para conseguir milagros por su intercesion; pues ¿qué no hará por un amor tierno y constante, por

obsequios continuos y arreglados, por una devocion afectuosa y sólida? Coloca en ella toda tu confianza después de Jesucristo, y no se te pase hora del dia sin recurrir á esta Señora.

2 Honra particularmente el dia de su nacimiento; y profesa toda la vida especial devocion á la Vírgen cuando niña; pero singularmente en aquel primer instante en que vino á la luz del mundo. Es muy agradable á la santísima Vírgen esta devocion. Tuviéronla muchos grandes Santos, y por ella merecieron muy especiales favores. Imita tan bello ejemplo. Reza todos los sábados alguna oracion, aunque no sea mas que una *Ave María*, en reverencia de todos los misterios de la santísima Vírgen, sobre todo el de su inmaculada Concepcion, de su Natividad y de su Asuncion á los cielos.

DIA IX.

MARTIROLOGIO.

El martirio de los santos Doroteo y Gorgonio, en Nicomedia; los cuales habiendo obtenido muy honoríficos empleos en la casa del emperador Diocleciano, como abominasen la persecucion con que afligia á los Cristianos, mandó primero que los colgasen y los azotasen hasta despedazarles todo el cuerpo. Después habiéndoles descubierto las entrañas, mandó que en ellas les echasen sal y vinagre, y que en esta disposicion fuesen asados en unas parrillas; y por último que fuesen ahogados con un dogal. El cuerpo de san Gorgonio después de largo tiempo fue llevado á Roma, y depositado en la via Latina, de donde le trasladaron á la iglesia de San Pedro. *(Véase su historia en las de hoy).*

Los santos mártires Jacinto, Alejandro y Tiburcio, en la tierra de los Sabinos, á treinta millas de Roma.

San Severiano, soldado del emperador Licinio, en Sebaste; el cual como visitase á los cuarenta Mártires que estaban en la cárcel, por órden del presidente Lisias lo colgaron con una gran piedra atada á los piés, le atormentaron con azotes, le descarnaron todo el cuerpo, y en estos tormentos entregó su alma al Criador.

El martirio de san Straton, mártir, en el mismo dia; el cual por confesar á Jesucristo fue atado á dos árboles, y hecho pedazos, obtuvo la corona del martirio. *(Nicolás Antonio, fundándose en que no ha existido nunca en España poblacion alguna llamada Beta, no conviene que este Santo fuese español, conforme pretendieron algunos autores, suponiéndole natural de una antigua ciudad de aquel nombre).*

Los santos mártires Rufino y Rufiniano, hermanos, en el mismo dia.

San Sergio, papa y confesor, en Roma. *(Subió á la cátedra de san Pedro después de dos elecciones, la una en favor del arcediano Pascual, y la otra en favor del arcipreste Teodoro: fue consagrado el dia 15 de setiembre del año 687, y murió el 8 de setiembre del 701. Entre otras de las cosas notables que dejó establecidas en la Iglesia, una es que en la misa se dijese el* Agnus Dei).

San Audomaro, obispo, en territorio de Therouenne. *(Los franceses le llaman San Omer).*

San Querano, abad, en Escocia.

LA FIESTA DEL SANTO Y DULCÍSIMO NOMBRE DE MARÍA.

En la Dominica después de la Natividad de Nuestra Señora celebra la Iglesia la festividad de su dulcísimo Nombre. Siempre fue el mayor recurso de los fieles en sus mayores necesidades la poderosa proteccion de la santísima Vírgen: ni se frustró jamás su confianza en esta Madre de misericordia cuando clamaron á ella en las mas apretadas tribulaciones y calamidades. Constantemente experimentó siempre la Iglesia su auxilio y su asistencia, sobre todo contra los mas formidables esfuerzos de los enemigos del nombre cristiano; y la institucion de esta fiesta será eterno monumento de su proteccion todopoderosa.

Orgullosos los turcos con los felices sucesos de sus armas contra los imperiales en la campaña de 1683, concibieron y formaron el soberbio intento de dilatar sus conquistas hasta mas allá de las márgenes del Danubio y del mismo Rhin, amenazando con fiereza á toda la cristiandad, y penetrando por ella con un ejército de doscientos mil combatientes, pusieron sitio á la imperial corte de Viena. Fue general la consternacion de todos; y temiendo los pueblos caer en las bárbaras manos de los infieles, quedaron desiertas las ciudades, abandonándolas sus habitadores. Como el Emperador no tenia fuerzas suficientes para hacer resistencia al ejército otomano, se vió precisado á retirarse de su corte en compañía de las dos Emperatrices, de los Archiduques y Archiduquesas, tomando el camino de Lintz, mientras el príncipe Carlos de Lorena, temiendo ser cortado y envuelto por la muchedumbre, se venia retirando hasta cubrirse con el cañon de la plaza. El dia 14 de agosto abrieron los turcos las trincheras por el lado de la puerta imperial, y se alojaron en ella á pesar del vivo fuego que hacian los sitiados. Apoderándose después del Tabor, dejaron cerrada la ciudad por todas partes; y poniendo fuego al palacio de la favorita, quemaron las casas de campo de los grandes en el arrabal de Leopolstad, y se llenaron de genízaros todos los puestos exteriores. Sucedió un funesto accidente, que añadiendo mucho orgullo á los sitiadores, desmayó á proporcion el aliento de los sitiados. Prendióse fuego en la iglesia de los escoceses: consumió en breve tiempo aquel soberbio edificio, y ganando las llamas el arsenal, donde estaban los almacenes de la pólvora y de las municiones, la ciudad iba ya á caer

en manos de los turcos; cuando el mismo dia de la Asuncion, por una visible proteccion de la santísima Vírgen, se paró como de repente el fuego, dando tiempo á que se sacasen las municiones y la pólvora. A vista de tan notorio favor de la Madre de Dios volvió á animarse el desmayado aliento del soldado y de los vecinos, encendiéndose mas la confianza en su poderosa protectora por mas que los turcos hicieron un terrible fuego el dia 22 contra el bastion del Danubio. Llovian dentro de la plaza balas, granadas y bombas que echaban á tierra las casas; mas no por eso se acobardaban los vecinos, implorando dia y noche en las iglesias la asistencia del cielo, ni los predicadores cesaban de exhortarlos á que, después de Dios, pusiesen toda su confianza en aquella Señora, cuya soberana proteccion habian experimentado tantas veces. El dia 31 se adelantaron los trabajos de los sitiadores hasta la contraescarpa, acercándose tanto á los imperiales, que unos y otros peleaban ya dentro del foso con las estacas de la empalizada. Viena, aquel baluarte de la cristiandad, apenas era ya mas que un prodigioso cúmulo de tierra y piedras, cuando el dia de la Natividad de la Vírgen, en que los Cristianos redoblaron sus oraciones, su fervor, su devocion y sus votos, recibieron, como por milagro, aviso cierto de que les venia marchando un pronto socorro, con cuya noticia revivió en sus corazones todo su espíritu y todo su valor. Con efecto, al amanecer el segundo dia de la octava de la Natividad se registró cubierta de tropas auxiliares toda la montaña de Kalemberg: vista acompañada del mayor consuelo, que llenando los pechos de inexplicable alegría, calmó las inquietudes y los sobresaltos. Juan Sobieski, rey de Polonia, acudió el dia 12 de setiembre á la capilla de San Leopoldo con el príncipe Carlos de Lorena, donde los dos generales asistieron al santo sacrificio de la misa, la que quiso ayudar el mismo Rey teniendo los brazos en cruz por toda ella, menos aquellos breves instantes que el sacerdote tenia necesidad de su ministerio. Después de haber comulgado, poniéndose bajo la proteccion de la Madre Dios, y recibida la bendicion, que se echó á todo el ejército, el Monarca se levantó con denodado despejo, y dijo en alta voz: *Ahora ya podemos marchar, bajo la proteccion de la santísima Vírgen, con entera seguridad de que no nos negará su asistencia.* Bajó entonces de las montañas el ejército de los Cristianos, y se fué avanzando al campo de los turcos, los cuales los recibieron bien, y sostuvieron por algun tiempo el combate; pero luego se retiraron de la otra parte del Danubio con tanta precipitacion, que dejaron en el cuartel del Gran Visir el estandarte del imperio otomano y las colas

de caballo, que son las insignias de su dignidad, tan inseparables de él, que le acompañan y le preceden aun en presencia de Su Alteza. No hubo victoria que costase menos sangre, ni que fuese mas completa. Los turcos abandonaron todas sus tiendas, la mayor parte de su equipaje, todas las municiones de boca y guerra, toda su artillería, que ascendia á ciento y ochenta cañones ó morteros, y cien mil hombres muertos en el campo de batalla. No pudieron los dos generales seguir el alcance por estar fatigado el ejército cristiano. Veíanse los soldados entrar en la ciudad cargados de botin, y llevando delante de sí manadas enteras de bueyes que los turcos se habian dejado en el campo, enriquecidos con sus preciosos despojos. Informado de la rota de los turcos el emperador Leopoldo Ignacio, mas ilustre por su esclarecida piedad, que por su gran valor y celebrada prudencia, volvió á Viena el mismo dia, y mandó cantar el *Te Deum*... con toda la solemnidad posible; reconociendo que una victoria tan no esperada era efecto visible de la asistencia del cielo, y singularmente de la descubierta proteccion de la santísima Vírgen. Mandó el religioso Príncipe que se llevase á la iglesia mayor el estandarte del imperio otomano que se halló en la tienda del Gran Visir. Era de crines de caballo marino, trabajado á aguja, y bordado de flores á lo arabesco, la manzana de bronce dorado, y el palo todo cubierto de hojas de oro. El estandarte de Mahoma, que siempre se enarbola en medio del campo junto á la tienda del Gran Visir, era de brocado de oro, fondo encarnado, y bordado todo de plata y verde; los flecos de brocado rojo y plateado, bordados de letras árabes. El asta ó palo del estandarte remataba en una manzana de cobre dorado con borlas de seda verde. Este estandarte se envió á Roma, donde fue presentado al papa Inocencio XI, que bien persuadido á que tan célebre victoria se debia singularmente á la proteccion de la santísima Vírgen, ordenó que la fiesta de su DULCÍSIMO NOMBRE, introducida mucho tiempo antes en varias provincias de la cristiandad, se celebrase de allí adelante en toda la Iglesia universal, fijándola á la Dominica infraoctava de la Natividad.

A la verdad, después del santo Nombre de Jesús, era muy justo que se celebrase tambien el nombre de María, el cual siendo tan respetable á los mismos Ángeles, no debia serlo menos á todos los hombres. Ni el cielo ni la tierra, ó bienaventurada Vírgen María (exclama san Francisco) conocen otro nombre después del de tu querido Hijo, de quien reciban los fieles mayores gracias, en quien depositen mayor confianza, ni de quien reciban mayor dulzura que de tu santí-

simo nombre: *Post singulare illud dilecti Filii tui, ò Maria, non aliud nomen coelum, et terra nominat, unde tantum gratiae, tantum spei, tantum suavitatis piae mentes accipiant.* (*In Psalt. Virg.*) Dichoso aquel que respeta, que ama tu santo nombre, ó Vírgen santa (exclama san Buenaventura). Sostendrále tu favor en todos sus trabajos, y producirá en él copiosos frutos, regados con las vivas aguas de la gracia del Redentor. *Beatus qui diligit nomen tuum, Maria; gratia tua animam ejus confortabit, tanquam fontibus irrigatum, in eo fructum propagabit.* ¡O augusto nombre de María! (añade el mismo Santo) ¡cómo puede dejar de ser tu nombre gozosísimamente celebrado, pues, no es posible pronunciarle sin grande utilidad del mismo que le pronuncia! *O celeberrimum nomen Mariae! quomodo posset nomen tuum non esse celebre, quod etiam nominari non potest sine nominantis utilitate?* ¡Qué glorioso, qué admirable es este nombre, ó Vírgen pura! pues los que le invocan con devocion y confianza, ni se asustan, ni dan lugar al temor en la hora de la muerte. *Gloriosum et admirabile est nomen tuum, qui illud retinent non expavescunt in puncto mortis.* ¡Qué paz, qué abundancia de gracias disfrutan los que honran sin cesar tu santo nombre! *Pax multa observantibus nomen tuum, Mater Dei.*

Es de tanta virtud este nombre, dice el sabio idiota Raimundo Jordan, abad de Celles, es de tanta excelencia, que el cielo le aplaude, la tierra se regocija, y los Ángeles saltan de gozo siempre que le pronuncian: *Tantae virtutis et excellentiae est hoc nomen, ut coelum rideat, terra laetetur, angeli congaudeant cum Maria nominatur.* Sí por cierto (añade este venerable varon) toda la santísima Trinidad te dió este respetable nombre, para que al oirle doblen la rodilla todas las potestades del cielo, de la tierra y del infierno: *Dedit tibi, Maria, tota Trinitas nomen, ut in nomine hoc, omne genuflectatur coelestium, terrestrium, et infernorum.* A la verdad, dice san Bernardo, ningun otro nombre podia convenir mejor á la Madre de Dios, que el de María; ni era posible hallar otro que mejor explicase su grandeza, su dignidad y su excelencia. *Nomen Virginis Mariae, quod interpretatum maris stella dicitur, et matri Virgini convenienter aptatur.* (*Hom. super Missus est*). Es María aquella hermosa y brillante estrella que se registra elevada sobre el espacioso mar del mundo: *Ipsa est praeclara, et eximia stella, super hoc mare magnum, et spatiosum necessario elevata.* Ella es la que guia á los que navegan engolfados en este mar procloso. Lo mismo es perder de vista esta estrella, que exponerse á la funesta necesidad de desviar del rumbo, dar en escollos, y correr á un lastimoso naufragio: *Ne avertas oculos à fulgore hujus syderis, si non vis*

obrui procellis. Son frecuentes en este inquieto mar las tempestades; está sembrado de escollos; no hay puerto donde se pueda ancorar al abrigo de los vientos; ninguno que no esté expuesto á furiosos huracanes; si quieres librarte del naufragio, *respice stellam, voca Mariam;* mira á esta estrella, invoca este nombre de María. Si las desgracias te atropellan, si las adversidades te combaten y medio te derriban; si los adversos acasos de esta vida van como á sumegirte y ahogarte, mira á esa estrella, invoca el santo nombre de María. *Si adversitates tribulationum te jactent, et superantes te, quasi prosternant; invoca Mariam.* (*In cap.* 1 *Luc.*). El Nombre de María, decia san Antonio de Padua, llena de gozo y de consuelo á cuantos le pronuncian con devocion y con respeto. Es mas dulce al paladar que la miel; mas grato al oido que la mas armoniosa melodía; mas delicioso al corazon que el júbilo mas exquisito. *Nomen virginis Mariae, mel in ore, melos in aure, jubilus in corde.* Después del dulcísimo nombre de Jesús, dice el célebre Alano de Cister, uno de los mas ilustres ornamentos de la universidad de Paris, ¿qué otro nombre debe ser mas frecuente en la boca de los fieles que el de María? Por tanto, con mucha mas razon se compara á un suavísimo óleo derramado, cuya fragancia se difunde por todas partes. *Cujus nomen praeconizatur in mundo, nisi Virginis hujus? Cujus laus celebratur in ore populi fidelis, nisi virginis Mariae? Unde eleganter fama et gloria nominis ejus oleo effuso comparatur.* Aun adelanta mas san Anselmo la veneracion de este santo nombre. Muchas veces, dice, se consigue la gracia y la misericordia con mas prontitud invocando el nombre de María, que invocando el nombre de Jesús: *Velocior est nonnumquam salus, memorato nomine Mariae, quam invocato nomine Jesu.* (*Lib. de excellent. Virg.*). Luego que se pronuncia el nombre de María, dice el sabio Pedro Blesense, hinca la Iglesia la rodilla, y lo mismo es pronunciarle, que renovarse en los pueblos la devocion. *Ecclesia, audito nomine Mariae, genua terrae infigit, quia prae nominis reverentia quasi mare confragosum sonant vota populorum.*

Desde el principio de la religion cristiana, desde los primeros tiempos de la Iglesia se acostumbraron piadosamente los fieles á no separar los augustos nombres de Jesús y de María, no invocando el uno sin el otro desde aquellos felices siglos del primitivo fervor. Nunca envejeció en la Iglesia la Religion. Así como los verdaderos Cristianos de nuestros tiempos profesan al Hijo el mismo amor y el mismo respeto, así tambien profesan á la Madre la misma ternura y la misma veneracion. Por eso andan juntos de ordinario estos dos santísimos

nombres en el corazon y en la boca de los Cristianos. Por eso con alguna proporcion se puede decir de María lo que dice san Pablo del Verbo encarnado en sus entrañas; que María es tanto mas superior á las celestiales inteligencias, cuanto el nombre que se la concedió en señal de su grandeza es para nosotros prueba concluyente de su mayor distincion: *Tanto melior angelis, quanto differentius prae illis nomen haereditavit.* Dice san Pedro Crisólogo que el nombre de *María* significa en latin *señora: Maria latine domina nuncupatur.* Por ser la Soberana de los Ángeles y de los hombres, se llama por excelencia *Nuestra Señora,* siendo esta prerogativa especial suya, de suerte, que así la apellida comunmente la Iglesia y todas las naciones. En todas ellas retiene este Nombre el mismo carácter de grandeza y de soberanía, pues en todas significa *Nuestra Soberana*, así como hablando de su Hijo, significa *Nuestro Soberano* el nombre de Nuestro Señor.

San Bernardo, que no malogra ocasion de manifestar los ardores y los tiernos afectos de su corazon para con esta Madre de bondad y de misericordia, aludiendo al sonido y significado de su nombre, como tambien á lo mucho que sirve á los navegantes la estrella que llaman del Norte, siendo ella la que dirige sus rumbos, explica elocuentemente lo mucho que debemos esperar de la asistencia de María, profesando tierna y afectuosa devocion á su santo nombre. *Et nomen virginis Maria.* ¡Oh, y qué admirablemente conviene este santo nombre á la santísima Vírgen María! Este nombre, dice, fuera de significar reina, señora y soberana, significa tambien estrella del mar: *Quod interpretatum maris stella dicitur.* (*Hom. 2. super Missus est*). Es María aquella resplandeciente, aquella brillante, aquella célebre estrella de Jacob, cuya luz baña á todo el mundo, cuyo resplandor se eleva hasta el mismo cielo, penetra los abismos, y derramando sus benignas influencias sobre toda la tierra, calienta los corazones mas que los cuerpos, fomenta las virtudes, y deseca el vicio hasta dejarle sin vida. No puedes ignorar, seas quien fueres (continúa el mismo Santo) que mientras vives en este mundo, navegas en este borrascoso mar, combatido perpetuamente de las tempestades, llevándote á todas partes la violencia de las olas. *Ne avertas oculos à fulgore hujus syderis, si non vis obrui procellis:* No desvies los ojos de este resplandeciente astro, si no quieres ser sumergido en las borrascas. *Si insurgant venti tentationum;* si soplan en furiosos los vientos de las tentaciones. *Si incurras scopulos tribulationum;* si fueres ya como á estrellarte contra los escollos de las tribulaciones y de las adversidades, levanta los ojos á esta estrella, invoca el nombre de Ma-

ría: *Respice stellam, voca Mariam.* Si te consume el fuego de la cólera: si el maligno espíritu de la avaricia te devora: si el orgullo excita en tu corazon peligrosas tempestades: si la concupiscencia te pone á riesgo de padecer triste y miserable naufragio: *Si jactaris superbiae undis, si carnis illecebra naviculum concusserit mentis,* recurre á María, *respice ad Mariam.* Si te conturba el horror de tus pecados: si tu conciencia se estremece á vista de su gravedad y de su número: si el temor de los terribles juicios de Dios te induce á desesperacion, y á vista de él desmaya en tu corazon la confianza, *cogita Mariam,* pon la consideracion en María: este santo nombre sosegará tus sobresaltos, y dispertará tu confianza y tu amor, *in periculis, in anjustiis, in rebus dubiis.* En todos los peligros de la vida, en todos los tropiezos de esta peligrosa carrera, en los negocios espinosos, en los mas azarosos accidentes, *Mariam cogita, Mariam invoca,* acude á María, invoca á María: no se caiga de tus labios este santo nombre, y esté perpetuamente grabado en el centro de tu corazon: *Non recedat ab ore, non recedat à corde.* Ten por cierto que mientras no pierdas de vista á María no te descaminarás: *Ipsam cogitans, non erras;* mientras estés debajo de su proteccion, no tienes de que temer: *Ipsa protegente, non metuis;* y una dichosa experiencia te enseñará que con mucha razon tiene el nombre de María, es decir, de Madre de misericordia, de estrella del mar, de Señora, y refugio de pecadores: *Et sic in temetipso experieris quam merito dictum sic: et nomen virginis Maria.*

Llenad, ó divina María, llenad toda la extension de este magnífico nombre. Seais honrada en el cielo, reverenciada en la tierra, y respetuosamente temida en el infierno. Reinad después de Dios sobre todo lo que está debajo de Dios; pero mas que todo reinad en mi corazon. Vos seréis mi consuelo en mis trabajos, mi fortaleza en mis desmayos, mi consejera en mis dudas. Solo con pronunciar el nombre de María se animará toda mi confianza, y se encenderá todo mi amor. ¡Oh, y si yo pudiera grabar profundamente este santo nombre en todos los corazones! ¡Oh si le pudiera colocar en la boca de todos los mortales, moviéndolos á todos á que me ayudasen á celebrarle! *María:* ¡ó nombre con cuya dulce invocacion ninguno debe desesperar! *María:* ¡ó nombre tantas veces combatido, pero siempre victorioso, siempre triunfante! *María:* ¡ó nombre siempre grato, siempre dulce, siempre saludable á mi alma! Nombre que me serena en mis temores, que me anima en mis desalientos, que me sostiene en mis empresas. Pronunciaréle todos los dias de mi vida,

y siempre que le pronuncie irá acompañado con el sagrado nombre de Jesús. El Hijo me acordará á la Madre, y la Madre me traerá á la memoria el Hijo. *Jesús, María;* esto es lo que mi boca repetirá mil veces á la hora de la muerte. *Jesús, María;* esto es lo que no dejará de repetir interiormente mi corazon cuando no puedan los labios pronunciarlo. Me repetirán hasta mi último suspiro este nombre de Jesús y este nombre de María; y hasta el último suspiro serán para mí dos nombres de confianza, de ternura, de bendicion, y de salvacion eterna. Así sea.

SANTA MARÍA DE LA CABEZA.

En la corte de Madrid es uno de los objetos de la mayor veneracion santa María de la Cabeza, dignísima esposa de san Isidro, patrono de la misma villa. Aunque convienen los escritores de la nacion que fue originaria de la provincia de Toledo, se diferencian en el lugar de su nacimiento: unos estiman que fue la villa de Uceda, otros que Torrelaguna, y otros que Caraquiz; pero el que reflexione que en la época de su nacimiento era Torrelaguna aldea de Uceda, y que Caraquiz fue, como es en el dia, una granja del territorio de aquella, no tendra dificultad en conceder que fue natural de Uceda. El escritor de esta vida, que ha sido párroco en la misma villa, interesado en el descubrimiento del orígen de esta Santa, habiendo registrado con la mayor escrupulosidad los archivos de ella, aunque no encontró en ellos documento alguno justificativo sobre este punto de controversia; convencido de que en aquel pueblo es la prueba justificativa de la feligresía de las familias la contribucion privativa de diezmos de algun predio; pagándose como se paga en el dia á la parroquia de Santiago de Uceda los de una heredad de Caraquiz, que hasta hoy se llama la Huerta de Santa María de la Cabeza, no tiene duda que fue feligresía de esta iglesia, lo que se comprueba por la tradicion de los naturales.

Aunque el tiempo nos robó las importantes noticias de la crianza de María y de las laudables acciones de su infancia, con todo, por la fama de su eminente virtud, ya constante en su juventud, podemos inferir que fue educada desde la cuna en el seno de la religion católica; cuyas piadosas máximas siguió fielmente, arreglando sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios, mamando con la leche una tierna devocion á la santísima Vírgen, la que conservó inviolable toda su vida. Llegó aquel punto de edad en que la naturaleza manifestó las apreciables cualidades con que la dotó el cielo, y

deliberando sus parientes darla estado de matrimonio con una persona de iguales prendas, lo proporcionó así la divina Providencia.

Habiendo muerto Alfonso VI, rey de Castilla, aquel invicto Príncipe, temor y azote el mas terrible de los agarenos, á quienes ganó tantas y tan recomendables victorias, cercó á Madrid Alí, rey de los almoravides, auxiliado de los moros africanos; y haciéndose dueño de él por los años 1108, muchos cristianos se vieron en la precision de retirarse á los pueblos de la comarca, huyendo de la tiranía de los sarracenos. Uno de estos fugitivos fue san Isidro, que, no pudiendo ejercer con la libertad que apetecia los santos ejercicios de su costumbre en su patria, por motivo de la irrupcion enemiga, pasó á Torrelaguna, ocho leguas distante de ella, donde se ajustó por mozo de labor con uno de los hacendados de aquel pueblo. Aunque mudó de lugar, no varió un ápice de su justificada conducta, ni alteró la práctica de sus laudables devociones. Hízose el objeto de la veneracion de todos por su humildad, por su modestia, por su paciencia y por su sencillez. Prendado su amo de su eminente virtud, y de las abundantes bendiciones que Dios echaba sobre la hacienda por los méritos de su criado, pensó, con otros sugetos afectos al santo jóven, proporcionarle una esposa semejante á su modo de pensar. Como María de la Cabeza era conocida en aquel pueblo por su honestidad y por sus apacibles cualidades, deliberaron unir con el vínculo del matrimonio á los dos héroes, iguales en circunstancias y en sentimientos. Ambos consultaron con Dios el asunto por medio de la oracion; con su beneplácito recibieron el Sacramento, y con él aquella gracia que presta auxilios y fuerzas á los casados para soportar las cargas del matrimonio. Aquellas dos grandes almas habian nacido la una para la otra; y siendo tan conformes en los dictámenes, no podia dejar de ser feliz aquella union, en la que no atendiendo á codiciar hermosura ni riquezas, solo aspiraban á prosperar con un amor casto en el camino del cielo. Raras veces se ha ofrecido á los ojos y á la veneracion del mundo virtud mas heróica en este estado, pues prevenidos los dos castos esposos con aquellas gracias especiales que están destinadas para hacer los mayores santos, lo acreditaron así con sus admirables obras.

Tenia la Santa una heredad propia en la granja de Caraquiz, la que hasta hoy se conserva, llamada la Huerta de Santa María de la Cabeza. Con este motivo, y el de haber tomado Isidro otras tierras á renta en el mismo sitio de un hacendado de Torrelaguna, fijaron ambos su residencia en aquella casería, donde entablaron un tenor

de vida angélica, ocupados, el uno en el cultivo de las heredades, y el otro en el cuidado de su casa, sin omitir gastar el tiempo sobrante de sus respectivas labores en todas las obras piadosas que recomienda nuestra santa Religion, haciéndose ambos por estos medios el objeto de la veneracion y de los mas altos elogios de los pueblos comarcanos.

Como María de la Cabeza profesaba una singular ternísima devocion á la santísima Vírgen, en quien después de Dios tenia puesta toda su confianza, visitaba con frecuencia una ermita contigua á la granja de Caraquiz, dedicada á la Reina de los Ángeles, esmerándose en la limpieza y aseo de aquel santuario, que era el teatro de sus mas fervorosas oraciones. Tenia la devocion de llevar aceite para encender la lámpara que ardia ante el altar de la Señora; y llegando un dia de invierno á la orilla del rio de Jarama, que media entre la granja y la ermita, viendo que era difícil pasar sus rápidas corrientes, entristecida de no poder ejecutar su acostumbrado obsequio, se la apareció la santísima Vírgen, y asiéndola de la mano la pasó al otro lado, haciendo lo mismo á su vuelta, cuya enseñanza la sirvió para que repitiese iguales prodigiosos tránsitos en semejantes circunstancias.

No fueron solas estas maravillas las que ejecutó la dichosa labradora. Ocurrió un año tan estéril que apenas cogió Isidro el grano que habia sembrado. Imposibilitado por lo mismo á satisfacer la renta al dueño de las tierras, no reparando este en la satisfaccion puntual que le tenia hecha en los años antecedentes, como si la escasez del año fuese culpa del Santo, le arrebató el poco grano de la era. Quiso hacer lo mismo con la paja; pero habiéndole María suplicado por amor de Dios que se la dejase para mantenimiento de los bueyes, aquel hombre avariento condescendió con sus ruegos. Conoció la Santa la pena que causó á su marido la impiedad del hecho, y cumpliendo con las obligaciones de una buena consorte, comenzó á consolarle, diciéndole que el Señor, como Padre de misericordia, les socorreria en aquella afliccion, aconsejándole al mismo tiempo, llena de confianza en la divina Providencia, que diese otra vuelta á los granzones. Como el Santo tenia formado tan elevado concepto de la eminente virtud de su esposa, lo hizo así, siguiendo su consejo; y dando á la paja una vuelta con el bieldo, sacó de ella trigo suficiente para sustentarse todo aquel año, y sembrar en el siguiente.

Vivia Isidro lleno de gozo dando al Señor muchas gracias por haberle concedido una esposa de tanto mérito; pero habiendo determi-

nado volver á su patria para continuar en ella su profesion, comunicó su determinacion á María; y aunque esta sentia en el alma dejar el santuario donde rendia sus respetos á la santísima Vírgen, como era tan obediente á las disposiciones, y aun á las insinuaciones de su marido, pasó en su compañía á Madrid; donde el porte y justificada conducta de ambos héroes fue una serie continua de eminentes virtudes y acciones maravillosas que les hicieron amables, respetables, y aun venerables de todos los matritenses.

Quiso Dios concederles fruto de sus bendiciones, dándoles un hijo que fue el consuelo y la alegría de los dos santos esposos; pero teniéndole María en los brazos cerca del pozo de su casa, haciendo el niño un extraordinario movimiento cayó en la profundidad inopinadamente. Ya se deja discurrir la pena y sentimiento que concebiria la santa madre en aquella desgracia. Esperó sin embargo á que Isidro viniera de su labor, y refiriéndole bañada en lágrimas el lastimoso suceso, llenos ambos de confianza se pusieron á orar cerca del brocal del pozo, rogando á Dios y á la santísima Vírgen se dignasen consolarles. Oyó el Señor con agrado sus reverentes súplicas, y conforme continuaban la oracion iban creciendo las aguas hasta que llegaron al brocal, subiendo encima de ellas el niño vivo y risueño, jugueteando con las manecitas sobre el elemento. Dieron ambos a Dios las gracias correspondientes, y para servirle con mayor perfeccion determinaron después vivir en adelante castamente como dos virtuosos hermanos.

Deseosa María de satisfacer sus acostumbrados cultos á la santísima Vírgen en la ermita dicha, se retiró á Caraquiz con beneplácito de su esposo, donde se ocupaba en los mismos laudables ejercicios que cuando ambos vivian en aquella granja; de lo que, envidioso el enemigo comun, procuró alterar la paz del fidelísimo matrimonio. Aunque quedó lleno de confusion en las repetidas veces que lo intentó estando juntos los dos esposos; con todo, pareciéndole mas proporcionada la coyuntura de su separacion, se apareció en traje de un labrador conocido á otro de su profesion que pasaba á la villa de Madrid, y en tono de condolerse le previno que noticiase á Isidro la infidelidad que le hacia su consorte, mal entretenida con los pastores que apacentaban sus ganados cerca de la ermita á pretexto de su devocion. Dió el sencillo labrador esta sensible noticia al siervo de Dios; y aunque le constaba á este por repetidísimas pruebas la fidelidad de su esposa, con todo quiso desmentir la calumnia. Partió de Madrid el Santo acompañado con el mismo labrador, y llegando ambos cerca

de Caraquiz á tiempo que salia María para el santuario, puestos en observacion, vieron que al acercarse á las crecidas corrientes del rio de Jarama, tendiendo sobre ellas la mantilla, puestos los ojos en el cielo, pasó las aguas prodigiosamente. Quedaron ambos convencidos de la falsa imputacion á vista de esta estupenda maravilla, y mas, cuando la Santa á su regreso la repitió á presencia de muchos testigos.

Isidro se retiró á Madrid, después que tuvo el consuelo de ver á su amada esposa, y de haber declarado que el enemigo infernal fue el autor de la calumnia. Ocurrida su última enfermedad, María pasó á asistirlo con la caridad y amor que profesaba á tan digno marido; y satisfechos los ritos de su funeral, se volvió á Caraquiz con firme resolucion de pasar el resto de su vida en servicio de la santísima Vírgen. En efecto, no satisfecha su devocion con el aseo ordinario de la ermita, pedia limosna por todos los pueblos de la comarca para la decencia y luz del santuario, donde pasaba horas enteras, y aun dias y noches en fervorosas oraciones y dulcísimos coloquios con la Reina de los Ángeles, quien con su santísimo Hijo la favorecieron muchas veces con su real presencia. Ocultó en su vida la santa viuda aquellos exquisitos favores, los que el Señor hará públicos en el último dia de los siglos, para ostentacion del elevado mérito de su sierva.

Llegó, en fin, el tiempo en que quiso Dios premiar los relevantes merecimientos de María, y conociendo esta que se acercaba la hora de su muerte, se dispuso á recibirla con las preparaciones propias de su espíritu, todo abrasado en las llamas del amor divino. Recibió los últimos Sacramentos, y entre muchos afectos de contricion y tiernas exclamaciones á la santísima Vírgen, que la asistió en aquella hora, acompañada de coros angélicos, entregó tranquilamente su espíritu en manos del Criador en el dia 8 de setiembre á fines del siglo XII. Apenas se supo su muerte, cuando concurrieron los pueblos de la comarca á tributarle los últimos obsequios, y después de ellos dieron sepultura á su cuerpo en la misma ermita, segun su disposicion.

Como era tan pública la fama de santidad de la sierva de Dios, desde luego los fieles acreditaron este concepto con todas las pruebas que acostumbra la piedad cristiana para demostrarlo. Colocaron en el altar mayor de aquel santuario la cabeza de la Santa para la veneracion pública; llamándose desde entonces, el que hasta allí de la Vírgen de la Piedad, de Santa María de la Cabeza. Pintaron sus efi-

gies con los símbolos de bienaventurada. Celebraron su fiesta en el 8 de setiembre, dia de su glorioso tránsito, con grande concurso de los pueblos contiguos. Velaron sobre su sepulcro, del que sacaban tierra para remedio de muchas enfermedades, en que se experimentaban prodigiosos efectos. Fundóse en la misma ermita una cofradía con la advocacion de la Santa, y todos los años venia una procesion al santuario del lugar de Valdepiélagos, en el dia de san Marcos; y se daba en Caraquiz una caridad ó limosna general á todos los concurrentes, para cuya obra pia algunas personas dejaban legados en sus testamentos, en memoria de santa María de la Cabeza.

Solo faltaba á estos testimonios de veneracion y culto la aprobacion solemne de la Silla apostólica. Las vivas diligencias que cada dia se hacian para la canonizacion de san Isidro excitaron á los fieles á que solicitasen lo mismo con su santa Esposa. La villa de Madrid, en nada inferior á alguna otra en la devocion y afecto á la sierva de Dios, instó á Mons. Camilo Cayetano, Nuncio á la sazon en España, para que se procediese á la informacion de la vida, virtudes y milagros de santa María de la Cabeza. Este Legado dió para ello comision á Fr. Domingo de Mendoza, del Órden de Predicadores, juez apostólico en la causa de la canonizacion de san Isidro, quien pasó á la villa de Torrelaguna á recibir la justificacion apetecida; y conduciéndose al santuario al reconocimiento de las reliquias, como aquella ermita estuvo en poder de los Templarios, después en el de los Claustrales, y últimamente en el de los Observantes de san Francisco por concesion del cardenal Cisneros, los cuales hasta el dia mantienen un donado ó tercero en ella, á fin de que cuide de su asistencia ó aseo; con estas mutaciones, y otras varias obras que se hicieron precisas, se perdió la memoria del sepulcro de la Santa. Sintió en el alma este defecto Francisco de Cuevas Vergara, notario del proceso, cordialísimo devoto de la Santa; y rogándola se dignase manifestar el sitio donde se hallaba su venerable cuerpo, haciéndolo así María, con este aviso cavaron bajo un poyo de la sacristía, donde habia estado mas de quinientos años, y se encontraron sus huesos; cuya identidad se justificó por el olor fragrantísimo que despedia, y por otros muchos prodigios que el Señor se dignó obrar en aquel feliz descubrimiento; los cuales trasladó el comisionado al convento de los Observantes de Torrelaguna, dejando por entonces la cabeza de la Santa en la ermita.

Crecian cada dia los deseos de la mayor veneracion de la sierva de Dios, y distinguiéndose sobre todos el rey Felipe III, hizo que su

embajador en Roma presentase los procesos formados sobre las virtudes y milagros de la Santa al papa Paulo V, con cartas suplicatorias de S. M., de las personas mas distinguidas de la corte, de las villas de Madrid, Torrelaguna, y de la cofradía de la Santa en solicitud de su canonizacion. Expidió Su Santidad las correspondientes letras para nuevos procesos, nombrando por jueces apostólicos á monseñor nuncio D. Antonio Cayetano, á D. Bernardo Sandóval y Rojas, arzobispo de Toledo, y al obispo de Sidonia D. Juan Avellaneda Manriquez. Interin se hacia la informacion de testigos en Madrid, los dichos jueces enviaron para el mismo efecto á la villa de Torrelaguna á D. Alonso Franco, cura de San Andrés, con particular encargo sobre el reconocimiento de las santas reliquias; y evacuada esta diligencia por medio de inteligentes facultativos, trasladó la cabeza de la Santa al convento de los Observantes de la misma villa, juntándola con las demás en una preciosa urna, para cuya seguridad se entregaron las llaves de sus cerraduras á varias personas condecoradas. Concluido el proceso se remitió á Roma; pero habiendo ocurrido la muerte de Paulo V se retardó el gozo que los interesados esperaban les dispensase Su Santidad. Resumida la causa con nuevo ardor en el pontificado de Inocencio XII á instancia del rey Carlos II, expidió Su Santidad las correspondientes letras, por medio de la sagrada Congregacion de Ritos, para que se procediese á la justificacion del culto inmemorial de la Santa, nombrando por jueces al obispo de Daria, sufragáneo de Toledo, y al Dr. D. Juan Caldera, vicario general del mismo arzobispado; los que, en vista del proceso formado, declararon definitivamente ser constante y cierto el culto inmemorial de la sierva de Dios, cuya determinacion aprobó la sagrada Congregacion de Ritos, y confirmó Inocencio XII por su bula apostólica de 11 de agosto del año 1697, con lo que quedó declarada en el catálogo de los Santos santa María de la Cabeza.

Es de notar que cuanto mas se extendia el culto de la Santa, tanto mas crecia su afecto y devocion en la villa de Madrid, en virtud de la cual solicitó con la religion de los observantes Franciscanos la entregasen las reliquias de la Santa, para colocarlas con las de su santo Esposo. Interpuso la mediacion de los Reyes para el logro de su pretension; y no pudiéndose resistir los religiosos á tan altos respetos, las dieron con la mayor cautela á dos regidores de Madrid, que las condujeron en el 27 de febrero de 1645. Apenas se supo en Torrelaguna la traslacion, cuando la plebe, arrebatada de aquel espíritu de devocion que suele degenerar en un celo furioso, cercaron el con-

vento, y quisieron cometer los mayores insultos contra los religiosos; pero sosegados por algunas personas de autoridad, no por esto dejaron de poner su demanda formal en el Consejo, para que se les reintegrase del tesoro de que habian sido despojados. En fin, terminada la cuestion con que se les diese alguna reliquia, se colocaron las demás en la capilla de San Andrés, donde estaban las de su santo Esposo. Allí permanecieron algunos años hasta que se trasladaron las de ambos héroes con la mayor solemnidad á la real iglesia de San Isidro de Madrid, donde se ofrecen á la veneracion pública sobre el altar mayor, en dos preciosos depósitos de grande estimacion. *(Véase la vida de san Isidro el dia 15 de mayo).*

SAN GREGORIO, CONFESOR.

En este dia se celebra en Alcalá del Rio, pueblo inmediato á Sevilla, la fiesta de san Gregorio, confesor, de quien solo nos consta su culto y el descubrimiento de sus reliquias, porque la injuria de los tiempos robó á la posteridad las importantes noticias de este y otros muchos héroes que florecieron en España en los siglos antiguos. Créese que los Cristianos ocultaron el cuerpo de este ilustre Santo en la irrupcion que los moros hicieron en España, temerosos de que tan precioso tesoro cayese en manos de los bárbaros; pero habiéndose descubierto su sepulcro en el año 1460, se encontraron solo sus huesos con la inscripcion siguiente: *En este túmulo yace el siervo de Dios Gregorio que vivió setenta años poco mas ó menos, y murió en paz en el dia 9 de setiembre de la era 542*, que corresponde al año 504. Dignóse el Señor obrar repetidos milagros por la intercesion de su fiel siervo, los cuales movieron á la piedad de los reyes católicos D. Fernando y D.ª Isabel, á que erigiesen en honor del Santo una magnífica iglesia, donde se conservan sus reliquias en una preciosa urna, y son tenidas en grande veneracion por todos aquellos naturales.

LOS SANTOS DOROTEO Y GORGONIO, MÁRTIRES.

A los diez y nueve años de su imperio mandó el emperador Diocleciano publicar un edicto en la ciudad de Nicomedia, en que ordenaba que todas las iglesias de los Cristianos se derribasen y echasen por el suelo, y los libros sagrados se quemasen, y que los nobles fuesen privados de su dignidad y nobleza, y la gente comun de su libertad si no quisiesen adorar á sus dioses. Añadió después, que todos los prelados y cabezas de la Iglesia de Cristo en cualquiera parte que estuviesen fuesen presos, y con exquisitos y atroces tormentos

apretados, para que se apartasen de nuestra santa Religion. Vió este edicto tan impío y tan bárbaro un caballero ilustrísimo y valeroso, que era cristiano y se llamaba Pedro; el cual, encendido en el amor de Dios, echó mano de él (que estaba fijado en la plaza) y le rasgó, no temiendo el enojo del Emperador, que estaba en la misma ciudad, ni las penas y daños que de aquel hecho dañoso le podian venir. No se puede fácilmente creer el sentimiento que tuvo Diocleciano cuando supo lo que Pedro habia hecho en su desacato y oprobio. Mandóle prender y darle tantos y tan crudos tormentos como de su gran furor y crueldad en un caso tan grave se podian temer, y en ellos el bienaventurado mártir Pedro estuvo con admirable constancia y alegría, hasta que dió su espíritu al Señor. Tenia en este tiempo Diocleciano dos caballeros muy principales de su cámara, íntimos familiares y privados suyos, que se llamaban Gorgonio y Doroteo, los cuales secretamente eran cristianos, y habian, con su ejemplo y buenos consejos, traido á la fe de Cristo á muchos de sus compañeros; y como los dos se hallasen presentes al tiempo que atormentaban á san Pedro, movidos con su ejemplo, y abrasados de un vivo deseo de morir por Cristo, ambos á una hablaron al Emperador de esta manera: «¿Qué quiere decir, ó Emperador, que atormentes á solo «Pedro por una cosa, que si es culpa, nosotros tambien la tenemos? «Si le atormentas porque es cristiano, tambien lo somos nosotros, y «somos del mismo parecer que él es.» Espantóse el tirano de oir tales palabras, y saliendo fuera de sí de enojo, convirtió en aborrecimiento todo el amor que antes les tenia. Mandólos azotar terribilísimamente, y colgar y desgarrar sus carnes; y estando abiertas sus entrañas derramar sal y vinagre sobre ellas, y luego extenderlos en unas parrillas de hierro, y debajo poner fuego manso para que poco á poco fuese haciendo presa en ellos y consumiéndolos, y la muerte fuese tanto mas cruel cuanto era mas prolija; y finalmente, echándoles dos lazos á sus cuellos los ahorcaron, y de esta manera los dos santos Mártires dieron sus benditas almas á su Criador; aunque Metafraste dice que Doroteo murió descabezado, y Gorgonio con una gran piedra atada al cuello. Sus cuerpos fueron sepultados por algunos cristianos; y después, en suceso de tiempo, el cuerpo de san Gorgonio fue llevado á Roma.

La Misa es en reverencia del santo nombre de María, y la Oracion la que se sigue:

Concede, quaesumus, omnipotens Deus, ut fideles tui, qui sub sanctis- Suplicámoste, ó Dios omnipotente, concedas á todos vuestros fieles sier-

simae Virginis Mariae nomine et protectione laetantur, ejus pie intercessione à cunctis malis liberentur in terris, et ad gaudia aeterna pervenire mereantur in coelis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

vos, que ponen con alegría su confianza en el nombre y en la proteccion de la santísima Vírgen María, que por su intercesion sean libres de todos los males tan frecuentes en la tierra, y que merezcan después llegar á la alegría eterna que gozan los bienaventurados en el cielo. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXIV *del Eclesiástico.*

Ego quasi vitis fructificavi suavitatem odoris: et flores mei fructus honoris et honestatis. Ego mater pulchrae dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctae spei. In me gratia omnis viae et veritatis, in me omnis spes vitae et virtutis. Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et à generationibus meis implemini: spiritus enim meus super mel dulcis, et haereditas mea super mel et favum: memoria mea in generationes saeculorum. Qui edunt me, adhuc esurient: et qui bibunt me, adhuc sitient. Qui audit me, non confundetur: et qui operantur in me, non peccabunt. Qui elucidant me, vitam aeternam habebunt.

Yo fructifiqué como la vid suavidad de olor: y mis flores son frutos de gloria y de honestidad. Yo soy madre del amor hermoso, y del temor, y de la sabiduría, y de la santa esperanza. En mí (se halla) toda la gracia (para conocer) el camino de la verdad: en mí toda esperanza de vida y virtud. Venid á mí todos los que me deseais, y saciaos de mis frutos: porque mi espíritu es mas dulce que la miel, y mi heredad mas que el panal de miel; mi memoria durará por todas las generaciones de los siglos. Aquellos que me comen, tendrán todavía hambre, y los que me beben, tendrán todavía sed. El que me escucha, no será confundido; y aquellos que obran por mí, no pecarán. Los que me ilustran, conseguirán la vida eterna.

REFLEXIONES.

La memoria de mi nombre se comunicará á todos los siglos. No se dirá lo mismo de esos nombres pomposos, magníficos, que hacen tanto ruido en el mundo, y de los cuales se hace tanta vanidad. ¿Qué es lo que dejan después de sí esos grandes nombres, sino la memoria de un palacio, de un empleo que se arruinó ó se perdió con el tiempo, ó el de una posesion que quizá en cada siglo mude muchas veces de dueño? Es cierto que muchos quedaron ilustrados con las hazañas de esos héroes que tanto se preconizan; pero ¿qué veneracion se tributa á esos nombres grandes, ni qué virtud tienen estos en la boca de los hombres? ¡Ah! que la mayor parte de esos magníficos nombres no hacen hoy mas efecto en el campo de la historia que el que hacen otros igualmente majestuosos en el país de la fá-

bula. Después de todo, ¿qué mérito comunica un nombre grande á quien no tiene virtud? No sucede así con el santo nombre de María; después de mas de mil y setecientos años pasó su memoria por todos los siglos antecedentes, y correrá igualmente respetable por todos los futuros hasta el fin del mundo, tan digno de la veneracion de los fieles como el primer dia que se la impuso. Nombre siempre igualmente significativo, igualmente expresivo del mérito lleno, y cási infinito en la persona que le tiene; siempre tan eficaz para excitar nuestra confianza en la santísima Vírgen, como el sagrado nombre de Jesús para encender nuestro amor y nuestra esperanza en nuestro dulce Salvador. Todos esos pomposos nombres de familias, de estados y posesiones son bien vanos y verdaderamente vacíos: son títulos, son documentos de nobleza; pero no son méritos ni virtudes. El santo nombre de María nos presenta una idea harto mas noble y harto mas llena de consuelo; tráenos á la memoria que esta bienaventurada criatura, bendita entre todas las mujeres, recibió la plenitud de gracias; que por singular, por único privilegio, en el primer instante de su concepcion fue mas pura, mas santa, mas inmaculada, mas agradable á Dios que todos los Ángeles y todos los Santos juntos le son actualmente en la gloria. Dícenos este santo nombre que la que le tiene es Madre de Dios, Reina del cielo y de la tierra, nuestra medianera con el mismo Dios; dícenos que es nuestra poderosa protectora, nuestra abogada, nuestro último recurso con el soberano Juez, nuestro consuelo, nuestra grande esperanza, como la llama san Agustin; nuestra vida, como lo canta la Iglesia; que es Madre de gracia, Madre de misericordia, y nuestra querida Madre; y que el amarla con una filial ternura, con una devocion religiosa y verdadera es señal de predestinacion. Bien se puede decir de este santo nombre con la debida proporcion lo que dice san Pablo del sagrado nombre de Jesús: *Nomen quod est super omne nomen.* Nombre augusto, nombre respetable, nombre que bajó del cielo, y que es superior á todo nombre. Pues la memoria de este santo nombre es la que pasará por la sucesion de todos los siglos.

El Evangelio es del capítulo I *de san Lucas.*

In illo tempore: Missus est angelus Gabriel à Deo in civitatem Galilaeae, cui nomen Nazareth; ad virginem desponsatam viro, cui nomen erat Joseph, de domo David, et nomen virginis Maria. Et ingressus An-

En aquel tiempo: Fue enviado por Dios el ángel Gabriel á una ciudad de Galilea, llamada Nazareth, á una vírgen desposada con un varon, por nombre José, de la casa de David, y el nombre de la vírgen era María. Y ha-

gelus ad eam, dixit: Ave, gratia plena, Dominus tecum: benedicta tu in mulieribus. Quae cum audisset, turbata est in sermone ejus, et cogitabat qualis esset ista salutatio. Et ait Angelus ei: Ne timeas, Maria, invenisti enim gratiam apud Deum: Ecce concipies in utero, et paries filium, et vocabis nomen ejus Jesum. Hic erit magnus, et Filius Altissimi vocabitur, et dabit illi Dominus Deus sedem David patris ejus: et regnabit in domo Jacob in aeternum, et regni ejus non erit finis. Dixit autem Maria ad Angelum: Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco? Et respondens Angelus, dixit ei: Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi. Ideoque et quod nascetur ex te sanctum, vocabitur Filius Dei. Et ecce Elisabeth cognata tua, et ipsa concepit filium in senectute sua: et hic mensis sextus est illi, quae vocatur sterilis; quia non erit impossibile apud Deum omne verbum. Dixit autem Maria: Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.

biendo entrado el Ángel á su presencia, la dijo: Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres: lo cual oyéndolo ella, se turbó á sus palabras, y pensaba qué suerte de salutacion fuese esta. Y el Ángel la dijo: No temas, María, porque has encontrado gracia delante de Dios. Mira, concebirás, y parirás un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y se llamará el Hijo del Altísimo: y le dará el Señor Dios la silla de su padre David; y reinará sobre la casa de Jacob eternamente; y su reino no tendrá fin. Dijo María al Ángel: ¿Cómo se ha de hacer esto si yo no conozco varon? Y respondiendo el Ángel, la dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra. Y por esto tambien lo que ha de nacer de tí, que será santo, se llamará Hijo de Dios. Y mira, Isabel tu parienta tambien ha concebido en su vejez un hijo, y está ya en el sexto mes la que se decia estéril; porque para Dios nada será imposible. Dijo, pues, María: Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.

MEDITACION.

De la devocion al santo nombre de María.

Punto primero.—Considera que no ha habido Santo que no hubiese profesado singular devocion al santo nombre de María, y que no hubiese experimentado los saludables efectos de esta dulce devocion. ¡Oh, qué dichoso seré yo, decia san Gregorio Nacianceno, si merezco morir con el santo nombre de María en la boca! Abriráseme sin dilacion la puerta del cielo, como se abrió la puerta del arca á la paloma cuando se presentó delante de ella con el ramo de oliva en el pico. Mas para tener este santo nombre en la boca á la hora de la muerte es menester traerle grabado en el corazon durante el tiempo de la vida. Esta es muy de ordinario la última palabra que pronuncia un moribundo, y tambien la última que se le oye. ¡Qué consuelo causa este santo nombre en aquella hora al que por espacio de una

larga vida tomó el gusto á toda su dulzura! *Jesús, María;* estos son los sagrados nombres que, por decirlo así, han de firmar nuestro pasaporte para la eternidad. Con estos nombres, respetables á los Ángeles, y formidables á los demonios, no hay que temer que seamos mal recibidos del soberano Juez. Mucho importa que se nos hagan muy familiares en vida para que nos sirvan de gozo, de confianza y de consuelo en la hora de la muerte. Los enemigos de nuestra salvacion, las potestades de las tinieblas braman al oir los nombres de Jesús y de María; no los pueden oir sin ponerse en precipitada fuga. Comprende esto muy bien la santa Iglesia cuando exhorta á sus ministros que los repitan sin cesar al oido de los cristianos moribundos; es decir, en aquellos momentos críticos y decisivos de la suerte eterna; en aquellos momentos en que todas las potestades del infierno hacen los últimos esfuerzos para atemorizar, para tentar y para inducir á desesperacion á los fieles. ¡Oh, y qué confianza tiene en aquella hora un verdadero siervo de María en la poderosa proteccion de esta buena Madre! ¡con qué gusto pronuncia entonces un nombre que tanto ahuyenta y desvia á los enemigos formidables de la salvacion, aquietando al mismo tiempo una conciencia siempre sobresaltada! El nombre solo que la santísima Vírgen recibió en su nacimiento nos da á conocer lo que ella es, y lo que debemos esperar por medio de ella. Llámase María, y este misterioso nombre en sus diferentes significaciones explica sus grandezas y alienta nuestra esperanza. Decláranos que tendrá un soberano poder en el cielo y en la tierra, y que es Reina de los Ángeles y de los hombres. A ninguna mejor que á Vos puede convenir este augusto título, ó Vírgen santa, ni tampoco mas justamente que á Vos; pues en calidad de Madre de Dios no solo se sujetó á Vos todo el mundo, sino que el mismo Dueño del mundo como que os prestó la obediencia. Haced experimente yo los dulces efectos de este santo nombre, el que deseo tener grabado en mi corazon aun mas que en mi boca; y espero que le tendré continuamente en la boca, precisamente porque le tendré profunda y eternamente grabado en el corazon.

Punto segundo. —Considera que después del nombre de Jesús, el nombre mas augusto, mas santo y mas venerable de todos los nombres es el nombre de María. Por eso se observa que todos los santos Padres usaron cási de los mismos términos cuando hablaban del nombre del Hijo y del nombre de la Madre. Atribuyéronlos las mismas ventajas, y les concedieron cási las mismas virtudes. Los fieles de los

primeros siglos profesaron á estos dos santos nombres tan profundo respeto, tan afectuosa devocion, que fácilmente se reconocia eran movidos por un mismo principio. Sabian por su misma dichosa experiencia que el nombre de María, á semejanza del nombre de Jesús, era el horror del infierno y la alegría del cielo; que sosiega las tempestades, calma el mar, y disipa las tormentas; que en las aflicciones nos consuela; que en las adversidades nos fortalece; que en las enfermedades nos alivia; que es un dique, por decirlo así, contra las mas fuertes pasiones; que tiene virtud para conjurar las tentaciones mas violentas, y para producir en el alma la mas dulce paz; que en fin, este augusto nombre es como el compendio de los títulos y de las grandezas de la Madre de Dios. De aquí nace que desde los primeros tiempos de la Iglesia se acostumbraron los fieles á no separar los dos augustos nombres de Jesús y de María, siendo constante que en aquellos primeros siglos no se pronunciaba el uno sin el otro; ó por la recíproca ternura del Hijo y de la Madre, de quienes eran estos nombres los símbolos mas naturales, ó por la virtud que ellos tenian en sí, y por los auxilios eficaces de que eran seguras prendas. Con efecto, ¿cómo es posible pronunciar el santo nombre de María sin acordarse que es Madre de Dios, y que después de él todo lo puede; que es Madre de los hombres, amándolos á todos con ternura; que es refugio y abogada de pecadores, deseando ardientemente su salvacion? Es verdad que ningun consuelo encuentran en el nombre de María aquellos pecadores empedernidos que quieren perseverar en sus culpas. Pero es un manantial inagotable de dulzura y de consuelo para un pobre pecador, que á la verdad, por el desbarate de su vida incurrió en la desgracia de Dios; pero movido de sincero arrepentimiento desea romper los lazos y enderezar sus descaminos. ¡Qué afectos tan vivos de sentimiento, de dolor, de arrepentimiento y de confianza siente este tal pecador al pronunciar con devocion y con respeto el santo nombre de María! A este solo nombre despiertan la religion y la fe en un pecador penitente. A este dulce nombre se enciende toda la piedad en un alma justa. *María;* al pronunciar este nombre me acuerdo que es la Madre de Dios y la mia. *María;* al pronunciar este nombre me acuerdo que tengo en ella una abogada con mi Salvador, una medianera con mi divino Mediador, una protectora todopoderosa con mi soberano Juez. *María;* al pronunciar este nombre se excita toda la ternura de un hijo para con su querida madre, se enciende toda la devocion, se inflama toda la caridad, y se aumenta toda nuestra esperanza. *María;* ¡ah, y con qué suavidad, con qué

consuelo se pronuncia en la hora de la muerte el santo nombre de María cuando se tuvo grabado en el corazon toda la vida!

Llenad, ó divina María, llenad toda la extension de vuestro augusto nombre. Sed honrada en el cielo, reverenciada en la tierra, y temida en el infierno. Reinad después de Dios en todo lo que está debajo de Dios; pero sobre todo reinad en mi corazon. Desde hoy en adelante Vos seréis todo mi consuelo en mis trabajos, toda mi fortaleza en mis flaquezas, y mi única consejera en todas mis dudas. ¡Oh, y si pudiera yo grabarle profundamente en todas las almas! ¡oh, y si le pudiera poner en la boca de todos los hombres, obligándolos á celebrarle conmigo! No cesaré de hacerlo ningun dia de mi vida; le pronunciaré, le respetaré, y le honraré mientras viva para pronunciarle con mayor confianza en la hora de la muerte.

Jaculatorias.—Colmarás de gloria y de bendiciones, ó Vírgen santa, á todos los que aman y honran tu santo nombre. (*Psalm.* v).

¡Oh dulce Vírgen María, y qué admirable es tu santo nombre en todo el universo mundo! (*Psalm.* viii).

PROPÓSITOS.

1 El nombre de María alegra á los Ángeles, consuela á los hombres y ahuyenta á los demonios. Después del nombre de Jesús no hay otro ni mas dulce, ni mas poderoso, ni mas saludable que el nombre de María. Tenle sin cesar en la boca, dice san Bernardo; pero tenle mas profundamente grabado en el corazon. Pronúnciale muchas veces entre el dia; pero guárdate de que la costumbre disminuya el respeto que debes profesar á nombre tan respetable. Da principio al dia pronunciando con devocion los santos nombres de Jesús y de María después de haberte persignado con la señal de la cruz, y pon fin á él de la misma manera. Habiendo de ser estas las últimas palabras que te sugerirán á la hora de la muerte, háztelas familiares mientras te durare la vida. Es ya como una especie de inclinacion ó instinto natural en todos los Cristianos pronunciar los santos nombres de *Jesús* y *María* en todos los acaecimientos repentinos y funestos accidentes. La misma Religion fue la que inspiró estas dos voces, *Jesús, María,* desde el principio de la Iglesia como un afecto de admiracion, ó como una exclamacion apasionada, en lugar de tantas interjecciones que desaprobó y condenó. Pronúncialas siempre con religiosa piedad.

2 La misma Iglesia te enseña con su ejemplo esta santa costum-

bre. Después de la señal de la cruz, da principio á todas las horas canónicas con el *Pater noster* y el *Ave María;* y quiere que todos sus ministros en las funciones sagradas, hasta en el santo sacrificio de la misa, en señal de reverencia á este santo nombre, hagan una inclinacion con la cabeza siempre que lo pronuncian. Los primeros nombres que se deben enseñar á los niños son los sagrados nombres de Jesús y de María, y estos son los que han de oir á sus padres con la mayor frecuencia.

DIA X.

MARTIROLOGIO.

La muerte gloriosa de san Nicolás, confesor, del Órden de los ermitaños de san Agustin, en Tolentino en la marca de Ancona. *(Véase su historia en las de hoy).*

El martirio de los santos obispos Nemesiano, Félix, Lucio y otro Félix, Liteo, Poliano, Víctor, Jaderes, Dativo y otros, en África; los cuales en la rabiosa persecucion que se levantó contra los Cristianos en tiempo de Valeriano y Galieno, habiendo confesado constantemente á Jesucristo, fueron cruelmente apaleados, y después atados con cadenas los condenaron á las minas, y allí acabaron la carrera de su gloriosa confesion.

Los santos Sostenes y Víctor, mártires, en Calcedonia; á los cuales en la persecucion de Diocleciano, en tiempo de Prisco, procónsul del Asia, después de haber sido presos, y expuestos á las fieras, los condenaron á ser quemados, y saludándose el uno al otro, dándose ósculo de paz, puestos en oracion entregaron su espíritu.

Las santas vírgenes Menodora, Metrodora y Nimfodora, hermanas, en Bitinia; las cuales en tiempo del emperador Maximiano y del presidente Fronton, coronadas con el martirio volaron juntas á la gloria.

Los santos mártires Apelio, Lucas y Clemente, en el mismo dia.

San Teodardo, obispo y mártir, en Lieja en los Países Bajos; el cual dió la vida por sus ovejas, y después de la muerte resplandeció en milagros.

San Hilario, papa y confesor, en Roma. *(Véase una noticia de su vida en las de hoy).*

San Pedro, obispo, en Compostela, esclarecido por sus grandes virtudes y milagros. *(Parece que floreció en el siglo X, y fue obispo de Santiago de Galicia; segun Baronio, fue esclarecido por sus grandes virtudes y milagros. Nada mas consta de este Santo).*

San Salvio, obispo y confesor, en Albi en Francia. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Agapio, obispo, en Novara. *(Muchas veces mientras celebraba el santo sacrificio de la misa, se vió sobre su cabeza un Ángel rodeado de rayos, en actitud de apartar del Santo los pensamientos que pudiesen distraerle. Su vida fue la de un ángel en carne, y fue ilustre en grandes milagros).*

Santa Pulcheria, emperatriz, vírgen esclarecida por su religion y por su piedad, en Constantinopla. *(Véase su noticia en las de hoy).*

SAN NICOLÁS DE TOLENTINO, CONFESOR.

San Nicolás, llamado de Tolentino por la ciudad donde hizo mas larga residencia, y en que dió fin á su santa vida, nació en el pueblo de San Ángelo, cerca de Fermo, ciudad de la marca de Ancona. Salió á la luz del mundo por los años 1239, de padres honrados y de mediana condicion; poco favorecidos de los bienes de fortuna, pero señalados por su vida ejemplar, y ricos de cristianas virtudes. No habian tenido hijos; y su madre, por nombre Amada, se hallaba ya en edad que no la prometia sucesion. Rezando un dia sus devociones se halló interiormente movida á ir en peregrinacion á san Nicolás, obispo de Mira, esperando conseguir por su intercesion un hijo que fuese fiel imitador de sus virtudes, y á su ejemplo un gran Santo en la Iglesia del Señor. Comunicó su pensamiento á su marido, llamado Compañon, y ambos de comun acuerdo resolvieron hacer juntos aquella devota romería. Habiendo llegado á Bari, pasaron inmediatamente á hacer oracion á la iglesia de San Nicolás, y fatigados del camino, se quedaron dormidos en la misma iglesia. Aparecióseles en sueños el Santo vestido de pontifical; y les aseguró tendrian un hijo, á quien impondrian su mismo nombre, que se haria célebre por la pureza de sus costumbres y por la santidad de su vida.

Muy luego el efecto verificó la vision. Nueve meses después Amada dió á luz un hijo, á quien en el bautismo se le puso el nombre de Nicolás, y desde entonces fue todo el objeto de su ternura y de sus desvelos aquel hijo de sus oraciones. Ya parecia que se lo merecia bien el mismo niño Nicolás desde los arrullos de la cuna por su apacible natural y por su inclinacion á la virtud, que se dejó notar desde el mismo nacimiento.

Al paso que iba creciendo en edad, iba tambien adelantando en cordura, siendo la oracion el único ejercicio que le divertia. No era menester mas para alegrarle, que decirle le llevarian á la iglesia; y como tenia continuamente á la vista los ejemplos de virtud que le daban en todo sus virtuosos padres, y no oia de ellos otra cosa que lecciones y máximas de religiosa piedad, hizo en tan buena escuela progresos muy superiores al corto número de sus años. Habiendo oido decir que san Nicolás siendo todavía muy niño ayunaba tres veces en la semana, quiso él hacer lo mismo, y desde los siete años de su edad hasta su muerte observó inviolablemente esta santa costumbre. Su compostura en el templo y su tierna devocion sobre todo á la san-

tísima Vírgen hízose admirar desde luego. Cuando oia misa les parecia á todos estar viendo un Ángel al pié de los altares. Al elevarse la sagrada hostia era tal la inflamacion del semblante, su respeto, su devocion y sus lágrimas, que todos los circunstantes se persuadian estar viendo con los ojos corporales á Jesucristo en la divina Eucaristía.

Pero lo que singularmente se dejaba observar con mucha admiracion era su particular amor á la pureza. En medio de su tierna edad no solo huia los cariños, sino aun hasta la vista de las mujeres. Pasaba en oracion horas enteras con tanta intension y aplicacion como pudieran las personas mas ejercitadas en la vida espiritual. Su hambre por oir la palabra de Dios era verdaderamente asombrosa; escuchábala con toda la modestia y con todo el recogimiento de los hombres mas maduros. Desde su infancia miró á los pobres con particular ternura: llevábalos él mismo á la casa de sus padres, y repartia con ellos la comida que le daban.

Tenia excelente ingenio, y en breve tiempo hizo maravillosos progresos en el estudio; pero el estudio nunca le sirvió de ocasion ó de pretexto para aflojar ni para interrumpir sus ejercicios de virtud ni su fervor. Tantas bellas prendas le merecieron un canonicato en la iglesia de San Salvador del Burgo de San Ángel; eleccion con que al parecer se podia dar por satisfecha la inclinacion al estado eclesiástico, á los oficios divinos y á todos los actos de virtud que habia manifestado siempre desde la cuna; pero como la prebenda le fijaba en el siglo, no se pudo resolver á conservarla. Hallaba especial atractivo en el retiro, y le pareció no debia abrazar otro partido que el estado religioso. Andaba deliberando sobre la eleccion entre tantos diferentes Institutos, cuando oyó un sermon sobre el menosprecio del mundo que predicó un religioso de la Órden de los ermitaños de san Agustin. Quedó tan edificado del celo del predicador, como convencido de la verdad del asunto; y apenas bajó del púlpito el buen religioso cuando el jóven canónigo se llegó á él, descubrióle su corazon, manifestóle sus intentos, y le rogó que le facilitase ser recibido en su sagrada religion. Fácilmente reconoció el Padre que el espíritu de Dios andaba en aquella generosa resolucion, y que una vocacion tan señalada no necesitaba de mas pruebas. Desde allí mismo le llevó á que se despidiese de sus padres, los cuales, llenos de religion y de piedad, no dieron oidos ni á las voces del interés, ni á los gritos de la carne y sangre, y consintieron con gusto en el partido que su hijo iba á abrazar. Inmediatamente se dirigieron al convento, y Nicolás

fue recibido entre los novicios, donde muy desde luego se dejaron admirar de todos su devocion, su mortificacion y su fervor.

Aun el novicio no tenia doce años cumplidos, y ya le proponian por modelo á los mas antiguos de la casa. Convenian todos en que mas habian recibido á un ángel que á un hombre; y se halló en él tanta inocencia, tanto juicio y tantas virtudes, que aunque le faltaba la edad necesaria para hacer la profesion, se pidió y se consiguió dispensa para que la hiciese. Empeñado ya con tan solemne obligacion, el tierno religioso se persuadió que no debia poner límites á su fervor y á su celo. Nunca se vió humildad mas sincera ni mas profunda que la de nuestro Santo. Consideraba como superior suyo al mas mínimo religioso del convento; ningun oficio le parecia bastantemente humilde ni penoso; y era dicho comun en la comunidad, que para aliviar á Fr. Nicolás de sus laboriosos ejercicios, y para darle un gusto verdaderamente exquisito, no habia medio mas eficaz que disponerle alguna humillacion no prevenida.

Su candor y su pureza conservároнse siempre en un eminente grado de perfeccion. Nunca se marchitó en su alma esta delicada virtud, y todos estaban tan persuadidos á que ella era su verdadero carácter, que después de muerto resolvieron pintarle siempre con una azucena en la mano. Era su grande mortificacion como el alimento ordinario con que sustentaba su virginidad. Al ayuno del miércoles, viernes y sábado, que observaba muy rigurosamente todas las semanas, añadió después el del lunes. Prohibióse para siempre el uso de la carne, y desde la edad de quince años fue nuestro Santo un prodigio de mortificacion y de penitencia. Traia continuamente á raíz de las carnes un áspero cilicio sembrado de agudas puntas de hierro que le rodeaba toda la cintura; y como si no bastasen estas inocentes crueldades para saciar el ardiente deseo que tenia de macerar su carne, despedazaba todos los dias su delicado cuerpo con crueles disciplinas de hierro.

Viéndole tan extenuado un pariente suyo, superior de un monasterio de cierta Órden mitigada, hizo cuanto pudo para persuadirle que mudase de religion y se pasase á su convento. Sobresaltóse al oir semejante proposicion, y le respondió que no habia entrado religioso para vivir con regalo; y que habiéndole llamado Dios á la religion que profesaba, esperaba con su gracia vivir y morir en ella. Pero después de esta conversacion tuvo una vision de los Ángeles que le consoló maravillosamente, y en ella le dió á entender el Señor lo mucho que le habia agradado tan generosa perseverancia.

Considerando los superiores el mucho bien que resultaria á la Religion de sus grandes ejemplos, determinaron mudarle con frecuencia de un convento á otro para que toda la Órden participase de aquellos. Enviáronle primero á Reccanati, cerca de Nuestra Señora de Loreto; poco después á Macerata; después á San Genés; de allí á Cingola; de Cingola al desierto de Valmane cerca de Pesaro; y en fin, á otros muchos conventos de la religion, hasta que finalmente fijaron su residencia en Tolentino, ciudad episcopal en la marca de Ancona. Cuando estaba en Cingola fue ordenado de sacerdote por el obispo de Osimo.

No parecia posible que su virtud admitiese incremento, segun lo perfecta que era. Con todo eso el sacerdocio mostró bien lo mucho que puede la gracia del Sacramento en un alma bien dispuesta. Siendo ya tan santo el nuevo sacerdote, luego que se dejó ver en el altar, su virtud recibió nuevo esplendor, y su fervor nuevo encendimiento. Siempre le encontraban ángel; pero en el altar era un serafin. El fuego divino que abrasaba su corazon le salia á los ojos con las dulces lágrimas que derramaba, y se manifestaban en el semblante por los ardores que le encendian. Concurria el pueblo á oir la misa del Santo, considerándola como especial sacrificio de propiciacion por todos los asistentes; experimentaban sensiblemente sus afectos, y se comunicaba su particular virtud á las ánimas encarceladas en el purgatorio.

Treinta años residió en el convento de Tolentino, y por todo este espacio de tiempo el ardiente celo que tenia por la salvacion de las almas hizo maravilloso fruto. Predicaba cási todos los dias, y todos los dias sus sermones se señalaban por alguna ruidosa conversion. Ora enseñase públicamente al pueblo la doctrina, ora instruyese privadamente en la conversacion, tanto en el púlpito como en el confesonario en todas partes se hallaba en él un apóstol. Todo el tiempo que le quedaba libre de estos sagrados ministerios le empleaba en la oracion y en la contemplacion de las cosas celestiales; y en estas íntimas comunicaciones con Dios parecia que gozaba ya su alma las delicias de la bienaventuranza.

Probó Dios largo tiempo su paciencia con frecuentes enfermedades, que jamás alteraron la serenidad, dulzura y apacibilidad que le ganaba los corazones. Nunca estaba mas íntimamente unido con Dios que en estas prolijas enfermedades; nunca mas fervoroso el espíritu que cuando mas debilitado el cuerpo. El remedio mas soberano para todos sus males era la meditacion de la pasion del Salvador; no aflojó

un punto en su abstinencia durante todo aquel tiempo. Reducido un dia á la extremidad, le mandaron los superiores con precepto de santa obediencia comer carne por consejo de los médicos; fuele preciso obedecer después de haber representado, suplicado é instado inútilmente; tomó un solo sorbo de caldo, pareciéndole bastante para cumplir con la obediencia; pero estrechó tanto á los superiores para que le permitiesen no hacer novedad en sus acostumbradas mortificaciones, que le dejaron vivir y morir en la grande abstinencia que habia profesado.

Muchas veces, pero siempre sin fruto, habia trabajado hasta entonces el demonio en turbar la tranquilidad de su espíritu, ya con visiones espantosas, ya con violentos estremecimientos del lugar donde estaba haciendo oracion, ya tambien con crueles golpes que parecia habian de acabarle, y ya en fin con otros cien artificios. Como nada de esto le salió como deseaba, hizo nuevos esfuerzos para enredarle en sus lazos, armándole uno que tenia un semblante muy especioso. Sugirióle malignamente con la mayor viveza que todo el tenor de su vida era efecto de cierta secreta vanidad, y que aquella porfiada abstinencia de carne, de leche y de pescado que usaba toda la comunidad era en suma una singularidad orgullosa. Sobresaltó extrañamente á nuestro Santo este vivísimo temor; pero habiéndosele aparecido Jesucristo, le aseguró enteramente, descubriéndole los enredos del enemigo comun. Enseñado así, y como aguerrido y acostumbrado Nicolás, aumentó las penitencias en su misma vejez, mezclando con la amargura del acíbar el pan y las yerbas, á que se reducia todo su alimento.

Hallándose extraordinariamente debilitado en una grave enfermedad, creyó que era ya llegada su última hora, y de repente se sintió enteramente conturbado y estremecido con el temor de los espantosos jucios de Dios. Era siempre su grande y acostumbrado recurso á la Madre del mismo Dios; y apareciéndosele esta Señora, sosegó enteramente su ánimo dejándole en una dulce paz, que en lo sucesivo jamás sufrió la mas mínima alteracion. Dícese que la misma Madre de misericordia le mandó hiciese traer unos bocados de pan, los que bendijo la Señora, y comiéndolos Nicolás, quedó perfectamente sano; y en memoria de esta maravilla todos los años se bendicen el dia de su fiesta en las iglesias de su Órden los panecillos que llaman de san Nicolás, con ciertas oraciones aprobadas por el papa Eugenio IV, comunicando Dios á estos panecillos benditos maravillosa virtud contra todo género de enfermedades. Refiérese un prodigioso nú-

mero de milagros que obraba el Señor todos los dias para acreditar y autorizar su caridad. Pidiendo un dia limosna por la ciudad, una pobre mujer le dió un solo pan que tenia, asegurándole ingenuamente que no la quedaba ni mas pan, ni mas trigo, ni mas harina. Movido el Santo de tan heróica caridad, rogó al Señor que se la premiase largamente. Fue oida su oracion; porque volviendo á su casa aquella buena mujer, encontró en ella tanta cantidad de harina, que tuvo con que mantener por largo tiempo á su familia.

Queriendo, en fin, el Señor premiar la inocencia, la devocion y la penitencia de su fervoroso siervo, le favoreció con la vista y con la música armoniosa de los Ángeles en los seis últimos meses de su vida. Aparecióronsele muchas veces la santísima Vírgen y san Agustin, dándole á gustar con anticipacion las dulzuras celestiales durante los postreros dias que estuvo vivo en la tierra. En fin, habiendo recibido con nuevo y extraordinario fervor los santos Sacramentos, rindió su inocente alma al Criador el dia 10 de setiembre del año 1309, á los setenta de su edad.

Su cuerpo fue enterrado en la misma capilla donde acostumbraba celebrar el santo sacrificio de la misa, y desde luego su sepulcro se hizo glorioso por los milagros que obró Dios por su intercesion. Canonizóle el papa Eugenio IV el año de 1446. Cierto religioso aleman, movido de indiscreto amor á su país, abrió de noche la caja donde estaba el santo cuerpo, y hurtando los dos brazos, escapó para Alemania. Caminó á su parecer aceleradamente toda la noche; pero viniendo la mañana, se quedó asombrado cuando se halló á la puerta de su mismo convento. Esta maravilla le obligó á confesar el piadoso hurto, lo que fue causa para que se guardase aquel precioso tesoro en una arca fuerte de tres llaves, de las cuales tiene una el convento, otra el magistrado de la ciudad, y la tercera la ilustre casa Mauriciana.

SANTA PULCHERIA, VÍRGEN Y EMPERATRIZ.

Esta incomparable Princesa fue hija de Arcadio, emperador de Oriente y de su mujer Eudoxia, y nieta de Teodosio el Grande: nació en Constantinopla en el año de 399. No tenia mas que cinco años cuando perdió á su madre, y nueve cuando quedó sin padre; pero por su prudencia y piedad fue milagro del mundo desde su infancia misma. En 14 de julio del año de 414, aunque de solos quince años de edad, fue declarada en nombre de su hermano menor Teodosio, *Augusta*, y compañera con él en el imperio, y encargada en el cui-

dado de su instruccion, aun cuando no contaba sino dos años menos que ella. Tambien tomó á su cargo el cuidado de la educacion de las otras dos hermanas, Arcadia y Marina, que eran menores que ella, las cuales hasta el fin de sus dias fueron fieles imitadoras de su amada hermana y maestra. Su prudencia, capacidad y talento en que excedia á cualquiera de su misma edad suplian la falta de experiencia.

Movida del deseo de mayor virtud, y no llevada de miras políticas, á los quince años de su edad hizo voto público de virginidad, é indujo á sus hermanas á que hiciesen lo mismo. En todas sus ocupaciones estas tenian parte, á excepcion de las que miraban directamente al Estado: comian juntas, se unian en todos los actos de devocion y caridad, y en las labores manuales á que se dedicaban. Ausentábase Pulcheria únicamente cuando lo requerian los negocios de Estado, y hallaba su retiro y soledad en su propio palacio. Las austeridades penitenciales que practicaba eran tales, que mas parecian de una mujer reclusa que de quien vivia en medio de una corte. A los hombres les estaba prohibida la entrada á su habitacion particular y las de sus hermanas, y jamás habló á hombre alguno en otro sitio que en público. En suma, el palacio imperial en su tiempo vino á ser un monasterio arreglado. En todos los sucesos consultaba al cielo por medio de la oracion, y después escuchaba el consejo de sus ministros antes de tomar ninguna resolucion en materias de alguna importancia. El Consejo imperial se componia entonces de los hombres mas sabios, mas virtuosos y mas experimentados del imperio; y con todo, en sus deliberaciones todos reconocian la superioridad de la penetracion y juicio de aquella Princesa. Estaba muy versada en las lenguas sabias, en historia y en literatura, y protegió decididamente las ciencias y las artes necesarias y útiles. Léjos de hacer que la Religion sirviese á la política, todas sus miras se regulaban por aquella, con lo que hizo completa la prosperidad de su gobierno. La virtud jamás reinó con mas lustre en el imperio oriental; el Estado nunca estuvo mas floreciente ni próspero, ni mas respetado aun de los mismos bárbaros, que cuando estuvieron en manos de Pulcheria las riendas de su gobierno.

Su hermano Teodosio casó por dictámen de Pulcheria con Athenaida, cuyo nombre convirtió en el de Eudoxia en su bautismo. Esta boda no hizo alteracion alguna en el gobierno, quedando siempre confiada á Pulcheria la administracion principal, hasta que el eunuco Crisafio, gran favorito del Emperador, preocupó á Eudoxia contra ella, desde cuyo tiempo empezó á ser perseguida. Infatigables

Crisafio y Eudoxia en arruinar el crédito de Pulcheria, consiguieron por fin del Emperador que enviase órden á san Flavian, obispo de Constantinopla, para que la hiciese diaconesa de su iglesia. El buen Prelado combatió esta disposicion; mas viendo empeñado en ello al indolente Príncipe, avisó secretamente de ello á Pulcheria, la cual entendiendo que ya era difícil contrarestar el enojo de sus enemigos, se retiró á una casa de campo con la intencion de pasar allí en silencio lo restante de sus dias.

Las consecuencias de su retirada fueron las mas lamentables para el Emperador, para el Estado y para la Iglesia; porque el Eunuco y la Emperatriz por un espíritu de venganza contra san Flavian, patrocinaron al heresiarca Eutiques, á quien aquel Prelado habia condenado, y sostuvieron á Dioscoro y á otros eutiquianos en los furiosos actos de violencia del sínodo predatorio de Éfeso en el año de 449. Á Teodosio mismo le persuadieron á que publicase un edicto declarando la aprobacion de todos estos procedimientos, y del segundo concilio de Éfeso, segun él llamaba á la violenta asamblea de Dioscoro y los demás herejes, por lo comun conocida con el nombre de sínodo predatorio, ó de ladrones.

Pulcheria miró su retiro como un favor grande del cielo, y en él consagraba á Dios todo su tiempo en oracion, contemplacion y ejercicios de buenas obras. Jamás se quejó de la ingratitud de su hermano, de la Emperatriz que lo debia todo á ella, ni de sus injustos ministros; de manera que nada la hubiera podido sacar de su dulce soledad sino el riesgo que amenazaba á la Iglesia y al Estado, y la compasion de su hermano, de cuya credulidad estaban abusando tanto. Viendo, pues, elevada hasta lo mas alto la impiedad y la malicia, instada vivamente del papa Leon por medio de sus cartas á que fuese animosamente á la corte y procurase audiencia del Emperador, lo hizo así, y habiendo sido admitida, habló en tales términos á aquel Príncipe, que en el momento mismo abrió los ojos, vió el precipicio en que le habian puesto, desgració á Crisafio, le desterró á una isla, y mandó que en ella le quitasen la vida. De esta suerte, pues, el Emperador desaprobó sus errores un poco antes de su muerte, que acaeció en 29 de julio del año de 450. Su viuda Eudoxia se retiró á Palestina, donde acabó sus dias.

Santa Pulcheria, por muerte de su hermano, quedó señora del imperio oriental. Para fortalecer su autoridad buscó un compañero en el imperio, que era un excelente general, estadista muy sabio y celoso católico, sumamente virtuoso: llamábase Marciano, y era na-

tural de Ilírico y viudo. Pulcheria, juzgando conveniente ensalzar el crédito y la autoridad de Marciano, le propuso el casarse con ella, con tal de que habia de preservar con plena libertad su voto de virginidad. Marciano abrazó gustoso la proposicion, y estas dos grandes almas gobernaron juntos como dos hermanos que en todo tenian iguales miras y sentimientos. Recibieron favorablemente cuatro legados enviados por san Leon el Grande á Constantinopla, y el celo de ellos por la fe católica mereció del Papa los mas altos elogios, así como del concilio general Calcedonense, que bajo la proteccion de aquellos Príncipes condenó la herejía eutiquiana en el año de 451.

Esta grande Emperatriz erigió muchas iglesias, y entre otras, tres en honor de la Vírgen María. En esta última colocó una famosa pintura de la Vírgen, que la emperatriz Eudoxia la habia enviado de Jerusalen, como obra de san Lucas evangelista. Los historiadores nos aseguran que serian necesarios volúmenes para formar el catálogo de todas las iglesias y monasterios, y especialmente hospitales que fundó Pulcheria, y que dotó ricamente. Después de despachar los negocios públicos se dedicaba á la oracion y á las visitas del pobre y del enfermo. Sozomeno dice que fue amonestada de varias visiones para que procurase la traslacion de una parte considerable de las reliquias de los Cuarenta mártires, que depositó ella en efecto en una rica urna. Á su muerte dejó á los pobres por su testamento todos sus bienes. Si se consideran todas sus acciones grandes y heróicas virtudes, se ve que todos los encomios que hicieron de ella san Proclo en su panegírico, san Leon y el concilio Calcedonense, tan léjos estaban de ser cumplimientos ni brillos de elocuencia, que quedaron muy cortos con respecto á su mérito extraordinario, que no puede suficientemente celebrarse con palabras. Poco antes de su muerte habia acabado ya la nave de la iglesia de San Lorenzo, dentro de su propio palacio, que fue una de las de mas pasmosa arquitectura.

Pasó de la corona temporal á la eterna tal dia como hoy del año de 453, de sesenta y ocho y algunos meses de edad. Tanto griegos como latinos celebran su festividad como de Santa vírgen. El sabio papa Benedicto XIV manifestó una veneracion singular á su memoria.

SAN SALVIO, OBISPO Y CONFESOR.

San Salvio, obispo de Albi, fue natural del Langüedoc, y de cuna ilustre. En su juventud se dedicó á la carrera del foro, y desempeñó las primeras magistraturas de la provincia. Pero disgustado del mun-

do, abrazó el estado monástico, y dió tales ejemplos de acendrada piedad, que sus hermanos le nombraron abad. No obstante su dignidad, vivia por lo comun en una pobre y reducida celda distante de todas las demás. Aquí asaltado de una violenta fiebre, quedó como muerto ya en opinion de muchos. Y á la verdad que el Santo mismo vivió en la persuasion de que habia estado muerto en realidad, y que habia sido restituido milagrosamente á la vida. Habiendo quedado vacante la silla de Albi, fue colocado en ella el santo monje, cuya nueva dignidad no le impidió vivir con la misma austeridad que siempre. Pero cuando el patricio Mommolo hizo un número considerable de prisioneros en Albi, el santo Obispo los siguió, y los redimió á todos. En ocasion en que una peste horrible diezmaba á sus ovejas, Salvio estaba en todas partes, á todos asistia en persona, los consolaba, y se preparaba él mismo para la eternidad con el ejercicio de estas buenas obras. En efecto, acometióle tambien la contagiosa enfermedad, y conociendo ya que llegaba su última hora, mandó que le hiciesen su ataud, mudó de vestiduras, y se preparó con el fervor mas edificante á comparecer ante Dios, muriendo santamente el dia 10 de setiembre del año de 552.

SAN HILARIO, PAPA Y CONFESOR.

Nació en la isla de Cerdeña, y se dedicó á los estudios eclesiásticos desde su temprana edad. Siendo ya diácono de la iglesia de Roma prestó importantísimos servicios á la Religion, por los cuales, y por su eminente virtud generalmente reconocida, fue juzgado digno sucesor de san Leon el Grande, y consagrado Sumo Pontífice el dia 12 de noviembre del año 461. El júbilo con que fue recibida en toda la cristiandad la noticia de la elevacion de san Hilario á la silla de san Pedro, probó de un modo indudable que era merecedor de aquella dignidad. Y en efecto, el celo que desplegó en favor de la Religion y los desvelos incesantes con que procuró que se observase la disciplina eclesiástica, repararon en cierta manera la pérdida sensible que la Iglesia habia sufrido con la muerte del papa san Leon. Entre otras muchas de las disposiciones notables de su pontificado es de notar la prohibicion de que ningun obispo eligiese á su sucesor, y la estricta observancia del cánon del concilio de Nicea contra las traslaciones de los obispos de una á otra silla. Murió san Hilario el dia 21 de febrero del año 468 con la muerte de los Santos, después de haber anatematizado á los heresiarcas Eutiques y Nestorio, con-

firmado los concilios generales de Nicea, Éfeso y Calcedonia, y celebrado otro concilio en Roma en el año 465.

La Misa es en honor de san Nicolás, y la Oracion la siguiente:

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Nicolai, confessoris tui solemnitate deferimus; ut, qui nostrae justitiae fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit, precibus adjuvemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oye, Señor, benignamente las humildes súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu bienaventurado confesor san Nicolás, para que no confiando en nuestra justicia, seamos asistidos por los merecimientos de aquel que tuvo la dicha de agradaros. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo IV *de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Spectaculum facti sumus mundo, et Angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo: nos infirmi, vos autem fortes: vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam, et esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis caedimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes manibus nostris: maledicimur, et benedicimus: persecutionem patimur, et sustinemus: blasphemamur, et obsecramus: tanquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhuc. Non ut confundam vos haec scribo, sed ut filios meos charissimos moneo in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los Ángeles y para los hombres. Nosotros estultos por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo; nosotros débiles, y vosotros fuertes; vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos donde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos; somos maldecidos, y bendecimos; padecemos persecucion, y tenemos paciencia; somos blasfemados, y hacemos súplicas; hemos llegado á ser como la basura del mundo, y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros; sino que os aviso como á hijos mios muy amados en Cristo Jesús Nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los Ángeles y para los hombres. ¡Qué espectáculo! Por todas partes hogueras encendidas, cadalsos levantados, arroyos de sangre que corren á borbotones, cúmulos de Confesores y Mártires que espiran á los golpes de la barbarie y de la inhumanidad. ¡Oh Dios, qué espectáculo! La vista de las catacumbas que sostiene el valor de los que prontamente han de ocupar las lóbregas cárceles: cristianos fugitivos y dispersos, que no se atreven á juntarse sino furtivamente y de noche para erigir un al-

tar en honor de Jesucristo, y que al dia siguiente han de ir á rociar con sus lágrimas las cenizas de los Mártires: el furor de los tiranos que cada vez se enardece é irrita mas y mas; todo este espectáculo de horror advertia á los primeros fieles que tuviesen prontas sus almas en sus manos, y se preparasen para los combates, para los tormentos y para la muerte. Esto mismo es lo que intentaba el Apóstol, cuando decia á los corintios: Estamos hechos un espectáculo para el mundo, para los Angeles y para los hombres, gloriándose en sus mismos ultrajes, persecuciones y malos tratamientos, hasta al punto de llegar á decir, yo sufro alegría y complacencia en las persecuciones que sufro por Jesucristo, porque cuando soy débil y fatigado entonces me siento mas fuerte y mas victorioso. ¡Qué confusion para muchos cristianos de nuestros dias! Se extinguieron los incendios; los tiranos han desaparecido; la persecucion ya no embravece entre nosotros contra los seguidores de Jesucristo; pero, si bien de un modo diferente, somos como el Apóstol y los primeros cristianos, el espectáculo del mundo, de los Ángeles y de los hombres, y los designios de la divina Providencia no son otros sino que defendamos la gloria de nuestro nombre, y nos santifiquemos por medio de los trabajos y tribulaciones. Formidables calumnias en unos, cruel perfidia en otros; inhumana indiferencia en los parientes, vergonzosa ingratitud en los hijos; altanería en los amos, infidelidad en los criados; inconstancia en los amigos, y odio y furor en los enemigos; ved aquí lo que se presenta á nuestra vista á cualquier parte que volvamos los ojos. Y ¿hay muchos que puedan hablar como el Apóstol, y decir que se regocijan en estas adversidades y tribulaciones que Dios les envia? ¿Hay muchos que puedan decir con el Apóstol, somos maldecidos, y bendecimos; padecemos persecucion, y tenemos paciencia; somos blasfemados, y hacemos súplicas? ¡Ah! muy al contrario. ¿Sobreviene una adversidad? Todo entonces nos abate, nos agobia y aflige. ¿Se nos persigue? Nutrimos un odio interminable. ¿Se nos calumnia? Entonces no perdonamos medio para tomar una rigurosa venganza. Un negocio sin logro, una ligera enfermedad, causan quejas y murmuraciones sin cuenta, quejándonos siempre de la severidad del cielo, ó de las persecuciones de los hombres, como si hubiéramos de ser coronados sin pelear: como si para reinar con Jesucristo no fuera preciso padecer con Jesucristo. Muy diferente es la instruccion que nos da el Apóstol, y el ejemplo que nos dejaron los primeros cristianos. Ellos creyeron que no podian corresponder mejor á la grandeza de su nombre que padeciendo. Padecer por Jesucristo era

el colmo de su alegría: miraban el instante de su muerte como el momento de su triunfo, y los oprobios que sufrian eran para ellos títulos con que se honraban, porque sabian que los padecimientos de esta vida no son de compararse con la gloria venidera que se manifestará en nosotros, como dice el Apóstol. Y si tanto les costó á ellos el conseguimiento de la gloria, ¿deberémos pensar que á nosotros nos ha de costar menos? No. Jesucristo era su modelo, tambien lo es el nuestro.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quae possidetis, et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in coelis: quo fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haceos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, á donde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

De la incertidumbre del estado en que nos hallamos.

Punto primero. — Considera que ninguna cosa nos debe estremecer mas que la incertidumbre del estado en que se halla actualmente nuestra alma, y del estado en que se hallará por toda la eternidad. Solo podrá aquietarnos y sufocar nuestros justos sobresaltos una fe medio apagada, una deplorable ceguedad. No sabemos si estamos en gracia ó en pecado. Por ajustada que sea nuestra vida, por irreprensible que nos parezca, *nemo scit,* no sabemos si nos conservamos en la amistad de Dios, ó vivimos en desgracia suya. *Nomen habes quod vivas,* decia el Ángel al obispo de Sardis: la apariencia es de vivo, pero en la realidad estás muerto. Aunque se haya pasado la vida en el mas horroroso desierto, aunque se haya envejecido en los rigores de la mas austera penitencia, aunque se hayan hecho á Dios los mayores sacrificios, todavía no se puede asegurar que esté el alma en su gracia, *nemo scit.* Los Antonios, los Pablos, los Hilariones vivieron con esta congojosa incertidumbre; temieron hasta el mismo punto de la muerte; y unos hombres llenos de maldades, unos hombres rodeados de escollos en que peligra la inocencia, unos hombres entregados á los pasatiempos, unos hombres sacrificados á la delicadeza

y al regalo, ¡viven muy tranquilos sobre el estado de su eterna suerte! De buena fe, ¿en qué fundarán esta tranquilidad? Y si el pensamiento de la eternidad nos estremece, ¿en qué consistirá que produzca en nosotros tan poca enmienda? Se vive con una triste incertidumbre de la salvacion, ¡y todavía se va adelante con las diversiones! ¡y todavía se vive con tibieza! ¡y todavía se pasan los dias en una indolencia lastimosa! ¿Comprendemos bien este misterio de iniquidad? Todo nos espanta en la hora de la muerte; la vista solo de un Crucifijo, el nombre solo de Extremauncion, el solo nombre de Viático. La triste incertidumbre de nuestro estado y de nuestra suerte es la que nos causa estos crueles sobresaltos; ¡y se pasa la vida en un eterno olvido de Dios! ¡y se hace todo lo que se puede para que sean mas inciertas esta suerte y esta salvacion! Puede ser que á fuerza de no pensar en eso, como lo hacen los cristianos flojos, puede ser que á fuerza de aturdirse voluntariamente, y de atolondrarse sobre lo que está por venir, como lo hacen los disolutos; puede ser que desviando con todo cuidado el pensamiento de nuestra conciencia; puede ser que todo esto conduzca para que temamos menos. Pero ¿nos atreverémos á decir seriamente que lo creemos así? *Nemo scit.* ¡Cruel incertidumbre! Y aunque estuviéramos en estado de gracia, ¿sabemos si perseverarémos? Pues ¿cuánta razon tenemos para trabajar en el negocio de nuestra salvacion con temor y con temblor, como dice el Apóstol, sabiendo que no hay estado, ni virtud, ni santidad que nos pueda librar de esta espantosa incertidumbre? Con todo eso, ¡pasamos los dias de la vida en delicias, en delicadezas y en diversiones! Comprende, si puedes, la iniquidad, y aun la irregularidad de esta miserable conducta.

Punto segundo. — Considera que mientras estamos en esta vida todas las cosas conspiran á mantenernos en esta incertidumbre, en este saludable temor. Los impedimentos exteriores de nuestra salvacion, las tentaciones, los ejemplos y las ocasiones: los estorbos que nacen de nosotros mismos, nuestras pasiones, nuestras inclinaciones y nuestras malas costumbres: el secreto impenetrable de nuestra perseverancia y de nuestra predestinacion, todos son poderosos motivos para confundir nuestra presuncion, para vencer nuestra cobardía, y para despreciar nuestra delicadeza. Quiso Dios dejarnos toda la vida en esta espantosa incertidumbre: quiso Dios que fuese para nosotros impenetrable el secreto de la predestinacion para obligarnos á trabajar incesantemente y con fervor en el negocio de nuestra salvacion.

Pero ¡ah! que con toda esta formidable incertidumbre, con todos estos motivos de temer y de temblar, no por eso se deja de abalanzarse á los peligros, de hacerse esclavos de las pasiones; no por eso se deja de vivir abandonados á la licencia y á la disolucion. Pues ¿qué seria si se tuviera seguridad de nuestra suerte? ¿qué seria si se nos revelase nuestra predestinacion? ¿qué precauciones se tomarian entonces para librarnos del contagio? ¿qué violencia se haria para no dejarse arrebatar de la corriente? ¿qué medios se aplicarian para domar las pasiones, ni qué cuidado se pondria en traer una vida cristiana? ¿Habria entonces valor para vencerse? ¿Ajustaríase la vida á la regla de las costumbres? ¿Qué esfuerzos se harian en ese caso para vivir segun las máximas del Evangelio? Sé ciertamente, diria un libertino, que me he de condenar; pues quiero entregarme á todas las disoluciones. Sé ciertamente, diria un cristiano imperfecto y tibio, que me he de salvar; pues ¿qué necesidad tengo de mortificarme, ni de hacerme tanta violencia? ¿Á qué fin dedicarme á buenas obras? ¿á qué fin vencerme en nada? Sé ciertamente cuál ha de ser mi suerte; pues en vano resistiré á mis inclinaciones, ni perderé el tiempo en reprimir mis malas costumbres. ¡Oh buen Dios, y qué desórdenes en el universo, qué disolucion de costumbres, qué confusion en la misma Religion! Admirémonos, y adoremos la sabiduría divina en la incertidumbre de nuestra suerte; y sírvanos para trabajar incesantemente en nuestra salvacion con temor y con temblor.

Esto es, Señor, lo que voy á hacer con la asistencia de vuestra divina gracia. Grandes motivos tengo para temer mi salvacion; pero mayores me asisten para esperarla de vuestra infinita misericordia. Fundado en ella, mi confianza igualará por lo menos á mi temor.

Jaculatorias. — Bienaventurado el hombre que vive siempre temeroso. (*Prov.* VIII).

¡Ah Señor! ¿y quién puede conocer perfectamente los pecados que le hacen reo delante de Dios? Purificad mi alma de los pecados ocultos, y librad á vuestro siervo de que con su mal ejemplo haga propios los pecados ajenos. (*Psalm.* XVIII).

PROPÓSITOS.

1 Nunca te olvides de esta bella leccion que nos da á todos san Pablo, escribiendo á los filipenses: *Hermanos mios, trabajad en vuestra salvacion con temor y temblor.* Este fue el fin que tuvo Dios en querernos dejar inciertos de nuestra suerte. Pero guárdate mucho de dar

en un exceso de temor que inspira el demonio, y siempre degenera en desconfianza y en desesperacion. Debemos temer, sí; pero con un temor dulce, tranquilo y filial, acordándonos continuamente que la reprobacion siempre es obra verdadera de nuestras manos. No sabemos si Dios nos ha perdonado nuestros pecados; pero sabemos con toda certeza que infaliblemente perdona todos aquellos de que estamos verdaderamente arrepentidos; y es señal cási segura de que ciertamente nos los ha perdonado cuando se muda de vida. La mejor prueba de este perdon es la conversion y la perseverancia en ella. No obstante, la incertidumbre de si estás ó no en estado de gracia, en tu mano está una moral seguridad de que estás en ella, convirtiéndote perfectamente desde este mismo dia.

2 Para asegurarte contra esta incertidumbre es menester lo primero, que en tu temor huyas generosamente de todo lo que te puede perder, y de todo lo que te puede servir de ocasion para pecar. Es menester, lo segundo, resistir valerosamente á los enemigos domésticos de tu salvacion; pero con especialidad al mas formidable de todos, que es la pasion dominante. Es menester, lo tercero, tener una gran confianza en la bondad y en la misericordia de un Dios que murió por nosotros, y tiene tan en el alma nuestra eterna salvacion. Es menester, finalmente, pedirle todos los dias, y muchas veces al dia, con especialidad al elevarse la sagrada hostia, el don y la gracia de la perseverancia. Pon en práctica estos cuatro puntos.

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

El martirio de los santos mártires Proto y Jacinto, hermanos y eunucos de santa Eugenia, en Roma en la via Salaria vieja en el cementerio de Basila; los cuales en tiempo del emperador Galieno, habiéndoles descubierto que eran cristianos, les obligaban á sacrificar á los ídolos; mas resistiéndolo ellos, fueron primero azotados con gran crueldad, y después degollados. *(Véase su historia en las de hoy).*

El martirio de los santos Diodoro, Diomedes y Didimo, en Laodicea en Siria.

San Vicente, abad y mártir, en Leon en España.

San Pafnucio, obispo, en Egipto, uno de aquellos confesores que en tiempo del emperador Galerio Maximiano, después de haberles sacado el ojo derecho, y cortado los nervios de la rodilla izquierda, fueron condenados á las minas. En tiempo de Constantino el Magno defendió valerosamente la fe católica contra los Arrianos, y habiendo merecido muchas coronas, descansó en paz. *(Véase su historia en las de hoy).*

La muerte gloriosa de san Paciente, obispo, en Leon de Francia. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Emiliano, obispo, en Verceli. *(Era natural, al parecer, de una aldea de Aragon, y dícese que fue instruido en la religion por el obispo san Félix. Vivia en un desierto cuando hallándose vacante la silla episcopal de Verceli, en Italia, el cielo le designó milagrosamente para ocuparla. Asistió á los concilios III, IV y VI de Roma, congregados por el papa san Simaco).*

Santa Teodora, en Alejandría; la cual habiendo incautamente ofendido á Dios, arrepentida de su pecado, con admirable abstinencia y paciencia perseveró en hábito religioso desconocida, haciendo penitencia hasta su muerte. *(Véase su historia en las de hoy).*

SAN PROTO Y SAN JACINTO.

Entre los ilustres Mártires de Jesucristo que testificaron con su sangre las inefables verdades de nuestra fe á fines del siglo III, son dignos de eterna memoria san Proto y Jacinto, eunucos de la insigne vírgen romana santa Eugenia, que poco antes recibió la misma corona del martirio. El emperador Publio Valeriano, hombre amable por su natural temperamento, en los principios de su reinado habia dado muchas pruebas de humanidad y beneficencia en favor de los Cristianos, á quienes significó en no pocas ocasiones su inclinacion y afecto; pero excitado de las bárbaras persuasiones del arquisinagogo de los magos de Egipto, ó de las sugestiones de Marcieno, uno de sus mas famosos generales, enemigo capital del nombre cristiano, mudó de parecer en términos, que suscitó una de las mas terribles persecuciones que padeció la Iglesia, tan sangrienta, que san Dionisio de Alejandría la llama por excelencia, *persecucion del Antecristo;* dejándose ver Roma principalmente un teatro cruel donde se representaba la horrorosa tragedia de inocentes víctimas que se sacrificaban cada dia al furor de aquel impío tirano. Es verdad que Dios vengó la injuria hecha á su santo nombre, haciendo caer á Valeriano en manos del rey de Persia, que le hizo prisionero en Mesopotamia, tratándole indignamente como á un vil esclavo, sirviéndose de sus espaldas como de estribo para montar á caballo, y muerto después á puñaladas, mandó colgar su pellejo en uno de los templos de sus dioses para que sirviese de eterno monumento de la venganza de los romanos.

No por este suceso con que castigó visiblemente el cielo la tiranía de aquel bárbaro, mejoraron de fortuna los Cristianos, ni se interrumpieron los excesos del furor con que eran sacrificados. Publio Licinio Galiano, hijo de aquel infeliz Príncipe á quien habia asociado

en el imperio, continuó el sistema de su padre, é hizo ejecutar execrables tiranías con los Confesores de Jesucristo, dándoles á sufrir los mas terribles suplicios sobre cuantos hasta entonces habia imaginado la ferocidad de los primeros perseguidores. Entre los muchos que experimentaron los efectos de su barbarie fueron Proto y Jacinto, acreditando la valentía de su generoso espíritu en los fuertes combates con aquel impío. La complicacion de las actas de estos dos célebres Mártires con las de otros cómplices de sus triunfos nos impiden saber con exactitud todas las circunstancias del bárbaro juicio con que fueron condenados á padecer por su constancia en la fe de Jesucristo; pero muchos monumentos de una respetable antigüedad, que ha conservado el estudio piadoso de la Iglesia, nos dan idea de la fortaleza con que sufrieron tormentos superiores á las facultades de la naturaleza humana. Por los mismos sabemos que sostenidos los Santos con la divina gracia, ostentaron la mayor serenidad en las cuestiones del prefecto de Roma, que los juzgó como á traidores del Estado, y desobedientes á los edictos imperiales. Oyéronse con admiracion las convincentes respuestas que dieron á un escrupuloso interrogatorio, por las que unos jóvenes sin literatura desarmaron á la filosofía pagana, demostrando la vanidad de las deidades del gentilismo, y la necedad de las supersticiones que adoptaba la idolatría. La invicta fortaleza de los razonamientos con que recíprocamente se alentaban á sostener la fe, y á llevar alegremente el furor de los verdugos, irritaron de tal suerte al acalorado Prefecto, que desesperado de poder reducirlos por cuantos medios crueles inventó su tiranía, por último recurso mandó decapitarlos á fines del siglo III.

Ninguna duda de las que pueden ocurrir en las actas de estos insignes Mártires, pueden alterar su antiquísima memoria. Desde el cuarto siglo era célebre su culto en Roma en el 11 de setiembre. Dícese que sus cuerpos estuvieron en un cementerio, sito sobre el antiguo camino de Sel: á él han dado su nombre los mismos Santos, el que tambien ha tenido el de san Hermes; el cual ha sido de los mas célebres de Roma por el número de Mártires que fueron en él depositados. El papa Dámaso hizo separar la tierra que la sucesion de los tiempos habia amontonado sobre las venerables reliquias, y descubrió enteramente su túmulo para que los fieles le tributasen la veneracion debida. Pocos años después, un sacerdote llamado Teodoro hizo construir una iglesia en honor de los Santos, que en lo sucesivo fue adornada y enriquecida por el papa Símaco, donde continuó su culto con mas celebridad que en los tiempos antecedentes.

SAN PACIENTE, ARZOBISPO DE LEON.

San Paciente, cuya fiesta celebra hoy la santa Iglesia, nació hácia el principio del quinto siglo. Es probable que fue natural de Leon, como tambien su grande amigo el célebre Sidonio Apolinar: ambos de familia distinguida por su calidad, pero mucho mas por sus buenos procederes y por los opulentos bienes que poseia. Nada cierto se sabe de sus primeros años, ni de los empleos que obtuvo en el mundo; solo es cierto que siendo su familia una de las mas considerables de la provincia, habia largo tiempo que estaba condecorada con las primeras dignidades; por lo que prudentemente creemos que su educacion seria muy correspondiente á su nacimiento y á la religion que profesaba. Las primeras noticias de su vida que nos comunica la historia son representárnoslo incorporado en el clero como eclesiástico muy ejemplar y de los mas sabios de su tiempo.

Pero la prueba mas concluyente del mérito de nuestro Santo es su eleccion para el gobierno de una iglesia tan grande, tan respetable por su antigüedad y por el gran número de hombres ilustres en doctrina y en santidad que ha dado á la Iglesia de Dios aquella silla primacial. Fue san Paciente obispo de Leon hácia el fin del pontificado de san Hilario papa, ó hácia el principio del de san Simplicio; esto es, por los años de 467.

Luego que san Paciente se vió colocado en el trono episcopal se dedicó á adquirir todas las virtudes que el apóstol san Pablo consideraba necesarias á un obispo, y todas las poseyó en grado eminente. Correspondieron perfectamente á su alta dignidad su piedad, su caridad y su celo. Su pastoral solicitud no reconocia otros límites que los de su diócesi; pero su dilatada caridad ninguno reconocia, y así fue esta virtud una parte de su carácter. Era su rico patrimonio el patrimonio de todos los necesitados, así como las rentas de su obispado eran las rentas de los pobres. Era su celo tan grande como su caridad; por lo que muy en breve mudó de semblante la diócesis de Leon. No habia resistencia á las prácticas instrucciones del santo Pastor, sostenidas con sus piadosas limosnas y con sus ejemplos.

Hácia el año de 470 consagró, como metropolitano, á Juan, obispo de Chalons, asistiendo á esta sagrada ceremonia san Eufronio, obispo de Autun, y los demás sufragáneos de aquella santa primada iglesia. San Sidonio Apolinar, diocesano suyo, y después obispo de Clermont, nunca acierta á hablar de nuestro Santo sin magníficos elogios, testificándonos no haberle faltado ninguna de las virtudes que for-

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

man los grandes y los santos prelados. Su gran caridad fue la admiracion de todo el pueblo. Siguióse una cruel hambre á los estragos que los godos acababan de hacer en toda la Francia, particularmente en las provincias meridionales y en el Leonés. No se habia conocido semejante desolacion. Todo estaba cubierto de cadáveres ó de moribundos por la falta general de lo necesario para la vida. Movido vivamente nuestro Santo de la pública calamidad, no perdonó á medio alguno para el alivio de tantos afligidos y miserables. Hizo venir á gran coste cantidad de granos de todos los países extranjeros, y los mandó distribuir en todos los pobres. Con su vigilancia y con su penetracion descubria las miserias mas sepultadas en el fondo de las provincias; y como á su piadoso corazon no le compadecian menos las necesidades, la vergüenza y el silencio de los pobres ausentes, que los clamores y las lástimas de los que tenia á la vista; no se dedicaba menos á enjugar las lágrimas de los que no veia, que á consolar las de aquellos que tenia delante de los ojos. Dispuso pósitos ó paneras públicas en todo lo largo del rio Saona y del Ródano, hasta las provincias mas distantes; y por medio de esta heróica caridad salvó las ciudades de Arles, Orange, Viviers, Valencia y San Pablo de los tres Castillos, Aviñon y Riez, que le veneraban como á otro segundo José, aclamándole el libertador de todas aquellas provincias. Tambien experimentaron los efectos de su liberalidad la Auvernia y la Aquitania; de suerte, que no se dudó que el trigo se multiplicaba en sus manos por un insigne y continuado milagro.

La sólida y la grande virtud de nuestro Santo no resplandecia menos en todas las acciones de su vida. Siempre dulce, siempre afable, siempre liberal con todo el mundo, solo era severo y riguroso consigo mismo. Para todos estaba abierto el palacio del santo Prelado: á todos franqueba su mesa servida con esplendidez, y de aquí nació, que hallándose entonces la corte en Leon, al mismo tiempo que el rey Gondebaldo celebraba las comidas del Arzobispo, la Reina publicaba con admiracion su sobriedad y sus ayunos. Con tan universal y tan generosa caridad se hacia inmediatamente dueño de los corazones de todos, procurando ganarlos para Dios, y apenas habia quien se pudiese resistir á los piadosos artificios de su celo. En sus manos todo crecia, y todo florecia en la casa del Señor: solo se disminuia visiblemente cada dia el número de los herejes por su celo y por su aplicacion á convertirlos con la milagrosa fuerza de sus sermones y con la virtud de sus ejemplos. Con su dulzura, con su afabilidad, con su modestia y con sus gratísimos modales domesticó el genio feroz y

cruel de Evarin, rey de los godos. Este Príncipe era arriano, y habia llenado toda la Francia de disolucion y de carnicería. Supo nuestro Santo ablandarle, suavizarle y ganarle tanto, que le hizo mudar enteramente de conducta, lo que todos reputaron por milagro. Las rentas que sobraban del sustento de los pobres se dedicaban á fundar nuevas iglesias, ó á reparar las antiguas. Fruto son de su magnificencia la mayor parte de las de Leon. Sobre todas alaba Sidonio un magnífico templo que nuestro Santo hizo edificar, y se cree fuese el de San Justo ó el de San Ireneo. Pero lo que hace formar idea mas cabal y concepto mas elevado del extraordinario mérito y de la eminente virtud del santo Prelado, es la célebre carta que Sidonio le escribió á nombre de los Estados de Langüedoc y de Auvernia.

«Ninguna cosa nos acerca mas á la virtud de los bienaventurados «en el cielo que la caridad con los pobres y con los miserables en la «tierra. Preguntarásme á qué propósito viene esta proposicion. A tí «te la dirijo, gran Prelado: tú, á quien no basta solicitar el alivio «á la pobreza que tienes delante, sino que vas á buscar hasta en las «extremidades de las Gaulas á todos los infelices y necesitados: tú «eres el que socorres las necesidades sin dársete nada por conocer las «personas. No es menester que los pobres se presenten á tu puerta: «tú mismo los vas á buscar á los lugares mas desconocidos. Extién- «dese tu vigilancia pastoral hasta las provincias extrañas. Bástate sa- «ber que hay necesitados para no esperar á que lleguen á tus oidos «sus clamores; y si tanto bien haces á los extraños, ¿qué no harás «todos los dias con tus propias ovejas? Con tus piadosas limosnas des- «tierras de tu ciudad la pobreza; y tu dulzura cada dia añade nue- «vas victorias á tu gran celo. El Rey admira el gran número de po- «bres que sustentas, y la Reina no acaba de ponderar tu abstinen- «cia y tus ayunos. Paso en silencio los magníficos ornamentos con que «has enriquecido la iglesia que tienes á tu cuidado. No se sabe cual «se ha de admirar mas, ó los templos que has edificado de nuevo, ó «los que has reparado. No hay hereje que no se rinda á tu celo. Buena «prueba son las conversiones de los Arrianos, de los Focinianos. Al- «gunas de estas grandes virtudes pueden serte comunes con otros «santos Prelados; pero tu caridad se puede decir que es sin ejemplo. «Mas países has salvado tú que han arruinado los godos. Tú solo lle- «naste las paneras por todo el curso del Saona y del Ródano: ¡cuán- «tas ciudades, cuántos vastos países, cuántas provincias te recono- «cen por su libertador, por su pastor y por su padre! Y como de otro «José, se puede decir que tú solo salvaste el reino, etc.»

El año de 475 asistió san Paciente al concilio de Arles, donde se dejó admirar su ingenio, su sabiduría, y sobre todo su eminente santidad. En todas partes era venerado como santo, y en ninguna era conocido por otro nombre que por el modelo de perfectos Prelados y ornamento de la Iglesia. En fin, lleno de dias y de merecimientos, murió con la muerte de los justos en Leon el dia 11 de setiembre del año 491; y es fácil discurrir cuál seria el sentimiento de toda la provincia en la pérdida de su santo Pastor. Las lágrimas de los pobres fueron singularmente el mejor y el mas noble ornamento de sus magníficos funerales. Dióse sepultura á su cuerpo en la iglesia de San Justo, donde mucho tiempo después fueron halladas sus preciosas reliquias, y se conservaron religiosamente en ella hasta el siglo XVI, en que fueron disipadas con otras muchas por las turbulencias de los hugonotes, que arruinaron entre muchas otras la iglesia de San Justo.

SAN PAFNUCIO, OBISPO Y CONFESOR.

Este Santo era natural de Egipto, y cristiano desde sus mas tiernos años. Habiendo pasado algunos años en el desierto, bajo la direccion del grande Antonio, salió de la soledad para ser consagrado obispo de la Tebaida superior. Durante la persecucion de Maximiano Daia san Pafnucio fue otro de aquellos ilustres Confesores que perdieron el ojo derecho y luego condenados á las minas después de haberles cortado los nervios de la rodilla izquierda. Restituida la paz á la Iglesia, el Santo volvió á su grey, dedicándose desde luego con el mayor celo y teson á preservarla de los errores del arrianismo. Por su santidad eminente y glorioso título de confesor de la fe, mereció las mayores consideraciones de los Padres del concilio de Nicea, al cual asistió. Constantino el Grande mientras se celebraron las sesiones de aquel sínodo, conferenció varias veces con él en su palacio, y jamás le despedia sin besarle el lugar en que habia perdido el ojo por la fe de Cristo. Permaneció siempre estrechamente unido con san Anastasio; y juntamente con san Potamon, obispo de Heraclea, y otros cuarenta y siete obispos de Egipto, acompañaron á su santo patriarca al concilio de Tiro en el año de 335, donde encontraron que la mayor parte de sus miembros eran acérrimos arrianos. No se tiene noticia individual de la muerte de san Pafnucio, aunque se cree que murió por los años de 337.

SANTA TEODORA ALEJANDRINA, PENITENTE.

Las vidas de santa María Egipcíaca y de santa Pelagia penitentes, pueden servir de ejemplo especialmente para las mujeres pecadoras y públicamente malas que, perdida la vergüenza, entregaron al tiempo sus cuerpos, y sus almas á Satanás. Escribamos ahora otro ejemplo de una mujer casada, noble y rica, que habiendo vivido en grande honestidad, fue engañada y cayó en una flaqueza de carne, é hizo traicion á su marido, y lloró tanto su pecado como en el discurso de esta historia se verá; la cual escribió Simeon Metafraste en esta manera.

Siendo emperador Zenon, nació en Alejandría una mujer de padres nobles y ricos, dotada de grandes virtudes, la cual siendo de edad se casó con un caballero igual suyo, y vivieron en el matrimonio con gran paz y conformidad: llamábase Teodora; era muy amada y estimada del marido, porque le era muy obediente, muy amorosa y bien acondicionada, y por las muchas y grandes virtudes que resplandecian en ella, por las cuales, y especialmente por su rara honestidad, era muy querida y reverenciada de todos. Tuvo el demonio envidia de tanta bondad, y determinó hacer cruda guerra á la que vivia en tanta paz con su marido. Instigó á un mozo de buenas partes y rico que se aficionase á Teodora: encendióle con llamas y estímulos de concupiscencia, abrasándole las entrañas cuando pensaba en ella. Rendido el pobre mozo á su loca pasion, procuró atraer á su voluntad á Teodora con blanduras, promesas y presentes, y con todo lo que el amor ciego en semejantes ocasiones suele ofrecer. Ninguna cosa aprovechó para que Teodora quisiese consentir en su mal deseo, ni aun mirarle, porque como era mujer tan honesta y tan cristiana, tenia á Dios delante y la lealtad que debia á su marido. Viendo, pues, el mozo perdido que aquel negocio no le sucedia á su proposito, tomó por medianera á una vieja hechicera y endiablada para que le sirviese de tercera, y acabase con Teodora por medio de sus palabras venenosas lo que él por otros tantos medios no habia podido alcanzar. La perversa vieja dijo tantas cosas á Teodora, que con sus falsas razones la engañó y pervirtió para que consintiese; y en efecto se cometió el adulterio, y luego de él se siguió lo que suele del pecado, que es la vergüenza, arrepentimiento y dolor. Este fue tan grande y atravesó de tal manera, como un cuchillo agudo, al corazon de Teodora, que si Dios no la tuviera de su mano, fácilmente cayera en desesperacion. Aquel pecado no le sirvió de eslabon para

otro pecado, sino para penitencia y correccion; porque habia nacido de flaqueza y engaño, y no de malicia y mala voluntad. Comenzó á andar triste, desconsolada y afligida, y el marido, que la amaba tiernamente, y no sabia la causa de aquella novedad, procuraba con caricias y regalos alegrarla y recrearla; mas como la llaga estaba en las entrañas, y el corazon tan lastimado, ninguna cosa que hacia el marido era parte para consolar á la pobre mujer. Parecióle que habia ofendido á su Dios, y deshonrado á su marido, y perdido el buen nombre que en la ciudad tenia, y que un infierno era poco para ella; y corrida y afrentada de sí misma, no osaba alzar sus ojos al cielo. Finalmente, cavó tanto este sentimiento en Teodora, que, movida del Señor, se resolvió á pagar la culpa de aquel pecado con pena perpetua y con una penitencia rigurosa de toda su vida. Para esto, sin que nadie lo entendiese, se vistió de hombre, y se fué á un monasterio de monjes que estaba como seis leguas de la ciudad de Alejandría, donde con grande humildad y disimulacion de quien era, suplicó al abad que la admitiese en aquel convento para servir mas al Señor en él. Para prueba de su constancia hiciéronla aguardar toda aquella noche fuera de la puerta del monasterio al sereno, y no con pequeño peligro de ser despedazada y comida de bestias fieras; y á la mañana, vista su constancia, la admitieron, declarándola lo que habia de hacer en aquella santa casa, la regla que habia de guardar, y como habia de obedecer y servir á todos en los mas bajos y viles oficios, y tener cuenta con la huerta, y traer agua, y hacer todo lo demás que fuese menester en el convento y fuera de él, y no por eso olvidarse del ayuno, oracion, horas canónicas y otras obras penales en que los santos monjes se ejercitaban. Todo lo aceptó Teodora con gran voluntad, y todo le parecia poco por satisfaccion y castigo de su pecado. Ejercitóse ocho años en todos los oficios bajos de la casa, y en los demás que habemos dicho, con tan grande fervor y espíritu del cielo, que ponia admiracion á los otros monjes. Mas cuando el marido halló menos á su mujer, no se puede fácilmente creer las olas y pensamientos varios que embistieron su corazon porque habia desaparecido: por una parte temia que no fuese alguna liviandad, y por otra se aseguraba con la honestidad y recato que siempre habia conocido en su mujer. Estando con esta congoja muy fatigado y lloroso, pidiendo á Dios que le descubriese dónde estaba Teodora, le apareció un Ángel que le dijo, que la mañana siguiente fuese á la iglesia de San Pedro apóstol, y que allí mirase atentamente al rostro de la primera persona que se le pusiese delante. Mandó el abad á Teo-

dora que fuese con los camellos á la ciudad á comprar aceite, que faltaba en el convento. Fué, y encontrándose á la puerta de la iglesia de San Pedro con su marido, saludáronse los dos, y ella le conoció y no fue de él conocida; porque como la vió vestida de hombre y de monje, y tan trocada y atenuada en el gesto con los ayunos, no cayó en su imaginacion que podia ser ella, especialmente que se habia olvidado, por permision de Dios, de lo que el Ángel le habia dicho; pero quedó sosegado, entendiendo del mismo Ángel, que le volvió á aparecer, que su mujer estaba en salvo, y no habia echado por mal camino.

Pero santa Teodora, no contentándose de la vida comun de los otros monjes, aunque era tan austera, y ella la hacia con suma exaccion, siempre añadia nuevos rigores y nuevas asperezas de ayuno y de otras penitencias para macerar su cuerpo, y vengarse de él por la flaqueza que habia cometido. Dióse tanto á la abstinencia, que vino á no comer sino una vez cada semana, trayendo á raíz de sus carnes un áspero cilicio, pareciéndole todo poco para su pecado. El abad cierto de la santidad de Teodora, quiso que fuesen otros certificados de ella. Y para esto, como estuviese cerca del monasterio una laguna, en la cual hacia su habitacion un cocodrilo, el cual salia de ella con daño de los caminantes, mandó á Teodora que trajese un cántaro de agua de aquella laguna: ella fué por él; y aunque las guardas puestas allí por el prefecto de Alejandría para que avisasen del daño, se le opusieron, dijo ella que la obediencia le mandaba ir á la laguna, y que no podia excusarlo. Dejáronla, y llegando vieron que la fiera asió de ella, y la llevó al agua: ella visto que no la hacia daño, hinchó su cántaro, y la misma fiera la volvió á tierra. Estando fuera, púsose la Santa á mirar el cocodrilo, y reprendióle por las muertes que habia hecho: luego quedó allí muerta la fiera, y Teodora volvió á su monasterio. Mas resplandeciendo Teodora con tan grande ejemplo y santidad, el demonio, que llevaba muy mal el ser vencido de una mujer á quien él al principio habia rendido y derribado, viendo que no le sucedian los medios secretos y ocultos que habia tomado para hacerle guerra, se le apareció un dia, y la amenazó que la habia de perseguir y acosar hasta que cayese; y luego buscó la ocasion para hacer lo que aquí diré. El abad del monasterio mandó á Teodora que fuese con los camellos á la ciudad por trigo, y que si no pudiese volver á tiempo, se quedase aquella noche en un monasterio que estaba en el camino, llamado Nono. Hízolo así Teodora, y por ser ya de noche, quedóse en el convento, y fuése á dor-

mir al establo donde estaban sus camellos. Instigó el demonio á una moza que la vió y creyó que era hombre, para que se enamorase de él y le solicitase á mal; y como no hallase entrada para lo que queria, y estuviese abrasada del fuego infernal de concupiscencia, juntóse con otro pasajero de los que allí estaban, y concibió de él; y creciéndole el vientre, y siendo preguntada de quién habia concebido, dijo, que del monje Teodoro en el monasterio Nono, señalando la noche y el lugar de aquella maldad. Los monjes que esto oyeron, acudieron al monasterio donde estaba Teodora, y dieron parte del caso al abad y á los otros monjes; y después que parió la mujer, llevaron al niño que habia parido al mismo monasterio, acriminando aquel hecho. Y como Teodoro no lo negase, por padecer mas, el abad le mandó echar del monasterio con el niño, para que le criase como padre, é hiciese la penitencia de tan grave culpa. Salido del monasterio, sustentó al niño con leche de ovejas, y crióle por espacio de siete años con gran paciencia y alegría, comiendo ella algunas yerbas del campo y bebiendo un poco de agua, ó por mejor decir, las muchas lágrimas que derramaba; y por el calor del sol, traia su cuerpo tan tostado y requemado, que parecia un negro de Etiopia. Pero siempre se quedó pegada al monasterio en una choza que allí junto habia armado, para ser mas notada de los monjes que entraban y salian. No contento el demonio con esta tela que habia urdido, para tentarla y afligirla mas tomaba muchas veces la figura de su marido, y se llegaba á ella, diciéndola los requiebros y dulzuras que solia cuando estaban juntos, y derramaba muchas lágrimas, rogándola que se las enjugase quitándole la causa de ellas y volviéndose á su casa: otras veces venian los demonios á embestir con ella en forma de bestias fieras, ó de soldados, y de un grande ejército en que venia un gran príncipe, que por no haberle querido adorar, la mandó azotar, y los demonios lo hicieron con tanta fuerza y vehemencia, que la dejaron por muerta; y algunos pastores que la vieron, avisaron de ello á los monjes para que la enterrasen; pero ella volvió en sí é hizo oracion, suplicando á Nuestro Señor que la confortase, y con esto la dejaron. Pareciéndole al abad que ya Teodoro habia pagado bien el delito cometido con los siete años de tan dura penitencia, le mandó recibir de nuevo en su monasterio; pero con condicion que estuviese cerrado en una celda sin ocuparle en cosa alguna, y de esta manera estuvo otros dos años. En este tiempo salió una vez por mandado de su abad, y fue que por haber faltado el agua en todas las cisternas del monasterio, mandósele á Teodora que probase

á ver si hallaba agua en una de las cisternas: obedeció ella; y aunque á todos los monjes era manifiesto estar la cisterna sin agua, ella la sacó: y en adelante aquella cisterna y todas las demás se vieron llenas de agua. Después de esto oyeron un dia á Teodoro que estaba hablando en voz alta con el niño dentro de su celda, y algunos monjes, á quienes el abad habia mandado que estuviesen atentos para oir lo que le decia, le oyeron decir estas palabras: *Hijo mio, ya se llega el fin de mi vida: yo te encomiendo á aquel que estando en el cielo es padre de todos los huérfanos, y en la tierra al que lo fuere de este monasterio. Tendrás por hermanos á los monjes de él. No procures ser honrado de los hombres, sino de Dios; y para serlo, el mejor medio es ser deshonrado en el mundo, y padecer afrentas y falsos testimonios. Si quieres ser honrado, honra tú primero á los otros. Aborrece el demasiado dormir: abraza la aspereza en el comer y en el vestir, y huye de todo regalo. No te descuides de la oracion, ni dejes de asistir con los monjes á las horas canónicas así de noche como de dia. No acuses á tus prójimos. Cuando te preguntaren, responde con modestia, puestos los ojos en el suelo. No hagas burla de la caida ajena. Llora para que seas consolado. Haz oracion por los que supieres que viven mal. Visita los enfermos, y sirve á los monjes como á tus señores. En las tentaciones acude á la oracion, y pide al Señor que no seas vencido;* y acabando de decir estas razones, dió su espíritu al Señor.

Cuando el niño vió muerto al que pensaba ser su padre, y como tal le criaba, comenzó á llorar amargamente; y los monjes que allí estaban por órden del abad, oyendo los documentos que Teodora daba á aquel niño, le avisaron de lo que pasaba; y el mismo abad aquella noche tuvo una revelacion en que le descubrió Dios la grande gloria que tenia Teodora en el cielo, y la penitencia tan extraordinaria que habia hecho con el nombre de Teodoro. Convocó á sus monjes; declaróles la revelacion que habia tenido; llevólos á la celda donde estaba el santo cuerpo, y vieron que era mujer y no hombre, y alabaron todos al Señor; y para honrar mas el santo cuerpo avisaron á todos los monjes que estaban en aquella comarca, y especialmente á aquellos que habian acusado á Teodoro y dádole por hijo al que no era suyo. Todos vinieron á porfía y reverenciaron el santo cuerpo, y le sepultaron cantando himnos y salmos, y con las otras ceremonias que usa la santa Iglesia. Tambien el marido de Teodora, que siempre habia estado en tristeza y lágrimas, fue avisado del cielo que su mujer era muerta en aquel monasterio; y yendo á él para verla, se encontró con un monje á caballo, que por órden del abad del convento

le iba á llamar. Vino, vióla, lloróla, y pidió con grande instancia que le diesen el hábito de monje y la celda en que habia muerto Teodora, en la cual vivió y acabó santamente su vida; y el niño imputado y criado de Teodora, con los santos consejos que ella le dió, se quedó en el monasterio, y vivió con tan perfecto ejemplo y religion, que vino á ser abad del mismo monasterio.

La Misa es en honor de san Paciente, y la Oracion la que sigue:

Exaudi, quaesumus, Domine, preces nostras, quas in beati Patientis, confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus; et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oye, Señor, las súplicas que te hacemos en la festividad de tu confesor y pontífice san Paciente; y pues te sirvió tan dignamente, líbranos de todos nuestros pecados en atencion á sus merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XIII *de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Charitas patiens est, benigna est: charitas non aemulatur, non agit perperam, non inflatur, non est ambitiosa, non quaerit quae sua sunt, non irritatur.

Hermanos: La caridad es paciente, es benigna: la caridad no tiene celos, no obra mal; no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca su propio interés, no se irrita.

REFLEXIONES.

La caridad es paciente. Da principio el Apóstol al retrato de la caridad, y le concluye en dos rasgos. Con efecto, á la paciencia en sufrir á nuestros hermanos, al cuidado en no darles á ellos que sufrir, y á la atencion de solicitarles todo el bien que se pueda, se reduce en el fondo toda la dulzura, todo el espíritu, y cási todo el ejercicio de la caridad. Es cierta grandeza de alma, que tiene algo de heroismo, saber sobrellevar el humor, el natural y hasta los mismos defectos de las personas con quienes vivimos. La paciencia con que se sufre á nuestros hermanos es muy superior á una virtud ordinaria, así como no hay mejor prueba de poca virtud que el poco sufrimiento. Ninguno deja de tener sus defectos que le sufran los demás; pues ¿por qué no sufrirémos los suyos á los otros? El mejor elogio, el mas noble retrato de una alma generosa, heróica y verdaderamente cristiana, es aquella bondad siempre compasiva y siempre benéfica, que la inclina muchas veces á sentir mas las miserias ajenas que las propias, no teniendo mayor gusto que aliviar á los desgraciados. Es se-

ñal de un alma bella compadecerse sinceramente de los afligidos, á diferencia de aquella maligna compasion que nace del orgullo, cuando algunas veces nos lastimamos de los trabajos de nuestros enemigos, dándoles á entender nuestra condolencia, precisamente por manifestarles nuestra superioridad ó nuestra mejor fortuna. La verdadera compasion no consiste solo en ternuras exteriores ni en lágrimas inútiles; pide tambien socorros efectivos; y cuando la limosna se acompaña con la compasion, es mas estimable que la limosna misma. Es la caridad aquel único amor que sabe juntar el juicio y la prudencia con el ardor y con la vivacidad. Todo otro amor es ciego cuando es ardiente, y no reconoce otra guia que el capricho, la indiscrecion, la temeridad y algunas veces la locura. Para amar al prójimo como se debe, es menester sentir bajamente de sí mismo. El orgullo inspira desprecio de los demás; pues ¿cómo es posible amar á quien se desprecia, ni despreciar á quien se ama? Acaso es mas dificultoso sufrir sin emulacion las prendas sobresalientes de los sugetos con quienes se vive, que llevar en paciencia sus defectos; pero la caridad no conoce esta maligna envidia, que al mismo tiempo es el tormento y el rubor del amor propio. ¡Cosa extraña! Ninguna cosa debiera ser mas comun entre los fieles que la caridad, pues ninguna nos encomienda tanto Jesucristo. Ella es la virtud propia y característica de los Cristianos: *In hoc cognoscent omnes*. Con todo eso, es hoy entre ellos una virtud harto rara la caridad. Segun eso, ¿tendrá hoy Jesucristo muchos discípulos verdaderos?

El Evangelio es del capítulo XI *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nemo lucernam accendit, et in abscondito ponit, neque sub modio, sed super candelabrum; ut qui ingrediuntur, lumen videant. Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit: si autem nequam fuerit, etiam corpus tuum tenebrosum erit. Vide ergo ne lumen, quod in te est, tenebrae sint. Si ergo corpus tuum totum lucidum fuerit, non habens aliquam partem tenebrarum, erit lucidum totum, et sicut lucerna fulgoris illuminabit te.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Ninguno enciende una antorcha, y la pone en un escondrijo, ni debajo de un medio celemin, sino sobre el candelero; para que los que entran vean la luz. La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si fuese perverso, tambien tu cuerpo será tenebroso. Mira, pues, no sea acaso que la luz que está en tí sea tinieblas. Si tu cuerpo, pues, fuere todo iluminado, sin tener parte alguna de tinieblas, todo él será luminoso, y te iluminará como una antorcha resplandeciente.

MEDITACION.

De la caridad cristiana.

Punto primero. — Considera de qué importancia es el primer mandamiento de la ley: *Amarás al Señor Dios tuyo, de todo tu corazon y de toda tu alma.* Pues el segundo, que manda amar al prójimo como á sí mismo, es semejante al primero. Ellos son dos mandamientos; mas, por decirlo así, cási es una sola cosa la que mandan ambos, pues el amor con que recíprocamente se aman los Cristianos se puede decir que es una misma virtud y un mismo amor que aquel con que el mismo Dios quiere ser amado. Ora amemos á Dios, ora amemos á nuestros hermanos por esta cristiana caridad, siempre es una misma cosa la que amamos; porque amamos á Dios en nuestros hermanos, y amamos á nuestros hermanos por Dios. ¡Cuánta es la bondad de Dios en haber unido tan estrechamente estos dos preceptos!

Este es mi mandamiento, dice el Salvador, *que os ameis los unos á los otros, como yo os amo. Este es el mandamiento de vuestro divino Maestro,* dice san Juan; *si le observamos, observamos toda la ley. La señal por donde se conocerá que sois mis discípulos,* dice el Hijo de Dios, *será si os amáreis los unos á los otros.* ¡Oh, qué motivo tan excelente para obligarnos á amar á nuestros hermanos! ¿Será menester por ventura proponernos otro? Este es el precepto especial, el precepto favorecido de Jesucristo: esta es la señal por donde han de ser conocidos sus discípulos; esto es lo mas grato, lo mas aceptable á Jesucristo que podemos hacer.

Grande error es imaginar que se ama á Dios cuando no se ama al prójimo. En vano nos lisonjearíamos de amar á Dios si hubiera en el mundo una sola persona á quien no amásemos como á nosotros mismos. Es devocion falsa, es amor de Dios imaginario, cuando hay en el corazon la menor emulacion, el menor encono, la mas mínima aversion. Pues ¿cuál será la suerte de los que retienen injustamente el bien ajeno, y de los que se complacen en denigrar la reputacion de sus hermanos? ¿Qué podrán esperar aquellos malignos corazones, aquellos genios avinagrados, que por venganza, por envidia ó por alguna otra pasion pretenden persuadir que solo aborrecen en los otros sus defectos, y quieren hacer mérito, deseando que se tenga por virtud toda la malignidad de su falso celo?

La caridad cristiana ignora estos artificios. Es propiedad de los insectos, de los gusanos venenosos, pegarse solo á las llagas; la cari-

dad solo nota en los hermanos las virtudes, excusando ó interpretando benignamente los defectos.

¡Ah Señor, y qué poco me caracteriza á mí la señal que caracteriza á vuestros hijos! ¡y qué visiblemente prueba el poco amor que os he tenido á Vos la poca caridad que he tenido hasta ahora con mi prójimo!

Punto segundo.—Considera que el amor de Dios está tan estrechamente ligado con el amor del prójimo, que no puede subsistir sin esta fraterna caridad: *Si alguno dice que ama á Dios, y no ama á su hermano* (dice el amado Discípulo) *mendax est*, miente. Pero ¿cuál ha de ser la medida, el modelo, por decirlo así, de este amor? El amor de nosotros mismos. ¡Ah Señor, segun eso, qué pocos hay en el mundo que tengan este amor y esta caridad!

Consideremos todas las propiedades de nuestro amor propio. ¡Qué atencion á solicitar cada cual sus conveniencias, y á desviar todo lo que puede incomodarle, entristecerle ó perjudicarle! ¡qué ingeniosos somos todos en ocultar, en disimular nuestros defectos! ¡con qué ardor se aplica cada uno á defender sus intereses, á promover sus adelantamientos! No hay lisonjero que iguale al amor propio: excusa hasta nuestras mas groseras imperfecciones, y aprueba todo lo que nos lisonjea. ¿Conocerás por estos rasgos el amor que tienes á tus hermanos? ¿Te portas con ellos con el mismo afecto, con la misma sensibilidad, con la misma blandura y con la misma indulgencia? Esas negras enviduelas, esa desdeñosa frialdad, esas malignas interpretaciones, esos desapiadados juicios, esas mordaces censuras, esa dureza y ese sacudimiento, ¿son pruebas de que amamos al prójimo como á nosotros mismos? Pero en medio de eso, este es uno de los puntos esenciales de la Religion, esta es como la basa de toda la moral cristiana: *In hoc cognoscent omnes.* (*Joan.* XIII). Por esta señal se conocen los discípulos de Cristo; este es el precepto especial y el distintivo del Salvador. No guardarle es estar en desgracia suya: *Manet in morte.* (*I Joan.* XIV). Sin embargo de eso, ¿hay precepto generalmente menos observado, ni que se atropelle con mayor tranquilidad?

Admiramos toda la cristiana caridad de un san Paciente: convenimos todos en que esta virtud brilló, sobresalió en todos los Santos; que fue la virtud favorecida de todos los predestinados; que sin ella no hay derecho para entrar en los gozos del Señor; que ella sola arregla la sentencia que hace á las almas bienaventuradas. Bien; ¿y

es el dia de hoy la virtud general de todos los fieles? ¡Ó mi Dios, qué fondo de reflexiones, de justos sobresaltos, de crueles remordimientos!

Señor, ¡en qué miserable error he vivido hasta aquí, lisonjeándome vanamente de que os amaba á Vos cuando amaba tan poco á mis hermanos! Mi conducta, con la asistencia de vuestra divina gracia, probará en adelante cuánto detesto desde ahora tan lastimoso descamino.

JACULATORIAS.—Pongo por testigo al mismo Dios de que os amo á todos vosotros, hermanos mios, en las entrañas de mi Señor Jesucristo. (*Ad Philip.* I).

Si nos amamos los unos á los otros, señal de que está con nosotros Dios. (*I Joan.* IV).

PROPÓSITOS.

1 Muy de temer es que la falta de caridad haga inútiles y aun execrables á los ojos de Dios muchos ayunos, muchas oraciones, muchas penitencias, y muchos trabajos padecidos al parecer por amor de Jesucristo; pero que se quedaron estériles y secos por haberles faltado el riego de la caridad cristiana. ¡Cuántas personas, al parecer muy devotas, después de innumerables ejercicios espirituales, después de haber pasado muchos años en la soledad, después de haber gastado sus bienes y consumido su vida en servicio del prójimo, se hallarán á la hora de la muerte, si no con las manos vacías, á lo menos no tan llenas de méritos como presumian, por haber tenido poco cuidado de perfeccionarse en la cristiana caridad! ¿De qué sirve extenuar el cuerpo á penitencias, atormentarse á sí mismo con tanta crueldad como los tiranos atormentaron á los santos Mártires, si no se pueden llevar en paciencia las imperfecciones, ni aun las perfecciones de nuestros hermanos? Llevo todos mis trabajos con invencible constancia: no hay persecucion tan grande que haga titubear mi firmeza: estoy lleno de gozo en medio de las adversidades; pero me aflige la prosperidad ajena, me causan sentimiento los felices progresos de mi prójimo; pues *nihil sum*. Toda mi aparente virtud, toda mi postiza paciencia es como nada. Tengo especial gusto en hacer con los pobres los mas humildes oficios, me humillo y me desprecio á mí mismo sin que me cueste trabajo; pero siento no sé qué secreta complacencia en ver humillados á los otros: pues *nihil sum*. Todas estas exterioridades son engañosas, todo es falsa apariencia de vir-

tud, todo es hipocresía. Nunca midas tu virtud sino por la regla de la caridad. Desde este mismo punto has de tomar una fuerte resolucion de sobresalir, mediante la divina gracia, en el ejercicio de la caridad cristiana, esto es, no solo de visitar, asistir y honrar á los pobres como á hermanos tuyos, sino de usar en adelante con todo el mundo de unos modales dulces, gratos, atentos y cortesanos. Destierra de tí desde luego esos modales altaneros, esos términos injuriosos, esas voces desentonadas y esos desdenes despreciativos, duros y picantes. Trata de ser sumamente delicado en todo lo que interesa la estimacion, el honor y la reputacion ajena. Excusa siempre los defectos del prójimo; compadécete de sus desgracias: alégrate de sus prosperidades: ten con todo el mundo una caridad benéfica, constante y universal. En fin, sea tu amor propio, por decirlo así, la regla de tu caridad, amando al prójimo como á tí mismo.

2 Sea siempre uno de los principales puntos de tu exámen este precepto tan preciso de la caridad. Acordándote del extraordinario celo y de la inmensa caridad de san Paciente, pide al Santo que te alcance de Dios esta virtud tan importante. Fue su carácter la caridad pura, infatigable, benéfica y universal: pídesela al Señor por intercesion del Santo.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

La conmemoracion *(si este dia fuere domingo de la octava de la Natividad, se dice:* La fiesta) del santísimo nombre de la bienaventurada Vírgen María, que el papa Inocencio XI mandó celebrar todos los años en el domingo de la infraoctava de la misma Vírgen María, por la esclarecida victoria que por su intercesion consiguieron los Cristianos contra los turcos que tenian sitiada la ciudad de Viena en Austria, haciéndoles levantar el sitio. *(Su historia se lee en las del dia 9 de este mes).*

El tránsito de los santos mártires Hieronides, Leoncio, Serapion, Selesio, Valeriano y Estraton, en Alejandría; los cuales por la confesion del nombre de Jesucristo fueron sumergidos en el mar imperando Maximino. *(Véase su noticia en las de hoy).*

San Autonomo, obispo y mártir, en Bitinia; el cual huyendo de la persecucion de Diocleciano, como convirtiese allí muchos á la fe, enfurecidos los gentiles contra él, lo mataron en el mismo altar cuando estaba diciendo misa, quedando hecho hostia de Jesucristo.

El martirio de los santos Macedonio, Teodulo y Taciano, en Mera en Frigia; los cuales en tiempo de Juliano el Apóstata, y por órden del presidente Almaquio, después de padecer otros tormentos, tendidos sobre unas parrillas en las ascuas, consumaron el martirio llenos de regocijo.

San Curonoto, obispo, en Cogni en Licaonia; el cual siendo degollado en tiempo del presidente Perennio, alcanzó la palma del martirio.

San Juvencio, obispo, en Pavía, del cual se hace mencion el dia 8 de febrero. Este fue enviado á aquella ciudad por san Hermágoras, discípulo del evangelista san Marcos, juntamente con san Siro: y ambos predicando allí el Evangelio, y resplandeciendo en eminentes virtudes y milagros, ilustraron con sus obras sobrenaturales aquella ciudad y las inmediatas, y gozando ambos de la alteza del obispado, descansaron en paz.

La dichosa muerte de san Sacerdote ó Sadroc, obispo, en Lyon.

San Silvino, obispo, en Verona.

San Guidon ó Guy, confesor, en Anderlecht. *(Véase su vida en las de hoy).*

El Calendario del principado de Cataluña hace hoy mencion de san Eulogio, obispo, cuya vida se lee en las de mañana conformándonos con el Martirologio romano.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

La caridad que se tiene en la Iglesia con los muertos siempre es provechosa á los vivos, no solo porque nos granjea amigos en el cielo, cuya proteccion siempre nos puede importar mucho, sino porque conduce maravillosamente para desprender nuestro corazon de este mundo, cuya vanidad y pasajera figura nunca la descubrimos mejor que cuando hacemos oracion por los difuntos.

Aquella triste memoria que se hace de las personas que ya no existen, á quien amábamos tan tiernamente, y eran el dulce objeto de nuestro cariño; de aquellos amigos de nuestra mayor confianza, que eran todo nuestro consuelo y todo nuestro desahogo; de aquellos poderosos protectores y apoyos de la fortuna que comenzábamos á hacer; esta triste memoria, vuelvo á decir, es un soberano remedio para curarnos de las engañosas ilusiones que igualmente encantan el corazon y alucinan el entendimiento.

Cuando se piensa que ya no son, que ya no existen aquel padre y aquella madre que tanto afanaron, que se consumieron, que acortaron su vida por dejarnos los bienes que poseemos, y que las oraciones que hacemos se dirigen á solicitar su descanso; cuando se considera que aquel dulce esposo, aquella tierna y fiel esposa, que era todas nuestras delicias, acabó finalmente su carrera, y sepultada en los horrores de la muerte y en las terribles llamas, destinadas á purificarla, nos pide con dolorosos gritos el sufragio de nuestras oraciones; cuando se nos representan tantos fieles cristianos, que estu-

vieron vivos y sanos como nosotros, que ocuparon los mismos elevados puestos que nosotros ocupamos, que poseyeron los mismos brillantes empleos que nosotros poseemos, que edificaron las soberbias casas que nosotros habitamos, y que lucieron en todas las ocasiones como nosotros lo lucimos; ¿cómo es posible no pensar que algun dia hemos de tener la misma suerte que ellos, que nos hemos de ver reducidos como ellos á no ocupar mas que un asqueroso rincon en una sepultura; que ni mas ni menos como ellos nos hemos de ver despojados de esos ricos muebles, de esos pomposos equipajes, de esas grandes y opulentas herencias, y que, como ellos, dentro de muy pocos dias hemos de tener extrema necesidad de las oraciones de los fieles? Y ¡qué dichosos serémos si nos halláremos en estado de que nos aprovechen como á ellos!

Parece que no es posible hacer oracion por los muertos sin pensar tambien en la muerte. Y un pensamiento tan eficaz para desengañarnos de tan falsas brillanteces como nos deslumbran, de tantos mentirosos atractivos como nos encantan; un pensamiento tan propio para quitar todo el gusto á los deleites y á los pasatiempos, ¿podrá ofrecérsenos muchas veces á la memoria sin que produzca algun efecto?

Bien se puede decir que la muerte es la sepultura de las pasiones, y que el pensamiento y la memoria de ella es un soberano remedio. No tienen fuerza las pasiones cuando se las considera como manantial de llantos y de arrepentimientos; á esta luz, y no á otra, se las mira en la hora de la muerte; ni entonces se acierta ya á comprender cómo se las pudo mirar de otra manera.

¿Qué reliquias quedan en la muerte de aquellas quiméricas ideas que se formaban del mundo, ni de aquella imaginaria felicidad de que se sustentaban sus secuaces? ¿Subsisten, por ventura, después de los tristes, de los hediondos despojos de nuestros cuerpos aquellos caprichos de la propia excelencia, aquel prurito de sobresalir, aquellos codiciosos deseos de enriquecerse? ¿Perseverarán después de la universal privacion de todas las cosas? ¿ó por lo menos queda alguna memoria que sirva de algun consuelo de todo lo que lisonjeó nuestro orgullo, de todo lo que satisfizo nuestra concupiscencia, y de todo lo que constituyó nuestra soñada felicidad sobre la tierra?

Se piensa, se reflexiona, se medita cuando se está para entrar y para perderse en aquella espantosa eternidad; pero ¿es tiempo de pensar y de disponerse para morir en el mismo punto en que se muere?

En aquel último momento cási se pierde de vista este puñado de

dias que se vivieron; y si todavía hace el moribundo alguna memoria de lo que fue, es para sentir mas la amargura de lo que va á ser, y de lo que ya es.

Yo era poderoso, poseia grandes tierras, ocupaba ilustres cargos, tenia nobles derechos, gozaba gruesas rentas, estaba en posesion de muchos ricos beneficios, *et solum mihi superest sepulchrum*, y todo se desvaneció ya; de todo no me resta mas que una triste sepultura.

Aquellas magníficas casas, aquellos soberbios palacios, mudas pero elocuentes acusaciones de la vanidad de los mortales, donde se habia juntado lo mas exquisito del arte, lo mas fino, lo mas primoroso, lo mas raro de los países mas remotos; aquellas amenas quintas donde se pasaban dias tan alegres y tan divertidos; aquellos muebles de tan subido precio y de tan delicado gusto; aquellos magníficos tocadores, ricos aparadores de las mas curiosas preciosidades; aquel numeroso concurso de cortejantes y de lisonjeros; aquel pomposo y soberbio tren que me hacia tanto honor, todo esto ya se acabó, ya no existe para mí: apoderáronse de todo ello mis herederos; ya son dueños de todo; á mí solo me resta una negra, una horrible sepultura: *Et solum mihi superest sepulchrum!* ¡Oh, y qué propias son para reprimir las pasiones, para templar su infernal fuego estas reflexiones, este objeto y estas verdades bien consideradas! ¡Dichoso aquel que no aguarda á la hora de la muerte para aprovecharse de tan poderoso remedio!

En la muerte no hay reflexion que no aflija, no hay objeto que no espante, no hay mirada de ojos, por decirlo así, que no sea una amargura: *In amaritudinibus moratur oculus meus*. Nada se ve que no sea nuevo motivo de dolor. Lo pasado hace llorar, lo presente asusta mirando á la fe, y sobresalta la razon, lo futuro causa horribles espantos. Arrepiéntese de haber sido lo que fue; pero arrepentimiento muy estéril por lo comun. Se desespera por no haber considerado lo que habia de ser; pero remordimientos entonces sin provecho. Se llora, se padece una congoja mortal por no haber prevenido con frecuentes reflexiones, con una vida arreglada el deplorable estado en que se halla; pero lágrimas tan inútiles como amargas: arrepentimiento que ya llega muy tarde.

¿De qué le sirve ahora á aquel cadáver haber sido en vida un hombre tan estimado por su ingenio, por su dignidad, por sus riquezas, por su clase y por sus empleos? La muerte le acaba de confundir con el mas vil de todos los mortales.

¿De qué le servirá á aquella bizarra dama que acaba de espirar,

todas sus galas y toda su bizarría? Espiró con ella su orgullo, su presuncion, su fiero desden y toda su delicadeza. La única herencia que ya le resta son gusanos y podredumbre: *Cum morietur homo, hæreditabit vermes.* (*Ezech.* XII). ¡Buen Dios, qué de encantos dan en tierra con la muerte!

Pero ¿qué es lo que se hace cuando se piensa en la muerte mientras se está en lo mejor de la vida? Anticipar, por decirlo así, al último dia y al último momento aquellas luces vivas y penetrantes; y sin aguardar á que muy á nuestro pesar nos descubra este misterio de vanidad la catástrofe ó el funesto fin de la tragedia, descubrírnosle nosotros á nosotros mismos por medio de estas sanas y saludables reflexiones.

Cuando se representa á los ojos de la consideracion una viva pintura de la muerte, se miran desde luego todas las cosas del mundo á la misma verdadera luz que entonces se han de mirar. Se perciben, y se hace el mismo juicio de ellas que se ha de hacer entonces: conócense por lo que verdaderamente son, frívolas, engañosas y despreciables. Acúsase, repréndese uno á sí mismo por haberse dejado prendar de ellas: llora su ceguedad, como la lloraria en aquel último momento; y con una disposicion tan cristiana de corazon y de entendimiento se resfria la pasion, no está tan viva la concupiscencia, es menos hambrienta la codicia y las grandezas humanas: los bienes perecederos, los deleites superficiales se representan á una luz muy amortiguada, con un atractivo lánguido, tibio y medio apagado, sin sentirse ya mas que un gusto insulso, zonzo y nada picante. Así se mira todo esto por entre las sombras de la muerte.

Acuérdate de la muerte, dice el Sabio, y no pecarás, te conservarás inocente: *Memorare novissima tua, et in æternum non peccabis.* (*Eccles.* VII). Acuérdate de la muerte, y no te pagarás tan locamente de tí mismo; no serás tan vivo en la defensa de tus derechos, ni tan celoso de tu autoridad, ni tan sensible en lo que toca á tus intereses, ni tan codicioso en tus ganancias, ni tan arrebatado en tus cóleras, ni tan duro con los demás, ni tan indulgente contigo mismo, ni te mostrarás en todo tan poco cristiano. Acuérdate de la muerte, y tendrás mansedumbre, circunspeccion, urbanidad, moderacion y paciencia: la imágen de la muerte trae, por decirlo así, á la memoria todas estas virtudes.

Con todo eso no se quiere pensar en la muerte; ¿y por qué? ¿se pone acaso en duda que se ha de morir? ¿se tiene seguridad de que se ha de morir bien? Una santa muerte, ¿es obra tan fácil ó tan in-

diferente? ¿Es de tan poca consecuencia que no merezca el que se piense en ella? De la muerte depende nuestro eterno destino. Son pocos los que mueren bien; pero ¿cómo puede ser otra cosa siendo tan pocos los que piensan en la muerte?

El pensamiento de la muerte entristece, atemoriza, turba los gustos y los alegres dias de la vida: por eso se procura desviar de la memoria. Bien; mas ¿por qué no se hará lo mismo con todos los demás pensamientos que alteran nuestro sosiego?

Tiénese pendiente un pleito criminal; trátase de los bienes y de la honra de toda una familia ó de la misma vida: si el pleito se pierde, ¡qué dolor! ¡qué desgracia! Solo pensarlo estremece. Mas, ¿por qué no se desviará de la imaginacion ese doloroso pensamiento? ¿Por qué nos acompañará siempre y á todas partes? Solo se piensa en el pleito, solo se habla del pleito; no hay dia en la semana, no hay hora en el dia que no se venga muchas veces á la imaginacion: en la mesa, en las visitas, en el juego, en todas partes nos ocupa este objeto; todos los demás ceden á él. Á la verdad no es inútil: se trabaja, se instruye, se solicita, se consulta, se toman todas las medidas que sugiere la prudencia. Este solo negocio se tiene en la memoria, porque este solo está impreso en el corazon. Y ¿qué se diria de un hombre que teniendo un pleito de esta entidad no quisiese ni aun oir hablar de él, que procurase desterrarle del pensamiento solo y precisamente porque le altera y le aflige?

¿Será menester hacer la aplicacion, y evidenciar la imprudencia, ó, por mejor decir, la locura de los que no quieren pensar en la muerte, solo porque este pensamiento los entristece y los sobresalta? Pero ¿ignoramos acaso que en nuestra mano está, con la divina gracia, el quitar á la muerte toda su amargura, llenándola de consuelo, y haciéndola no solo dulce, sino preciosa en los ojos del Señor, y que para esto es gran medio el pensar continuamente en ella? Grande tentacion es el horror que se tiene á un pensamiento tan saludable; y desdichado de aquel que se deja vencer de él. Solo poniendo en duda que todos hemos de morir, puede no ser locura el no pensar en la muerte. Seguramente que si pensáramos en ella en todas las deliberaciones, en todos los proyectos, en todos los negocios y en todo el comercio con el mundo, nos librariamos de muchos arrepentimientos. Témese el pensamiento de la muerte, porque se temen los efectos que ordinariamente produce este saludable pensamiento. Si se pensara con frecuencia en la muerte, ya era preciso no ser tan mundano, ni tan divertido, ni tan disoluto; si se pensara con frecuencia

en la muerte, ya era preciso no ser ni tan continuo en el juego, ni tan codicioso de ganar, ni tan encaprichado en las vanidades del mundo; ya no se pareceria en el baile, ni se concurriria á todas las partidas de diversion; se pondria un perpetuo entredicho á ciertas concurrencias, á ciertas conversaciones; ni los espectáculos serian ya de nuestro gusto. Si se pensara con frecuencia en la muerte, luego se tomaria el partido de la reforma y del retiro; y esto es puntualmente lo que no se tiene gana de emprender. El pensamiento de la muerte hace al hombre mas cuerdo, y ese hombre todavía no quiere ser mejor.

Pensar en la muerte, y no reformarse, es locura: no pensar en ella por no verse precisado á corregirse, es impiedad. ¡Oh, Señor, y qué desgracia es morir sin haber pensado cási nunca en la muerte!

SAN LEONCIO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

En la conmemoracion que en este dia hace el Martirologio romano de san Leoncio y compañeros mártires, se dice que estos fueron Hieronides, ó Crónides, Serapion, Selesio ó Seleusio, Valeriano y Estraton: interesados algunos escritores en el descubrimiento de los lugares de sus respectivos combates, señalan el de Leoncio, el de Crónides y Serapion, en la ciudad de Alejandría, metrópoli de Egipto, en tiempo de la cruel persecucion de Maximiano, donde fueron sumergidos en el mar, atados de piés y manos; pero extraidos prodigiosamente á tierra sin lesion alguna, los Ángeles amonestaron á los fieles cuidasen de recogerlos. De Serapion nos dicen los Menéos griegos que en Nicomedia, ciudad de Bitinia, fue amarrado á dos cedros; y dividido en dos partes, consumó su carrera en aquel suplicio. Y de Seleuco y Valeriano escriben que fueron martirizados en Ancira de Galacia.

Las reliquias de san Leoncio y compañeros se conservan en grande veneracion en el monasterio de Santa Clara, sito en la villa de Alcaudete, fundado por D. Alonso Fernandez de Córdoba, y su mujer D.ª María de Velasco; las cuales recibió del papa Paulo V en el año 1607 D. Juan Alonso Pimentel, conde de Benavente, quien las dió á su tia la condesa de Alcaudete, y esta al referido monasterio.

SAN GUIDO Ó GUIDON, CONFESOR.

San Guido ó Guidon, por otro nombre *el pobre de Anderlecht*, nació al mundo hácia el fin del siglo XI en una aldea de Brabante, de padres muy pobres, pero temerosos de Dios, que no pudiendo darle

otra educacion superior á la humildad de su nacimiento, se dedicaron á criarle en el temor santo del Señor, inspirándole desde la cuna un grande horror al pecado; y una tierna devocion á la santísima Vírgen. El bello natural del niño Guido excusó muchos cuidados á los que tenian el de su educacion, porque nunca se le observaron inclinaciones que no fuesen muy cristianas. Consolábale mucho la humildad de su baja condicion aun antes de tener edad para conocer lo que valia; sintiendo siempre especial gusto en aquella humillacion que era inseparable del estado vil y pobre en que habia nacido. Por el grande amor que cobró á la pobreza, luego que entendió que Jesucristo y los Apóstoles habian hecho profesion de ella, amaba tiernamente á los pobres, sin que su propia necesidad le sirviese de estorbo para socorrerlos en el modo que podia, repartiendo siempre con ellos lo que apenas le bastaba para su escaso sustento, y destinando para los mismos todo cuanto podia conseguir de su pobre padre.

Siendo todavía niño, se notó en él una maravillosa inclinacion al ejercicio santo de la oracion, hurtando la vuelta á sus padres para retirarse á alguna iglesia. Su dulzura, su docilidad, su modestia, y cierta madurez anticipada en una edad que hace excusables las vivezas y las inocentes intrepideces de los niños, eran ya presagios de aquella eminente santidad que con el tiempo fue su distintivo y su carácter. La frecuencia y la devota inmovilidad con que se le veia en el templo, tan contraria al natural inquieto y bullicioso de los niños, se dejaban admirar de cuantos la observaban, y no se le conocia por otro nombre que por el del Ángel del pueblo.

Ninguna cosa podia ser mas grata á sus virtuosos padres, los cuales no podian dejar á su hijo otra herencia que un buen fondo de virtud, dándole una cristiana educacion. Estando un dia el niño Guido en la aldea de Lacke, á media legua corta de Bruselas, entró en la iglesia del lugar, que estaba dedicada á la santísima Vírgen, para hacer en ella oracion. Reparó el cura en aquel niño que habia mas de una hora estaba de rodillas delante del altar; y movido de la modestia, de la gravedad, respeto y compostura con que estaba encomendándose á Dios, le llamó, y tuvo con él un rato de conversacion. Admirado mucho mas de sus razones, que todas respiraban piedad y un juicio muy superior á sus años, se informó de sus feligreses, y entendiendo de ellos que su virtud correspondia perfectamente á su capacidad, le propuso si se queria quedar para servir en aquella iglesia. No le podia proponer cosa mas de su gusto, pues solo suspiraba por dedicarse al servicio de algun templo, y así admitió luego

el partido con indecible consuelo. Aunque Guido á la sazon solo contaba doce ó catorce años, el cura le hizo guarda de la iglesia de Nuestra Señora de Lacke; oficio que corresponde al de mozos de sacristía, que sirven á las órdenes de los sacristanes y mayordomos de iglesia, y en algunas parroquias se suelen llamar monaguillos. Su obligacion era barrer la iglesia, preparar los altares, doblar los ornamentos, cuidar de la ropa blanca de la sacristía, como tambien de los otros muebles pertenecientes á ella, tocar las campanas, llevar el caldero del agua bendita y la cruz cuando se lleva el Viático á los enfermos, y ayudar á las misas.

Por el aseo, el buen órden y la puntualidad en todos estos ministerios exteriores se conocia fácilmente la pureza de su alma, y el concierto de sus arregladas costumbres. Deciase comunmente que el monaguillo daba á todos cuando menos tan buen ejemplo como los mismos clérigos. El tiempo que le dejaba libre su empleo le ocupaba en oracion, y al pié de algun altar descansaba de sus ocupaciones exteriores, pasando por lo comun en oracion todas las noches; y cuando el sueño le rendia, su cama era siempre el pavimento de la iglesia. Retratada vivamente su devocion en su semblante, la inspiraba á cuantos le veian. Aquella cara siempre risueña y apacible: sus ojos humildemente bajos, sin mirar jamás al rostro á mujer alguna: cierta religiosa modestia que se notaba en él, y parecia mas que natural: un recogimiento interior en medio de las ocupaciones le hacia tan respetado del pueblo, como admirado de los mismos sacerdotes que servian aquella iglesia.

Era muy moderado el salario que le daban por su empleo; pero en medio de eso bastaba para las limosnas que hacia diariamente, porque ahorraba para ellas á costa de su continuo ayuno y de sus grandes abstinencias. Á la verdad no parecia imaginable vida mas inocente que la de nuestro Guido, ni al mismo tiempo mas penitente y mas austera. Fuera de las vigilias, que eran cási continuas, maceraba su cuerpo con ásperas penitencias que le sugeria su amor á Jesucristo crucificado, ingenioso siempre en inventar arbitrios para mortificar los sentidos. Como á la delicadeza de conciencia se juntaba aquella grande penetracion de su despejado entendimiento, descubria en sí las mas mínimas imperfecciones, y todas las castigaba con el último rigor, borrándolas con un torrente de lágrimas. Veíasele muchas veces postrado delante del altar de la santísima Vírgen, implorando su poderosa proteccion para conseguir el perdon de sus pecados. Pero esta penitente vida nunca se mezcló con la menor grose-

ría, rusticidad, ni aspereza en el trato con los demás; antes bien enamoraba el modo dulce, apacible, atento y aun cortesano con que trataba á todo el mundo; y él mismo fue buena prueba de que la virtud doméstica cultiva, y aun pule los espíritus mas groseros.

Pero ninguna cosa igualaba á la caridad que mostraba con los pobres, en cuyo servicio empleaba ordinariamente todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones. Cierto mercader de Bruselas, enamorado de las admirables virtudes de Guido, y notando sobre todo su ardiente celo por el alivio de los pobres, le armó un lazo en que cayó incautamente. Después de manifestarle lo mucho que estimaba su virtud y la buena voluntad que profesaba á su persona; «Quiero, «le dijo, fomentar tu caritativa intencion, y ponerte en estado en que «tengas con que satisfacer esa generosa caridad que te merecen los «necesitados. No te ha dado Dios tanta inclinacion á la limosna para «que los socorras solo con un triste bocado de pan. Cuantos mas bie«nes tengas con que socorrerlos, mas limosnas les harás; pero mien«tras tú seas tan pobre como ellos, todo ese tu caritativo celo será «tan ocioso como inútil. El oficio que has tomado se acomoda mal «con la caridad que te abrasa: si me crees, presto tendrás con que «sacar de miseria á tus padres, y con que hacer gruesas limosnas á «los pobres. Deja esos trapos de mendigo: toma este paño para ha«certe un vestido mas decente con que no darás en rostro á la gente «honrada y limpia; vente á mi casa, y entrarás de compañía en mi «comercio.»

Como el pretexto era tan especioso y tan conforme á la piadosa inclinacion de Guido, no pudo oir la proposicion con indiferencia. Quizá seria buena la intencion del mercader; pero el pensamiento era un artificioso lazo del enemigo, en que cayó el incauto Guido no sin sobrada ligereza. Dejó un poco precipitadamente el oficio de guarda de la iglesia, y se fué á Bruselas en seguimiento de su bienhechor; pero como Dios le habia permitido este desacierto solo para instruirle á costa suya, y para enseñarle que el espíritu propio es mala guia en los caminos del cielo, no le dejó largo tiempo en aquella ilusion con que habian sorprendido su inocente sencillez. Abrió presto los ojos para conocer el engaño, así por el mal suceso del negocio, como por el accidente que le sucedió, y fue como el principio de la larga penitencia que hizo para satisfacer á Dios por aquel desacierto. Bajando pocos dias después por el rio en un barco cargado de su cuenta y de la de su amo el mercader, encalló tan fuertemente en un banco de arena, que el buque estuvo á gran peligro de abrirse. Hizo Guido

tantos esfuerzos con una percha para salir de aquel riesgo, que se le tronchó el palo entre las manos, y se le introdujo tan profundamente un astillon por el brazo que no fue posible extraerle. Abrió los ojos á vista de aquel desgraciado accidente; y conociendo toda la malignidad de su engaño, sin deliberar un punto salió de Bruselas, y se restituyó á Lacke, donde volvió á su antiguo oficio, no pensando ya en otra cosa que en borrar su pecado con lágrimas, con oracion, con ayunos y con las mas rigurosas penitencias. Pero como la herida podia ser estorbo á los ejercicios de su empleo, pidió con tanto fervor á la santísima Vírgen que le sanase, y acompañó su oracion con tantas lágrimas, que se compadeció de él la Madre de misericordia; y antes que acabase la oracion salió por sí mismo el astillon sin causarle dolor alguno, quedando perfectamente sano.

Con la corta experiencia que habia comenzado á tener del bullicio del mundo creció tanto su fervor, que cuando volvió á Lacke pareció todavía mas santo que lo que era antes de su partida. Mientras tanto no se agotaba el manantial de sus lágrimas; y el concepto que formó de la enormidad de una falta que á cualquiera otro hubiera parecido muy ligera, hizo tanta impresion en su espíritu, que le pareció no podia satisfacer á la divina justicia, si para acabar la penitencia que deseaba hacer no emprendia la penosa peregrinacion á Roma y á la Tierra Santa. Habiéndose despedido del sacerdote que servia aquella parroquial tomó el camino de Roma, haciéndole á pié y mendigando todo el viaje. Después de haber visitado en Roma el sepulcro de los santos Apóstoles, partió á Jerusalen donde visitó aquellos santos lugares, añadiendo penitencias voluntarias á las excesivas fatigas del camino, expuesto sin alivio á todos los rigores de la estacion, y nunca interrumpiendo su ayuno. Gastó siete años en estas trabajosas peregrinaciones; y volviendo á Roma encontró en ella á Vondulfo, dean de la iglesia de Anderlecht, que acompañado de algunos amigos suyos iba á emprender el viaje de la Tierra Santa. Era Vondulfo un eclesiástico de extraordinaria virtud; y reconociendo la de nuestro Santo le persuadió con sus instancias á que hiciese segunda vez en su compañía el viaje de Jerusalen: y Guido se rindió por pura caridad. Luego que los nuevos peregrinos cumplieron con su devocion, visitando los Santos Lugares, se sintieron acometidos de una enfermedad contagiosa. El primero que murió fue el santo dean, siguiéndole inmediatamente todos sus compañeros; y no es ponderable el cuidado y la caridad con que Guido les asistió en aquella última enfermedad. Estando el dean para morir, después de haber dado

á Guido muchas gracias por los grandes actos de caridad que habia ejercitado con todos, le declaró era la voluntad de Dios que se volviese á Flandes. Concluidos todos los oficios que correspondian con los difuntos, partió para Anderlecht, donde dió noticia de la muerte del dean. El vicedean le detuvo en su casa por el consuelo de hospedar á un Santo y por aprovecharse de sus ejemplos. No fue larga la mansion que hizo en ella; porque el Señor le dió á entender que le queria ya recompensar sus trabajos y premiar su penitencia. Preparóse para morir con sensible renovacion de su fervor, y con aumentar sus austeridades y rigores; hasta que hallándose una noche en oracion dentro de su cuarto, de repente quedó este iluminado con una luz celestial, que le dejó mas claro que el mediodia, y al mismo tiempo se oyó una voz sobrenatural que decia: *Ven, siervo bueno y fiel, entra en el gozo del Señor que quiere ser tu recompensa;* y en el propio punto espiró á los 12 de setiembre del año de 1112.

Concurrió inmenso pueblo movido de la general opinion de su santidad; y los canónigos le hicieron un entierro con toda la pompa que merecia un Santo, cuya gloria manifestaba Dios con gran número de milagros. Algunos años después se edificó una magnífica iglesia en honor suyo, trasladándose á ella el santo cuerpo con mucha solemnidad, y allí es venerado el dia de hoy con grande y continuo concurso del pueblo.

EL BEATO MIRON, CONFESOR.

El bienaventurado siervo de Dios Miron, nació en la parroquia de Tagamanent, diócesis de Vich, en el principado de Cataluña. De poca edad todavía comenzó los estudios, en los cuales y en la virtud aprovechó tanto, que mereció ser promovido al sacerdocio. A medida que adelantaba en edad, crecia siempre mas su propósito de vivir en soledad. Trató de sus deseos con los monjes Benedictinos de Ripoll, y segun el parecer de ellos, salió á ensayarse en esta vida por los desiertos de la ribera del Ter. Invocaba allí á Dios para que se sirviese indicarle sitio oportuno para sus fines, cuando entre unos bosques vió un templo, y un viejo que estaba sentado á su puerta. Acercóse á este el siervo de Dios, y le preguntó qué edificio era aquel. Respondió el viejo, que era un monasterio de religiosos de san Agustin, los cuales no pensaban sino en salvarse. Llamábase este monasterio San Juan de las Abadesas, fundado el año 887 por el conde Wifredo el *Velloso,* y el cual se dió á canónigos reglares de la Órden de san Agustin á principios del siglo XI. Pasados algunos dias, con apro-

bacion de toda la comunidad, le vistieron el hábito, y desde luego fue Miron espejo de santidad para todos los monjes. Nunca jamás quiso empleo ú oficio en que tuviese que mandar á otros. Era puntual en el coro, fervoroso y largo en la oracion, severo y constante en la penitencia. Alentaba á los tibios con sentencias muy vivas que salian de su corazon como brasas ardiendo, y mas con la práctica de las virtudes. Fue muy compasivo de los pobres, lo cual es una de las muestras mas claras del amor de Dios. Murió santamente en su mismo monasterio el 12 de setiembre del año 1161. Las gentes de aquella tierra acudian á su sepulcro con gran fe para ser socorridos en sus necesidades, estimulados de las maravillas que por su intercesion habia ya obrado el cielo. El año de 1345 dia de san Agustin su sagrado cuerpo fue elevado y colocado en un sepulcro hermosísimo de mármol, y allí permanecen sus reliquias expuestas á la veneracion pública. Es abogado contra el dolor de cabeza y muelas. (*Domenech*).

EL BEATO JUBENCO, PRESBÍTERO.

El beato Jubenco, presbítero y célebre poeta español, ascendió á la dignidad sacerdotal por los grados de su literatura y virtud. Si en la segunda época de la poesía antigua, que es la de los poetas cristianos, ninguna nacion, dice el abate Lampillas, puede disputar el principado á España, por haber sido el primer poeta cristiano el español Jubenco, ¿quién por esta misma causa podrá negarle este principado al clero, habiendo sido presbítero dicho poeta? «Entre los sa-«grados latinos, escribe Masdeu, el mas antiguo que tiene la Iglesia «es Cayo, Vectio, Aquilino, Jubenco, presbítero español, de nobi-«lísima familia, que escribió en versos exámetros la historia evan-«gélica sin fuego poético, pero con estilo sencillo y muy latino;» dedicada á Constantino Magno. Compuso tambien un poema del incendio de Sodoma: otro sobre los Sacramentos: varios himnos, y aun se le atribuye un compendio del Génesis en verso. San Gelasio admira sus escritos, y hablan con elogio de él san Gerónimo, Honorato de Autan, y todos los escritores eclesiásticos. Floreció por los años de 329 edificando la Iglesia con su ejemplar vida, é ilustrándola con su pluma. Lo insertan en el catálogo de los Santos Pedro de Natalibus, Tamayo y Marangoni.

La Misa es de los difuntos, y la Oracion la que sigue:

Fidelium, Deus, omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum Ó Dios, Criador y Redentor de todos los fieles, conceded á las almas de to-

famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum, ut indulgentiam quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur: Qui vivis et regnas...

dos vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre esperaron de tí. Que vives y reinas, etc.

La Epístola es del capítulo XIV *del Apocalipsi.*

In diebus illis: Audivi vocem de coelo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias: Oí una voz del cielo, que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

REFLEXIONES.

Mas que se viva en medio de la opulencia y del esplendor, ni el nacimiento, ni las riquezas, ni los honores, ni ninguna cosa nos liberta de las miserias de esta vida. Vivimos en un valle de lágrimas, y en él solo se rie á fuerza de artificio. La sentencia que condena los hombres al trabajo es universal; ninguno se exime de ella: ni las condiciones ni la edad dispensan á persona alguna. Derrámanse lágrimas, por decirlo así, antes que se esté en estado de derramar sangre. Nacen con nosotros las pesadumbres. No siempre son los trabajos corporales aquellos que mas fatigan: el corazon y el ánimo tienen tambien sus penas, que afligen mas cuanto son menos visibles. Las cruces interiores son las mas pesadas; nunca se gime mas amargamente que cuando se gime en secreto. Desde la cuna comienzan á correr las lágrimas, y no se seca el manantial ni aun sobre el mismo trono. Menos incompatible es la alegría con los trabajos del cuerpo, que con las aflicciones del ánimo. Aquellos dan algunas treguas, tienen sus intervalos; pero los cuidados, las pesadumbres y las amarguras que causan las pasiones, fatigan sin intermision. Esta es la suerte de todos los hombres que viven sobre la tierra, ó trabajos corporales, ó penas interiores, y muchas veces uno y otro. No hay que esperar calma ni reposo hasta después de esta vida. Dichoso aquel á quien *el espíritu dice que descanse después de sus trabajos*. La alegría llena, la tranquilidad permanente, y el reposo dulce, solo reinan en la vida venidera. Pero advierte que este reposo se da únicamente por premio de las buenas obras; y así solo *á los muertos que mueren en el Señor*, se les dice: *Descansad después de vuestros trabajos*. ¡Qué diferencia de suertes! Igualmente mueren el justo y el pecador, igual-

mente trabajosa fue la vida de uno y otro; pero á los trabajos del justo se sigue un descanso eterno: á las fatigas, á los sudores y á los cuidados del pecador, una eternidad de tormentos. Lágrimas amargas en este mundo; fuego inextinguible en el otro, y con el fuego rabia, desesperacion, y un eterno rechinar de dientes. ¡Oh, qué dichosos son aquellos que mueren en el Señor! ¡Mi Dios, qué preciosa es la muerte de los buenos! ¡qué envidiable! Ella es, hablando en propiedad, el fin de todos los trabajos y el principio de una felicidad colmada, pura y eterna. Todos los hombres corren su carrera, sin que á la mayor parte se les dé nada, ni les merezca algun cuidado, el término, el paradero de ella. La carrera es sin duda trabajosa; pero en llegando al fin, ¿nos dirá el espíritu que descansemos de nuestros trabajos? Consultémoslo con nuestras obras. Bienaventurado aquel que trabajó para el cielo: bienaventurado aquel que vivió retirado, dedicándose á ejercicios de ejemplar devocion: bienaventurado aquel que huyó, que se desterró de las concurrencias llenas de peligros; el que pasó los dias de su vida en el servicio de Dios y en santos ejercicios de penitencia. Trabajemos por nuestra salvacion durante esta miserable vida, que bastante tiempo nos queda para descansar por toda la eternidad.

El Evangelio es del capítulo VI *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus turbis judaeorum: Ego sum panis vivus, qui de coelo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo judaei ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis, nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis. Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam aeternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo dijo Jesús á la muchedumbre de los judíos: Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decian: ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Y Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

De la incertidumbre de la hora de la muerte.

Punto primero.—Considera que es cierto que hemos de morir. Pero ¿cuándo morirémos? ¿será presto? ¿será tarde? Nada sabemos.

Lo que hay de cierto en la materia es que este dia puede ser el último de mi vida; que siempre se muere mas presto de lo que se piensa; que el Hijo del hombre vendrá ciertamente en la hora en que menos se le espera. Por mas prevenido que vivas, siempre te cogerá la muerte de sorpresa; ¿qué será si vives sin la menor prevencion?

Pocas muertes hay que no sean imprevistas. Ninguna que no sea repentina respecto del que muere. Parece que todas las cosas conspiran á engañar á un moribundo, y él mismo se pone de acuerdo con los mismos que le engañan. ¿Qué hombre has visto morir nunca que no se prometiese vivir por lo menos hasta el dia siguiente?

¡Rara manía! Sábese que la muerte es cierta, mas nunca se contempla sino hasta el fin de una dilatada carrera; mírase allá á larga distancia después de una edad muy avanzada; y cuando llega esta avanzada edad, no se cree lo sea tanto que quite la esperanza de vivir todavía otro año por lo menos. Por robusta que sea nuestra salud, no hay mas que un solo paso desde la vida á la muerte. ¿Dónde se hallará un hombre cuerdo que se atreviese á asegurarnos un año solo de vida á peligro de la suya? Y no obstante, ¡yo tengo valor para dilatar mi conversion hasta el fin de este año!

Ignora el hombre el fin de sus dias, dice el Sabio; y como el pez que juguetea en las aguas, y el ave que revolotea en el viento, caen de repente, el uno en la red ó en el anzuelo, y la otra en el lazo; así los hombres caen miserablemente en el de la muerte cuando pensaban disfrutar el momento mas gustoso de su vida. (*Eccles.* IX).

Entre todos aquellos que murieron en este año, cuya muerte ha llegado á nuestra noticia, ¿habria quizá ni solo uno que pensase morir dentro de él? Y de todos los que morirán en este mismo año, ¿se hallará por ventura ni uno solo que no espere vivir mas?

¿Quién me podrá asegurar hoy que tambien he de vivir mañana? Esto es decir, que me puedo morir. Y este dia decisivo de mi suerte, ¿será para mí principio de una dichosa eternidad, caso de que sea hoy el último de mi vida? Estremécememe esta sola proposicion; sobresalta mi conciencia este solo pensamiento. ¡Ah, qué seria de mí, si dentro de dos horas hubiese de comparecer en el tribunal de Dios, si hubiese de dar cuenta al soberano Juez del tiempo que he perdido, y de las gracias de que he abusado! ¡qué seria de mí, si cargado de pecados, y sin haber comenzado á hacer penitencia, me fuese preciso marchar á oir y á padecer la última sentencia! Puede llegar el caso; ¿quién me asegurará de que no llegue?

Punto segundo. —Considera qué locura seria la de un caminante, que en la víspera de su viaje, en lugar de hacer provisiones para él, solo pensase en comprar casas, en adquirir rentas, en hacerse nuevos amigos, que dentro de pocas horas habia de dejar para no volverlos jamás á ver. ¿Serémos nosotros mas cuerdos en portarnos como si nunca hubiéramos de morir? ¿qué otra cosa hacemos cuando vivimos sin pensar en la muerte?

Si supiera que habia de morir mañana, me dispondria hoy. Mas, ¡ah! que acaso puede ser esto mas apriesa; puedo morir esta tarde, puedo morir en este mismo momento. Si sucediese esto, ¿me hallaba prevenido? Y ¿lo estaré mas si me muero cuando no lo pienso?

Un hombre que está sentenciado á muerte por decreto irrevocable, ¿puede, sin haber perdido el seso, entregarse á la alegría, y no pensar mas que en vivir? *Statutum est hominibus semel mori*. Pronunciada está la sentencia contra todos los hombres de que han de morir una sola vez. Dios es el que nos ha condenado á todos á la muerte, y de esta muerte depende nuestra suerte eterna. No se muere mas que una vez; y con todo, ¡apenas se piensa en esto! pues qué, ¿es cosa tan fácil morir bien? ¿es cosa indiferente morir mal?

¡Oh, qué terrible cosa es morir sin estar prevenido para la muerte! Y ¿cuánto tiempo nos parece que habrémos menester para prevenirnos? ¿bastaríanos un mes para ponernos en estado de comparecer en la presencia del soberano Juez? ¿Podráse desenredar, podránse ajustar en pocas semanas los negocios de una conciencia, de una vida de treinta ó cuarenta años, de un cáos de pecados y de iniquidad? Pero al fin, ¿cuánto tiempo pretendemos dedicar á esto? y ¿estamos seguros de un solo dia?

¡Qué, mi Dios, es cierto que aun los mismos que mas pensaron en la muerte, serán sorprendidos! pues ¿qué será de aquellos que ni piensan, ni quieren que se piense en ella?

¡Cosa extraña! solo en órden al negocio de la salvacion no se piensa en la incertidumbre de la hora de la muerte: en todos los demás negocios que tocan á intereses temporales, ni uno solo hay que no piense en ella. Escrituras y obligaciones de comercio, contratos matrimoniales, convenciones particulares, instrumentos públicos, papeles secretos, todo está lleno de precauciones contra esta fatal incertidumbre. No se sabe, dicen todos, lo que puede suceder; somos mortales; es prudencia prevenir los acasos, los accidentes de la vida. Y por la salvacion, por los negocios de la conciencia, por asegurarnos una dichosa eternidad, ¿qué precauciones se toman?

Señor, y después de todas estas reflexiones, ¡será posible que incurra yo en la misma falta! No, no, dulce Jesús mio, ya no quiero mas arriesgar mi salvacion. De hoy en adelante consideraré cada dia como si fuese el último de mi vida; y con la asistencia de vuestra divina gracia voy á vivir como si hubiera de morir en aquel dia.

JACULATORIAS. — Haced, Señor, que tenga continuamente en la memoria la brevedad de la vida, y la incertidumbre de la hora de la muerte. (*Psalm.* CI).

Dios mio, no me cortes los pasos en medio de la carrera. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Supuesto que cada dia puede ser el último de mi vida, ¿no será insigne locura pasar ni un solo dia sin traer á la memoria el pensamiento de la muerte? pero tú ¿has pensado mucho en ella? Cada dia se puede sentenciar el pleito de que depende tu felicidad ó tu infelicidad eterna; piensa todas las mañanas si está todo prevenido, si tienes nuevos documentos que presentar, si ya no te resta mas que hácer. Puédese decir que está como extendida por todas partes la memoria, ó por lo menos la imágen de la muerte. Ruinas de edificios antiguos, magnificencia de los nuevos, revolucion de las estaciones del año, sucesion regular de las horas y de los dias, rapidez del tiempo, curso de los astros, todo nos predica en su lengua la memoria ó la imágen de la muerte. Las modas que se acaban, los muebles que se gastan, las historias, las pinturas, los sepulcros, todo nos conduce al mismo pensamiento: como tú mismo no le desvies de tí, oirás muchas veces al dia la voz de cási todo lo que ves, que te está diciendo que te has de morir. Además del Crucifijo destinado para que te le pongan en las manos á la hora de la muerte, el cual has de tener siempre en vida delante de los ojos, válete de ciertas piadosas industrias, que son muy oportunas para disponernos á una buena muerte. Primera: Algunos escriben esta sentencia al pié del Crucifijo, sobre la mesa en el despacho, ó en alguna parte visible de su cuarto: *Estad aparejados, porque en la hora que menos lo penseis, vendrá el Hijo del hombre.* Segunda: Otros tienen un retrato de la muerte enfrente de la cama, ó á lo menos en el oratorio, y no se pasa dia sin que hagan algunas reflexiones sobre ella. Tercera: Hay algunas señoras piadosas que tienen prevenida la mortaja con que se han de enterrar, y la guardan entre sus mas ricas galas, para fijar en ella la consideracion siempre que vean aquellos sus trajes, sus preciosos vesti-

dos, y todos aquellos aparatos de la vanidad. Cuarta: Algunos leen una vez al mes su testamento, no solo para examinar si todo está bien arreglado, ó si hay algo que añadir, sino tambien para acordarse de la sepultura que eligieron. Aprovéchate de todas estas devotas industrias.

2 Supuesto tambien que es incierta la hora de la muerte, y que por mas vigilante que estés te ha de coger de sorpresa, guárdate mucho de dilatar para la muerte lo que puedes hacer en vida. La última enfermedad solo es á propósito para ejercitar en ella la paciencia. El Salvador no nos manda que nos aparejemos entonces, sino que ya estemos aparejados. Examina si te queda alguna cosa por hacer, y desciende hasta las mas menudas. Mira en qué regla, en qué buena hora, en qué ejercicio espiritual eres descuidado y negligente. Haz hoy alguna oracion, ó da una limosna para alivio de las ánimas del purgatorio, etc. Estas pequeñas devociones, esta reforma de costumbres y de conducta te colmará de alegría, y te excusará muchos remordimientos. No te contentes con que te parezcan bien estos consejos, ponlos en ejecucion. No dés oidos á esa pueril delicadeza, que desvia de la memoria el pensamiento de la muerte. La consideracion de la sepultura es poderoso remedio para curar las enfermedades del alma. No hay pasion que no se temple con el pensamiento de la muerte.

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

El martirio de san Felipe, padre de santa Eugenia, vírgen, en Alejandría. Habiendo hecho dimision de la prefectura de Egipto, se hizo cristiano; y estando en oracion, fue degollado por órden del prefecto Terencio su sucesor. *(Véase su noticia en las de hoy).*

Los santos mártires Macrobio y Julian, que padecieron en tiempo de Licinio.

San Ligorio, mártir, en el mismo dia; el cual por confesar la fe de Cristo fue muerto por unos cazadores gentiles en el yermo donde vivia.

San Eulogio, obispo, esclarecido en doctrina y santidad, en Alejandría. *(Véase su noticia en las de hoy).*

San Maurillo (ó Maurilio), en Angers en Francia, esclarecido por los milagros sin número que obró. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Amado, obispo y confesor, en Sens.

San Venerio, confesor, varon de admirable santidad, en el mismo dia: vivió vida eremítica en la isla Palmaria.

San Amado, presbítero y abad, en el monasterio de Remiremont en Francia; célebre por su gran abstinencia y por el don de milagros.

SAN MAURILLO Ó MAURILIO, OBISPO DE ANGERS.

Hácia la mitad del siglo IV quiso Dios dar á todo el mundo cristiano un ejemplo nuevo de virtud en la persona de san Maurillo. Nació en Italia, siendo su patria una pequeña ciudad del Milanés, y nació de padres cristianos, mas respetables por su sólida piedad, que por su nobleza y por el papel que hacian en el imperio. Su primer cuidado fue dar á su hijo una educacion cristiana. Tuvo Maurillo la fortuna de ser instruido en la Religion, y educado en la virtud por san Martin, que al volver de la Panonia, donde dichosamente habia retirado á su madre de las tinieblas de la idolatría, haciendo otras muchas, grandes y ruidosas conversiones, se detuvo cerca de la ciudad de Milan, donde comenzó á hacer vida monástica, y criar la juventud en el temor santo de Dios y en el ejercicio de las virtudes cristianas.

En la escuela de tan hábil maestro aprendió Maurillo los primeros principios de aquella eminente santidad á que el cielo le llamaba; pero no la pudo disfrutar por largo tiempo. Era obispo de Milan Aurencio, arriano de profesion; y habiendo desterrado del Milanés á san Martin, siguió Maurillo sus estudios en el monasterio, hasta que san Ambrosio le sacó de aquel retiro para hacerle lector de su iglesia, persuadido á que no podia hacer servicio mas importante á toda la clerecía. Muy desde luego el nuevo y jóven lector fue el ejemplo y la admiracion de todos por su modestia, por su juicio y por su virtud; pero la divina Providencia le tenia destinado para otra parte.

Muerto su padre, que era gobernador de la provincia, y no proponiéndose Maurillo otra regla que lo mas perfecto del Evangelio, le pareció debia seguir el consejo del Salvador de abandonar por su amor los parientes, los bienes, y todo cuanto mas amaba en su patria. Con esta idea lo abandonó todo; y noticioso de que san Martin era ya obispo de Tours, y que habia edificado un monasterio, el cual era como un seminario de Santos, pasó á buscar á su antiguo maestro para aumentar el número de sus discípulos. Los progresos que hizo Maurillo en los caminos del Señor correspondieron perfectamente á las grandes esperanzas que san Martin y san Ambrosio habian concebido. A vista de su abrasado amor á Jesucristo, de su tierna devocion á la santísima Vírgen, de una extrema puntualidad á todas las funciones de la vida monástica, de una asombrosa mortificacion de todos sus sentidos, de una caridad universal con sus hermanos, de una pro-

funda humildad, de un inmutable fervor sin distincion de tiempos ni de empleos, juzgó el santo obispo de Tours, que un sugeto tan excelente, dotado de tan relevantes prendas, no debia estar como sepultado dentro de las estrechas paredes de una humilde celda. Promovióle á las sagradas órdenes, conformándose con el dictámen y con el pensamiento de san Ambrosio cuando le ordenó de lector; y sin dar oidos á las ingeniosas evasiones que discurrió su humildad, le elevó á la dignidad del sacerdocio.

Un carácter tan augusto, como respetable á los mismos Ángeles, renovó en Maurillo todos sus fervorosos deseos de aspirar á la mas encumbrada perfeccion. Aumentó los ejercicios espirituales, y añadió nuevos rigores á la austeridad de su penitente vida; y el fuego del amor divino que abrasaba su corazon no solo se dejó conocer en el sagrado silencio del altar, sino que se hizo sobre todo experimentar en los ardores y en los maravillosos efectos de su infatigable celo.

Era la provincia de Anjou un país en que los abusos y el desenfreno reinaban entre los mismos Cristianos; una tierra en fin inculta, silvestre y por desmontar. Fue enviado á ella san Maurillo, y la cultivó tan dichosamente, que en breve tiempo se vió en toda ella una general y asombrosa mudanza de costumbres, correspondiendo abundantemente el fruto al trabajo del cultivo, tanto, que en pocos dias fue Maurillo un verdadero apóstol. Informado de que en una aldea de las cercanías de Angers se conservaba un templo antiguo dedicado á los dioses falsos, y que todavía concurrian á él los pueblos á ofrecer votos y quemar incienso á los ídolos, vivamente conmovido de que triunfase aun aquel resto del gentilismo en medio de la cristiandad, se transfirió á él sin otras armas que las de su fe, las de su confianza en Dios, y las poderosas de la oracion. Seria ociosa diligencia valerse de medios humanos para echar por tierra el sacrílego edificio, y así recurrió á los divinos. Púsose en oracion á vista del templo, levantó las manos y los ojos al cielo con resolucion de importunar constantemente al Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo hasta conseguir la milagrosa destruccion de habitacion tan infame. Poco tiempo tuvo que esperar esta gracia. Hallábase el cielo muy sereno, y sin embargo se vió descender de él un torbellino de fuego que en nada de tiempo redujo á cenizas los ídolos y el templo. Atónitos los gentiles á vista de tan estupenda maravilla, quedaron dispuestos sus ánimos para convertirse; y después de haberlos instruido san Maurillo, los incorporó en el rebaño de Jesucristo. Edificó una iglesia al verdadero Dios sobre las ruinas del templo que las llamas habian con-

sumido: sirvióla por espacio de doce años, ilustrando su santa vida y sus apostólicos trabajos con prodigiosa multitud de portentosos milagros.

Cierto pobre hombre, llamado Saturno, habia nacido con las dos manos tan áridas y tan secas, que jamás habia sentido en ellas el mas mínimo movimiento, sirviéndole en suma de dos masas de carne tan disformes como inútiles. Estando una noche durmiendo, le pareció oir una voz que le decia: *Vé á buscar al siervo de Dios Maurillo; ruégale que haga sobre tus manos la señal de la cruz, y al mismo tiempo cobrarás el uso de ellas.* No esperó á que se lo mandasen segunda vez. Luego que amaneció se fué á echar á los piés del Santo, refirióle el sueño, y le suplicó que hiciese el milagro. Conociendo san Maurillo que Dios queria autorizar su mision con aquel prodigio, hizo primero oracion, después hizo la señal de la cruz sobre las dos manos, y en el mismo punto quedaron tan perfectamente sanas, que los que no las habian visto antes no podian creer que jamás hubiesen estado enfermas.

Trajéronle una mujer ciega, y poseida de un demonio tan furioso, que era preciso tenerla siempre fuertemente maniatada. Compadecióse de ella el Santo, y con una especie de prodigio pocas veces visto, solo con poner en ella los ojos quedó libre del demonio; y haciendo después la señal de la cruz sobre los de la ciega, la restituyó la vista. Viniéronle á decir que los gentiles de los países circunvecinos, atemorizados del milagroso incendio que habia consumido el templo de Calona, habian juntado todos sus ídolos, y colocándolos en cierto lugar subterráneo, concurrian continuamente á él, y les rendian culto abominable. No fue menester mas para encender todo su celo. Pasó inmediatamente Maurillo á aquel profano sitio, y con sola su presencia espantó á todos los demonios, oyéndoseles gritar con horribles aullidos: *Maurillo, ¿por qué nos persigues en todas partes? ¿también nos vienes á arrojar de este último atrincheramiento? ¿es posible que no nos has de conceder paces ni treguas?* Mas animado el Santo con sus quejas, hizo la señal de la cruz, y en nombre de Jesucristo les mandó que no volviesen mas á parecer. Al instante se conoció que huian los espíritus malignos, dando bramidos espantosos. Victorioso Maurillo de todo el infierno, mandó que juntasen todos los ídolos en un monte, él mismo les puso fuego, y quedaron reducidos á ceniza. Pasmados los idólatras de aquella maravilla se convirtieron todos á la fe de Jesucristo; y aprovechándose el Santo de su primer fervor, edificó allí mismo un célebre monasterio, que muy en breve se llenó

de santos religiosos, cuyas virtudes santificaron con su buen olor todo aquel contorno.

Al restituirse á la iglesia encontró en el pueblo una tropa de mercaderes, que hacian infame tráfico, mal tolerado en aquel tiempo, y pasaban á España á vender esclavos de uno y otro sexo. Uno de ellos se escapó y se refugió á la iglesia de nuestro Santo, donde postrado á sus piés le suplicó que le librase de la esclavitud. Enterneciole la vista de tan lastimoso espectáculo; y pasando á la posada del mercader, le rogó que diese libertad á aquel pobre hombre puesto que habia sido cogido por sorpresa. No moviéndose la dureza del mercader con las razones mas fuertes y mas eficaces que el Santo le pudo decir, no hubo forma de querer dar libertad al esclavo. Acudió entonces san Maurillo á su ordinario refugio, que era el Señor. Encerróse en su iglesia: pasó toda la noche en oracion á los piés de Jesucristo, y por la mañana tuvo noticia de que aquel duro mercader estaba agonizando. Con efecto, pocas horas después espiró, dejando preocupados á sus compañeros de un espantoso temor. Con el miedo de que viniese sobre ellos otra semejante desgracia, se arrojaron á los piés del Santo, deshaciéndose en lágrimas; y bien persuadidos de lo mucho que podia con Dios, le suplicaron que tuviese piedad de ellos y del difunto, alcanzándole á este tiempo y vida para conocer su culpa, y para hacer penitencia de ella. Dejóse vencer san Maurillo: volvió á su oracion, resucitó el difunto; y lo primero que hizo fue pedir perdon de su codiciosa dureza, y dar libertad á su esclavo: ejemplo que imitaron los demás, y todos aquellos infelices cobraron la libertad, dando palabra de que usarian bien de ella.

Hízose famoso el nombre de Maurillo con tantas maravillas; y muerto el obispo de Angers, que se cree lo era Próspero, no hubo en qué deliberar para elegir á Maurillo por obispo; pero hubo mucho que trabajar para vencer la aversion que su humildad le inspiraba á todo género de dignidades. Fue preciso sacarle á fuerza de su iglesia parroquial, y conducirle á Angers con la misma violencia: ni se pudo recabar con él que consintiese voluntariamente en su consagracion, hasta que un milagro le obligó á prestar el consentimiento. Al mismo tiempo que entraba en la iglesia catedral en compañía de san Martin, su metropolitano, que habia tenido gran parte en aquella promocion, se dejó ver sobre su cabeza una paloma de extraordinaria blancura, la cual se mantuvo en ella hasta que se acabó la sagrada ceremonia de la consagracion. Esta la hizo san Martin, quien aseguró que además del Espíritu Santo, visiblemente descu-

bierto en figura de paloma, habia tambien asistido á la consagracion una multitud de espíritus angélicos. El nuevo Obispo pasó toda la noche siguiente en su iglesia, pidiendo al Señor el verdadero espíritu del apostolado; y por las maravillas que obró después en todas las funciones, se conoció bien que habia recibido toda la plenitud. En nada se dispensó de sus primeras austeridades por las fatigas apostólicas del pontificado; antes bien las aumentó para que su celo, como decia él mismo, fuese mas eficaz.

Pero no fueron bastantes todas las bendiciones que derramaba el cielo sobre su solicitud pastoral para desvanecer la repugnancia que sentia en verse ocupar una silla tan ilustre como elevada; disgusto que se renovó con motivo de haber muerto un niño sin el sacramento de la Confirmacion, no obstante de haber sucedido sin culpa del santo Prelado. Añadiéndose á todo esto el deseo de vivir desconocido, tomó en fin la resolucion de dejar el obispado, y desterrarse de la Francia para pasar en soledad el resto de sus dias. Salió, pues, secretamente de la ciudad, y encaminándose al primer puerto, encontró un navío pronto para hacerse á la vela, en el cual se embarcó, y se fué á Inglaterra. Ya estaba en alta mar cuando se acordó que, sin advertirlo, se llevaba consigo las llaves de las reliquias de su iglesia; y como las tuviese en la mano, pensando en el modo de enviarlas, vino un golpe de mar, hizo el navío un vaiven no prevenido, y las llaves se cayeron en el agua. Movido de este accidente levantó los ojos al cielo, y exclamó: *Esto es hecho; no volveré á la tierra que dejé hasta que parezcan estas llaves.* Luego que desembarcó tomó un vestido pobre; y deseando vivir desconocido, se acomodó por jardinero en casa de un señor, que luego se prendó de su afabilidad y de su modestia. Echando Dios la bendicion á su pequeño y deslucido trabajo, se enamoraron todos de la virtud del jardinero extranjero, y cada uno le hacia su particular elogio.

Mientras tanto, luego que el clero y el pueblo de Angers llegó á entender la fuga de su santo Pastor, fue general el desconsuelo en todo el obispado. Tomaron la resolucion de buscarle en cualquiera parte del mundo donde estuviese, y para este fin fueron nombrados cuatro diocesanos, que por espacio de siete años anduvieron corriendo toda la Europa, pero siempre inútilmente. En fin, estaban esperando á que aparejase un navío que partia para Inglaterra con ánimo de embarcarse en él, cuando en la orilla del mar encontraron una piedra donde estaban grabadas estas palabras: *Por aquí pasó Maurillo, obispo de Angers, tal dia y tal año.* Con este milagroso descubri-

miento se animaron mas á buscarle. Embarcáronse, pues, y cuando iban navegando á toda vela de repente un abultado pez brincó del mar al navío, cuyo extraño suceso los dejó altamente sorprendidos; pero lo quedaron mucho mas cuando abriéndole encontraron en el vientre las llaves de sus reliquias. Al principio creyeron todos que sin duda el santo Obispo se habia ahogado; pero la noche siguiente tuvieron todos cuatro separadamente una vision que les desvaneció este pensamiento, asegurándoles que encontrarian á Maurillo. Con efecto, luego que desembarcaron en Inglaterra, tuvieron noticia de que en casa de un señor inglés habia un extranjero, que con el nombre y oficio de jardinero ocultaba un raro mérito y una virtud extraordinaria. No les fue difícil dar con él; y habiéndole encontrado en su jardin, se arrojaron á sus piés, suplicándole con lágrimas y con ruegos que se volviese con ellos á cuidar de sus ovejas. Enterneciose el siervo de Dios; pero les dijo que habia hecho propósito de no volver á su país hasta que pareciesen las llaves de las reliquias. Mostráronselas al punto los diocesanos, y le refirieron el suceso. Conociendo entonces el santo Obispo la voluntad de Dios tan declarada con aquella maravilla, se rindió á sus instancias, y consintió en restituirse á su iglesia. Es fácil concebir la admiracion y la veneracion que causaria este enlace de prodigios á los que le supieron y le vieron en Inglaterra; pero no es tan fácil imaginar la alegría y el respeto con que fue recibido en Angers de todo su amante pueblo. El historiador de su vida, que al parecer de Surio fue Fortunato, obispo de Poitiers, asegura que antes de partir de Inglaterra habia tenido una vision en que se le apareció un Ángel, declarándole ser voluntad de Dios que volviese á su iglesia, y que para mayor favor le concederia la resurreccion de aquel niño que habia muerto sin confirmacion, sirviendo este acaso de pretexto á su inspirada fuga. Añade el mismo historiador, que apenas llegó san Maurillo á Angers, cuando se fué á la sepultura del niño, la mandó abrir, y animado de una viva confianza en el Señor, hizo oracion, gimió por largo tiempo derritiéndose en lágrimas, y el fruto de su oracion fue la resurreccion del difunto, á quien administró inmediatamente el sacramento de la Confirmacion, llamándole Renato, en memoria del segundo nacimiento; tomó de su cuenta su particular educacion; formóle en la virtud; y Renato hizo en ella tantos progresos, que mereció con el tiempo ser sucesor del mismo san Maurillo. Hasta aquí el referido historiador. Este hecho, aunque se representa increible, tiene por garantes al santo obispo de Poitiers, que vivió en el siglo siguiente:

á san Gregorio, obispo de Tours, que floreció en tiempo aun mas inmediato al milagro; y á la antigua tradicion de la iglesia de Angers, sabiamente probada en la docta disertacion que dieron á luz los canónigos de aquella catedral.

Lo restante de la vida de nuestro Santo fue una serie continuada de milagros, de admirables ejemplos de virtudes, y un dechado cabal de la vida apostólica. Nada aflojó de su primer fervor, y antes bien aumentó sus penitencias. En Cuaresma no comia otra cosa que un poco de pan mojado en agua y sal, y esto una sola vez de tercer en tercer dia, durmiendo siempre sobre la dura tierra. Pero el que era tan áspero consigo, jamás lo fue con los otros; antes hacia una parte de su carácter la blandura y la mansedumbre de Jesucristo. Siempre se le encontraba de alegre y risueño semblante; ganándole los corazones de todos aquellos sus modales tan gratos como apacibles; y era dicho comun, que jamás se habia visto hombre por una parte mas mortificado, y por otra que hiciese mas amable la virtud. Con sola su presencia corregia los abusos, y así se vió mudar de semblante toda la diócesi en el gobierno de tan santo Pastor. Abolió una fiesta enteramente pagana, que duraba por espacio de siete dias, pasándose todos en danzas y en banquetes, la cual se celebraba sobre la cima de una corpulenta peña en las cercanías de Angers; y para santificar un lugar profanado hasta entonces por la disolucion, edificó en el mismo sitio una iglesia en honor de la santísima Vírgen. En fin, lleno de dias y de merecimientos, acabó su santa vida con la muerte de los Santos el año 437, cási á los noventa de su edad, el dia 13 de setiembre. Fue enterrado en una sepultura que él mismo habia mandado hacer en una especie de cementerio cerca de Angers, y el Señor la hizo gloriosa con multitud de milagros.

SAN FELIPE, MÁRTIR.

Del ilustre mártir san Felipe nos dicen varios escritores, que habiendo obtenido en Roma los empleos mas honoríficos, el emperador Commodo, en atencion á sus méritos le nombró prefecto de Egipto. Pasó con toda su familia á la ciudad de Alejandría, capital de su departamento; y habiendo adquirido su hija Eugenia en aquella célebre universidad de Oriente los mas altos conocimientos científicos, á virtud de su aplicacion al estudio, y por ellos los de la verdadera Religion, instruyendo en ellos á su padre Felipe, abrazó la fe de Jesucristo, por cuya defensa padeció martirio. Su cuerpo fue sepultado en Nitria, una de las soledades de Egipto, donde sobre su venerable

cadáver erigieron los fieles una basílica, de la que después se trasladaron sus reliquias á Roma; y concedidas parte de ellas, con las de otros Santos, por Urbano VIII, á Fr. Juan de la Anunciacion, trinitario descalzo, para que enriqueciese varios conventos de su Órden; enviadas al general de la misma, dió este á la majestad de Felipe IV las del mártir san Felipe, quien las colocó en el real oratorio de su palacio, donde se les tributa la veneracion correspondiente.

SAN EULOGIO Ó ELOY, PATRIARCA DE ALEJANDRÍA Y CONFESOR.

Nació san Eulogio en Siria, y era todavía muy jóven cuando abrazó la vida monástica en su misma patria. La herejía eutiquiana á la sazon se habia dividido en varias sectas, como sucede por lo comun á cuantos pierden el centro de la verdad. Estos herejes con la tiranía de sus procedimientos y el acaloramiento de sus contestaciones y debates habian llenado de confusion las iglesias de Siria y Egipto, y una gran parte de los monjes siríacos se habia hecho muy notable por la relajacion de su conducta y errores contra la fe. Eulogio aprendió de los otros y de la desgracia ajena á ser mas vigilante consigo, y llegó á distinguirse tanto por la rectitud y santidad de sus acciones como por la pureza de su doctrina. Habiendo llegado á alcanzar una vasta erudicion en todos los ramos de literatura en el discurso de un dilatado estudio y aplicacion á las ciencias, se aplicó al de la divinidad en las sagradas fuentes de ella, que son las sagradas Escrituras, y la tradicion de la Iglesia explicada en los concilios, y aprobados escritos de autores eminentes. Desde que se retiró del mundo hizo este su principal estudio á que todas las demás tareas eran como subsidiarias; y como su industria era infatigable, su concepcion viva y su juicio sólido, sus progresos fueron tales tambien que le calificaron muy bien para ser un campeon ilustre de la verdad, digno de ser colocado con san Gregorio el Magno y un san Eutiquio, como una de las lumbreras mas brillantes de la Iglesia en la era en que vivió. Su carácter recibió un lustre mucho mayor de la sincera humildad, y del espíritu de oracion y compuncion. En los grandes peligros y necesidades de la Iglesia fue sacado de su soledad y hecho presbítero de Antioquía por el patriarca Anastasio. Mientras san Eulogio vivió en Antioquía contrajo estrecha amistad con san Eutiquio, patriarca de Constantinopla, y unió sus fuerzas con las de este santo Prelado contra los enemigos de la verdad.

El emperador Justiniano, y su sobrino Justino el Menor, sucesor

suyo, habian sido saqueadores del imperio, y los opresores mas crueles de sus vasallos; el primero para satisfacer su extravagancia y vanidad, y el último por saciar su avaricia y lujuria. Muerto Justino II en el año de 576, después de un reinado de diez años, fue elevado al trono imperial Tiberio Constantino, príncipe virtuoso. Aplicóse á curar las heridas causadas en el cuerpo del Estado por los reinados precedentes. Entre los males que entonces afligian á la Iglesia, los desórdenes y la confusion que habian causado en ella las extravagancias y tiranía de los Eutiquianos pedian á voz en grito un remedio poderoso, y un pastor hábil y celoso, dotado de prudencia y vigor para aplicarle con utilidad. Por muerte, pues, del patriarca Juan fue Eulogio elevado á la dignidad patriarcal á fines del año 583, á solicitud del emperador Tiberio Constantino, el cual, habiendo reinado solos seis años y diez meses, murió en el mismo de aquella consagracion, dejando por sucesor á su yerno Mauricio. San Eulogio tuvo que hacer un viaje á Constantinopla cerca de dos años después de su promocion, para concertar las medidas concernientes á los negocios de su Iglesia. En esta corte encontró á san Gregorio el Magno, y contrajo con él una amistad santa, de modo que desde entonces no parecia haber en ellos mas que un corazon y una alma. Entre las cartas de san Gregorio se conservan algunas escritas á nuestro Santo. San Eulogio compuso muchas obras excelentes contra los Acéfalos y otras sectas de Eutiquianos. Focio nos ha conservado fragmentos muy apreciables de algunos de estos tratados: tambien de once discursos de nuestro Santo, de los cuales el nono es una recomendacion de la vida monástica: de sus seis libros tambien contra los Novacianos de Alejandría, de los cuales en el quinto prueba expresamente que los Mártires deben ser honrados. Focio no hace mencion del tratado de san Eulogio contra los Agnoetas, secta de Eutiquianos: san Gregorio Magno, á cuya censura lo sometió el autor, le envió su aprobacion, diciéndole: «No he encontrado cosa alguna que «no sea admirable en vuestro escrito, etc.» San Eulogio no sobrevivió mucho á san Gregorio, porque murió en el año de 606, ó segun otros en el de 608.

La Misa es en honra de san Maurillo, y la Oracion la que se sigue:

Da, quaesumus, omnipotens Deus, ut beati Maurilii, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salu-

Concédenos, ó Dios omnipotente, que en la venerable solemnidad de tu confesor y pontífice san Maurillo, se aumente en nosotros el espíritu de la

tem: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

piedad, y el deseo de nuestra salvacion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo x *del libro de la Sabiduría.*

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum: honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumvenientium illum, affuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Haec venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum: descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant: et mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem aeternam, Dominus Deus noster.

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el reino de Dios. Dióle la ciencia de los santos; enriquecióle en sus trabajos, y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendian con engaños, y le hizo rico. Le libró de los enemigos, y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate para que saliese vencedor, y conociese que la sabiduría es mas poderosa que todo. Esta no desamparó al justo cuando fue vendido; sino le libró de los pecadores, y bajó con él á la cisterna; y no le desamparó en la prision hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder sobre los que le oprimian: convenció de mentirosos á los que le deshonraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

REFLEXIONES.

Protegióle contra sus enemigos, y no abandonó al hombre justo. Nada temas, alma de poca fe; harias á Dios una grande injusticia si desconfiaras de su bondad, ó si solo tuvieras en Él una confianza poco firme: mejor sabe que tú misma lo que puedes, y lo que eres capaz de llevar. Sobradas experiencias tienes cada dia de tu flaqueza, y debieras vivir desengañado de tí propio y de tus resoluciones. Quien oyese alguna vez nuestros propósitos, y quien viese nuestra actual constitucion, creeria que ninguna cosa del mundo seria capaz de derribarnos, ni aun de hacernos titubear; y habiendo dicho con san Pedro: *Aunque me sea preciso morir contigo esta noche, no te abandonaré, no te negaré;* basta después el miedo ó la tentacion de una infeliz criada para negar cobardemente al Salvador. ¡Oh qué flacos somos! Mas por lo mismo que es lastimosa nuestra miseria, nuestra propia experiencia nos es muy provechosa para desviarnos de todo apoyo, de todo recurso á nuestras fuerzas. Conozcamos, pues, lo que somos; es decir, hasta dónde llega nuestra miseria y nuestra flaqueza; pero este conocimiento experimental no nos debe desalentar. *Cuando*

soy flaco, decia san Pablo, *entonces soy fuerte*. Mas que nuestra flaqueza nos perjudica nuestra propia estimacion. No tentemos á Dios; pero pongamos en Él toda nuestra confianza. No salimos con lo que intentamos, porque queremos ser los artífices de nuestra fortuna, ó á lo menos los principales autores de nuestros proyectos. Nunca nos desalentemos á vista de nuestras faltas: como no las amemos, y como no haya entre ellas siquiera una que tengamos cierto secreto deseo de perdonar, nunca servirán de estorbo á nuestra dicha. Las que únicamente detienen el curso de las gracias, y van debilitando al alma sin adelantar apenas un paso hácia Dios, son las reservas y las excepciones. Si detestas verdaderamente todas tus imperfecciones, y si las abandonas todas al espíritu de Dios, Él las devorará como el fuego devora la paja; pero antes de librarte de ellas, se servirá de ellas para librarte á tí de tí mismo. Emplearálas en humillarte, en confundirte, en crucificarte, en arrancar de tu corazon todo recurso, toda confianza en tí mismo. Quemará las varas después de haberte golpeado, para hacerte morir á tu amor propio. Humillémonos constantemente bajo la mano de Dios. Nuestros inquietos temores de lo futuro solo sirven para atormentarnos, y para hacernos padecer inútilmente. Dichoso el hombre que pone en Dios toda su confianza.

El Evangelio es del capítulo XVI *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Quid enim prodest homini si mundum universum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui cum Angelis suis: et tunc reddet unicuique secundum opera ejus.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y lleve su cruz, y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ó ¿qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus Ángeles, y entonces dará á cada uno segun sus obras.

MEDITACION.

De la confianza en Dios.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la confianza en Dios es una esperanza firme, y una seguridad moral de que Dios no solamente

puede, sino que quiere hacer lo que deseamos y le pedimos, de que nos facilitará y proporcionará los medios necesarios para unirnos á Él; y que habiéndonos ya dado á su propio Hijo, y las primicias de su divino espíritu, como en arras y en prendas de nuestra salvacion, nada nos puede negar ya de lo que sea necesario para conseguirla, con tal que le pidamos como debemos. Y con efecto, pues quiso entregar su propio Hijo á la muerte por nuestro amor, ¿qué mayor fundamento podemos desear para poner en Él toda nuestra confianza? ¿No debemos esperar que nos querrá librar de todos los peligros, con tal que le seamos fieles; salvarnos, y llevarnos á su reino, sin lo cual de nada servirian todas las demás gracias? Él mismo nos exhorta á esta confianza en toda la Escritura; tanto que á ninguna otra virtud lo hace con mayor frecuencia: *Ten confianza en Dios de todo tu corazon,* nos dice por el Sabio. (*Prov.* v). *Vuelve los ojos á todos los hombres que hay en las naciones, y sabe que ninguno esperó jamás en el Señor que fuese confundido.* (*Eccles.* 1). ¿Qué hombre perseveró jamás constantemente en el servicio de Dios que fuese abandonado? ¿Quién le invocó á quien Él despreciase? *Nuestros padres esperaron en Vos,* dice el Profeta, *y Vos los librásteis; clamaron á Vos, y Vos los oísteis; esperaron en Vos, y no fueron confundidos. Dejad al Señor el cuidado de vosotros, y Él os sustentará.* (*Eccles.* 1). Depositad en su pecho todas vuestras inquietudes, dice san Pedro, porque Él tiene cuidado de vuestras cosas: *Desdichados aquellos que no tienen corazon,* dice el Sabio, *y que no confian en Dios, porque Dios no los protegerá.* Ninguna cosa honra mas á Dios, que poner en Él toda la confianza, esperarlo todo de Él, aun cuando por parte del hombre todo parece que está desesperado, como se dice de Abraham, que esperó contra la misma esperanza, y como decia el santo Job, que aun cuando Dios le quitase la vida, no dejaria de esperar en Él. Poner toda la confianza en Dios es glorificar su poder, su bondad y su misericordia; reconocer que es principio y autor de todos nuestros bienes, sin el cual nada podemos, pero con Él lo podemos todo. Son inseparables de la verdadera confianza en Dios una fe viva, una esperanza firme y una ardiente caridad; pero en faltando aquella virtud, faltan tambien todas estas.

Punto segundo.—Considera que es gran consuelo saber que en buscando al Señor con todo el corazon, ningun bien nos faltará ni en esta vida ni en la otra. Siempre fue manantial seguro y fuente copiosa de todos los bienes una viva confianza en Dios. No se experi-

mentan estos prontos socorros, ni esta liberal asistencia, porque se tiene una confianza defectuosa, tímida y desmayada; porque no se busca á Dios de todas veras, ni con todo el corazon. No se le busca con todo el corazon, cuando se le busca por otra cosa distinta de él; para satisfacer el amor propio, la concupiscencia, la vanidad ó la pasion. No se le busca en verdad, ó con todas veras, cuando se le busca por otro camino que el que Jesucristo nos trazó, y por otros medios que los que nos prescribe el Evangelio. La vida ajustada; la fidelidad á las obligaciones del cristianismo, y á las particulares del estado de cada uno; la experiencia que se tiene de las misericordias del Señor, reconocidas en sí mismo; la vigilancia y la aplicacion á observar sus defectos y á corregirlos; á fundarse en una sincera humildad, en el verdadero amor de Dios y del prójimo; en desprenderse de sí propio y de todas las cosas de la tierra; en traer una vida pura y verdaderamente cristiana: estos son los fundamentos de la cristiana confianza: esta confianza produce la paz de la conciencia: y esta paz domina las pasiones, calma las inquietudes, tranquiliza el alma en medio del tumulto y de los vanos deseos á que está entregado el corazon. ¡Buen Dios! ¡De cuántos vanos temores que nos afligen, de cuántas aéreas inquietudes que nos despedazan nos libraríamos si reinara en nuestros corazones la verdadera confianza en el Señor! Mas, ¿y por qué no reinará? ¿Nos faltan motivos para tenerla? Toda nuestra religion nos predica, nos inspira esta confianza. Ninguna cosa nos puede hacer mas felices en la tierra que la viva confianza en Dios.

¡Ó mi Señor! ¡Y qué motivos no tengo para confiar en vuestra infinita bondad! Aumentádmela por vuestra gracia: en esta espero que de hoy en adelante será mi mas estimada virtud, y que con ella adquiriré todas las demás.

Jaculatorias. — Esperé, Señor, en tí, y seguro estoy de que jamás seré confundido. (*Psalm.* xxx).

Bienaventurado aquel que pone toda su confianza en el nombre del Señor, y desprecia los vanos y frágiles apoyos de los hombres, que engañan á los que confian en ellos. (*Psalm.* xxxix).

PROPÓSITOS.

1 Gímese en el mundo al peso de las miserias, de las enfermedades, de las pasiones y de las desgracias. Pocos son los que no se quejan, y no se consideran infelices entre tantos trabajos como tur-

ban los dias mas serenos de la vida. Los proyectos mas bien concertados se desvanecen; las medidas tomadas con la mayor prudencia no corresponden; con nada se sale de lo que se intenta; ¿por qué? porque falta la confianza en Dios. Es cierto que se recurre á Él para lograr el buen suceso de nuestras empresas; pero ¿se consulta primero su voluntad para intentarlas? Fórmase un proyecto, que solo reconoce por padres al amor propio y á la pasion; y después se pide á Dios que le bendiga. ¿Esto se llama confianza en Dios? Y después ¿nos admiramos de que sea sin fruto una confianza que es tan vana? De hoy en adelante ten en Dios una entera y perfecta confianza respecto á todas tus cosas. Apóyate en sola su misericordia, y cuenta solo con su asistencia. Antes de formar algun proyecto consúltale con Dios, y en la ejecucion pon en Él toda tu confianza. Obra á la verdad con tanta aplicacion como si todo buen suceso dependiera de tus diligencias y de tu industria; pero pon en Dios toda tu confianza, como si solo el Señor lo hubiese de hacer todo.

2 Siempre se necesita alguna intercesion, algun empeño para con los grandes, y para con todos aquellos de quienes se espera alguna gracia. Esto nos debe servir de motivo particular para alentar nuestra confianza en la santísima Vírgen. Después de Jesucristo, toda nuestra esperanza, toda nuestra confianza se ha de colocar en la Madre de Dios. Ella es, como canta la Iglesia, nuestra esperanza, nuestro consuelo y nuestra vida: *Vita, dulcedo, spes nostra.* No quiso el Hijo de Dios hacer el primer milagro sino á ruegos de su Madre; y aun, segun la expresion del Evangelio, parece que el divino Salvador anticipó el tiempo de hacerlos, luego que la Vírgen se lo suplicó. Esto prueba la confianza con que debemos acudir á María en todas nuestras necesidades. Renueva hoy toda tu confianza en esta divina Madre, y háztela familiar con la oracion que se sigue:

«Ó mi Señora santa María, después de Dios en tí pongo toda mi «confianza. Entrégome enteramente á tu proteccion hoy, todos los «dias de mi vida, y singularmente en la hora de mi muerte: mi al«ma, mi cuerpo y mi refugio enteramente en el seno de tu miseri«cordia: tú eres toda mi esperanza y todo mi consuelo después de «Jesucristo. Á tí recurro en todas mis miserias y en todos mis traba«jos. Reconózcote por árbitra de mis dias, y sobre todo te encomien«do el fin de mi vida, suplicándote me alcances gracia, por tu in«tercesion y por tus merecimientos, para que de hoy en adelante «todos mis deseos y todas mis acciones sean conformes á tu santa vo«luntad y á la de tu querido Hijo. Amen.»

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

La exaltacion de la santa Cruz, cuando el emperador Heraclio habiendo vencido al rey Cosroas la trajo desde Persia á Jerusalen. *(Véase esta historia en las de este dia).*

San Cornelio, papa y mártir, en Roma en la via Apia; el cual en la persecucion de Decio, después de haber sido desterrado, fue mandado azotar con varas emplomadas; y luego juntamente con otros veinte y uno entre hombres y mujeres fue degollado.

San Cereal, soldado, y Salustia, su mujer, instruidos en la fe por el mismo san Cornelio, en el mismo dia fueron tambien degollados.

El martirio de san Cipriano, obispo de Cartago, muy esclarecido en santidad y doctrina, en África: en tiempo de los emperadores Valeriano y Galieno, después de un cruel destierro, fue degollado junto al mar á seis millas de Cartago. La festividad de dichos santos Cornelio y Cipriano se celebra el dia 16 de este mes.

Los santos mártires Crecenciano, Victor, Rosula y General padecieron tambien en África *(en el mismo sitio y dia que los santos Cornelio y Cipriano).*

San Crecencio, niño, hijo de san Eutimio, en Roma; el cual en la persecucion de Diocleciano por órden del juez Turpilio fue degollado en la via Salaria.

San Materno, obispo, en Tréveris, discípulo del apóstol san Pedro; el cual convirtió á la fe católica los pueblos de Tongre, de Colonia y de Tréveris, y otros circunvecinos.

La gloriosa muerte de san Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla, en el mismo dia; el cual desterrado por conjuracion de sus enemigos, habiéndole relevado del destierro por decreto del papa Inocencio I, siendo maltratado en el camino por los soldados que le custodiaban, entregó su alma á Dios. Su fiesta se celebra el dia 27 de enero, en que su cuerpo fue trasladado á Constantinopla por Teodosio el Mozo. *(Véase su vida en dicho dia 27 de enero).*

LA EXALTACION DE LA SANTA CRUZ.

Instituyóse la fiesta de la Santa Cruz para celebrar la memoria de aquel dia en que el sagrado madero, sobre el cual Jesucristo, el Salvador del mundo, consumó la grande obra de la redencion, fue solemnemente restituido por el emperador Heraclio á Jerusalen, de donde catorce años antes le habia sacado Cosroas, rey de Persia. Atenta siempre la Iglesia, y siempre solícita en rendir á este precioso instrumento todo el culto que por tantos títulos se le debe, instituyó esta fiesta en reverencia de la Santa Cruz, celebrando todos los años las maravillas que obró en semejante dia, que con razon se puede llamar el dia de su triunfo.

Cosroas II, hijo de Hormisdas, rey de Persia, subió al trono el año 591, y fue tan inhumano que mandó quitar la vida á su propio padre á garrotazos, para que fuese mas cruel y mas ignominioso el género de muerte. Este detestable parricidio le hizo tan odioso á sus vasallos, que se vió precisado á buscar su seguridad en la fuga. Refugióse á Constantinopla bajo la proteccion del emperador Mauricio, que le recibió con excesiva bondad, y le restableció en su trono. Pero Focas, que de simple centurion habia ascendido á los primeros empleos del ejército, se hizo proclamar emperador el año de 601; y persiguiendo á Mauricio hasta las cercanías de Calcedonia, primero mandó quitar la vida á cuatro hijos suyos delante del desgraciado padre, y después hizo cortar la cabeza al mismo Mauricio. Resuelto Cosroas á vengar la muerte de su insigne bienhechor, declaró la guerra á Focas, entró en la Siria, apoderóse de la Palestina, de la Armenia y de la Capadocia, talando á fuego y sangre todo el Oriente, hasta las mismas puertas de Constantinopla. Heraclio, hijo del gobernador de África, animado con los clamores de los pueblos, que ya no podian sufrir las violencias del tirano, dió fondo con una escuadra naval en el puerto de Constantinopla, y derrotadas las tropas de Focas, le hizo prisionero y le mandó cortar la cabeza. Fue Heraclio proclamado emperador el año de 610, y no perdonó diligencia alguna para hacer la paz con el rey de Persia; pero orgulloso este con la prosperidad de sus primeras conquistas, despreció todas las proposiciones del Emperador, y volvió á comenzar sus irrupciones en las tierras del imperio. Entró en la Palestina, puso sitio á Jerusalen el año de 615, tomóla, y se llevó á Persia el tesoro mas precioso que los Cristianos tenian en el Oriente; es decir, la Cruz en que habia muerto Jesucristo por la salvacion de todos los hombres; y apoderándose tambien de todos los vasos sagrados, se llevó igualmente á Persia un gran número de cristianos esclavos, entre los cuales fue el patriarca de Jerusalen Zacarías, que nunca perdió de vista el sagrado madero de la Cruz. Lleváronla como en triunfo los infieles á la ciudad de Cresifon sobre el Tigris, intentando erigir en ella un trofeo á su idolatría; pero la Cruz, aunque al parecer cautiva en medio de sus enemigos, se hizo respetar de ellos, no de otra manera que en otros tiempos el arca del Señor en medio de los filisteos. Ningun persa tuvo atrevimiento para tocar aquella preciosa prenda de nuestra redencion, conservándose siempre dentro de la caja ó del estuche de plata en que la habia mandado cerrar santa Elena, sin que toda la codicia de Cosroas se atreviese nunca á aprovecharse de ella por res-

peto á aquella inestimable reliquia. Segunda vez Heraclio le pidió la paz, sujetándose á las mas indecentes condiciones; pero el soberbio persa, hinchado con sus victorias, especialmente desde que el general Sarbazara, uno de los mas acreditados de sus tropas, se habia apoderado de Calcedonia, cuya plaza se consideraba como arrabal de Constantinopla, respondió á los embajadores de Heraclio que le concederia la paz, con la precisa condicion de que el Emperador y todos sus vasallos cristianos habian de renunciar á Jesucristo, y no habian de reconocer ni adorar otro dios que al sol, único dios de los persas. Horrorizáronse los Cristianos al oir tan impía proposicion, y el emperador Heraclio, animado de una justa indignacion, declaró á presencia de todos sus oficiales que estaba pronto á derramar hasta la última gota de su sangre para vengar tan sacrílega como bárbara insolencia. El clero secular, los monasterios religiosos y todos los Cristianos ofrecieron bizarramente al Emperador sus bienes para una guerra tan justa, considerándola ya como guerra de religion; y ajustando Heraclio la paz con el Can de los avaros, que le atacaba por un lado de la Tracia, se puso á la frente de sus tropas y marchó derecho á Persia. Estando ya á vista del ejército enemigo, tomó en la mano una milagrosa imágen del Hijo de Dios, corrió con ella las líneas, acordando á sus soldados que iban á pelear por Jesucristo, y que así debian poner su confianza en el poderoso auxilio del Señor Dios de los ejércitos. No les engañó esta confianza: dióse la batalla; y los persas, aunque muy superiores en número, y tan acostumbrados á vencer, fueron enteramente derrotados. La campaña siguiente aun fue mucho mas gloriosa á los Cristianos; el Emperador batió á los persas en muchas ocasiones, y obligó á Cosroas á abandonar la ciudad de Gazac, donde estaba el célebre templo del fuego. Habiendo entrado Heraclio en la ciudad halló en el palacio la estatua de Cosroas sentada debajo de una especie de media naranja que representaba el cielo. Al rededor de la estatua se descubrian el sol, la luna y las estrellas, como tambien algunos ángeles que estaban en pié con cetros de oro en las manos. Mandó el Emperador poner fuego á este palacio, á este templo y á toda la ciudad; de donde prosiguiendo en sus conquistas entró en la Albania, y allí, movido de compasion, dió libertad á cincuenta mil prisioneros que llevaba consigo, y en breve tiempo se apoderó de muchas provincias.

Mientras Heraclio adelantaba sus conquistas en el país enemigo, estaba sitiada Constantinopla por los avaros que habian roto la paz, y por los persas que se mantenian en Calcedonia; pero acudiendo los

sitiados en aquella extremidad á la santísima Vírgen, fueron oidas sus oraciones. El ejército de los bárbaros pereció, introduciéndose en él una especie de contagio; y fatigados por otra parte con las continuas y vigorosas salidas de la guarnicion, levantaron el sitio. Viendo el Emperador que el cielo se declaraba visiblemente en su favor, marchó á buscar á Cosroas aunque fuese en el mismo centro de la Persia. Tardó muy poco en encontrarle: al principio como que los Cristianos se acobardaron á vista de la superioridad del ejército enemigo; pero Heraclio los animó llevando siempre en la mano la imágen de Jesucristo: *Ea, hijos,* les dijo en breves razones, *por Dios combatimos; cada uno de vosotros vencerá á mil.* Con efecto, vinieron á las manos los dos ejércitos, Cosroas fue enteramente derrotado, sus tropas hechas pedazos, todos sus oficiales prisioneros, y él mismo obligado á salvar la vida con la fuga. Hízose tan odioso el bárbaro Rey á todos sus vasallos, que le abandonaron; y aunque habia intentado desheredar á Syroes, su hijo primogénito, para colocar en el trono al segundo, aquel fue proclamado rey, y mandó quitar la vida inhumanamente á su padre dentro de la prision, disponiendo que le hiciesen morir á saetazos por espacio de cinco dias, para que fuese mas cruel y mas prolongada su muerte. Pidió después la paz á Heraclio, dejando a su arbitrio las condiciones, y siendo la principal que restituiria la preciosa Cruz del Salvador que habia catorce años estaba en poder de los persas dentro de la ciudad de Cresifon, y que pondria en libertad al patriarca Zacarías con todos los demás cautivos cristianos. Aceptó Syroes todas estas condiciones, y el sagrado tesoro fue primero llevado en triunfo á Constantinopla, saliendo á recibirle todo el pueblo con ramos de olivas y velas encendidas, entonando himnos y cánticos. La Cruz del Salvador salió del poder de los persas el año de 628.

El siguiente 629 se embarcó el emperador Heraclio para restituirla á Jerusalen, y dar gracias al Señor por sus victorias. Fácilmente se puede imaginar el concurso y el gozo de los fieles cuando vieron que volvia á Jerusalen aquel sagrado madero, trono adorable de las misericordias del Salvador del mundo. Concurrieron á la santa ciudad de todas partes. El clero y el pueblo le salieron al camino, ansiosos y apresurados todos por honrar el triunfo de la verdadera Cruz, que, por decirlo así, acababa de triunfar de los mas mortales enemigos del cristianismo. Quiso el mismo Emperador llevar hasta el Calvario aquella sagrada carga, vestido de las mas ricas y mas magníficas galas imperiales. Precedido del clero, acompañado del Patriarca, rodeado de

los grandes de su corte, y en medio de una inmensa multitud de pueblo, cargó sobre sus hombros la sagrada Cruz; pero llegando á la puerta que sale al Calvario, quedó extrañamente atónito, sintiéndose inmoble; y viendo que no podia dar un paso, asombráronse todos á vista de aquel portento; pero el Patriarca descubrió luego la verdadera causa. *Considerad, señor,* dijo con respeto al Emperador, *si quizá esa púrpura imperial y esas pomposas galas que os adornan son menos conformes al pobre y abatido traje con que Jesucristo llevó esa misma Cruz, y salió por esta misma puerta para subir al monte Calvario.* Penetró inmediatamente el Emperador el verdadero significado de aquellas palabras, y movido de su peso, se desnudó al punto de sus vestidos imperiales, descalzó los piés, y cubierto de una humilde túnica, descubierta la cabeza y despojado de toda insignia imperial, caminó sin dificultad hasta el Calvario, colocó en su lugar el sagrado madero, y rogó al Patriarca que sacándole de la caja ó del estuche, se le mostrase á todo el pueblo. Reconoció el Patriarca los sellos que estaban intactos y enteros; abrió el estuche de plata con la llave que se guardaba en el tesoro; y habiéndola adorado, dió con ella la bendicion á los fieles; volvióla á cerrar y á colocar en el mismo sitio de donde catorce años antes la habian sacado los persas. Quiso Dios exaltar la gloria de este precioso instrumento de nuestra redencion con pompa tan augusta, acompañada de muchos milagros, en el dia 14 de setiembre del año de 629. Después el Emperador regaló á la iglesia de Jerusalen con dones preciosísimos para borrar hasta la memoria de las calamidades pasadas; reparó los Santos Lugares; restituyó en sus dignidades al Patriarca y á los demás ministros de la Iglesia, dejando en todas partes ilustres monumentos de su insigne piedad.

Con el tiempo se ordenó que todos los años se celebrase una solemne fiesta en memoria de esta gloriosa restitucion, la que fue muy célebre, con especialidad en el Oriente, y aquel dia concurrian peregrinos á Jerusalen de todas las partes del mundo.

Pero se debe advertir que mucho tiempo antes de este suceso, así en la Iglesia griega como en la latina se celebraba una fiesta con nombre de la *Exaltacion de la santa Cruz* en el mismo dia 14 de setiembre, y era en memoria de aquellas palabras de Cristo hablando de su muerte: Cuando sea exaltado de la tierra atraeré á mí todas las cosas: *Cum exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ipsum.* (*Joann.* XII). Luego que levantareis al Hijo del hombre conoceréis quién soy yo: *Cum exaltaveritis Filium hominis, tunc cognoscetis quia ego sum.* (*Joann.* VIII). El cardenal Baronio dice que fue exaltada la

Cruz en tiempo del emperador Constantino el Grande cuando se dió libertad á los Cristianos para predicar el Evangelio y para erigir iglesias públicas. Tambien se llamó la Exaltacion de la santa Cruz aquella solemnidad que con tanta magnificencia y con tanto aparato se celebró en Jerusalen cuando la emperatriz santa Elena encontró el verdadero leño de nuestra redencion, y le mandó colocar en la magnífica iglesia que á su costa se edificó en el Calvario, celebrando desde entonces la Iglesia griega y latina una solemne fiesta en el dia 14 de setiembre con el título de Exaltacion de la Cruz. Hace mencion de esta fiesta el Sacramentario de san Gregorio; el P. Canisio cita las palabras con que la anuncia el Menologio de los griegos: *Exaltatio pretiosae et vivificae Crucis sub imperatore Constantino Magno;* La exaltacion de la preciosa y vivífica Cruz en tiempo del emperador Constantino el Grande. El autor de la vida de san Eutiques, patriarca de Constantinopla, que fue su contemporáneo, refiere que mucho tiempo antes del emperador Heraclio, volviendo el santo Patriarca de su destierro por órden de los emperadores Justino y Tiberio, pasó por un monasterio donde el dia 14 de setiembre celebró con mucha solemnidad la fiesta de la Exaltacion de la santa Cruz: *Postquam salutiferam Crucis memoriam die quartadecima mensis septembris splendide celebravimus, monasterio benedixit.* Leoncio, obispo de Nápoles, en la isla de Chipre, escribiendo la vida de san Simeon, por sobrenombre Salus, habla de la fiesta de la Exaltacion de la santa Cruz, la cual se celebraba con grande solemnidad y mucho concurso de fieles, como cosa establecida largo tiempo antes del imperio de Heraclio: *Tempore Justiniani,* dice, *cum accederent ii qui Christi erant amantes, et pro more sancta Christi loca cupiebant adorare, quae sunt in sancta civitate, in Exaltatione pretiosae et vivificae Crucis: norunt autem omnes, qui illic adesse consuevere in hoc sancto, et omnibus laudibus celebrando festo, quod ex universo orbe terrarum multitudo populorum, quae Crucem et Christum diligit,* etc. Así, pues, parece muy probable que el emperador Heraclio muy de intento escogió el dia 14 de setiembre para restituir la santa Cruz al mismo lugar de donde catorce años antes la habian sacado los persas, como dia consagrado ya muy de antemano á la exaltacion de la santa Cruz; y que por la devocion y por la grande confianza que siempre tuvo en ella el emperador Constantino, se determinaron los Sumos Pontífices á instituir esta fiesta particular.

SANTA CATALINA DE GÉNOVA, VIUDA.

Catalina, ó Cattarineta Fieschi Adorno, nació en Génova en el año de 1447. Su padre Jaime Fieschi murió siendo virey de Nápoles, en tiempo de Renato de Anjou, rey de Sicilia. Desde muy niña fue prevenida de copiosas bendiciones del cielo, y por un privilegio singular de la divina gracia, puede decirse que desde su cuna misma se vió libre de aquellas pasiones de ira, impaciencia y defectillos semejantes, con que suele estar por lo comun inquinada la mas inocente infancia. Aun mucho mas pasmoso y edificante era en ella ver á una tierna niña juntar á la perfecta sencillez de corazon y obediencia á sus padres un amor serio á la oracion, las prácticas mas heróicas de la propia negacion, y la devocion mas tierna y fervorosa, especialmente á la sagrada pasion de Cristo. Por testimonio mismo de ella se nos asegura, que á los doce años de edad ya era favorecida de Dios en la oracion con socorros extraordinarios sobrenaturales, é ilustraciones del Espíritu Santo. La experiencia nos enseña que por medio de una obediencia humilde y un fervoroso amor á la oracion aun la mas tierna edad es capaz de grandes adelantamientos en los pasos del amor divino y de la virtud sólida, y que el Espíritu Santo se deleita admirablemente en comunicarse á aquellos que desde tan temprano le franquean sus corazones. Pero al mismo tiempo que les atrae con el olor suave de sus ungüentos, les prepara por las pruebas mas severas, las cuales ofrecen ocasiones para el ejercicio de las virtudes heróicas, y perfeccionan la crucifixion de los apetitos desordenados en sus corazones. Así experimentó Catalina la conducta de la Providencia divina.

A los trece años de su edad deseó encarecidamente consagrarse al servicio de Dios en el estado religioso, teniendo por mas segura para ella la vida contemplativa, y por mas conforme á sus inclinaciones. Pero no habiendo querido admitirla las monjas de Santa María de Gracia de Génova, donde tenia una hermana mayor profesa, por su poca edad, delicada y débil complexion, hubo de condescender á la voluntad de sus padres, los cuales así que llegó á la edad de diez y seis años la colocaron en matrimonio con un jóven caballero de la misma ciudad de Génova, llamado Julian Adorno, con cuyo matrimonio se creyó asegurar la paz entre las dos familias Fieschi y Adorno. Mas tal vez de ningun otro matrimonio se podian temer mas fatales resultas que de este, atendida la contrariedad de costumbres de los dos

esposos; porque Julian, embelesado en los descarríos de la juventud y lleno de ambicion, la ocasionó muchas aflicciones, que estuvo ella padeciendo por espacio de diez años; y que por el buen uso que de ellas hizo contribuyeron á perfeccionar su santificacion. Su humor impaciente y áspero era causa de un continuo ejercicio de su paciencia: la dilapidacion de su patrimonio, y de las riquezas que ella habia llevado al matrimonio, perfeccionó el desprendimiento de su corazon con el mundo, y la vida abandonada de él era para la mujer un perpetuo manantial de lágrimas con que pedia á Dios por su conversion. Esta la consiguieron al fin sus oraciones, su paciencia, y su ejemplo, porque su marido muchos años antes de morir volvió en sí, dejó la vida viciosa que llevaba, y venerando la santidad de su consorte, vivió en adelante con ella como un hermano con su hermana, y tomando el hábito de la Tercera Órden de san Francisco, abrazó con fervor las penitencias y mortificaciones propias de este santo Instituto. Al fin de sus dias santa Catalina le asistió con indecible caridad, y le alcanzó del Señor la paciencia necesaria para sobrellevar con mérito el mal que le privó de la vida en el año 1497.

Viéndose nuestra Santa libre de la servidumbre del mundo, y en estado de seguir sus inclinaciones de vivir enteramente para sí y para Dios, estuvo pensando algun tiempo el mejor modo de poner en ejecucion sus santos deseos. Al fin para unir la vida activa en la contemplativa, y tener la felicidad de administrar á Cristo en sus miembros mas necesitados, determinó dedicarse al servicio de los enfermos en el grande hospital de aquella ciudad. Fue muchos años madre superior de esta casa, asistiendo continuamente á los pacientes con una ternura inexplicable, ejerciendo por ellos los oficios mas humildes, y limpiando las úlceras mas asquerosas. Al principio mucha dificultad costó á nuestra Santa el vencer aquella repugnancia que la naturaleza suele tener en hacer algunos oficios con respecto á ciertos enfermos; pero la perseverancia la ganó una completa victoria sobre sí misma.

Su caridad no podia estar ceñida á los límites de su propio hospital; extendia su esmero y solicitudes á todos los leprosos, y á otras personas miserables que habia en la ciudad, y destinaba á muchas personas para que indagasen con industria infatigable dónde habia enfermos y necesitados acreedores á socorro. Increibles eran sus ayunos y otras austeridades: y toda su atencion la ponia en negar á sus sentidos toda superflua gratificacion; y mucho mas en humillar su corazon, y vencer su propia voluntad en todas las cosas. Aun cuando

vivia en el mundo con su marido, era regla y precepto que se tenia impuesto no excusarse jamás cuando la acusaban ó atribuian alguna mala accion, antes bien ayudar y esforzar la acusacion condenándose á sí misma. Su constante oracion á Dios era, que reinase en su corazon su puro y santo amor, con la extincion de todo apetito desordenado: en cuyo sentido tomó por apodo suyo aquella peticion del Padre nuestro: *Hágase tu voluntad.* La necesidad de una mortificacion universal, y una humildad perfecta para preparar el camino á que el amor puro de Dios entre á reinar en nuestros corazones, es la coleccion principal que repetia, y repite muchas veces en los dos principales tratados que escribió, el primero titulado: *Sobre el purgatorio;* y el segundo llamado *Diálogo.* En esta última obra pinta los efectos poderosos del amor divino en una alma, y la dulce suavidad y alegría que les acompañan frecuentemente. Estos tratados de teología sobrenatural no están escritos para el comun del pueblo. Santa Catalina, pues, habiendo sufrido el martirio de una enfermedad prolija y tediosa, en que por mucho tiempo no pudo tomar alimento alguno, aunque recibia diariamente la santa Comunion, espiró con gran paz y tranquilidad, y su alma pasó al centro de su amor en el 14 de setiembre del año de 1510, á los sesenta y dos de su edad. El autor de su vida cuenta algunos milagros con que se dignó Dios testificar á los hombres la santidad de su sierva. Su cuerpo fue sacado diez y ocho meses después de su muerte y hallado sin la mas leve seña de putrefaccion. Desde entonces quedó expuesto en un monumento de mármol en la iglesia del hospital como cuerpo de Santa; y fue honrada con el título de *Beata,* que el papa Benedicto XIV lo mudó en el de *Santa,* titulándola en su Martirologio santa Catalina de Fieschi Adorno.

SAN CORMAC, OBISPO DE CASHEL, Y REY DE MUNSTER, EN IRLANDA.

Llámanle comunmente hijo de Cuillenan, y fue descendiente del rey Engo que fue bautizado por san Patricio, y probablemente primer obispo de Cashel. Es muy celebrado por los escritores irlandeses no solo por su mucha sabiduría, sino por su piedad, caridad, valor y magnificencia; y le titulan Santo, poeta y Rey. Murió peleando contra Flan, rey de Meath, y monarca de Irlanda, en el año de 908. Escribió en irlandés una historia llamada el *Salterio de Cashel,* que aun existe manuscrito, como nos dice Ware; y se hace de él conmemoracion en este dia en el Martirologio de Irlanda.

HIMNO.

VEXILLA REGIS PRODEUNT: *Véase el Domingo de Pasion*, Dominicas, *excepto la sexta estrofa que es como sigue:*

Ó Crux ave, spes unica
Paschale quae fers gaudium,
Pïis adauge gratiam,
Reisque dele crimina.

Saludámoste, ó Cruz, firme esperanza.
Que este dia nos das pascual contento,
A los piadosos da de gracia aumento,
Y el perdon de sus culpas al reo alcanza.

La Misa es en honor de la santa Cruz, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui nos hodierna die Exaltatione sanctae Crucis solemnitate laetificas; praesta, quaesumus, ut cujus mysterium in terra cognovimus, ejus redemptionis praemia in coelo mereamur: Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que cada año en este dia nos renuevas el motivo de alegría en la solemnidad de la Exaltacion de la santa Cruz; suplicámoste nos concedas que así como hemos conocido el misterio en la tierra, así tambien recibamos en el cielo el premio y los frutos de la redencion que vuestro Hijo Jesucristo obró en ella. Por el mismo Señor nuestro Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo II *del apóstol san Pablo á los Filipenses.*

Fratres: Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu, qui cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se aequalem Deo, sed semetipsum exinanivit formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo. Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen: ut in nomine Jesu omne genuflectatur coelestium, terrestrium, et infernorum, et omnis lingua confiteatur, quia Dominus Jesus Christus in gloria est Dei Patris.

Hermanos: Tened entre vosotros los mismos sentimientos que (fueron) en Cristo Jesús, el cual siendo Dios en la sustancia, no juzgó usurpacion el que su ser fuese igual á Dios, sino que se anonadó á sí mismo, tomando la forma de siervo; hecho semejante á los hombres, y reconocido por hombre en la condicion, se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual tambien Dios le ensalzó, y le dió un nombre que es sobre todo nombre: para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno; y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

REFLEXIONES.

Seguid las mismas máximas que Jesucristo siguió. Estas palabras del Apóstol ¿hablan por ventura solamente con los filipenses? ¿Y qué razon habrá para que el resto de los Cristianos se consideren exen-

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

tos de tan saludable leccion? ¿Somos acaso nosotros menos discípulos del Salvador que aquellos á quienes se dirigió esta Epístola? Pero si pretendemos salvarnos, si deseamos ser verdaderamente cristianos, ¿podemos ni debemos pensar de otra manera que como Cristo pensó? ¿podemos ni debemos admitir otras máximas ni otros principios? Sobre solo dos puntos gira toda nuestra Religion; sobre la moral y sobre el dogma, es decir, sobre lo que debemos creer, y sobre lo que debemos obrar. Es preciso creer todas las verdades de la fe; pero es indispensable vivir constantemente segun todas las reglas de la moral cristiana. Seguir la moral de Jesucristo sin tener fe es una quimera. Creer todo lo que la fe nos enseña, y no vivir segun las máximas del Evangelio, es una insigne locura acompañada de una irreligiosa impiedad. Porque á la verdad, si se cree todo lo que nos enseña la Religion: amor de un Dios infinito, que infinitamente nos ama, que nos previene con un amor infinitamente tierno, benéfico, incomprensible; la Encarnacion del Verbo, misterio en que se confunde y se pierde todo entendimiento criado; vida de un Hombre Dios, pobre, desconocido; trabajos extremos, muerte dolorosa y afrentosa de Jesucristo; redencion sobreabundante de todos los hombres, sin que ni uno solo fuese excluido de ella; feliz y bienaventurada eternidad, patria celestial, centro de todos los bienes, única herencia nuestra; milagro continuo del extremado amor de Jesucristo y de su presencia real en la Eucaristía, nuestro dulce consuelo y manantial inagotable de nuestra confianza; juicio terrible sobre la conformidad de nuestra vida con la regla suprema de las costumbres, y con la inalterable verdad del Evangelio; dificultades multiplicadas en el único negocio que tenemos, que es el de nuestra salvacion; máximas del mundo esencialmente opuestas á la única regla de las costumbres; espíritu del mundo extremamente contrario al espíritu de Jesucristo; vida mortificada, vida penosa, vida pura, vida penitente para que pueda ser y se pueda llamar vida cristiana; este es el compendio de nuestra fe. Dudar de un solo artículo en esta materia es ser infiel. Máximas del Evangelio, moral inalterable de Jesucristo; tener otra regla de vida, es condenarse, es ser réprobo, es ser desdichado, y enteramente perderse. Estas son las máximas de Jesucristo; pero ¿son estas las nuestras? Esos grandes del mundo, esos hombres de negocios, esas almas enteramente carnales, esas mujeres terca y obstinadamente mundanas, ¿entran en estas máximas? ¿estudian esta soberana, esta única regla de costumbres? Y ¿son verdaderamente fieles todos los que el dia de hoy tienen el nombre de cristianos? Esas personas esclavas

de sus pasiones, tristes víctimas del mundo; esos idólatras de los placeres, que pasan toda la vida en la enemistad de Dios y en su desgracia; esos cristianos de nombre, oprobio del cristianismo; porque *muchos*, como decia san Pablo á los filipenses (*cap.* III), y con mas razon lo podemos decir el dia de hoy, *muchos siguen otro camino muy diferente que el camino del Evangelio. Y estos son aquellos mismos de quienes os decia antes, y lo repito ahora con las lágrimas en los ojos, que son enemigos de la cruz de Jesucristo, cuyo fin es la muerte eterna, cuyo Dios es su vientre, que hacen vanidad de lo mismo que los deshonra, y que solo toman gusto á las cosas de la tierra.* Todos aquellos que son originales de este retrato (¡y cuántos lo son, santo Dios!) ¿se gobiernan por las máximas del Evangelio? Y estos tales ¿tendrán buenos fundamentos para esperar un fin dichoso? ¡Oh mi Dios, y qué prueba tan palpable es la conducta de la mayor parte de los hombres de que es muy corto el número de los escogidos!

El Evangelio es del capítulo XII *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus turbis judaeorum: Nunc judicium est mundi: nunc princeps hujus mundi ejicietur foras. Et ego si exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ipsum. (Hoc autem dicebat, significans qua morte esset moriturus). Respondit ei turba: Nos audivimus ex lege quia Christus manet in aeternum: et quomodo, tu dicis: Oportet exaltari Filium hominis: Quis est iste Filius hominis? Dixit ergo eis Jesus: Adhuc modicum lumen in vobis est. Ambulate dum lucem habetis, ut non vos tenebrae comprehendant: et qui ambulat in tenebris, nescit quo vadat. Dum lucem habetis, credite in lucem, ut filii lucis sitis.

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas de los judíos: Ahora se hace el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo cuando sea levantado de la tierra, lo traeré todo á mí. (Y esto lo decia para significar de qué muerte habia de morir). Respondióle la turba: Nosotros hemos entendido de la ley que el Cristo vive eternamente; ¿cómo dices tú, pues, conviene que el Hijo del hombre sea levantado de la tierra? ¿Quién es este Hijo del hombre? Jesús, pues, les dijo: Todavía está con vosotros la luz por poco tiempo. Caminad mientras teneis luz, para que no os sorprendan las tinieblas, y el que camina en tinieblas no sabe á dónde va. Mientras teneis luz, creed en la luz, para que seais hijos de la luz.

MEDITACION.

Del amor de los trabajos y cruces.

PUNTO PRIMERO. — Considera que es bien digno de admiracion el poco amor que se tiene á las cruces y á los trabajos, después de habernos enseñado Jesucristo los grandes tesoros que se encierran en

ellos. Bien se puede decir que son aquella piedra preciosa que por comprarla y poseerla vende todo cuanto tiene el que conoce lo que vale. Es un tesoro escondido que hace ricos y felices á los que tienen la dicha de encontrarle. Bienaventurados los que lloran, dichosos los que padecen, felices los que pasan la vida entre contradicciones y adversidades, dice el Salvador del mundo. No se engañó el Hijo de Dios cuando nos dió estas lecciones, cuando pronunció estos oráculos. Lleno está el Evangelio de estas verdades, todo nos predica lo que vale la cruz; la necesidad de las cruces, la incomprensible dulzura de los frutos de la cruz; además del ejemplo de Jesucristo tenemos tambien el de los Santos. Todos amaron las cruces: muchos dieron ó abandonaron todos sus bienes por encontrar este campo fértil en abrojos y todo cubierto de espinas. A no pocos se les vió pedir á Dios ó morir ó padecer, deseando la vida precisamente para tener mas que sufrir. A otros se les oyó exclamar: Alargadnos, Señor, la vida, pero prolongad los trabajos. En fin, no faltaron algunos que no contentos con estos, pidieron al Señor que se los sazonase con los abatimientos y con los desprecios: *Pati et contemni pro te*. Este fue el sentir de los Santos en órden á las cruces. ¡Cuánta diferencia hay, buen Dios, de su opinion á la nuestra! Se tienen por desgracias las adversidades, se hace cuanto se puede por evitarlas, y se huye de ellas como de infortunios y de contratiempos. Pero ¿de dónde nace este disgusto y aun este horror con que se miran las cruces? No de otro principio que de nuestra poca fe, de nuestro poco amor de Dios, y del imperio que tiene el amor propio en nuestros corazones. Tiénese una fe titubeante, una fe lánguida, una fe muerta ó moribunda: esto nos impide comprender bien los oraculos de Jesucristo, y penetrar todo su misterio. Ámase á Dios especulativamente, y de aquí nace el poco valor para imitarle y para seguirle. Cada cual se ama á sí mismo; es vil esclavo de sus pasiones, nada mas que un hombre enteramente carnal; hace poco papel, puede muy poco la Religion ni en nuestro entendimiento, ni en nuestro corazon; solo se defiere al dictámen de los sentidos, solo se consulta al amor propio. Esta es toda la razon por que no se aman las cruces. Pero si la cruz es el único camino que guia derecho al cielo; si fue conveniente que el mismo Salvador padeciese para entrar en la gloria, sus verdaderos siervos y los que se precian de discípulos suyos ¿entrarán en ella por otro camino?

Punto segundo.—Considera que solamente dejan de amar la cruz aquellos que no han gustado sus frutos. El nombre solo de cruz es-

panta; pero ¿á quiénes? á los hombres del mundo, criados y sumergidos en gustos y diversiones; á los esclavos de las pasiones y de los sentidos; á esas gentes enteramente entregadas á la delicadeza y al regalo. Estos son los que claman contra las cruces; los que se estremecen solo con oir hablar de ellas. Pero *gustate et videte*, dice el Profeta; gustad primero los frutos, y despues podréis hacer juicio de si os debeis gobernar por la corteza; entonces veréis si es verdad que en las adversidades solo se encuentra dolor, tristeza y amargura. Aquellos que los gustaron saben por una dichosa experiencia que esas aparentes amarguras están sazonadas de dulcísimos consuelos. Es verdad que los sentidos, por decirlo así, están en desgracia; que el natural gime oprimido; que el amor propio padece extraños suplicios; pero qué, ¿no se toma en cuenta aquella virtud omnipotente, aquella suavísima uncion de la divina gracia, en fuerza de la cual se encuentra un exquisito consuelo, un gusto particular en todo aquello que sujeta al amor propio y mortifica los sentidos? ¿no se toma en cuenta aquel suavísimo gozo que se experimenta en vestir la librea de Jesucristo, en ser tratado como hijo de la casa, y no como esclavo? ¿no se toma en cuenta aquella seguridad que se tiene de morir con alegría cuando se vivió con aflicciones, y se tuvo cuidado de santificar las cruces y los trabajos? Bien se puede decir que en el penoso ejercicio de estos se experimenta una cosa muy parecida á la que se notaba en el martirio de aquellos héroes cristianos, cuya memoria nos es de tanta veneracion. ¿Te persuades por ventura á que los dejó Dios abandonados á toda la viveza del dolor, á todo el rigor de los tormentos, á toda la rabia y á todo el furor de los tiranos? Pero ¿quién jamás hubiera podido naturalmente resistir á aquella infinita multitud de crueldades y de barbaridad que inventó el infierno para atormentar á los Cristianos? Aquel gran Dios, que permitia que sus fieles y queridos siervos fuesen tan atormentados, sabia muy bien recompensarlos, endulzándolos sus tormentos y sus penas. Veíanse muchas personas jóvenes, tiernas y delicadas hacer burla de los tormentos, y rebosar su alegría en medio de los mas bárbaros suplicios. Veíanse hombres, mujeres y viejos triunfar de gozo, y sentir en lo interior de sus almas un consuelo que, por decirlo así, encantaba toda la vivacidad de los suplicios que se ejecutaban en sus cuerpos. Los mismos paganos que ignoraban el misterio estaban aturdidos, y atribuian á encantamiento lo que era efecto de la gracia del Redentor y de la omnipotencia de nuestro Dios. Es verdad que tambien la gracia tiene sus encantos, pero muy diferentes de los que usa el demonio. Pues

esto mismo, poco mas ó menos, sucede tambien hoy con los que viven entre trabajos y cruces. Cuida Dios de aligerar el peso, de endulzar la amargura y de embotar las puntas. Con razon se puede decir que las adversidades, las cruces, las aflicciones, la pobreza y las desgracias sucedieron en el cristianismo á las persecuciones de los tiranos. La vida de los que viven en cruz es cierta especie de martirio sordo; pero no por eso obra Dios menos milagros en ellos: no se oponen menos á la naturaleza y á los sentidos los trabajos y las adversidades, que las hogueras y cadalsos; pero tampoco es menor el cuidado y la bondad de Dios con los atribulados de nuestros dias, que con los Mártires de otros tiempos. Amemos las cruces, y en las cruces hallarémos nuestras delicias.

Haced, Señor, que yo comprenda bien este misterio, y que haga por mí mismo la experiencia. Dadme este amor santo de la cruz, y tendré infaliblemente el vuestro. Nunca podré amar la cruz sin amar al que estuvo enclavado en ella.

Jaculatorias. — No permita Dios que me glorie de otra cosa que de la cruz de mi Señor Jesucristo. (*Gal.* VI).

Sí, Señor, toda mi alegría la coloco en las aflicciones, en los oprobios, en las miserias, en las persecuciones y en los disgustos que padezco por amor de Jesucristo. (*II Cor.* XII).

PROPÓSITOS.

1 Muchos halla Jesús el dia de hoy, dice el autor del libro de la Imitacion de Cristo, que suspiran por su reino celestial; pero muy poquitos que quieran llevar su cruz. Muchos desean los consuelos; pero á pocos agradan los trabajos. Muchos desean tener parte en sus gozos; pero pocos son tan generosos que quieran participar de sus tormentos. Muchos le siguen á la mesa hasta partir el pan; pero pocos hasta beber el cáliz de su pasion. Muchos le aman cuando están contentos y cuando derrama sobre ellos sus bendiciones; pero á poco que los aflija se dejan llevar del abatimiento y de la tristeza. No seas tú de esos siervos cobardes é interesados. No puedes amar á Cristo crucificado, si no amas tambien la cruz. Nunca pongas los ojos en tu Crucifijo sin oir la exhortacion que te hace á que le imites en sus tormentos. En todas partes se tiene á la vista el Crucifijo, en el oratorio, enfrente de la cama, en el altar, y con todo eso este sagrado objeto hace poca impresion en los que le miran. Sea en adelante el

Crucifijo tu director y tu maestro. Ama la cruz, y amarás á Jesucristo crucificado.

2 En todas partes nacen las cruces, hasta en el mismo trono. No pretendas arrancarlas, sino hacerlas meritorias. Acuérdate que siempre son efecto de la misericordia y de la bondad de tu Dios. En sucediéndote algun trabajo no dejes de darle gracias inmediatamente con alguna breve oracion, aunque no sea mas que con un *Gloria Patri*. Nunca tengas otro lenguaje con tus amigos, con tus hijos y con tus criados. Inspira á todos el amor á las cruces, singularmente con tu mismo ejemplo.

LOS DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA.

En la Dominica tercera de setiembre celebramos la fiesta de los Dolores de Nuestra Señora. — Una de las cualidades que mas ennoblecen á España, y que ensalzan su mérito entre las mas grandes naciones del mundo es, además de su catolicismo, la tierna devocion que siempre ha manifestado á la Reina de los Ángeles. La feliz situacion de que goza esta Península, la fecundidad de su terreno, la amenidad de sus valles, la frescura de sus montes y la riqueza de sus minas, que en tantas ocasiones han sido el objeto de la avaricia de las naciones guerreras, todo es menos que el tener en su seno unas criaturas racionales, que reconocidas á su Criador, adoran sus sabias disposiciones, profesan el Evangelio que predicaron los Apóstoles, y ponen sus mayores esmeros en celebrar las grandezas de aquella Vírgen dichosa que tuvo en su vientre al Unigénito de Dios. España como las demás naciones ha celebrado siempre los misterios de la santa Vírgen, adelantándose á muchas de ellas á proporcion que ha sido mayor la santidad de los Prelados que la han gobernado, y mayores las causas que la Reina de los Ángeles les ha dado para manifestarse agradecidos. Cuando no tuviese multiplicados testimonios de esta verdad en todas las iglesias, bastaria un san Ildefonso, arzobispo de Toledo, para autorizarla; sus obras manifiestan el grado de devocion y de ternura que tenia este santo Prelado para con la santa Vírgen; y asimismo manifiesta la historia de su vida cuán bien se lo pagó la Señora, dignándose de bajar del cielo á ponerle con sus manos una sagrada vestidura.

Sin embargo de la multiplicidad de fiestas que la Iglesia de España tiene dedicadas á la Madre de Dios, con la circunstancia de haber tenido su principio en esta region muchas de ellas; sin embargo de

la solemnidad y pompa con que se celebran infinitos octavarios á todos sus misterios; sin embargo, en fin, de que no hay ciudad, pueblo ni aldea en que no haya alguna imágen dolorosa de la Reina de los Ángeles que sea venerada con especial devocion; con todo eso parece que el espíritu de esta nacion piadosa, reunido en el corazon de sus católicos monarcas, no encontraba todavía todo el desahogo que requeria su amor y su devocion fervorosa. Consideraban los españoles los dolores de la Vírgen en el tiempo en que toda la Iglesia estaba anegada en lágrimas por la representacion de los de su santísimo Hijo. Deseaba por tanto, queriéndose entregar únicamente á la contemplacion de las acerbísimas penas que traspasaron el corazon de María al tiempo que los pérfidos judíos consumaron el mas atroz de los delitos en el Calvario, que los dolores de María tuviesen una festividad particular en tiempo mas desocupado. El animoso rey Felipe V, que juntaba á un mismo tiempo todas las cualidades de un valeroso soldado con las de un cristiano piadoso, se encargó de solicitar de la Silla apostólica la consecucion de esta gracia. Propúsose por modelo el fervor de la religion de los Siervos de María, cuya devocion en celebrar los dolores de esta soberana Reina es bien notoria por todo el mundo cristiano. Sus preces tuvieron todo el efecto deseado; pues habiendo precedido el parecer favorable de la sagrada Congregacion de Ritos, dado á 17 de setiembre de 1735, nuestro santísimo Padre Clemente XII concedió el dia 20 del mismo mes y año este consuelo á toda la Iglesia de España. En consecuencia deben ocuparse los fieles este dia en la devota consideracion de los dolores de la Reina de los Ángeles, teniendo presentes los testimonios de la santa Escritura que los comprueban, los dichos de los santos Padres que los testifican, y las consideraciones de los varones piadosos que los ponderan.

En dos distintos lugares de las sagradas Escrituras se hace mencion de las acerbas penas que afligieron al inocente corazon de la santa Vírgen. El primero en el capítulo segundo de san Lucas, y el segundo en el diez y nueve de san Juan. El primero contiene una profecía del santo anciano Simeon, en que la certificaba, que su alma habia de ser traspasada con un cuchillo; y en este instante la santa Vírgen, que sabia muy bien las Escrituras, vió á un golpe de vista los terribles tormentos que su Hijo habia de padecer, y las acerbas penas que habian de resonar en su corazon. En aquel punto se la representaron las pinturas horrorosas que Isaías hace de Jesucristo paciente. Ya le veia humillado, escupido, y abofeteado sin figura de

hombre: otras veces se le representaba como un manso cordero que sin abrir su boca iba á ser sacrificado por los pecados del mundo. En aquel instante pudo exclamar con Jeremías: Ved, Señor, la tribulacion que padezco: mi corazon se ha trastornado dentro del pecho, porque estoy llena de amargura. Pero todo esto era inferior al dolor que padeció después en la pasion sangrienta de su Hijo, cuanto va de la imaginacion á la verdad. Así los dolores de María asistiendo á la cruz de su Hijo paciente tienen el aspecto mas terrible que pueden tener, y así nos la representó san Juan. Este sagrado Evangelista, exactísimo en referir las menudencias de la pasion de su Maestro, llega á hablar del tormento que al mismo tiempo padecia su Madre, y se contenta con decir solamente, que al tiempo de morir su Hijo estaba junto á la cruz. Pero en esto mismo se contiene tanta materia para considerar la intension de los dolores de María, que apenas ha habido escritor piadoso que haya podido apurar en sus escritos todo el amargo cáliz que bebió entonces la Señora. Sin duda sus dolores en esta ocasion exceden la comprension del entendimiento humano, y solamente se pueden llegar á percibir con algunas consideraciones piadosas.

Aunque no fijemos, pues, la consideracion en aquel encuentro doloroso, que consideran los contemplativos, y afirma algun otro Padre; aunque no pensemos sobre el terrible dolor que penetró el corazon virginal cuando vió entre inmensas tropas de gentes al bendito Jesús llevar sobre sus hombros, hecho un Isaac verdadero, el leño donde habia de ser sacrificado; aunque apartemos los ojos del quebranto que padeció, cuando cumpliéndose una profecía, vió al Sol de justicia cubierto de negras sombras, y convertida en sangre la Luna llena de gracia y de amargura; solamente con mirarla en la cima del monte sagrado y verdadero collado de María, basta para conocer el mar de penas, la tempestad furiosa que combate su espíritu, y cási la sumerge en el profundo. Discúrrase una por una por cuantas penas sufrieron los Mártires; considérense la espada de un Pablo, los leones de un Ignacio, las parrillas de un Lorenzo, las ruedas, los potros, las cruces, la excarnificacion y muerte de un Vicente, de una Eulalia, de un Justo y Pastor, y se hallará que todos sus tormentos son en comparacion de los de María lo que una hoja en un monte, una gota de agua en el mar, una arena en la tierra, y un átomo pequeño comparado con el inmenso espacio del globo celeste. Aquella magnanimidad y fortaleza con que quiere ver morir á su Ismael, no debajo del árbol, sino pendiente de él ante los ojos del universo, des-

pedazan sus entrañas con instrumentos mas crueles que el fuego, el potro y el cuchillo. Su misma fortaleza la hace penetrar á todo riesgo la guardia de los soldados hasta llegar al funesto teatro donde se representó la mas horrible tragedia que imaginaron jamás la crueldad, la envidia, la ingratitud y el despecho. En esta situacion pudiera reconvenírsela á la Señora con aquellas palabras del real Profeta que dicen: *Acordaos de que el hombre enemigo ha desafiado con osadía á su Señor, y ha determinado á fuerza de improperios irritar su santo nombre; pero el amor de María es magnánimo y mas poderoso que la misma muerte.* Ninguna reconvencion será capaz de hacer que perdone dolor alguno á su inocente corazon. Puesta en el monte de mirra, prueba y apura todo el cáliz y amargura que la está preparado. No rehusa los dolores, antes bien padece con su Hijo para beneficio del género humano.

Ya ve con sus mismos ojos á unas manos atrevidas, que asiendo de las ropas teñidas en sangre, despojan al inocente Jesús: ya ve que con una rabiosa furia le quitan la túnica inconsútil, obra de sus manos virginales, y que renovando las llagas de su sagrado cuerpo y cabeza, comienzan á correr de nuevo arroyos de sangre por su divino rostro: ya, en fin, aparece Jesucristo desnudo, sin mas auxilio para la decencia que la que tiene el hombre por sí mismo cuando acaba de salir de las manos de la naturaleza, como dice san Ambrosio. Y la madre de honestidad y de pureza, cuyos ojos castísimos infundian decencia, penetrando sus miradas los secretos senos de las almas: aquella que entre todas las mujeres fue la primera que dió á la virginidad un precio inestimable y cási infinito, ¡cómo tendria su corazon, viendo á su Hijo vírgen de los vírgenes en una desnudez tan afrentosa, y á la vista de tan innumerable multitud de gentes! Si el temor de la desnudez pudo tanto en unos pechos virginales, aunque gentiles, que él solo bastó para contener los horrendos suicidios que maquinaba la furia de un frenesí en las doncellas de Samos, ¿cuánto sentimiento causaria en el espíritu de la Vírgen purísima ver á su Hijo desnudo, y que este oprobio era celebrado con risas desmesuradas, y baldonado con improperios y blasfemias? Clavados sus hermosos ojos en el endurecido cielo estaria suspenso su espíritu, admirando los inescrutables consejos y adorables fines de la justicia del eterno Padre. ¡Suspension dichosa, si la furia de los hombres permitiera continuarla! Pero ya oye el ruido de los martillos, y percibe como están clavando á su Hijo en el madero de la cruz. Suenan en sus oidos los chasquidos con que crujen los huesos del pecho sacratísimo

al tiempo que entre inefables dolores se descoyuntan. Ya ve que conmoviéndose el pueblo, alzándose una extraña gritería, levantaban en alto la cruz para dejarla fija en el suelo. ¡Qué dolor tan agudo el de la benditísima Vírgen en este punto! ¡qué tormento el suyo cuando vió que clavado Jesús al madero, y moviéndose del uno al otro lado, se desgarraban mas y mas las sangrientas heridas! ¡qué sentimiento al ver caer hilo á hilo la sangre divina sobre las piedras del Calvario, y aun sobre los mismos que le crucificaban, cuyos pecados estaba lavando con ella! ¡qué angustia, en fin, la de aquel inocentísimo corazon cuando vió ya á Jesús cubierto de oprobios, y hecho el varon de dolores, como tenia profetizado Isaías! Su corazon quedó trastornado de dolor: la espada de su Hijo la atravesaba el alma en lo exterior, y dentro de su espíritu estaba la imágen de la misma muerte. *Subversum est cor meum in memetipsa, quoniam amaritudine plena sum, fortis interficit gladius, et domi mors similis est.*

Nada hay ya en toda la naturaleza que pueda dar consolacion á la afligida Señora. Si fija los ojos en la tierra, ve los copiosos arroyos de sangre que manan de las heridas del Crucificado: si quiere levantarlos al cielo, se estrellan inmediatamente con su lastimado Hijo: si mira á la multitud de chusma que puebla el Calvario, sus risas y sus blasfemias atormentan los ojos y los oidos; y si se para á contemplar, se le ofrecen uno por uno los miembros dilacerados de Jesús, en que no ve mas que salivas asquerosas, palidez, cardenales, heridas, sangre, horror y muerte. Su alma misma la sirve de tirano, porque la memoria la acuerda los inmensos beneficios que pagan ahora los ingratos hombres con una afrentosa muerte: su entendimiento la representa la suma inocencia de Jesucristo y la infinita injusticia con que los hombres le han condenado, la hace conocer que es verdadero Dios, que descendió del eterno Padre, con quien es una sustancia y la misma santidad por esencia. Y ve que este inocente, este bienhechor, este Rey de reyes, este Señor de todo lo visible é invisible, este Dios omnipotente, eterno é inmortal es tratado como loco, embaucador, revoltoso, tirano, y mas facineroso que los mas depravados hijos de las tinieblas. Ve el resplandor de la luz eterna trocado en negras sombras de oprobios. Ve la Sabiduría infinita tratada de necedad é ignorancia; la comida de los Ángeles convertida en hieles y mirra; el poderoso que se ciñe la espada de su virtud sobre su muslo, abatido y derrocado á los piés de la hez del pueblo; el Esposo todo hermosísimo sobre los hijos de los hombres, amabilísimo sobre el amor mas encendido y abrasado, y dulcísimo mas que el panal de miel for-

mado en el monte de los Líbanos, afeado, despreciado, escupido, y hecho el oprobio y la fábula de la malignidad y el desprecio. ¡Y esto con qué inhumanidad! ¡con qué afrenta! ¡con qué escándalo de los cielos y de la tierra! hasta dejar el cuerpo de Jesucristo sin sanidad y sin figura de hombre: hasta hartar una hambre infinita de padecer, y hacer rebosar los oprobios, segun la frase de un oráculo divino: *Saturabitur opprobriis.*

Todos estos tormentos, todos estos dolores los padecia María en calidad de madre, y madre la mas tierna y sensible que puede imaginarse. Esta cualidad hace sus dolores de una esfera tan superior, que apenas cabe en el humano entendimiento, porque constituye al amor por uno de los principales agentes de su pena y amargura. El mismo Dios caracteriza en las santas Escrituras el amor maternal por superior á todos los amores, segun la expresion del Espíritu Santo: es la hipérbole del dolor el que padece una madre por la muerte de su hijo unigénito; y de esta verdad hay testimonios repetidos en las sagradas y profanas historias. Jacob llora sin consuelo á su desgraciado José: Resfa no puede ver perecer delante de sus ojos el fruto de sus entrañas: David puebla los aires de voces lastimeras y gemidos por su hijo Absalon: Pompeya Tiburnia ve las ropas de su hijo teñidas de sangre, y le acompaña en el eterno sueño de la muerte: Emilia, hija de Valerio Torcuato, oye que su hijo andaba entre las espadas enemigas, y le cuesta la vida este peligro. Estos ejemplos de amor maternal pueden dar alguna idea de la sensacion que causaria en la Madre de Dios ver la muerte de su Hijo; pero siempre es necesario advertir la gran diferencia que hay de hijos y de madres. El Hijo de María es amable sobre todos los bienes: es digno con dignidad infinita sobre todo lo visible é invisible: es la misma inocencia, todo amoroso, todo dulce, todo bueno, todo apacible. María es semejante en todo á su Hijo: su corazon es el centro de la compasion y misericordia; su genio es la misma apacibilidad y dulzura; su alma, la mas amable, la mas blanda, la mas tierna y sensible, es la materia mejor dispuesta para padecer. La consideracion de que su Hijo es Dios, abre las puertas al sentimiento; el sumo amor que como á tal le profesa, forma un raudal inmenso; las gracias cási infinitas que por la dignidad de Madre de Dios ha derramado el Espíritu divino sobre su alma, se emplean sin intermision en ensanchar las orillas á este torrente; y la afrenta é inhumanidad con que ve padecer á su Hijo, forman un profundo abismo de aguas amargas de tribulacion y de desconsuelo: ve que pierde un Hijo infinitamente mas amable que todos

los hijos de los hombres; un Hijo á quien ama, no solamente con el amor natural de la madre, sino con el que le debia tener por haberle concebido sin mas intervencion que la del Espíritu Santo. Pierde un Hijo que es todo suyo, que así como fue eternamente engendrado sin madre, lo habia sido tambien en tiempo sin padre, de solas sus virginales entrañas; y á este Hijo tan amado le oye en aquel triste sitio, *tengo sed*, y no le puede dar una sola gota de agua: ve que no tiene dónde apoyar su cabeza, y no le puede servir de reclinatorio: le ve morir, finalmente, y no le puede dar amparo.

Parece que los dolores de María no podian ya llegar á mayor extremo; sin embargo, veia á su santísimo Hijo todavía vivo, y una vida tan preciosa, aunque llena de tanta humillacion, no podia menos de dar algun consuelo á su alma. Iba ya Jesús á espirar cuando advirtió que la fijaba la vista como para decirla alguna cosa; y cuando pudiera esperar que con algun tierno y dulcísimo coloquio fortaleciese su angustiado corazon, vió que señalando á san Juan Evangelista, la dijo con desmayada voz estas palabras: *Mujer, ve ahí, ese es tu hijo*. Los Santos no acaban de ponderar lo acerbo del dolor que fueron estas palabras para María, que quedó toda absorta y sorprendida al oirse llamar mujer en lugar de madre, y que la daba por hijo á un puro hombre, en lugar del Unigénito de Dios. Pero por grandes que fuesen sus amarguras en este punto, se doblaron todas cuando advirtió que el rostro sacratísimo de Jesús, mas hermoso que los de todos los hombres, se cubria de la palidez y sombra de la muerte, que se le quebraban los ojos que eran el resplandor de la luz eterna, y que desmayando poco á poco el aliento, iba á dar el último suspiro: cuando, finalmente, vió que demudado todo, y clamando con una gran voz á su eterno Padre exhaló su santísima alma, consumando la grande obra de la redencion del mundo, aquí fue el último desconsuelo de María: aquí se acabó de enlutar su corazon; y aquí se verificó lo que dice el abad Ruperto; esto es, que fue mas que mártir. Y san Bernardino de Sena llegó á decir: *Que fue tan extremado su dolor, que si se llegase á dividir entre todas las criaturas sensibles, todas perecerian al momento*. ¡Oh desconsolada Señora! ¿á dónde volveréis ya vuestros ojos que no encuentren motivos de sentimiento? Vuestros amigos os han desamparado, y se han convertido en vuestros mas crueles enemigos. La tierra os asusta con temblores espantosos; el aire os atormenta con los ecos de las blasfemias; el cielo se os oculta con negras y espesas tinieblas; el sol oscurecido niega sus alegres luces, y hasta el eterno Padre se hace sordo á los suspiros de vuestro corazon, y os deja con

vuestro Hijo sumergida en las olas furiosas del mas triste desamparo. Tanta multitud de dolores mueve á exclamar con san Buenaventura: *¡Oh corazon suavísimo, centro de amor, por qué te has convertido en corazon de dolor! Miro tu corazon, oh madre amabilísima, y ya no es corazon, sino amarga hiel, y corazon de ajenjos.* (*Véase el* VIERNES DE PASION *en las Dominicas, y los* SIETE SIERVOS DE MARÍA, *en el mes de febrero.*

HIMNO.

O quot undis lacrymarum,
Quo dolore volvitur,
Luctuosa de cruento
Dum revulsum stipite
Cernit ulnis incubantem
Virgo Mater Filium!

Ó cuántas lágrimas vierte,
Y cuán gran dolor traspasa
A la Vírgen Madre, cuando
Ve al Hijo de sus entrañas,
Que depuesto de la cruz
En su seno se le plantan.

Os suave, mite pectus,
Et latus dulcissimum,
Dexteramque vulneratam,
Et sinistram sauciam,
Et rubras cruore plantas
Aegra tingit lacrymis.

Aquella boca suave,
Aquel pecho, de amor fragua,
El costado atravesado,
Ambas manos desgarradas,
Y los piés ensangrentados
Con lágrimas riega amargas.

Centiesque, milliesque
Stringit arctis nexibus,
Pectus illud, et lacertos,
Illa figit vulnera,
Sicque tota colliquescit
In doloris osculis.

Mil veces su pecho y brazos
Apretadamente abraza:
En su corazon imprime
Aquellas sagradas llagas,
Y entre ósculos de dolor
Se derrite en vivas ansias.

Eja, Mater, obsecramus
Per tuas has lacrymas,
Filique triste funus,
Vulnerumque purpuram,
Hunc tui cordis dolorem
Conde nostris cordibus.

Ea, Madre, te rogamos
Por las lágrimas que manan
De tus ojos, por la Sangre
De tu Hijo sacrosanta,
Por su muerte, que en nosotros
Tu gran dolor repartas.

Esto Patri, Filioque,
Et coaevo Flamini
Esto Summae Trinitati
Sempiterna gloria,
Et perennis laus, honorque,
Hoc, et omni saeculo.
Amen.

Sea el Padre, sea el Hijo,
Sea el que es divina Llama,
Sea la Trinidad suma
Por siempre glorificada,
Y en todos siglos y en este
Oiga perenne alabanza.
Amen.

La Misa es propia de la festividad, y la Oracion la que sigue:

Deus, in cujus passione secundum Simeonis prophetiam, dulcissimam animam gloriosae Virginis et matris

Ó Dios, en cuya pasion la espada del dolor atravesó la dulcísima alma de tu gloriosa vírgen y madre María, como

Mariae doloris gladius pertransivit: concede propitius, ut qui transfixionem ejus et passionem venerando recolimus, gloriosis meritis et precibus omnium Sanctorum cruci fideliter astantium intercedentibus, passionis tuae effectum felicem consequantur: Qui vivis et regnas...

Simeon habia profetizado: concédenos, piadoso Señor, que los que renovamos la memoria de sus dolores para ofrecer nuestros cultos, lleguemos á conseguir el venturoso efecto de tu pasion por la intercesion y méritos de todos aquellos Santos que asistieron con fidelidad al Redentor en la cruz. Tú que vives y reinas, etc.

La Epístola es del capítulo XIII *del libro de Judith.*

Benedixit te Dominus in virtute sua, qui per te ad nihilum redegit inimicos nostros. Benedicta es tu à Domino Deo excelso prae omnibus mulieribus super terram. Benedictus Dominus, qui creavit coelum et terram, qui te dixit in vulnera capitis principis inimicorum nostrorum: quia hodie nomen tuum ita magnificavit, ut non recedat laus tua de ore hominum, qui memores fuerint virtutis Domini in aeternum; pro quibus non pepercisti animae tuae propter angustias et tribulationem generis tui, sed subvenisti ruinae ante conspectum Dei nostri.

El Señor te bendijo comunicándote su poder, y por tu medio ha reducido nuestros enemigos á la nada. Bendita eres tú, ó hija del Señor Dios altísimo, sobre todas las mujeres de la tierra. Bendito el Señor que crió el cielo y la tierra, y dirigió tu mano para que cortase la cabeza del principal de nuestros enemigos: porque de tal manera ha engrandecido hoy tu nombre, que tus alabanzas no faltarán jamás de la boca de los hombres que se acordaren en lo sucesivo de los portentos del Señor, por amor de los cuales no temiste exponer tu vida viendo las angustias y tribulacion de tu gente, sino que socorriste á la ruina que amenazaba en presencia de nuestro Dios.

REFLEXIONES.

Al aplicar nuestra madre la Iglesia á los dolores de María santísima una epístola como la referida, que está sacada del libro de Judith, y contiene parte de los cánticos con que celebró el pueblo de Israel la magnanimidad de aquella heroína, presenta á los ojos de los fieles dos cosas igualmente notables, y que merecen su reflexion. La primera es atribuir á María la redencion del mundo en compañía de su Hijo Jesucristo, padeciendo juntamente con él todas sus penas y tormentos, y hasta la misma muerte. La segunda es reconocer en su corazon una fortaleza y constancia superior á la que manifestó Judith en la accion gloriosa y arriesgada de entrarse en un ejército enemigo con el designio de cortar la cabeza á su general, el cual llevó á debido efecto con toda la felicidad que podia prometerse. En órden á lo primero, las insinuaciones de nuestra madre la Iglesia deben tener

para con nosotros tal recomendacion de razonables y verdaderas, que seria un delito el negarlas nuestra veneracion y nuestro asenso. Pero los dolores de María tienen además la comprobacion de los Padres de la Iglesia, que los reputan por un martirio. San Gerónimo dice: *Que los demás Mártires lo fueron muriendo por Cristo; pero que María lo fue muriendo juntamente con Cristo.* San Ambrosio en el libro que escribió para instruccion de las vírgenes (*cap.* VII), representa á María santísima al pié de la cruz repasando con sus ojos las sangrientas heridas de su Hijo, por medio de las cuales sabia que lograba el mundo su redencion: *Y estaba la piadosa Madre*, dice, *con un ánimo nada indigno del sangriento espectáculo que miraba, pues no temia á los homicidas. Pendia en la cruz el Hijo, y la Madre se ofrecia á los perseguidores, esperando si acaso con su muerte se podria añadir algo al público sacrificio; pero la pasion de Cristo no necesitó de quien la ayudase ó aumentase.* Estas palabras de san Ambrosio justifican el piadoso título que se le suele dar á la Vírgen de Corredentora del género humano, y son análogas á las insinuaciones de la Iglesia.

Con igual razon la atribuye esta una constancia y fortaleza en los trabajos, superior no solamente á la que manifestó Judith en su gloriosa empresa, sino tambien á las de todos los Mártires, por lo cual la ensalza con el epíteto de Reina de los Mártires: san Gerónimo mide la grandeza de sus dolores y tormentos por la grandeza de su amor; y de aquí infiere, que habiendo amado María á su Hijo Jesucristo mas que todos los Mártires, debió padecer al pié de la cruz mas dolor que todos ellos. Por tanto no duda san Anselmo decir en un sermon de la Asuncion, que cuanto padecieron los Mártires en sus cuerpos por la crueldad de los tiranos, fue poco ó nada en comparacion de lo que padeció María. Sin embargo, vemos á esta Señora al pié de la cruz, donde está espirando su Hijo, con una fortaleza portentosa. Léjos de ella los lamentos, léjos las acciones descompasadas con que manifiestan el exceso de su dolor las mujeres vulgares: siente lo que no es capaz de sentir una pura criatura; pero al mismo tiempo se manifiesta en su semblante la invicta fortaleza que sostiene su corazon. Su voluntad está perfectamente resignada en las disposiciones del eterno Padre, y así como su Hijo le obedece hasta sufrir la muerte de cruz, así tambien María junta su obediencia con la del Salvador del mundo, sufriendo su penoso martirio con una constancia digna de la Madre de Dios. Por eso dice san Ambrosio en la oracion fúnebre del emperador Valente: *Leo que María estaba de pié junto á la cruz de su Hijo, mas no leo que llorase.* Estas reflexiones son un motivo poderoso

para que el cristiano adore la mano de Dios en todos sus trabajos, y los lleve con ánimo invencible.

SECUENCIA.

STABAT MATER DOLOROSA, etc.

Véase el Viernes de Pasion, *en las Dominicas.*

El Evangelio es del capítulo XIX *de san Juan.*

In illo tempore: Stabant juxta crucem Jesu mater ejus, et soror matris ejus Maria Cleophae, et Maria Magdalena. Cum vidisset ergo Jesus matrem, et discipulum stantem, quem diligebat, dicit matri suae: Mulier: Ecce filius tuus. Deinde dicit discipulo: Ecce mater tua. Et ex illa hora accepit eam discipulus in sua.

En aquel tiempo: Estaban junto á la cruz de Jesús su Madre, y la hermana de su Madre, María Cleofas, y María Magdalena. Habiendo, pues, visto Jesús á su Madre, y al discípulo que amaba, que estaba de pié, dijo á su madre: Mujer, hé ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: Hé ahí tu madre. Y desde aquella hora la recibió el discípulo por suya.

MEDITACION.

Sobre los frutos que deben causar en el cristiano los dolores de María.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la contemplacion de los dolores de María es un antídoto sumamente provechoso contra todas las aflicciones que se padecen en esta vida, y al mismo tiempo un motivo para esperar con mayor confianza la divina misericordia.

Los dolores de María santísima bien considerados deben fortalecer el alma del cristiano, y llenarle de soberanos consuelos, por mas que las aguas amargas de la tribulacion le hayan sumergido en el profundo. Porque ¿qué trabajos pueden ser los tuyos, ó cristiano, que merezcan compararse con los de aquella Señora? ¿Te han usurpado la hacienda? á María santísima la quitaron su Hijo, en donde estaban encerrados todos los inmensos tesoros de las riquezas divinas. ¿Han vulnerado tu honor, afeándole con imposturas, y ennegreciendole con calumnias afrentosas? María santísima tiene á su Hijo, que es la misma inocencia, crucificado por revoltoso, por embaucador, por un hombre tan malo que queria levantarse por Rey, y llegó á tanto el vilipendio, que llegaron á posponerle al facineroso Barrabás. ¿Te han privado de tu pariente, de tu esposo, ó de tu hijo? María santísima se ve viuda, porque Jesucristo es el esposo de las Vírgenes: la han quitado un hijo Dios de quien era verdadera madre, y con él la han quitado todos los bienes imaginables; pues todos se contienen en la

naturaleza divina. ¿Padeces enfermedades, tienes tu cuerpo cubierto de llagas, te afligen la hambre, la sed, la pobreza, y todos los dolores? María santísima se ve despreciada de todos, sin tener modo de aliviar la sed de su Hijo, ni darle sepultura, y su bendita alma está hecha el teatro mas lastimoso de cuantos inventó la crueldad, y del mas triste desamparo. Sin embargo de eso, María es inocentísima, y se conforma perfectamente con la voluntad de su Dios. ¿Quién eres tú, pues, que pretendes tener mejor suerte, y mayores privilegios que esta Señora? ¿Qué temeridad es la tuya cuando pretendes eximirte de los trabajos de esta vida con una conducta llena de delitos? ¿No será mas razonable pensamiento el llenar tu corazon de una santa tranquilidad y consuelo, considerando en los trabajos que Dios te trata como trató á su misma Madre? Además, que en esto mismo puedes asegurar una dulce esperanza de las eternas recompensas. El mismo Dios tiene dicho, *que no será coronado sino el que hubiese peleado con fortaleza*. El sufrimiento de los trabajos de esta vida es la lucha á que está prometida la palma y la victoria. Por otra, el haber padecido tanto la Madre de tu Dios, te asegura de que en sus dolores tienes un caudal con que pagar tus deudas, y un repuesto de merecimientos en que afianzar tus esperanzas. María inocentísima, y sin la mas leve mancha de pecado, á imitacion de su Hijo, no padeció para sí, sino para beneficio del linaje humano. Ensancha, pues, ese corazon, y conoce que en los dolores de María tienes todo tu consuelo, y en donde colocar la esperanza de conseguir la vida eterna.

Punto segundo.—Considera que el mismo Espíritu Santo aconseja la continuacion en contemplar los dolores de María, proponiendo al mismo tiempo los grandes provechos de que serán participantes los que se empleen en tan santo ejercicio.

En la sagrada Escritura se dice: *No olvides los gemidos y dolores de tu Madre, para que se perfeccione en tí la gracia y la bendicion*. Esta continuacion en las buenas obras es poco menos que esencial para percibir todo el fruto que ofrecen ellas por sí mismas; pero en los dolores de María se hace enteramente necesaria. Porque, ¿de qué servirá ver padecer á esta Señora en lo mas íntimo de su alma, y que su dolor excite nuestra compasion, si á manera del vuelo de las aves, y el camino del bajel, apenas deja en nuestro corazon unas pequeñas señales de haber existido? ¿De qué sirve traer á la memoria en un dia del año que María, aquella Señora inocentísima, que es Madre de Dios, aquella Señora que estaba llena de dones del Espíritu San-

to, y jamás admitió en su alma la mas ligera mancha, padece por nosotros los mas graves dolores que pueden ser padecidos por pura criatura? ¿Qué provecho sacarémos de los oportunos intentos de la Iglesia, que celebra los dolores con el fin de que nos acordemos tambien de los de Jesucristo? Se hace, pues, indispensable la continuacion en contemplar una materia de donde nos deben resultar tantos provechos. Porque no hemos de pensar que el aconsejarnos el Espíritu Santo la continuacion y constancia en contemplar las penas de nuestra Madre dolorosa tenga por objeto que estemos siempre tristes y llorosos, exhalando ayes y suspiros. No hemos de creer que es para que nos sequemos de amargura, ni nos ocupen mas afectos que el llanto y el dolor. Mayores provechos nos advierte, para mayores intereses nos excita: para que se perfeccione en nosotros, dice, la propiciacion, la misericordia y perdon de Dios, y tenga en nosotros entero cumplimiento la bendicion y la gracia.

¡De qué utilidades tan grandes y ciertas será poseedor el que siguiere contemplando los dolores de nuestra Madre y Reina María santísima! Todos cuantos buenos pensamientos haya causado en el alma, todos se conservarán con facilidad: le servirá de un antídoto seguro, dice san Bernardino de Sena, y de un preservativo cási cierto para no pecar: esta contemplacion hará un prodigioso aumento en él de todas las virtudes, dice san Anselmo: *El flaco cobrará alientos, el afligido consuelo, favor el menesteroso, ayuda el desvalido, el fuerte mas gracia, el santo mas justicia, y el perfecto gloria.* Viendo á María padecer, ¿quién rehusará los ejercicios penosos de la vida cristiana? ¿Quién no tendrá los ayunos por hartura, las penitencias por alivio, las enfermedades por regalo, los trabajos de la vida humana por beneficios, las lágrimas por consuelo, y la abstraccion y mortificacion por gusto, dulzura y contento? Viendo padecer á María, ¿quién habrá que retraiga el hombro de la cruz de Jesucristo? ¿Quién no estará contento con su suerte y su estado por penoso que sea? ¿quién no adorará una mano invisible en sus infortunios? ¿quién no abrirá el pecho para que tomen de él posesion los cálices amargos de las tribulaciones con que prueba Dios á sus escogidos? Además que María santísima lo agradece, y no es como nosotros que dejamos el agradecimiento en mera pasion del alma, sino que le explica con muchos y muy singulares beneficios, y cuida de que su santísimo Hijo nos mire con especial cuidado. La contemplacion, en fin, de los dolores de aquella dulce Señora nos preserva del pecado, conserva la gracia, y nos asegura la bienaventuranza eterna.

JACULATORIAS. — ¿Á quién te compararé, ó Virgen hija de Sion? ¿En quién podré encontrar tormento que iguale á tus dolores? (*Thren.* II).

Tus penas y angustias han llegado á una grandeza tan excesiva, que se me representan mayores que el mar. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

Una de las consideraciones mas frecuentes que nos propone nuestra madre la Iglesia es la de los dolores de María santísima. En todas las iglesias se hacen devotos novenarios con este fin piadoso: los sagrados oradores se esfuerzan en sus discursos en proponer los dolores de María pintados con los mas vivos colores que les pueden sugerir su celo y su destreza oratoria. Están sumamente multiplicadas las sagradas imágenes que representan á esta Señora con todo el extremo de angustia que penetró su inocente corazon. Pero todo esto no suele producir en los fieles otro efecto que un sentimiento pasajero, que no los reforma en sus costumbres. La contemplacion de los dolores de María debe producir en el alma del cristiano una compasion filial, un movimiento serio y tierno del corazon, que acabe con una enmienda verdadera de los delitos que infaman sus costumbres. Al ponerles delante de los ojos una tragedia tan lastimosa no se deben contentar con prorumpir en algunos sentidos ayes, con destilar algunas lágrimas, cual si estuvieran en un teatro, ó dar á entender de otra cualquier manera que hace mella en sus almas la desgracia ajena; porque esto, sin un asenso á la divina gracia, que llama por ese medio, sin una conversion perfecta al bien inconmutable, se queda en un efecto necesario de la misma naturaleza. Es una explicacion indeliberada de lo vivo y sensible que tiene nuestra carne: es un material sentimiento causado por el sonido de las palabras que solemos conceder al mas desconocido, y al malhechor mas facineroso. Aun las mismas fábulas y ficciones trágicas, producidas por un ingenio vivo, lleno de entusiasmo, suelen sacar las lágrimas de nuestros ojos; pero las lágrimas así vertidas no son otra cosa que humor y jugo que faltan al alma para que quede mas dura: nos testifican hombres, pero no nos acreditan cristianos. La compasion que debemos sacar de los dolores de María debe terminarse en un verdadero dolor de contricion, por el cual detestemos nuestras culpas pasadas, y hagamos un firme propósito de precaver las venideras. Esto es lo que desea de nosotros la afligida Señora, y á este fin nuestra madre la Iglesia nos propone la contemplacion de sus dolores. Debemos con-

siderar aquella sentencia asombrosa que dijo Jesucristo á las hijas de Jerusalen cuando caminaba al Calvario, llevando sobre sus hombros todo el peso de los pecados del mundo: *Llorad*, las dijo, *sobre vosotras y sobre vuestros hijos, porque si esto se hace en el leño verde, ¡qué se hará en el seco!* Si María santísima siendo Madre de Dios, concebida sin pecado, llena de todas las gracias, y la mas pura é inocente que hubo ni habrá en los cielos ni en la tierra, padece tan terribles dolores, que la Escritura no duda llamarlos lazos de muerte, y dolores de infierno: ¿qué pueden esperar los Cristianos cargados de iniquidades y sumergidos en el profundo cieno de todos los vicios? Temamos, pues, el rigor de la divina justicia, y sea este saludable temor el dichoso fruto que produzca en nosotros la consideracion de los dolores de María.

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

La octava de la Natividad de la santa Vírgen María.

San Nicomedes, presbítero y mártir, en Roma, en la via Nomentana, quien como respondiese á los que le obligaban á sacrificar á los ídolos: «Yo no sacrifico sino á Dios omnipotente, que reina en los cielos;» fue azotado cruelmente con cordeles emplomados hasta entregar su alma al Señor. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Valeriano, mártir, en la diócesi de Chalons; al cual el presidente Prisco lo hizo colgar y descarnar cruelmente con garfios de hierro; y viéndolo no obstante firme en confesar á Jesucristo, y con ánimo alegre é intrépido publicando sus alabanzas, lo mandó degollar.

Santa Melitina, mártir, en Marcianópolis en Tracia; la que en tiempo del emperador Antonino y del presidente Antíoco, fue por dos veces llevada al templo de los ídolos, y como una y otra vez cayesen derribados los ídolos, fue colgada y azotada, y por último degollada.

Los santos mártires Máximo, Teodoro y Asclepiodoto, en Andrinópoli; los cuales fueron coronados con el martirio en el imperio de Maximiano.

San Porfirio, comediante, quien siendo bautizado por escarnio en presencia de Juliano el Apóstata, mudado de improviso por la gracia de Dios, confesó ser verdadero cristiano; y siendo luego degollado por órden del mismo Emperador, recibió la corona del martirio.

San Nicetas, godo, en el mismo dia, fue quemado por órden del rey Atanarico en odio de la fe católica.

Los santos mártires Emila, diácono, y Jeremías, en Córdoba; los cuales en la persecucion de los árabes, después de una larga y penosa cárcel, fueron degollados por el nombre de Jesucristo. *(Véase su noticia en las de hoy).*

San Apro ó Euro, obispo, en Toul en Francia.

San Leobino, obispo de Chartres, item.

San Albino, obispo, en Lyon.

La dichosa muerte de san Aichardo, abad, en el mismo dia. *(Véase su vida en las de hoy).*

Santa Eutropia, viuda, en Francia.

SAN NICOMEDES, MÁRTIR.

El nombre de san Nicomedes ha sido muy recomendable desde el primer siglo de la Iglesia, y muy célebre en Roma entre los que dieron testimonio de la fe de Jesucristo, tanto por su constante confesion, como por el sacrificio de su sangre. Las noticias que tenemos del orígen, vida y progresos de este ilustre Mártir, aunque están complicadas con las de otros héroes del cristianismo en términos que no se pueden asegurar individualmente, con todo nos dan una idea de su gran sabiduría, de sus irreprensibles costumbres, y de su sobresaliente celo por la religion cristiana, en la que fortificaba á los creyentes, al paso que reducia á la fe á muchos paganos.

La paz que habia sucedido á la persecucion de Neron, que subsistió por espacio de catorce años en los reinados de Galva, Obton, Vitelio, Vespasiano y Tito, favoreció en gran manera á los fieles para reparar el horroroso estrago que habian sufrido antes, y reemplazar con la frecuente conversion de muchos fieles la pérdida de una multitud de creyentes que fallecieron en aquella desgracia. Sucedió en el año 81 de nuestra era en el imperio Domiciano, monstruo horrible, *Porcion de Neron,* como le llama Tertuliano, no menos formidable que aquella fiera, ni menos tirano; quien para hacerse mas temible á los hombres quiso que en todos los escritos que se le presentaban se le diese el nombre de dios. No se expresan las causas que movieron á este inicuo Príncipe para emplear su saña contra los inocentes Cristianos, de quienes no podia esperar el efecto de aquellas aprensiones que habia concebido contra el Senado; bien que se cree que, siendo, como era, adicto como otro cualquiera á las supersticiones paganas, advirtiendo la multitud de idólatras que desertaban de ellas para alistarse bajo las banderas de Jesucristo, condenando la antigua religion de los romanos; encendido en un furor extraordinario, protestó acabar, como decia, con la casa de David, y destruir el edificio espiritual de la Iglesia. Animado de esta impía intencion, expidió cruelísimos edictos á fin de exterminar, si pudiese, el nombre cristiano, en virtud de los cuales las cárceles de Roma se llenaron de personas de todas edades, sexos y condiciones, y en todas partes se oian los clamores de una infinidad de Santos maltrata-

dos, afligidos, atormentados y crucificados. En esta constitucion lamentable se distinguió considerablemente el celo de san Nicomedes, presbítero de la Iglesia romana, cuyo ministerio le ofrecia muchas ocasiones para hacer grandes servicios á la Iglesia, socorriendo y alentando á los cristianos que eran perseguidos. En esto empleaba toda su autoridad, sus fatigas y sus trabajos. Animaba con sus exhortaciones y socorria con limosnas á los Confesores de Jesucristo, de que estaban llenos los calabozos: mantenia á muchos que titubeaban en los tormentos, y fortificaba á no pocos que desmayaban á vista de los suplicios. Era el apóstol de los Confesores y de los Mártires, y si parecia que en cierta manera exponia las vidas de los innumerables que envió al cielo delante de sí, seguramente no fue por perdonar la suya; pues se hallaba encendido en vivísimos deseos de ser partícipe de aquella dicha, que efectivamente era por la que suspiraba, extendiéndose su caridad, después de los gloriosos combates de los Mártires, á solicitarles los últimos deberes de la sepultura, á pesar de la vigilancia de los ministros paganos, que impedian se distinguiesen los venerables cadáveres de los de los escelerados que morian en pena de sus enormes delitos.

El cuerpo de santa Felícula, vírgen, fue arrojado á las cloacas después de su glorioso martirio, que fue el premio de la constancia con que sostuvo la fe y defensa de su virginal pureza contra los mas violentos ataques del conde Flaco, ciegamente apasionado de su belleza, como lo habia estado antes de santa Petronila, á quien asistió el mismo Santo en su última enfermedad, suministrándola todos los Sacramentos y auxilios para su feliz tránsito. Supo el Conde que Nicomedes, en uso de su piadoso cuidado, habia extraido secretamente el cadáver de Felícula, y que lo habia sepultado en una pequeña posesion que tenia no muy distante de Roma: hízolo prender como á transgresor de los edictos imperiales; sobre cuya culpa y la principal de la religion cristiana le fulminó causa. Quiso compelerle á que prestase adoracion á los ídolos; y como el Santo habia sido preceptor de tantos gloriosos Confesores, que por su instruccion supieron refutar los discursos de los paganos, en una proposicion concisa respondió al tirano: *Yo no sacrifico sino á Dios omnipotente que reina en los cielos, no á los dioses falsos de piedras labradas, que se custodian en los templos como reclusos en las cárceles;* por cuya confesion fue sentenciado á que muriese apaleado, logrando en este castigo, que los verdugos ejecutaron con una crueldad inhumana, la apetecida corona del martirio en el dia 15 de setiembre; y aunque no nos consta

con certeza el año puntual de su feliz tránsito, sabemos que fue en tiempo de la persecucion de Domiciano.

Se dice que, habiendo el cuerpo sido arrojado al Tiber, le extrajo de él cierto clérigo llamado Justo, y le sepultó en el camino de Numento, donde se erigió después una iglesia en honor del Santo, que fue uno de los títulos presbiterales de las de la ciudad, segun aparece por los concilios romanos, en los que se leen las suscripciones á Ginés y Sebastian, presbíteros del título de san Nicomedes, bajo cuyo nombre tambien hubo en Roma un cementerio, que fue acabado hácia el año 620 por el papa Bonifacio V.

SAN AICHARDO, ABAD DE JUMIEJES.

San Aichardo, á quien mas comunmente se le llama san Achardo, fue de las mas nobles familias de Poitou. Su padre, Anscario, se distinguió mucho en los ejércitos en tiempo del rey Clotario; y su madre, Ermena, aun era mucho mas distinguida por su sobresaliente piedad entre las señoras de aquella provincia. Tomó á su cargo dar á su hijo una cristiana educacion, y este cuidado tuvo el suceso que se podia desear. Halló en Aichardo un natural tan feliz, un corazon tan inclinado á todo lo bueno, y un genio tan suave, tan apacible y tan dócil, que estas bellas inclinaciones naturales dejaron poco que hacer á la educacion. Luego que tuvo edad para comenzar sus estudios, se le puso á pension en el monasterio de San Hilario de Poitiers, bajo la disciplina de un santo monje llamado Ausfrido, aun mas acreditado por su virtud que por su sabiduría. Hizo en breve tiempo tantos progresos en la escuela de aquel célebre maestro, que su padre le sacó de ella á impulsos de su espíritu marcial, para que se ejercitase desde luego en el manejo de las armas, destinándole al servicio del rey, con seguridad de que se haria digno de los mayores empleos. Pero eran muy diferentes los pensamientos de la virtuosa madre sobre la fortuna de su hijo. Todo su deseo era verle santo, y no cesaba de representar á su marido que si querian bien á su hijo, no debian solicitarle otra fortuna. Estando en esta piadosa contienda llamaron á Aichardo, que á la sazon contaba solos diez y seis años; y declarándole su padre con toda resolucion que le tenia destinado para la carrera de las armas, sin consultar su inclinacion, le respondió el hijo con respetuosa sumision que siempre le encontraria rendido á su voluntad, no teniendo mayor satisfaccion que ejercitarse en obedecerle con el mayor rendimiento; pero que le habia de permitir hacerle presente con el mas profundo respeto, que tenia por cierto no era la vo-

luntad de Dios que se quedase en el mundo; pues habiendo entendido á los siete años de su edad que su madre le habia consagrado con voto al servicio del Señor, hallándose en peligro de la vida al tiempo de darle á luz, él mismo habia ratificado tambien el voto de su madre, prometiendo á Dios no servir á otro rey que á su Majestad. Movido el padre de un discurso tan juicioso como cristiano, no pudo contener las lágrimas; y mudando de tono, le dijo: *No puedo, hijo mio, oponerme al partido que has tomado, siendo tan bueno. Bien merece Dios ser preferido á todos los monarcas de la tierra; y puesto que has determinado consagrarte absolutamente á su servicio, tienes para eso no solo mi consentimiento, sino tambien mi bendicion.*

Obtenida esta solo pensó Aichardo en poner en ejecucion sus piadosos intentos. Ya desde los diez años hacia una vida enteramente religiosa. Su piedad, su frecuente retiro á la oracion, su tierna devocion á la santísima Vírgen, y sus penitencias eran superiores á la edad; y así nunca perdió el candor de la primera inocencia. Por la fama que tenia á la sazon el monasterio de San Jovin en las extremidades del Poitou, se resolvió á entrar en él, y muy desde luego se dejó admirar de todos su virtud, tanto que los monjes mas ancianos, al ver los maravillosos progresos que hacia en el noviciado, pronosticaron que con el tiempo seria una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia.

Hallándose sus padres sin herederos, pasaron al monasterio, y le hicieron donacion de todos sus bienes; pero nuestro Santo, que todos los habia abandonado cuando volvió las espaldas al mundo, les dejó libre la disposicion de todos; en cuya virtud los devotos padres fundaron un monasterio en una de sus posesiones llamada Quinzay, á legua y media de Poitiers, poniéndole bajo la disciplina de san Filberto, abad de Jumieges, que huyendo de la persecucion de Ebroin, mayordomo del palacio, celebró mucho encontrar aquel asilo. Luego que se acabó la fábrica del monasterio, noticioso san Filberto del mérito y de las prendas de Aichardo, le nombró por su primer abad: y á pesar de la resistencia que su humildad hizo á tan acertada eleccion, le fue preciso obedecer, siendo en breve tiempo el nuevo monasterio de Quinzay modelo de observancia á los demás monasterios de todo el reino.

Pero como Ebroin nunca quisiese permitir que san Filberto volviese á Jumieges, fue preciso pensar en otro abad para este monasterio; cuyos monjes, movidos de la reputacion de nuestro Santo, le pidieron por superior. Pareció expediente dictado del cielo; porque

san Filberto estaba libre para suceder en Quinzay á san Aichardo, mientras san Aichardo sucederia en Jumieges á san Filberto. Solo restaba vencer la resistencia de Ansoaldo, obispo de Poitiers, á quien costó mucho trabajo reducir á que consintiese en que nuestro Santo saliese de su obispado. Pero san Filberto, que consideraba el monasterio de Jumieges como la principal y la mas perfecta de todas sus fundaciones, nunca se pudo resolver á ceder su gobierno en otro que en san Aichardo, cuya virtud tenia tan conocida. Contentóse, pues, con quedarse de monje particular en San Quinzay; y renunciando la abadía de Jumieges en favor de san Aichardo, se vió este precisado á mudar de monasterio. Pasó á Ruan para recibir la bendicion de su arzobispo san Oven, y desde allí partió á Jumieges, donde encontró á novecientos monjes, que se consolaron muy en breve por la pérdida de su primer abad san Filberto, conociendo la santidad y el mérito de su digno sucesor.

Á los principios no les hizo otra exhortacion que la de sus ejemplos; mudas, pero á la verdad eficacísimas lecciones. Los monjes, viendo su frecuente trato con Dios en la oracion, su compostura, su modestia, su grande suavidad y su penitente vida, deseaban con ansia oir hablar al que veian obrar con tanta edificacion. Hízoles, pues, unas pláticas espirituales tan eficaces y tan fervorosas; exhortólos al amor de Dios y de la santísima Vírgen con tanta elocuencia y con tanta mocion; hablóles de la abnegacion de sí mismos, del olvido del mundo y de todo lo criado con tanta energía, que visiblemente se reconoció tan aumentado el fervor y el ejercicio de todas las virtudes en aquella numerosa comunidad, que entre mas de novecientos monjes que se contaban en ella habia pocos que no hiciesen milagros.

Al santo Abad le habia concedido el cielo este don muchos años antes. Estando un dia en oracion dentro de su celda, vió al demonio que con un hacha de fuego estaba dando por el pié á un árbol muy corpulento, debajo del cual estaban trabajando los monjes, para que al golpe de él quedasen muertos algunos. Pasó al punto al mismo sitio, hizo la señal de la cruz, ahuyentó de allí al enemigo, y mostró á los religiosos el árbol quemado y medio cortado por el pié, que despedia de sí un olor de azufre intolerable. Propusieron al santo Abad si queria que le acabasen de cortar para quitar al enemigo aquella ocasion de hacerles daño. No, hermanos mios, respondió el Santo; dejémosle así para monumento del beneficio que os hizo el Señor librándoos de la malicia del enemigo de la salvacion. Siempre que le veais servirá para renovar vuestro reconocimiento, y para advertiros

que debeis estar continuamente prevenidos contra los artificios del espíritu maligno.

Acostumbraba el Santo, después que los monjes se recogian en sus celdas, visitar todos los dormitorios con la cruz y el agua bendita, para expeler de ellos al espíritu de las tinieblas, que está siempre armando lazos á los siervos de Dios, pero con especialidad durante el sueño de la noche. Tuvo en esta piadosa funcion muchas visiones, de las cuales se valia oportuna y provechosamente para conservar aquel prodigioso número de religiosos en el fervor, en la mas exacta observancia y en el candor de la inocencia, á pesar de los esfuerzos que hacia el infierno para inducirlos á la relajacion. Conociendo en un éxtasis que ya solo le restaban algunos meses de vida, aumentó la oracion, las devociones y las penitencias.

Hallábase un dia en oracion con todos los monjes, y de repente sintió traspasado su corazon de un vivísimo dolor con el temor que entonces le asaltó de que después de su muerte aquellos hijos suyos, que con tanto desvelo habia criado en el ejercicio de las mas heróicas virtudes, no viniesen poco á poco á relajarse, decayendo de aquella elevada perfeccion á que habian ascendido, con las gracias que les habian conseguido del cielo sus exhortaciones, sus cuidados y sus ejemplos. Vivamente preocupado de esta aprension, se sintió movido á pedir fervorosamente al Señor que antes de su muerte fuese servido de llamar á sí á todos aquellos que después de ella corrian peligro de relajarse y de perderse. Fue oida su oracion; la noche siguiente, estando el santo Abad en el coro con todos los monjes, vió un Ángel vestido de blanco, rodeado de una luz resplandeciente, con una varilla en la mano, y que iba tocando con ella á muchos religiosos. Á otro lado vió un espantoso demonio arrojando fuego y llamas por los ojos, lleno de rabia y de furor, que hacia horribles contorsiones. Asombrado con esta vision, y pensando lo que podia significar, oyó al Ángel que estaba reprendiendo severamente al demonio porque tenia atrevimiento de parecer en tan santo lugar, y en medio de aquel crecido número de verdaderos siervos de Dios, que por su perfecta obediencia á la menor insinuacion del Superior, por su profunda humildad, por su exacta observancia, y por los continuos rigores de su penitencia, se habian conservado en una gran pureza de costumbres; y cuyos nombres tenian la dicha de estar todos escritos en el libro de la vida. Acercándose después al santo Abad, le dijo: *El Señor ha oido tu oracion: advierte á todos los que toqué con la vara que se dispongan á parecer dentro de cuatro dias ante el tribunal de Dios,*

y á los otros que los han de sobrevivir, que cada dia vayan creciendo en fervor para conservar su inocencia.

Concluido el oficio juntó el Abad á todos los religiosos, refirióles su vision, y sin nombrar á alguno de ellos en particular, exhortó á todos á disponerse para acabar dichosamente su carrera. Fácil es de discurrir cuál seria la alegría de aquella predestinada tropa de fervorosos siervos del Señor, y con qué fervor, con qué devocion se dispondrian todos para morir dentro de cuatro dias con la muerte de los justos. Pasáronlos todos en el ejercicio de las virtudes mas perfectas; confesáronse como para morir, y la noche que precedió al dia cuatro la pasaron toda en la iglesia. Al amanecer el dia siguiente recibieron todos la sagrada Eucaristía; mandó el santo Abad que se cantasen algunos salmos, y estando todos en oracion, cerca de ochenta monjes pasaron tranquilamente al descanso del Señor: poco tiempo después espiraron otros muchos con la misma tranquilidad; de manera, que en aquel dia murieron con la muerte de los Santos ciento y cincuenta monjes; pero con la circunstancia de que no se reconoció su muerte sino por una especie de relámpago ó de resplandor que bañaba de luz los cadáveres. Los que quedaron vivos, llenos de una santa envidia á los que habian logrado tan dichosa suerte, doblaron su fervor de manera, que ya se consideraba el monasterio de Jumieges como una casa de ángeles humanos. Fue enterrada con la mayor devocion toda aquella tropa de bienaventurados que habian muerto con la muerte del Señor. No les sobrevivió mucho nuestro Santo. Teniendo revelacion del dia en que habia de seguir á sus hijos, empleó los siete que le faltaban de vida en instruir á todos sus religiosos en todo aquello que podia adelantar ó retardar su perfeccion; en enseñarles los medios de prevenirse y de armarse contra el tentador, y en exhortarlos á una perfecta caridad, á una continua mortificacion, á una exacta observancia, á una delicadeza de conciencia cada dia mayor, á una amorosa y tierna confianza en Jesucristo y en la santísima Vírgen, bajo cuya especial proteccion habia puesto el monasterio, y al constante ejercicio de todas las virtudes. El mismo dia de su muerte, aunque ya cási sin fuerzas, y extremamente debilitado por las violentas accesiones de una ardiente calentura, que habia disimulado hasta entonces, juntó á todos los monjes, y haciendo el último esfuerzo, les habló de esta manera: *Amados hijos mios, tened siempre en la memoria mis últimos consejos, y como el testamento de vuestro moribundo padre. En nombre de nuestro divino Salvador Jesucristo os amonesto y os conjuro que os ameis los unos á los otros, sin*

dar jamás entrada en vuestro corazon á la mas mínima cosa que pueda enfriar ni alterar aquella perfecta caridad que es en parte el carácter de los escogidos. En vano habríais pasado vuestros largos dias en el ejercicio de las mas heróicas virtudes; en vano os habrian nacido las canas bajo el pesado yugo de la mas rigurosa penitencia; bastaria tener aversion al mas mínimo de vuestros hermanos para irritar contra vosotros el corazon de Dios. Ni aun el martirio mismo seria suficiente para haceros agradables á sus divinos ojos si no amárais de corazon á vuestros hermanos. Conservad siempre entre vosotros esta fraterna caridad, que es como el alma de todas las comunidades. Al pronunciar estas últimas palabras levantó los ojos y las manos al cielo, y murió con la muerte de los justos el dia 15 de setiembre del año del Señor de 680, cerca de los sesenta y tres de su edad. En vida habia sido muy célebre en sus milagros, pero lo fue mucho mas en muerte por la multitud de ellos que obró el Señor en su sepultura. Edificóse en Jumieges una iglesia dedicada á su nombre; pero en la irrupcion que hicieron los bárbaros en el país fueron llevadas sus reliquias á Habres, entre Cambray y Valencenas, las que después pasaron á poder de los monjes de Wast en Arras.

SAN EMILA Y JEREMÍAS, MÁRTIRES.

Los santos Emila y Jeremías eran naturales de Córdoba, de ilustre cuna, y criáronse en la iglesia de San Cipriano cuando los moros regaban aquel suelo con sangre de Mártires. En nada mostraron tanto su nobleza como en la hidalguía de la virtud, á la cual añadieron el estudio de las ciencias: ambos eran iguales en el ingenio y en las costumbres. Emila seguia la Iglesia, y se ordenó de diácono; Jeremías siguió en el estado secular; pero el uno y el otro aprovecharon en el conocimiento de la lengua arábiga con el designio de conquistar el cielo con la palma del martirio. Moviólos Nuestro Señor á que de su propio motivo, sin ser instados ni perseguidos de nadie, despreciando sus vidas, se presentasen al juez, y se declarasen por cristianos y enemigos de su secta. Tras esto descubrieron y condenaron los desatinos grandes del Coran; especialmente el santo mozo Emila con la autoridad del diaconado cargó la mano en las blasfemias de Mahoma con tanto celo y energía, que respecto de ellas los agarenos estimaron en poco cuantas los Mártires precedentes habian dicho.

Cegáronse los moros con esta luz celestial que salia de las palabras de Emila: atemorizábalos el denuedo con que estos hombres daban la vida en defensa de su fe. Llegaron á deliberar si les convendria

acabar de una vez con todos los Cristianos y destruir su generacion. Con esta ira y temor los tuvieron algunos dias bien apretados en la cárcel; pero viendo que en lugar de abatir el valor de los dos jóvenes, se aumentaba cada dia, los degollaron á 15 de setiembre del año 852. Dice san Eulogio que habiendo estado aquel dia el cielo muy claro y sereno, al punto mismo que degollaron á los siervos de Dios, queriendo el Señor manifestar su indignacion por la injusticia de aquel castigo, se oscureció el aire, y sobrevino una tempestad tan furiosa de truenos formidables y de encendidos relámpagos, que parecia querer Dios aniquilar á Córdoba; mas no por esto dejaron los moros de continuar en su bárbara costumbre, en fuerza de la cual colgaron en unos palos los cuerpos de los dos insignes Mártires á la vista de la ciudad, para que sirviesen de escarmiento. Después por órden de Abderraman fueron echados con los de san Rogelio y Servio Deo, que padecieron en el siguiente dia, á una ardiente hoguera, á fin de que quedasen reducidos á cenizas; las que recogidas por los Cristianos, se depositaron en lugares sagrados, donde les tributaron la veneracion correspondiente.

Algunos, siguiendo el breviario antiguo de Córdoba, llaman á san Emila, Emilia, y otros Emiliano.

La Misa es de la Octava de la Natividad de la Vírgen, y la Oracion la misma que el dia VIII, *pág. 183.*

La Epístola es del capítulo VIII *de los Proverbios, pág. 183.*

REFLEXIONES.

El Señor me poseyó al principio de sus caminos. Por toda la eternidad fue la santísima Vírgen objeto digno de las complacencias de Dios por haber estado en gracia todos los instantes de su vida á favor de un privilegio verdaderamente singular; y por consiguiente haber sido siempre agradable á los ojos del Señor, y mirada siempre como Hija querida del Padre, como verdadera Madre del Hijo, y como Esposa sin mancha del Espíritu Santo. *Por los caminos de Dios* se pueden entender aquellas obras ú operaciones divinas que se llaman *ad extra;* esto es, exteriores ó extrínsecas al mismo Dios, como la creacion de los Ángeles y de los hombres, el inefable misterio de la Encarnacion, y aquellas maravillas ordinarias, por las cuales se manifiesta Dios á nosotros y nos habla. Poseyó, pues, Dios á María, amó Dios á María de un modo singular al principio de sus caminos; porque la tuvo presente en todas sus divinas operaciones, en todos sus misterios. Sien-

do el misterio de la Encarnacion como el último esmero de la bondad, de la misericordia, y de todo el poder de Dios, y habiendo de tener María tanta parte en este admirable misterio, no podia dejar de estar presente á sus divinos ojos, como la mas cumplida, la mas perfecta, la mas noble, la mas santa y la mas respetable de todas las puras criaturas. No hubo instante alguno de su santísima vida en que Dios no dijese de ella: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.* Toda eres hermosa, amada mia, y no se hallará en tí la menor mancha. Esto es lo que Dios ama, lo que Dios celebra, lo que Dios estima, y con esto mismo premia el Señor sus propios dones. Solo ama y solo aprecia Dios la inocencia. Aunque estuvieras dotado de las prendas mas brillantes; aunque Dios te hubiera colmado de sus mas preciosos dones, estimaria Dios estos mismos dones; pero cuando la persona en quien los derrama no es pura y santa, desprecia y aborrece á esa persona. Salomon estaba dotado de eminente sabiduría; Judas habia recibido el don de hacer milagros; pero Salomon y Judas mancharon su alma con la culpa, y en el mismo punto se hicieron execrables á los ojos de Dios, objeto infeliz de su mas terrible cólera. Mas ¿qué caso se hace, mi Dios, en el mundo de este preciosísimo tesoro, de esta inestimable prenda de la inocencia? Se la expone sin temor, se la sacrifica sin dolor, y se deja perder sin remordimiento. Sin embargo, ¿qué prenda merece estimacion sin este precioso lustre? ¿qué verdadero mérito puede haber sin inocencia? y sin la inocencia ¿dónde se hallará virtud? El que está en desgracia de Dios ¿debe gloriarse mucho de tener á su favor la estimacion y los aplausos de los hombres? ¿de qué servirán los favores de los grandes á quien es objeto de horror á los ojos de Dios?

El Evangelio es del capítulo 1 *de san Mateo, pág. 185.*

MEDITACION.

De la devocion á la santísima Vírgen.

Punto primero.—Considera que solamente los herejes dejan de amar á la santísima Vírgen, y solos ellos desaprueban el culto que se la rinde. Siendo enemigos del Hijo, era preciso que lo fuesen de la Madre. Por eso no sin razon canta la Iglesia cada dia que esta Señora sola exterminó todas las herejías: *cunctas haereses sola interemisti.* Siempre nace el error con cierta secreta aversion contra la Madre de Dios, y necesariamente va derramando la herejía este veneno en el

corazon de sus secuaces. Es cosa rara; por mas que los herejes se esfuercen á disimular su odio contra la santísima Vírgen, siempre asoma la cara por entre los mismos elogios que algunas veces afectan tributarla. Son unas alabanzas secas y escarnadas, enteramente especulativas, que solo sirven para sufocar aquel culto interior, aquella devocion pura y práctica, aquel sincero y real amor que se la debe. Muy diferente es la conducta de nuestra Religion. Todos los elogios que tributa á la Madre de Dios se dirigen á establecer su culto, y á inspirar en el corazon de todos los fieles una tierna devocion con esta Madre de los escogidos. No hay fiel, no hay cristiano verdadero que no tenga y que no sienta esta tierna devocion á la santísima Vírgen. Se puede decir que todos los Santos nacieron con esta confianza y con este amor. Ni esta verdadera devocion se reduce á meros elogios ó á expresiones puramente especulativas. Nace del subido aprecio, de la profunda veneracion, del singular respeto y del tierno amor que nos inspira la Religion á la Madre de Dios; y de aquí proviene aquel culto particular, que siendo á la verdad inferior al que se rinde á Dios, criador y dueño soberano de todas las criaturas, es de órden superior al que se tributa á los Santos y á todos los espíritus bienaventurados, cuya reina es esta Señora. Y este es el orígen de aquella ternura que todos los verdaderos fieles deben profesar á esta su buena Madre, refugio de pecadores, su consuelo, su abogada, su medianera con el Salvador y su asilo; de aquella confianza en la que es Madre de misericordia, cuya proteccion y cuyo poder estamos experimentando todos los dias; de aquel celo por honrarla y por dilatar su culto. Todas estas señales tiene la verdadera devocion á la santísima Vírgen, y por todos estos rasgos se la ha de conocer. Es ilusion persuadirse á que para ser devoto de la Madre de Dios basta tener una devocion ordinaria, celebrar sus fiestas, y hacerla, por decirlo así, un poco de corte. La verdadera devocion se acredita con demostraciones menos equívocas.

Punto segundo. — Considera que para ser verdadero devoto de la santísima Vírgen es menester huir todo género de culpas; es preciso vivir inocente y cristianamente. Siendo María la mas pura de todas las criaturas, ¿cómo pudiera amar á una alma inficionada y apestada con la horrible hediondez del pecado? ¿Qué ternura podria sentir respecto de una persona rebelde, desobediente á su querido Hijo, y su enemigo declarado? Siendo Reina de los Santos, solo ama á los que lo son, y á los pecadores que arrepentidos acuden á ella para serlo.

Es grande error imaginar que con solo rezarla regular y diariamente ciertas devociones, con alistarse en alguna de sus congregaciones ó cofradías, con manifestar y con tener celo por su culto se puede contar en el número de sus hijos, aunque se viva dias y mas dias en pecado. ¿Cómo es posible estar á un mismo tiempo en desgracia del Hijo y en gracia de la Madre? ¡Necísima extravagancia! Fuera de lo dicho, para ser verdadero devoto de esta divina Madre, es menester tributarla todos los dias algun culto particular, acudir á ella en todas nuestras necesidades, dirigirla regular y diariamente alguna fervorosa oracion. Esta exactitud es una señal poco equívoca de la estimacion, del respeto, del amor y de la confianza que tenemos en esta Señora. Tener devocion con la santísima Vírgen no mas que á tiempos, con intervalos y en ciertas ocasiones, es devocion superficial, de humor y de capricho. La verdadera devocion es habitual y permanente, es de todos tiempos, en todos se acredita con las obras, y en todos da pruebas de su virtud. Uno de los principales efectos de esta ardiente y sincera devocion á la santísima Vírgen es aplicarse á estudiar, meditar y copiar sus acciones, sus virtudes y su santísima vida. El vivo y eficaz deseo de imitar su pureza, su humildad, su caridad, su dulzura y su modestia, es la prueba mas visible de la verdadera devocion. Si queremos ser verdaderamente devotos de la Madre de Dios, vivamos con una extremada pureza; hemos de tener una humildad sin artificio, una caridad sin acepcion de personas, una dulzura independiente de casualidades, una modestia inalterable, y entonces poseerémos aquellas virtudes que caracterizan los verdaderos devotos de María, y nos pondrán á cubierto contra las ilusiones que frecuentemente se insinúan en la devocion.

Alcanzadme, Vírgen santa, estas virtudes, sin las cuales nunca mereceré ser contado en el número de vuestros devotos. Bien sabeis, Señora, la sinceridad con que os las pido, puesto que las deseo con todo el corazon. Dignaos conseguírmelas por vuestra grande bondad.

Jaculatorias. —Haced, Señora, que yo sea uno de vuestros verdaderos siervos. (*Luc.* xv).

Siervo tuyo soy, ó Vírgen santa, y en serlo toda la vida colocaré yo mi mayor gloria. (*Psalm.* cxviii).

PROPÓSITOS.

1 Bien se puede decir que son muchos los devotos de la santísima Vírgen; pero que hay poca devocion en muchos de estos devotos

aparentes. Falsamente se usurpa este glorioso título cuando faltan las precisas calidades que requiere y en que se funda. Es la pureza como la basa de la devocion á la santísima Vírgen. ¿Cómo es posible que se la agrade sin esta hermosa virtud? Y sin agradarla, ¿cómo se puede ser devoto suyo? Sea, pues, esta inestimable virtud como el cimiento de tu devocion á la Madre de Dios. Ella es madre de la pureza; cáusala horror un corazon impuro; aplícate á vivir constantemente con la mayor inocencia, y en conservarte en una pureza de alma y cuerpo á prueba de todos los accidentes y de todas las tentaciones.

2 No te apliques menos á imitar las demás virtudes de la santísima Vírgen. La humildad fue siempre su virtud favorecida; la modestia constituyó en parte su carácter. Sé humilde, sé modesto si quieres ser devoto de la Madre de Dios. Es excelente medio para conseguir esta modestia y esta humildad pedírsela á Dios, alegando este mismo motivo de ser así mas devoto de la santísima Vírgen. Aplícate desde hoy á conseguir esta humildad y esta modestia, aprovechando todas las ocasiones que suelen ser frecuentes; y cuando practicas los actos de humildad, de circunspeccion y de modestia, hazlo por imitar á aquella Señora á quien amas y á quien sirves.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

Los santos Cornelio y Cipriano, pontífices y mártires, cuyo glorioso martirio se celebra el dia 14 de este mes. *(Véase su historia en las de hoy).*

El martirio de santa Eufemia, vírgen y mártir, en Calcedonia; la cual en tiempo del emperador Diocleciano y del procónsul Prisco, por amor de Jesucristo superó los tormentos, las cárceles, los azotes, la invencion de las ruedas, el fuego, el peso de un peñasco, las fieras, las heridas de las varas, las sierras agudas y las sartenes hirviendo. Mas llevada otra vez al teatro, y expuesta por segunda vez á las fieras, se puso en oracion pidiendo á Dios que recibiese su alma, y entonces una de las fieras le mordió su santo cuerpo mientras las demás le lamian los piés, y así entregó su alma pura al Señor. *(Véase su vida en las de hoy).*

Los santos mártires Lucía, noble matrona, y Geminiano, en Roma; los cuales afligidos con gravísimas penas, y atormentados por largo tiempo, habiendo merecido la loable victoria de su confesion, fueron degollados por órden de Diocleciano.

Los santos mártires Abundio, presbítero, y Abundancio, diácono, en Roma en la via Flaminia; los cuales por órden de Diocleciano emperador, fueron degollados á diez millas de Roma, juntamente con Marciano, hombre ilustre, y Juan, su hijo, á quien habian ellos resucitado.

Santa Sebastiana, mártir, en Heraclea en Tracia; la cual convertida á la fe de Cristo por el apóstol san Pablo, habiendo sido tentada su constancia por diversos modos en tiempo del emperador Domiciano y del presidente Sergio, por último fue degollada.

Los santos mártires Rogelio y Servio Deo, en Córdoba, quienes después de haberles cortado las manos y los piés, fueron degollados. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Niniano, obispo y confesor, en Escocia.

Santa Edita, vírgen, hija de Etgardo, rey de los ingleses, en Inglaterra la cual consagrada á Dios en un monasterio desde su niñez, abandonó el mundo antes de conocerlo. *(Véase su vida en las de hoy).*

SAN CORNELIO, PAPA Y MÁRTIR.

Sucedió san Cornelio á san Fabian mártir el año del Señor de 251, en tiempo en que la persecucion de Decio contra la Iglesia era tan violenta, que se pasaron diez y seis meses desde el martirio de san Fabian sin poderse juntar los fieles para proceder á la eleccion de Papa. Pero mitigándose un poco dentro de Roma el fuego de la persecucion después de la revolucion de Julio Valente, se congregó el clero romano, compuesto á la sazon de cuarenta y seis presbíteros, siete diáconos, siete subdiáconos, cuarenta y dos acólitos, y cincuenta y dos exorcistas, lectores y ostiarios; todos los cuales, de unánime consentimiento, eligieron por Papa á san Cornelio, que á la sazon era presbítero de la Iglesia romana. Este unánime consentimiento, aplaudido universalmente de todos los fieles, cuyo número dentro de la misma Roma era á la sazon prodigioso, y celebrado de todos los Obispos de la cristiandad en las críticas circunstancias de aquel tiempo, es el mayor elogio de nuestro Santo, y hace formar el mas elevado concepto de su eminente virtud y de su mérito, el que no se reconoce menos por lo que de él nos dejó escrito san Cipriano. «Después de haber sido «elevado á la dignidad episcopal, dice este grande hombre, sin co- «hechos, sin artificios y sin violencia, puramente por la voluntad de «Dios, á quien únicamente pertenece hacer y elegir obispos; ¡cuánta «fe, cuánta virtud y cuánta resolucion mostró en el valor con que se «sentó sobre la cátedra episcopal á tiempo que un tirano, enemigo «de los Obispos de Dios, sufriria de mejor gana un competidor al tro- «no, que un obispo de Roma! A vista de esto, ¿no nos vemos todos «obligados á celebrar igualmente su magnánima resolucion que su «heróica fe? ¿No debemos contar en el número de los Confesores y de «los Mártires al que estuvo sentado tanto tiempo esperando cada dia «á sus verdugos, y á que viniesen los ministros del tirano á vengar

«en él con la espada, con las cruces, con el fuego ó con algun otro «extraordinario género de suplicios el generoso desprecio que hacia «de sus detestables edictos, de sus amenazas y de sus tormentos? Así, «pues, aunque la bondad y el poder de Dios protegió al Obispo que «el mismo Señor habia elegido, bien se puede decir que Cornelio pa- «deció por su celo y por su teson todo lo que podia padecer, y que «venció al tirano con sus virtudes episcopales antes que fuese ven- «cido de él por la fuerza de sus armas.»

Por estas sus grandes virtudes, por el singular mérito de nuestro Santo, por su eminente sabiduría, de que en muchas ocasiones habia dado ilustres pruebas contra los herejes, y por su piedad sobresaliente era ya llamado desde mucho tiempo antes *el santo presbítero*, no menos que por aquella modestia y aquella humildad, único estorbo que fue preciso vencer para que consintiese en su consagracion; y en fin, por aquella dulzura y por aquella caridad que le mereció el renombre de padre de los pobres.

Luego que se vió sublimado á la silla de san Pedro, dió las mas gloriosas pruebas de su virtud, de su celo y de la intrepidez de su fe. Novato, presbítero africano, insigne facineroso, y hombre verdaderamente malvado, que por evitar su condenacion en Cartago habia venido á refugiarse y á esconderse en Roma, temiendo todo cuanto habia que temer así de la firmeza y de la santidad del nuevo Papa, como de su estrecha union y buena inteligencia con san Cipriano, puso en movimiento todos sus artificios para huir el cuerpo á las censuras; y viendo que no le salian como deseaba, maquinó formar un cisma; estrechó amistad con Novaciano, presbítero de la Iglesia de Roma, hombre tan perdido como él, y determinó elevarle al pontificado en lugar de san Cornelio. Comenzó publicando atroces calumnias contra el santo Papa; y habiendo engañado á tres Obispos extranjeros, tan sencillos como ignorantes, después de haberles dado un gran convite, los obligó á que consagrasen á Novaciano por obispo de Roma; y este fue el primer cisma de la Iglesia romana. No podia darse consagracion mas irregular ni por la forma ni por el sugeto. Los dos cismáticos añadieron á la division del cisma el error de la herejía, defendiendo que no se debia recibir á penitencia al que después del Bautismo cayese en alguna culpa grave. A estos errores sus discípulos agregaron otros, que desde luego se comenzaron á llamar los Novacianos, sosteniendo que los pecadores debian ser rebautizados, y condenando las segundas nupcias. Celebró san Cornelio un concilio en Roma el año de 251, en el cual fueron condenados los No-

vacianos, y proscritos sus errores, singularmente el de que no fuesen recibidos á penitencia los que se llamaban *lapsos* ó *caidos;* esto es, aquellos que en la persecucion habian abandonado la fe por temor de los tormentos. Mucho tuvo que sufrir san Cornelio por parte de los heresiarcas y de sus secuaces; pero esto mismo cedió en mayor lustre de su virtud y de su celo. No se pueden explicar los trabajos que le fue preciso padecer para preservar del contagio á su rebaño, extendiéndose á todo el mundo cristiano su vigilancia y su solicitud pastoral; admirando y ensalzando todos la divina Providencia por haber dado tan santo Papa á su Iglesia en tiempos tan nebulosos.

Mientras tanto, habiéndose mitigado un poco la persecucion hácia el fin del imperio de Decio, se volvió á encender en tiempo de Galo su sucesor. No se habia olvidado de los fieles nuestro santo Pontífice mientras duró la calma; por lo que la nueva persecucion los halló bien prevenidos contra todos los peligros. El Pastor precedió en todo al rebaño con el ejemplo. Fue arrestado el primero de todos; y confesó la fe de Jesucristo en medio de los tormentos con tanto valor y con tanta intrepidez, que espantó á los jueces, y cansó á los verdugos. A vista de su constancia en medio de los mayores suplicios, temieron los gentiles que su ejemplo no hiciese inmobles en la religion á los Cristianos, que á la primera noticia de la prision de su santo Pastor corrieron valerosamente al campo de batalla, prontos á defender la causa de Jesucristo á costa de su sangre. Movidos de esto los ministros del Emperador, le condenaron á muerte; y el dia 14 de setiembre del año 252 este gran Santo coronó su vida con un glorioso martirio. Muchos creen que le padeció en Civita-Vecchia, donde al principio habia sido desterrado; pero san Gerónimo asegura que le padeció en Roma: y como sucedió en el mismo dia en que la Iglesia celebra la Exaltacion de la Cruz, su fiesta se trasladó al dia 16.

SAN CIPRIANO, OBISPO Y MÁRTIR.

En el mismo dia celebra la santa Iglesia el glorioso martirio de san Cipriano, obispo de Cartago, grande ornamento del órden episcopal, y una de las mas resplandecientes antorchas de su siglo. Nació en África, y aun algunos son de sentir que en la misma Cartago, de casa senatoria, tan distinguida por sus opulentos bienes como por su antigua nobleza. Ignóranse los sucesos de su juventud: solo se sabe que fue instruido en las artes liberales; y que como tenia un ingenio vi-

vo, pronto, perspicaz, sublime y brillante, hizo tan extraordinarios progresos en las bellas letras, que siguiendo su natural inclinacion enseñó retórica en la misma Cartago. Sus escritos acreditan bien que sabia con perfeccion todos los primores de este arte. Pero tenia la desgracia de no ser cristiano; desdicha que le precipitó en todos los desórdenes de una licenciosa juventud. Casóse, y tuvo hijos, á tiempo que la divina Providencia, que le tenia escogido para inmortal honor de su Iglesia, le deparó un santo presbítero llamado Cecilio, el cual, descubriendo los grandes talentos de entendimiento y de corazon de que el Señor le habia dotado, se lastimó mucho de lo mal que usaba de ellos. Estrechó amistad con él, y en sus santas y frecuentes conversaciones le fué poco á poco enseñando la ciencia de la salvacion que ignoraba hasta entonces. Abrióle los ojos la Gracia, y al mismo tiempo abrasó su corazon. Resolvió convertirse; y luego que se declaró catecúmeno tomó la resolucion de vivir en continencia, y persuadió la misma virtud á su mujer. Recibido el Bautismo cedió á sus hijos una parte de sus bienes, y distribuyó el resto entre los pobres.

Hizose santo desde que se hizo cristiano. En ninguna cosa fue mediano un hombre que en todo era grande. En memoria y en reconocimiento al presbítero Cecilio, que le habia convertido, tomó en su bautismo el sobrenombre de Cecilio. El mismo dia que se bautizó, precediendo el consentimiento de su mujer, se retiró á una especie de vida solitaria, dedicándose únicamente al estudio de las sagradas letras y de la importante ciencia de la salvacion. Hizo en ambas facultades tan asombrosos progresos, que en menos de cinco años era ya tenido por uno de los hombres mas sabios de su tiempo, y por uno de los mayores Santos de su siglo. En atencion á esto, siendo todavía neófito, es decir, recien bautizado, por aclamacion de todo el clero y de todo el pueblo fue elevado á la dignidad sacerdotal. Apenas se ordenó de presbítero cuando se arrastró la universal veneracion y el general concepto, reputándole todos por modelo de perfeccion á toda la clerecía, y por especial ornamento de la Iglesia africana. Por eso, inmediatamente que vacó la silla episcopal de Cartago, no se deliberó ni un solo momento en colocarle en ella. Murió Donato, obispo de Cartago, el año de 248, y en el mismo punto el clero y el pueblo pidieron á una voz por obispo suyo á san Cipriano. Escondióse inútilmente, fue descubierto, fue conducido á la iglesia, y fue consagrado por obispo en medio de las aclamaciones y á presencia de gran número de Prelados.

Elevado á la primera silla de la Iglesia africana, no hizo novedad ni aflojó un punto en su vida humilde, modesta y penitente. Sus rentas no eran para él, sino para los pobres. Bastaron sus ejemplos para reformar las costumbres y para corregir los abusos que se habian introducido aun en los mismos clérigos; mostrando siempre tan generoso celo como firme y constante teson en mantener la disciplina eclesiástica. Su caridad era inmensa y universal, extendiéndose á todo el mundo; y aunque tuvo que sufrir deshechas y furiosas tempestades, jamás dejó de atender á su rebaño con todo el cuidado posible. El vivo deseo que ardia siempre en el corazon de nuestro Santo de derramar su sangre por la fe de Jesucristo, le incitaba continuamente á ir él mismo á desafiar á los suplicios, presentándose el primero al furor de los tiranos; pero le representaron el peligro en que dejaria á su grey, no menos que el dolor y la desolacion de todo su querido rebaño si sucediese la precipitada muerte de su adorado Pastor. Por esta sola consideracion se escondió, y mas estando bien informado de que los gentiles solamente buscaban al Obispo, firmemente persuadidos á que pereciendo el Pastor, presto se esparramarian las ovejas: en el anfiteatro no se oian mas que gritos y clamores de los idólatras que pedian á Cipriano para lograr el gusto y la diversion de verle espirar en medio de los suplicios. Salió, pues, de Cartago, después de haber declarado á los fieles el motivo que tenia para retirarse, y se quedó escondido en un paraje no distante de la ciudad, desde donde velaba siempre sobre sus ovejas, dando providencias para asistirlas en sus necesidades. No es fácil explicar los desvelos y los trabajos que padeció por su querido rebaño, ni su solicitud pastoral en mantener á los fuertes, en animar á los flacos, y en sostener á todos en aquellos dias de persecucion. Desde su retiro escribió muchas epístolas á su pueblo, á su clero, á los confesores y al clero de Roma, cuya apostólica silla estaba á la sazon vacante. Llamaba á lugares escondidos y á sitios retirados, ya á los unos, ya á los otros, para alentarlos y fortalecerlos en la fe. Dió providencia para que enterrasen de noche los cuerpos de los santos Mártires, para que se procurasen todos los alivios posibles á los que eran atormentados, para que les curasen las heridas, y nada faltase á los santos Confesores.

Ofrecióle nueva ocasion de manifestar su infatigable celo pastoral una furiosa peste, que por el mismo tiempo asoló aquella grande y populosa ciudad. Proveyó eficazmente á las necesidades espirituales y corporales de los enfermos abandonados. Extendióse su inmensa caridad hasta los mismos gentiles, asistió y convirtió un crecido número

de ellos, y supo hacer conquistas para Jesucristo en medio de la misma persecucion.

De tiempo en tiempo padeció algunos remordimientos sobre su retiro, representándosele flaqueza, pusilanimidad y cobardía. Consultó sus escrúpulos con Roma, que le aseguró y le aprobó su conducta. Mientras tanto á pesar de los trabajos y de los frutos de su celo, muchos cristianos de Cartago padecieron la flaqueza de apostatar de la fe por temor de los tormentos: unos en secreto, consiguiendo de los magistrados á fuerza de dinero billetes ó certificaciones falsas de haber idolatrado; y otros públicamente ofreciendo incienso á los ídolos, ó comiendo viandas sacrificadas á ellos. Lloró y gimió san Cipriano sin perdonar á diligencia alguna para excitarlos al dolor y penitencia de su apostasía. Muchos se avergonzaron y se arrepintieron con resolucion de volverse al rebaño de los fieles; pero atemorizados con el rigor de las penitencias que los cánones imponian á este delito, recurrieron á los Confesores y á los Mártires que estaban en las cárceles, como á poderosos intercesores, y alcanzaron de ellos otros billetes ó cédulas de reconciliacion, en las cuales pedian los santos Mártires que aquellos apóstatas arrepentidos fuesen admitidos á la comunion de los fieles, y se les moderase la penitencia. Como la Iglesia hacia tanto y tan justo aprecio de aquellos generosos Confesores de Jesucristo, les concedia esta indulgencia; pero presto abusaron de ella los que habian apostatado; y hallando por otra parte ministros demasiadamente indulgentes, eran reconciliados sin imponerles penitencia alguna. No pocos de los mismos apóstatas comerciaban sacrílegamente con los billetes de reconciliacion, vendiéndoselos á otros que por su escandalosa vida no los habian podido conseguir. Toda la Iglesia clamó contra este desórden. El clero de Roma escribió á san Cipriano, que desde el fondo de su retiro gritaba mas que todos contra estos libeláticos. Aprovechóse de esta ocasion el presbítero Felicísimo, hombre vano, de malas costumbres, y que nunca habia podido llevar en paciencia la virtud, el mérito y la universal estimacion de nuestro Santo, poniendo en movimiento cuantos medios pudo para desacreditarle y para formar un cisma en la iglesia de Cartago. Logrólo; porque agregándosele cinco obispos que habian apostatado durante la persecucion, hizo consagrar por obispo de Cartago al presbítero Fortunato. Sin embargo de ser tan irregular como violenta y abominable esta consagracion, no dejó de tener parciales y defensores que hicieron cuanto pudieron para sorprender la Religion del papa san Cornelio; pero no les fue posible conseguirlo. Descubrió el santo

Pontífice toda la malignidad del partido, y condenó sus enredos, embustes y maniobras.

Murió mientras tanto el tirano, sucedió la calma á la persecucion, y san Cipriano se restituyó á su iglesia. El año de 251 convocó un concilio provincial en que se arregló la penitencia de los que en la persecucion habian apostatado. Fueron excluidos para siempre del cuerpo del clero los eclesiásticos que hubiesen caido en la idolatría, y admitidos á reconciliacion los libeláticos, excepto los que hubiesen apostatado públicamente. A estos solo se les debia dar la absolucion en caso de grave y peligrosa enfermedad, con tal que hubiesen comenzado á hacer penitencia en sana salud. El presbítero Felicísimo y todos los demás que persistian en el cisma fueron condenados. Como los Novacianos que se hallaron en Roma no pudieron preocupar el ánimo del papa san Cornelio contra nuestro Santo, para vengarse de él procuraron que fuese elegido un cierto Máximo por obispo de Cartago; pero tuvo la misma suerte que Fortunato, y los cismáticos no pudieron conseguir con todas sus maniobras que el santo Obispo en muy breve tiempo no restituyese á todo su primitivo vigor la disciplina eclesiástica en la capital de su obispado.

Habiendo vuelto á encenderse el fuego de la persecucion en el imperio de Galo, y habiendo recibido en ella la palma del martirio el papa san Cornelio el año 252, como lo llevamos dicho, le sucedió no menos en el martirio que en la silla el pontífice san Lucio, en cuyo lugar fue colocado san Esteban el año de 254, y en su pontificado se excitó entre él y san Cipriano la célebre disputa sobre lo válido del bautismo conferido por los herejes.

Los Montanistas, que en el Oriente se llamaban Catafrigas, dieron en la extravagancia de rebautizar á todos los católicos que se pasaban á su secta, solo por manifestar con esta demostracion el desprecio que hacian de la Iglesia; sugeridos probablemente de Tertuliano, que al principio del tercer siglo se habia separado de la Iglesia católica por adherir infelizmente á sus errores. Irritados los Obispos católicos, quisieron despicarse por los mismos términos, rebautizando á los montanistas que se convertian. Fundábanse en que creyendo estos herejes que Montano era el Espíritu Santo, parece que bautizaban en el nombre de Montano; pero en el concilio nacional de Sinada ó de Iconia se pasó mas adelante, pues se determinó que indiferentemente fuesen rebautizados todos los bautizados por los herejes de cualquiera secta; siendo esta con toda propiedad la verdadera época del rebautismo por los herejes. Toda la Iglesia habia seguido la prác-

tica contraria por espacio de dos siglos. Sin embargo, algunos obispos africanos se declararon por la primera opinion, y sobre todo Agripino, que por aquel tiempo fue hecho obispo de Cartago. Cuarenta y ocho ó cincuenta años después entró á gobernar la misma iglesia san Cipriano, y como ya encontró introducida en ella esta costumbre, no quiso innovarla. Consultado por algunos obispos de Numidia sobre este punto, convocó en Cartago un concilio en que se hallaron treinta y dos obispos, y en él se declaró por absolutamente nulo el bautismo administrado por los herejes. San Cipriano escribió á un amigo suyo esta determinacion del concilio, y noticioso de que con ella se turbaban los ánimos en las provincias, convocó segundo concilio en la misma ciudad de Cartago, al que concurrieron setenta y un obispos, los cuales confirmaron la decision del primero, y encargaron á san Cipriano que se la hiciese saber al Papa. Ejecutólo el Santo; pero san Esteban le respondió que no se debia innovar sino seguir la tradicion, y no rebautizar á aquellos en cuyo bautismo no hubiese intervenido otro defecto, que precisamente el haber sido administrado por herejes. Desagradó mucho esta respuesta á san Cipriano; y escribiendo acerca de ella á su amigo Pompeyo, obispo de Sabrata, se explicó en términos que muestran bien que los mayores Santos no dejaron de parecer hombres en algunas ocasiones. Para el dia primero de setiembre de aquel mismo año convocó Cipriano otro tercer concilio en la misma ciudad de Cartago, llamando á él á todos los obispos de su jurisdiccion, que era muy dilatada. Concurrieron cincuenta y ocho obispos en persona, y dos por sus procuradores. Dióse libertad á cada uno para que dijese francamente su parecer; pero aunque el concilio era tan numeroso, como no presidia en él la cabeza de la Iglesia, tampoco le presidió el Espíritu Santo; y fue confirmado el error como en los dos concilios precedentes. Nombráronse diputados que pasasen á Roma á dar noticia al Papa de lo que habia decidido el concilio de África; pero san Esteban ni siquiera quiso admitirlos á su audiencia. San Dionisio de Alejandría interpuso sus buenos oficios con el Papa para que no excomulgase á los obispos de África y de Capadocia, que perseveraban en el error, como les habia amenazado; y poco después toda la Iglesia condenó el error de los rebautizantes en el célebre concilio ecuménico de Nicea. San Gerónimo es de sentir que san Cipriano se retractó, y á san Agustin le parece esto muy verisímil. *Aunque no se halle,* dice el Santo, *que san Cipriano se hubiese retractado, es muy probable que lo hizo; y no es imposible que suprimiesen su retractacion aquellos que no gustaban de ella.*

Permitió Dios, añade el mismo san Agustin, que san Cipriano se descaminase para que conociésemos que el entendimiento humano es limitado, y que los mayores ingenios han de fiar muy poco de sus luces. La infalibilidad no es privilegio de los particulares, ni aun de los mas esclarecidos doctores; solo nos pone á cubierto del error un rendimiento total y sin reserva á las decisiones de la Iglesia. Si Cipriano se hubiera separado de esta, si hubiera combatido contra la fe, seguramente no le hubiera salvado el martirio; pero habiendo derramado su sangre por la Iglesia, y dentro del seno de la Iglesia misma, lavó las faltas en que le hizo caer la excesiva adhesion á la disciplina de su iglesia particular, y el demasiado no muy respetuoso teson contra la cabeza visible de la Iglesia universal. Sea lo que fuere, continúa el mismo Santo, si se levantó un vaporcillo de la humana fragilidad que oscureciese algun tanto aquella alma, por otra parte tan iluminada, presto le disipó el glorioso resplandor de su sangre derramada por Jesucristo, compensándose de esta manera la falta de luz en materia del bautismo administrado por los herejes, con la abundancia de su caridad y de su penitencia: *Ut si qua nebula in ejus lucidam mentem ex humana conditione irrepserat, gloriosa serenitate fulgentis sanguinis fugaretur.* Aun aquellos mismos que dan mas abundantes frutos de caridad pueden todavía conservar tal cual pua ó vástago silvestre, que tarde ó temprano arrancará el diestro labrador: *Qui fructu praevalent charitatis, possunt tamen aliquid habere purgandum, quod incultum agricola non relinquit.* Por tanto, si este hombre verdaderamente santo se engañó en la doctrina del bautismo conferido por los herejes, purgó bien este error, así con la abundancia de su caridad, como con la gloriosa muerte del martirio: *Quod vero ille vir sanctus, de baptismo aliter sentiens, quam se res habebat, et charitatis ubertate compensatum est, et passionis falce purgatum.*

Asegúrase que se apagó esta disputa viviendo aun el mismo Santo, y que los obispos de África retractaron su error, lo que confirma la opinion de que el mismo san Cipriano le habia retractado.

Pero habiéndose renovado la persecucion contra los Cristianos hácia el fin del año de 256 en tiempo del emperador Valerio, se volvió tambien á encender en el pecho de san Cipriano el ardiente deseo del martirio. Para lograrle dió principio fortaleciendo á los Cristianos con la elocuencia de sus sermones, con el fervor de sus conversaciones privadas y familiares, y publicando un escrito compuesto todo de sentencias y de palabras de la sagrada Escritura. Se tiene por cierto que tuvo revelacion de su martirio, y que por eso no se quiso

esconder, aunque sus amigos le persuadian y le apretaban para que se pusiese á cubierto de la tempestad. Fue, pues, arrestado por órden del procónsul Aspasio Paterno; y habiendo confesado delante de él á Jesucristo con heróica magnanimidad, fue desterrado á Curubio, ciudad distante diez ó doce leguas de Cartago. Los once meses que estuvo en ella los empleó en animar, consolar y esforzar á su pueblo con sus escritos, y con los desvelos de una solicitud verdaderamente pastoral. Volvióle á llamar Galerio Máximo con órden de que no entrase en Cartago, y se quedase en una quinta que tenia cerca de la ciudad. En fin, el dia 14 de setiembre del año de 258 mandó el Procónsul que compareciese en su tribunal; preguntóle por su fe, por su condicion y por su generoso celo que mostraba en favor de los Cristianos, á cuyas preguntas solo le respondió estas precisas palabras: *Soy cristiano, y me glorio de serlo.* Confesó la fe de Jesucristo á presencia de un crecido concurso con tanta elocuencia y con tan heróica resolucion, que temeroso el Procónsul de la impresion que podia hacer en los ánimos, mandó que el mismo dia le cortasen la cabeza. Ejecutóse en un paraje llamado Sextil, pegado á los muros de Cartago, y el santo cuerpo estuvo expuesto por algun tiempo en el mismo sitio, hasta que los Cristianos le enterraron en un lugar de las eras del procurador Cándido, donde con el tiempo se edificó en honor suyo una suntuosa iglesia. Después fue trasladado á Arles en tiempo de Carlo Magno; de Arles á Leon, hasta que Carlos el Calvo le mandó llevar á Compiegne. Tenemos de san Cipriano ochenta y una epístolas, con otros muchos tratados, y en todas sus obras se deja admirar su singular elocuencia.

SANTOS ROGELIO Y SERVIO DEO, MÁRTIRES.

Entre los ilustres Mártires de Jesucristo, sacrificados al bárbaro furor de los mahometanos á mitad del siglo IX, en que movió Abderraman, rey de Córdoba, una de las mas crueles persecuciones que sufrieron los Cristianos, se elogia con justísimo motivo el valor, la fidelidad y la constancia de san Rogelio y Servio Deo, dignos de memoria eterna por la generosidad con que predicaron la fe de Jesucristo sin temor de los paganos.

Aun los árabes no habian sacado de la cárcel para el suplicio á los dos ilustres mártires Emila y Jeremías, condenados á muerte no por otra causa que la de clamar contra la secta mahometana, cuando entraron en la misma prision Rogelio y Servio Deo, de quien nos dice san Eulogio, escritor de sus gloriosas actas, que el primero fue na-

tural de una aldea de Iliberi ó Granada, llamada *Parapanda*, monje de edad avanzada, aunque no señala el monasterio ni religion que profesaba, y del segundo que fue un jóven que habia venido á Córdoba peregrinando del Oriente, sin determinarnos su patria.

La uniformidad en la religion, en los sentimientos y en las costumbres unió á los dos Santos con el vínculo de la amistad mas estrecha, en virtud de la cual hicieron ambos pacto de no separarse jamás por ningun caso hasta comprar el cielo con su sangre. Aunque por entonces gemian los Cristianos bajo el yugo de los mahometanos, tenia el Señor fieles celosos y leales, tanto en la ciudad, como en la campiña de Córdoba, que se presentaban cada dia ante los jueces árabes con una santa intrepidez y con un valor verdaderamente admirable á confesar en alta voz á Jesucristo, y aprovecharse de la crítica ocasion de su persecucion para sellar con su sangre las infalibles verdades de la religion cristiana. Quisieron Rogelio y Servio Deo imitar la generosidad de aquellos héroes, que dieron tanto honor á la Iglesia, con una resolucion tan laudable; y animados de un mismo espíritu, se presentaron en la gran mezquita de los moros, templo admirable por su magnificencia, por la multitud de sus columnas, por la preciosidad de sus mármoles y por la delicadeza de su arquitectura, que hoy vemos consagrado en la iglesia catedral, en uno de los dias que se hallaban ocupados en las infames ceremonias de su zala. Estaba prohibido á los Cristianos bajo graves penas entrar en las mezquitas de los agarenos, porque pensaban estos, llenos de preocupacion, que violaban aquellos el suelo, y que con el aire de su respiracion inficionaban sus templos; pero despreciando los dos Santos semejantes prohibiciones, puestos en medio de la multitud comenzaron á predicar el Evangelio, y á declamar contra las mentiras y patrañas del falso profeta Mahoma, declarándoles los premios que Dios tiene prometidos á los creyentes de su santa ley, y los castigos con que el fuego eterno pena á los que cierran los ojos á la luz de su doctrina, viviendo envueltos en las crasas tinieblas de los delirios y de las necedades.

No es fácil poder explicar la cólera que concibieron los bárbaros á vista de aquella resolucion, que graduaron por uno de los mas enormes atentados. Sin duda hubieran dado fin á los dos Santos en el acto á fuerza de los golpes y de las heridas con que los maltrataron arrojándose sobre ellos enfurecidos, si el juez, que se hallaba presente, reportando su furia con la autoridad de su juicio, no se los hubiera quitado de las manos. Luego que este entendió la causa del enojo po-

pular, convirtiendo el suyo contra los Mártires, mandó ponerlos en la cárcel con duras prisiones; pero aunque estaban tan maltratados que apenas les quedaba aliento, y tenian tan quebrantado el cuerpo que parece no podian ya sufrir mas tormento, no por esto dejaron de continuar la predicacion comenzada, profetizando en la misma cárcel la muerte desgraciada del Rey dentro de breve tiempo.

Tratóse la causa en el consejo de los magistrados árabes á presencia del rey Abderraman, y de comun acuerdo se les dió la sentencia, que por lo principal del delito, esto es, por haber ultrajado á su profeta Mahoma, fuesen decapitados; y por cuanto habian incurrido en la criminalidad de poner los piés en su mezquita, se les cortasen los piés y las manos. Los Santos recibieron con mucha alegría la injusta providencia, dando al Señor repetidas gracias porque les hacia dignos de padecer por su amor. Entró el verdugo en la cárcel á la ejecucion del mandado; pero antes que les pidiese las manos y piés para descargar el golpe de los alfanjes, ellos mismos se las presentaron con extraordinario regocijo, y estando ya cási desangrados tendieron sus cuellos al cuchillo con la misma maravillosa constancia; logrando por este medio la apetecida corona del martirio en el dia 16 de setiembre del año de 851 ó 52.

Pusieron los cuerpos de los Santos en dos palos al otro lado del rio, en el campo de la Verdad, aparte de los de san Emila y Jeremías que el dia antes habian sido martirizados; y subiendo el Rey á una azotea de su alcázar para divertirse con la alegre vista de la campiña, viendo á los cuatro Mártires en aquella disposicion, para público escarmiento, mandó que los arrojasen á una hoguera; pero apenas pronunció tan inhumano precepto, cuando hiriéndole un Ángel del Señor su maldita lengua, pegada al paladar, quedó mudo de repente, y asaltado con los dolores de la muerte, se verificó la profecía de los Mártires en aquella misma noche, bajando su alma infeliz al fuego del infierno antes de quemarse los Santos, cuyas cenizas con algunas reliquias depositaron los fieles en la iglesia de Córdoba.

SANTA EUFEMIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Fue santa Eufemia de la ciudad de Calcedonia, hija de Filofronio, y Teodora, personas ilustres y ricas, y el padre era senador en aquella ciudad. La hija Eufemia era dotada de grandes virtudes y de grande hermosura, modestia y castidad; y como se hiciese en Calcedonia una fiesta muy solemne al dios Marte, y por mandato de Prisco, procónsul de Asia, todos fuesen llamados bajo pena de la vida á aque-

lla fiesta, la santa vírgen Eufemia no quiso asistir por no contaminar su alma con un acto tan abominable. Como era persona tan principal, luego la echaron menos los sacerdotes gentiles, y la acusaron ante el Procónsul, quien la mandó prender y procuró persuadirle que adorase á los dioses. La Santa resistió valerosamente así las dulzuras como las amenazas, por lo cual la mandó poner en la cárcel, y de allí á pocos dias sacarla á la audiencia pública. Y hallándola constante en su propósito, la mandó atormentar, y fueron los tormentos no para una doncella delicada como era Eufemia, sino que para un hombre robusto le quitaran muchas vidas. Azotáronla con varas de hierro; pusiéronla en el ecúleo, á donde sus delicados miembros fueron descoyuntados. Hízose una máquina y rueda de cuchillos, que venian todos á dar golpes en un lugar á donde la Santa habia de estar atada. Atáronla, y comenzó á revolverse la rueda; y por ser tan espantoso este tormento, la Santa hizo oracion á Dios, y bajó un Ángel, que le desbarató y le deshizo; muriendo allí el artífice de aquella máquina y otras personas, cuyos parientes y amigos encendieron un horno para quemar á la Santa como á causadora de aquel daño; pero como los verdugos viesen dos Ángeles que la amparaban, no se atrevieron á echarla. Empedernido el Procónsul, no queriendo conocer el poder de Dios, antes obstinándose mas, dispuso que la aserrasen: trajeron las sierras, y el hierro perdió su fuerza y se puso mas blando que una cera, y la santa Vírgen quedó entera y sin detrimento alguno, triunfando del fuego, del hierro, del tirano y del demonio. Finalmente el Procónsul, atribuyendo todos los prodigios del cielo á arte mágica, la mandó echar á las fieras: ella que estaba ya cansada de padecer tantos tormentos, pidió á Dios nuestro Señor, que fuese aquel el último. Y así fue que llegó á ella un fiero leon, y dióla un bocado, y dejóla sin tocar ni comer de sus carnes; y las demás fieras la respetaban y lamian sus piés, y de esta manera acabó santa Eufemia su jornada. Al tiempo que espiró la santa Vírgen, vino un grande terremoto, y la gente despavorida huyó. Con esto sus padres tuvieron lugar para retirar su santo cuerpo y enterrarle honoríficamente cerca de la ciudad. Fue el martirio de santa Eufemia tal dia como hoy, imperando Diocleciano, y en este dia celebra la Iglesia su fiesta.

Hizo Dios muchos milagros por esta gloriosa esposa suya: y Nicéforo cuenta uno muy famoso, y fue, que celebrándose el concilio Calcedonense en su iglesia, los Padres que en él se juntaron hicieron dos libros; en el uno escribieron los Católicos la verdad de nuestra fe, y en el otro los herejes sus errores. Pusiéronlos junto al cuerpo de

la Santa, y estuvieron los Padres toda la noche en oracion, y á la mañana hallaron que la Santa tenia en sus manos la confesion católica, y á sus piés la de los herejes.

Algunos han confundido esta santa Eufemia de Calcedonia con nuestra santa Eufemia de Orense, cuya historia se lee en las del dia 16 de agosto.

SANTA EDITA, VÍRGEN.

La gloriosa vírgen santa Edita nació en el año 961 y fue hija natural del rey Etgardo de Inglaterra y de Wilfrida, noble dama á la cual aquel Príncipe habia robado, y por cuyo rapto hizo una penitencia de siete años. Etgardo después de la muerte de su mujer procuró casarse con Wilfrida; mas ella despreció constantemente sus solicitudes, y tomó el velo religioso en el monasterio de Wilton, del cual fue nombrada abadesa. Su hija Edita se habia criado por ella en la misma comunidad, y por consiguiente resguardada de la corrupcion del mundo. De esta circunstancia el Martirologio romano deduce su elogio, diciendo: que habiendo sido *consagrada á Dios en un monasterio desde su niñez, abandonó el mundo;* y mas bien debiera decir *que ignoró al mundo* que el que le *abandonó*. Fue admitida desde muy niña á la profesion religiosa, para lo cual se obtuvo con mucha dificultad el consentimiento del Rey su padre. Unió la activa vida de Marta con la contemplativa de María, y aunque su mayor delicia consistia en oir la voz de su Esposo celestial, que le hablaba en su corazon en silencio y en retiro, se privaba frecuentemente de aquella delicia celestial, por servirle y ayudarle en sus miembros afligidos ó necesitados. Alimentaba al pobre, cuidaba al enfermo, limpiaba sus llagas mas asquerosas, prefiriendo los leprosos á los mismos hijos del Rey. Su abstinencia y demás austeridades eran maravillosas, y llevaba continuamente un cilicio á raíz de las carnes. Tenia una devocion grande á la memoria de su Esposo crucificado, la que expresaba con la repetida señal de la santa cruz. Cuando aun no tenia mas que quince años, su padre la quiso hacer prelada de tres monasterios; mas ella nunca lo consintió, queriendo antes obedecer que mandar.

Murió el Rey su padre, y sucedióle Eduardo su hijo de poca edad. Por muerte de este último quiso la nobleza que Edita dejase el monasterio y subiese al trono, y la instaron vivísimamente; pero ella prefirió el estado de la humildad y la obediencia al brillo tentador de la corona. Erigió esta Santa la suntuosa iglesia de San Dionisio en Wilton, para cuya dedicacion convidó al santo arzobispo Dunstano. Vino

el santo Prelado, y viendo que la vírgen Edita hacia muchas veces la señal de la cruz en la frente, pidióle la mano, y tomando el dedo pulgar con la suya, le dijo: «No permita Dios que este dedo se pudra;» y dicho esto se puso á decir misa solemne, y en ella comenzó á llorar amargamente; preguntado por el diácono la causa de aquel llanto, respondió: «Porque esta alma escogida por Dios, esta piedra pre-«ciosa, esta estrella reluciente, se oscurecerá y morirá de aquí á cua-«renta y tres dias.» Y en efecto murió conforme á esta prediccion tal dia como hoy del año 984 á los veinte y tres de edad. El mismo san Dunstano la hizo sepultar en la misma iglesia de San Dionisio, que ella habia edificado, y junto á ella un hospital con renta para sustentar trece pobres. Pasados trece años después de su glorioso tránsito, apareció á san Dunstano, y le mandó que sacase su cuerpo de donde estaba, y le colocase en parte mas honorífica, y díjole que el dedo pulgar de su mano derecha, por virtud de la santa cruz, que hacia con él, lo hallaria entero. Con esta revelacion y otras que tuvo san Dunstano, fué á la iglesia de Wilton, donde estaba el santo cuerpo de la Vírgen, y halló el dedo pulgar incorrupto como ella le habia dicho; le sacó de donde estaba, y le puso en un altar con gran devocion y reverencia.

Los calendarios ingleses hacen mencion de otra santa Edita ó Eadogita, hija del conde Frewaldo, que murió monja en Ailesbury.

La Misa es en honor de los santos Cornelio y Cipriano, y la Oracion la que sigue:

Beatorum martyrum pariterque pontificum Cornelii et Cypriani nos, quaesumus, Domine, festa tucantur; et eorum commendet oratio veneranda: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Asístenos, Señor, con tu proteccion en la festividad de los bienaventurados mártires y pontífices Cornelio y Cipriano, haciéndonos gratos á vuestra divina Majestad su respetable intercesion. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del capítulo III *del libro de la Sabiduría.*

Justorum animae in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis. Visi sunt oculis insipientium mori, et aestimata est afflictio exitus illorum: et quod à nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in pace. Et si coram hominibus tormenta passi sunt, spes illorum immortalitate plena est. In paucis vexati, in multis bene disponentur; quoniam Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se.

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará á ellos el tormento de la muerte. Pareció á los ojos de los necios que morian, y se juzgó ser una afliccion el que saliesen de este mundo, y una entera ruina el separarse de nosotros; pero ellos están en paz; y si han sufrido tormentos en presencia de los hombres, su esperanza está llena de inmortalidad. Habiendo padecido ligeros males, recibirán

Tanquam aurum in fornace probavit illos, et quasi holocausti hostiam accepit illos, et in tempore erit respectus illorum. Fulgebunt justi, et tanquam scintillae in arundineto discurrent. Judicabunt nationes, et dominabuntur populis, et regnabit Dominus illorum in perpetuum.

grandes bienes; porque Dios los tentó, y los halló dignos de sí. Probólos como al oro en la hornilla, y recibiólos como á una hostia de holocausto, y á su tiempo los mirará con estimacion. Resplandecerán los justos, y correrán como centellas por entre las cañas. Juzgarán á las naciones, y dominarán á los pueblos, y su Señor reinará eternamente.

REFLEXIONES.

Probólos Dios. Una vez que se haya gustado de Dios, parece que ninguna prueba puede poner en peligro la virtud. Experimentadas una vez las dulzuras de esta, ¿quién no dirá que está muy asegurada la fidelidad en el servicio de Dios? Sin embargo, una fatal experiencia nos está probando cada dia todo lo contrario. ¡Cuántos hay que vuelven las espaldas á Dios después de haberle servido con fidelidad por algun tiempo! Y ¿no se están viendo todos los dias muchos hombres que, como dice el Apóstol, *comienzan por el espíritu, y acaban por la carne?* Es cierto que cuesta dificultad el comprender cómo pueda seguirse un gran desórden á una virtud ejemplar; ni cómo es posible que el que fue verdaderamente virtuoso pase á ser disoluto de profesion. ¿Cómo es posible que aquellas resplandecientes antorchas que mostraban á tan hermosa luz toda la piedad de la Religion se apaguen de repente, y ni siquiera conozcan que perdieron la vista, y que se hicieron ciegos? ¿Cómo se puede perder el gusto á la virtud hasta tener horror de ella, por lo menos sin que el alma conozca que está enferma? Y después de haber servido á Dios muchos años con fervor y á cara descubierta, ¿cómo se podrá abandonar su servicio sin remordimiento y sin escándalo? La corrupcion del corazon pasa presto al entendimiento. En comenzando á vivir mal, se deja de discurrir bien. En perdiendo el gusto á las grandes verdades de la Religion, luego se las pierde de vista. Nunca se descamina poco el que sabiendo el camino real se desvia de él por tedio. ¡Cuánta diferencia hay de un hombre en su juicio cabal á este mismo hombre en un delirio! Mudóle tanto la enfermedad, que no se le conoce. ¡Qué discursos tan desconcertados! ¡qué proyectos tan sin piés ni cabeza! ¡qué extravagancias! ¡qué locuras! Y esto, un hombre que pocos dias há discurria con tanto acierto, obraba con tanta cordura, se gobernaba con tanta prudencia! No hay que extrañarlo: trastornósele la cabeza; amigos y enemigos, parientes y extraños á todos los confunde.

Vete á ponerle en razon y á darle lecciones; tanto caso hace del padre como del director. Turbóle el frenesí la razon, y el único que no conoce su enfermedad es el mismo enfermo. Él se rie, él se divierte, él canta cuando lloran todos los que se interesan en su salud, y todos los que le conocieron antes de la enfermedad; no se le puede dejar solo por el peligro de que se precipite. Esta es una viva imágen de aquel y de aquella que dejaron el servicio de Dios y la devocion después de haber sido devotos. Es perfecta la analogía. Los mismos efectos causa el desórden de las costumbres que el desórden de los órganos. ¡Cuánta diferencia va de un hombre en otro tiempo virtuoso, á este mismo hombre perdido ahora y disoluto! Parece otro entendimiento, otro natural, y que mudó de religion con la mudanza de costumbres. En otro tiempo prudente, atento, dócil, modesto, amigo de hacer bien, moderado, sin preocupaciones, el corazon sano y recto; así era cuando vivia arreglado; no podia comprender como era dable que el hombre de bien se diferenciase del hombre cristiano, pareciéndole que solamente la virtud era digno objeto de un corazon verdaderamente grande. Ninguna otra alegría le gustaba sino la que era efecto de una conciencia pura; ninguna diversion que no fuese muy conforme á la ley santa de Dios; no juzgaba digno de su atencion otro negocio que el de la salvacion, ni encontraba otra verdadera grandeza que la de servir á Dios y de agradarle. Pero abandonó el partido de la virtud, entregóse á la disolucion; ya parece otro hombre. El desórden de su vida sofocó la Religion. Solamente se le oye burlarse insulsamente de sí mismo por lo que fue, y hacer fria chacota de la misma Religion. ¡Oh, y qué digno de lástima es un hombre que volvió las espaldas á Dios!

El Evangelio es del capítulo XXI *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Cum audieritis praelia, et seditiones, nolite terreri, oportet primum haec fieri, sed nondum statim finis. Tunc dicebat illis: Surget gens contra gentem, et regnum adversus regnum. Et terraemotus magni erunt per loca, et pestilentiae, et fames, terroresque de coelo, et signa magna erunt. Sed ante haec omnia injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in synagogas, et custodias, trahentes ad reges et praesides prop-

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando oyéreis las guerras y sediciones, no os asusteis; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será luego el fin. Entonces, les decia, se levantará una nacion contra otra nacion, y un reino contra otro reino, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echarán mano, y os perseguirán, entregándoos á las sinagogas y á las cár-

ter nomen meum: continget autem vobis in testimonium. Ponite ergo in cordibus vestris non premeditari quemadmodum respondeatis; ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Trademini autem à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte afficient ex vobis: et eritis odio omnibus hominibus propter nomen meum: et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

celes, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fijad, pues, en vuestros corazones que no cuideis de pensar antes lo que habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y seréis entregados hasta por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

MEDITACION.

No hay otro verdadero mal en la tierra que el pecado.

Punto primero.—Considera que no hay otro verdadero mal en la tierra que aquel que nunca se puede considerar como bien; que solo él nos priva de todo bien, y de la fuente de todos los bienes: tal es el pecado. Míresele por donde se le mirare, el pecado siempre es pecado. Juzguémosle como Dios le juzga; eternamente será el pecado objeto de su odio y de su cólera; eternamente será materia de nuestro dolor. Pues ¿cómo lo puede ser ahora de nuestras ansias y de nuestra complacencia?

Todos los que llamamos males en la tierra, en tanto lo son, en cuanto son efectos del pecado. El pecado es el que inundó la tierra de desdichas; él es el que encendió las llamas del infierno; él solo es el que hace á los hombres desgraciados: donde reina la inocencia, allí reinan la tranquilidad y la alegría. Siendo Dios bien infinito, y siendo él mismo todo bien, no es capaz de comunicar otra cosa. El pecado solo es causa de todo mal, privándonos de este bien. Pero ¿es esta la idea que se forma del pecado? mas ¿dejará el pecado de ser menos mal y de ser menos pecado porque formemos nosotros otra idea?

Esos concursos á ciertos entretenimientos de donde está siempre desterrada la inocencia; esas diversiones siempre ocasionadas, esos espectáculos, esos regocijos profanos, orígen fatal de tantos desórdenes, ¿prueban por ventura que miramos con grande horror al pecado? Y aun aquellas personas que no se abandonan tanto al desórden, ¿viven siempre muy inocentes? Familiarizámonos con el pecado;

pero ¿nos acostumbramos igualmente á los tormentos que se siguen á él?

¡Ah Señor, y qué poco he conocido el pecado hasta aquí! pero ¡cuánto le detesto ahora! Aumentad mi dolor, y perdonadme mis pecados.

Punto segundo.—Considera que no tenemos razon para llamar males á aquellas cosas que nos pueden ser útiles para nuestra felicidad. A una alma fervorosa todo la puede servir de provecho menos el pecado.

Las desgracias, las persecuciones, las enfermedades, la pobreza, hasta la misma muerte, todo nos puede servir para ser felices, pues todo nos puede ayudar para ser santos.

Pocos Santos hay que no deban, por decirlo así, á las persecuciones, á las adversidades, á los trabajos, algun grado, por lo menos, de su elevacion en el cielo. ¿Qué no debieron los Mártires á los suplicios? Vuestros parientes y vuestros amigos os perseguirán, dice el Salvador; mas no por eso seréis desgraciados: toda la malicia y toda la rabia de los mas crueles tiranos no será capaz de arrancaros un solo cabello de la cabeza. El que está en gracia de Dios y es querido suyo, ¿qué tiene que temer? Es grande error reputar por mal el odio del mundo, cuando el mundo aborrece á uno porque ama á Dios, y porque sirve á Dios. ¡Cuántos favores, cuántas conveniencias ofreció el mundo á san Cipriano para pervertirle! ¡Con qué crueles suplicios no le amenazó si se negaba á sus engañosas promesas! Pero ¿con qué valor menospreció el Santo no menos las caricias que los tormentos del tirano? Ó por mejor decir, no hubo para él mayor tormento que las caricias. Antes perdió la vida que la amistad de su Dios. ¿Cuándo pensarémos nosotros de la misma manera? ¿cuándo discurrirémos sobre los mismos principios? ¿Tiénese hoy al pecado por el mayor mal de todos los males? ¿Míranle siquiera como mal aquellas personas que se divierten, que hacen vanidad de cometerle? Llámase mal una pérdida de bienes temporales, una afliccion, una persecucion, una desgracia, que, segun los fines de la divina Providencia, suelen ser orígen de muchas bendiciones; pero ¿se tiene al pecado por gran mal cuando se le considera como medio para hacer fortuna?

Mi Dios, ¡en qué ceguedad he vivido yo hasta aquí! Perdonadme mis maldades, y dignaos oir mi humilde ruego. Padezca yo, Señor, todos los tormentos, padezca todos los males de esta vida antes que cometer un solo pecado.

JACULATORIAS. — ¡Ay de vosotros, hombres impíos, que abandonásteis la ley santa de vuestro Dios y Señor! (*Eccli.* XLI).

Horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo, y ser objeto de su indignacion. (*Hebr.* X).

PROPÓSITOS.

1 Concibe tanto horror al pecado, que estés pronto á perder los bienes, la salud y la misma vida antes que perder la gracia. Muy digno de lástima serias si estuvieras en otra disposicion. Pero como de nada sirven los mejores dictámenes especulativos si no se ponen en práctica, toma desde ahora la santa costumbre de decirte á tí mismo siempre que á tí ó á otros suceda alguna desgracia: No hay otro mal sino el pecado; consolémonos, que esta pérdida de los bienes ó de la salud puede ser para mayor provecho nuestro. Líbrame, Señor, de todo pecado; pues no temo otro mal.

2 Toma ocasion de todos los adversos acasos de la vida para decir á tus hijos, á tus amigos y á tus criados, que ningun otro mal se debe temer sino el pecado. Sea este como tu refran ó como una ordinaria sentencia. Repítesela continuamente á tus hijos, y dítela á tí mismo cien veces al dia. No te descuides ni en las mas leves mentiras oficiosas, ni en las restricciones mentales, que son verdaderas mentiras disfrazadas, ni en la menor impaciencia. Has de tener por enteramente prohibido para tí todo cuanto pueda alterar aun ligerísimamente la caridad. La demasiada indulgencia consigo mismo, y la poca con los demás, es por lo comun orígen de muchas faltas. Débete causar horror todo cuanto puede causar el mas leve daño al prójimo, y todo lo que tenga apariencia ó sombra solo de pecado. La vista sola de un monstruo asusta y sobresalta. Repite muchas veces aquellas bellas palabras: *Malo mori quam foedare animam meam;* mas quiero morir que manchar mi alma. No te contentes con tener horror al pecado; ten el mismo á las ocasiones de pecar, y huye de ellas tanto como del pecado mismo. No se detesta el pecado cuando no se tiene horror á la ocasion.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

LA MEMORIA DE LA IMPRESION DE LAS SAGRADAS LLAGAS, que en el monte Alverna de Toscana por especial gracia de Dios fueron impresas en las manos,

piés y costado de san Francisco, fundador del Órden de Menores. *(Véase su historia en las de hoy).*

El martirio de san Justino, presbítero y mártir, en Roma, en la via Tiburtina; el cual en la persecucion de Valeriano y Galieno fue esclarecido por la gloria de su confesion: este Santo sepultó los cuerpos de los santos Sixto, papa, Lorenzo, Hipólito y otros muchos; y finalmente en tiempo de Claudio alcanzó la corona del martirio.

Los santos mártires Narciso y Crescencion, tambien en Roma.

Santa Ariadna, mártir, en Frigia, en tiempo del emperador Adriano.

Los santos mártires Sócrates y Esteban, en Inglaterra.

Los santos mártires Valeriano, Macrino y Gordiano, en Noyon.

San Flocelo, niño, en Autun; el cual en tiempo del emperador Antonino, siendo presidente Valeriano, después de padecer muchos tormentos, hecho pedazos por las fieras, alcanzó la corona del martirio.

San Lamberto, obispo de Mastricht, en Lieja; el cual como por celo de la Religion reprendiese á los de la corte del rey, siendo inocente lo mataron los culpados, y pasó al reino celestial á vivir perpetuamente. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Pedro de Arbués, en Zaragoza en España, primer inquisidor de la fe en el reino de Aragon; el cual siendo cruelmente asesinado por los judíos relapsos en odio de la fe católica, que defendia valerosamente por cumplir con su oficio, alcanzó la palma del martirio. *(Véase su vida en las de hoy).*

Santa Agatoclia, esclava de una mujer infiel, en el mismo dia; la cual fue largo tiempo castigada por su ama con azotes y con otros tormentos para que negase á Cristo; finalmente llevada ante un juez, la castigaron con mayor crueldad; y como permaneciese firme en la confesion de la fe, después de haberla cortado la lengua, la echaron en el fuego.

Santa Columba, vírgen y mártir, en Córdoba. *(Véase su vida en las de hoy).*

La dichosa muerte de san Satiro, confesor, en Milan; de cuyos esclarecidos méritos hace memoria su hermano san Ambrosio.

Santa Teodora, señora muy ilustre, en Roma; la cual en la persecucion de Diocleciano servia con toda solicitud á los santos Mártires.

Santa Hildegardis, vírgen, en Binga, en la diócesis de Maguncia. *(San Bernardo declaró que esta Santa se hallaba dotada del espíritu profético, y fue célebre en su tiempo en todo el orbe cristiano, segun se desprende de las varias obras religiosas que escribió, siendo muy digno de notar entre ellas una admirable Coleccion de cartas, la mayor parte dirigidas á personas las mas calificadas de la Iglesia y del Estado que le pedian sus consejos. Era abadesa de un monasterio en la diócesis de Maguncia, el último que fundó, cuando voló al Señor en el año 1179 á los ochenta y dos de su edad).*

LA MILAGROSA IMPRESION DE LAS LLAGAS DE SAN FRANCISCO.

Admirable es Dios en todos sus Santos; pero con todo eso hay algunos á quienes distinguió con tan especiales favores, que parece le hacen mas admirable las singulares maravillas que obró en ellos. En este número se debe contar el grande san Francisco de Asis. Fue su

vida una continuada serie de favores tan señalados y de sucesos tan maravillosos, que igualmente acreditaron las grandes misericordias del Señor, que la eminente santidad de aquel hombre verdaderamente extraordinario. Pero el milagroso suceso, cuya memoria quiso consagrar la Iglesia con fiesta particular en este dia, fue sin duda de los mas sobresalientes. Apenas harémos mas que trasladar cási palabra por palabra lo que nos dejó escrito san Buenaventura.

El año de 1224 renunció san Francisco el generalato en manos del bienaventurado Fr. Pedro de Catánea; y habiendo mostrado al mundo el poder de Dios en muchas ocasiones, tanto con sus sermones como con sus milagros, se retiró al monte Alverna para pasar en él su cuaresma de san Miguel; es decir, para entregarse á la soledad y al ayuno por espacio de cuarenta dias, desde la Asuncion de la Vírgen hasta el último de setiembre. Está situado este monte en los confines de la Toscana, y es una parte del Apenino que pertenecia á un señor del país, llamado Orlando Catáneo, y en el año de 1213 se le habia concedido á san Francisco, fabricando en él una iglesia pequeña para el Santo, y algunas celdas para sus frailes. Retirado, pues, el santo Patriarca á dicho monte, y hallándose un dia en lo mas fervoroso de su oracion, sintió fuerte inspiracion de abrir el libro del Evangelio, persuadido á que habia de encontrar en él lo que Dios queria que hiciese. Prosiguió un rato en su oracion, y tomando después el libro del altar, mandó á Fr. Leon que le abriese. Era fray Leon el único compañero que habia llevado consigo á la soledad. Abrióle por tres veces, y en todas salió la pasion de Nuestro Señor Jesucristo, por donde entendió san Francisco que lo que Dios queria de él era que cada dia se hiciese mas semejante á Cristo crucificado, aumentando el rigor de la mortificacion y de la penitencia.

Una mañana, hácia la fiesta de la Exaltacion de la santa Cruz, que es el dia 14 de setiembre, hallándose en oracion, se sintió tan abrasado en incendios del amor divino, y con tan inflamados deseos de ser semejante á Cristo crucificado, que no le parecian bastantes para satisfacerle todas las penitencias del mundo, ni aun el martirio mismo, cuando de repente vió bajar de lo mas alto del cielo á un Serafin, que en rapidísimo vuelo venia como á dispararse sobre él. Tenia seis alas encendidas y resplandecientes; dos se elevaban sobre la cabeza, otras dos extendidas como en ademan de volar, y las otras dos cubrian todo su cuerpo. Pero lo mas portentoso era que el Serafin parecia estar crucificado, teniendo los piés y las manos clavados en una cruz. Cada uno podrá imaginar cuánta seria la admiracion y

el pasmo; qué afectos de amor, de gozo y de compuncion excitaria en el corazon de nuestro Santo la vista de aquel prodigio. Comprendió entonces, dice san Buenaventura, que su transformacion en imágen de Cristo crucificado no habia de ser por el martirio corporal, sino por la inflamacion del espíritu, y por el abrasado encendimiento del divino amor. Duró algun tiempo la vision; y habiendo desaparecido dejó en su corazon una impresion maravillosa, y al mismo tiempo otra mas portentosa en su cuerpo; porque inmediatamente se comenzaron á manifestar en sus manos y en sus piés las señales de los clavos, ni mas ni menos como las habia visto en la imágen del Serafin crucificado; esto es, las manos y los piés parecian haber sido clavados por el medio, descubriéndose las cabezas de los clavos en la parte interior de las manos, y en la exterior ó superior de los piés, y las puntas remachadas á la parte opuesta de estos y de aquellas. En el costado derecho se manifestaba una cicatriz roja como de herida de lanza, saliendo de ella muchas veces tanta abundancia de sangre, que se humedecian la túnica y los paños interiores. Y estas son aquellas cicatrices que desde entonces se comenzaron á llamar las Llagas.

Hallóse en grande afliccion el humilde Santo, viendo por una parte que no era posible ocultar largo tiempo á sus mas familiares compañeros estas visibles y maravillosas señales de la particular bondad del Señor, y temiendo por otra publicar sus secretos. Llamó, pues, algunos frailes de los que tenia por mas espirituales, y proponiéndoles la dificultad en términos generales, les pidió consejo. Uno de ellos, muy versado en los caminos de Dios, haciendo juicio por el aire y por las palabras de san Francisco que habia visto alguna maravilla, y que por humildad la queria ocultar, le dijo: *Hermano, sábete que Dios no te descubre algunas veces sus secretos para tí solo, sino tambien para los demás; por eso debes temer que algun dia seas reprendido por haber enterrado y escondido el talento.* Movido san Francisco de estas palabras se rindió al parecer de sus frailes, y les contó ingenuamente todo lo que habia visto, añadiendo que el que se le apareció le habia descubierto cosas que nunca revelaria él á persona viviente. Á san Buenaventura le parece que nuestro Santo, como otro san Pablo, vio entonces cosas llenas de misterios, de los cuales á ningun hombre es lícito hablar. Acabados los cuarenta dias bajó del monte como otro Moisés, inflamado el rostro; y por mas cuidado que puso en ocultar á todos, aun á aquellos hijos mas amados y mas familiares suyos, las permanentes señales de tan insigne favor, cuidó el mismo Señor de manifestarlas por medio de varios milagros.

Habíase extendido por toda la provincia de Rieti una enfermedad contagiosa entre el ganado, de la cual morian muchas reses, tanto ovejunas como vacunas, sin acertarse con el remedio; y estando durmiendo un gran siervo de Dios, tuvo un sueño en que se le avisó que fuese á la ermita de los frailes Menores, donde á la sazon se hallaba san Francisco, y rociase todo el ganado con el agua en que el Santo hubiese lavado sus manos y sus piés. Luego que amaneció, el santo varon se puso en camino para la ermita, y pidiendo secretamente aquella agua, roció con ella á todas las reses enfermas que estaban tendidas por el suelo. Apenas las tocó la primera gota cuando se levantaron vigorosas y corrieron hambrientas á los pastos, cesando de esta manera toda la enfermedad. El mismo san Buenaventura refiere esta maravilla. Tambien es hecho constante, añade el mismo Santo, que antes que san Francisco recibiese del cielo esta gracia especial, todos los años se levantaba al rededor del monte Alverna una maligna nube, que deshaciéndose en granizo, arruinaba los frutos, y desolaba todo el país; pero desde que el Santo recibió las sagradas llagas no se volvieron á ver aquellas maliciosas nubes, y toda aquella comarca lo reconoció por milagro.

Á pesar del gran cuidado que ponia el siervo de Dios en ocultar aquellas impresiones y señales de sus sagradas llagas, que el Señor habia estampado en su cuerpo, no pudo estorbar que se viesen las de las manos y de los piés, aunque después de aquel tiempo andaba siempre calzado, y cási siempre tenia cubiertas las manos. Vieron las llagas muchos religiosos suyos, que sin embargo de ser dignísimos de toda fe por su eminente santidad, lo aseguraron después con juramento para quitar el pretexto á toda duda. Tambien las vieron mas de una vez algunos cardenales, amigos particulares del Santo, y muchos las celebraron en verso y en prosa, como lo afirma el mismo san Buenaventura; el cual añade que, asistiendo á un sermon del papa Alejandro IV, el Papa aseguró públicamente que en vida del Santo habia visto las sagradas llagas con sus mismos ojos: *Summus etiam pontifex Alexander, cum populo praedicaret, coram multis fratribus affirmavit se dum Sanctus viveret, stigmata illa sacra suis oculis conspexisse.* En la muerte del Santo mas de cincuenta frailes, santa Clara con todas sus hijas, y una multitud innumerable de seculares de todas condiciones, satisfacieron su piadosa curiosidad, viendo con sus ojos, y tocando muy despacio con sus manos las sagradas llagas impresas en el santo cuerpo, como lo dice tambien el mismo seráfico Doctor.

En cuanto á la llaga del costado la ocultó el Santo con tanto cuidado mientras vivió, que ninguno se la pudo ver sino cogiéndole por sorpresa. Un hermano que le asistia, y se llamaba Fr. Juan de Lodi, se valió para esto de un piadoso artificio, persuadiendo al Santo que se quitase la túnica interior para limpiarla; con cuya ocasion no solo vió dicha llaga, sino que metiendo en ella los dedos le causó un vivísimo dolor. Otros dos religiosos contentaron su devota curiosidad con semejante artificio; y cuando faltaran otras pruebas de la certidumbre de este hecho, seria evidente testimonio de él la sangre de que estaba teñida la túnica y los paños interiores. Pero muerto el Santo, esta milagrosa llaga tambien fue vista muy á satisfaccion por muchas personas; de manera que en las vidas de Santos se encontrarán pocos sucesos mas bien averiguados y comprobados que el de las llagas de san Francisco. San Buenaventura, que escribió la vida del Santo treinta ó treinta y cinco años después de su muerte, dice que todos los que vieron y tocaron estas llagas reconocieron que los clavos se habian formado milagrosamente de la carne, y tan adherentes á ella que cuando los movian ó los apretaban por un lado se descubrian mas por el opuesto á manera de nervios endurecidos, compuestos de una sola pieza. Los clavos eran negros como de hierro; pero la llaga del costado se conservaba siempre roja y rasgada en figura redonda, como especie de rosa. Cierto caballero, llamado Gerónimo, hombre de capacidad, de observacion, y muy acreditado, dificultando el asenso á esta maravilla, la examinó á presencia de muchos con mayor indagacion que todos los demás: movió los clavos, tocó con sus propias manos los piés, las manos y el costado del santo cuerpo, y quedó tan convencido de la verdad, que después fue uno de los testigos, y la depuso auténticamente con solemne juramento. Pero cuando no fuese bastante este cúmulo de pruebas y de testigos, lo seria el haberlo asegurado en sus bulas dos grandes Pontífices, y que la Iglesia haya establecido una fiesta particular, que se celebra hoy en todo el mundo cristiano, para celebrar la memoria de esta maravilla.

SANTA COLUMBA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Columba, tan celebrada por la sencillez y por la pureza con que acreditó el significado del nombre de Paloma, que se le impuso sin duda por inspiracion divina, como por la heróica fortaleza con que se ofreció al martirio, fue natural de Córdoba, hija de padres ricos y nobles, cuñada del santo mártir Jeremías, y hermana del ve-

nerable Martin, abad del monasterio Tabanense, y de Isabel su fundadora y tambien abadesa. Criábanle sus padres con el regalo que el amor, ayudado de las riquezas, suele hacer donde se hallan juntos. Ponian en ella los ojos como en la única heredera de sus bienes, á los cuales habian dado de mano los dos hijos Isabel y Martin, encerrados en su monasterio. Columba desde muy niña mostró lindo ingenio y juicio, y amor á todo lo bueno; veneraba la santidad de su hermana, amaba su virtud, y con el trato frecuente de ella se encendió en deseos de imitar su resolucion. Á la compañía de sus padres cercenaba todo el tiempo que podia para tratar con ella y con las demás religiosas que estaban ya recogidas en la ciudad mientras se edificaba el monasterio. Por estos medios iba preparando el Señor á esta sierva suya para la corona que después alcanzó. Dijo á su hermana el ansia grande que tenia de verse fuera del siglo en vida religiosa. La hermana, viendo claro que queria ser monja en su monasterio, procuró dar largas á su determinacion. Recelaba no fuesen aquellos deseos hervores indiscretos de la edad, y de otra parte temia tambien que sus padres tuviesen de ello pesadumbre, pues sabia que tenian puestos los ojos en Columba para la sucesion de su casa.

Por mucho que esto lo llevaban oculto las dos hermanas, lo llegaron á entender los padres. Recibieron de ello grande enojo: culpaban á la monja y á su hermano; diéronles quejas de que tras haber gastado su hacienda en aquella fundacion, quisiesen ahora llevarles aquella hija, consuelo único de su vejez. Procuraron desviar á Columba de aquel pensamiento ya con ruegos, ya con quejas de padres, ya con lástimas. Su madre especialmente hizo cuanto suelen las mujeres indiscretas en casos tales. Echó mano de lo que mas suele valer en la gente moza poco advertida, ó muy ganosa de libertad. Pero viendo que ninguna reflexion bastaba en Columba para persuadirla, dejándose llevar de los sentimientos que inspiran la sangre y la carne, trató de casarla. Afligióse mucho la casta doncella de ver á su madre empeñada en lo que ella tanto aborrecia: decíale con humildad que no tuviese en esto tanta prisa. Porfiaba la madre como mujer apasionada; todo era mirar a quien escogeria. Corriendo así las cosas, la madre en su porfía, la hija en su constancia, previno el Señor con inescrutable juicio la negociacion de la madre llamándola para sí.

Sintió Columba la muerte de su madre, y se aprovechó de la libertad que Dios le ofrecia para consagrársela por esposa. Ayudó con sus bienes á la conclusion del monasterio, y se encerró en él con su buena hermana llena de alegría. Mostróse desde luego grande en hu-

mildad, perfecta en caridad, loable en la conversacion, constante en la oracion, firme en la paciencia, incansable en la misericordia, mansa, agradable, suavísima: su vida inocente tenia embelesadas y edificadas á las demás hermanas. Juzgábase y despreciábase á sí misma; miraba á los demás con respeto y amor. Dióse tambien á la lectura y al estudio de las santas Escrituras; y comunicándola el Señor una luz especial para que entendiese los misterios mas elevados, la servian estos conocimientos de encender mas y mas su voluntad en las llamas del amor divino. Para gozar mas á su salvo de los regalos de esta celestial sabiduría, buscó nuevo retiro aun dentro del monasterio, alcanzando de su hermana la abadesa que la eximiese de algunos oficios de la comunidad con que á veces suele estorbarse el recogimiento interior. Redobló allí el rigor de su penitencia; comia poco, y dormia tambien poco y sobre una estera; alternaba la leccion con la oracion, ó por decir mejor, en la oracion cogia los frutos de la leccion; y anegada en la mas alta contemplacion de las eternas verdades, permanecia en fervorosa oracion por espacio de muchas horas, unas postrada en tierra, y otras en pié, manteniéndose en una agradable suspension con un semblante sereno, sin que se le oyese el menor suspiro ni gemido; pero con tanta abundancia de lágrimas, que corriéndole hilo á hilo por las mejillas llegaban á regar la tierra. Saboreábase frecuentemente con aquellas palabras que solian decir los monjes antiguos: *Ábreme, Señor, las puertas del paraiso, para que vuelva yo á aquella patria, donde no se sabe qué es muerte, y donde el gozo nunca se acaba.* Permitió el Señor que fuese combatida con muchas y muy recias tentaciones, las cuales, con la asistencia de la divina gracia, le fueron ocasion de nuevas coronas.

Cuando Columba brillaba con el resplandor de tantas virtudes reinaba en Córdoba el cruelísimo Mahomad, de quien tantas veces hemos hablado. Habiendo sido derribado por órden suya el monasterio Tabanense, se retiraron las religiosas en una casa que tenian en los arrabales de Córdoba, junto á la iglesia de San Cipriano. Deshacíase Columba en lágrimas viendo profanados los templos del Señor, y tambien por hallarse otra vez como sumergida en el mundo. Cuando por la inmediacion de la iglesia oia leer á los sacerdotes las actas de los Mártires, cuya laudable costumbre tuvo la Iglesia, en los siglos antiguos al tiempo de la liturgia, sentia ella en sí vivísimos deseos de ir á Dios por el martirio. Aseguróse bien antes de que esta era vocacion del Señor; un dia, saliendo ocultamente de su casa, se presentó al gobernador de la ciudad, y le dijo como era cristiana, y que

la ley del Evangelio era la única senda de la salud, fuera de la cual nadie llega al gozo perdurable. Atónito el juez de ver tan buena razon y discurso en tan linda mujer, la llevó él mismo ante el Consejo, ó bien creyendo que la intimidaria la autoridad de aquel senado, ó bien persuadiéndose que el respeto de los magistrados la contendria para no hablar contra su profeta con tan generosa libertad; pero fue tan al contrario, que Columba repitió allí sus primeras palabras, y la misma confesion que tenia hecha. Los consejeros mostráronle lástima grande, no menos enamorados de la belleza y graciosa compostura de la Santa que de su elocuencia: ofreciéronle, si renegaba de la fe, partidos muy ventajosos segun el mundo; amenazábanla tambien que si no se rendia la cortarian allí la cabeza. La santa doncella nada amaba en este mundo sino los medios para llegar á Jesucristo su Esposo, y así se lo manifestó valerosamente, diciendo: *No tiene mi Señor Jesucristo esposa tan débil, que por bienes tan caducos haya de mudar su propósito, divorciándose del desposorio que tiene celebrado con Él, cuando recibió sus arras: ¿quién es mas poderoso que Él, para que querais persuadirme á que le deje por unas riquezas perecederas? ¿Quién mas poderoso, para que pueda agradarme alguno de los hijos de los hombres? Y ¿qué religion hay mas santa y mas verdadera que la suya, confirmada con tantos milagros como se han visto en su comprobacion en todos tiempos? Separaos vosotros de los embustes que enseñó vuestro falso profeta, que ha sumergido á tantas almas en el infierno, y abrid los ojos á la luz del Evangelio, para que seais hijos de ella creyendo en sus infalibles verdades.*

Los consejeros, corridos de verse ultrajados de aquella manera, desengañados tambien de que era perdido el tiempo y las diligencias que empleasen en reducirla, la mandaron luego decapitar delante del palacio. Quiso la Santa gratificar al verdugo, y le dió en premio alguna cosa, que san Eulogio no escribe cuál fuese. Fue el glorioso martirio de santa Columba tal dia como hoy en el año 853. Dispuso el Señor por una providencia especial que no usasen los moros con el venerable cuerpo de su amada esposa algunas de sus acostumbradas brutalidades, como era arrojar los cadáveres de los Mártires á los perros para que los devorasen, ó al fuego para que quedasen reducidos á cenizas, ó clavarles en palos á la vista de la ciudad: vestido como estaba lo cosieron en un seron, y lo echaron al rio Guadalquivir. Seis dias después unos monjes lo hallaron entero y sin corrupcion alguna, y lo llevaron á san Eulogio, quien dispuso que se le diese honrosa sepultura en la iglesia de Santa Eulalia, que estaba en

el barrio llamado Fragelas, que Feria conjetura ser el sitio donde ahora está (ó estaba pocos años hace) el convento de Nuestra Señora de la Merced. D. Antonio Jimena da á entender que antiguamente hubo en Martos reliquias de nuestra Santa. Acaso las llevó el abad Sanson por los años 854 en que se retiró á Martos, huyendo de la persecucion del obispo de Málaga, Hortigesio, y el conde Servando. En octubre del año 1737 llevaron de allí á Córdoba una reliquia de la santa Vírgen, la cual se venera en la iglesia de San Rafael. Hoy se celebra su fiesta en aquel obispado. La veneracion de los españoles á santa Columba ha sido siempre grande.

No debe confundirse santa Columba de Córdoba con otra Santa vírgen y mártir del mismo nombre, natural de la ciudad de Sens en la provincia de Campaña en Francia, cuya fiesta se celebra el dia 31 de diciembre; Ambrosio de Morales prueba con poderosísimos fundamentos que la de este dia padeció gloriosamente en Córdoba, lo que se demostró con toda claridad después que se descubrieron las obras de san Eulogio, de cuyos escritos se sacaron las lecciones del oficio eclesiástico de la Santa, que aprobadas por el papa Clemente VIII, se insertaron en el Breviario de la iglesia de Córdoba.

SAN PEDRO ARBUÉS, MÁRTIR.

El glorioso martirio de este Santo reune en sí dos cualidades de suma complacencia y consuelo para los que tienen la dicha de profesar la religion cristiana, y el suficiente talento para meditar las ventajas que le resultan de semejante ventura. Entre las pruebas que quiso Dios dar de la autenticidad y santidad del Evangelio, no es de las menores, en fuerza y persuasion, la de tanto mártir que testificó con su sangre que la religion por que moria tenia todos los caracteres de verdadera y divina. El amor que cada uno tiene á su propia existencia hace concebir que solo un motivo sobrenatural fue el que pudo mover á los Mártires para dar gustosos su vida en defensa de las verdades que les habian enseñado. Así se autorizó en los principios una religion que combate derechamente todos los dictámenes de la carne y sangre, y así recíprocamente fue ensalzado el mérito de aquellos que la autorizaban. La misma conducta ha observado nuestro Dios con los defensores de la Religion, y de su inmaculada pureza, que practicó en los principios con sus primeros maestros y promulgadores. Quiso que el martirio autorizase el oficio sagrado de inquisidor, y al mismo tiempo que este santo empleo fuese materia para la su-

blime gracia del martirio. Todo se verificó en San Pedro de Arbués, cuya vida es la siguiente:

Por los años del Señor de 1442, sobre año mas ó menos, fue el nacimiento feliz de Pedro para ilustre ornamento de su esclarecida familia, y gloria inmortal de la Inquisicion de España. Epila, poblacion no muy distante de la ciudad de Zaragoza, en el reino de Aragon, tuvo la gloria de ser la patria de este portento de santidad, y columna de la fe. Sus padres, Antonio Arbués y Sancha Ruiz, eran de una de las mas ilustres familias del reino de Aragon, como que estaban emparentados con los condes de Aranda, y con otras casas de no inferior jerarquía. Pero la nobleza de la sangre merecia para con ellos menos estimacion que el timbre de la piedad cristiana que testificaban con sus obras. Por esta causa los primeros esmeros de su cuidado en órden á su hijo se emplearon en sugerirle las mas sólidas y sublimes ideas de la santa Religion que habia profesado en el Bautismo. Luego que Pedro fue capaz de recibir mayores instrucciones, le entregaron al cuidado de maestros hábiles y virtuosos, que formasen su corazon, no solo con las máximas que dictaba el honor, y eran propias del esplendor de su nobleza, sino tambien enseñándole el santo temor de Dios, que es el principio de la verdadera sabiduría. Estaban los maestros en su casa; y por tanto, el cuidado que estos ponian en la educacion de Pedro se acrecentaba con la vigilancia de sus padres, quienes procuraron, ante todas cosas, cimentar en su corazon un ardentísimo amor á Jesucristo crucificado, y una inclinacion á las cosas devotas y sagradas. El niño Pedro era la materia mas bien dispuesta para recibir las saludables impresiones de tan santa educacion. Su natural era dócil, su alma buena, su entendimiento despejado, su voluntad pronta á obedecer las mas mínimas insinuaciones, y por una constitucion dichosa con que le habia enriquecido el cielo, aborrecia naturalmente cuanto tenia apariencias de relajacion ó de vicio. Estas prendas amables le hicieron de un candor de costumbres tan apreciables, y de un modo de proceder tan racional y juicioso, que siendo todavía niño era respetado como un anciano. El Santo sabia granjearse este concepto, porque todo el tiempo que le dejaba libre el estudio de la gramática y letras humanas le empleaba gustoso ya en rezos devotos, y ya en asistir á los templos á recrear su inocente alma en la celebracion de los misterios sagrados.

Instruido perfectamente en la latinidad, é imbuido en las máximas de la Religion, y adornado de aquellas brillantes prendas que dan tanto realce á la nobleza de la sangre, siendo ya de edad competente

para los estudios mayores, determinaron sus padres enviarle á Italia para que emprendiese su estudio. Estaban persuadidos á que la educacion de los hijos no sale perfecta cuando estos se crian con encogimiento, y sin otros conocimientos del mundo que los que pueden adquirir en la casa paterna. El cuidado con que desde los primeros años habian plantado las sacrosantas verdades de la fe, las máximas de piedad cristiana, y los sentimientos de honor, les daba suficiente seguridad de que en cualquiera parte que se estableciese su hijo jamás llegaria á desmentir la noble educacion que sus padres le habian dado. Con esta confianza, sabiendo que en Bolonia florecian las letras, y que eran enseñadas por los mas hábiles maestros que entonces tenia la Europa, no tuvieron dificultad en enviar allá á su hijo, como en efecto lo ejecutaron. La libertad que con este motivo consiguió Pedro, viéndose enteramente apartado de la vista de sus padres, y dueño absoluto de todas sus acciones, no la empleó como otros jóvenes en diversiones propias de la edad, ni en disipar su espíritu con la relajacion y la holgazanería: aplicóse al estudio con actividad tan asombrosa que en breve tiempo mereció por sus progresos ser la gloria de sus maestros, la admiracion de sus condiscípulos, y el jóven mas celebrado de toda la ciudad de Bolonia. Es verdad que estos admirables efectos se debian no menos á la aplicacion con que estudiaba la filosofía, que á la integridad de sus costumbres. Sin embargo de ser aquella ciencia, segun entonces se estudiaba, muy expuesta á perder la tranquilidad del alma por sus reñidas disputas, siempre veian en Pedro tal moderacion en sus argumentos, y tal serenidad en su semblante, que al paso que se veian precisados á confesar la viveza de su ingenio, les causaba no menos admiracion la paz constante que reinaba en su alma, y la dulce armonía que conservaba con todos. Hecho dueño de los conocimientos filosóficos, recibió la láurea de maestro con increible aplauso, sin que este nuevo grado sirviese para hinchar su corazon con la soberbia, sino mas bien para formar de él un medio con que ejercitarse en la humildad cristiana. Habia fundado en Bolonia Egidio Albornoz, arzobispo de Toledo y cardenal de la santa iglesia de Roma, un insigne colegio, en el cual estableció dos plazas para estudiantes aragoneses, y habiendo vacado una de ellas, entró á su goce en el año de 1468. Ya anteriormente habia comenzado el Santo á estudiar la teología; y como en esta ciencia encontraba conocimientos mas análogos á las piadosas disposiciones de su corazon, habia hecho en ella maravillosos progresos. Aumentáronse estos notablemente, ya con las sabias disposiciones y es-

tatutos que prescribia el colegio para los ejercicios literarios, y ya tambien con el trato continuo con los doctos colegiales. Cinco años estuvo el Santo en el colegio, en cuyo tiempo llenó su alma de los mas sublimes conocimientos de la sagrada teología. El estudio de las santas Escrituras era el objeto principal á que se dirigian sus miras; porque en ellas encontraba unas palabras de vida, que al mismo tiempo que ilustran el entendimiento con sus luces, inflaman la voluntad con celestiales verdades. Al mismo tiempo que Pedro se ocupaba en estudiar la teología, no echaba en olvido que la principal ciencia del cristiano es el amor y temor santo de Dios, y el ejercicio de las virtudes para la santificacion de su alma. Su esmero en esto era tal que le adquirió fama de virtuoso, tanto en su colegio como en toda la ciudad. El testimonio que dió de ello la universidad al tiempo de registrar en sus libros el grado de doctor que recibió en el dia 17 de diciembre de 1473, es una prueba de que en las almas de los bolonienses habian hecho mas impresion las grandes virtudes de nuestro Santo que sus grandes adelantamientos en la ciencia de la teología. *Los multiplicados dones de virtudes,* dice el libro, *con que el Altísimo engrandeció la persona del maestro en artes y filosofía Pedro de Arbués,* etc. Esta expresion recomienda sumamente el mérito de san Pedro, no tanto por la multiplicidad de sus palabras como por haberla usado solamente en la anotacion de su grado.

Entre tanto la fama de sus heróicas virtudes no se limitaba á Bolonia, sino que cundia por España, extendiéndose por toda la Península no solamente la extension y solidez de su sabiduría, sino el suavísimo olor de sus santas costumbres. Desearon por tanto los canónigos de la santa iglesia metropolitana de San Salvador de Zaragoza tenerle en el número de sus individuos, y así le eligieron para una prebenda el dia 30 de setiembre del año de 1474. Era á la sazon aquel cabildo compuesto de canónigos reglares de la Órden de san Agustin, y presidia en aquella silla Juan de Aragon, hijo del rey Juan II. Esta eleccion adaptó mucho á los pensamientos desinteresados y tenor de santa vida que tenia Pedro, pues en la profesion de una regla tan santa como la de san Agustin, se pronosticaba muchas medras para su alma. Aceptó el Santo la eleccion; y habiendo tomado el hábito de canónigo reglar, de tal manera manifestó lo acertada que habia sido con sus santos ejemplos, que pasado el tiempo de la probacion hizo profesion solemne en manos del Dr. Miguel Ferrer, prior de aquella santa iglesia, en el año de 1476. En este nuevo estado se consideró el Santo como en un puerto seguro, que

le libertaba de las borrascas del mundo, y le proporcionaba medios ciertos de arribar algun dia á la patria celestial, á donde se dirigian todos sus anhelos. Los santos ejercicios en que hasta entonces se habia ocupado por un particular genio de su alma, los consideraba ya como obligaciones de un estado perfecto. Afligia su cuerpo con ayunos continuos, maceraciones y disciplinas que le sujetaban á la razon. La fervorosa contemplacion de las grandezas de Dios y de los soberanos misterios de nuestra redencion era el alimento con que su alma se recreaba, adquiriendo de dia en dia nuevos grados de perfeccion. Todas sus acciones se presentaban como un espejo de la vida evangélica, y en ellas encontraba el tibio reprension, y nuevos estímulos el fervoroso. Su fe era viva, firme, y al mismo tiempo fecunda de santas obras. Los conocimientos que habia adquirido de las verdades reveladas, léjos de cebar una curiosidad vana y criminal, le servian de cimentar en su alma la fe libre de los engaños de la supersticion. De aquí nacia una esperanza firme en la divina misericordia, en la cual, y no en sus propios méritos, confiaba que le habia de conceder las eternas promesas. Por esto despreciaba con generosidad todos los bienes temporales, juzgándolos por despreciable basura en comparacion de ganar á Jesucristo. Ningun trabajo, por penoso que fuese, le era duro de llevar; con igual ánimo sufria las enfermedades y persecuciones, dando fuerza á su espíritu la grande virtud de la esperanza. Pero en lo que mas sobresalió este grande varon fue en lo que debia sobresalir; esto es, en la caridad, que es la reina de las virtudes. Amaba á Dios con tanta ternura que no hallaba reposo en cosa ninguna criada sino solamente en lo que pertenecia al honor del Criador de todas ellas. Oraba frecuentemente, y era tal el amor que tenia á Jesucristo, y lo que se engolfaba en la contemplacion de sus divinas obras, que las cosas del mundo apenas le merecian la mas leve atencion. Solo se acordaba de él para atender al socorro de sus prójimos. Los pobres y necesitados encontraban en Pedro un padre benéfico y un amigo fiel, que les consolaba en sus aflicciones y les socorria en sus necesidades. Pero las que mas cuidado le costaban eran las espirituales; y así no omitia diligencia alguna para sacar del estado del pecado á los que veia mal entretenidos, llenando en esto todos los oficios de un verdadero cristiano, y todas las obligaciones de un digno sacerdote. En la observancia regular era exactísimo, siendo el primero en todas las observancias, por mínimas que fuesen, y excitando con su puntualidad la desidia ó indiferencia de los que eran menos fervorosos.

Deseaba Pedro disfrutar á su salvo y tranquilamente del sosiego de que entonces gozaba para emplearse sin reserva, apartado de los ojos de los hombres, en todo género de virtudes. Pero estas, en cierta manera, le hicieron traicion; pues no pudiendo ocultarse por el brillante resplandor que despedian, hicieron tan grande su fama que llegó á oidos de los Reyes católicos, quienes desde luego le destinaron para uno de los empleos en que mas se interesaba la religion de Jesucristo. Empleaban á la sazon sus esmeros estos piadosos reyes en arrancar de España la secta de los mahometanos que la habian inundado, y la perfidia de los judíos que la tenian sojuzgada por medio del comercio. Todas las personas piadosas miraban con sumo dolor á la Religion prostituida por aquellos sacrílegos; pues constaba que recibian el Bautismo para cumplir exteriormente con las leyes civiles, permaneciendo obstinadamente en la profesion de sus ritos respectivos. Para precaver tan grandes males los Reyes solicitaron de Sixto IV, y después de Inocencio VIII, sumos pontífices, que se erigiese en España el santo tribunal de la Inquisicion, por cuyo medio se atajase la perfidia de aquellos rebeldes, y se constituyese á los Cristianos en un estado de seguridad contra sus asechanzas. Solicitud tan justa tuvo bien pronto todo el efecto deseado. Nombróse por inquisidor general al R. P. Fr. Tomás de Torrequemada, varon de todas las prendas que requeria tan grande empleo. Pero se necesitaban otros muchos varones virtuosos que tuviesen el celo necesario para descubrir los reos contra la Religion, y una invencible fortaleza para aplicarles el debido castigo, sin tener miedo ni á su multitud ni á sus riquezas. Desde luego pusieron los ojos en san Pedro de Arbués, cuya fama le acreditaba por uno de los sugetos sensatos que entonces tenia España. Hecha en él la eleccion, le hicieron saber cuán del agrado de Dios y de los Reyes seria el que tomase sobre sí el cargo de inquisidor del reino de Aragon, y cuánto beneficio resultaria á la Iglesia de los oficios que en este empleo se prometian de su vigilancia y rectitud. Lo que para un ambicioso hubiera sido de suma complacencia por el extendido campo que se le ofrecia de ejercer su autoridad, fue para Pedro motivo de lágrimas y de una profunda consternacion. La verdadera virtud siempre está acompañada de una gran desconfianza de las propias fuerzas. Al paso que brillaban en Pedro todas las virtudes que requeria un empleo tan augusto, y que cuantos le conocian estaban bien persuadidos de esta verdad, el humildísimo Santo tenia formado de sí mismo tan bajo concepto que se reputaba por absolutamente inepto para el oficio de Inquisidor. Su

humildad verdadera no hallaba en su persona ni la ciencia necesaria para juzgar en las árduas materias que pertenecian á la fe, ni las indispensables virtudes para poner en ejecucion sus sentencias y juicios. Excusóse cuanto pudo con los Reyes; hizo humildes representaciones de su insuficiencia, solicitando le relevasen de un cargo en que peligraba la salvacion de su alma; pero los prudentes Monarcas, que tenian anticipadamente noticias muy seguras de su grande suficiencia, y que sabian además que tanto es un sugeto mas digno para un empleo cuanto mas se manifiesta exento del vicio de la ambicion, se empeñaron en que fuese inquisidor nuestro Santo, quien tuvo que ceder á tan soberanos empeños.

Si en los estados anteriores de su preciosa vida habia manifestado ser un vivo dechado de todas las virtudes, mucho mas lo dió á conocer en el oficio de inquisidor. Sin aflojar un punto en el ejercicio de las virtudes privadas en que antes resplandecia con tan lucientes brillos, comenzó este grande varon á ejercer todas aquellas que eran necesarias para el desempeño de un cargo sumamente delicado por las materias que trata, y peligroso en las circunstancias de aquellos tiempos. Era prudentísimo al tiempo de oir las delaciones, suspendiendo su juicio hasta tanto que las pruebas acreditasen de reos ó sospechosos á los sugetos delatados. Conocia que la perversidad humana llega hasta el punto de prostituir la santa Religion á los privados intereses, y hacer víctimas de la venganza ó el resentimiento las conductas mas inocentes, y los honores mas tersos y puros. Examinaba, velaba é inquiria con la mayor escrupulosidad todos los hechos y circunstancias de los delitos hasta tanto que se dejaba ver la verdad en todo su esplendor. Entonces colocaba á la justicia en medio del tribunal, y ella era la que dictaba sus decisiones. Jamás pudo contrastar su entereza ninguno de tantos medios como emplea el poder y la astucia, ó para paliar los crímenes, ó para libertarlos del debido castigo. Su alma se mostraba igualmente inflexible á las lágrimas de los abatidos que á las amenazas de los soberbios y poderosos. La ley era para él una deidad que debia respetarse en todas las circunstancias, haciéndola sacrificio de los naturales movimientos del corazon. Por esta causa luego que se llegaba á probar completamente el delito, daba y hacia ejecutar la sentencia sin que las lágrimas de los que habian de padecer el último suplicio fuesen bastantes á ablandar su severidad, ni la desolacion que resultaba en las familias pudiese jamás hacerle ser injusto. Con la misma entereza oia las súplicas y empeños de los poderosos, y escuchaba las amenazas que

tocaban á su propia vida. Fiel dispensador de la ley, prudente en todas las inquisiciones y diligencias previas á la sustanciacion de las causas, fuerte é invencible en las resoluciónes justas, nunca perdia de vista el honor y gloria de Dios, la pureza de la Religion santa, la extirpacion de los errores, el escarmiento de los contumaces y rebeldes, y el que se conservase pura, hermosa, sin arruga ni mancha la Esposa de Jesucristo.

Este celo y entereza de nuestro Santo produjo algunos castigos, principalmente de judíos ricos, que abusando de la libertad de un bautismo simulado, cometian todo género de abominaciones. Inmediatamente comenzaron á temblar aquellos á quienes sus conciencias acusaban de iguales delitos, y el temor les hizo adoptar todos los medios de destruir en sus principios un tribunal santo que les amenazaba con su ruina. Juntáronse en concilio muchos hebreos, y sacrificando gran suma de dinero, enviaron á Córdoba sus procuradores para que presentasen á los Reyes inicuos informes que habia forjado su malicia. En ellos se contenia que el nuevo tribunal procedia con un rigor desmesurado; que cometia atentados contra las personas y familias; que privaba al reino de muchos vasallos útiles y laboriosos; y últimamente, que el nuevo establecimiento era capaz de producir alborotos, y un trastorno y subversion universal en los católicos dominios. Pero los Reyes, que se preciaban mas del título de Católicos que les habia concedido la Silla apostólica por premio debido á la ereccion del santo Tribunal, que el de conquistadores que habian conseguido por el valor de sus armas, despreciaron semejantes pretensiones, bien persuadidos á que las leyes ni la justicia nunca fueron de la aceptacion de los delincuentes. Esta resolucion dió nuevo vigor al Tribunal, y empeñó mas vigorosamente á los inquisidores en el cumplimiento de sus funciones respectivas. San Pedro prosiguió con mayor actividad el descubrimiento de los que estaban manchados de judaismo ó mahometismo, y á ejecutar en ellos la debida justicia. Habia muerto á últimos de enero del año de 1485 Fr. Gaspar Inglario, dominicano, que ejercia el oficio de inquisidor juntamente con san Pedro. Su muerte habia hecho recaer en este todo el trabajo y funciones del Tribunal, y al mismo tiempo le habia cargado de toda la odiosidad que aquel ejercicio llevaba consigo para con los enemigos de la Religion. Juntándose estos en privados conventículos trataron los medios de quitar de sobre sí la carga de un tribunal que sus delitos y malignidad se les hacia intolerable. Los consejos de los malignos y perversos siempre juntan con la circunstancia de injustos

la cualidad de crueles. Pensaron que quitando la vida á san Pedro darian por el pié á la existencia del Tribunal, y se libertarian de los horrorosos suplicios con que diariamente les amenazaba, persuadiéndose neciamente á que la existencia del Tribunal consistia en su vida, y á que la religion católica careceria de espíritus esforzados que osasen verter su sangre en defensa de la fe. Este horroroso consejo fue aprobado y confirmado en varias juntas, y solo les faltaba un asesino que le pusiese en ejecucion. Todo lo facilita aquel metal encantador á que sacrifican los hombres su sosiego, y con que compran sus delicias y sus delitos. Habia un hombre facineroso, llamado Juan de Labadía, acostumbrado á manchar sus manos con sangre humana en los frecuentes homicidios que habia cometido. Los judíos á este perverso ofrecieron una cantidad considerable de oro con condicion de que quitase la vida violentamente al santo inquisidor Pedro de Arbués.

Una proposicion tan sanguinaria, y expuesta á las mas funestas resultas contra su propia vida, hubiera intimidado al hombre mas temerario; pero en este perverso se disiparon los temores con la fuerza del interés, cooperando un amargo resentimiento de que tenia poseido su corazon. Habia poco que el santo Tribunal habia hecho un ejemplar castigo en una hermana suya, rea de delitos atroces y vergonzosos, condenándola al último suplicio, que sufrió con horror y espanto de los que se sentian cómplices en su conciencia. Deseaba vengar la muerte de su hermana que él tenia por injusta; y presentándole la ocasion la satisfaccion de sus deseos, vestida de los atractivos del interés, no tuvo dificultad en encargarse del asesinato proyectado; y de allí adelante buscaba ocasion oportuna de verificarlo. No pudieron los judíos hacer estas determinaciones tan secretas que no se trasluciesen de alguna manera. Noticiosos de ellas algunos amigos de san Pedro, que conocian cuánto importaba su vida á la Religion, y el inminente riesgo en que estaba, se fueron al Santo, le dieron cuenta de todo, é intentaron persuadirle á que cuidase mas de sí mismo. Propusiéronle para esto que mitigase algun tanto el celo con que hacia inquisicion de los rebeldes, y la severidad con que ejecutaba en ellos todo el rigor de la justicia; advirtiéndole que, si no lo hacia así, amenazaba muy pronto y sangriento fin á su vida. En un pecho menos fortalecido de la virtud que el de nuestro Santo, hubieran hecho impresion unos avisos que tanto interesaban á la conservacion de su vida; pero esta era materia muy despreciable en la consideracion de Pedro, respecto de ejercer su ministerio con todo

vigor y severidad. Prosiguió haciendo pesquisas y castigos como antes, y á los amigos que le amonestaron de su peligro, les respondió con mucha serenidad: *Que se cuidaba muy poco de cuantas maquinaciones pudiese intentar la perfidia de los apóstatas contra su vida; que nada tenia mas impreso en el corazon que el honor de Dios y la pureza de la doctrina de la Iglesia. Y que si últimamente Dios le hacia tanta misericordia que hubiese de ser la víctima que se sacrificase al odio de los infieles en defensa de la fe, suplicaba á su Señor Jesucristo que de un mal sacerdote que era se dignase hacerle un buen mártir, que era lo que él deseaba.*

Las obras confirmaron esta respuesta digna de la fortaleza de un pecho cristiano, porque de allí adelante se ocupaba con mas actividad en las funciones de su oficio, y solo pedia á Dios que abriese los ojos á los que maquinaban contra su vida, haciéndoles conocer las verdades adorables de la religion cristiana. Aunque se habia resignado perfectamente en las manos de Dios, en cuya confianza proseguia en la severa ejecucion de castigar á los apóstatas, su corazon no dejaba de anunciarle que estaba su fin muy cercano. Dispúsose con oraciones fervorosas, doblados ayunos y penitencias á esperar el término de su vida, y con una fortaleza invencible ejercia sin miedo ni temor los oficios de inquisidor. El perverso Juan de Labadía, encargado de asesinar á san Pedro, para asegurar mejor el golpe, partió la ejecucion de su encargo y la suma de oro que habia recibido por precio de su delito con otros dos facinerosos como él, llamados Juan Esperán y Vital Duran. Estos inicuos hombres, despechados y resueltos á poner en ejecucion su maldad execrable, buscaban con ansia lugar y ocasion oportuna para verificarla. La misma virtud de Pedro se la presentó muy cómoda, pues teniendo precision por su empleo de vivir separado de los demás canónigos que habitaban cerca de la iglesia, acostumbraba á conducirse á ella en varias horas del dia para adorar al santísimo Sacramento, y dirigirle sus fervorosas oraciones. Consumia en esto todo el tiempo que le dejaban libre los precisos negocios de su oficio; de manera, que á pesar de estos era uno de los canónigos mas asistentes al coro, tanto de dia como de noche. Advirtiéronlo los asesinos, y que no habia noche, por tempestuosa que fuese, que no dejase de ir á cantar maitines en la iglesia; y así eligieron esta hora para verificar su atentado. El dia 14 de setiembre por la noche del año de 1485 fue el elegido para satisfacer la furia judáica. En esta noche se introdujeron los asesinos sin ser vistos de nadie en la iglesia mayor, y se escondieron en lugares apor-

tunos. Poco después llegó el Santo adornado con los sagrados vestidos con que los canónigos asisten al coro, y antes de entrar en él fue á ponerse de rodillas delante del altar mayor, haciendo breve oracion al santísimo Sacramento. Apenas habia comenzado á invocar el favor divino, dobladas las rodillas, levantados los ojos al cielo, cuando salieron de sus escondrijos los judíos malvados, y acometiendo al Santo, primero Duran, y Esperán después, le dieron tantos golpes y heridas con las espadas que le dejaron por muerto. Al tiempo de ejecutar este delito tan atroz estaba el Santo pronunciando aquellas palabras de la salutacion angélica: *Bendita tú eres entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre Jesús;* y en el coro cantaban aquel versículo del invitatorio: *Quadraginta annis*, etc., en que reprende la Iglesia diariamente la pertinacia judáica. Al tiempo de caer en tierra herido mortalmente, cuidando menos de su propia vida que del beneficio espiritual que le habia hecho la divina misericordia, prorumpió en estas palabras: *Alabado sea Jesucristo, pues muero por su santa fe.* Los sacrílegos asesinos, habiendo cometido el crímen detestable, quedaron tan aturdidos y horrorizados de su propio delito, que no hubieran podido huir si no les hubieran favorecido una tropa de cómplices que á empellones los echaron de la iglesia y los pusieron en salvo. Pero buscados después con diligencia por la justicia eclesiástica y secular, fueron presos, y ajusticiados con todo el rigor que merecia su horroroso delito.

Los canónigos que estaban en el coro, conmovidos por el ruido que habian hecho los que huian, acudieron, y encontraron al Santo, que revolcado en su sangre cuidaba mas de dar á Dios gracias por haberle concedido el favor de hacerle sacrificio de su vida, que de su vida misma. Llevároule á su casa, y manifestándole con lágrimas el grande dolor que les causaba su trágica y temprana muerte, el Santo, lleno de tranquilidad, los consolaba á todos, persuadiéndoles á que no sintiesen el fin de su vida, que era inevitable, sino que llorasen el horroroso delito de los enemigos de la fe, y mucho mas su rebeldía y pertinacia. Dos dias permaneció el santo Inquisidor en su cama, unas veces consolando á los que le rodeaban, y otras pidiendo á Dios perdon para sus enemigos. Recibió los santos Sacramentos con increible fervor y devocion de su alma, y anegado en los sentimientos de la fe, esperanza y caridad, murió con la santidad que habia vivido el dia 17 de setiembre del referido año. Su muerte fue sentida de la iglesia de Zaragoza con las expresiones del dolor mas intenso. Por espacio de tres dias no se celebraron los divinos oficios, y se cu-

brieron de negro los altares hasta que se purificó el templo de la violacion que habia padecido. Por espacio de un año siguieron iguales demostraciones de dolor, diciéndose el oficio divino con un canto fúnebre, al cual precedia el rezo del Miserere y algunas preces, puestos los canónigos de rodillas y acompañando la cruz, los ministros cubiertos los rostros con velos negros, y reconciliada la iglesia se trasladó á ella el sagrado cadáver para darle honorífica sepultura. Á esta sazon quiso Dios manifestar la santidad de su siervo con un suceso portentoso. La sangre que se habia extendido por el pavimento de la iglesia al caer herido el Mártir de Jesucristo se habia secado de manera, que refregándola con lienzos ó papel blanco de ninguna manera quedaban teñidos de la mas mínima señal; pero apenas entró el sagrado cadáver en el templo cuando inmediatamente apareció toda la sangre líquida, hirviendo y tan caliente como si en aquel instante hubiera sido vertida. Conmovióse el numeroso pueblo á vista del milagro; el capítulo cuidó de autenticarle por medio de notarios, y todos empaparon pañuelos en aquella preciosa sangre, guardándola por reliquia. La santidad de que habia tenido fama toda su vida se hizo mas gloriosa y probada con el martirio. Los reyes católicos Fernando é Isabel le erigieron un suntuoso sepulcro de mármol, á donde se trasladó su cuerpo. Aumentándose después por una parte la adoracion de los fieles, y por otra los milagros que Dios obraba en testimonio de su santidad, fue beatificado por Alejandro VII en el dia 17 de abril de 1664.

SAN LAMBERTO, OBISPO Y MÁRTIR.

San Landeberto, llamado en los últimos siglos Lamberto, fue natural de Mastricht, y de una familia noble y rica, que habia sido cristiana en muchos de sus descendientes. Su padre mandó que desde su infancia le instruyesen en sagrada doctrina, y después le encomendaron á san Teodardo para que perfeccionase su educacion. Este santo Obispo habia sucedido á san Remaclo I en el gobierno de sus dos grandes abadías de Malmedi y Stabelo, y después en la silla episcopal de Mastricht. Concibió este tal estimacion á su santo pupilo que no perdonó diligencia en instruirle y educarle en las prácticas mas perfectas de la virtud cristiana. San Teodardo en el año de 669 resolvió ir al rey Childeberto II, que residia en Austrasia, en solicitud de una órden de este Príncipe para la restitucion de las posesiones de su iglesia, que habian sido usurpadas de algunas personas poderosas; pero fue asesinado en el camino por los que las habian usur-

pado, y descuartizado miembro por miembro en el bosque de Benalt cerca de Nemere, llamada desde entonces Spira. Es honrado como Mártir en el dia 10 de setiembre. San Lamberto fue electo para sucederle con consentimiento del rey Childerico, y el aplauso de toda la corte, donde el Santo era tenido en gran reputacion. Lamberto miró el cargo episcopal como un peso demasiado grande para sus hombros, como lo han hecho siempre los Santos, y temblando siempre á vista de sus obligaciones se dedicó desde luego á desempeñarlas sin respetos humanos, implorando luz y fuerza de lo alto con oraciones humildes y continuas. Childerico II reinó primero en Austrasia, siendo á la sazon Vulfoada mayor de su palacio, mientras Teodorico III sucedió á su hermano Clotario III en Neustria y en Borgoña, en cuyo tiempo Ebroin usurpó tiránicamente la dignidad de mayor. La crueldad de este ministro hizo tan detestable el reino de este Príncipe que sus vasallos le depusieron, viniendo de este modo á ser rey de toda Francia Childerico, porque Teodorico y Ebroin se hicieron monjes, el primero de San Dionisio, el segundo de Luxeu; en cuya condicion consintieron ambos porque les fuesen perdonadas las vidas. El rey Childerico II, príncipe cruel y abandonado, fue depuesto en una conspiracion de sus nobles en el año de 673, el undécimo de su reinado; y Teodorico, su hermano, dejando el monasterio de San Dionisio, fue vuelto á reconocer por rey de Neustria, y Dagoberto II, hijo del rey Sigeberto, en Austrasia.

Esta resolucion la sintió Lamberto únicamente porque hasta allí habia sido muy favorecido de Childerico. El Santo fue echado de su silla, y colocado en ella un tal Faramundo. Retiróse aquel al monasterio de Stabelo con dos solos de sus domésticos; y en el espacio de siete años que allí estuvo, obedeció la regla con la misma exactitud que pudiera el novicio mas escrupuloso. Un ejemplo bastará para manifestar con qué sacrificio tan perfecto consagró su corazon al servicio de Dios conforme á la perfeccion de aquel estado. Habiéndose levantado una noche de invierno á rezar sus devociones, sucedió habérsele caido la sandalia, que era de palo, y hacer ruido. Oyólo el abad, y teniéndolo como quebrantamiento del silencio que debia observarse á aquella hora en la comunidad, le mandó al que hubiese sido causa de aquel ruido que se pusiese de rodillas á orar ante la cruz: esta era una que estaba al raso fuera de las puertas de la iglesia. Lamberto sin responder una palabra, ni descubrir quién era, dejó la vestimenta que iba á ponerse cuando hizo el ruido, y en los términos que le cogió el mandato, descalzo y sin mas cubierta que

la camisa, estuvo ante la cruz orando de rodillas tres ó cuatro horas. Mientras los monjes se calentaban, después de los Maitines, preguntó el abad si estaban todos allí: respondiéronle que uno á quien él habia mandado ir á orar ante la cruz era el que faltaba. El abad mandó que le llamasen; y quedó sorprendido cuando vió que era el santo Obispo, que se presentó cubierto de nieve, y cási helado de frio. Á este espectáculo el abad y los monjes se echaron al suelo y le pidieron perdon. «Dios os perdone, dijo él, porque pensais que necesi-«tais de perdon por esta accion. En cuanto á mí, ¿no debo yo do-«mar mi carne, conforme al dicho de san Pablo, con el frio y la «desnudez, y servir á Dios?»

Al mismo tiempo que Lamberto gozaba de la tranquilidad del retiro santo, lamentaba al ver el estrago que arruinaba la mayor parte de las iglesias de Francia. Cuando Teodorico subió la segunda vez al trono nombró por mayor de palacio á Leudisio, hijo de Erchinoaldo. Ebroin al mismo tiempo dejó el monasterio de Luxeu, y quebrantó sacrílegamente el vínculo de sus votos. Ya habia de antemano hecho sentir los efectos de su poder y tiranía á todo el reino de Teodorico, cuando en el año de 677 fue mayor de palacio de aquel Príncipe, y absoluto dueño de Neustria y Borgoña, y poco después tambien de Austrasia, cuando por muerte de Dagoberto II, que habia sido asesinado en una conspiracion de sus nobles por asechanzas de Ebroin, fue reconocido Teodorico rey de toda la monarquía francesa. Dagoberto II habia llenado sus dominios de religiosas fundaciones, y después de su muerte habia honrado con su sepulcro á Stenay, donde fue venerado como Mártir. Ebroin, que en vida de este Príncipe habia extendido sus violencias á varias iglesias sujetas á él, especialmente á Mastricht, después de la muerte de este Rey las oprimió con mayor furia, y persiguió sin contradiccion á nuestro santo Obispo. Fue no obstante sobrecogido de la venganza divina, porque tres años después del martirio de Leodegario, le quitaron la vida en el de 681. Un caballero llamado Hermenfredo, de cuyo Estado se habia aquel apoderado, y á quien habia amenazado con la muerte, le estuvo espiando un domingo antes que fuese de dia, y al salir de su casa á los Maitines le mató de una cuchillada en la cabeza. En estos y otros ejemplos como estos vemos, como nota Fleury, que en aquel tiempo los mas nobles y los mas ocupados en fatigosos empleos, y aun aquellos mismos que no tenian sentimiento alguno de religion, no se eximian de asistir á los oficios divinos aun por la noche.

Hecho mayor de palacio Pipino de Herstal, nieto de Pipino de Lan-

dem por santa Bega y Ansegisilo, se dedicó á reparar los daños que habia hecho Ebroin, expelió de muchas sillas á los intrusos obispos, y entre otros prelados desterrados restituyó á Lamberto á su silla de Mastricht. El santo Pastor, desde el ejercicio de las virtudes mas heróicas á que habia dedicado el tiempo de su destierro y retiro, volvió á su grey animado de doble fervor, desempeñando todas las demás funciones con espíritu, celo y caridad. Viendo que aun quedaban algunos idólatras en Taxandria, provincia cerca del Diest en Brabante, se dedicó á convertirles á la fe, suavizó el bárbaro temperamento de aquellos infieles con su paciencia, les reengendró con las sacras aguas del Bautismo, y destruyó muchos templos de ídolos. Visitábales frecuentemente, y conferenciaba con san Willibrordo, apóstol de Friselandia. En los débiles reinados de los reyes pasados dominaron en Francia los desórdenes mas abandonados, y no habia poderoso ni soberbio que no se considerase superior á las leyes, ni que dejase de ponerse al frente de alguna faccion sediciosa. De lo que la muerte misma de san Lamberto nos da un ejemplo muy convincente. Pipino, que residia en su castillo de Herstal cerca de Lieja, sobre el Maes ó Meuse, vivió algunos años en un adulterio escandaloso con una concubina llamada Alpais, en quien tuvo á Carlos Martel. Lamberto reprobó y reprendió á ambos con tanto empeño, que dicen algunos que varios amigos de aquella dama tomaron de aquí ocasion para formar una conspiracion contra su vida; pero otros dan por ocasion de su muerte la siguiente: Se habian hecho insoportables por sus usurpaciones y opresiones de la iglesia de Mastricht dos hermanos codiciosos, y las leyes no habian sido capaces de contenerles. Con esto se llegaron á enfadar tanto algunos parientes de san Lamberto que mataron á los dos hermanos. Dodon, pariente de los dos jóvenes muertos, rico y poderoso oficial bajo de Pipino, y algo pariente ó conexionado con Alpais, determinó vengar la muerte en el inocente y santo Obispo, y le embistió con una partida considerable de gente armada en Leodium, entonces lugar pequeño, y ahora la ciudad de Lieja. Habíase retirado á dormir san Lamberto después de los Maitines, cuando acometió la casa Dodon con toda su tropa. No permitió el Obispo que sus dos sobrinos, ni doméstico alguno de la casa tomase armas en su defensa, diciendo: «Si me amais verdaderamente, «amad á Jesucristo, y confesad conmigo vuestros pecados. Por lo que «hace á mí ya es tiempo de que vaya á vivir con Él.» Entonces postrándose en tierra, con las manos extendidas en forma de cruz, oró derramando muchas lágrimas; y entrando la tropa de sus enemigos

en sus estancias fueron pasando á cuchillo á cuantos encontraban, y uno de ellos, arrojando un dardo al Obispo, le quitó infamemente la vida. Esta injusta muerte, sufrida con tanta paciencia y mansedumbre, junta con la santidad eminente de la vida de este santo Obispo, ha sido tenida como especie de martirio. Sucedió en el 17 de setiembre del año de 709, habiendo ocupado la cátedra episcopal san Lamberto cuarenta desde que sucedió á san Teodardo. Su cuerpo fue conducido en un barco á Mastricht, donde fue enterrado en la iglesia de San Pedro. Varios milagros que á esto se siguieron excitaron al pueblo á erigir una iglesia en el sitio en que estuvo la casa en que le mataron. Su sucesor, san Huberto, trasladó á ella sus reliquias en el año de 721, y al mismo tiempo removió tambien á Lieja la silla episcopal, que habia sido antes trasladada á Mastricht desde Tongres por san Servacio.

La Misa es en honor de san Francisco, y la Oracion la siguiente:

Domine Jesu Christe, qui, frigescente mundo, ad inflammandum corda nostra tui amoris igne in carne beatissimi Francisci passionis tuae sacra stigmata renovasti: concede propitius ut ejus meritis et precibus crucem jugiter feramus, et dignos fructus poenitentiae faciamus: Qui vivis et regnas...

Señor Jesucristo, que deseando abrasar nuestros corazones con el fuego de vuestro amor, cuando el mundo estaba resfriado en él, renovásteis en la carne del bienaventurado Francisco las llagas de vuestra pasion; concedednos propicio por sus merecimientos y por su intercesion la gracia de que llevemos incesantemente la cruz, y que hagamos frutos dignos de penitencia. Tú que vives y reinas, etc.

La Epistola es del capítulo VI *de la que escribió san Pablo á los de Galacia.*

Fratres: Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi: per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. In Christo enim Jesu neque circumcisio aliquid valet: neque praeputium, sed nova creatura. Et quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos, et misericordia, et super Israël Dei. De cetero nemo mihi molestus sit: ego enim stigmata Domini Jesu in corpore meo porto. Gratia Domini nostri Jesu Christi, cum spiritu vestro, fratres. Amen.

Hermanos: Léjos de mí el gloriarme en otra cosa que en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Porque en Cristo Jesús nada importa, ni la circuncision, ni el no estar circuncidado, sino el hombre nuevo. Y todos aquellos que siguieren esta regla, sea paz sobre ellos y misericordia, y sobre Israel de Dios. En lo sucesivo ninguno me sea molesto, pues yo llevo las llagas del Señor Jesús en mi cuerpo. La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea, ó hermanos, con vuestro espíritu. Así sea.

REFLEXIONES.

Yo llevo en mi cuerpo las señales del Señor Jesus. Estas señales son las gloriosas cicatrices que el Salvador quiso conservar en su adorable cuerpo aun después de su resurreccion, y que por toda la eternidad serán la admiracion y el gozo de los bienaventurados en la gloria. ¿Hay hoy muchos cristianos que puedan decir con el Apóstol, que están marcados con este divino sello, y que la cruz de Jesucristo es parte de su carácter? Sin embargo, la mortificacion es necesaria para amar verdaderamente á Jesucristo. Esta es la primera leccion que da el mismo Jesucristo á los que quieren ser discípulos suyos: sin ella no hay que esperar serlo jamás. *El que quisiere venir en pos de mí*, dice este amable Salvador, *niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame. El que no tomare su cruz, y no se aborreciere á sí mismo, no puede ser mi discípulo, ni es digno de mí.* Por eso ninguna señal mas segura dieron los Santos de una sólida virtud que la mortificacion. ¡Cuándo hemos de ser nosotros del mismo parecer, y cuándo tendremos las mismas ideas! Hay dos suertes de mortificaciones: una exterior, que consiste en la maceracion del cuerpo; otra interior, que es propiamente la mortificacion del corazon y del espíritu. Aquella doma la sensualidad, esta las pasiones: ambas son necesarias para arribar á la perfeccion, y sin las dos apenas se puede conseguir la salvacion. Los ayunos, las vigilias, los cilicios, y otras mortificaciones semejantes, son poderosos medios para hacernos hombres espirituales. Es verdad que la virtud no consiste en las penitencias exteriores, y que estas no son incompatibles con la hipocresía. No sucede lo mismo con la mortificacion interior, que siempre es señal cierta de verdadera virtud; por eso es mas necesaria que la exterior, y ninguno puede excusarse de ella. Esta es aquella continua violencia que es necesario hacerse para entrar en el reino de los cielos. No todos podrán ayunar, ni usar de rallos y de cilicios; pero ninguno tiene impedimento para mortificar sus deseos, su natural y sus pasiones. Vanamente nos lisonjearémos de que amamos á Jesucristo, si no somos hombres mortificados. Es preciso resolverse á una generosa y constante mortificacion, si se desea domar y destruir este amor propio de que se alimentan todas las pasiones: es necesario resolverse á llevar cada uno su cruz. En la cruz está nuestra salud, nuestra vida y nuestra seguridad, dice el autor de la Imitacion de Cristo: en vano se busca fuera de la cruz la salvacion del alma y el camino de la gloria. To-

ma, pues, tu cruz, sigue á Jesús, y llegarás finalmente á la vida eterna.

El Evangelio es del capítulo III *de san Juan.*

In illo tempore: Erat homo ex pharisaeis, Nicodemus nomine, princeps Judaeorum. Hic venit ad Jesum nocte, et dixit ei: Rabbi, scimus quia à Deo venisti magister; nemo enim potest haec signa facere, quae tu facis, nisi fuerit Deus cum eo. Respondit Jesus, et dixit ei: Amen, amen dico tibi, nisi quis renatus fuerit denuo; non potest videre regnum Dei. Dicit ad eum Nicodemus: Quomodo potest homo nasci, cum sit senex? numquid potest in ventrem matris suae iterato introire, et renasci? Respondit Jesus: Amen, amen dico tibi, nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei. Quod natum ex carne, caro est: et quod natum ex spiritu, spiritus est. Non mireris quia dixi tibi: Oportet vos nasci denuo; spiritus ubi vult spirat: et vocem ejus audis, sed nescis unde veniat, aut quo vadat: sic est omnis, qui natus est ex spiritu. Respondit Nicodemus, et dixit ei: Quomodo possunt haec fieri? Respondit Jesus, et dixit ei: Tu es Magister in Israël, et haec ignoras? Amen, amen dico tibi, quia quod scimus loquimur, et quod vidimus testamur, et testimonium nostrum non accipitis. Si terrena dixi vobis, et non creditis: quomodo, si dixero vobis coelestia credetis? Et nemo ascendit in coelum, nisi qui descendit de coelo, Filius hominis, qui est in coelo. Et sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto; ita exaltari oportet Filium hominis: ut omnis, qui credit in ipsum, non pereat, sed habeat vitam aeternam.

En aquel tiempo: Habia un hombre de la secta de los fariseos, llamado Nicodemus, de los principales entre los judíos. Este vino á Jesús de noche, y le dijo: Maestro, sabemos que has sido enviado de Dios á enseñar: porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces, á no ser que esté Dios con él. Respondió Jesús, y le dijo: De verdad, de verdad te digo, el que no vuelva á nacer otra vez, no puede ver el reino de Dios. Díjole Nicodemus: ¿Cómo puede nacer el hombre siendo viejo? ¿Por ventura puede entrar otra vez en el vientre de su madre, y volver á renacer? Respondió Jesús: De verdad, de verdad te digo, que el que no renazca por medio del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es engendrado de la carne, es carne: y lo que es engendrado de espíritu, es espíritu. No te admires porque te he dicho: es menester que vosotros volvais á nacer: el espíritu inspira donde quiere, y oyes la voz, pero no sabes de dónde venga, ni á dónde vaya: así es todo aquel que es engendrado del espíritu. Respondió Nicodemus, y le dijo: ¿Cómo pueden hacerse estas cosas? Respondió Jesús, y le dijo: ¿Tú eres maestro en Israel, y lo ignoras? De verdad, de verdad te digo, que hablamos aquello que sabemos; y testificamos lo que habemos visto, y vosotros no recibís nuestra deposicion. Si os he hablado de cosas terrenas, y no me creeis, ¿cómo creeréis si os hablare de cosas del cielo? Ninguno, pues, sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo. Y así como Moisés levantó en el desierto la serpiente, de la misma manera conviene que sea levantado el Hijo del hombre: para que todo aquel que cree en él, no perezca, sino que tenga la vida eterna.

MEDITACION.

De la penitencia necesaria á todos.

Punto primero. — Considera que el cielo se conquista con violencia. Renunciar la penitencia y la mortificacion es renunciar el cielo. Es menester renunciar el mundo y sus placeres: es menester llevar su cruz, vencer las inclinaciones, resistir á las pasiones, domar el amor propio; es menester amar á los enemigos, aborrecerse y perseguirse á sí mismo: este es el camino derecho que guia al cielo: él está sembrado de espinas, pero no hay otro, y es menester seguir este si queremos llegar allá. Cualquiera otro camino, cualquiera otra senda desvia de aquel término. Y ¿es esta la que nosotros seguimos? ¿No marchamos por un camino enteramente opuesto? Y en este caso, ¿cuál será nuestro paradero? Es indispensable necesariamente seguir este camino real. Somos pecadores, preciso es hacer penitencia: somos Cristianos, es preciso seguir á Jesucristo: fuimos criados para el cielo, preciso es llegar allá cueste lo que costare. No nos parezca que estas razones se hicieron para los demás, y que no hablan con nosotros. Pero segun se vive y se discurre el dia de hoy, parece que se reputan estas grandes verdades como verdades de antaño, que ya no rigen. Esa penitencia indispensable á todos los pecadores, ¿es por ventura en estos tiempos la virtud de las gentes del mundo? Esa penitencia indispensable á los mismos justos, ¿es por ventura en nuestros dias la virtud familiar á todos los Cristianos? Pero este camino sembrado de cruces y de espinas solo es áspero á los que tímidos y cobardes no se atreven á entrar por él; mas una vez que le emprendan con resolucion, una vez que comiencen á caminar con fervor, todo se les allana: no solo se les hace suave, sino gustoso. Las flores de que al parecer está sembrado el camino de los malos, muchas veces se convierten en espinas; pues ¿por qué las espinas, de que parece sembrado el camino de los buenos, no se convertirán tambien en flores muchas veces? La virtud que se ejercita, la gracia de Dios que nos sostiene, la esperanza tan bien fundada de llegar al dichoso término de la carrera, quitan á la penitencia todo lo áspero, todo lo duro, todo lo amargo que tiene. Aunque nos parezca intratable este camino, acordémonos de que los Santos anduvieron por él con alegría, animándolos el ejemplo de Jesucristo. Sigámoslos con valor y con fidelidad, y experimentarémos las mismas dulzuras, los mismos consuelos, la misma facilidad.

Punto segundo.—Considera la necesidad que todos tenemos, no solo de amar la penitencia, sino de hacer frutos dignos de penitencia. Frecuentemente recaemos en las mismas faltas; en todas las confesiones nos acusamos siempre de los mismos pecados, porque no nos aplicamos á descubrir el orígen de ellos, á fondear nuestro corazon, á poner en ejecucion los medios eficaces para corregirnos. Acusámonos de las distracciones, de las negligencias ordinarias en el servicio de Dios, de las imperfecciones acostumbradas, y no pensamos en sofocar ese espíritu de orgullo y de vanidad de que estamos poseidos: esas secretas aversiones, esas emulaciones malignas, ese desordenado amor de nosotros mismos, inficionadas fuentes de todos nuestros pecados. Cortamos las ramas, pero dejamos intacto el tronco que rompe luego en nuevos retoños. ¿Queremos lograr el intento? pues cortemos hasta las mas pequeñas raíces. Recaemos con frecuencia en las mismas faltas, porque antes de confesarnos paramos poco la consideracion en la gravedad y en las consecuencias del pecado. Recaemos en ellas, porque nos falta là contricion necesaria, la sincera y la eficaz resolucion que debiéramos tener. Nos avergonzaríamos si faltásemos á la palabra dada á un hombre de consideracion. Pídenos Dios que tengamos con su Majestad este mismo miramiento: ¿será esto pedirnos demasiado? Pídenos que nuestra penitencia, cuya indispensable necesidad tenemos tan conocida, dé en fin algunos frutos, ya que hasta aquí solo ha dado hojas y flores; y que estos frutos lleguen á madurar, que sean dignos de presentársele, que sean en fin frutos dignos de penitencia. Comencémoslos á hacer desde hoy mismo hasta la muerte. Destruyamos en nosotros el reino del pecado; huyamos con presteza todas las ocasiones de cometerle; ejercitémonos continuamente en las buenas obras que corresponden á nuestro estado; satisfagamos á la justicia de Dios con perpetua penitencia; tengamos siempre un corazon contrito y humillado con verdadero deseo de satisfacer á la divina justicia, aceptando por lo menos con amor y sin quejarnos los trabajos de esta vida debidos á nuestros pecados.

Esta es, Señor, la gracia que os pido para hacer aquella penitencia saludable, de que no están dispensados aun los mismos justos.

Jaculatorias.—Confieso, Señor, que pequé muchas veces contra tí, siendo tú solo testigo de mis maldades: sedlo tambien de mi amarga penitencia (*Psalm.* L).

Acúsome, Señor, y repréndome á mí mismo de mis pecados, y des-

de este mismo punto voy á hacer penitencia de ellos deshaciéndome como pavesa y ceniza. (*Job*, XLII).

PROPÓSITOS.

1 El ejercicio de la mortificacion interior es una especie de penitencia de que ninguno tiene razon ni derecho para dispensarse. Fue comun á todos los Santos, y es muy conocida de cuantos verdaderamente desean ser perfectos. No es menester mas que atender bien al espíritu de Dios: es tan ingenioso el amor de Jesucristo, que aun a las personas mas groseras las inspira desde luego industrias y medios para mortificarse muy superiores al ingenio de los hombres mas sabios; y en este género se pueden tener por especie de milagros. Todo les sirve de ocasion para vencer sus inclinaciones; no hay tiempo ni lugar que no les parezca muy oportuno para mortificarse, todo sin traspasar las reglas de la prudencia y del buen juicio. Por ejemplo: bástales tener una gran gana de ver ó de hablar para bajar los ojos y para coser la boca. La curiosidad de oir noticias, el deseo de saber lo que pasa, lo que se dice ó lo que se hace; la gana de ver una persona, de contar una novedad, de saber el fin de un negocio que interesa á muchos; en una palabra, toda ansia es materia de mortificacion, tanto mas meritoria, cuanto mas frecuente y menos pública, pues solo tiene á Dios por testigo. Imita este excelente ejercicio.

2 No hay materia mas fecunda que la que todos tenemos para ejercitarnos en la mortificacion interior. Descendamos á casos particulares, que es la mejor instruccion. Una palabrita dicha á tiempo, una zumba ingeniosa, una discrecion, una agudeza puede acreditar mucho en una conversacion, pero tambien puede ser materia de un bello sacrificio. Apenas hay hora en el dia que no nos ofrezca motivo para alguna mortificacion. Esté uno en pié ó esté sentado, siempre podrá encontrar alguna postura incómoda sin que se conozca hácia afuera. Hállase en alguna ocupacion muy seria: interrúmpenle cien veces; pues cien veces se deja interrumpir y levantar la mano con tanta mansedumbre y con tanta urbanidad como si en nada estuviera ocupado. El mal humor de un sugeto con quien se vive, los descuidos y las faltas de un criado, la ingratitud de una persona á quien se la sirvió; todo esto puede ejercitar bien la paciencia de un hombre sólidamente virtuoso. En fin, las incomodidades del tiempo, de la estacion y de las personas, que se padecen sin dar á entender nada, son á la verdad pequeñas ocasiones de mortificarse; pero la mortificacion

en estas pequeñas ocasiones no es pequeña, y bien se puede decir que las mayores gracias suelen ser frutos de estas pequeñas mortificaciones. Tampoco es pequeña mortificacion el no dispensarse en la mas mínima obligacion, costumbre ó acto de comunidad: el conformarse en todo con la vida comun, y sin respeto á su inclinacion, á sus empleos, ni á sus años. Este es el manantial mas fecundo de gracias extraordinarias, y por decirlo así, de la misma santidad.

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

Santo Tomás de Villanueva, arzobispo y confesor, en Valencia en España; cuyo tránsito se celebra el dia 8 de este mes. *(Véase su vida en las de hoy).*

El martirio de san Metodio, obispo de Olimpo en la Licia, y después de Tiro, muy esclarecido por su elocuencia y por su doctrina; el cual, como escribe san Gerónimo, en Negro Ponto en la Grecia, al fin de la última persecucion mereció la corona del martirio. *(Tambien es conocido con el nombre de* san Eubulo ó Eubilio, *que él mismo se dió en su admirable obra titulada:* Festin de las vírgenes).

San Ferreolo (ó Ferriol), mártir, en la diócesi de Viena en el Delfinado: siendo tribuno fue preso por órden del muy impío presidente Crispino, y cruelmente azotado; después habiéndole cargado de pesadas cadenas, lo metieron en un horrible calabozo, del cual salió habiéndose roto milagrosamente las cadenas, y abierto las puertas de la cárcel; pero habiendo sido preso otra vez, lo degollaron, y alcanzó la palma del martirio. *(Véase su vida en las de hoy).*

Las santas mártires Sofía e Irene. *(Se ignora de dónde fueron, ni en qué punto padecieron; pero sus nombres se hallan en los mas antiguos Martirologios griegos y romanos).*

San Eustorgio, en Milan, primer obispo de esta ciudad, célebre por los elogios que le tributa san Ambrosio.

San Eumeno ó Eumenio, obispo y confesor, en Gortina en la isla de Candía.

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, ARZOBISPO DE VALENCIA.

Santo Tomás de Villanueva, ornamento de la Iglesia de España, nació en Fuen-Llana, lugar pequeño de la Mancha, el año de 1488; pero se crió en Villanueva de los Infantes, á tres leguas de dicho lugar, por serlo de su padre, y de él tomó el sobrenombre de Villanueva. No era ilustre su familia; pero era muy limpia y muy honrada, con bastantes bienes de fortuna para vivir honradamente segun su condicion. Sobre todo sus padres eran muy conocidos por la ejemplar caridad que tenian con los pobres. Se habian impuesto á sí mismos la ley de no amontonar dinero, sino de repartir en limosnas todo lo que les sobraba de su hacienda. No vendian los granos ni los demás

frutos en los mercados, como lo hacian los otros labradores: separaban lo que habian menester para el gasto de la casa, y todo lo demás lo distribuian entre los pobres, que acudian á ellos con toda confianza, como á bienhechores suyos. Esta virtud de la misericordia y de la limosna fue la mas preciosa herencia que dejaron á su hijo y heredero, inspirándoselá desde la cuna. No perdonó á medio alguno Alfonso García, padre de nuestro Santo, para darle una cristiana educacion; y su madre Lucía Martinez, mujer de gran virtud, dedicó al mismo fin todos sus maternales desvelos, tardando poco en reconocer que la gracia ayudaba á su piadoso trabajo, aun mas eficazmente que ella. Contaba Tomás solo siete años cuando dió grandes muestras de su compasivo amor á los pobres con cien industrias, que solo podian ser sugeridas por el espíritu de Dios. Cada dia salia con alguna nueva invencion en favor de los necesitados. Unas veces dejaba la comida para darla de limosna; otras se desnudaba de sus vestidos para cubrir con ellos á algun niño desnudito. Todo cuanto podia encontrar en casa que fuese de algun alivio á los pobres, todo lo atrapaba, y lo distribuia entre los muchos mendigos que á todas horas concurrian á su puerta. Trigo, legumbres, viandas y pan eran la materia ordinaria de sus piadosos hurtos, y sus caritativos padres, en lugar de reprenderle, eran los primeros que lo celebraban.

Sobre todo, la virtuosa madre tenia especial gusto en ver las industrias de que se valia para tener siempre que dar á los pobres que le pedian limosna. Hiciéronle un vestido nuevo, y el primer dia que le estrenó se le dió al primer pobre que encontró al salir de su casa, y él se volvió á vestir el viejo. Sorprendida la madre, le preguntó qué habia hecho del vestido nuevo, y el santo Niño la respondió, que como estaba acostumbrado al viejo, se acomodaba mas bien con él, y el otro le pareció que era mejor para los pobres.

Otro dia estaba solo en casa, y no teniendo la llave de la despensa para dar pan á seis pobres que llegaron á la puerta, se acordó de que en el corral habia una gallina con seis pollos; dió á cada uno un pollo, y los despidió. Cuando volvió la madre y echó menos sus pollos, el santo Niño con su natural candor la confesó lo que habia hecho, añadiendo con igual ingenuidad, que si hubiera venido otro pobre mas pensaba darle la gallina.

A esta virtud de la caridad acompañaban todas las demás que son ordinarias en los Santos. La dulzura y la apacibilidad de su genio hechizaban á cuantos le trataban. No conocia Tomás ni aun aquellas mentirillas que son tan comunes en los niños. Su ingenuidad era se-

guro indicio del candor y de la pureza de su alma; delicada virtud, que nunca se ajó en él, ni aun con el mas leve vapor; tanto, que hasta su aire, sus conversaciones y sus modales la inspiraban en los jóvenes mas libres; y su devocion se pegaba á todos los que observaban el respeto y la compostura con que estaba horas enteras en las iglesias.

Las primeras palabras que sus padres le enseñaron á pronunciar fueron los dulcísimos nombres de Jesús y de María. Por eso era tan tierna su devocion á la Madre de Dios, que comunmente le llamaban el hijo de la Vírgen, habiéndose reparado que los sucesos particulares de su vida fueron en alguna festividad de esta Señora. El dia de la Presentacion tomó el hábito de religioso, en el de la Asuncion le hicieron obispo, y en el de la Natividad de la Vírgen fue su dichosa muerte.

Habiendo estudiado en su patria las primeras letras, en las cuales por su ingenio y por su aplicacion adelantó mucho en poco tiempo, le enviaron sus padres, siendo de edad de quince años, á la universidad de Alcalá, que acababa de fundar el cardenal Jimenez. Luego se hizo muy señalado en ella por su ingenio, y mucho mas por su virtud; y lo que suele ser escollo en que naufraga la inocencia de los jóvenes, solo sirvió para añadir nuevo lustre á la de nuestro Tomás. Léjos de dejarse arrastrar por los malos ejemplos de otros profesores de su edad, él los traia al amor de la virtud con los buenos que les daba á ellos. No se sabia lo que mas se habia de admirar en el santo mancebo, ó los asombrosos progresos que hacia en las ciencias, ó lo que adelantaba cada dia en la virtud. Anticipóse su reputacion á la madurez de la edad. Aun no tenia veinte años, y ya le buscaban para árbitro de las diferencias. Por mas que su modestia se esforzaba á ocultar sus raros talentos, se descubria su extraordinario mérito á pesar de su humildad; y así, habiendo recibido el grado de maestro en artes á los veinte y seis años, fue nombrado por catedrático de filosofía. Extendida su fama por España, al cabo de dos años fue llamado á la universidad de Salamanca: convite que admitió gustoso, porque ya se le hacian insoportables los honores que le tributaban en Alcalá; pero como á todas partes llevaba consigo su mérito y su virtud, en todas daba mucho que padecer á su humildad la admiracion, el concepto y el aplauso de los hombres.

Habia mucho tiempo que Tomás suspiraba ansiosamente por la soledad; y los mismos aplausos del mundo avivaban mas y mas estos ansiosos deseos en su humilde espíritu. Aunque su vida era recogida, austera y retirada, siendo su principal estudio el de la salvacion,

se le hacia intolerable el preciso comercio con las gentes que no podia excusar; y habiendo llegado á su noticia que así en Alcalá como en Salamanca se pensaba seriamente en fijarle en la universidad para elevarle á las primeras dignidades eclesiásticas, se determinó á tratar eficazmente de su retiro. Duró poco la deliberacion. Después de examinado el espíritu y los estatutos de muchas sagradas religiones, le pareció que le llamaba Dios á la de los ermitaños de san Agustin. Apenas descubrió su ánimo, cuando fue recibido con extraordinario gozo de toda la Órden. Entró en ella el año de 1518 en el mismo dia en que el desgraciado Lutero la habia abandonado, como se notó con el tiempo; como que la divina Providencia queria consolar á la Religion en el justo dolor que la causaba la desercion de un apóstata, recompensándola de esta pérdida con la admision de un gran Santo.

Muy desde luego se reconoció que en lugar de un novicio se habia recibido un gran maestro de la vida espiritual. Para él eran alivios los ejercicios mas penosos de la Religion, recreo las mas rígidas austeridades. Acostumbrado desde la edad de diez años á los ayunos, á las mas dolorosas mortificaciones del cuerpo, y á la perfecta abnegacion de la propia voluntad, todos los rigores de la Religion se le representaban lenitivos y temperantes. Por eso aunque su mortificacion llegaba á ser excesiva, solia decir que desde que habia entrado religioso ya no hacia penitencia. No hubo novicio mas exacto en el cumplimiento de todas las obligaciones, ni religioso mas rendido ni mas humilde. Al ver la santa simplicidad con que se portaba en todo, se podia juzgar que enteramente estaba olvidado de que habia sido catedrático en las universidades mas célebres de España. Por la constante uniformidad de su conducta se llegó á creer, ó que habia nacido sin pasiones, ó que por privilegio particular Dios se las habia extinguido en su inocente alma. A su fervor y á su inocencia correspondia su tierna devocion. Por eso apenas acabó el año de noviciado cuando le ordenaron de sacerdote; y añadiendo el sacerdocio nuevo lustre á su virtud, en el mismo año los superiores le mandaron que repartiese al pueblo el pan de la palabra de Dios; lo que hizo con tanta dignidad y con tanto fruto, que desde allí adelante solo era conocido por el renombre del apóstol de España.

Con este empleo volvió á reproducir su caridad con los pobres, que habia estado como suspensa durante el retiro del noviciado; de suerte que al mismo tiempo era el predicador de la palabra de Dios, enfermero de los enfermos, mayordomo de los pobres, y el recurso universal de todos los necesitados. Hicieron escrúpulo los superiores de

que esta grande antorcha estuviese mas largo tiempo escondida debajo del celemin, y le mandaron enseñar la teología en el convento de Salamanca. Desempeñó el nuevo empleo con universal aplauso, sin aflojar por eso en su fervor ni en su celo. Toda la ciudad concurria á sus lecciones movida de su gran reputacion, y en ellas aprendia al mismo tiempo la ciencia de las escuelas, la de la Religion y la de la salvacion eterna. Por el singular talento de predicador, de que le habia dotado el cielo, las mas principales y populosas ciudades de España le pidieron para que predicase en ellas. Hízolo con maravilloso fruto en Burgos y en Valladolid, donde toda la corte concurria á oirle con ansia verdaderamente asombrosa. Ninguno era mas frecuente á sus sermones que el mismo emperador Carlos V, el cual le nombró por su teólogo, y por su predicador ordinario. Preguntado en cierta ocasion de dónde sacaba unos pensamientos tan sólidos, unos conceptos tan elevados, una elocuencia tan dulce, tan pegajosa y tan enérgica, acompañada de tanta mocion, respondió con su acostumbrada humildad, que el Crucifijo era el gran maestro de los predicadores, y que la oracion debia ser su principal escuela. Es verdad que recibia en ella unas luces tan soberanas, que solo Dios se las podia comunicar, y que muchas veces fue visto arrebatado en éxtasis.

Como los religiosos de su Órden le trataban mas de cerca que los seglares, tenian tambien mejor conocidos sus extraordinarios talentos y su raro mérito; en cuya consideracion les pareció debian dispensar con él una constitucion de la Órden, que prohibe sean promovidos á superiores los que no tengan siete años de profesion. Solo tenia dos de profeso cuando le hicieron prior del convento de Salamanca, después del de Burgos, en tercer lugar del de Valladolid, dos veces provincial de Andalucía, y una de Castilla. Desempeñó estos cargos con tanta dignidad y con tanta satisfaccion de todos sus súbditos, que en él se verificó lo que escribe san Pablo á Timoteo: La virtud sirve para todo, y los Santos sobresalen en todo lo que les encarga la obediencia. A vista de lo que iba creciendo cada dia la santidad y el mérito de nuestro Tomás, no se puede explicar la general veneracion que se mereció en toda España. Habia condenado á muerte el emperador Carlos V á ciertos caballeros, reos de lesa majestad; intercedieron por ellos los grandes de España, y entre otros el almirante, el condestable, el arzobispo de Toledo, y hasta su mismo hijo el príncipe de Asturias D. Felipe: estuvo inexorable el Emperador; pero no se pudo resistir á la súplica que hizo en favor de ellos nuestro Santo; y como vió que toda la corte se admiraba mu-

cho de esta preferencia, dijo públicamente: *Habeis de tener entendido que los ruegos del Prior de los Agustinos de Valladolid son para mí como preceptos de Dios; justo es que se concedan algunas gracias de la tierra á un varon santo y tan amigo de Dios á quien debemos recurrir para que nos consiga las del cielo.*

Andaba nuestro Santo visitando los conventos de su provincia cuando tuvo noticia de que el Emperador le habia nombrado para el arzobispado de Granada, y que le habia mandado expedir la cédula. Sobresaltóse extrañamente su profunda humildad, sugiriéndole tantas razones para renunciar aquella dignidad, y representóselas al Emperador con tanta elocuencia, que se vió precisado á rendirse, y á admitirle la renuncia. Pero vacando después el arzobispado de Valencia por dimision de D. Jorge de Austria, promovido al obispado de Lieja por el papa Paulo III, y hallándose en Flandes el Emperador muy arrepentido ya de la facilidad con que habia condescendido la primera vez con la humildad de Fr. Tomás, le nombró para este arzobispado. Recibió el Santo la cédula imperial sin asustarse mucho, pareciéndole que la segunda renuncia seria tan eficaz como la primera; pero se engañó. Conspiraron contra su resolucion uno y otro poder, el temporal y el espiritual, mandándole sus superiores, pena de excomunion, que se rindiese á la voluntad de Dios tan descubierta. No tuvo otro remedio que obedecer. Consagróle en Valladolid el arzobispo de Toledo el año de 1544, y al punto partió para su iglesia sin otra comitiva ni familia que un religioso, que era su socio, y dos criados del convento de donde venia. Hizo el viaje á pié, con su hábito raido, y un sombrero que le habia servido ya veinte y seis años, y le sirvió después en todos sus viajes. Tuvo pensamiento de ir á ver á su madre, que habiendo cedido su casa al hospital, se habia consagrado al servicio de los pobres, y le habia escrito que pasase por Villanueva para darla este consuelo antes de morir. Al principio le pareció cosa muy justa; pero consultándolo con Dios, halló que la carne y sangre tenian mucha parte en aquella condescendencia, y así por pura virtud se privó de aquel consuelo.

Hizo la entrada pública en su iglesia el primer dia del año de 1545; y viendo los canónigos su pobreza, le regalaron con cuatro mil ducados. Admitiólos el Santo con el mayor agradecimiento; pero á su misma presencia mandó que los llevasen luego al hospital para alivio de los pobres, diciendo, que no siendo incompatible la pobreza con la dignidad episcopal, estaba determinado á vivir en la misma conformidad que siempre habia vivido. Con efecto, su vestido era el de

un pobre y mero religioso, y su mesa la misma que en el convento; siendo de dictámen que el obispo solo se habia de distinguir por la virtud y por las buenas obras, no por la preciosidad de los muebles, ni por la magnificencia y suntuosidad de los equipajes. Siempre consideró sus rentas como patrimonio de los pobres, en que él solo tenia la incumbencia de distribuírsele; y así los mismos pobres llamaban públicamente su casa al palacio arzobispal. Raro dia se dejaba de dar limosna á mas de cuatrocientos, sin las secretas que se hacian á todas las familias vergonzantes. No habia personas nobles tan ingeniosas en ocultar sus necesidades, como era industriosa la caridad del Arzobispo en descubrirlas, y su liberalidad en socorrerlas. Nunca tuvo cruz arzobispal propia, ni oratorio, ni ornamento; todo lo tenia prestado de la catedral. La vajilla de su mesa era de barro, y toda su plata se reducia á unas cucharas para los huéspedes ó convidados. Observó toda la vida los ayunos de la Órden y los de la Iglesia á pan y agua.

A su vida penitente correspondia el celo por la salvacion de sus ovejas. Ningun pastor le excedió en el cuidado de su rebaño. No solo visitaba todos los años el arzobispado, sino que predicaba todos los dias, y algunos mas de una vez. Bastaba verle para moverse, y oirle para convertirse, por lo que en brevísimo tiempo mudó de semblante toda la diócesis. Ocupaba el dia en visitar los pobres enfermos, en instruir á los ignorantes, en convertir los pecadores y en componer las diferencias: las dos partes de la noche las pasaba en devociones. Extendíase particularmente su solicitud pastoral á las doncellas pobres, á los niños expósitos, á los encarcelados y á los huérfanos. Todos estos encontraban en el santo Prelado, socorro, consuelo, poderosa proteccion y asilo.

Convocó el papa Paulo III un concilio general en Trento; y viéndose imposibilitado el santo Prelado de concurrir á él por la debilidad de su salud, consumida al rigor de sus penitencias y de sus grandes trabajos, nombró en su lugar al obispo de Huesca. Cási todos los Prelados de España que concurrieron al concilio pasaron por Valencia para tomar parecer de nuestro Santo, venerado como oráculo en la Iglesia; y se asegura, que hallándose estos Obispos en el mar muy á peligro de padecer naufragio, imploraron la intercesion de santo Tomás, que se les apareció vestido de pontifical, los aseguró, y al punto se sosegó la tormenta. Así lo afirmaron en Trento los mismos Prelados.

Mientras tanto el alto concepto que formaba el santo Arzobispo de

las obligaciones de un buen pastor, y el bajísimo que hacia de sí por su profunda humildad, le tenia en un continuo sobresalto, temiendo la terrible cuenta que habia de dar á Dios. Este temor le congojaba dia y noche, obligándole á solicitar muchas veces que se le admitiese la renuncia del arzobispado; y no queriendo darle oidos en España acudió á Roma. Pero viendo cerradas todas las puertas, se volvió al Señor, pidiéndole con muchas lágrimas que librase á su Iglesia de tan indigno Prelado. Oyóle su Majestad, y le sacó luego de este mundo, no para librar á su Iglesia de un Prelado indigno, sino para darle un poderoso protector en el cielo, y para premiar con la gloria eterna su eminente virtud.

Hallándose en oracion el dia de la Purificacion de la santísima Vírgen el año de 1555, y creciendo en su corazon el ansioso deseo de gozar cuanto antes de su Dios, oyó una voz que le dijo clara y distintamente: *Tomás, no te aflijas: ten un poco de paciencia: el dia de la Natividad de mi Madre recibirás el premio de tus trabajos.* Desde aquel instante vivió el santo Arzobispo en una especie de continua contemplacion, siendo su vida un continuado ejercicio de penitencia, de oracion y de obras de caridad. En fin, el dia 29 de agosto se sintió acometido de una esquinencia acompañada de violenta calentura. Conocieron todos que se acercaba su última hora por la extraordinaria alegría que manifestó en su semblante. Quiso recibir con tiempo los santos Sacramentos. Tres dias antes de su muerte, deseando que la caridad con los pobres, que, por decirlo así, habia nacido con él, le acompañase hasta la sepultura, mandó traer delante de sí cinco mil ducados, los únicos que le habian quedado, y dió órden de que se distribuyesen entre los pobres de todas las parroquias de la ciudad sin que se reservase ni un solo maravedí. El dia antes de su muerte, diciéndole que después de haber socorrido largamente á todos los pobres de la ciudad habian sobrado mil y doscientos escudos, exclamó: *Por amor de Dios os ruego que en esta misma noche, y antes que amanezca el dia de mañana, repartais todo ese dinero entre los pobres: este es el mayor servicio que me podeis hacer.* A la media noche fue preciso obedecerle; y diciéndole la mañana siguiente que estaba obedecido en todo lo que habia mandado: *Gracias os doy, Señor,* exclamó, *por la merced que me haceis de morir pobre. Encargásteisme la administracion de vuestros bienes, y ya los he repartido segun vuestra divina voluntad.* Entró un instante después el tesorero de la iglesia, y le dijo que le acababa de traer un poco de dinero: *Pues id prontamente,* le respondió el Santo, *y distribuidlo entre los pobres, llevando luego luego*

todos los muebles de mi cuarto al rector del colegio que fundé. Acordándose después que la pobre camilla en que moria era suya, tuvo algun escrúpulo, y viendo en su cuarto al alcaide de la cárcel eclesiástica, le dijo: *Amigo, doyte desde luego esta cama en que estoy: solo te pido de gracia y por amor de Jesucristo, que me la dejes prestada hasta que espire.* Deshacíanse en lágrimas todos los presentes, y el Santo mandó que le administrasen la Extremauncion. Después hizo que le dijesen misa en su cuarto; y al acabarse el santo sacrificio, pronunciando los dulcísimos nombres de Jesús y de María, rindió dulcemente el alma en manos de su Salvador el dia 8 de setiembre del año 1555, á los sesenta y siete de su edad, y el onceno de su pontificado. Los funerales fueron de los mas magníficos; pero ninguna cosa los honró tanto como los clamores y las lágrimas de mas de ocho mil y quinientos pobres que lloraban la pérdida de un buen padre, y no se podian consolar en ella. El mismo dia de su muerte manifestó Dios su alta santidad con gran número de milagros. Treinta y tres años después se halló entero el santo cuerpo; y en el de 1618 fue solemnemente beatificado por el papa Paulo V, que mandó que en todos sus retratos se le pintase con una bolsa en la mano, y rodeado de pobres. En fin, el primer dia de noviembre de 1658 fue solemnemente canonizado por el papa Alejandro VII, quien mandó se rezase de él en toda la Iglesia.

SAN FERREOLO, Ó FERRIOL, MÁRTIR.

El bienaventurado san Ferreolo ó Ferriol fue natural de la ciudad de Viena en Francia, y segun se colige de su historia, era caballero muy principal y tribuno del ejército, cuyo grado equivalia al de coronel de nuestros tiempos. San Julian natural de la misma ciudad se alojaba en su casa y hacia profesion pública de la religion cristiana. Cuando principió á enfurecerse la persecucion en Viena, san Ferriol indujo á san Julian á que se fuese (*véase la noticia de este Santo en las del dia 28 de agosto*), y él esperó tranquilamente los furores del presidente de aquella parte de la Galia llamado Crispin, quien habiendo comenzado á perseguir todos los cristianos que hallaba renitentes á sus decretos, mandó prender entre otros á Ferreolo por sospechas que de él se tenian. Tratando, pues, de hacerle sacrificar á los dioses, díjole: «Ferreolo, es menester que tú obedezcas de los «primeros á los mandatos de los Emperadores, á los cuales por el «sueldo que disfrutas siendo tribuno les debes fidelidad, por la ma«jestad, reverencia, y por el aumento de la honra, devocion; y así por

«lo uno como por lo otro les has de obedecer. Considera que te con-
«viene con gusto y de grado hacer su voluntad, para que despues
«no la hayas de hacer con disgusto y por fuerza. Para esto te he en-
«viado á llamar, cumple lo que te digo, y ofrece sacrificio.» Res-
pondió el Mártir: «Yo soy cristiano, y no puedo adorar á tus dioses:
«á los Emperadores he servido en la milicia el tiempo que les podia
«servir como cristiano, y cuando á tí te dí la obediencia, determi-
«né de obedecer á leyes justas, y nunca á leyes injustas, sacrílegas
«y malas, y así tengo propuesto de militar contra los enemigos del
«estado como debo, pero no contra los Cristianos. Los estipendios y
«honores que dices, no los quiero: el Emperador sacrílego dé de comer
«al soldado sacrílego; porque yo no voy buscando provechos tem-
«porales, harto tengo de que poder vivir como cristiano; y si no pue-
«do pasar la vida de esta manera, mas quiero morir.—¿Qué bla-
«sonar de muerte, dijo el Presidente, es este? ¿Es por ventura que
«después de haber proferido tantas injurias contra las leyes y nues-
«tros príncipes la menosprecias como desesperado? Hágote saber, que
«todas las injurias que has dicho contra nuestros dioses y Empera
«dores te serán perdonadas, si haces penitencia de tu pecado despi-
«diéndote de la secta de los Cristianos.—La humanidad y perdon que
«me prometes, replicó el Santo, guárdalo para el que ha de militar
«bajo de tu bandera, ó de los Emperadores, ó de tus leyes, á las cua-
«les nìnguno las hace injuria anteponiendo á ellas la del verdadero
«Dios. Antes aquel comete crímen de lesa majestad que venera las
«cosas insensibles y caducas, cuales son tus dioses. Yo he propuesto
«adorar al Criador, y no á la criatura, ni á tus dioses, hechos por
«manos de hombres. Porque el Dios de los Cristianos ha hecho el cielo
«y la tierra, y todo lo que está en ellos para nuestro bien, y no por-
«que nos señoreen ni manden.»

Viendo el Presidente la constancia del Mártir mandólo azotar cruelísimamente, y echarlo después en una oscura cárcel cargado de cadenas. Pero al tercer dia de estar en ella cayeron milagrosamente á sus piés las cadenas quebradas en mil pedazos, y se le abrieron las puertas de par en par: reconociendo el Santo este singular favor de Dios, y viendo á los guardias dormidos, salió del calabozo y de la ciudad, y se fué por el camino real sin buscar sendas ni escondrijos por las puertas que guiaban á Leon. Pasó á nado el Rhona ó Ródano y llegó hasta el rio Geres que desagua en el anterior dos leguas mas arriba de Viena, donde cayó otra vez en manos de sus perseguidores, los cuales le ataron las manos á la espalda, y le llevaron consigo

parte del camino hasta que asaltados de un furor salvaje, le cortaron la cabeza á las orillas del Rhona por los años de 304.

Cuenta san Antonino de Florencia en su primera parte historial, que habiendo los gentiles cortado la cabeza á san Julian, la llevaron á su amigo san Ferreolo, amenazándole que si no adoraba á los dioses, harian otro tanto con él; y que viendo que nada lo acobardaba el espectáculo de la cabeza de su santo amigo, se resolvieron á matarlo como lo efectuaron, y que después llevaron la cabeza de san Julian y el cuerpo de san Ferreolo á Viena, y los pusieron en un mismo sepulcro. Y que pasados muchos años, abriendo el dicho sepulcro san Mamerto, obispo de Viena, halló la cabeza de san Julian entre las manos de san Ferreolo fresca y tan entera como si en aquel mismo dia la hubieran puesto en la sepultura. El R. Butler refiere este suceso de esta manera: Los cristianos de Viena, dice, enterraron el cuerpo de san Ferreolo con gran veneracion cerca del mismo rio, y los ciudadanos de ella experimentan su proteccion con frecuentes beneficios que reciben de Dios, por medio de las preces que se hacen en su tumba, segun refiere el autor de sus actas. Sus reliquias se conservan en la iglesia que se erigió en honor suyo en Viena cerca del rio: las de san Julian en la suntuosa de su nombre en Beja, en la diócesis de Clermont en Auvernia. San Mamerto, obispo de Viena, descubrió la cabeza de san Julian por los años de 474, y estando cási arruinada la primera iglesia de san Ferreolo que se edificó sobre su tumba, cási por el mismo tiempo trasladó sus reliquias á una nueva que erigió dentro de muros, donde se hallan al presente. Las actas de san Ferreolo aunque no originales son auténticas, y conformes con la relacion que de su vida hace san Gregorio de Tours.

A san Ferreolo, mártir, llamado en vulgar catalan san Ferriol, tienen mucha devocion en algunas partes del principado de Cataluña, y muy especialmente en el término de Besalú del obispado de Gerona, donde hay un templo muy devoto dedicado á su santo nombre, con parte de sus reliquias; y en él, por la intercesion del Santo se digna el Señor hacer grandes milagros; de manera que en sus paredes se ostentan ochenta y nueve muletas y otros innumerables trofeos ofrecidos por los muchos enfermos que han curado. De estos milagros refiérense muchos escritos de mano en un libro que se custodia en dicha iglesia. (*Domenech y Butler*).

SAN JOSÉ DE CUPERTINO, CONFESOR.

El glorioso san José, llamado de Cupertino, porque nació en el

lugar de este nombre, situado en la diócesis de Nardo, en el reino de Nápoles, vino al mundo á 17 de junio del año de 1603. Sus padres Félix Desa y Francisca Panara, fueron pobres pero virtuosos. Su madre le crió con sentimientos grandes de piedad; pero le trataba con mucha severidad, castigándole frecuentemente por cualquiera leve falta, para acostumbrarle á la vida austera y penitente. Desde su infancia dió muestras de un fervor extraordinario, y no habia cosa en él que no anunciase estar gustando anticipadamente las delicias de las consolaciones celestiales. Era muy atento al servicio divino, y en una edad en que generalmente es dominante el amor á las delicias, llevaba un cilicio, y mortificaba su cuerpo con varias austeridades. Le pusieron á aprender el oficio de zapatero, á cuyo destino estuvo aplicado algun tiempo.

A los diez y siete años de su edad se presentó á ser recibido en los Franciscanos conventuales, donde tenia dos tios de distincion en el Órden. Le desecharon no obstante por no haber estudiado. Todo lo que pudo conseguir fue que le recibiesen en los Capuchinos en calidad de hermano lego; pero á los ocho meses fue despedido por no ser á propósito para las reglas de aquella comunidad. Léjos de desanimarse insistió en la idea de abrazar el estado religioso: al fin los Franciscanos movidos á compasion le recibieron en su convento de *Grotella*, llamado así por una capilla subterránea dedicada á Dios bajo el patrocinio de María. Este convento estaba cerca de Cupertino. Habiendo, pues, el Santo acabado su noviciado con grande fervor, hizo sus votos, y fue recibido como lego entre los oblatos del Órden Tercero. Aunque empleado en los oficios ínfimos de la casa los desempeñaba con la mayor fidelidad: redobló sus ayunos y austeridades: oraba continuamente, y no dormia mas que tres horas cada noche. Su humildad, su dulzura, su amor á la mortificacion y penitencia le adquirieron tanta veneracion, que en un capítulo provincial celebrado en Altamura en el año de 1625 se resolvió admitirle entre los religiosos de coro, para que se calificase para recibir los órdenes sagrados.

José pidió pasar para esto un segundo noviciado, después de lo que se separó mucho mas de la comunidad de los hombres, para unirse mas estrechamente con Dios en oracion y contemplacion. Mirábase como el mayor pecador del mundo, y creia que solo por caridad le habian dado aquel hábito religioso. Su paciencia le hizo llevar en silencio y con alegría los mayores improperios y reprensiones por faltas que no habia cometido; y su obediencia fue tal, que ejecutaba

sin exámen cuantos preceptos se le imponian. Tantas virtudes juntas no pudieron menos de hacerle objeto de la admiracion general. Ordenado de presbítero en el año de 1628, celebró su primera misa con inexplicables sentimientos de fe, de amor y de respeto. Eligió una celda la mas retirada é incómoda. Deseaba ir siempre a orar á los oratorios menos frecuentados, para poderse entregar libremente á la contemplacion. Desprendíase de cuantas dificultades podian obstarle el cumplimiento de los preceptos de su regla, y se desnudaba liberalmente de cuanto esta le daba; y después que se veia destituido de todo, exclamaba postrado ante un Crucifijo: «Miradme, ó Señor, desnudo de todas las cosas: sed Vos, si os dignais, mi único bien: todo «lo demás lo miro como arriesgado, y como pérdida positiva para mi «alma.»

Luego de haber recibido el sacerdocio pasó cinco años sin gustar el pan ni el vino; en cuyo tiempo vivió manteniéndose solo de yerbas y frutas secas: y aun las que comia en los viernes eran tan desabridas, que solo él las podia usar. Su ayuno en la Cuaresma era tan riguroso que en siete dias no tomaba mas alimento que la santa Eucaristía, á excepcion de domingos y jueves. Su semblante por la mañana estaba sumamente pálido, pero después de la Comunion espirituoso y de buen color. Habia adquirido tal hábito de ayunar, que ya su estómago no podia llevar mas alimento; y sus deseos de mortificacion le hicieron inventar varios instrumentos de penitencia.

Habiéndose extendido la voz de que tenia algunos raptos en sus oraciones, y que obraba tambien algunos milagros, el pueblo solia seguirle en tropel por cualquiera parte que iba en la provincia de Bari. Cierto vicario general se ofendió mucho de esto, y dió parte de aquella novedad á los inquisidores de Nápoles. José fue mandado comparecer; mas examinados los capítulos de su acusacion, fue declarado inocente, y le pusieron en libertad. En Nápoles mismo dijo misa en la iglesia de San Gregorio el Armenio, que era de un monasterio religioso. Acabado el santo sacrificio se arrobó en éxtasis, como atestiguaron en el proceso de su canonizacion muchos testigos de vista. Los inquisidores le enviaron á su general á Roma, el cual le recibió con dureza, y le mandó retirar al convento de Asís. José se llenó de regocijo con la noticia, por causa de la devocion grande que tenia al santo Fundador de su Órden. El guardian de Asis le trató tambien con aspereza; pero su santidad brillaba cada vez mas: y las personas de mayor distincion manifestaban un ahinco grande por verle. Llegó á Asís en el año de 1639, y permaneció trece años en aquel

convento. Al principio padeció muchas tribulaciones interiores y exteriores: su superior muchas veces le llamaba hipócrita, y le trataba con un rigor extraordinario. Por otra parte tambien parecia que Dios le habia abandonado; sus religiosos ejercicios iban acompañados de una sequedad y esterilidad espiritual tan penosa que le afligia extremadamente: los fantasmas impuros que le presentaba á cada paso su imaginacion, juntos con las tentaciones mas activas, le abismaron en tan profunda melancolía, que apenas se atrevia á levantar los ojos. Su general, informado de su situacion, le llamó á Roma, y habiéndole tenido allí tres semanas, le volvió á enviar á su convento de Asís.

En el camino para Roma experimentó el Santo que volvian sus antiguas consolaciones celestiales. A los nombres santos de Dios, de Jesús ó de María se sentia salir fuera de sí. Solia exclamar muchas veces: «Dignaos, Dios mio, de llenar y poseer mi corazon. ¡Oh, véase «libre mi alma de las cadenas del cuerpo para unirme con Jesucris«to! Jesús, Jesús, llevadme con Vos: yo no puedo estar mas ni mas «vivir en la tierra.» Se le oyó muchas veces excitar á otros al amor de Dios, y decirles que amasen á Dios, que el que le amaba se hacia rico sin conocerlo. Sus raptos eran tan frecuentes como extraordinarios. Resulta de los procesos que solo en Cupertino fueron mas de setenta, sin contar los que tenia cotidianamente cuando celebraba la santa misa. Muchos solia tenerles en público, de que fueron testigos muchas personas de alta jerarquía, y cuya verdad declararon después con juramento. Entre estos fue uno Juan Federico, duque de Brunswick y Hannover. Este Príncipe, que era luterano, quedó tan conmovido de lo que vió, que abjuró sus primeros dogmas, y abrazó la fe católica. José tenia tambien un talento muy particular para convertir pecadores obstinados y para tranquilizar el corazon de los que experimentaban interiores turbaciones. Solia decir á algunas personas escrupulosas que iban á consultarle: «Yo no entiendo que deba «haber escrúpulos ni melancolías en los que sirven á Dios: obrad «bien y no temais.» Con la mayor claridad explanaba los misterios principales de nuestra Religion, cuyo sublime conocimiento lo debia el Santo á la inmediata comunicacion que tenia del Espíritu de Dios en la oracion.

Su prudencia, que era admirable en el modo de conducir y dirigir las almas, le atraia un concurso de pueblo innumerable, aun de Cardenales y de Príncipes. Pronosticó á Juan Casimiro, hijo de Segismundo III rey de Polonia, que algun dia llegaria á reinar para

bien comun de su pueblo y santificacion de muchas almas, y le aconsejó que no tomase el estado ni hábito religioso. Pero habiendo este Príncipe entrado después en los Jesuitas, hizo el voto de los estudiantes de la Compañía, y fue hecho cardenal por Inocencio X en el año de 1646. José le disuadia de la resolucion que habia tomado de ordenarse; y cuanto habia pronosticado vino á suceder, porque muerto Uladislao, hijo mayor de Segismundo, en el año de 1648, fue Juan Casimiro electo rey de Polonia. Con todo, pasado algun tiempo renunció la corona, y se retiró á Francia donde murió en el año de 1672. Este mismo Príncipe fue el que contó todas las circunstancias del hecho que hemos referido.

Sus milagros no fueron menos notables que otros favores extraordinarios que recibió de Dios. Muchos enfermos debieron el restablecimiento de su salud á sus oraciones. Cayendo enfermo el mismo Santo de una fiebre en Osimo, el dia 10 de agosto de 1663, predijo que su última hora estaba ya muy cerca. En el dia antes de su muerte recibió el Viático, y luego la Extremauncion. Se le oyó repetir muchas veces aquellas aspiraciones de un corazon inflamado del amor de Dios: «¡Oh! véase libre mi alma cuanto antes de la prision de mi «cuerpo para verse unida con Cristo. Alabado y bendito sea Dios. «Hágase la voluntad de Dios. ¡Jesús crucificado, recibid mi corazon, «y arda en el fuego de vuestro santo amor!» Murió, pues, tal dia como hoy del año de 1663, á la edad de sesenta años y tres meses. Su cuerpo fue expuesto en la iglesia, y toda la ciudad fué á visitarle con el mayor respeto: fue después enterrado en la capilla de la Concepcion. Probado el heroismo de sus virtudes, y atestiguada la verdad de sus milagros, fue beatificado por Benedicto XIV en el año de 1753, y canonizado por Clemente XIII en el de 1767. Clemente XIV insertó su oficio en el Breviario romano.

La Misa es en honor de santo Tomás, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui beatum Thomam pontificem insignis in pauperes misericordiae virtute decorasti, quaesumus, ut ejus intercessione, in omnes qui te deprecantur, divitias misericordiae tuae benignus effundas: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que dotaste al bienaventurado Tomás de una insigne caridad con los pobres; suplicámoste que por su intercesion derrames liberalmente las riquezas de la misericordia en todos los que te invocan. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XLIV *y* XLV *del Eclesiástico.*

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est

Hé aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fue hallado

justus, et in tempore iracundiae factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum, et dedit illi coronam gloriae. Statuit illi testamentum aeternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius, et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio; y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

REFLEXIONES.

Este es el gran sacerdote que agradó á Dios. ¿Cuándo acabara de formar el mundo un concepto cabal de la verdadera grandeza? ¿cuándo dejará de colocarla en un poco de humo, que se desvanece luego que se levanta? No ve Dios en los hombres cosa alguna que se pueda llamar grande, sino el cuidado de agradarle y de servirle. ¡Rara cosa! Cási siempre la ambicion de la gloria y el ansia de la distincion son el orígen de que se consuman vanamente las rentas, y la causa principal de los gastos mas superfluos y mas locos. Muy caro se compra á la verdad un poco de polvo para echarle en los ojos de los hombres. No hay duda que los puestos elevados le colocan á uno en sitio alto: pero el que es pequeño de suyo, por elevado que esté, no por eso es mas grande. Esas magnificencias enteramente mundanas, prodigalidades sin qué ni para qué; esas profusiones en regalos, en mesas y en festines, ¿añadirán mucho honor á un hombre destituido de todo mérito? Mientras tanto un vaso de agua dado por caridad, tiene por recompensa el mismo cielo. ¿Qué soberbio tren, qué magníficos equipajes dieron jamás tanta honra como una tropa de pobres que te rodean y te claman por su padre? Inútilmente te quieres aturdir haciendo pública profesion de mundano: cristiano eres, y la luz de la Religion se abre camino por entre las densas tinieblas. Óyese una voz en medio del mayor estruendo. Conócese muy bien que ninguna cosa hace mas respetable á un grande, á un hombre rico que la caridad cristiana. Descúbrese en esta liberalidad cierta grandeza de alma,

cierto fondo de nobleza, cierta superioridad de espíritu, que se eleva mucho sobre esos títulos secos, estériles, infructuosos, fundados en posesiones que no comunican mérito, y en unos antepasados que ya no existen. Un mal corazon, un espíritu apocado, una alma baja y vulgar nunca fueron muy caritativos. Es la caridad la virtud de las almas nobles; y la liberalidad con los pobres el carácter mas ordinario de un corazon verdaderamente cristiano. Admirámonos de ver tantas mudanzas en la fortuna de las casas y de los hombres. Nunca se han visto en el teatro tantas mutaciones de escenas. Un mismo hombre representa en su vida muchos papeles: las mismas posesiones, los mismos cargos, los mismos muebles mudan de manos y de amos á cada paso. Por lo menos pocos hijos se encuentran que hereden la buena fortuna de sus padres. La pobreza nunca se desvia mucho de la puerta de los ricos. Presto se sigue la necesidad á la magnificencia que hace mas ruido, y se ven pocas familias opulentas que traspasen la abundancia á sus herederos. Atribúyese esta inconstancia de la prosperidad á mil accidentes, que ciertamente no tienen parte en ella. La dureza de los ricos con los pobres y con los necesitados es la causa mas comun de esas revoluciones de fortuna. Niéganse á Dios los intereses, por explicarme así; pues no hay que admirarse de que retire el principal. Si el padre administró mal el fondo, no es mucho que el dueño quite á los hijos la administracion: *aliis locabit agricolis*. ¿Quieres fijar esa fortuna brillante? ¿quieres adquirir una verdadera grandeza? ¿quieres que el capital y los réditos se conserven largo tiempo hereditarios en tu familia? ¿quieres asegurar la abundancia en la posteridad de tu casa? pues sé rico en caridad, sé liberal, sé magnífico en limosnas y en obras pias. No tiene la prosperidad título de posesion mas bien fundado que el sustento de los pobres.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág. 128.*

MEDITACION.

De las obras de misericordia.

Punto primero. — Considera que por obras de misericordia se entienden aquellas obras, aquellas acciones de caridad, que dirigidas por la fe son propias de los verdaderos fieles, y que hacen en parte el carácter de los verdaderos discípulos de Cristo, por las cuales hasta los mismos gentiles discernian los Cristianos, distinguiéndolos de los demás hombres: aquellas virtudes que siendo sobrenaturales, solo nacen dentro del cristianismo, y que siempre fueron el mayor elogio

de nuestra santa Religion. Tuvo gran cuidado el Hijo de Dios de enseñarnos estas obras de misericordia, y de hacernos comprender su indispensable necesidad para la salvacion, queriendo tuviésemos entendido que en ellas se habian de fundar los títulos para el premio; y poniéndose el mismo Señor en lugar de los mismos pobres, á quienes se hace la limosna por su amor, dice á sus escogidos: *Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde la creacion del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber: no tenia donde recogerme, y me hospedásteis: estaba desnudo, y me cubristeis: estaba enfermo, y me visitásteis: estaba en la cárcel, y me fuisteis á ver. Porque de verdad os digo: que todas las veces que hicisteis todas estas cosas con el mas mínimo de mis hermanos, á mí me las hicísteis.* A vista de esto, ¿serán menester muchos discursos para probar que todas estas buenas obras no siempre son de puro consejo, sino que muchas veces son necesarias para la salvacion? No te hizo Dios rico, no te dió tantas conveniencias, no te concedió tantos bienes para tí solo; si solo pensara en tí, te hubiera dado menos. Esos bienes temporales, esas conveniencias humanas, esa salud, ese crédito y esa autoridad son beneficios que se te dispensaron en favor de los demás. En el repartimiento de las condiciones, de los beneficios temporales, y de los bienes de esta vida, habria al parecer no sé qué dureza, y no sé qué cosa contraria á la general bondad y á la universal providencia de Dios, si á los pobres y á los necesitados los hubiera dejado sin socorro y sin alivio, al mismo tiempo que colmaba de bienes á tanto número de indevotos y de ingratos. Pero el Señor solo da los bienes á los hombres á título oneroso. Dáselos á los ricos para que socorran á los pobres en sus necesidades. Los poderosos, los grandes del mundo, los hombres acomodados, segun la intencion de la divina Providencia, son propiamente tutores de los pobres y de los desvalidos. ¡Buen Dios, qué material de reflexiones para todo género de gentes!

Punto segundo. — Considera que la sentencia de reprobacion se fundará precisamente en el desprecio, ó por lo menos en haberse negado al ejercicio de estas obras de misericordia. *Apartaos de mí al fuego eterno que está preparado para el diablo, y para sus ángeles*, dirá el soberano Juez; *porque tuve hambre y no me disteis de comer: tuve sed y no me disteis de beber: no tenia donde recogerme, y no me hospedásteis: estaba desnudo, y no me vestísteis: estuve enfermo y en la cárcel, y no me visitásteis.* En esto se fundará aquella terrible sentencia. Deja

Dios todos los demás motivos, y solo hace mencion de estos, para darnos á entender que sin la virtud de la misericordia todas las demás son defectuosas. Aunque hayas tenido la pureza mas acrisolada; aunque te hayas entregado á un continuo ejercicio de oracion; aunque hayas macerado tu carne con las mas rigurosas penitencias, de nada de eso se hará caso si te faltaron las obras de misericordia. El distintivo de todos los escogidos ha de ser el amor del prójimo; pero un amor práctico, benéfico y compasivo. La edad, el estado y la condicion pueden tal vez dispensarte de trabajar, de macerar tu cuerpo, de ayunar, etc., pero nunca te pueden dispensar de compadecerte de las miserias y necesidades de tus hermanos. Es la misericordia cierta sensibilidad tierna del alma á vista de las miserias ajenas, acompañada de un sincero deseo de remediarlas: ¿quién se podrá tener por dispensado en esta virtud? Esto es lo que movió á tantos Reyes y á tantas Reinas; y esto es lo que el dia de hoy mueve á tantas personas cristianas á santificar su estado, su condicion, y todo el tiempo que tienen libre, con el ejercicio de obras de misericordia. Conocieron la importancia, y aun la necesidad de ejercitarse en ellas para salvarse. ¿Tenemos nosotros la misma fe? ¿somos del mismo dictámen? Si hoy ó mañana hubiéramos de comparecer en el tribunal del supremo Juez, árbitro decisivo de nuestra eterna suerte, ¿la sentencia de nuestro eterno destino se fundaria en esta virtud de la caridad?

¡Oh mi Dios, y cuánto debo temer, si los dias que me faltan de vivir son tan estériles en buenas obras como los que he vivido hasta aquí! Dignaos, Señor, hacer con vuestra gracia que mi vida sea mas fértil, mas fecunda en adelante. Abrasad mi corazon con el encendido fuego de la caridad; y pues me habeis dado á conocer la necesidad de esta virtud, haced que la ponga en práctica.

Jaculatorias. — Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos conseguirán misericordia. (*Matth.* v).

¡Qué consuelo tiene el hombre cuando se compadece y cuando socorre las necesidades ajenas! (*Psalm.* cxi).

PROPÓSITOS.

1 Es la misericordia una compasion, una caridad con el prójimo, que nos mueve á socorrerle en sus miserias. Divide la Iglesia las obras de misericordia en siete espirituales y siete corporales. Las siete espirituales son estas: Primera, enseñar al que no sabe. Segunda, cor-

regir con prudencia y con caridad al que yerra. Tercera, dar buen consejo al que le ha de menester. Cuarta, consolar al triste. Quinta, sufrir con paciencia las flaquezas y contradicciones del prójimo. Sexta, perdonar sinceramente las injurias. Séptima, rogar á Dios por los que nos persiguen, y por los vivos y los muertos. Las siete corporales son estas: Primera, dar de comer al hambiento. Segunda, dar de beber al sediento. Tercera, hospedar al peregrino. Cuarta, vestir al desnudo. Quinta, visitar los enfermos. Sexta, rescatar al cautivo. Séptima, enterrar á los muertos. Ninguno hay que no se pueda ejercitar en alguna de estas obras: dedícate á llenar todas las obligaciones de la caridad segun tu estado. Alguna de estas obras se proporciona á todas las condiciones y á todas las personas. Si no puedes enterrar los muertos, puedes dar con que amortajarlos, puedes mandar decir misas y hacer sufragios por aquellas almas desamparadas, que ni los dejaron, ni hay quien se acuerde de ellas para aliviarlas en el otro mundo. Si no puedes hospedar en tu casa á los pobres peregrinos, dales con que se recojan en otra; y está cierto que Dios te premiará esta buena obra.

2 No tienes con que dar de comer al hambriento, ni con que vestir al desnudo: no puedes visitar en los hospitales y en las cárceles al enfermo ni al encarcelado; pero puedes sufrir con paciencia las injurias y los defectos del prójimo: no hay estado que te lo embarace. Puedes perdonar con buen corazon las ofensas; obras de misericordia que á cada paso se ofrecen, y de que hay abundante cosecha en todos los estados. En fin, no estás en paraje de visitar los pobres enfermos de la parroquia; bien que pocos habrá que lo puedan dejar de hacer, especialmente cuando se gasta tanto tiempo en visitas inútiles y demasiado frecuentes: pero ¿quién dirá racionalmente que no puede enseñar á sus hijos y á sus criados? Conoce ahora lo mal que has hecho, y lo mucho que has perdido, y haz firme propósito de que no se pase dia sin ejercitar alguna obra de misericordia de las espirituales ó de las corporales. De aquí depende, por decirlo así, toda la economía y todo el secreto de la predestinacion.

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Genaro (ó Januario), obispo de Benevento, Festo, diácono suyo, Desiderio, lector, Sosio, diácono de la iglesia de Misena, Próculo, diácono de Puzzol, Eutiques y Acucio, en Puzzol en la Campania

en Italia; los cuales después de haber estado en la cárcel cargados de cadenas, fueron degollados en tiempo del emperador Diocleciano: el cuerpo de san Genaro lo llevaron á Nápoles, y lo enterraron honoríficamente en la iglesia, donde se conserva tambien en una redoma de vidrio una porcion de su sangre, la cual puesta delante de su cabeza visiblemente se liquida, y bulle como si estuviera fresca. *(Véase la historia de san Genaro en las de hoy).*

El martirio de los santos mártires Félix y Constancia[1], en Nocera, martirizados en tiempo de Neron.

Los santos mártires Peleo, Nilo y Elías, obispos de Egipto, en Palestina; los cuales en la persecucion de Diocleciano juntamente con muchos clérigos fueron quemados vivos por la fe de Cristo.

Los santos mártires Trófimo, Sabacio y Dorimedontes, en el mismo dia, en tiempo del emperador Probo; Sabacio en Antioquía por órden del presidente Atico fue azotado hasta que murió; Trófimo enviado á Sinnada al presidente Perennio, después de muchos tormentos para dar glorioso fin á su martirio, fue degollado junto con Dorimedontes, senador.

Santa Pomposa, vírgen y mártir, en Córdoba, en la persecucion de los árabes. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Teodoro, obispo, en Cantorberi; el cual siendo enviado á Inglaterra por el papa Vitaliano, floreció en doctrina y en santidad. *(Era natural de Tarso en Cilicia, estudió en Atenas la filosofía y bellas letras, y habiendo abrazado la vida monástica se fué á Roma. Informado el papa Vitaliano de su sabiduría en las letras divinas y humanas y de su santidad, lo consagró para el arzobispado de Cantorberi en Inglaterra. Allí estableció obispados, introdujo el canto gregoriano, creó cátedras, y él mismo enseñaba las lenguas griega y latina, y fue fundador de la famosísima escuela que tantos hombres grandes produjo. Su* Penitencial, *coleccion de cánones relativos á las penitencias públicas, es por sí solo un monumento eterno de su sabiduría. Murió por los años de* 690, *y los ingleses lloraron su pérdida como una calamidad irreparable).*

San Eustoquio, obispo, en Tours, varon de esclarecida virtud.

San Sequano, presbítero y confesor, en la diócesis de Langres.

Santa María de Cervellon, vírgen, del Órden de Santa María de la Merced, en Barcelona en España; la cual por la prontitud con que protege á los que la invocan, es comunmente llamada Santa María del Socorro ó del Socós. *(Su vida se lee en las del dia* 21 *de mayo, conforme al calendario de Madrid).*

[1] En el año 1816 se extrajo del cementerio de Roma, titulado *Priscillae*, via Salaría nueva, el sagrado cuerpo de la jovencita santa Constancia, mártir, con el vaso de sangre, á instancia del cardenal Bardaji, el cual lo envió á Barcelona á la excelentísima señora duquesa de Almenara alta, marquesa de Villel, en cuya casa estuvo colocada en su oratorio hasta el año de 1848, en que fue trasladado al convento de Religiosas Carmelitas descalzas, dicho de Santa Teresa, de la misma ciudad de Barcelona, en donde quedó colocado en un devotísimo oratorio dedicado á Nuestra Señora de Monserrate que tienen las religiosas dentro la clausura. Ignórase el motivo por qué la dicha señora duquesa celebró siempre la fiesta de esta santa mártir tal dia como hoy, en que el Martirologio romano hace conmemoracion de san Félix y santa Constancia, sacerdote el primero de Nocera, en Italia, y la segunda noble matrona de la misma ciudad, cuyos Santos en el año 69, imperando Neron, fueron condenados á muerte por confesar constantes la fe de Jesucristo.

SAN GENARO Ó JANUARIO, OBISPO Y MÁRTIR, Y SUS COMPAÑEROS.

Fue san Januario natural de Benevento, de una de las mas antiguas familias del país, como descendiente de aquellos antiguos samnitas que tuvieron guerra con los romanos, cuando aquellos eran dueños del ducado de Benevento, de la tierra de Labor, de la Capitanata y del Abruzo. No se sabe cosa segura de los primeros años de nuestro Santo; solo es cierto, que su familia era mas ilustre por la pública profesion que hacia del cristianismo, que por el esplendor de su antiquísima nobleza, al mismo tiempo que los Emperadores tenian declarada la mas cruel guerra á los Cristianos. Es muy probable que la educacion correspondió á su religion y á su nacimiento. Lo que no admite duda es, que Januario era venerado como el eclesiástico mas santo y mas sabio de todo el clero cuando sucedió la vacante de la silla episcopal de Benevento. Dejaron poco que deliberar á la eleccion su virtud y su sabiduría; por lo que unánimemente le aclamaron por obispo los votos uniformes del pueblo y clero. La dificultad estuvo en vencer su humildad y su modestia, siendo preciso un expreso precepto del Sumo Pontífice, que á la sazon lo era san Cayo ó san Marcelino, para rendirle á prestar su consentimiento.

Apenas se sentó Januario en la silla episcopal, cuando toda la diócesi conoció el particular cuidado que la divina Providencia tenia de su pueblo, dándole en tiempos tan críticos un pastor tan digno y tan benemérito. A esfuerzos de su inmensa caridad, de su infatigable celo y de su solicitud pastoral se desterró luego la indigencia, quedaron consolados los afligidos, y socorridos todos los necesitados. Iba el santo Prelado á buscar en lo mas retirado de los bosques á los que por la cruel persecucion huian de las poblaciones, resplandeciendo tanto su abrasada caridad, que la admiraban hasta los mismos gentiles; y hechizados de su prudencia, de su generosidad y de su mansedumbre, tenian particular gusto en conversar con él, descubriéndole con franqueza sus necesidades; aprovechóse tan oportunamente su celo de la estimacion y de la confianza con que le trataban los idólatras, que convirtió un gran número de ellos.

Encendido el fuego de la persecucion en todos los Estados del imperio por los edictos que los emperadores Diocleciano y Maximiano habian publicado contra los Cristianos, tuvo nuestro Santo muchas y bellas ocasiones de señalar su celo y su valor, no solo en los términos de su diócesi, sino en todas las ciudades comarcanas, que continuamente andaba visitando, ya para socorrer á los fieles despoja-

dos de sus bienes por la codicia de los ministros, ya para alentar á los expuestos á la crueldad de los tiranos, y ya para ejercer sus funciones pastorales. Andando en estas excursiones, verdaderamente apostólicas, encontró en Misena un jóven diácono, llamado Sosio, que estaba en servicio de aquella iglesia, y era un mozo de extraordinario mérito, con quien estrechó grande amistad. Leyendo un dia el santo Diácono el Evangelio delante de todo el pueblo, vió nuestro Santo revolotear una resplandeciente llama al rededor de su cabeza; y á vista de este presagio dijo desde luego que seria coronado con la corona del martirio, lo que se verificó muy presto. Pocos dias después fue denunciado Sosio por cristiano ante el tribunal de Draconcio, gobernador de la Campania, que le mandó prender. Examinóle acerca de su religion, y quedó tan prendado de su aire, de su entendimiento y de su modestia, que no perdonó á promesas ni á amenazas para pervertirle; pero viendo su invencible constancia en confesar á Jesucristo, y su heróica fe, superior á toda prueba, le mandó azotar cruelmente, y aplicar á la cuestion, hasta que cansado con la experiencia de la burla y de la risa que hacia de sus tormentos, ordenó que le llevasen á las cárceles de Puzzol con ánimo de sustanciar su causa, y sentenciarla en la primera audiencia. Luego que se supo en la ciudad que el santo Mártir habia llegado á ella, pasaron á visitarle todos los fieles, especialmente el diácono Próculo, y dos ciudadanos llamados Eutiques y Acucio. Informado Draconcio de la generosa caridad de los tres últimos, los mandó traer delante de sí, juntamente con san Socio; y habiéndoles hecho despedazar á azotes con la mayor crueldad, dió órden para que todos cuatro fuesen encerrados en la cárcel para quitarles la vida el primer dia que se abriese el tribunal.

Noticioso san Januario de que el diácono Sosio estaba preso, y de que habia confesado la fe en medio de los tormentos como verdadero héroe cristiano, partió á Puzzol, no solo para alentarle á él y á sus compañeros á que despreciasen todos los tormentos por amor de Jesucristo, sino tambien para asistirlos en sus necesidades con heróica caridad. Presto logró el premio de ella. Retirado Draconcio del gobierno, le sucedió en él Timoteo. Hallándose en Nola el nuevo Gobernador, recibió varias delaciones contra los Cristianos, y le dieron noticia de que un hombre de Benevento, llamado Januario, hacia muchos viajes á Puzzol para asistir á los que su predecesor tenia en las cárceles por causa de religion; y no contento con confirmarlos en la fe, encantaba de tal manera con sus hechizos á los mismos gentiles,

que habia persuadido á muchos á abrazar el cristianismo. Encendido en cólera Timoteo con esta deposicion, dió órden de que prendiesen á Januario, y se le trajesen atado de piés y manos. Mandóle el Gobernador que luego sacrificase á los dioses; y como el Santo se horrorizase de semejante proposicion, dió órden de que al instante le arrojasen en un horno encendido. Ejecutóse la órden sin dilacion; pero quiso Dios renovar en favor de nuestro Santo el milagro de los tres niños de que se habla en la Escritura. En lugar del fuego abrasador Januario halló refrigerio en las llamas, saliendo de ellas sin la mas mínima lesion de sus vestidos, ni que le faltase un solo cabello de la cabeza.

Sorprendió á todos los asistentes esta maravilla, y hasta el mismo tirano quedó como cortado y aturdido; pero atribuyéndola á arte mágica, que era el recurso comun de los gentiles para despreciar los prodigios que observaban en los Cristianos, se enfureció mucho mas y mandando que tendiesen al Santo en el potro, le hizo arrancar los nervios, y ordenó que le llevasen á la cárcel con resolucion de hacerle padecer mas crueles suplicios.

Sobresaltáronse los fieles de Benevento con la noticia de lo que habia sucedido á su santo Obispo; y al punto el diácono Festo y el lector Desiderio partieron á visitarle y asistirle en nombre de toda su iglesia. Pero Timoteo los mandó prender luego que tuvo noticia de su arribo, y haciéndoles comparecer en su tribunal, les preguntó su estado, su religion, y el motivo de su viaje. Respondiéronle con igual modestia que constancia que eran cristianos, ministros del santo Prelado, que habian venido para asistirle en la prision, y esperaban que Dios les hiciese la gracia de que fuesen tambien sus compañeros en los suplicios. Confrontólos el tirano con san Januario, que ni temió reconocerles, ni se detuvo en declarar que eran dos individuos de su clero. En virtud de esta declaracion mandó que les pusiesen grillettes á los piés, y les obligó á que caminasen delante de su carroza hasta Puzzol para ser echados á las fieras con los demás que habia sentenciado. Asombraba á los paganos la alegría que manifestaba toda aquella gloriosa tropa de Mártires. Luego que llegaron nuestros Santos los sacaron al anfiteatro, y volviéndose entonces san Januario á sus compañeros, les dijo: *Ánimo, hermanos mios, este es el dia de nuestro triunfo: combatamos generosamente por la fe de Jesucristo, y derramemos con valor nuestra sangre por aquel Señor á quien debemos la vida. Este Señor me ha enviado aquí para que el pastor no estuviese sin su rebaño, y para que el obispo no ofreciese el sacrificio de su vida sin*

sus ministros. No hagan impresion en nuestros corazones las promesas ni las amenazas: guardemos á nuestro divino Maestro una inviolable fidelidad: pongamos en él toda nuestra confianza; y con su ayuda no temamos los tormentos, ni la misma muerte. No bien el santo Mártir habia acabado de hablar cuando soltaron todas las fieras contra ellos en presencia de una prodigiosa multitud de gente que habia concurrido al espectáculo. Corrieron furiosos hácia los santos Mártires los leones, los tigres y los leopardos, á los cuales no les habian dado de comer en muchos dias; pero en vez de despedazarlos se postraron á sus piés, comenzaron á lamérselos como por respeto, haciéndoles muchas fiestas con las colas, sin que ni uno solo se atreviese á tocarlos. Quedó atónita la muchedumbre á vista de aquella maravilla, y se oyó un sordo murmullo en todo el anfiteatro, diciendo que no habia otro verdadero Dios que el Dios de los Cristianos, no siendo posible que tan palpable milagro fuese efecto del arte mágico, puesto que ningun sacerdote de los ídolos con todos sus encantamientos habia sabido hacer jamás cosa que se le pareciese. Oyó el Gobernador este murmullo; y temiendo que se levantase contra él alguna sedicion, mandó que sin perder tiempo sacasen del anfiteatro á todos los Mártires, y conducidos á la plaza pública los degollasen á todos. Al tiempo de conducirlos, como Januario pasase delante del Gobernador, pidió á Dios que quitase la vista corporal al tirano para confundir su obstinacion. En el mismo punto quedó ciego Timoteo, y aturdido con aquel milagroso castigo, comenzó á hacer las reflexiones que habia ahogado á vista de tantos otros prodigios. Reconoció el poder de Jesucristo: suspendió la ejecucion de la sentencia que habia pronunciado contra ellos, y mandando traer á su presencia á nuestro Santo, le dijo en tono humilde y lastimero: *Januario, tú que adoras al Dios todopoderoso, haz oracion por mí, y pídele que me restituya la vista de que me ha privado en castigo de mis culpas.*

Queriendo el Santo mostrar el poder del verdadero Dios por otro nuevo milagro, hizo segunda oracion en favor del Gobernador, y fue tan eficaz como la primera. En el mismo instante recobró Timoteo la vista, cuya maravilla convirtió á cinco mil gentiles. Pero son pocos los corazones ambiciosos que se convierten con los milagros. Temiendo Timoteo perder la gracia del Emperador si perdonaba á los santos Mártires, dió órden secreta á sus oficiales para que sin dilacion ejecutasen la sentencia.

Cuando llevaban al Santo á la plaza Vulcana para ser degollado, un buen viejo, cristiano de profesion, se arrojó á sus piés, y desha-

ciéndose en lágrimas, le suplicó que le diese alguna alhajuela de su uso para guardarla en su casa como preciosa reliquia. Movido el Santo de la devocion del buen viejo, le dijo: *No tengo otra cosa que darte sino mi pañuelo, que me hace falta para vendarme los ojos; pero no te desconsueles, yo te empeño mi palabra de dártele despues de muerto, y fíate de mí.* Luego que llegó el Santo á la plaza pública con sus amados compañeros se vendó él mismo los ojos con su pañuelo, y pronunciando en voz alta aquellas palabras del salmo xxx: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum;* en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu, le cortaron la cabeza como á todos los demás, que fueron los santos Sosio, Festo y Próculo, diáconos: Desiderio, lector Eutiques y Acucio, ciudadanos; sucediendo su martirio el dia 19 de setiembre hácia el fin del tercer siglo.

Inmediatamente los Cristianos de las ciudades de donde eran naturales enviaron por los cuerpos de los santos Mártires. Los de los santos Próculo, Eutiques y Acucio se quedaron en Puzzol: los de san Festo y san Desiderio fueron llevados á Benevento: el de san Sosio á Misena: el de san Januario por entonces fue conducido á Benevento, después al monasterio de Mon-Vírgen, y con el tiempo en el pontificado de Alejandro IV fue trasladado á Nápoles, y colocado en la iglesia catedral, donde es reverenciado con gran devocion, habiéndole tomado la ciudad por uno de sus patronos, y continuando Dios en honrarle todos los dias con mucho número de milagros, especialmente con la proteccion que se experimenta contra los furiosos incendios del monte Vesubio. Dista este monte solas dos leguas y media de la ciudad de Nápoles, y arroja rios de llamas, que muchas veces hacen grandes y lastimosos estragos. Antes del imperio de Augusto se habian experimentado cinco avenidas de fuego, y el año 81 de Cristo rompió una que arruinó dos ciudades enteras, abrasando y talando una dilatada extension de terreno, tanto, que segun se dice, las cenizas agitadas por el viento llegaron hasta la África, la Siria y el Egipto. Repitiéronse después muchas veces estas inundaciones de fuego, y una de ellas especialmente fue tan violenta, que se temió quedase reducida á pavesas toda la ciudad de Nápoles. Acudieron los napolitanos á la proteccion de su patrono, llevaron procesionalmente sus preciosas reliquias, y las pusieron delante de las llamas que amenazaban estragos á la ciudad. Apenas se acercaron á aquellos torbellinos de fuego cuando de repente se les vió detenerse como por respeto, y retrocediendo después hácia la boca del volcan se apagaron sobre el monte, cubriéndole de un humo denso, que se

desvaneció pocas horas después. Otras muchas veces ha vomitado el Vesubio cantidad de llamas envueltas en gruesas nubes de ceniza que llenan de terror á todo el país; pero desde que la ciudad de Nápoles posee el cuerpo de san Januario se considera con viva confianza inmune y libre de estos incendios.

Auméntase el culto que se tributa á san Januario en la iglesia de Nápoles con el perpetuo milagro que se renueva siempre que su santa cabeza se pone cerca de una ampolla llena de su preciosa sangre, porque estando esta coagulada y como formando una especie de argamasa con la tierra de que está mezclada, apenas se coloca junto á la cabeza cuando comienza á calentarse, á liquidarse y á hervir á vista de todo el pueblo como si fuera sangre viva.

La fiesta de san Januario y de sus compañeros no solo se celebra en la Iglesia latina, es tambien muy solemne en la Iglesia griega; y en todas partes se ven templos muy antiguos dedicados á Dios en honor de san Januario.

Nota del traductor.

«Deja pendiente el P. Croisset la palabra de nuestro Santo al buen «viejo que le pidió en vida alguna reliquia suya; pero en la leyenda «antigua de la iglesia de Benevento se dice que la cumplió inmedia- «tamente que espiró, apareciéndose al devoto cristiano, y entregán- «dole el pañuelo que le habia ofrecido.»

SANTA POMPOSA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Esta gloriosa vírgen nació en Córdoba en tiempo de la persecucion sarracénica. Sus padres eran cristianos de la primera nobleza de la ciudad, ricos de hacienda y de virtud. En el ejemplo de ellos aprendió Pomposa á despreciar el mundo y poner el pié sobre su vanísima vanidad, á desasirse de las cosas perecederas, y abrazar las que han de durar para siempre. Los padres gozosos con tan claras prendas de la santidad de su hija, vendieron toda su hacienda, y del precio de ella fundaron ó mas bien reedificaron en la sierra á una legua de Córdoba á la parte septentrional el monasterio de San Salvador llamada *Pina* ó *Peña Melaria*, por la peña donde enjambran y crian su miel las abejas. Allí se recogieron dando de mano al mundo en compañía de sus hermanos, hijos y otros deudos. Nuestra santa Vírgen dedicóse allí á todo ejercicio de virtud. Su regalo y principal ocupacion era la lectura de los Libros santos; teníalos por caudillos y por antorcha en los tropezones y malos pasos de esta vida. Tanta era

la dulzura y suavidad de Dios que hallaba en este ejercicio, que ni de dia ni de noche se apartaba de él sino forzada de las obligaciones del monasterio, ó de las turbaciones y sobresaltos de aquel miserable tiempo. Campeaba entre sus muchas virtudes el cimiento de ellas, la humildad hermanada con la paciencia; amaba las injurias y los menosprecios, tratábase con extremada aspereza y rigor. Su oracion era fervorosa y continua, dormia poquísimo, lo mas de la noche pasaba meditando y leyendo, inculpable era su vida, tesoro de toda virtud; en pocos años habia hecho un caudal grande de merecimientos. Muchas otras excelencias dice san Eulogio haber sabido de esta santa Vírgen por relacion de Félix, gran siervo de Dios, abad de su monasterio; las cuales, dice, dejo de escribir por no cansar con la prolijidad, entonces no necesaria para los presentes, porque la tenian á la vista; si bien para los que vivimos ahora fuera de mucho fruto. El amor de Dios poco á poco fué labrando en su corazon un vivo deseo de dar por él la vida. Presintiéronlo en el monasterio, y la guardaban con gran vigilancia, por no perder este dechado tan perfecto de santidad. Dios no tiene puerta cerrada. El martirio de santa Columba, de que hablamos el dia 17, fue tan señalado, que desde luego se divulgó por la ciudad y sus cercanías; especialmente sirvió de gran consuelo y gozo á los monasterios, que eran las plazas de armas donde se ensayaban los Mártires para luchar contra los tiranos. Pomposa, oido este suceso, ardia en vivas ansias de seguir á Columba en la gloria de su pasion; envidiaba su buena suerte. Nuestro Señor, que queria cumplirle el deseo, dispuso las cosas de manera que el dia siguiente al martirio de santa Columba, acabados los maitines de media noche, habiendo ido ella á la puerta del monasterio la halló sin llave, y la abrió, y salió con todo silencio sin ser oida. Anduvo ligeramente el camino hasta la ciudad, que es áspero y de malos pasos, y muchas cuestas y riscos, que aun de dia es menester atinarse mucho para no tropezar. No hay cosa difícil para la caridad, ni áspera para la humildad. El deseo de llegar á Cristo hace brava como leon á esta tierna doncella no guardada ni defendida de gente alguna, cristiana ella y entre moros. Llegada á la ciudad, luego que amaneció fué á la casa del juez, y presentándose á él le dijo que era cristiana, y con blandura celestial le exhortaba á que lo fuese él tambien, y mirase por sí, abominando de su falso Profeta. El juez exasperado con las demandas y respuestas que aquellos dias habia tenido con los otros Mártires, sin contestar á la santa Doncella, ni dar espera á formalidad alguna ni á razon, luego al punto mandó que la degollasen.

Ejecutóse esta sentencia ante la puerta del alcázar en el Campillo del Rey á 19 de setiembre del año 853. Su sagrado cuerpo fue echado en el rio. Sacáronlo de allí unos trabajadores cristianos, y le dieron sepultura en el campo lo mejor que pudieron. Veinte dias después unos monjes lo trasladaron á la iglesia de Santa Eulalia, y con mucha solemnidad fue depositado á los piés de santa Columba. En el índice de las reliquias de la cámara santa de la iglesia de Oviedo, formado por la inspeccion que de ella se hizo el año 1075, á instancia del rey D. Alonso el Magno y en presencia de muchos obispos, se dice que en aquel sagrado depósito está el cuerpo de santa Pomposa, ó la mayor parte de sus reliquias.

SAN RODRIGO DE SILOS.

De este siervo de Dios dicen que fue tio de santo Domingo de Guzman. Floreció en el reinado de san Fernando, rey de Castilla y de Leon, y de su hijo D. Alfonso el Sabio. Dió de mano á la pompa y vanidad del mundo, y se hizo religioso en el monasterio de Silos. Señalóse tanto en toda virtud y en la observancia de la vida monástica, que lo hicieron abad de aquel monasterio el año 1242 reinando san Fernando. Sirvió este oficio por espacio de treinta y cuatro años, forzado siempre, y con deseo de echarse aquella carga de encima. Sobresalió en el celo por la observancia regular, y en la conservacion de los bienes del monasterio, por cuya causa le fue preciso seguir muchos pleitos que entendia ser justos, de los cuales consta que no perdió ninguno. Trató familiarmente á san Fernando y á su hijo D. Alfonso, que por su mano hicieron varias donaciones al monasterio. Siendo príncipe D. Alfonso estuvo allí el año 1246, y por respeto al abad Rodrigo perdonó á los monteros el descuido que habian tenido con un reo que estaba en la cárcel. Nueve años después estuvo allí el mismo D. Alfonso siendo ya rey, y contando al abad una aparicion que habia tenido de santo Domingo, y diciéndole que pidiese cuanto quisiese, el abad que habia salido acompañándole hasta Contreras, con acuerdo de sus monjes le pidió las martiniegas que el Rey tenia en Silos. Sonriéndose el Rey, le dijo: ¿No quereis, abad, que tenga yo nada en esta villa? Respondió esto; pero hizo lo que Rodrigo pedia. Este mismo siervo de Dios fue el que vistió el hábito de religiosa á la ilustre señora doña Constanza, y la hizo reclusa ó emparedada, conforme al uso de aquellos tiempos. Manifestó Dios la santidad de su siervo obrando por su medio grandes maravillas. En un Viernes Santo convirtió por dos veces en vino el agua que se daba de

beber á la comunidad, como antes habia hecho san García, abad de Arlanza. En una gran falta de vino que hubo en aquella tierra, con unos pocos racimos de unas parras que exprimió, quedaron llenas de vino dos ó tres cubas del monasterio que mandó tener preparadas. Para que no se borrase la memoria de estas maravillas, grabaron en su sepulcro unas parras con racimos, que fuesen como un pregon de la gloria de Dios en su siervo. Estas y otras cosas señaladas hizo nuestro Santo en el tiempo de su abadía, además de la vida ejemplarísima que hizo con gran medra y provecho espiritual de sus súbditos.

Érale cosa dura privarse del regalo y suavidad de la contemplacion por atender á los cuidados del gobierno. Al cabo pudo lograr que se le admitiese la renuncia que hizo de la abadía el dia 10 de abril del año 1276. Desde entonces dió nueva soltura y desahogo á su espíritu, entregándose del todo á la obediencia, al ayuno, al cilicio y á la abstraccion y apartamiento de las gentes, dedicado solamente al trato con Dios. Murió tal dia como hoy en el año 1280. Diéronle sepultura en el claustro junto al archivo á la mano derecha como se sube á la escalera llamada de las Vírgenes. En una piedra grabaron una mano con báculo abacial, la cual besaban todos en reverencia del santo Abad. Allí estuvo su sagrado cuerpo por espacio de doscientos ochenta años, hasta el de 1560, en que el abad Fr. Gregorio de Santo Domingo quiso renovar aquella escalera, y colocarlo en otro sitio. Abrieron su sepulcro, y lo hallaron tan entero é incorrupto como el dia de su muerte. Estábalo tambien la caja de pino, y la cogulla y el cilicio de cerdas que lo ceñia desde los hombros hasta mas abajo de la cintura, y el ceñidor era de cáñamo. Trasladáronlo en procesion el dia 20 de diciembre al lienzo de la pared del claustro bajo donde estuvo el primer sepulcro del abad santo Domingo. Un prodigio que en esta ocasion sucedió de haberse allí desplomado un sillar de mas de cuatro arrobas sin hacer daño á nadie, dió motivo á que el Abad pensase en colocar el cuerpo del siervo de Dios en el relicario que estaba en el crucero de la iglesia. El año 1604 lo trasladaron al nuevo relicario donde se conserva.

La Misa es en honor de san Januario, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui nos annua sanctorum martyrum tuorum Januarii, et sociorum ejus solemnitate laetificas: concede propitius, ut quorum gaudemus meritis, accendamur exemplis:

Ó Dios, que cada año nos alegras en la festividad de tus santos mártires Januario y sus compañeros; concédenos benignamente que así como sus merecimientos nos regocijan, así tambien

Per Dominum nostrum Jesum Christum...

nos enfervoricen sus ejemplos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo x *del apóstol san Pablo á los Hebreos.*

Fratres: Rememoramini pristinos dies, in quibus illuminati magnum certamen sustinuistis passionum: et in altero quidem opprobriis et tribulationibus spectaculum facti: in altero autem socii taliter conversantium effecti. Nam et vinctis compassi estis, et rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis, cognoscentes vos habere meliorem, et manentem substantiam. Nolite itaque amittere confidentiam vestram, quae magnam habet remunerationem. Patientia enim vobis necessaria est: ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem. Adhuc enim modicum aliquantulum, qui venturus est, veniet, et non tardabit. Justus autem meus ex fide vivit.

Hermanos: Traed á la memoria aquellos dias primeros, en que habiendo sido iluminados, sufrísteis un gran conflicto de tormentos, un dia siendo hechos el espectáculo de oprobio y de tribulacion, otro siendo hechos compañeros de los que se hallaban en tal estado. Porque tuvísteis compasion de los encarcelados, y llevásteis con alegría que os hurtasen vuestros bienes, conociendo que vosotros teníais una hacienda mejor y mas duradera. Y así no querais perder vuestra confianza, la cual merece una gran recompensa. Por cuanto la paciencia os es necesaria, para que haciendo la voluntad de Dios, poseais lo que os está prometido. Porque después de muy poco vendrá el que ha de venir, y no tardará. Pero mi justo vive de la fe.

REFLEXIONES.

Traed á la memoria aquellos primeros tiempos, etc. Acordémonos de aquellos dias de inocencia y de fervor, en que desembarazada la razon de las nieblas que levantan las pasiones, y exento el corazon de la corrupcion que causa el vicio, recibian con docilidad y con alegría las luces de la fe y las impresiones de la gracia. Volvamos la consideracion hácia aquellos dias tranquilos y serenos en que gustábamos de Dios con sosegada dulzura, y desocupada el alma de las preocupaciones que oscurecen la razon debilitando la fe, experimentaba un exquisito placer, penetrando aquellas grandes verdades que ponen tanto tedio á las ilusiones del mundo. Embebidos entonces en las importantes máximas de la Religion, ¡qué saludables reflexiones se hacian sobre el capricho y sobre las extravagantes inquietudes del corazon humano! ¡sobre la vida inútil de tantas gentes! ¡sobre las falsas ideas de felicidad! ¡sobre las perniciosas máximas del mundo! Compadecidos de la flaqueza de los que se dejan llevar de la corriente, ¡cuántas veces nos lamentamos de su desgraciada suerte! ¡cuántas nos indignamos contra la falsa seguridad de los mundanos, y mo-

vidos de esta santa indignacion declamamos contra su escandalosa licencia! Aquel jóven, cuya circunspeccion, cuya madurez y cuya virtud le hacian respetable aun á los mismos disolutos, ¿hacia entonces mucho caso de sus juicios? ¿Solicitaba con mucha ansia merecer su aprobacion? ¿Dábasele mucho por sus censuras? ¿Avergonzábase del Evangelio? ¡Con qué horror miraba en aquel tiempo esas licenciosas fiestas, esas partidas de diversion, de las cuales siempre sale la inocencia con alguna pérdida! ¡con qué cuidado huia de aquellos espectáculos que la Religion prohibe á los Cristianos! ¡Cuánto le disgustaban todos los divertimientos de ruido y de tumulto! ¡Con qué generosidad, con qué constancia se divorciaba de todo lo que podia lastimar la conciencia! Dulce, humilde, atento, cortesano (porque todo esto es el que es verdaderamente virtuoso), ¡qué peso en todos sus pensamientos! ¡qué solidez en todos sus discursos! ¡qué prudencia en todos sus consejos! ¡qué perseverancia en sus devociones! Porque, desengañémonos, la rectitud, la afabilidad y el buen juicio son inseparables de la virtud cristiana. Aquella otra señora, íntimamente imbuida en las grandes verdades de la Religion, en nada hallaba verdadero consuelo sino en los ejercicios de una sólida devocion: estimada, aplaudida y respetada del mundo, precisamente porque no se conformaba con sus máximas. La misma regularidad de sus costumbres daba nuevo lustre á todas las demás prendas suyas naturales. Hasta la misma envidia respetaba su virtud. El mundo mismo la proponia por modelo de una señora cristiana, distinguiéndose mas por su modestia que por su elevada calidad. Su devocion era la mejor prueba de su fe, y su conducta su mayor elogio. Pero consiguió desgraciadamente marchitar aquel lustre el contagioso aire del mundo y de las malas compañías; echóse á pechos aquella ponzoña, aquel veneno preparado con que brinda el mundo, ponderándole continuamente como una bebida muy exquisita. Cobró tedio á aquella vida igual, cristiana y regular, volviendo las espaldas al partido de la virtud. Buen Dios, ¡y qué espantosa mudanza se observa en el entendimiento, en el corazon, y hasta en los modales exteriores de la misma persona! Cotejemos lo que somos con lo que fuimos. ¡Oh qué retratos tan desemejantes! Pero aprovechémonos de esta desemejanza; y trayendo á la memoria aquellos primeros años en que era tan acertada nuestra conducta, preguntémonos si lo es igualmente después que abandonamos el partido de la virtud.

El Evangelio es del capitulo XXIV *de san Mateo.*

In illo tempore: Sedente Jesu super montem Oliveti, accesserunt ad eum discipuli secreto, dicentes: Dic nobis, quando haec erunt? et quod signum adventus tui, et consummationis saeculi? Et respondens Jesus, dixit eis: Videte ne quis vos seducat. Multi enim venient in nomine meo, dicentes: Ego sum Christus: et multos seducent. Audituri enim estis praelia, et opiniones praeliorum. Videte ne turbemini: oportet enim haec fieri, sed nondum est finis: consurget enim gens in gentem, et regnum in regnum, et erunt pestilentiae, et fames, et terraemotus per loca. Haec autem omnia, initia sunt dolorum. Tunc tradent vos in tribulationem, et occident vos: et eritis odio omnibus gentibus propter nomen meum. Et tunc scandalizabuntur multi, et invicem tradent, et odio habebunt invicem. Et multi pseudoprophetae surgent, et seducent multos. Et quoniam abundavit iniquitas, refrigescet charitas multorum. Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.

En aquel tiempo: Estando Jesús sentado encima del monte Olivete, se llegaron á él sus discípulos en secreto, y le dijeron: Dínos á nosotros, ¿cuándo sucederán estas cosas? ¿y cuál será la señal de tu venida, y de la consumacion del siglo? Y respondiendo Jesús, les dijo: Mirad no os engañe alguno. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: yo soy Cristo, y seducirán á muchos. Oiréis, pues, hablar de guerras, y de rumores de guerra. Cuidad de no turbaros, porque conviene que sucedan estas cosas; pero todavía no es el fin. Porque se levantará gente contra gente, y reino contra reino; y habrá pestilencias y hambres, y terremotos en esta y aquella parte. Pero todas estas cosas son solo el principio de los dolores. Entonces os entregarán á la tribulacion, y os harán morir: y seréis aborrecidos de todas las naciones por causa de mi nombre. Y entonces se escandalizarán muchos, y se harán traicion mutuamente, y se aborrecerán unos á otros. Y se levantarán muchos falsos profetas, y seducirán á muchos. Y por haber sobreabundado la iniquidad se resfriará la caridad en muchos. Pero el que perseverare hasta el fin, ese será salvo.

MEDITACION.

De la perseverancia.

Punto primero. — Considera que la suprema felicidad del hombre es la perseverancia final, puesto que le pone en posesion del soberano bien. La única felicidad del hombre durante esta vida mortal es vivir santamente en gracia y amistad de Dios; cualquiera otro bien, cualquiera otro gusto es mera ilusion, es vano entendimiento; pero la perseverancia en la gracia final es lo que se llama, respecto de nosotros, perfecta y cumplida felicidad. Aunque haya sido muy fervorosa nuestra conversion, de nada nos servirá sin el don de la perseverancia: este don es propiamente el que da valor á nuestras bue-

nas obras: sin la perseverancia de nada sirve la mas perfecta inocencia, la mas heróica virtud, ni la penitencia mas rigurosa y mas austera. Habia Dios escogido á Saul con especial predileccion: habia sido Salomon el oráculo y la admiracion del mundo por su sabiduría y por su virtud: fue Judas uno de los apóstoles del Salvador, y aun habia hecho milagros: hizo Orígenes todo cuanto pudo para derramar la sangre por amor de Jesucristo: por bastante tiempo fue Tertuliano un gran Padre de la Iglesia: todos estos grandes hombres comenzaron bien, aun por algunos años perseveraron en la inocencia, en el fervor y en los caminos de la justicia. Honraron la Religion mientras se mantuvieron en gracia; pero faltando, en fin, y desmintiendo aquel exacto arreglo de costumbres, cansados de andar por los caminos del Señor, dejándose arrastrar del torrente de las pasiones y del mal ejemplo, ¡qué fin tuvieron tan triste! ¡Qué desgraciada fue su eterna suerte! La gracia final, la final perseverancia en esta gracia es la que pone el sello á todo. Sin este sello nada es admitido en la otra vida: limosnas, penitencias, buenas obras y devocion, todo es perdido si no está marcado con el sello de la perseverancia. Habian perseverado en la pureza aquellas vírgenes descuidadas y poco prevenidas, no se habia marchitado en ellas aquella delicada virtud, muchas buenas obras habian hecho en el anterior espacio de su vida; pero tuvieron la desgracia de dormirse hácia el fin del dia, no perseveraron en el fervoroso celo que tenian de su salvacion, en aquella vigilancia que es siempre tan necesaria: llega el Esposo cuando estaban dormidas, no las encuentra en vela como á las otras; no perseveraron en el fervor, y se perdieron. Buen Dios, ¡es posible que estas razones, estas lecciones y estos ejemplos hagan tan poca impresion en tantos corazones que se hallan en el mismo caso!

Punto segundo. — Considera que, aunque la perseverancia en la gracia es puro don de Dios, pero la falta de ella es puramente obra nuestra. La vida de la gracia que nos adquiere la penitencia, por su naturaleza es tan inmortal y tan incorruptible, como lo es la misma alma en quien se recibe. Si perdemos esta gracia contra el intento de Dios, á nosotros y no á ella debemos imputarlo; y en esto consiste nuestro desórden. Estamos bien instruidos de la necesidad que tenemos de esta perseverancia final; pues ¿por qué no trabajamos para conseguirla? Debiéramos emplear toda la vida en continuas y ansiosas diligencias para alcanzar este precioso don: debiera ser incesantemente la perseverancia final el objeto de nuestros deseos, el

fin de nuestras obras, y por decirlo así, el motivo de todas nuestras oraciones. Mas que hayamos adquirido inmensos tesoros de gracias y de merecimientos, si por nuestra desdicha no perseveramos en la vida de la gracia hasta el último momento; si por nuestra infeliz suerte morimos en desgracia de Dios y en pecado mortal, mas que hubiésemos vivido inocentes, fervorosos y penitentes hasta el momento que precede al último; si en Él perdemos la gracia decisiva, perdiéronse tambien para toda la eternidad todos aquellos tesoros. Ningun caso hará Dios de todas nuestras buenas obras pasadas. Confundidos con los impíos y con los réprobos, serémos eternamente condenados sin redencion y sin recurso. Y á vista de esto, ¡no se pide á Dios todos los dias esta perseverancia! ¡No se aplican todos los medios para conseguir este don! ¡Se temerá tanto cualquiera otro mal, sea el que fuere, como el faltar á la perseverancia! No, mi Dios, no será así: solo este mal, sola esta desdicha temeré yo en adelante; ni cesaré jamás de pediros el don de la perseverancia. No perdonaré á lágrimas ni á suspiros para mover, para inclinar vuestra misericordia, y procuraré no hacerme indigno de este don, siendo fiel á vuestra divina gracia.

JACULATORIAS. — Afirmad, Señor, mis pasos en el camino que guia á Vos, no sea que me descamine y me pierda. (*Psalm.* XVI).

Resuelto estoy, Señor, mediante vuestra divina gracia, á no separarme del camino de vuestra justicia que he comenzado á seguir. (*Job*, XXVII).

PROPÓSITOS.

1 Aunque no podemos merecer la perseverancia y la gracia final, podemos no hacernos indignos de este precioso don. Persevera en la fuga del pecado, en el ejercicio de la virtud, en guardar la inocencia, y ten una firme confianza de que Dios coronará una inocente vida con una santa muerte. Mira con un santo horror todo lo que puede hacerte perder la vida de la gracia. Huye todas las ocasiones de pecar; frecuenta los Sacramentos; y si por tu desgracia caiste en algun pecado, nunca dejes pasar el dia sin acudir al sacramento de la Penitencia. No lo dilates para el primer dia de fiesta, para cuando estés desocupado, para cuando tengas comodidad. Esas dilaciones fueron funesta causa de reprobacion á muchos, cuya prudente vida prometia mejor fin. Todos los dias has de hacer alguna oracion á Dios pidiéndole la gracia final. El tiempo mas propio para

pedir y para alcanzar este gran don es el del santo sacrificio de la misa á la elevacion de la sagrada hostia. Interesa en esto á la santísima Vírgen, ofreciéndola tambien todos los dias alguna oracion para conseguir por su poderosa intercesion la final perseverancia. Infaliblemente la consigue para aquellos que son verdaderos devotos suyos.

2 Cada uno de los dias le has de considerar como si fuera el último de tu vida, viviendo en él como si efectivamente lo fuese. Este es el medio mas eficaz para conseguir el don de la perseverancia. Dirige á este mismo fin todas tus obras. Tambien es medio excelente para perseverar en la vida de la gracia un dia de retiro cada mes. Manda decir de cuando en cuando algunas misas por este importante suceso. Ningun negocio nos importa mas. La salvacion es nuestro único negocio, y de la perseverancia final depende la salvacion.

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

La vigilia de san Mateo, apóstol y evangelista.

El martirio de los santos mártires Eustaquio y Teopista, su mujer, con sus dos hijos Agapito y Teopisto, en Roma; los cuales en el imperio de Adriano fueron condenados á las fieras, y habiendo salido sin recibir daño por virtud de Dios, los metieron en un toro de bronce ardiendo; en donde consumaron el martirio. *(Véase su historia hoy).*

El martirio de los santos mártires Fausta, vírgen, y Evilasio, en Cyzico en el mar de Mármora, en tiempo del emperador Maximiano: á Fausta el mismo Evilasio, sacerdote idólatra, hizo que por escarnio le rapasen la cabeza, y que la colgasen y atormentasen; después de lo cual intentó aserrarla por medio: pero no pudiendo los verdugos hacerle daño, lleno de terror se convirtió á Cristo; y mientras que por órden del Emperador le atormentaban cruelmente, á Fausta le taladraron la cabeza, y le pasaron todo el cuerpo con clavos, y la metieron en una sarten á la lumbre, hasta que llamados los dos Mártires con una voz del cielo, volaron ambos al Señor.

Los santos mártires Dionisio y Privado, en Frigia.

San Prisco, tambien mártir; el cual después de agujerearle el cuerpo con agudos puñales, fue degollado.

Los santos Teodoro, Filipa, su madre, y compañeros, mártires, en Perga de Panfilia en tiempo del emperador Antonino.

Santa Cándida, vírgen y mártir, en Cartago; la cual en el imperio de Maximiano, despedazada á azotes alcanzó la corona del martirio.

La santa mártir Susana, hija de Artemio, sacerdote idólatra, y de Marta. *(Habiendo quedado huérfana, recibió el Bautismo, y dando todos sus bienes á los pobres, se fué á vivir en la soledad. Acusada en tiempo de Juliano el Apóstata de haber derribado unos idolos, fue condenada á muerte el año* 362).

San Agapito, papa, en el mismo dia, de cuya santidad hace mencion san Gregorio el Magno. *(Véase su noticia en las de hoy).*

San Clicerio, obispo y confesor, en Milan.

SAN EUSTAQUIO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

La historia de la vida de san Eustaquio, de su mujer Teopista, de Agapito y Teopisto, sus dos hijos, está llena de sucesos tan maravillosos y tan raros, que pudiera parecer una piadosa novela, á no saber que Dios, por decirlo así, se complace de cuando en cuando en descubrir á los hombres, particularmente en aquellos primeros tiempos de la Iglesia, los inmensos tesoros de su providencia y de su misericordia, enseñando á los fieles por medio de acontecimientos tan instructivos como extraordinarios; y así lo vamos á ver en la vida de san Eustaquio.

Llamábase Plácido antes de su conversion, y fue, segun lo conjetura el cardenal Baronio, aquel mismo Plácido de quien hace mencion Josefo en sus libros de la guerra de los judíos, que siendo uno de los primeros oficiales del ejército, se señaló con mil valerosas hazañas en el famoso sitio de Jerusalen, haciendo importantes servicios al emperador Vespasiano y á su hijo Tito. Era Plácido gentil; pero apenas lo parecia en sus costumbres. Enemigo de toda disolucion, no habia oficial mas circunspecto, de mayor urbanidad, ni mas moderado. No se duda que fue de casa tan distinguida por su calificada nobleza, como por sus empleos militares. Su aire, sus modales, el puesto que ocupaba en el ejército, el mucho lugar que se hacia en él, sus grandes bienes, y la multitud de sus esclavos, todas eran pruebas de su ilustre nacimiento, no menos que de los servicios de sus gloriosos antepasados. Hacíanle mucho mas respetable sus nobles prendas personales. Era dulce, afable, enemigo de violencias, benéfico, liberal y aun pródigo con los soldados y con los pobres; lo que le granjeaba una indecible general estimacion, tanto en el ejército como en la corte. Concluida felizmente la guerra contra los judíos, tan gloriosa para los romanos, nuestro Plácido se retiró á Roma. Salió un dia á caza, presentósele un ciervo, siguióle, y cuando le iba unas estrechamente acosando, quedó extrañamente sorprendido viendo que la fiera se paró de repente al pisar cierto terreno, y vuelta la cara hácia él, descubrió entre las dos astas la imágen de Cristo crucificado. Al mismo tiempo oyó una milagrosa voz, que, como á otro Saulo, le reprendió su ceguedad en materia de religion: le intimó que no persiguiese mas á Jesucristo en la persona de sus fieles: le

mandó que renunciase el paganismo; y que buscando en Roma a sacerdote de los Cristianos, recibiese el Bautismo y abrazase la verdadera fe, después de lo cual, añadió la voz, vuelve á este mismo sitio, y yo te diré lo que debes hacer.

Aturdido Plácido á vista de un suceso tan singular como inopinado, sintió enteramente mudado su corazon en aquella misma hora. Entró la gracia á alumbrar su entendimiento, y abrasado igualmente el corazon, concibió el mayor horror contra los ídolos, conoció toda la ridiculez y toda la impiedad de la idolatría, sintiéndose inflamado en fervorosos deseos de abrazar el cristianismo. Luego que llegó á su casa, su mujer, por nombre Taciana, de genio y de inclinaciones muy parecidas á las de su marido, le refirió cierto sueño que habia tenido; y hallándose enteramente conforme con lo mismo que Plácido habia visto y oido, no se detuvieron un punto en ejecutar las órdenes del cielo. Instruyólos á ellos y á sus dos hijos un santo presbítero llamado Juan; y para borrar hasta las reliquias del hombre viejo dió á Plácido el nombre de Eustaquio ó de Eustatio; el de Teopisto á su mujer Taciana, llamando Agapito y Teopisto á sus dos hijos. Nunca se experimentaron mas prontos los efectos del Bautismo como en nuestros dichosos neófitos: desde los primeros dias de su conversion parecian ya unos fieles muy antiguos, nacidos y criados en las mas perfectas máximas del cristianismo. No bien se vió Eustaquio en la posesion dichosa de cristiano, cuando impaciente por saber de la misma boca del Salvador su divina voluntad, se encaminó apresurado al sitio donde se habia obrado la primera maravilla. Llegó á él, y postrado en tierra, el semblante contra el polvo, animado de una viva fe y lleno de confianza, exclamó de esta manera: «Aquí teneis, Se«ñor, á esta oveja perdida, que vuestra piedad acaba de retirar del «abismo para introducirla en vuestro rebaño. Pues vuestra infinita «misericordia no se desdeñó hasta aquí de mi suma indignidad, es«pero que menos se desdeñará ahora cuando vengo á vuestra pre«sencia con el augusto carácter de hijo vuestro, y que os dignaréis «acabar la obra que Vos mismo comenzásteis. Pronto estoy á obede«ceros: hablad, Señor, que yo os prometo ejecutar sin réplica vues«tra divina voluntad. Ninguna cosa del mundo será jamás poderosa «para hacerme titubear en la fe, y por lo mismo espero me daréis «gracia para seguir todas vuestras máximas con inviolable fidelidad.» Apenas acabó Eustaquio su oracion cuando se le apareció el Salvador; y después de haberle animado y manifestado la elevada santidad á que le tenia destinado, añadió: «Conviene, hijo mio, que te

«prepares para grandes pruebas. El demonio no dejará piedra por «mover para derribarte. Quitaránte todos los bienes, te despojarán «de tus empleos, perderás á tu mujer y á tus hijos, tú mismo te ve- «rás reducido á la última miseria. Pero valor, y no te desanimes: «mi gracia te sostendrá en todos esos desgraciados accidentes, y yo «sabré resarcírtelos con el cien doblado. Sé fiel hasta la muerte, y «coronarás tu vida con un glorioso martirio.»

Experimentaba Eustaquio sensiblemente mas y mas fortalecido su espíritu, creciendo mas su valor cuanto mayores eran los trabajos que el cielo le pronosticaba; y su respuesta fue la que correspondia á un héroe cristiano, y á un siervo fiel y fervoroso. Vuelto á su casa refirió sencillamente á su mujer todo lo que le habia sucedido, y encontró en Teopista unos pensamientos tan cristianos y tan generosos como los suyos, mostrando una santa impaciencia por dar á Jesucristo finas y verdaderas pruebas de su fidelidad y de su constancia. No tardó mucho la ocasion. Consistia el nervio principal de su hacienda en esclavos y en ganado: pereció este, y murieron aquellos á violencia de una enfermedad contagiosa que todo se lo arrebató. La conformidad con que nuestros Santos llevaron este primer golpe asombró á todos aquellos que ignoraban los motivos de su resignacion. Súpose pocos dias después que el Emperador habia reformado á todos los oficiales que no se hallaban actualmente empleados en el ejército. Ni por eso se disminuyó su constancia en esta segunda desgracia; antes bien se hizo mas visible su alegría. Abandonados, en fin, nuestros Santos de todos sus amigos, que lo eran solo de su fortuna y no de sus personas, y cási reducidos á la mendicidad, resolvieron dejar á Roma, y cargados con sus dos tiernos hijos, únicos bienes que les habia dejado la divina Providencia, se encaminaron al puerto de Ostia, donde hallaron un navío que hacia vela al Oriente, y embarcándose en él partieron para Egipto.

No es fácil explicar el gozo de san Eustaquio y de santa Teopista cuando se vieron despojados de todos sus bienes, sin otro título ni dictado que el de pobres de Jesucristo, y como desterrados de Italia, donde tantas veces habian resonado las aclamaciones por las victorias que el general Plácido habia conseguido. Pero se turbaron presto los interiores consuelos que derramaba el cielo en aquellos cristianos corazones por el mas cruel y mas doloroso contratiempo que podia suceder á aquellas dos grandes almas. El patron del navío enamoróse ciegamente de la casta Teopista; y resuelto á apoderarse de ella luego que tocó en la costa de África, sin dar oidos á ruegos, á lágrimas

ni á promesas, hizo echar en tierra por fuerza á Eustaquio y á sus dos hijos, y levantando el áncora tomó el rumbo de la Siria.

Fue extrema y recíproca la afliccion de uno y otro consorte. Recibióla Eustaquio con rendida resignacion, y adorando el modo con que Dios le gobernaba, se abandonó á la divina Providencia. Cargó sobre las espaldas á sus dos pequeños hijos, y caminando dia y noche por aquellos desiertos horrorosos, llegó á las orillas de un rio. Era la madre ancha y peligrosa, y no le parecia posible pasarla á nado con una carga tan pesada. En esta perplejidad levantó el Santo los ojos al cielo, suplicó al Señor que se compadeciese de aquellos dos tiernos inocentes, y tomó la resolucion de dejar á uno de los dos niños en la orilla para volver por él despues de haber pasado el rio cargado con el otro. Llegó dichosamente con su pequeña carga á la orilla opuesta, dejó al niño sobre la blanda yerba, y volvió á pasar el rio á nado para conducir el otro. Pero Dios, que cada dia es mas y mas admirable en sus Santos, permitió que estando Eustaquio en medio del rio viese arrebatar á sus dos hijos, al uno por un leon, y al otro por una loba. En lance tan doloroso y tan extraño, despues que dió libertad á su afligido corazon para desahogarse por los ojos, exclamó levantándolos al cielo: *Vos, Señor, me los disteis, y Vos me los quitásteis: cúmplase vuestra santísima voluntad. Adoro humildemente vuestra divina Providencia, y no cesaré de bendecir vuestro santo nombre. Vos permitisteis que perdiese á la madre y á los hijos: disponed ahora del padre segun vuestro divino beneplácito.*

Viéndose ya solo Eustaquio, no pensó mas en el viaje de Egipto, y quedándose en la primera aldea que encontró, llamada Badisa, se acomodó con un labrador rico para ayudarle á cultivar la tierra. Aprovechóse de un estado tan penoso y tan diferente del que habia tenido hasta entonces para hacerse cada dia mas fervoroso cristiano. Cautivó á su amo con su apacibilidad inalterable, y le ganó el corazon con su infatigable laboriosidad. Las labores de la labranza no inmutaron su virtud. Tenia continuamente á la vista la imágen de Jesucristo crucificado, y este divino modelo endulzaba sus fatigas. Derramó el cielo tantas bendiciones sobre las posesiones y haciendas de su amo los catorce años que Eustaquio estuvo en su servicio, que solia decir el labrador que en aquel criado habia encontrado un verdadero tesoro. Mientras tanto la divina Providencia no se olvidó de sus hijos ni de su mujer. El patron que se apoderó de ella, viéndola continuamente deshacerse en un mar de lágrimas, la respetó; y queriendo Dios castigar la violencia del rapto, dos dias despues le quitó la vida,

sin que hubiese tenido atrevimiento para tocar á la Santa, que, viéndose libre, desembarcó en el primer puerto, y se puso á servir.

No fue menos dichosa la suerte de los dos hijos. Viendo á las dos fieras los paisanos y los labradores corrieron á ellas, y las hicieron soltar la presa, sin que los niños hubiesen recibido ni la mas leve lesion; y compadecidos de tan extraña aventura, los tomaron á su cargo y los criaron con caridad; pero aunque el padre y los hijos vivian poco distantes, se pasaron los referidos catorce años sin tener noticia unos de otros. Después de tan dura y tan larga prueba en que el Santo se portó con una paciencia que mereció las suspensiones del cielo, quiso premiar el Señor aquella heróica virtud restituyéndole todo lo que habia perdido, y poniendo en su cabeza la corona del martirio.

Hicieron una irrupcion en las tierras de los romanos algunas bárbaras naciones, y amenazaban á todo el imperio. El año 98 habia sucedido á Nerva el emperador Trajano, que habiendo conocido el valor de Eustaquio (entonces Plácido) en la guerra contra los judíos, noticioso de que este hábil General habia desaparecido después de catorce ó de quince años, mandó que le buscasen por todas las partes del mundo, prometiendo grandes premios á cualquiera que le diese noticias ciertas de él. Pasaron dos oficiales por la aldea donde vivia Eustaquio en el humilde oficio de mozo de labranza, y se alojaron en casa de su amo. Como uno y otro habian servido bajo las órdenes de nuestro Santo, él los reconoció luego; pero ellos no le conocieron á él. Á poco rato se tocó la conversacion de Plácido, y de las diligencias que de órden del Emperador se hacian en todo el imperio para encontrarle. Al mismo tiempo que hicieron un grande elogio del mérito de aquel General, no se olvidaron de celebrar las bellas prendas de su mujer Taciana. Este discurso renovó toda la ternura del disfrazado esposo; y representándosele entonces vivamente á la imaginacion la funesta aventura de su amada mujer y de sus queridos hijos, le hicieron traicion las lágrimas, que no pudo ocultar á los dos huéspedes. Notólas mas particularmente uno de los dos, y observándole cuidadosamente mas de cerca le pareció descubrir ciertas señales que habia medio borrado su presente constitucion, y acercándose al oido de su compañero, le dijo que aquel labrador se parecia á Plácido. Repararon en cierta cicatriz que tenia en el pescuezo, y luego se acordaron de una herida que habia recibido en la misma parte en una batalla. Esta señal les hizo abrir los ojos para reconocer todas las demás; y no dudando ya que Eustaquio fuese su antiguo

general le echaron los brazos al cuello, y le obligaron á confesar que era el mismo Plácido. Sin embargo se quiso resistir; pero al cabo le fue preciso ceder á sus instancias y á las órdenes expresas del Emperador; especialmente después que tuvo una revelacion, habiendo pasado en oracion toda la noche, en que Dios le dió á entender era su voluntad que hiciese todavía este servicio al imperio.

Llegado á Roma, fue recibido del Emperador con todas las demostraciones de benevolencia que eran tan debidas á su valor; y restituyéndole todas las insignias de su primera dignidad, le declaró por general del ejército. Púsose Eustaquio á su frente; marchó en busca del enemigo, encontróle, atacóle, derrotóle, y consiguió una de las mas señaladas victorias de los enemigos del imperio romano. Habíase obligado á todas las aldeas del Oriente á que contribuyesen con dos soldados para esta guerra, y con esta ocasion se hallaron en el ejército del emperador Agapito y Teopisto. Viólos el General, y haciendo su oficio la sangre, como acostumbra, sin saber por qué, sintió en sí cierta especial inclinacion hácia aquellos dos soldados. Hacíales venir muchas veces á su tienda; y hablando un dia con uno de ellos, le preguntó de dónde era, cómo se llamaban sus padres, y cuáles habian sido los sucesos de su vida. Como los dos hermanos no se conocian, apenas refirió este lo que le habia sucedido siendo niño, cuando el otro, que se hallaba presente, se arrojó á él, echándole los brazos, y reconociéndole por hermano suyo. Díjole que él era el mismo á quien su padre habia dejado en la orilla opuesta, y que habiéndole libertado los paisanos como á él, tambien le habian criado hasta que tomó partido en las tropas. Oia todo esto Eustaquio sin hablar palabra; pero no lo escuchaba á sangre fria, porque enternecido vivamente su corazon, se explicaba sobradamente por los ojos; y en fin, no pudiendo contener mas su gozo, ni siendo ya dueño de los movimientos que excitaba en su corazon la ternura paternal, echando á los dos los brazos, les dijo: *Aquí teneis, queridos hijos mios, á vuestro padre: adoremos la amable providencia de nuestro Dios, que nos separó para volvernos á juntar en la tierra y en el cielo después de tan larga prueba. Seamos fieles: no desconfio de hallar tambien á vuestra querida madre, para que todos cuatro logremos el consuelo de derramar juntos nuestra sangre por amor de Jesucristo.*

Presto acreditó el suceso lo bien fundado de esta esperanza. Como en todo el ejército no se hablaba de otra cosa que de la dichosa y extraordinaria aventura del General, ciertos oficiales que estaban alojados en la aldea y en la casa donde servia Teopista diez y seis años

habia, haciendo oficio de ama de llaves, refirieron en la mesa un suceso tan raro como asombroso. Por las particularidades y circunstancias que especificaron, no pudo dudar que aquellos dos soldados eran sus hijos, ni que el General fuese su marido. Con este pensamiento suplicó Teopista á los oficiales que la facilitasen una audiencia del General, á quien tenia que pedir cierta gracia. Pusiéronla en su presencia, y con las lágrimas en los ojos, dijo: *Compadeceos, señor, de una mujer afligida. Yo soy una noble matrona romana, que por una tristísima aventura habrá como unos diez y seis años perdí en un mismo dia á mi dulce esposo y á mis dos queridos hijos, sin que en todo este tiempo haya podido adquirir la menor noticia de los hijos ni del padre. Permitid, señor, que se hagan algunas diligencias en el ejército por si acaso tomaron partido en las tropas: el uno se llama Agapito, y el otro Teopisto, siendo el mayor de veinte y dos años, y el menor de veinte y uno.*

Mientras hablaba Teopista, Eustaquio la consideraba atentamente, sintiendo en su corazon, y reconociendo por sus mismos ojos que la que hablaba era su mujer; pero interrumpiéndola un poco, la preguntó: *¿Con qué ocasion ó por qué extraño acaecimiento perdísteis á vuestro esposo y á vuestros hijos?* Entonces Teopista, deshaciéndose en lágrimas, refirió su violento rapto por el patron sobre las costas de África, y todo lo que después habia sucedido. No pudiendo ya dudar nuestro Santo por la individual relacion de todas las circunstancias que el cielo le habia restituido á su querida esposa, hizo venir á su tienda á los dos hijos, y señalando á Teopista, les dijo: *Ahí teneis, hijos mios, á vuestra madre;* y á esta, abrazándola tiernamente: *Aquí tienes, amada compañera mia, á tu fiel esposo Eustaquio: rindamos todos gracias al Señor por un suceso tan maravilloso.* Llenos de admiracion, de reconocimiento y de gozo, rindieron gracias á Dios por un milagro tan claro y tan ilustre de la divina Providencia; y concluida la oracion, se contaron el uno al otro toda la historia de tantos sucesos igualmente extraordinarios que portentosos. Celebráronse por muchos dias en todo el ejército con grandes regocijos; y en fin, adelantándose Eustaquio, Teopista y sus hijos, marcharon á Roma, donde el emperador Adriano, sucesor de Trajano, habia llamado al General para decretarle los honores del triunfo. Fue recibido con toda la estimacion y con todo el reconocimiento que merecia el importante servicio que acababa de hacer al imperio; y concluídas las fiestas públicas, mandó el Emperador que se hiciese un solemne sacrificio á los dioses en accion de gracias por aquella gran victoria. Eustaquio no pareció en él; y habiéndole llamado el Emperador, declaró que

era cristiano, y que no debia dar gracias á otro que al verdadero Dios á quien solo era deudor de aquel dichoso suceso. Era Adriano uno de los mas crueles enemigos del nombre cristiano; y furiosamente irritado con esta respuesta, da órden para que al punto sea despojado de todas las insignias de la dignidad, y sea conducido á la cárcel con su mujer y sus dos hijos. Conmovióse toda la ciudad de Roma; y toda ella se empeñó en persuadir á Eustaquio que renunciase su Religion; y hasta el mismo Emperador no perdonó á promesas ni á amenazas para pervertirle. Su constancia en la fe apuró toda la barbaridad del tirano. Viendo que ni aun le podia hacer titubear, le condenó á ser arrojado á las fieras con sus dos hijos y con su mujer. No hubo en el mundo alegría mas pura ni menos reprimida que la que causó á los Santos aquella cruel sentencia. Vió Roma caminar en camisa, cargado de prisiones, y entrar en la arena para ser despedazado de las fieras con su mujer y sus dos hijos, al mismo que dos dias antes habia visto lucir por sus calles en el carro triunfal seguido de las aclamaciones y de los vivas de toda la ciudad. El gozo que rebosaban sus semblantes mostraba bien que apreciaban mas el honor de morir por Jesucristo, que el de entrar triunfantes en la capital del imperio. Soltaron contra ellos algunos leones hambrientos y furiosos, que corrieron veloces á los Santos; mas ¿para qué? Para arrojarse á sus piés y para lamérselos, y para halagarlos blandamente con las colas. Este milagro asombró á todos los asistentes: solo el Emperador entró en mayor furor; y como era naturalmente cruel, resolvió atemorizar á todos los Cristianos con un ejemplar de crueldad, que hasta entonces no habia tenido semejante. Habia en Roma un toro de bronce de enorme corpulencia; y mandando meter á los santos Mártires dentro de aquella espantosa máquina, dió órden que se encendiese sobre ella un voracísimo fuego, en cuyo tormento nuestros Santos acabaron su vida por un glorioso martirio el dia 20 de setiembre del año de 130, en cuyo dia la Iglesia celebra su fiesta con solemnidad. Hay en Roma un magnífico templo en honor de san Eustaquio y de sus compañeros, y la mayor parroquia de Paris está dedicada á su nombre. Parte de sus reliquias, traidas por el abad Sugerio, se veneran en el real monasterio de San Dionisio, y otra porcion de ellas se guarda en la parroquia de San Eustaquio.

SAN AGAPITO, PAPA Y CONFESOR.

San Agapito fue natural de Roma, y recibido en el clero desempeñó las obligaciones inferiores del ministerio en las iglesias de San

Juan y de San Pablo. Su grande santidad le recomendó al amor y estimacion de cuantos le conocian, y muerto el papa Juan II en 26 de abril de 535, Agapito, que á la sazon era arcediano, fue electo para ocupar aquella silla, y consagrado en el 4 de mayo. Con la dulzura curó las heridas que habian hecho las disensiones y el desgraciado cisma de Dioscoro contra Bonifacio II en el año de 529. Noticioso de su eleccion el emperador Justiniano le envió una profesion de su fe, que el santo Papa recibió como ortodoxa, y en cumplimiento de sus solicitudes, condenó á los monjes Acemetas de Constantinopla, que estaban infectados de la herejía nestoriana. Habiendo sido depuesto Hilderico, rey de los vándalos en África, por Gilimerico, Justiniano se valió de aquella ocasion para romper la alianza que el emperador Zenon habia hecho con Genserico, y en el año de 533, el séptimo de su reinado, envió al África á Belisario con una armada de quinientas velas. Aquel experimentado General hizo con mucha facilidad la conquista de aquel país, y tomó á Cartago cási sin oposicion. Justiniano envió á las iglesias de Jerusalen los vasos del antiguo templo judáico, que Tito en su tiempo habia llevado á Roma, y que Genserico habia conducido de aquí á Cartago. Después de haber restablecido el gobierno temporal del África, el Emperador restituyó sus iglesias á los Católicos, y los obispos del África escribieron al Papa, suplicándole que todos aquellos obispos arrianos que se habian vuelto á la fe católica pudiesen retener sus sillas. Agapito respondió que en este punto no podia proceder contra los cánones, y que los obispos arrianos debian quedar satisfechos y contentos con haber sido admitidos en la Iglesia católica, sin pretender además de esto volverse á introducir entre el clero ni retener dignidad eclesiástica. Habiendo el Emperador erigido la ciudad de Justinianea, cerca del lugar de su nacimiento, suplicó al Papa que hiciese vicario suyo en Illírico al nuevo obispo de esta silla.

Entre tanto como Teodato, rey de los godos de Italia, llegase á entender que Justiniano hacia grandes preparativos para una expedicion contra aquel reino con ánimo de recobrarlo, obligó al papa Agapito á hacer un viaje á Constantinopla para disuadirle de semejante proyecto. Al mismo tiempo los abades de Constantinopla escribieron al Papa noticiándole los desórdenes y riesgos en que habian incurrido en aquella Iglesia. Muerto Epifanio patriarca de aquella ciudad en el año de 535, por intrigas de la emperatriz Teodora fue llamado á aquella silla Antimo, obispo de Trebisonda. Él era tenido por católico, pero en realidad era enemigo solapado del concilio Calcedonen-

se, como la Emperatriz misma. La promocion de Antimo á Constantinopla animó tanto á los Acéfalos, que Severo, falso patriarca de Antioquía, y otros principales de la secta, marcharon inmediatamente á ella, y llenaron de confusion aquella Iglesia. Agapito respondió á aquellos abades, que él mismo iba en persona á Constantinopla, donde podian esperar su llegada. San Gregorio el Magno cuenta, que este buen Papa en su jornada al Oriente curó á un hombre tullido y mudo diciendo una misa por él. San Agapito, pues, llegó á Constantinopla en el dia 2 de febrero del año de 536, y fue recibido con respeto por el Emperador. El Papa habló al Príncipe, y le instó mucho acerca del negocio que allí le habia llevado; pero Justiniano habia ya procedido muy adelante para que fuese fácil volverse atrás del proyecto contra Italia; por lo cual principió san Agapito á tratar de los asuntos religiosos. Rehusó absolutamente admitir á Antimo á su comunion, como no suscribiese públicamente al concilio Calcedonense, y que no permitiese de modo alguno su traslacion á la silla de Constantinopla. La Emperatriz interpuso todo su poder y todos sus artificios para ganar este punto: el Emperador tambien se lo suplicó con promesas, y quiso luego exigirlo con amenazas; mas el Papa se mantuvo inflexible, y al fin Antimo tuvo que volverse á Trebisonda temiendo ser compelido á recibir el concilio de Calcedonia. Sin embargo el Papa le declaró excomulgado si no se declaraba católico por medio de la suscripcion á aquel sínodo, cuya firmeza trajo sobre el santo Pontífice todo el furor del partido eutiquiano y de la Emperatriz. Su constancia no obstante inutilizó sus esfuerzos, y Mennas, sugeto tan recomendable por su sabiduría como por su piedad, fue elegido patriarca de Constantinopla, y consagrado tal por el Papa. Pusiéronse en manos de san Agapito varias solicitudes relativas á quejas y acusaciones de crímenes y herejías que se imputaban á Severo, y algunos otros obispos del partido de los Acéfalos, las que preparaba el Papa para ser examinadas en un concilio á tiempo que cayó enfermo y murió en Constantinopla en 17 de abril del año de 536. Su cuerpo fue trasladado á Roma y sepultado en la iglesia de San Pedro en el Vaticano en 20 de setiembre del mismo año, dia que la Iglesia de Occidente consagró su memoria. Los griegos hacen conmemoracion de él en el dia de su muerte. San Agapito brilló con todas las virtudes, principalmente en el amor á los pobres, pues su historia refiere que fue preciso empeñar los vasos sagrados de la iglesia de San Pedro para atender á los gastos de su viaje á Constantinopla.

La Misa es en honor de san Eustaquio, y la Oracion es la siguiente:

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Eustachii et sociorum ejus natalitia colere: da nobis in aeterna beatitudine de eorum societate gaudere: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que nos haces la gracia de que celebremos la fiesta de tus santos mártires Eustaquio y sus compañeros; concédenos que logremos la dicha de gozar con ellos la alegría y felicidad eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo v *del libro de la Sabiduría.*

Justi autem in perpetuum vivent, et apud Dominum est merces eorum, et cogitatio illorum apud Altissimum. Ideo accipient regnum decoris, et diadema speciei de manu Domini: quoniam dextera sua teget eos, et brachio sancto suo defendet illos. Accipiet armaturam zelus illius, et armabit creaturam ad ultionem inimicorum. Inducet pro thorace justitiam, et accipiet pro galea judicium certum, sumet scutum inexpugnabile aequitatem.

Los justos vivirán perpetuamente; su premio está en el Señor, y su contemplacion en el Altísimo. Por tanto, recibirán el reino de la belleza, y la diadema de la hermosura de mano del Señor; porque su diestra les cubrirá y defenderá con su santo brazo. El (Señor) tomará la armadura de su celo, armará la criatura para vengarse de los enemigos: vestirá en lugar de cota la justicia; tomará por yelmo el juicio acertado; y por escudo inexpugnable la equidad.

REFLEXIONES.

Los justos vivirán eternamente. Asombro es hasta dónde se extienden las miras de la ambicion. No hay cosa que ponga límites, ni á los deseos, ni á los orgullosos proyectos de un corazon ambicioso. Cuanto mas se eleva, mas inquieto está; siempre descontento con su empleo mientras vea otro mas elevado. El hambre de la gloria crece mas cuanto mas se sacia. Es la ambicion una enfermedad, en la cual cuanto mas se bebe mas sed se padece. ¡Qué no hace un ambicioso para inmortalizarse! No hay trabajo que no devore, no hay dificultad que se acobarde, que no intente superar para conseguir sus ideas, para llegar á sus fines. Trabajos insoportables en la guerra, artificios, lisonjas, bajezas en la corte, deudas que exceden á las rentas, gastos que hacen insolubles las deudas, á nada se perdona, en nada se repara, en nada se tropieza para adquirir nombre, para sobresalir entre los iguales, y para elevarse sobre los que están mas altos. ¿Logróse algun empleo? Inmediatamente se procura añadirle esplendor, aumentarle estimacion, y dar á la persona algun relieve con la magnificencia del tren, y con el inmenso gasto de una mesa espléndida.

¿Consiguióse alguna primera dignidad en una iglesia? Se juzgará abatir el beneficio y la dignidad si no se empeñase en gastos muy superiores á la renta. Luego se piensa en brillar en muebles, en equipaje, en todo, menos en virtudes y en buenas obras. Pero ¿quién pagará? Esto es lo que de ordinario inquieta y embaraza poco al ambicioso; todo su cuidado es encontrar con algunos hombres simples que sean el juguete de su ambicion. El gran móvil de una conducta tan poco cristiana es el amor de la gloria. Ámase la gloria, búscase la gloria; pero ¿cuándo se la buscará donde verdaderamente se halla? ¿cuándo se dejará de buscarla y de cansarse vanamente en descubrirla donde realmente no está, ni donde jamás se la encontrará? Todo aquello que desaparece cuando se acerca la muerte: todo aquello que se desvanece en el sepulcro: todo aquello que solo deja un eterno dolor y un amargo arrepentimiento, es ciertamente bien frívolo y bien vano. Corazones ambiciosos, ¿quereis inmortalizaros? Pues acabad ya de entender que solamente los justos viven eternamente. Revolved enhorabuena esos sepulcros de los grandes: si no fueron santos, solo encontraréis en ellos un puñado de polvo hediondo que causa horror. Solamente las reliquias se hacen respetables. ¿Qué gloria es la que resta á los que ocupan mucho lugar en la historia si no fueron Santos? ¿qué gloria es la de aquellos fastuosos y magníficos eclesiásticos, cuya memoria están maldiciendo los acreedores después de su muerte? ¡Buen Dios, y qué gloria seria ahora la suya si hubieran muerto pobres por haber enriquecido á muchos miserables! Seria su memoria en bendicion por los siglos de los siglos. Señor, ¿cuándo ha de llegar el caso de que una verdad que hace fuerza á todo hombre cristiano y medianamente racional, haga impresion en un corazon y en un ánimo cristiano?

El Evangelio es del capítulo VI *de san Lucas.*

In illo tempore: Descendens Jesus de monte, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judaea, et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis, qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languoribus suis. Et qui vexabantur à spiritibus immundis, curabantur. Et omnis turba quaerebat eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes. Et ipse elevatis oculis in discipulos suos, dice-

En aquel tiempo: Bajando Jesús del monte, se detuvo en el valle, y con él la comitiva de sus discípulos; y una copiosa multitud de pueblo de toda Judea, de Jerusalen, y del país marítimo de Tiro y de Sidon, que habian venido á oirle, y á ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados por los espíritus inmundos, eran curados. Y toda la multitud queria tocarle; porque salia de él una virtud, y curaba á todos. Y él levantando los ojos hácia

bat: Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei. Beati qui nunc esuritis, quia saturabimini. Beati qui nunc fletis, quia ridebitis. Beati eritis cum vos oderint homines, et cum separaverint vos, et exprobraverint, et ejecerint nomen vestrum tanquam malum propter Filium hominis. Gaudete in illa die, et exultate: ecce enim merces vestra multa est in coelo.

sus discípulos, decia: Bienaventurados, ó pobres, porque es vuestro el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora teneis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que llorais ahora, porque reiréis. Seréis bienaventurados cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren, y os injuriaren, y despreciaren vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Gozaos en aquel dia y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.

MEDITACION.

Qué opuestas son las máximas de Cristo á las máximas del mundo.

Punto primero.—Considera que no hay cosa mas opuesta, no la hay mas contraria que las máximas de Cristo y las máximas del mundo. Es necedad, es locura pretender acordarlas.

El mundo coloca toda la felicidad en la alegría y en la abundancia. Esta es la idea que se forma de un hombre feliz. Cristo juzga todo lo contrario: segun su doctrina se debe preferir la pobreza á la abundancia mas deliciosa. Es aquella un título que nos da derecho al reino de los cielos, y la hartura de los bienaventurados en la gloria es fruto de la necesidad que padecieron en la tierra. La única causa que parece señala Jesucristo de aquel torrente de gozo en que están inundados los escogidos, son las lágrimas que derramaron en esta vida. *Bienaventurados los que ahora llorais, porque en algun tiempo os reiréis.* ¿Acomódase el mundo con esta máxima? y porque el mundo no se acomode con ella, ¿dejará por eso de ser máxima de Jesucristo?

El espíritu del mundo quiere que sea especie de mérito y de honor el ser bien admitido en todas las compañías. A este fin es el vestirse, el componerse, el afectar modales airosos, gratos, risueños, agradables, haciéndose todo á todos; ¡y qué dolor, buen Dios, para una persona cuando conoce que no es del gusto de los mundanos!

Todo esto lo reprueba Jesucristo: *Seréis bienaventurados*, nos dice, *cuando por mi amor os aborrecieren los hombres.* El mundo os enseña que para ser dichosos en él, es menester agradarle; y os digo, que no seréis dichosos en el mundo sino cuando por amor de mí le desagradáreis á él; antes bien no es posible agradarle á él sin desagra-

darme á mí: ahora escoged entre estos dos partidos. ¡Ah, buen Dios, y qué pocos hay que siquiera deliberen! Cási siempre se lleva el mundo la preferencia. Y si no, pregunto: ¿da mucho cuidado á los mundanos el no agradar mas que á Dios?

¡Oh mi dulce Jesús, y qué copioso manantial de dolor y de indignacion contra mí mismo me ofrecen estas reflexiones! ¡Cómo he podido yo componer seguir al mundo, y hacer profesion de creeros! Suplícoos, Señor, que presteis alguna atencion á mi dolor y á mi arrepentimiento, efecto de vuestra gracia y de vuestra misericordia.

Punto segundo.—Considera que no hay oposicion mas viva ni mas patente que la que se encuentra entre el espíritu del mundo y el espíritu de Cristo.

En el mundo se reputa por un estado muy digno de compasion el ser pobre, por infamia el ser maltratado, y por deshonor el ser la fábula de los mundanos y el objeto de sus burlas. ¡Qué mortificacion el ser excluido de sus diversiones, ó separado de sus festivas concurrencias! Esto es lo que se llama en el mundo adversidad, poca fortuna, desgracia. Pues oigamos ahora cómo se explica Jesucristo en este punto.

Vosotros, hijos mios, seréis bienaventurados y dichosos cuando no fuéreis del gusto de los hombres del mundo: dichosos, cuando vuestra modestia, vuestro recogimiento y vuestro porte regular sea el asunto de sus burlas: dichosos, cuando los que viven segun el espíritu del mundo tengan lástima de vosotros: cuando oigan vuestro nombre con horror, cuando os excluyan de sus funciones y de sus concurrencias, cuando os cargaren de oprobios, entonces regocijaos mucho, dad grandes muestras de alegría, y teneos por los mas felices y los mas bien librados del mundo. Vamos claros: ¿dirige Jesucristo estos oráculos á todos los Cristianos? ¿hemos creido hasta aquí, ó creemos ahora que hablan con todos estos oráculos de Jesucristo?

Noble y muy noble era san Eustaquio: hízole el emperador general de sus ejércitos: llegó á ser su favorecido; pero era cristiano, y como tal nunca se tuvo por mas dichoso que cuando se vió despojado de todos sus bienes, privado de sus empleos, desgraciado y expuesto en fin al martirio por amor de Jesucristo. Estas fueron las máximas de los Santos; nunca tuvieron otras: ¿corresponde nuestra conducta á estas máximas? Al considerar la de los Santos y la nuestra, ¿se dirá que profesamos una misma religion? pero ¿podrémos acaso esperar la misma recompensa?

No permitais, Señor, que algun dia me condenen estas mismas reflexiones que Vos me inspirais para convertirme. Vuestras máximas son santas y verdaderas: yo os prometo no seguir jamás otras: ellas serán de aquí adelante la regla de mi conducta, como son el objeto de mi fe.

JACULATORIAS.—Si padeciéreis algo por la justicia, seréis bienaventurados. (*I Petr.* III).

¿Cómo se puede componer Jesucristo con Belial, ni la luz con las tinieblas? (*II Cor.* VI).

PROPÓSITOS.

1 No te contentes con detestar las máximas del mundo: siempre se convierte el entendimiento primero que el corazon. Imponte una como ley, no solo de no defenderlas nunca en las conversaciones familiares, sino de renunciar efectivamente su práctica y su ejercicio. Para eso has de hacer una firme resolucion de no concurrir jamás á aquellas diversiones profanas, de las cuales está siempre desterrado el espíritu del cristianismo: de no parecer jamás en espectáculos ni en bailes; y cuando la urbanidad ó la obligacion te precisen á dejarte ver en las funciones y concursos del mundo, estar y portarte en ellos como verdadero cristiano.

2 Todas las adversidades de la vida, y todos los contratiempos que suceden en el comercio del mundo, los has de mirar á la misma luz á que Jesucristo quiere que se miren, y no á otros visos, ni con diferentes colores. Si te contradicen, si te sientes ofendido ó maltratado, acude luego con la boca y con el corazon á este oráculo: *Non sunt condignae passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis.* (*Rom.* VIII). Ninguna proporcion tienen con la gloria que nos espera en la otra vida las aflicciones que padecemos en esta. Ó aquellas otras admirables palabras del apóstol san Pedro: *Si quid patimini propter justitiam, beati.* Son bienaventurados todos los que padecen algo por amor de Dios.

3 Tambien es un ejercicio muy agradable al Señor decir alguna breve oracion, aunque no sea mas que un *Gloria Patri,* siempre que nos sucede algun trabajo ó alguna humillacion. En esos reveses de fortuna, en esos sucesos desgraciados, en esa degradacion ó despojo de tu empleo, en esa humillacion que te cogió tan de repente, dí con el Profeta: *Bonum mihi quia humiliasti me.* ¡Oh Señor, y qué dichoso soy en que me hayais mortificado, afligido y humillado! Este es el

espíritu del cristianismo, este es el lenguaje que debe tener todo verdadero cristiano: nunca ha de gastar otro en las humillaciones y en los abatimientos. Pocos conocen lo mucho que estos valen. No hay atajo mas seguro ni mas breve; ninguno mas eficaz para ser Santo.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

El martirio de san Mateo, apóstol y evangelista; el cual habiendo predicado el Evangelio en Etiopia, murió mártir. Su Evangelio, escrito en hebreo por revelacion suya fue hallado juntamente con el cuerpo de san Bernabé, apóstol, imperando Zenon. *(Véase su vida en las de hoy).*

El santo profeta Jonás, en tierra de Saar, que fue sepultado en Geth. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Panfilo, mártir, en Roma.

El martirio de san Alejandro, obispo, en la via Claudia á veinte millas de Roma; el cual imperando Antonino, sufrió constantemente por la fe de Jesucristo cárceles, palos, tormento del caballete, antorchas ardiendo, el ser despedazado con garfios de hierro, el ser echado á las fieras y en un horno encendido, hasta que por último, siendo degollado, alcanzó la vida eterna. Su cuerpo lo trasladó después á Roma san Dámaso, papa, el dia 26 de noviembre, en el cual dispuso que se celebrase su fiesta.

San Eusebio, mártir, en Fenicia, quien presentándose voluntariamente al prefecto, y confesando que era cristiano, por órden de este ministro, después de padecer muchos tormentos, fue degollado.

San Isacio, obispo y mártir, en Chipre.

San Melecio, obispo y confesor, en la misma isla.

Santa Efigenia (ó Ifigenia), vírgen, en Etiopia; la cual, bautizada por el apóstol san Mateo, se consagró á Dios, y murió santamente. *(Véase la vida del apóstol san Mateo).*

SAN MATEO, APÓSTOL Y EVANGELISTA.

Queríanos persuadir el Salvador del mundo, que habia venido á él singularmente para salvar á los pecadores, y que no habia en el mundo estado ó condicion alguna tan distante del camino de la salvacion en que no se pudiese esperar tener parte en sus misericordias. Por eso se dignó escoger por uno de sus Apóstoles á un hombre que parecia el mas indigno de tan gran favor.

Este fue san Mateo, galileo de nacion, judío de religion; pero de una profesion odiosa á toda la nacion hebrea, porque era publicano; esto es, recaudador ó administrador de los pechos y tributos que los romanos imponian á todas las provincias sujetas á su dominacion. Nacia este odio ó esta particular aversion de los judíos á los publicanos

ó administradores de estar persuadidos á que como israelitas y pueblo escogido de Dios estaban exentos de pagar tributo ni contribucion á las naciones extranjeras. Tenia Mateo otro nombre, por el cual era menos conocido: llamábase Leví, hijo de Alfeo, y con este nombre le apellidan comunmente los otros Evangelistas, por tener menos conexion con su odioso empleo de publicano ó de recaudador; pero él en su Evangelio no se anda con estos reparos, ni disimula su nombre ordinario y el de su ministerio, llamándose siempre Mateo, por el cual era únicamente conocido en toda la Judea como publicano. Los judíos tenian á los de este oficio por pecadores públicos y de profesion; por hombres sin religion y sin conciencia; que tiranizaban á todo el género humano. Este era el empleo de nuestro Santo antes que el Hijo de Dios le llamase, mandándole que le siguiese. Era Cafarnaum la ciudad de mayor comercio que habia en el país sobre la costa del mar de Tiberíades, y por eso la escogió nuestro publicano para residir en ella. Tenia su oficina fuera de la ciudad en un paraje inmediato al mar de Galilea; y como Jesucristo estuviese predicando en aquella provincia habia mas de un año, pasando en cierta ocasion muy cerca de la oficina de Mateo, se paró, miróle fijamente á la cara, y le dijo que lo dejase todo y le siguiese. En ninguna ocasion se mostró mas poderosa la gracia del Salvador. Cualquiera otro que no fuese el Hijo de Dios tendria necesidad de muchas y muy fuertes razones para persuadir á un hombre codicioso de los bienes de la tierra, y de tan poca religion, á que abandonase un empleo tan conforme á su amor propio, y que tanto acomodaba á su interesada inclinacion. Sin embargo, luego que Jesucristo le miró, y luego que le dijo *sígueme*, le movió tan poderosamente el corazon, que ni un solo momento deliberó, ni en dejarlo todo, ni en seguirle. En el mismo punto se levantó Mateo de su mesa, y se declaró abiertamente por discípulo de Cristo. Para hacer mas pública su resolucion, y para que ninguno dudase del amor que le profesaba, le convidó á un gran banquete, en que no perdonó á medio alguno para manifestarle su perfecta adhesion y su profundo reconocimiento.

Era grande el número de los convidados, compuesto por la mayor parte de publicanos, y de otra gente libre y desacreditada, que el Salvador gustaba de admitir junto á sí para tener ocasion de corregirlos y moverlos al dolor y á la penitencia. Esta benignidad del Señor, y sobre todo, la benevolencia particular con que trataba á Mateo, desagradó mucho á los Escribas y Fariseos, que no haciendo diferencia entre el pecado y el pecador, aborrecian tanto al uno como

al otro. Comenzaron á murmurar descubiertamente del Salvador porque comia con los pecadores; pero la respuesta que dió á estas inconsideradas quejas debiera cerrarles la boca para siempre. Dijoles que no tenian razon para censurarle porque favorecia á los pecadores; pues su proceder en este particular se conformaba con el verdadero sentido de lo que Dios tenia dicho por el profeta Oseas, de que le agradaba mas la caridad compasiva de las miserias del prójimo, y el caritativo cuidado de librarle de ellas, que todos los sacrificios del mundo: que si la asistencia del médico no era necesaria á los sanos, sino á los enfermos, no debia parecer extraño que él socorriese particularmente á aquellos, cuyas almas estaban en mayor peligro de perecer: y en fin, que aunque habia venido al mundo para salvar generalmente á todos los hombres, tanto pecadores como justos; pero que su principal intencion era trabajar en la conversion de los pecadores para reducirlos suavemente al cumplimiento de su obligacion, inspirándoles el horror al vicio y el amor á la virtud. Cautivó á Mateo este discurso, y la particular conversacion que con él tuvo el Salvador le ganó tan del todo el corazon, que se declaró por discípulo de Jesucristo, y sin querer siquiera volver á su telonio ú oficina, fue desde entonces compañero inseparable de un maestro tan bueno y tan compasivo en todas sus sagradas excursiones.

Hizo grande ruido una conversion tan milagrosa como no esperada. Conocieron todos que la palabra de Dios tenia una divina virtud, capaz por sí sola de mudar prontamente los corazones; y la misma perseverancia de Mateo se tuvo por uno de los mayores milagros de esta divina palabra. No se volvió á apartar del lado del Salvador este querido discípulo: acompañóle á todas las ciudades, pueblos y lugares donde fué á anunciar el reino de los cielos, tan léjos de avergonzarse por haberlo abandonado todo, haciéndose pobre por su amor, que su mayor gusto era dejarse ver en aquel estado humilde, mortificado y abatido en la misma ciudad de Cafarnaum, donde pocos dias antes habia hecho tan diferente y tan brillante figura. Como el ardiente amor, y la apasionada adhesion que profesaba á su divino Maestro no le permitian separarse un instante de su lado, ninguno de los discípulos del Hijo de Dios fue ni oyente mas continuo de todos sus sermones, ni testigo mas ocular de todas sus maravillas.

Poco después que san Mateo se agregó al número de los discípulos que seguian á Jesucristo, se hizo la eleccion de los Apóstoles, á cuya honra y dignidad le elevó la bondad del Salvador. San Marcos y san Lucas le nombran el séptimo entre ellos; pero san Mateo se cuenta

á sí mismo el octavo después de santo Tomé, y siempre por humildad y por agradecimiento se nombra Mateo el Publicano. Desde este tiempo hasta después de la resurreccion del Señor no hallamos en el Evangelio particularidad alguna que toque á la persona de este fiel Apóstol.

Acabada la grande obra de nuestra redencion, el Salvador del mundo quiso quedarse en él otros cuarenta dias en compañía de los Apóstoles para instruirlos en todos los misterios de nuestra Religion. Después de su gloriosa ascension á los cielos y la venida del Espíritu Santo, san Mateo predicó la fe con los demás Apóstoles en Judea, donde se detuvo aun cerca de tres años; y antes de salir á predicarla á otras naciones, le inspiró Dios y le rogaron los judíos convertidos que les dejase una historia, ó como compendio de todo lo que habia visto y oido en las conversaciones, conferencias y viajes en compañía del Salvador. Acaso tambien los mismos Apóstoles se lo pedirian, juntando sus ruegos á las instancias de los otros fieles por considerarle el sugeto mas hábil para este desempeño. Antes, pues, que los Apóstoles saliesen de Jerusalen, y se separasen para predicar en otras provincias, escribió san Mateo aquel libro divino, á quien puso por título *Evangelio*, que quiere decir *buena y alegre nueva*. Con efecto, no es mas que una explicacion de la grande y dichosa nueva que los Ángeles anunciaron á los pastores en el nacimiento del Salvador; ni contiene otra cosa que lo que el mismo Jesucristo llamó *Evangelio*, esto es, su doctrina pura, y su predicacion acompañada de sus milagros, de los que san Mateo habia sido fiel testigo. Y para completar una historia regular de su vida, el Evangelista añadió lo que habia oido á la santísima Vírgen tocante á su nacimiento, con todo lo que después sucedió hasta su bautismo. Inspirado san Mateo del Espíritu Santo (dice san Agustin) fue su principal intento en este Evangelio referirnos la vida humana que Jesucristo hizo entre los hombres; así como san Juan parece que solo tiró á manifestarnos la divinidad del Hijo de Dios. Por eso el Evangelio de san Mateo parece el mas propio para el comun de los fieles, porque se condujo á historiar aquellas acciones y aquellas instrucciones en que Jesucristo, por decirlo así, templó su infinita sabiduría y su divina majestad para hacernos mas imitable y mas proporcionado á nuestra flaqueza el ejemplo de su vida, aplicándose singularmente á lo que toca á las costumbres. El primero que escribió el Evangelio fue san Mateo; y como le compuso particularmente para los judíos convertidos, á cuya instancia le habia trabajado, lo hizo en su lengua hebrea; esto es, en

una lengua mezclada de la siríaca y caldea, que era entonces la vulgar de los judíos que vivian en la Palestina.

Luego que este Evangelio llegó á manos de los judíos se sacaron muchas copias; y algunos Apóstoles quisieron llevar consigo un ejemplar al separarse para partir cada uno á su mision. Desde entonces mismo fue tambien traducido en griego para el uso de los fieles que estaban en las provincias, y no sabian otra lengua, siendo tan autorizada esta version como el mismo original.

Cuando se descubrió el cuerpo de san Bernabé en la isla de Chipre por los años de 488, se halló sobre su pecho el Evangelio de san Mateo que el mismo san Bernabé habia copiado de su propia mano. Estaba escrito en madera de ciprés, que entonces era muy rara; y el emperador Zenon, que reinaba en aquel tiempo, quiso tenerle: besóle con respeto, enriquecióle, y guarnecióle de oro, mandándole guardar en sus archivos. Refiere Eusebio que cuando san Panteno fué á predicar á la India, encontró en ella el Evangelio de san Mateo escrito en caractéres hebreos, que san Bartolomé habia dejado á los indios; y añade san Gerónimo que san Panteno trajo este ejemplar á la ciudad de Alejandría. Créese que el original del Evangelio de san Mateo, escrito en hebreo, fue conservado por los cristianos de la nacion judía, que estaban en Jerusalen, y que le llevaron consigo á Pella, á donde se retiraron antes que se pusiese el sitio á aquella ciudad. La mayor parte de los judíos convertidos retuvieron muchas cosas del judaismo, y formaron la secta llamada de los Nazareos, que con el tiempo degeneró en la de los Ebionitas. Guardaron los Nazareos el original del Evangelio de san Mateo; pero añadieron muchas historias apócrifas, por lo que se desestimó aquel texto original, y solo se conservó la version griega, que nunca sufrió alteracion.

No se sabe con certeza á qué país fué san Mateo á predicar la fe de Jesucristo después que salió de la Judea. Algunos son de opinion que fué á la Persia, y que predicó especialmente á los partos, á los medos, y á los de Carnania; pero la opinion mas comun es que evangelizó en la Etiopia. Lo que no admite duda, segun san Clemente Alejandrino, que floreció no muy distante de los tiempos apostólicos, es, que hacia una vida muy penitente. Manteníase de raíces, lechugas y legumbres, negándose para siempre al uso de toda carne y de todo pescado. Dícese que habiendo llegado nuestro Santo á la ciudad de Nadabar, en Etiopia, fue recibido en ella con mucho gozo por aquel eunuco de la reina Candace, que san Felipe habia bautizado, y que encontrando en la misma ciudad dos famosos magos, llamados

Zaroes y Arfaxat, los cuales tenian engañados con sus prestigios á aquellos pobres idólatras, causándolos enfermedades aparentes, que curaban después con sus encantamientos, adquiriendo mucha reputacion con estos milagros postizos; san Mateo descubrió al pueblo los sortilegios de aquellos embusteros; y que estos, para vengarse del Santo, con su arte mágica hicieron venir dos espantosos dragones que llenaron de terror á toda la ciudad; mas san Mateo haciendo sobre ellos la señal de la cruz, los amansó como si fueran dos corderos, y los envió después á sus cavernas; con cuyo milagro se tranquilizaron los habitadores, y formaron un alto concepto de la religion cristiana.

Pero se acabaron de convertir con otro milagro mas considerable. Habiendo muerto una de las hijas del Rey, llamada Egipa, llamó luego el Príncipe á los dos magos para que la resucitasen. Valiéronse de todos los secretos de su arte; pero muy inútilmente: los demonios, á quienes invocaban sin cesar, no tenian poder para restituirla á la vida. Fue llamado san Mateo, y luego que invocó el nombre de Jesucristo comenzó á moverse el cadáver, y la Infanta se puso en pié viva y sana. A vista de tan estupendo prodigio se convirtió el Rey con toda su familia real; y á esta conversion se siguió la de toda la corte y la de cási todo el pueblo. Lo que mas consoló al santo Apóstol fue la resolucion de la princesa Ifigenia, hija primogénita del Rey, que consagró á Dios su virginidad de resultas de un sermon que oyó á san Mateo sobre la excelencia de las vírgenes. Imitaron el ejemplo de la Princesa otras muchas doncellas; y muy en breve se vió una comunidad de esposas de Jesucristo en el corazon de una ciudad que habia sido hasta entonces el centro de la idolatría. Pero esta maravilla costó la vida á nuestro Santo. Muerto el Rey, se apoderó del reino su hermano Hirtaco, quien para asegurar la corona creyó era preciso casarse con su sobrina Ifigenia, legítima heredera de ella. Era la Princesa una de las mas hermosas damas de su tiempo, y como habia hecho voto de no admitir jamás otro esposo que á Jesucristo, oyó con horror la proposicion de su tio. Irritóse mas la pasion del usurpador con la resistencia de Ifigenia; y pareciéndole que ninguno podia mas con la Princesa que el santo Apóstol, le mandó llamar, y quiso que en su misma presencia persuadiese á la Princesa á que consintiese en aquel matrimonio; pero el santo Apóstol la confirmó en su primer propósito. Irritado Hirtaco se retiró á su cuarto, mandando que al punto quitasen la vida á nuestro Santo. Los soldados á quienes dió la órden le encontraron en el altar acabando de

celebrar el divino sacrificio, y en el mismo altar fue consagrada á su Dios aquella preciosa víctima, coronando á golpes de hacha su glorioso martirio. San Hipólito llama á san Mateo hostia y víctima de la virginidad, y protector de las vírgenes. Habia veinte y tres años que san Mateo predicaba la fe de Jesucristo en Etiopia, donde habia convertido un prodigioso número de idólatras, y fundado muchas iglesias.

En las Constituciones que se atribuyen á san Clemente se lee que san Mateo fue el que introdujo entre los fieles el uso del agua bendita; pero es probable que lo mismo hicieron los demás Apóstoles en los países donde predicaron. El cuerpo del santo Apóstol se conservó largo tiempo en la ciudad de Nadabar, donde padeció martirio, hasta el año de 1080 que fue trasladado á Salerno en el reino de Nápoles, de donde su santa cabeza fue llevada á Francia, y se conserva con grande veneracion en la catedral de Beauvais. Tambien se adoran algunas reliquias suyas en la de Chartres.

SAN JONÁS, PROFETA.

Jonás, cuyo nombre se interpreta *paloma*, nació en Geth, pueblo de Ophet, de la tribu de Zabulon. Su padre se llamó Amathi. San Epifanio dice que fue el niño á quien el profeta Elías resucitó, hijo de la viuda Sareptana huéspeda suya. Esta opinion tiene sus dificultades, y por esto hay quien dice que hubo dos Jonás como hubo dos Micheas. Como quiera que sea, Jonás era tenido entre los hebreos por profeta y predicador. Jonás predicó muchos años la penitencia á los israelitas; mas fueron inútiles sus patéticas exhortaciones, hasta que, enojado Dios, le mandó ir á predicarla á Nínive, ciudad pagana y capital del grande imperio de los asirios, para anunciarla que Dios iba á destruirla. Considerando Jonás lo peligroso de su mision, en lugar de obedecer el mandato de Dios se embarcó en Joppe para huir á Tharsis en Cilicia, país muy lejano de aquel á donde el cielo le enviaba. De improviso levantóse una tempestad horrible, y ya estaba la nave á punto de naufragar, cuando los marineros sospechando que padecian aquel daño por ir entre ellos alguno que merecia grave castigo, echaron suertes, y la suerte cayó en Jonás, quien declaró entonces que verdaderamente por culpa suya se habia movido aquella tempestad, y que el único medio de aplacarla era arrojarle á él á las olas embravecidas. Siguióse su consejo, y al instante depuso el mar sus iras. Dios hizo aparecer en aquel instante una enorme ballena ó monstruo marino, que recibió al Profeta en su boca y

aposentó en su buche por tres dias y tres noches, al cabo de los cuales le mandó Dios al pez que lo vomitase vivo en una playa, como lo hizo. Segunda vez recibió Jonás órden del Señor para ir á predicar á Nínive: obedeció el Profeta, diciendo: «Dentro de cuarenta «dias será Nínive destruida;» y á su voz se convirtió aquel pueblo idólatra y disoluto, dando públicas pruebas de dolor y arrepentimiento desde el Rey hasta el último vasallo; por lo cual usó el Altísimo de su antigua misericordia con aquella ciudad convertida de pecadora en penitente. Lo cual visto de Jonás, y que Nínive no se hundia, afligióse, temiendo pasar por falso profeta, y rogó á Dios que le llevase, porque no queria vivir afrentado. Salió de la ciudad y fuese á establecer algo apartado de ella, esperando todavía el suceso de aquel negocio. Edificó una choza, y el Señor, para hacerle ver la injusticia de su queja, hizo crecer en una sola noche un vegetal que la Escritura llama hiedra, y que, segun la opinion de algunos intérpretes, es la *palma Christi*, la cual hacia buena sombra á Jonás; y al dia siguiente un gusano picó la raíz de aquella planta, que se secó, y Jonás quedó como antes expuesto á los ardores del sol. En el exceso de su amargura se quejó el Profeta al Señor porque le quitaba aquel consuelo, y díjole entonces el Señor: «Tú te dueles por la hiedra, «en que no trabajaste ni la hiciste crecer, la que en una noche na«cio, y en una noche pereció: y ¿yo no perdonaré á Nínive, ciudad «grande, en la que hay mas de ciento y veinte mil hombres, que no «disciernen lo que hay entre su derecha y su izquierda, y muchas «bestias?»

Jonás volvió á tierra de Israel, y siendo de edad avanzada murió en Saar, tal dia como hoy, segun el Martirologio romano, por los años de 761 antes de la venida de Jesucristo.

Vivió Jonás cuando Jeroboam II reinaba en Israel, y Ozías ó Azarías en Judá, y es el quinto de los doce Profetas menores.

Su libro contiene cuatro capítulos, y tanto los judíos como los Cristianos siempre lo han venerado como canónico. En Tobías parece que se hace alusion á él en el *capítulo* XIV, 6; aunque puede aludir tambien á Nahum. En la simple y desnuda narracion que hace de todos sus sucesos se oculta la sublime inteligencia de la muerte y resurreccion del Salvador, como el mismo Salvador lo demuestra. (*Matth.* XII, 40). Á primera vista mas parece una historia que profecía; pero los Profetas no solamente vaticinaban con las palabras sino tambien con los hechos.

Nicolao de Lira advierte que, aunque por la predicacion de Jonás

se convirtieron los ninivitas y Dios los perdonó, tornaron después á los mismos pecados que antes, por lo cual Dios los destruyó, y su ciudad fue asolada.

Jonás es entre los Profetas el único enviado á los gentiles. Los incrédulos suelen ridiculizar el prodigio de haber estado el Profeta tres dias en el vientre de una ballena, ó de un monstruo marino: ya los gentiles hacian otro tanto; pero al Dios que crió el cielo y la tierra le fue muy fácil lo que á los incrédulos les parece tan difícil.

En tiempo de san Gerónimo veíase el sepulcro de Jonás en la Palestina. La Iglesia católica usa de su profecía en las lecciones de los Maitines del sábado en la Dominica cuarta de noviembre, y en la Misa de la vigilia de la Pascua.

La Misa es en honra del apóstol y evangelista san Mateo, y la Oracion la que sigue:

Beati apostoli et evangelistae Matthaei, Domine, precibus adjuvemur: ut quod possibilitas nostra non obtinet, ejus nobis intercessione donetur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Asistidnos, Señor, por los merecimientos de vuestro apóstol y evangelista san Mateo, para alcanzar por su intercesion las gracias que por nosotros no podemos conseguir. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 1 *de Ezequiel.*

Similitudo vultus quatuor animalium: facies hominis, et facies leonis à dextris ipsorum quatuor. Facies autem bovis, à sinistris ipsorum quatuor, et facies aquilae desuper ipsorum quatuor. Facies eorum, et pennae eorum extentae desuper: duae pennae singulorum jungebantur, et duae tegebant corpora eorum: et unumquodque eorum coram facie sua ambulabat: ubi erat impetus spiritus, illuc gradiebantur, nec revertebantur cum ambularent. Et similitudo animalium, aspectus eorum quasi carbonum ignis ardentium, et quasi aspectus lampadarum. Haec erat visio discurrens in medio animalium, splendor ignis, et de igne fulgur egrediens. Et animalia ibant et revertebantur in similitudinem fulguris coruscantis.

La figura del semblante de los cuatro animales: tenian cara de hombre, y cara de leon tenian todos cuatro por su parte derecha: y cara de buey tenian todos cuatro por la parte izquierda sobre los mismos cuatro semblantes de águila. Sus caras y sus alas se extendian hácia arriba: dos alas de cada uno de ellos se juntaban, y dos cubrian sus cuerpos. Y cada uno de ellos se movia segun la direccion de su semblante: á donde les llevaba el ímpetu del espíritu, allí iban, y cuando andaban no se volvian atrás. Y la figura de los animales se presentaba á la vista como carbones ardientes de fuego, y como lámparas encendidas. Veíase discurrir por entre medias de los animales un resplandor de fuego, y salir de este rayos. Y los animales iban y venian á manera de rayos resplandecientes.

REFLEXIONES.

Iban á donde los llevaba el ímpetu del espíritu, y no volvian atrás cuando caminaban. El que pone mano al arado, y mira atrás (dice el Salvador) *no es á propósito para el reino de los cielos.* El mismo pararse en el camino de la virtud es volver atrás; y el que retrocede está mas atrasado que cuando comenzó á caminar. Es como un cuerpo macizo y pesado, que á fuerza de brazos con mucha fatiga y sudor le suben á algun lugar eminente; pero rompiéndose las cuerdas y las maromas, ó soltándose la polea, su misma gravedad le precipita con mayor violencia. Al principio no baja con grande ímpetu, y son tardos los primeros movimientos; pero luego que estos se multiplican es verdaderamente espantosa la velocidad; nada le detiene, deja muy atrás el término de donde partió, ni se para hasta llegar al precipicio. Esta es una verdadera, pero terrible imágen de los que, comenzando á caminar bien, se cansan, se detienen en el camino de la virtud. No es larga la detencion porque vuelven atrás impetuosamente. Siempre es mas peligrosa la recaida que la enfermedad. Hasta llegar al precipicio no sabe parar el ímpetu del desórden. Son pocos los que aciertan á ser verdaderamente devotos la segunda vez. En cansándose de vivir siempre al lado del mejor padre de todos; en amando la propia libertad, luego se deja el país, y nunca se desvia poco el que se descamina con toda deliberacion. Cuando el corazon está desordenado, cansa y fastidia la vida arreglada: ciegan las pasiones al paso que la luz de la gracia se va debilitando, y presto se cansa de servir el que no gusta de su amo. Luego que se comienza á volver atrás, se enfada uno de sí mismo, y aun hace cuanto puede para olvidarse de lo que fue. De aquí nacen aquellas pueriles ligerezas aun en personas de madura edad: aquel retoño de las pasiones que se sienten haber domado y contenido largo tiempo: aquellas lastimosas zumbas de la virtud y de la Religion, que irritan aun á los mas disolutos, causando compasion á los que tienen una leve tintura de religion y de mediano juicio. En materia de costumbres toda recaida lleva consigo cierto carácter de infamia. Rara vez sucede que el que es impío dos veces no lo sea siempre.

El Evangelio es del capítulo IX *de san Mateo.*

In illo tempore: Vidit Jesus hominem sedentem in telonio, Matthaeum nomine. Et ait illi: Sequere me. Et surgens, secutus est eum. Et factum

En aquel tiempo: Vió Jesús á un hombre que estaba sentado al banco, por nombre Mateo. Y le dijo: Sígueme. Y levantándose, le siguió. Y

est discumbente eo in domo, ecce multi publicani, et peccatores venientes, discumbebant cum Jesu et discipulis. Et videntes pharisaei, dicebant discipulis ejus: Quare cum publicanis, et peccatoribus manducat Magister vester? At Jesus audiens, ait: Non est opus valentibus medicus, sed male habentibus. Euntes autem discite quid est: misericordiam volo, et non sacrificium. Non enim veni vocare justos, sed peccatores.

sucedió que estando sentado á la mesa en casa, hé aquí, que habiendo venido muchos publicanos y pecadores, se pusieron á la mesa con Jesús y con sus discípulos. Y viéndolo los fariseos, decian á sus discípulos: ¿Por qué vuestro Maestro come con los publicanos y con los pecadores? Pero Jesús oyéndolo, dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Pero id y aprended lo que es: yo quiero mas la misericordia que el sacrificio; porque yo no vine á llamar á los justos, sino á los pecadores.

MEDITACION.

De la fidelidad á la gracia de la vocacion.

Punto primero. — Considera lo poco que se conoce cuánto vale la gracia de la vocacion cuando hay tantos hombres que son infieles á esta preciosa gracia. Sin embargo, de aquí depende en cierta manera toda la economía de nuestra salvacion. Todos los estados, todas las condiciones son muy á propósito para conseguirla: á ninguno llama Dios para condicion ó para estado particular que no le proporcione los auxilios y medios necesarios en aquel estado para llegar al término de su eterna felicidad. Habiendo distribuido Dios todos los estados y condiciones del mundo desde la eternidad, destinó á cada uno de los mortales para que ocupase en ellos su lugar. Nada sucede en el mundo por casualidad: todo se dispone en él segun el órden de su infinita sabiduría y de su divina Providencia. Es, pues, la gracia de la vocacion aquel destino ó aquella eleccion que hace Dios de cada uno de nosotros para cada estado, y aquella serie de gracias y de auxilios que nos prepara en él. Con este mismo fin nos distribuye los talentos proporcionados siempre para conseguirle. Conoce muy bien nuestro fondo, nuestro temperamento, nuestro natural, nuestras pasiones, y los peligros del estado á que nos destina. Es evidente que un hombre que vive en el mundo necesita de otros auxilios naturales y sobrenaturales que el que vive en una religion; y aun en estas, segun su variedad, son necesarios tambien diversos auxilios, gracias y talentos. Por la misma razon las distintas condiciones que hay dentro del mismo mundo piden distintos medios y auxilios. Todo lo tiene arreglado la divina Providencia. Pues ¡cuánto importará conservar

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

esta gracia de la vocacion! Y ¡con qué fidelidad se debe corresponder á esta gracia! Si se llega á faltar á ella; si se abraza un estado á que no nos llama Dios; si se padece la desgracia de vivir con disgusto en este estado; si se cae en la tentacion de abandonarle, ¡qué cadena de desdichas no acompaña al desconcierto de este órden, que tenia como enlazado la divina Providencia!

Punto segundo.—Considera las funestas consecuencias de este desconcierto. Habiendo nacido con el natural, con los talentos, con las inclinaciones proporcionadas al estado á que Dios te tenia destinado, ¿lograrás la misma facilidad, los mismos medios en esa otra condicion á que no te llamaba la divina Providencia? ¿Qué derecho tendrás para esperar de la bondad del Señor esas gracias en un estado que escogiste por tu propia eleccion? Un miembro dislocado no es maravilla que cause vivos dolores no estando en su lugar. La obra que no está en el sitio que la corresponde, precisamente ha de parecer inútil. Ninguna cosa solicita con mayor empeño el tentador que alucinar en la eleccion de estado, sabiendo muy bien que es cási segura la reprobacion cuando se desacierta en la vocacion. En todo hay malos pasos, en todo lazos, en todo escollos, y en todo precipicios. ¿Quién caminará con seguridad faltándole la luz y los auxilios que Dios no está obligado á concederle? No te hubieran faltado estos si estuvieras en aquel estado á que te destinaba el mismo Dios; pero voluntariamente quisiste irte á un país extranjero, pues no hay que extrañar que te suceda lo que al hijo pródigo. No obstante, este tuvo la fortuna de volverse á la casa de su padre. Mas ¿hay muchos que vuelvan á entrar en el estado que una vez cobardemente abandonaron? Y ¿hay muchos que permaneciendo en el descaminado que escogieron, resistan á las terribles tentaciones que son tan frecuentes en él? Si el clima, el aire y el país en que naciste es contrario á tu salud, ¿lo pasarás bien en él? ¿Gozarás en él de una salud muy robusta? Aquellas personas que sin legítima vocacion se empeñan en algun estado; aquellas que abandonan el estado á que Dios las habia llamado; las que, por decirlo así, se salen de sus aires naturales, ¿qué esperanza pueden tener de lograr dichoso fin? No hay razon sólida que pueda disculpar delante de Dios esta especie de apostasía espiritual. Ni la falta de salud, ni la de devocion, ni la de ingenio, ni la de talentos, todas son razones frívolas. Pues qué, ¿se abraza el estado religioso para lucir en él, para granjearse estimacion, y para ocupar los primeros puestos? Una salud débil y que-

brantada amenaza ruina; promete corta vida: en hora buena; pero ¿qué mejor razon para vivir en un estado en que á la hora de la muerte todos quisieran morir? Mi Dios, ¡y qué cruel dolor, qué amargo arrepentimiento se siente en aquella hora cuando no se fue fiel á la gracia de la vocacion, cuando voluntariamente se descaminó el alma! Mas, y ¡qué desesperacion es no conocer este descamino, sino cuando ya no hay tiempo de remediarlo!

Libradme, Señor, de esta desgracia. No permitais que me desvie jamás del camino que me mostrásteis; y haced que viva y muera santamente en aquel estado á que me quisísteis llamar.

Jaculatorias. — Bienaventurados aquellos que temen al Señor, y andan por los caminos en que el mismo los puso. (*Psalm.* CXXVII).

Mostradme, Señor, el camino que debo seguir para llegar á Vos. (*Psalm.* CXLII).

PROPÓSITOS.

1 Bien se puede decir que la predestinacion tiene grande conexion con el estado á que Dios nos llama. Aquella serie de gracias, aquella admirable economía de la divina Providencia en órden á nuestra eterna bienaventuranza hace una admirable consonancia con nuestra vocacion. Debemos, pues, abrazar aquel estado de vida á que Dios nos ha destinado. Seguir otro rumbo es arrojarse á evidente peligro de perderse. Hase de elegir estado; pero ¡qué reflexiones, cuánta consideracion, cuántas oraciones son menester para no errar en la eleccion! Es cierto que se suelen tomar todas estas precauciones cuando se trata de abrazar el estado religioso, sin embargo de ser el mas santo, y el que facilita mas la salvacion; pero ¿se toman las mismas cuando se habla de embarcarse en el mundo? Y con todo eso, todos convienen en que el mundo es un mar famoso por los naufragios, donde todo es peligro, todo escollos. Determina un jóven retirarse á la seguridad de un claustro religioso: buen Dios, ¡cuántos estorbos tiene que vencer de sus padres, de sus amigos, y aun de las personas indiferentes! Todos se interesan, todos se empeñan en disuadírselo. ¡Cuánto tiempo quieren que tome para pensarlo bien! ¡Con qué elocuencia le pintan las dificultades, el rigor, las obligaciones de un estado tan santo! Pero ¿se hace lo mismo cuando se trata de contraer algun empeño con el mundo? Entonces ninguno se para á preguntar si se ha pensado bien. Se desazonarian los parientes y los amigos solo con saber que se queria tomar tiempo para de-

liberar un partido tan peligroso. Comprende ahora la irregularidad y la injusticia de esta conducta. Si has de tomar estado piénsalo antes con mucha seriedad; sobre todo, si te sientes inclinado á quedarte en el mundo, y tambien en el estado eclesiástico, en que no son menores los peligros para muchos.

2 Pero ya te hallas en un estado fijo y determinado después de haberlo pensado bien, de haberlo consultado con el Señor, y de haber tomado todos los consejos y precauciones necesarias. Pues no pienses mas que en santificarte en él y en cumplir con todas sus obligaciones como verdadero cristiano. Ten por tentaciones todas las dudas que te sugiere el demonio: persuádete á que estás en el estado en que Dios quiere que estés. Desprecia todas las dudas, todas las inquietudes, que por lo comun son artificios del enemigo de tu salvacion para estorbarte el cumplimiento de tus obligaciones, turbándote la tranquilidad, sobre todo si te hallas ligado al estado con algunos votos. Estudia cada dia tus obligaciones, y cúmplelas exactamente. Después de estar ligado á un género de vida ya no es tiempo de examinar si Dios te llamaba á ella: estas reflexiones siempre se han de hacer antes de la eleccion de estado.

DIA XXII.

MARTIROLOGIO.

El martirio de los santos mártires de la legion Tebea, Mauricio, Exuperio, Cándido, Víctor, Inocencio y Vidal con sus compañeros de la misma legion, en Syon de Valais en Francia; los cuales muriendo por Cristo en tiempo de Maximiano, con su glorioso martirio ilustraron el mundo. *(Vease su historia en este dia, con la noticia del cuerpo de san Cándido).*

El martirio de las santas vírgenes Digna y Emerita, en Roma, en tiempo de Valeriano y Galieno; sus reliquias se conservan en la iglesia de San Marcelo.

San Jonás, presbítero y mártir *(griego de nacion)*, en Chartres, quien acompañó á san Dionisio en su mision á Francia; y por mandato del prefecto Juliano fue azotado y luego degollado.

San Emerano, obispo y mártir, en Ratisbona en Baviera; el cual por libertar á otros, padeció con fortaleza una muerte atroz por amor á Jesucristo.

Santa Irais (ó Iraida), vírgen de Alejandría, y sus compañeros, mártires, en Antinópoli en Egipto; la cual yendo por agua á una fuente cercana, alcanzó á ver *(al prefecto de la ciudad que esperaba una embarcacion que se acercaba llena de gente. Habiendo preguntado la santa vírgen qué gentes eran aquellas que traian en la nave, y contestádole que aquella era)* una nave en que iban muchos Confesores de Cristo, al punto arrojando el cántaro se juntó á ellos, y fue conducida á dicha ciudad, en donde después de muchos tor-

mentos murió degollada la primera de todos: siguieron los presbíteros, los diáconos, las vírgenes y todos los demás, que padecieron el mismo suplicio.

San Santino, obispo, en la ciudad de Metz, discípulo de san Dionisio Areopagita, por quien fue consagrado obispo de aquella ciudad, y el primero que predicó en ella el Evangelio.

San Lauton, ó Lo, obispo, en la diócesis de Constanza.

San Florencio, obispo, en una aldea de Poitiers.

San Silvano, confesor, en las cercanías de Bourges.

Santa Salaberga, abadesa, en Laon. *(Siendo ciega desde la infancia, recobró milagrosamente la vista por las oraciones y la bendicion de san Eustasio, abad de Luxeuil. Contrajo matrimonio con un caballero jóven, que la dejó viuda á poco tiempo, y aunque ella quiso desde luego consagrarse á Dios, sus padres la obligaron á casarse segunda vez con un tal Blandino, que después fue colocado en el número de los Santos. Cuando fueron mayores de edad cinco hijos que tuvo, con el beneplácito de su esposo tomó el velo, y fundó primero el monasterio de Langres, y luego el de Laon, donde murió por los años de 665).*

SAN MAURICIO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

El martirio de san Mauricio y de sus compañeros fue tan glorioso para toda la santa Iglesia, que no han sido bastantes mas de catorce siglos para borrar su memoria, ni para disminuir la veneracion que todas las naciones profesan á estos grandes Santos. Por tanto se puede asegurar que no hubo suceso ni mas glorioso para la Religion, ni que hiciese mas honor á Jesucristo que el martirio de este gran Santo, acompañado de toda la legion Tebea, que en sentir de san Eustaquio se componia de seis mil seiscientos sesenta y un hombres.

Era san Mauricio primer capitan ó coronel de un cuerpo de tropas, que se llamaba legion, y se componia entonces del número de soldados que acabamos de decir. Llamábase la legion Tebea, lo que da á entender que se habia levantado en la Tebaida, ó que solo se componia de gente de aquel país. Se habia merecido tanta reputacion en todo el imperio romano por el valor de los oficiales y por la intrepidez de los soldados, que en todo el ejército romano no habia cuerpo mas formidable á los enemigos, ni mas estimado en el mismo ejército. Esta legion tenia su cuartel en el Oriente; es decir, en la Siria y en la Palestina. Los principales oficiales, después del Coronel general, eran Exuperio, que hacia las funciones de mayor, ó de teniente coronel, y Cándido, senador del ejército, esto es, intendente de la legion.

Estando san Mauricio de cuartel de invierno con su legion en Jerusalen y en sus cercanías, tuvo ocasion de conocer y de tratar á Zambdal, obispo de la misma ciudad; y como Mauricio era un hombre des-

pejado y de capacidad, luego que el Obispo, en una conversacion que se ofreció, le habló de la excelencia y de la santidad de la religion cristiana, haciéndole visibles los absurdos del gentilismo, deshecho en lágrimas á vista de la miserable ceguedad en que habia vivido hasta entonces, rindió mil gracias al Señor por la merced que le hacia, abriéndole los ojos; y abrazando al Obispo con respeto y con ternura, le rogó encarecidamente que le dispusiese para recibir el santo Bautismo.

Esta conquista consoló maravillosamente al Prelado y á todos los Cristianos, siendo inexplicable el gozo universal de todos los fieles, el que creció mucho mas cuando se supo que Mauricio inmediatamente que se despidió de la conversacion del Obispo se fué derecho á buscar los principales oficiales de su legion, y les habló con tanta energía y con tanta elocuencia acerca de la verdad de la religion cristiana, que todos concurrieron al punto deseosos de ser bautizados.

Luego que Mauricio y su teniente Exuperio se hicieron cristianos, se convirtieron en celosos misioneros de toda la legion; y el Señor echó la bendicion sobre su celo y su amor á Jesucristo; de manera, que en muy breve tiempo se hizo tambien cristiana toda ella.

Habia ya cerca de dos años que era Diocleciano emperador, cuando en el de 286, queriendo remediar los alborotos que excitaba en las Gaulas la sublevacion de los baugadas, pueblos de la campaña, que tenian por cabezas de la sedicion á Amando y á Eliano, resolvió asociarse un colega con quien repartir la pesada carga del imperio. Escogió, pues, á Maximiano Hercúleo, hombre cruel y enemigo mortal de los Cristianos. Asocióle, y descargó en él la guerra que era preciso hacer en las Gaulas. No teniendo bastantes fuerzas el ejército que debia mandar Maximiano, y temiendo Diocleciano que el nuevo Emperador quedase desairado en aquella primera expedicion, determinó fortificarle con la legion Tebea, reputada por el mejor cuerpo de tropas del imperio. Ordenó, pues, al coronel Mauricio que marchase á Italia con toda su legion, y que se juntase con el ejército destinado para hacer la guerra en las Gaulas. Inmediatamente se pusieron en marcha para Italia Mauricio y sus soldados, tan prontos á obedecer las órdenes del Emperador, como fieles á la Religion. El celo de los oficiales correspondia á su fe, y la fe de los soldados al celo de los oficiales. No se descubria en ellos otra emulacion que la de la virtud y la competencia en la devocion cristiana. Mostraban en todo su fidelidad y su constancia, tanto en lo que debian á Dios y á su Religion, como en lo que eran deudores á los Príncipes á quienes ser-

vian y al Estado; sabiendo enlazar dichosamente el ejercicio de las ar
mas con la práctica de los consejos y de las máximas del Evangelio.

Luego que san Mauricio llegó á Roma con su legion, su primera diligencia fue visitar al papa san Marcelino, quien de tal manera supo confirmar á todos en su celo por la fe, que todos á una voz le prometieron perder antes las vidas que faltar á la fidelidad de Jesucristo, ni avergonzarse de su sagrada doctrina. Recibieron las órdenes del Emperador, y marcharon á incorporarse con el ejército. Alcanzaron á Maximiano, y pasaron los Alpes por el Milanés. El Emperador, fatigado de la marcha, hizo alto en Octodura, ciudad de Veragres, que se cree ser Martinach ó Martigny en el Valais, y dispuso que las tropas que le seguian acampasen en una gran llanura. Era el Emperador tan supersticioso como cruel, y mandó que todo el ejército ofreciese sacrificios á los dioses para implorar su asistencia contra los enemigos del imperio. Horrorizáronse san Mauricio, san Exuperio, san Cándido y todos sus soldados; y pasando á la otra parte del Octodura, fueron á acampar tres leguas mas allá, cerca de una aldehuela llamada Ternat, entre las montañas y el rio Ródano, á doce ó quince leguas de Ginebra, y muy cerca de la punta oriental del lago, entre el país de Valais, la Saboya y el canton de Berna. Informado Maximiano de esta novedad, los envió á preguntar la razon de aquella retirada. Quedó extrañamente sorprendido cuando entendió que era por motivo de religion, y que así Mauricio como toda su legion eran Cristianos. Sucediendo prontamente la cólera á la admiracion, y á la cólera el furor, celoso de su autoridad, sobre todo á los principios de su reinado, mandó que al punto le obedeciesen, ó que fuese diezmada toda la legion. Apenas se les intimó á los soldados el bárbaro decreto, cuando todos á porfía se presentaron para ser diezmados. Púsose en ejecucion el decreto: sorteóse de cada diez uno, y al punto se quitó la vida á los que cayeron en suerte, y fueron a recibir la corona del martirio. Fácilmente podian los demás defender á sus compañeros, poniéndolos en este estado su valor, y la ventaja del campo de hacer resistencia á todo el ejército; pero á ninguno le pasó esto por la imaginacion. Léjos de oponerse, tanto el oficial como el soldado, miraban con una santa envidia á los que tocaba la suerte de dar la vida por Jesucristo, y no hubo siquiera uno que no deseara estar en su lugar. Pero luego se les cumplieron sus deseos. Noticioso el tirano de la constancia y de la alegría con que aquellos soldados habian padecido la muerte por su Dios, y de la envidia que les tenian los que quedaron vivos, los cuales inmediatamente después de

la ejecucion protestaron de nuevo que no obedecerian á persona alguna que los quisiese obligar á cometer sacrilegios; y que siendo Cristianos no podian tener parte en los sacrílegos sacrificios de los gentiles: estando, en fin, determinados y resueltos á padecer todos los tormentos antes que faltar en la mas mínima cosa á la fe que habian abrazado: informado el tirano de todo esto, redoblándosele la rabia y el furor, mandó que en aquel mismo dia se volviese á diezmar de nuevo la legion. Luego que llegó al campo esta noticia, no se oian en él mas que gritos de alegría, plácemes, regocijos y enhorabuenas, lisonjeándose cada uno con la esperanza de que le tocaria la gloria y la dicha del martirio. Aprovechóse Mauricio de la ocasion, y como general les habló entonces con tanta energía, animándolos á tan gloriosa victoria, que todos suspiraban por aquella dicha. Acabada la ejecucion, volvió Mauricio á juntar á sus soldados, y les habló de esta manera: «Admiro vuestra virtud, amados «compañeros mios, y bendigo cien veces al Señor por esa magnani«midad que os comunicó, superior á todo humano valor. Vuestro «amor á Jesucristo es mas poderoso para llenaros de esfuerzo, que «la crueldad del César para intimidaros. Veo la santa envidia con «que mirais la suerte de vuestros camaradas, deseoso cada uno de «que el número feliz le hubiese tocado á él. A la virtud superior de «la divina gracia debeis esos generosos sentimientos; ella os ata va«lerosamente las manos para no hacer resistencia. ¿Qué cosa mas fá«cil para vosotros que estorbar tan bárbara carnicería, estando con «las armas en las manos, y siendo tan valientes como sois? pero ¿qué «lograríais con eso? Impedir á vuestros compañeros el ser Mártires, «y privaros vosotros de serlo tambien. Hasta ahora solamente sabía«mos por las actas á donde habia llegado la intrepidez de los prime«ros Mártires de Cristo; pero ya se nos entran por nuestros mismos «ojos aquellos grandes ejemplos. Rodeado me veo de sus sagrados «cuerpos: salpicado está mi semblante, y palpo teñidos mis vestidos «de su gloriosa sangre: á vista de tal ejemplo, ¿cómo es posible te«mer el dar la vida por Jesucristo? Alabamos todos su constancia, se«ñal cierta de que todos deseamos merecer que se alabe tambien la «nuestra. Ya sabeis, amigos mios, que en otro tiempo todos hicimos «juramento de defender la república á riesgo de nuestra sangre: «esto prometimos á los Emperadores cuando tomamos las armas en su «servicio, sin embargo de que entonces no teníamos el menor cono«cimiento del reino de los cielos, y nuestro propio honor nos empe«ñó en ser pródigos de nuestra vida, sin esperanza de otro premio.

«¿Será posible que hemos de ser menos fieles á Jesucristo cuando es
«nos promete una gloria inmortal por recompensa? Ofrecímosle nues
«tra fe cuando recibimos el Bautismo; y al venir aquí, le renovamo
«en Roma esta promesa en manos de su Vicario; ¿cómo tendríamo
«atrevimiento para faltarle á esta palabra? Paréceme que ya estoy
«viendo en el cielo á nuestros compañeros, que en medio de su triun
«fo nos están convidando á que vayamos á participar de su corona.
«Pocos momentos há estaban con nosotros, y vedlos ya en posesion
«de una eterna dicha, de que no les podrán privar todos los Prínci
«pes de la tierra. Vamos, pues, amados compañeros, vamos; y á su
«imitacion ofrezcámonos generosamente al martirio. Sigamos el ca
«mino que ellos nos abrieron. Compañeros nuestros fueron en toda
«las empresas militares: imitémoslos en la constancia de su fe, para
«ser compañeros suyos en la gloria. Sea intrépido nuestro valor en
«la defensa de la Religion: sea inalterable nuestra fe en medio de
«los tormentos, y muéstrese invencible nuestra constancia. A estos
«soldados que van á dar cuenta al Emperador de su expedicion, ro
«guémosles le declaren á nombre de toda la legion, que no hay en
«toda ella ni un hombre solo que no se glorie de ser cristiano, y que
«no esté pronto á derramar hasta la última gota de su sangre por
«amor de Jesucristo antes que tener parte en unos sacrilegios con
«nombre de sacrificios.»

Apenas acabó de hablar san Mauricio, cuando oficiales y soldados gritaron á una voz: *Cristianos somos; y antes derramarémos nuestra sangre hasta la última gota, que hacer la mas mínima cosa contraria á la ley de Jesucristo.* Dieron parte á Maximiano de esta generosa protestacion los mismos verdugos que habian sido testigos de ella; y entrando en nuevo furor, mandó que se hiciese otra tercera decimacion en el mismo dia. Llegó la noticia al campo, renovóse el gozo de todos; y esperando cada uno que le tocase la suerte, todos se dispusieron para recibir el martirio. Quitóse, pues, la vida á los que salieron diezmados, y hasta los mismos verdugos se enternecieron viendo las lágrimas y la afliccion de los que quedaban vivos por no haberles caido la suerte que anhelaban. Encendido entonces san Exuperio, uno de los oficiales generales, en nuevo celo de la Religion, y dirigiendo sus palabras á los soldados que habian quedado: *Amigos*, les dijo con resolucion y con firmeza, *si me veis venir á vosotros con la bandera de la legion en la mano, tened entendido que no es para que tomeis las armas. Vengo á animaros á otra suerte de combate, en que nos vence el amor, y solo triunfa la paciencia. Nuestros hermanos derramaron su sangre*

por Jesucristo: espero en este divino Salvador que no se desdeñará de aceptar tambien la nuestra. Supliquemos á estos soldados, ejecutores de las órdenes del Emperador, que en nuestro nombre le presenten un humilde memorial del tenor siguiente:

«Señor: soldados vuestros somos; pero al mismo tiempo somos «siervos del verdadero Dios, y así lo confesamos con toda libertad. «A vos os debemos el servicio militar, y á él el homenaje de un co- «razon puro y fiel. De vos recibimos la paga, y de él tenemos la vi- «da. No podemos obedecer vuestras órdenes mientras sean contra- «rias á las suyas. El es nuestro primer soberano, y tambien vuestro, «aunque no querais: siempre que nos mandeis cosa que no le des- «agrade, nos encontraréis tan rendidos y tan obedientes como nos «habeis experimentado en todas ocasiones; pero cuando el Empera- «dor nos manda lo que Dios nos prohibe, juzgad vos mismo, señor, «á quién debemos dar la preferencia. Fácil nos hubiera sido vengar «la muerte de nuestros compañeros; pero no lo hicimos. Voluntaria- «mente nos desarmamos todos para mostraros que queremos morir, «y no queremos pelear, amando mas perder la vida sin faltar á nues- «tra fe, que sobrevivir á nuestros camaradas, sacrificando indigna «y cobardemente á vuestros sacrílegos ídolos. No nos atemorizan los «suplicios. Enviad verdugos que nos sacrifiquen á nuestro Dios, con «la seguridad de que encontrarán prontas las víctimas. Quitándonos «una vida de corta duracion, nos proporcionarán otra que se perpe- «tuará por toda la eternidad. En una palabra, Cristianos somos, y «ninguna cosa será bastante á desquiciar nuestra fe ni á doblar nues- «tra constancia.»

Es probable que esta generosa resolucion fue presentada por escrito al Emperador. Como quiera, Maximiano desesperanzado de vencer jamás aquella firmeza, sostenida por una como conspiracion general, resolvió que pereciese toda la legion, y mandó marchar á todo el ejército contra los Tebeos con órden de hacerlos pedazos á todos. Considerándose entonces nuestros generosos Mártires como víctimas que iban á ser sacrificadas al verdadero Dios, quisieron imitar al Salvador, que se dejó sacrificar como un manso cordero, sin abrir la boca. Bajaron todos las armas á ejemplo de su cabeza. Presentóse á la frente san Mauricio, como coronel de aquella gloriosa legion de Mártires, y fue la primera víctima. Cayeron después á sus dos lados san Exuperio y san Cándido. En un instante se cubrió todo el campo de cadáveres; inundaban todo aquel terreno los arroyos de la sangre inocente: nunca se vió semejante carnicería sin combate, sin gritos y

sin quejas. El Emperador habia concedido el despojo de los santos Mártires á los soldados gentiles; y mientras se ocupaban en él, llegó al campo un soldado veterano, por nombre Víctor, que quedó asombrado al ver aquella horrible carnicería. Informado de su motivo, exclamó sin poderse contener: *¡Desgraciado de mí! que si hubiera llegado una hora antes tendria parte en su triunfo.* Conocieron todos por estas palabras que era cristiano; confesólo sin detenerse, y en el mismo punto fue sacrificado como todos los demás. Consiguieron la palma del martirio estos seis mil seiscientos y sesenta y un soldados de Jesucristo el dia 22 de setiembre del año 286, en un sitio que entonces se llamaba Agauna, por los peñascos que le rodean, y después del martirio de estos Santos se hizo tan célebre en la Iglesia con el nombre de san Mauricio, en cuyo honor Sigismundo, rey de Borgoña, edificó un magnífico monasterio.

Los cuerpos de los santos Mártires fueron enterrados por los paisanos del contorno en el mismo sitio de su martirio, abriendo para eso grandes y profundos fosos, donde estuvieron hasta el tiempo de los emperadores Graciano y Teodosio en que se hizo su descubrimiento á san Teodoro, obispo de Octodura, á cuya diócesi pertenecia Agauna. Con los milagros que obró Dios cuando se descubrieron aquellas santas reliquias, se aumentó la devocion á los gloriosos Mártires, y solicitaron sus reliquias las mas de las iglesias. San Martin hizo expresamente un viaje á Agauna para lograr algunas, y enriquecer con ellas su catedral. Asegúrase que habiendo sido arrojada en el Ródano la cabeza de san Mauricio, aportó milagrosamente á Viena del Delfinado, donde fue recibida con grande veneracion, y colocada en la iglesia mayor, que entonces se llamaba de los santos Macabeos. Después se dedicó á san Mauricio la catedral de aquella metrópoli, tomándole la ciudad por su patrono.

Hasta las armas de san Mauricio se conservaron con grande veneracion. Carlos Martel quiso servirse de su lanza y de su morrion cuando dió batalla á los sarracenos. Los duques de Saboya llevan siempre el anillo del Santo, recibiéndole por mano del abad de San Mauricio, y le dejan sucesivamente los unos á los otros como la mas preciosa señal de su soberanía. Habiéndose retirado al priorato de Repaille el año 1434 Amadeo VIII, por sobrenombre el Pacífico, primer duque de Saboya, fundó la Órden militar de san Mauricio por la devocion particular que profesaba á este gran Santo, patrono y protector de Saboya. Los caballeros de la Órden llevan una cruz blanca, cuyos extremos representan la planta llamada trébol; y se dice

la cruz de san Mauricio. Carlos Emanuel agregó á la Órden de san Mauricio la de san Lázaro, que era mas antigua; y estando ya como extinguida la Órden de san Mauricio, solicitó y logró el celo de Emanuel Filiberto, duque de Saboya, y muy devoto del Santo, que fuese restablecida por una bula del papa Gregorio XIII, el año de 1572, declarándose el Duque por gran maestre: lo confirmó el papa Clemente VIII el año de 1603.

Nota.

El cuerpo del glorioso san Cándido, después de centenares de años, fue llevado al monasterio de San Cucufate del Vallés, en el principado de Cataluña, donde Dios por su intercesion ha hecho grandes milagros, echando los demonios de los cuerpos humanos, curando muchos de calenturas, dando vista á los ciegos, curando otros de dolor de cabeza, y obrando otras grandes maravillas; cuales milagros se hallaban en un libro antiguo del monasterio, todos autenticados con testigos, y escritos con aquella admirable sencillez de los antiguos.

La Misa es en honor del Santo, y la Oracion la que sigue:

Annue, quaesumus, omnipotens Deus, ut sanctorum martyrum tuorum Mauritii et sociorum ejus nos laetificet festiva solemnitas, ut quorum suffragiis nitimur, eorum natalitiis gloriemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, la gracia de que nos alegremos en la festividad de tus santos mártires Mauricio y sus compañeros; para que nos gloriemos en el nacimiento de aquellos, en cuya proteccion confiamos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo VII *del Apocalipsi de san Juan.*

In diebus illis: Respondit unus de senioribus, et dixit mihi: Hi, qui amicti sunt stolis albis, qui sunt? et unde venerunt? Et dixi illis: Domine mi, tu scis. Et dixit mihi: Hi sunt qui venerunt de tribulatione magna, et laverunt stolas suas, et dealbaverunt eas in sanguine Agni: ideo sunt ante thronum Dei, et serviunt ei die ac nocte in templo ejus: qui sedet in throno habitabit super illos: non esurient, neque sitient amplius, nec cadet super illos sol, neque ullus aestus; quoniam Agnus qui in medio throni est, reget illos, et deducet eos ad vitae

En aquellos dias: Me dijo uno de los ancianos: Estos, que están vestidos con estolas blancas, ¿quiénes son, y de dónde vinieron? Yo les respondí: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que vinieron aquí después de haber pasado por grandes tribulaciones, y que lavaron y blanquearon sus estolas en la sangre del Cordero: por esto están delante del trono de Dios, y le sirven de dia y de noche en su templo; y el que está sentado en el trono los cubrirá con pabellon. Ellos no tendrán mas hambre ni sed, ni el sol ni el calor los incomodará mas.

fontes aquarum, et absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum.

Porque el Cordero, que está en medio del trono, será su pastor, y los conducirá á las fuentes de las aguas vivas, y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos.

REFLEXIONES.

Enjugará Dios todas las lágrimas de sus ojos. Así lo sabe hacer el Señor, y siempre lo hace como Dios. Seguramente que el salario excede mucho al trabajo, y el premio hace grandes ventajas al mérito. ¡Oh, y qué gozo causan en el cielo todas las desgracias y todas las adversidades de esta vida! ¡Con qué gusto, con qué dulce complacencia se miran entonces aquellas congojosas aflicciones, aquellas pesadas cruces, aquellos amargos tragos que tanto horror nos ponian en este mundo! En la dulce estancia de los bienaventurados, ¡cómo se convierten en honor, en riquezas, en consuelo y aun en delicias los desprecios, la pobreza, las enfermedades, y hasta los suplicios padecidos por Jesucristo! Una cruz de oro, una patente de coronel, una pension tiene virtud, no solo para consolarnos, sino para complacernos á vista de un brazo cortado, de una disforme cicatriz que nos afea, de una salud enteramente estragada: pues ¡con qué ojos se mirará en el cielo todo aquello que se padeció por amor de Dios! *Non sunt condignae passiones hujus temporis.* Entonces sí que se exclama con seguridad: bien cierto estoy de que las aflicciones de la tierra no tienen proporcion alguna con la gloria presente. Entonces sí que se conoce cuánta es la dicha de los Santos del cielo. Entonces sí que se comprende ser tanta esta dicha que no hay voces para explicarla, ni obras capaces de merecerla. No hay cosa en este mundo que nos pueda dar idea justa de los inmensos bienes que gozan los Santos en la gloria; pero sobradamente conocemos los innumerables males de que están exentos. ¿Quieres tener alguna luz de la bienaventuranza de la otra vida? pues considérala libre de todas las miserias de esta. Dolores, tristezas, temores, inquietudes, disgustos, pesadumbres, todo está desterrado de la feliz mansion de los bienaventurados. No se acerca á aquella santa ciudad cosa alguna que enfade, que moleste, ni que ligeramente mortifique. Reina en la Jerusalen celestial una alegría pura y llena, una calma inalterable. ¡Ah Señor, y qué hombre de la tierra podrá comprender las inefables dulzuras que gustan los escogidos en el cielo! No solo poseen en él todo lo que desean, sino todo lo que necesitan para no desear mas. El corazon está lleno, el alma saciada y satisfecha. Es un torrente, es un océano de purísimas

delicias el que inunda á los bienaventurados. Aquella su incomprensible felicidad ya no se compone de todos los bienes juntos, sino de la misma fuente de todos los bienes, de la omnipotencia de Dios, de la posesion del mismo Dios. No es ya la alegría del Señor la que entra en el corazon de los Santos. Seria espacio muy estrecho, seria muy limitado para que gustasen aquel torrente de delicias: el alma de los Santos es la que entra, la que deliciosamente se pierde, por decirlo así, con la alegría del Señor, y siempre son muy débiles nuestros mayores deseos por esta desmedida felicidad.

El Evangelio es del capítulo XXI *de san Lucas, pág. 538.*

MEDITACION.

Que no hay en la tierra otro verdadero mal sino el pecado.

PUNTO PRIMERO. —Considera que no hay en la tierra otro verdadero mal, sino el que nunca puede reputarse como bien, el único que nos priva del verdadero bien y de la fuente de todos los bienes: tal es el pecado.

Míresele por donde se le mirare, siempre es pecado. Juzguémosle como Dios le juzga, eternamente será objeto de su odio y de su cólera: eternamente lo será de nuestra amargura y de nuestro arrepentimiento: pues ¿cómo lo puede ser ahora de nuestras ansias y de nuestra complacencia?

Todos los que en el mundo llamamos males, en tanto lo son, en cuanto son consecuencias del pecado. El pecado es el que inundó la tierra de tantas calamidades: él encendió las llamas del infierno: el pecado es el que hace en el mundo tantos infelices: reina la alegría y la tranquilidad donde reina la inocencia. Siendo Dios un bien infinito y siendo él mismo todo bien, no puede comunicar otra cosa. Y ¿esta es la idea que se tiene del pecado? Pero ¿será el pecado menos mal, será menos pecado porque se tenga de él otra idea?

Esas concurrencias de la diversion, de donde siempre está desterrada la inocencia, esos divertimientos mundanos siempre peligrosos, esos espectáculos, esas fiestas profanas, orígen fatal de tantos desórdenes, ¿son por ventura buenas pruebas de que se profesa grande horror al pecado? Y aun las personas que no viven tan desordenadamente, ¿viven siempre con la mayor inocencia? Familiarízanse los hombres con el pecado; pero ¿se familiarizarán igualmente con los tormentos que le corresponden? ¡Ah, Señor, y qué mal he conocido

el pecado hasta aquí! Pero ¡cuánto le detesto ahora! Aumentad mi dolor y perdonadme mis pecados.

Punto segundo. — Considera que sin razon llamamos males á aquellas cosas que pueden contribuir á nuestro bien. Todo puede aprovechar á una alma fervorosa menos el pecado.

Las desgracias, las enfermedades, las persecuciones, la pobreza, y hasta la misma muerte; todo esto puede contribuir para hacernos felices, puesto que todo puede servir para hacernos santos.

Pocos Santos hay que, por decirlo así, no debiesen á las persecuciones, á las adversidades y á los trabajos por lo menos algun grado de su elevacion en la gloria. ¿Qué no debieron los Mártires á los suplicios? Vuestros parientes y vuestros amigos os perseguirán, dice el Salvador; mas no por eso seréis mas desgraciados. Toda la rabia, ni toda la malicia de los mas crueles tiranos será capaz de arrancaros un solo cabello de vuestra cabeza. El que está en gracia de Dios, el que es querido de Dios, ¿qué tiene que temer? Es grande error tener por mal y por desgracia el aborrecimiento del mundo, cuando el mundo nos aborrece porque amamos á Dios, y porque servimos á Dios. ¡Qué favores no ofreció el mundo á san Mauricio! ¡con qué ventajosos partidos no le brindó para pervertirle! Y después que se negó á sus engañosas promesas, ¡con qué suplicios no le amenazo! pero ¡con qué valor despreció el Santo así las caricias como los tormentos del tirano! Perdió la vida antes que perder la amistad de Dios. ¿Cuándo discurrirémos nosotros así? ¿cuándo raciocinarémos sobre estos mismos principios? ¿Se estima hoy al pecado por el mayor de todos los males? ¿pasa siquiera por mal entre aquellas personas que tienen gusto, que hacen vanidad de cometerle? Llámase mal la pérdida de un poco de hacienda, una afliccion, una persecucion, una desgracia, que tal vez son orígen de mil celestiales bendiciones, segun los designios de la divina Providencia. Pero ¿se tiene al pecado por gran mal cuando se le considera medio proporcionado para hacer fortuna?

¡En qué ceguedad, mi Dios, he vivido yo hasta aquí! Perdonadme mis iniquidades, y oid benigno mis ruegos. Haced, Señor, que padezca todos los tormentos, haced que sufra todos los males de esta vida antes que cometa jamás un solo pecado.

Jaculatorias. — ¡Ay de vosotros, hombres impíos, que abandonásteis la ley de vuestro Dios! (*Eccli.* xli).

Horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo, siendo víctimas de su cólera. (*Hebr.* x).

PROPÓSITOS.

1 Concibe tan grande horror al pecado, que estés pronto á perder los bienes, la salud y la misma vida antes que perder la gracia. Muy digno de lástima serias, si te hallaras en otra disposicion. Pero como de nada sirven las mejores máximas si no se reducen á práctica, siempre que á tí ó á otros suceda algun contratiempo, toma la santa costumbre de decirte á tí mismo: no hay otro mal sino el pecado; consolémonos con que esta pérdida de los bienes ó de la salud nos puede ser provechosa; libradme, Señor, de todo pecado, pues no temo cualquiera otro mal.

2 Aprovéchate de todos los accidentes que te suceden en el discurso de la vida para decir á tus hijos, á tus amigos y á tu familia, que solo un mal se debe temer en el mundo, y que este mal es el pecado. Sea este como tu comun proverbio. Repítele sin cesar á tus hijos, y ditele á tí mismo cien veces al dia. No te perdones ni las mas leves mentiras oficiosas, ni las restricciones mentales, que son verdaderas mentiras disfrazadas, ni las menores impaciencias: todo lo que puede lastimar aun ligerísimamente la caridad, debe ser vedado para tí. La demasiada indulgencia contigo mismo y la poca con los demás es de ordinario orígen de muchas faltas. Debe causarte horror todo lo que pueda ofender al prójimo por leve que sea, y todo lo que tenga sombra de pecado. La imágen sola de un monstruo espanta y atemoriza. Repite muchas veces aquellas bellas palabras: *Malo mori, quam foedare animam meam:* Mas quiero morir que manchar mi alma con la culpa. No te contentes con tener horror al pecado, ten el mismo á todas las ocasiones de pecar, y huye de ellas como del pecado mismo. No se detesta el pecado cuando no se aborrece la ocasion.

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

San Lino, papa y mártir, en Roma; el primero que gobernó la Iglesia de Roma después del apóstol san Pedro: murió con la corona del martirio, y lo sepultaron en el Vaticano junto al mismo Apóstol. *(Véase su vida en las de hoy).*

Santa Tecla, vírgen y mártir, en Iconio en Licaonia; la cual convertida á la fe por el apóstol san Pablo, en tiempo de Neron, habiendo confesado á Cristo, fue arrojada al fuego y á las fieras; pero salió sin lesion de estos y otros va-

rios tormentos, sufriéndolos con la mayor constancia para ejemplo de muchos. Finalmente, pasó á Seleucia, donde murió en paz. Los santos Padres la celebran con grandes elogios. *(Véase su historia en las de hoy).*

La conmemoracion de san Socio, diácono de Misena, en Campania, de cuya cabeza el santo obispo Genaro vió levantarse una llama mientras leia el Evangelio en la iglesia, por lo cual profetizó que seria mártir. Efectivamente, pocos dias después, á los treinta años de su edad, en compañía del mismo Obispo, alcanzó la palma del martirio, habiéndolos degollado.

Los santos mártires Andrés, Juan, Pedro y Antonio, en África.

San Paterno, obispo y mártir, en la diócesi de Constanza.

San Constancio, en Ancona, sacristan de aquella iglesia, esclarecido por el don de milagros. *(En su humilde posicion fue modelo de eclesiásticos y seglares. San Gregorio Magno en su libro de los Diálogos refiere muchos prodigios de este Santo, y dice que si fue grande en los milagros, fue mas grande aun por su extraordinaria humildad).*

Las santas mujeres Xantipa y Polixena, discípulas de los Apóstoles, en España. *(Véase su historia en las de hoy).*

SAN LINO, PAPA Y MÁRTIR.

San Lino fue el primer obispo de Roma inmediatamente después de san Pedro, á quien sucedió el año de 66 de nuestro Señor, después que el santo Apóstol recibió la corona del martirio.

Este Santo, de quien hace mencion el apóstol san Pablo en aquellas palabras de la Epístola á Timoteo: *Eubulo, Pudente, Lino, Claudio, y todos los hermanos te saludan,* fue italiano, natural de Volterra en la Toscana, de familia noble y distinguida, tanto por su calidad y por sus grandes bienes de fortuna, como por los primeros cargos que sus ilustres antepasados habian dignamente ejercido en el país. Su padre fue un señor, por nombre Herculano, y su madre aquella misma Claudia, cuyo elogio hace el apóstol san Pablo escribiendo á Timoteo desde la prision nueve ó diez meses antes de su muerte; lo que da motivo á creer que toda aquella ilustre familia habia abrazado el cristianismo durante las apostólicas excursiones que san Pedro y san Pablo habian hecho por toda Italia.

Desde luego reconoció san Pedro en san Lino un natural tan bello, una piedad tan pura, tan sólida y tan sobresaliente; un fondo de capacidad y de prudencia tan grande, y un celo tan generoso y tan á prueba de todo, en un tiempo en que la tierna y recien nacida Iglesia tenia tanta necesidad de buenos y fieles ministros, que tomó con particular empeño el cuidado de formarle de su mano; y dedicándose á instruirle con mayor aplicacion, sacó uno de los mas beneméritos y mas dignos sucesores de los Apóstoles.

Gozó la Iglesia de bastante tranquilidad en todo el tiempo del emperador Claudio, y los diez primeros años del imperio de Neron; y queriendo san Pedro aprovecharse de aquella calma para asistir al concilio de Jerusalen hácia el año 48 de Cristo, y para hacer muchas excursiones apostólicas en diferentes provincias, se tiene por cierto que para no dejar sin pastor á su querido rebaño ordenó de obispo á nuestro Santo, y le hizo vicario suyo en Roma, junto con san Clemente, durante el tiempo de su ausencia. Reconoció á su vuelta que no se habia equivocado en el concepto del mérito, del celo y de las grandes virtudes de san Lino, admirando su solicitud pastoral, su prudencia, su gran caridad y las demás admirables prendas que le habian hecho dueño de los corazones, y merecido la estimacion de todos los fieles.

Como la pastoral solicitud del santo Apóstol le tenia continuamente desvelado y siempre atento á todas las necesidades de la Iglesia universal, envió á san Lino á las Gaulas para que llevase á ellas la luz de la fe, y desmontase aquellas tierras incultas. Lleno nuestro Santo del mismo espíritu que animaba á los Apóstoles atravesó los Alpes, entró en aquellas vastas regiones en que reinaba la idolatría, y conducido por el Espíritu Santo, que le guiaba, buscaba ansioso en todas partes ocasion oportuna para descubrir el tesoro oculto que llevaba á los pueblos y naciones. Llegó á Besanzon, ciudad célebre sobre el rio Doux, capital del Franco Condado, y de la cual se hace mencion en los Comentarios de César. Como á algunos centenares de pasos antes de la ciudad encontró el Santo á un oficial llamado Onosio, que era tribuno de la plebe; es decir, el primero y principal magistrado establecido para defender al pueblo contra la opresion de los grandes, y para libertarle de las violencias de los cónsules, resistiendo tambien á las injusticias del Senado: miró Onosio con atencion á aquel extranjero; y movido de su aire, pero mas que todo de su singular modestia, le preguntó de dónde era, qué religion profesaba, y á qué fin se dirigia su viaje. Aprovechando san Lino aquella ocasion de anunciar á Jesucristo: «Yo adoro (le respondió) al único y «solo Dios verdadero, todopoderoso y eterno Criador de todas las «cosas, á quien ruego que te sea propicio. Este solo verdadero Dios «tiene un único Hijo, tan eterno y tan poderoso como Él; y este su «único Hijo, movido de la ceguedad y de las miserias de los hom«bres, se hizo hombre por la salud de los mismos hombres: se lla«ma Jesucristo, y quiso morir en una cruz por nuestros pecados. Es «verdad que para mostrar que era tambien Dios resucitó por su pro-

«pia virtud al tercero dia después de su muerte. Ahora vive en el «cielo, y vivirá eternamente en él en compañía de los que abrazaren «su religion, guardaren sus mandamientos, y murieren en su gra- «cia.» Oyendo esto Onosio, ya fuese por ligereza ó por burla, se echó á reir; pero como ya antes habia oido hablar de Jesucristo crucificado, le picó la curiosidad; y deseoso de saber á fondo toda la historia brindó á nuestro Santo con su casa. Aceptó san Lino el hospedaje, y á pocos dias por su modestia, por su dulzura y por su singularísima santidad se hizo dueño de todo el corazon y de toda la estimacion del Tribuno; tanto, que luego que oyó hablar sosegada y fundamentalmente de la santidad de nuestra Religion, y de las impías extravagancias de los gentiles, tocado de la gracia del Redentor, pidió con instancias el Bautismo. Desde el mismo punto que se hizo cristiano se declaró por uno de los mas ardientes y mas fervorosos defensores de la fe. Cedió una casa á nuestro Santo, que al instante la convirtió en una pequeña iglesia, con el título de la Resurreccion del Salvador, y en honra de la Madre de Dios y de san Esteban. Crecia cada dia el número de los fieles por la conversion de los gentiles, y estaba ya para hacerse cristiana toda la ciudad de Besanzon cuando el enemigo comun puso en movimiento todos sus artificios para detener tan rápidos como gloriosos progresos.

Los paganos tenian que celebrar una fiesta muy solemne en reverencia de sus dioses, y se disponian para ofrecerles gran número de sacrificios. No pudo mirar sin horror todas aquellas prevenciones el corazon de nuestro Santo inflamado en el celo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas. Partio á la plaza donde habia concurrido todo el pueblo: hallóle como amontonado frente por frente del templo destinado á celebrar la solemnidad; y levantando la voz, le habló de esta manera: «¿Qué vais á hacer, engañados y miserables «hijos mios? Á ofrecer vais sacrificios; pero ¿á quiénes? Á unos ído- «los que no valen el incienso que quemais, y son inferiores á las víc- «timas que les ofreceis. ¿Qué señales de divinidad encontrais en unos «troncos inanimados, ó en unas piedras insensibles que deben todo «el ser de dioses á la azuela, al escoplo y al martillo; incapaces de «defenderse á sí mismos de los estragos del fuego, y de ponerse á cu- «bierto contra los golpes de una ruina? Cesad, cesad de rendir ado- «raciones á tan viles criaturas. No hay ni puede haber otro Dios que «el único y solo Dios criador del cielo y de la tierra, que yo os anun- «cio y os predico: el único que merece nuestro amor, que es digno «de nuestros respetos, y á quien se deben dedicar todos nuestros sa-

«crificios. Dejad, pues, de ser insensatos y ciegos, para lo que no «hay otro medio que comenzar á ser cristianos.» Estas palabras, pronunciadas con apostólico celo y con encendido fervor, fueron á manera de un rayo fulminado de las nubes, que echando por tierra una de las columnas del templo, redujo á menudo polvo el ídolo que sostenia. Á vista de aquel prodigio quedó todo el pueblo tan atemorizado y aturdido, que ya iban todos á abrir dichosamente los ojos á las luces de la fe, cuando los sacerdotes de los ídolos, viéndose como á punto de ser abandonados, comenzaron á gritar con todas sus fuerzas que irritados los dioses iban ya á abismar á toda la ciudad, si sobre el mismo hecho y sin dar lugar á dilaciones no se vengaba el insulto y desacato sacrílego que con sus sortilegios y encantos les acababa de hacer aquel insigne hechicero. Mudóse de repente el terror del pueblo en descompuesto furor; y arrojándose sobre el Santo le molieron á golpes y le echaron de la ciudad. Como el Señor tenia destinado á san Lino para sucesor de san Pedro, se contentó por entonces con que el Santo echase los primeros cimientos de aquella ilustre iglesia, una de las mas célebres de las Gaulas; y en atencion á esto la iglesia de Besanzon reconoció y veneró siempre á san Lino como á su primer Obispo y á su Apóstol, de quien recibió las primeras luces de la fe.

Precisado san Lino á abandonar su primer rebaño, se sintió como inspirado de retirarse á Roma, donde le estaba esperando san Pedro para confiarle el suyo; y con efecto, luego que llegó á aquella ciudad terminó el Príncipe de los Apóstoles su gloriosa carrera con la corona del martirio por los años de 68. Poco tiempo estuvo sin pastor el rebaño de aquella capital del mundo y de la Iglesia universal, siendo elegido nuestro Santo por unánime consentimiento, como el mas benemérito de todo el clero romano para sucesor de san Pedro, vicario de Jesucristo, y cabeza visible de su Iglesia. Los grandes talentos que tenia para gobernarla, su experiencia, su eminente santidad, su celo y su valor hicieron desde luego conocer que la eleccion habia sido del Espíritu Santo, acreditándole por uno de los mas dignos sucesores de san Pedro el ardiente celo en que se abrasaba por la propagacion de la fe de Jesucristo, la continua aplicacion á mantenerla en toda su pureza, la caridad universal que le constituia padre de los pobres, refugio de los miserables, consuelo de los afligidos, y asilo general de cuantos se hallaban atribulados con trabajos y con adversidades.

No obstante la calma que gozaba la recien nacida Iglesia en aque-

llos primeros dias, siempre tenia mucho que trabajar un sucesor inmediato de san Pedro para hacer perfectos cristianos á tantos neófitos como se contaban entonces, particularmente en aquella capital. A todos proveyó la vigilancia de san Lino. Iba de casa en casa instruyendo á los catecúmenos, esforzando á los confesores, y animando á todos los fieles con sus palabras, con sus limosnas y con sus ejemplos. Como crecia la miés era menester multiplicar los obreros. Consagró muchos obispos, y ordenó muchos ministros del altar. Al celo por la propagacion de la fe correspondia el que tuvo por la disciplina eclesiástica. Ordenó, como ya lo habia hecho san Pedro, que las mujeres no entrasen en la iglesia con la cabeza descubierta; conformándose tambien con esto la doctrina de san Pablo, que no quiere aparezcan en ella sin la decencia y la honestidad del velo. En medio de tan continuas y tan importantes ocupaciones en que le tenia empleado la solicitud de toda la Iglesia, hizo lugar para dejarnos escrita la historia de todo lo que sucedió entre el apóstol san Pedro y Simon Mago. Escribió tambien dos libros sobre el martirio de los apóstoles san Pedro y san Pablo, de que él mismo habia sido testigo ocular. Los que nos restan en la biblioteca de los Padres son poco conformes al original, y es verisímil que fueron alterados por los herejes.

Llenaba á Roma con el esplendor de sus virtudes y de sus milagros este gran Pontífice, no menos distinguido por su fe y por su santidad que por la suprema elevacion de su silla. Acaso no tuvo jamás enemigo mas formidable todo el infierno junto. Á la invocacion de su solo nombre enmudecian los demonios, y con la señal de la cruz los compelia á dejar libres los cuerpos en cuya posesion habian estado por largos años. Hasta la misma muerte obedecia á su voz, siendo muchos los muertos que revocó á la vida durante el curso de su pontificado á los ojos de toda la ciudad. Ni los mismos paganos se eximian de tributar respetos y veneraciones á su eminente virtud, recurriendo al santo Papa para el alivio ó para la curacion de sus dolencias. Entre otros, Saturnino, varon consular, que mandaba en Roma bajo las órdenes de los Emperadores, viendo á su hija poseida del demonio acudió á nuestro Santo, que con la señal de la cruz é invocando sobre ella el nombre de Jesucristo, la dejó libre de aquel infernal huésped. Todos esperaban que el comandante se convertiria á vista de tan insigne milagro; pero los sacerdotes de los ídolos, enemigos implacables del nombre cristiano, le infundieron tanto miedo, amenazándole con la indignacion y con la desgracia de los Emperadores, que por no incurrirla mandó cortar la cabeza al santo Ponti-

fice. Así se ejecutó; y se cree que san Lino recibió la corona del martirio por los años de 78 de Jesucristo. Los Cristianos enterraron su cuerpo en el Vaticano cerca del apóstol san Pedro.

SANTA TECLA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Tecla, cuyo nombre fue siempre tan famoso en la Iglesia, y que es llamada por san Isidoro de Pelusia y todos los griegos la Protomártir de su sexo, fue uno de los ornamentos mas brillantes de la edad apostólica. Era santa Tecla de la ciudad de Iconio en la provincia de Cilicia, tenia madre, y estaba concertada de casarse con un mancebo llamado Tamiro. En este tiempo el apóstol san Pablo, de Antioquía fué á Iconio: recibióle en su casa Onesiforo, hombre virtuoso, y juntándose en ella alguna gente bien inclinada y deseosa de acertar el camino de la salvacion, predicóles el Apóstol una y muchas veces con grande aprovechamiento de los oyentes. Junto á aquella casa estaba otra en que vivia santa Tecla, y sucedió que estando en una ventana de su casa, desde allí oyó predicar á san Pablo. Las palabras de vida del Apóstol hicieron en ella grande impresion, y no contenta con haberlas oido una vez oyóle otras muchas, tanto, que su madre vino á entender el caso, y que los sermones la habian mudado su intento; de manera, que la que antes era pagana ya dice que ha de ser cristiana; y la que antes tenia concertado de casarse ya dice que perderá primero la vida que deje de ser doncella. Dió la madre noticia de esto al esposo, y sabido por él y visto ser así, porque la doncella claramente le desengañó, y dijo la verdad de lo que pensaba hacer, que era no casarse con él ni con nadie; dió queja al Procónsul que gobernaba la ciudad, diciendo que un extranjero habia venido allí que quitaba las esposas de sus esposos, é introducia nuevos dioses en perjuicio notable de los que sus antepasados habian adorado. Mandó prender al Apóstol y azotarle cruelmente, lo cual no se verificó, habiendo declarado que gozaba del privilegio de ciudadano romano, por haber vivido en Tarso de Cilicia, y así lo desterraron. Prendieron tambien á Tecla, y oida su confesion fue sentenciada á quemar. Encendióse la hoguera, estando junta mucha gente, entró la santa doncella en medio de las llamas, y no solo no recibió daño en su persona, sino que de repente levantóse una terrible tempestad, y cayó tan copiosa agua, que mató el fuego, y espantó todos los presentes de modo que se fueron de allí. Quedó libre santa Tecla y sin lesion alguna, y tuvo lugar de irse á casa de Onesiforo, á donde halló á san Pablo y algunos cristianos que habian hecho ora-

cion por ella tres dias continuos. Fue grande el regocijo y fiesta que todos hicieron con ella, bautizóla el Apóstol, y enseñóla en las cosas de la fe; y por entender que habian de volver de parte del Procónsul á aquella casa, él se fué de ella y de la ciudad, dejando muy encomendada la santa doncella á los cristianos que allí quedaban. Y aunque se puso gran diligencia en guardarla, no pasaron muchos dias que un mal hombre, nombrado Alejandro, la prendió y llevó delante del Procónsul; y visto por él como perseveraba en no querer á su esposo y en confesarse cristiana, sentenciólá á que fuese echada á las bestias fieras en la ciudad de Antioquía, á donde la llevó, por haber de ir el Procónsul á aquella ciudad; señalóse un dia principal para esto, y venido este fue puesta en la arena del teatro, á donde salió una ferocísima leona; pero olvidando su natural fiereza al ver la Santa, echóse á sus piés. Encarece san Ambrosio lo que hacian las bestias con la Santa por estas palabras: «Huyendo santa Tecla «los deleites conyugales, y siendo condenada, por el sentimiento que «tuvo su esposo, mudó la naturaleza de las bestias, que la trocaron «por la admiracion de su virginidad. Echáronla á las fieras; y fue «tan grande su castidad que allí en el teatro bajaba los ojos por no «ver á los hombres, y ofrecia sus entrañas al leon feroz; y con esto «los que habian venido con ojos lascivos volvian con ojos castos y «honestos. Veíase la bestia fiera lamer los piés de la santa doncella «y postrársele, y con un murmullo y sonido mudo dar á entender «que no podia tocar el cuerpo de la Vírgen. Adoraba la bestia á su «presa; y olvidada de su propia naturaleza se habia vestido de la na- «turaleza de que los hombres se habian desnudado: y con mudanza «extraña viérades á los hombres crueles mandar á la bestia que lo «fuese, y la fiera, besando los piés de la Vírgen, enseñar á los hom- «bres lo que habian de hacer. Es tan admirable la virginidad que «hasta los leones se admiran de ella, y la reverencian. No pudo la «hambre mover á los leones para que hiciesen presa en la santa Vír- «gen: no su natural fiereza ni la costumbre que tenian de despeda- «zar á los otros: no el furor del pueblo ni los medios que tomaron «para irritarlos y embravecerlos contra la Santa; antes adorando á «la Mártir nos enseñaron la Religion y la castidad, pues así besaban «los piés de la Vírgen, fijos los ojos en tierra, como teniendo ver- «güenza, y mostrando que la tenian respeto, y temian que algun «hombre ó alguna bestia no viese desnudo aquel sagrado cuer- «po.» *(Ambr. lib. 2 de Virg.)*. No bastó este prodigio para que el tirano reconociese la mano del Señor que así amparaba á su esposa,

antes mandó sacarla de allí y echarla en una fosa en que habia muchas víboras y serpientes venenosas. Al tiempo que la echaban bajó de lo alto una nube de fuego que las mató á todas, y quedó libre de este tercer tormento como lo habia quedado de los dos pasados, del fuego y de las fieras. Aparejaron de nuevo otras bestias: atáronla á dos toros ferocísimos para que la despedazasen: y á fin de que estuviesen mas bravos los agarrocharon con garrochas encendidas en las puntas; mas el Señor la guardó asimismo de manera que quedó sin lesion alguna. Vistas por el pueblo tantas maravillas, y especialmente por una señora nombrada Trifena, á quien el juez habia dado en guarda á santa Tecla, comenzaron á dar voces y decir que el Dios que adoraba Tecla era poderosísimo y digno de ser adorado. Temió el Procónsul el furor del pueblo, y dió por libre á santa Tecla. Volvió á su tierra, hizo vida retirada en la cumbre de un monte poco distante de Seleucia, á donde resplandeció con virtudes y milagros, y por su ocasion muchísimos recibieron la fe de Jesucristo. Siendo de noventa años murió, y fue sepultada en Seleucia, metrópoli de Isauria ó Licaonia.

De santa Tecla escriben cási todos los santos doctores antiguos, como son san Gregorio Nacianceno, Epifanio, Ambrosio, Gerónimo, Crisóstomo, Severo Sulpicio y otros muchos; y es cosa maravillosa ver las alabanzas que dan á esta gloriosa Vírgen y bienaventurada Mártir, por haber sido la primera mujer que fue atormentada por Jesucristo, y como capitana y guia de las demás. Llámanla *Hija primogénita de san Pablo*. San Metodio en su *Banquete de las Vírgenes*, nos asegura que era muy versada en las bellas letras, y recomienda mucho su elocuencia, y la facilidad, fuerza, suavidad y modestia de sus discursos.

Sobre su sepulcro fue erigida en Seleucia una suntuosa iglesia en tiempo de los primeros Emperadores cristianos, con la advocacion de su nombre, y la hicieron famosa el número de milagros y de peregrinos que á ella acudian, como vemos en Teodoreto, Gregorio Nacianceno y otros. Es cosa muy acostumbrada en los grandes trabajos suplicar á Nuestro Señor que nos libre de ellos como libró á santa Tecla de los tormentos. San Cipriano en la oracion que hizo á Dios el dia de su martirio, le dice: «Asistidme, Señor, y sed conmigo «como fuísteis con Pablo en sus prisiones, y con Tecla en el fuego.» Y toda la santa Iglesia en las oraciones que hace al Señor, para encomendar el alma del que está agonizando, le suplica que le libre, como libró á santa Tecla de los tormentos, diciendo: «Líbrala, Se-

«ñor, como libraste á santa Tecla de tres atrocísimos tormentos. Por donde se ve los grandes méritos de esta bienaventurada Virge y Mártir, y la devocion que la debemos tener.

Segun Canisio la muerte de santa Tecla acaeció tal dia como ho por los años de 90, imperando Domiciano.

En el siglo V se escribió una historia de nuestra gloriosa Santa con algunas cosas apócrifas, diciendo que quiso vestirse en hábit de varon, por andarse en compañía de san Pablo, y que no lo con sintió él, sino que fuese en su propio traje: y que en Antioquía u hombre principal daba á san Pablo grande suma de dinero por aque lla doncella. Estas y otras cosas semejantes se cuentan allí. Por l cual el papa Gelasio condenó esta historia, poniéndola en el catálog de cosas apócrifas y de ningun crédito, y así lo que queda escrito d esta Santa es lo aprobado por graves autores y lo que tiene auto ridad.

En la grande veneracion que todo el orbe cristiano tiene á santa Tecla distínguese muy particularmente la ciudad de Tarragona en el principado de Cataluña, con motivo de estar aquella metropoli tana iglesia bajo la advocacion de la Santa. Deseaba dicha iglesia te ner alguna de sus reliquias, y sabedora de que se hallaba un brazo de ella en poder de Onsino ú Osino rey de Armenia, unidos el ilus trísimo arzobispo D. Eximio de Luna, con los cabildos eclesiástico y secular, suplicaron al rey D. Jaime el segundo de este nombre en Aragon, que se dignase enviar sus embajadores á Armenia para que pidiesen á Onsino en su nombre la expresada reliquia, á fin de en riquecer con ella la santa iglesia de Tarragona. Hízolo D. Jaime con cartas de la mas expresiva recomendacion, acompañadas de exquisi tos regalos; y condescendiendo con sus súplicas el rey de Armenia, entregó á los embajadores del de Aragon, en el año de 1320, el brazo de santa Tecla, exceptuando el dedo pulgar, que quiso reservarse para sí, el cual dió envuelto con un cendal de oro dentro de una ar quilla de plata, metida dentro de otra de roble cerrada con muchas llaves doradas, que entregó al arcediano mayor de la misma santa iglesia de Tarragona, otro de los embajadores. De esta donacion de la santa reliquia y acto de entrega hecha por el referido príncipe ar menio se halla un auto auténtico cuya data es en dicho año de 1320. Despedidos los embajadores por el rey Onsino llegaron á Barcelona con la santa reliquia, y como el rey D. Jaime desease que se hiciese su colocacion con el aparato mas solemne y cual convenia á un te soro tan señalado, mandó á los embajadores que con la misma nave

fuesen á Salou, y de allí llevasen la preciosa reliquia al lugar de Constantin, donde estuviese depositado, mientras se disponia todo lo necesario para las fiestas y honras. Convocó á los condes, barones, caballeros y hombres principales de todo el reino para el dia señalado: hizo lo mismo el Arzobispo con todos los sufragáneos, abades, priores y personas eclesiásticas de dignidad y cuenta; y se hizo la traslacion desde Constantin á Tarragona en el dia 19 de mayo del año 1323.

La majestad de Dios Nuestro Señor quiso ilustrar tambien esta traslacion con milagros, y entre otros un sacerdote llamado Ramon Castellon, que estaba del todo ciego diez y seis años habia, invocó á la bendita vírgen santa Tecla rogándola le alcanzase de Dios la vista perdida: la cual luego cobró perfectamente, de lo que Su Alteza, el Arzobispo y todo el pueblo quedaron muy consolados, y con razon.

La fiesta de la traslacion del brazo de santa Tecla celébrase en Tarragona en la quinta Dominica después de Pascua.

Sabe esta gloriosa Santa defender su iglesia, como se vió en el rey D. Pedro IV de este nombre en Aragon, quien quiso usurpar las tierras de la catedral de Tarragona, patrimonio de la Santa, é hizo mil daños en ellas enviando allá su ejército; pero después de haberle citado los canónigos para delante el acatamiento de Dios, santa Tecla le apareció y le dió un bofeton, del cual cayó malo, y murió dentro pocos dias; y reconociendo su culpa antes de espirar, y que aquella era castigo de Dios, mandó restituir á la iglesia lo que le habia tomado, y reparar los daños que habia hecho.

La magnífica catedral de Milan está dedicada á Dios bajo la advocacion de santa Tecla. (*Vill. Bul. y Dom.*).

SANTA XANTIPA Y POLIXENA.

Santa Xantipa fue una de las mas esclarecidas mujeres de Córdoba en el imperio de Neron. Su nombre da á entender que descendia de los antiguos griegos que poblaron aquella ciudad. Casó con Proculo, romano al parecer, y uno de los señores principales de aquella tierra, amigo íntimo del Emperador. Tenia otra hermana llamada Polixena, de la cual no consta que hubiese casado. Era á este tiempo pretor de la España ulterior Filoteo, cuya residencia, como la de todos los demás pretores, era Córdoba, donde estaba la basílica y pretorio. Dicen, pues, que cuando san Pablo vino á España, cuyo hecho tiene á su favor insignes testimonios, persuadió Xantipa á su esposo que le hospedase en su casa, y fue adoctrinada con su predi-

cacion en el Evangelio de Jesucristo, cuya fe abrazaron ella y su esposo. Añaden que Xantipa vió en la frente de san Pablo unas letras que decian: Pablo, apóstol de Jesucristo. Polixena partió con el Apóstol á Acaya, provincia de la Grecia que hoy decimos la Morea, donde san Andrés predicaba, de cuya mano recibió el Bautismo. Despues volvió á Córdoba á la compañía de su hermana, de cuyo ejemplo y persuasion se valió Dios para que aquella ciudad, dejada la supersticion de la idolatría, abriese los ojos á la fe, y se convirtiese á la adoracion de su santo nombre. Uno de los convertidos fue Filoteo. Murieron estas dichosas hermanas en la paz del Señor hácia el año 70 de Cristo. Su memoria se señala hoy en el Martirologio romano y en el Menologio de los griegos.

La Misa es en honor de san Lino, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui nos beati Lini, martyris tui atque pontificis, annua solemnitate laetificas: concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu mártir y pontífice el bienaventurado san Lino; concédenos por tu bondad que experimentemos los efectos de su proteccion en la tierra, cuando reverentes festejamos su nacimiento á la gloria. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 1 *del apóstol Santiago.*

Charissimi: Beatus vir, qui suffert tentationem; quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitae, quam repromisit Deus diligentibus se. Nemo, cum tentatur, dicat, quoniam à Deo tentatur. Deus enim intentator malorum est; ipse autem neminem tentat. Unusquisque vero tentatur à concupiscentia sua abstractus et illectus. Deinde concupiscentia cum conceperit parit peccatum; peccatum vero cum consummatum fuerit, generat mortem. Nolite itaque errare, fratres mei dilectissimi. Omne datum optimum et omne donum perfectum, desursum est, descendens à Patre luminum, apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio. Voluntarie enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturae ejus.

Carísimos: Bienaventurado el varon que sufre la tentacion: porque cuando fuere examinado recibirá la corona de vida, que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno cuando es tentado, diga que es tentado por Dios: porque Dios no es tentador de cosas malas; pues él á nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le saca de sí, y le aficiona. Después la concupiscencia, habiendo concebido, pare el pecado; y el pecado después, siendo consumado, engendra la muerte. No querais, pues, errar, hermanos mios muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo de aquel Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Porque él de su voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que seamos algun principio de su criatura.

REFLEXIONES.

A cada uno le tienta el atractivo de su propia concupiscencia. Hablando en propiedad nosotros mismos somos nuestro mayor tentador. No hay que atribuir al demonio lo que es cosecha de nuestro propio terreno. Nuestro amor propio, nuestra concupiscencia, nuestro propio corazon, son aquel fino, aquel artificioso enemigo que nos arma tantos lazos, que nos hace caer en las redes que nos tiende. El primer coste siempre le hace la pasion dominante, gana primero el entendimiento, y despues rinde el corazon: conquistados estos dos fuertes, reina con imperio la concupiscencia. En vano quiere resistirse la fe; en vano hace sus protestas: hasta los esfuerzos de la razon son desmayados y débiles: la concupiscencia los deslumbra todos; y es tanto el ruido que mete que no se dejan percibir las voces de la conciencia. Embótase la punta de los remordimientos contra la dureza del corazon, que comienza en estragado, y acaba en insensible. En apoderándose la concupiscencia del corazon humano todo es tumulto, todo confusion, y este es el orígen de las tentaciones. Siempre se logran algunos intervalos de la fe y de la razon; pero su desmayada luz entre tantas y tan espesas tinieblas solo sirve como para entrever de cuando en cuando el lastimoso estado en que uno se halla, al modo que al pasajero resplandor de los relámpagos se descubre de tiempo en tiempo el precipicio que nos ocultaba la tenebrosa oscuridad. En este infeliz estado se viene á caer cuando no se acude con tiempo á impedir que tome fuerzas la concupiscencia, cuando desde los principios no se ataja, no se sujeta, no se doma la pasion dominante. Fomentase por todos los caminos al amor propio, y ¡nos quejamos despues de los estragos que hace! Lisonjéase en todo á la pasion dominante, ¡y despues hay grandes quejas por los alborotos que excita! Atribúyese á la malicia del demonio una ocasion próxima que se buscó muy de propósito: un mal pensamiento que nació en nuestro corazon; pero le engendró una vista voluntaria y muy deliberada; la lectura de un libro que se solicitó con el mayor cuidado; una larga, tierna y amorosa conversacion en que se derramó el corazon, y fué á buscarse muy de intento. Es cierto que las pasiones son tentaciones continuas; pero estas pasiones nos deben á nosotros mismos toda su fuerza y toda su malicia. Tal vez despiertan hasta en la soledad y en el desierto: ni los rigores de la penitencia bastan siempre para contenerlas: en medio de ellos se amotinan y conspiran en nuestra pérdida. Pero es preciso confesar que en ninguna parte son tan

temibles como entre los placeres, entre las diversiones, en la libertad que se concede á un corazon inmortificado, en la disipacion, en la indevocion, y en medio de ese gran mundo. No demos lugar á la tentacion: estemos siempre en centinela contra los asaltos de las pasiones, y poseamos nuestra alma con el recogimiento y con la modestia. Mortifíquese el corazon, reprímanse, arréglense los sentidos, y á buen seguro que hará pocos progresos la tentacion.

El Evangelio es del capítulo XIV *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim aedificare, non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquam posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo coepit aedificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens prius cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longe agente, legationem mittens, rogat ea, quae pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quae possidet, non potest meus esse discipulus.

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque, ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, después de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? Ó ¿qué rey, debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy léjos le envia embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

Del fin del hombre.

Punto primero.—Considera que no estamos en este mundo por casualidad. Algun fin se propuso Dios cuando nos sacó de la nada, y este fin no puede ser otro que el de su gloria, habiéndonos criado para conocerle, para amarle y para servirle. Glorificamos á Dios conociéndole y amándole; le damos testimonio de este amor sirviéndo-

le; y le servimos guardando sus mandamientos. Bien pudo Dios no criarnos; pero nunca pudo criarnos para otro fin.

El desórden de las costumbres podrá muy bien hacernos olvidar nuestro deber, pero nunca podrá mudar nuestro último fin; y por desarregladamente que vivamos, siempre será verdad que no estamos en este mundo para amontonar riquezas, para adquirir honras, para gozar de muchos placeres, y para hacer en él una gran fortuna. Solo estamos en él para servir á Dios, para amarle y para glorificarle con nuestro amor.

Los Reyes y los pueblos, los ricos y los pobres, los mozos y los viejos solo están en el mundo para este único fin. Que los hombres sean de diferentes clases y condiciones: que haya subordinacion entre ellos; que unos nazcan para señores y otros para vasallos, todos nacieron para el mismo fin, y todos convienen en este punto capital que todos nacimos para conocer á Dios, para amarle y para servirle.

Que se pase la vida sin pensar siquiera á qué fin estamos en este mundo; que llegue la muerte sin haber pensado jamás en él, siempre subsistirá esta verdad en todos sus principios y en todas sus consecuencias. Siempre será verdad que aquel libertino que vive como si no estuviera en este mundo mas que para entregarse á los deleites y á los placeres; que aquella persona mundana que tiene tan poca religion; que aquel hombre del mundo dedicado únicamente á hacer fortuna en él; siempre invariablemente será verdad que todas estas personas solo están en la tierra para amar á Dios, para servir á Dios y para agradarle. No fue mas criado el fuego para calentar, ni el sol para alumbrar, que el hombre para servir á Dios y para glorificarle. ¡Qué reflexiones se ofrecen sobre esta verdad! ¡qué sobresaltos, qué remordimientos deben producir estas reflexiones!

Pero ¿subsiste el dia de hoy entre los mundanos esta verdad fundamental de nuestra Religion, esta basa en que estriba todo su edificio? Pues qué, en esta risueña estacion del año que brinda á todos con unas diversiones tan poco cristianas, ¿no hay cristiano que no esté obligado á amar á Dios, á servir á Dios, á glorificar á Dios ni mas ni menos como en los dias destinados á la penitencia? Pero ¿qué será de aquellas personas que tanto se oponen á esta indubitable doctrina? ¿Viven segun el fin para que están en este mundo? Y ¿cuál será el término de un camino que no va á dar en nuestro último fin?

Punto segundo. — Considera que no hay verdad en el cristianismo que mas presto se aprenda que la del fin del hombre; pero tam-

poco la hay en que menos se piense, ni que menos fuerza nos haga cuando se piensa en ella. Acaso nunca se ha penetrado bien su sentido, ni mucho menos sus consecuencias. Porque si es verdad que solo estoy en este mundo para servir á Dios, no debiera haber en mi vida ni una sola accion que no se refiriese á Dios, y quizá no encontraré en toda la mia ni una sola que haya hecho únicamente por Dios.

Si se consideran precisamente nuestras costumbres, nuestras máximas y nuestra conducta, ¿se dirá que es Dios nuestro último fin? Cada cual tiene sus fines; pero si no es Dios este fin, ¿cuál será nuestro término? Cada cual tiene sus fines; pero ¿qué fines son estos? Aquella conveniencia, aquel empleo, aquella ganancia, aquella diversion, y muchas veces aquel pecado: este es el objeto de mi concupiscencia, de mi ambicion, de mi pasion dominante. Este es propiamente el fin de aquellas negociaciones, de aquellos desvelos, de aquellas solicitudes, de tantos pasos, de tantos movimientos, de aquella vida dura, aplicada, bulliciosa y atropellada de tantas gentes: y ¿en esas fatigas, en esa aplicacion, en ese estudio ingrato y laborioso se mira muchas veces á Dios? ¿Se consulta su divina ley? ¿se toman medidas justas para lograr el último fin? Ciertamente en la mayor parte de las empresas y de los grandes negocios del mundo para nada se cuenta con Dios.

¿Búscase á Dios en esas profanas diversiones, en ese juego, en esas concurrencias en que la profanidad saca á la calle todo su aparato? ¿búscase á Dios en esos proyectos ambiciosos, en esos suntuosos equipajes y en esos espléndidos banquetes? ¿búscase á Dios en esas devociones de ruido, de moda y de capricho? Después que la vanidad y el amor propio se levantan, por decirlo así, con lo mejor de nuestras acciones, ¿restará en ellas mucho donde Dios pueda usar de su derecho?

¿Será posible que llegue á tanto nuestro atolondramiento que miremos á sangre fria nuestro descamino y nos complazcamos en él? Yo no estoy en este mundo sino para conocer, para amar y para servir á Dios; pero ¿conozco bien á este Dios, cuyas leyes atropello, y cuyas santas máximas ha tanto tiempo que estoy menospreciando? ¿Amo á este Dios á quien desagrado sin reparo, á quien ofendo sin remordimiento, y á quien deshonro con mi vida? ¿Sirvo á este Dios cuando no reconozco otro dueño que al mundo y á mis pasiones?

Hombres ingratos, exclama el Profeta, ¿aun no estais contentos con vuestra herencia de tener á Dios por vuestro último fin? Pues

¿por qué os quereis dividir entre Dios y el mundo? ¿Qué se debe inferir de aquí? Y ¿cuál será el efecto de los terribles cargos que me hace mi conciencia?

Qué, mi Dios, ¿será posible que solo estoy en este mundo para amaros y para serviros, y acaso se habrá pasado la mejor y la mas bella parte de mi vida sin haberos servido ocho dias, y aun quizá ni un solo dia?

Callo, Dios mio, y sello mis labios, cubierto de confusion. Yo he vivido, yo he envejecido en la disolucion y en el desórden; pero Vos, Señor, que vais á buscar la oveja perdida, no desecharéis la que con vuestra divina gracia acude á postrarse á vuestros piés, protestando no quiere ya servir á otro dueño que á Vos solo.

JACULATORIAS. — Hacedme, Señor, la gracia de que reconozca mi fin, para dedicarme en adelante á él de otra manera que lo he hecho hasta aquí. (*Psalm.* XXXVIII).

Todo soy vuestro, Dios mio, y lo soy por muchos títulos; no quiero vivir en adelante sino para Vos. (*Psalm.* CXVIII).

PROPÓSITOS.

1 El fruto es del dueño á quien pertenece el árbol. Todos somos de Dios por muchos motivos; y así deben ser de Dios todas nuestras acciones. Cualquiera de ellas que tenga otro fin es sin mérito. ¡Oh, y cuántas obras son perdidas para la eternidad! Interesamos, pues, mucho en evitar esta pérdida. No hagas cosa sin tener en ella otro fin que el de agradar á Dios; propongámonos en todas su mayor gloria, y encontrarémos siempre la nuestra. Bien se puede decir que nuestros intereses son inseparables de los suyos. Pero es muy fácil equivocarnos en esta concurrencia de motivos; y no pocas veces nos buscamos á nosotros mismos, aun cuando nos lisonjeamos de buscar únicamente la mayor gloria de Dios.

2 *La caridad* (dice el Apóstol) *es paciente, es benigna, no entiende de celillos ni de emulaciones.* Todo celo amargo, inquieto y agrio; todo celo acompañado de cierta secreta emulacioncilla no es celo. El carácter del verdadero celo, es decir, de aquel celo que tiene á Dios por primer móvil, es curar las llagas con óleo y con vino, como el caritativo Samaritano: es corregir las faltas con dulzura, esperar el efecto de los remedios con paciencia: alegrarse verdaderamente del fruto que hace el Señor en las almas por los trabajos de otros. Aquella maligna tristeza que se experimenta al ver que otros hacen mas

fruto que nosotros con los ministerios, es prueba evidente de que en nuestras buenas obras buscamos alguna otra cosa que no es Dios. *Si tu celo es amargo* (dice el apóstol Santiago) *y tu espíritu contencioso, no te glories en tus trabajos: esa sabiduría no es la que viene de arriba, es una sabiduría terrestre, diabólica y animal:* por tanto, donde hay envidia hay desórden y acciones perversas de toda especie. Si tienes que corregir á tus hijos, ó que reprender á tus criados, guárdate bien de hacerlo con altivez, con cólera ni con destemplado ardor: la caridad es dulce y nunca se descompone. Son pruebas de una intencion derecha y pura trabajar sin turbacion, sin inquietud y sin apresuramiento: trabajar con tanta aplicacion y con tanto celo en secreto como en público; en empleos deslucidos como en los mas brillantes; en una rústica aldea como en las mas cultivadas y mas numerosas poblaciones; con los pobres y desvalidos como con los ricos y poderosos; á vista de todo el mundo como en un rincon sin testigos: trabajar como si no hubiera en el mundo mas que Dios, y alegrándonos de que los demás trabajen todavía mas que nosotros: no inquietarse cuando le interrumpen el trabajo, y cumplir tan exactamente con las menores obligaciones como con las mayores. Aquellas personas religiosas que hacen poco caso de las reglas menudas, con pretexto de que son menudencias, seguramente no buscan puramente á Dios en la observancia de las mayores. El que únicamente aspira á dar gusto al dueño á quien sirve, igualmente le complace en todo lo que le agrada.

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

La fiesta de la bienaventurada Vírgen María con el título de la Merced. *(Véase su historia en las de hoy).*

El martirio de los santos mártires Andoquio, presbítero, Tirso, diácono, y Félix, en Autun; á los cuales san Policarpo, obispo de Esmirna, envió desde Oriente á predicar el Evangelio en Francia, en donde después de haberles azotado cruelmente, los tuvieron un dia entero colgados de las manos atadas á las espaldas; luego los arrojaron al fuego, de donde salieron sin lesion; y finalmente, magullándoles la garganta con varillas, fueron gloriosamente coronados.

El martirio de san Pafnucio y sus compañeros, mártires, en Egipto; el cual estando en el desierto tuvo noticia de que habia muchos cristianos en las cárceles, é inspirado de Dios se presentó voluntariamente al prefecto, y con grande ánimo le dijo que era cristiano, quien mandó que le atasen con cadenas de hierro, y le atormentasen por largo tiempo en el potro. Después en compa-

ñía de otros muchos le envió á Diocleciano, por cuya órden le clavaron contra una palma; á los demás pasaron á cuchillo.

Cuarenta y nueve santos Mártires, en Calcedonia; los cuales después del martirio de santa Eufemia *(cuya vida se lee en el dia 16 de este mes)*, fueron condenados á las fieras en tiempo del emperador Diocleciano; pero habiendo sido milagrosamente preservados de este tormento, por último degollándolos, volaron al Señor.

San Gerardo, obispo y mártir, en Hungría, llamado apóstol de los húngaros; el cual siendo de una familia de senadores de Venecia, fue el primero que ennobleció su patria con un esclarecido martirio.

La dichosa muerte de san Rústico, obispo y confesor, en Auvergne.

San Geremaro, abad, en la diócesis de Beauvais.

FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED Ó MISERICORDIA.

Entre las florecientes familias que bajo el título y nombre de la Reina de los Ángeles, María santísima Madre de Dios, militan en la Iglesia católica, la santidad del papa Paulo V en la bula: *Inter omnes vitae Regularis Ordines*, llamó á María santísima primera y verdadera instituidora y fundadora del real Órden que en la Iglesia se distingue con la invocacion y título de Nuestra Señora de la Merced ó Misericordia, redencion de cautivos; porque así como las ilustres religiones de san Francisco, santo Domingo y otras, reconocen á sus santos Patriarcas por inmediatos y primeros fundadores, la real y militar Órden de la Merced reconoce á la misma Reina de los Ángeles por su verdadera Madre y fundadora.

Hallábase la mayor y mas rica parte de España oprimida del tiránico dominio mahometano, y tenian á innumerables cristianos en crueles mazmorras encerrados, no habiendo barbaridad que los infelices no experimentasen. Á unos desollaban vivos, á otros los empalaban, á no pocos quemaban las plantas de los piés, á muchos daban muerte á violencia de palos, y todos eran peor tratados que los mas viles animales de carga; siendo mayor aun la desgracia de muchos que, rendidos al miedo de tan crueles tratamientos, desmayaban y faltaban á la constancia de la fe.

La Madre de misericordia, de quien los españoles fueron siempre tan devotos, y que estando aun en vida habia tomado á España debajo de su proteccion, cuando apareciéndose al apóstol Santiago sobre el pilar que hasta el dia de hoy se venera en Zaragoza, segun la antigua tradicion del país, le mandó edificar en el mismo sitio una capilla dedicada á su nombre, prometiéndole ser especial protectora de una nacion que habia de ser devotísima suya hasta el fin de los siglos; la Madre de misericordia, vuelvo á decir, compadecida de

tantas miserias como afligian á los pobres cristianos cautivos, quiso dar al mundo un ilustre testimonio de su maternal bondad, fundando milagrosamente una religion, cuyo instituto fuese solicitar el alivio y la redencion de los cautivos cristianos que gemian bajo la cruel esclavitud de los moros. Escogió para esta grande obra á uno de sus mas santos y fervorosos siervos, cual fue san Pedro Nolasco, natural de Langüedoc, siendo su familia de las mas nobles del país, habiendo nacido el año de 1189 en un lugar del obispado de San Papoul, llamado Mas de las Santas Doncellas, á una legua de Castelnaudari, y en quien parecian como nacidas en él la singularísima ternura hácia la Madre de Dios y la compasion con los miserables cautivos.

Ya dijimos en la vida de este gran siervo de Dios *(que se lee en las del dia 31 de enero)* que animado con los felices sucesos que experimentó en los primeros ensayos de su abrasada caridad, no contento con añadir á sus propios bienes las muchas limosnas que pudo recoger de sus amigos, persuadió á muchos caballeros de conocida piedad que se juntasen con él para formar una piadosa congregacion ó cofradía, dirigida á solicitar la redencion de cautivos cristianos, bajo el título y la particular proteccion de la santísima Vírgen.

Comenzaba la piadosa congregacion á experimentar los efectos de su caritativo celo en favor de los cristianos cautivos, aunque no sin las contradicciones que por lo comun tienen todas las obras grandes y santas; cuando la Reina de los cielos quiso dar á toda la Iglesia otra nueva, pero muy insigne prueba de la atencion que la merecen nuestras necesidades, y de la maternal compasion con que mira las aflicciones y los trabajos de los fieles. Apareciósele á san Pedro Nolasco la noche del primer dia de agosto del año de 1218, á tiempo que estaba el Santo en oracion derritiéndose en lágrimas con la consideracion del duro cautiverio de tantos pobres cristianos, que con peligro de su eterna salvacion gemian bajo la tiranía de los bárbaros infieles. Llenó la Señora de celestiales consuelos á su fidelísimo siervo, y le dijo que no podia hacer cosa mas agradable á su santísimo Hijo y á sí que fundar otra nueva congregacion con el título de Nuestra Señora de la Merced, para la redencion de los cristianos cautivos bajo el dominio de los moros.

Asombrado san Pedro Nolasco con aquella milagrosa vision, exclamó postrado en la tierra: «Y ¿quién sois Vos, que teneis tan penetrados los secretos de Dios? Pero, y ¿quién soy yo, miserable pecador, para encargarme de tamaña empresa? — Yo soy María, Madre de Dios, respondió la Vírgen, que traje en mis entrañas y

«dí á la luz del mundo al soberano Redentor de todos los hombres, «y deseo haya en la Iglesia una nueva familia que haga singular «profesion de rescatar á los cautivos. Anda y funda esta Religion, «que tomo desde luego debajo de mi proteccion. Yo te facilitaré los «medios, y allanaré todos los estorbos.» Desapareció la Vírgen, y Nolasco se reconoció animado de nueva caridad y de mas encendido celo. Persuadido ya de la voluntad del Señor, tan descubierta por una vision en que no podia poner duda, nada tuvo que discurrir sino en proporcionar los medios para la ejecucion de empresa tan importante. Pero no atreviéndose á dar paso alguno sin consultarle primero con su confesor, que lo era san Raimundo de Peñafort, se encaminó á buscarle, y le refirió sencillamente todo lo que le habia sucedido en la oracion. La santísima Vírgen habia revelado lo mismo á san Raimundo, y este le declaro que habia tenido la propia vision. Confirmados uno y otro en que el pensamiento era de Dios, se fueron derechos á palacio para comunicar al Rey lo que intentaban, y confiarle al mismo tiempo la noticia del duplicado milagro. Pero quedaron gustosamente sorprendidos cuando luego que el Rey los vio en su cuarto se anticipó á contarles una vision que habia tenido, y era enteramente conforme á la de los dos; porque no queriendo la Vírgen que se pusiese en duda un milagro tan grande de su misericordia y de su bondad con los cautivos cristianos, dispuso que se confirmase con tres testimonios tan auténticos. Desde aquel punto solo se pensó en disponer todo lo necesario para la fundacion de una Órden que se puede llamar milagrosa, habiendo debido su nacimiento á tan insigne milagro.

El dia de san Lorenzo del mismo año, el Rey, acompañado de toda su corte y de los magistrados de Barcelona, pasó á la catedral, llamada Santa Cruz en Jerusalen, donde subió al púlpito san Raimundo, y publicó á presencia de todo el pueblo la vision que á un mismo tiempo habian tenido el Rey, Pedro Nolasco y el mismo Santo, con lo que la Madre de misericordia les habia revelado tocante á la fundacion de una Órden religiosa, con el título de Nuestra Señora de la Merced, redencion de cautivos. Acabado el ofertorio, el rey don Jaime y san Raimundo tomaron de la mano á Pedro Nolasco, y le presentaron á D. Berenguer de Palou, obispo de Barcelona, quien le vistió el hábito blanco y el escapulario de la Órden; poco antes de la Comunion hizo el nuevo Fundador los tres votos acostumbrados de religion, y añadió el cuarto, por el cual así él como todos los que abrazasen el nuevo Instituto, se obligaban no solo á pedir limosna

para rescatar á los cristianos cautivos, sino á quedarse ellos mismos en rehenes y por rescate siempre que lo pidiese la necesidad. Al mismo tiempo hicieron tambien la profesion otros dos caballeros, y el Rey cedió al santo Fundador la mayor parte de su palacio de Barcelona para que fabricase el primer convento de la Órden, y quiso que los religiosos llevasen sobre el escapulario el escudo de las armas de Aragon, á las que añadió el Santo, con beneplácito del Rey, la cruz blanca que decora el escudo de la ilustre catedral de Barcelona, en reconocimiento del favor que en ella se recibia, teniendo en ella principio la sagrada y militar Religion.

Tal fue el nacimiento de esta sagrada Religion, tan respetable por su milagroso instituto, y tan célebre por los grandes hombres que ha dado para la redencion y para el consuelo de tantos cautivos cristianos. Confirmóla el papa Gregorio IX, y honróla con crecido número de grandes privilegios, muchas gracias y plenarias indulgencias la santa Silla apostólica, en reconocimiento de tan insigne y tan heróica caridad. Y la santidad del papa Paulo V instituyó la fiesta de la Descension ó Aparicion de la inmaculada Vírgen María, para que se celebrase en toda la Religion en la Dominica mas inmediata á las calendas de agosto, como don dado del cielo: y la santidad del papa Inocencio X aumentó el culto de la festividad, concediendo para el rezo oracion y lecciones propias en el segundo nocturno, extendiendo su rezo á todos los reinos, dominios y provincias sujetas al católico rey de España Carlos II, y después la santidad de Inocencio XII á toda la Iglesia católica, mandando que en adelante se pusiera en el Martirologio romano el elogio de la aparicion de María santísima para la fundacion del real Órden de Nuestra Señora de la Merced, redencion de cautivos (*véase el Martirologio del dia 10 de agosto*); y se celebrase la fiesta á los 24 de setiembre, realzando así y perpetuando la memoria de un beneficio tan grande, y en accion de gracias por la fundacion de una Órden que ella misma es un milagro de la mas heróica cristiana caridad.

Pocos siglos se hallarán en que no hubiese cuidado la divina Providencia de persuadir á los fieles por medio de algun suceso milagroso, que la proteccion que debemos esperar de la Madre de Dios, sublimada á la diestra de su Hijo, es al mismo tiempo la mas poderosa y la mas segura que nos debemos prometer si nos esforzamos á merecerla. Por tanto, debemos hacer todos los esfuerzos posibles para merecer esta proteccion con nuestra confianza, con nuestras oraciones y con nuestro celo en obsequiarla y servirla. Mas ¿y qué no de-

berémos hacer nosotros por esta Señora en vista de lo que esta Señora hace por nosotros? Habiendo dado al mundo el Mediador que nos reconcilió con su eterno Padre, cooperó después ella misma en cierta manera á la obra de nuestra redencion, ofreciendo á su mismo Hijo, y sacrificándole en algun modo por la salvacion de los hombres. De aquí podemos inferir qué impreso tiene en el alma el deseo de nuestra salvacion.

Grandezas de la primera y milagrosa imágen de la santísima Vírgen María con el título de la Merced.

La santísima imágen que con el título de la Vírgen de la Merced se venera hoy dia en Barcelona en su magnífico templo, es la misma que colocó en su primer altar la mano de san Pedro Nolasco, y de consiguiente la primera que ha venerado la Religion Redentora, por lo cual se ha llevado siempre los primeros y mas cordiales cariños así de esta como del afecto barcelonés. La rara y singular belleza, la peregrina y enamoradora hermosura que se admira en dicha venerable Imágen, es el mayor testimonio de ser retrato verdadero de las mismas naturales facciones del original que muchas veces apareció á dicho san Pedro Nolasco. Ciertamente no hay ojos que una vez con atencion devota hayan visto su santo y hermoso rostro que no queden ansiosos de volverle á mirar. Tiene gravedad reverente, afabilidad modesta, y severidad graciosa. Está sentada en una primorosa y proporcionada silla, esculpida á lo antiguo; el color del rostro es blanco y colorado, y tan lustroso que mas parece brilla en él un campo alegre de estrellas que no primores del arte, el cual ni con sus mas ingeniosos pinceles ha podido sacar copia bien imitada, porque la experiencia de repetidos ensayos ha manifestado que hay maravillosos trueques en los colores de su rostro, sobrepujando al lustre que de suyo tiene otro prodigioso. Tiene el cabello destrenzado y suelto, caido sobre las espaldas, atado con una cinta al igual del cuello. El vestido es honestamente escotado; los brazos caidos, pero levantadas á medio aire las manos para sustentar el santo Niño. El calzado es puntiagudo al uso de la antigüedad. El Niño es muy parecido á la Madre en el lustre del rostro, aunque no tan colorado, es risueño de cara, tiene la una mano alargada con el globo del mundo, y la otra, que es la izquierda, tiene encogida sobre el pecho. Para llenar el deseo de los fieles, que acuden continuamente á besar las santas manos de María, está un espacioso y pulidísimo camarin, adornado de be-

llísimas pinturas y de un primoroso altar, donde se manifiestan l preciosos vestidos, que se mudan segun la diversidad de las fiesta alhajas de oro y plata, santas y singulares reliquias, entre las cua les es de notar un santo cabello de la Vírgen.

Ha sido siempre, y es todavía dicha santísima Imágen el univer sal consuelo, el seguro y cierto asilo de la ciudad de Barcelona, cu yos condes-reyes de Aragon, en sus apretadas urgencias recorriero con esperanza constante á la que siempre lo habia sido con ellos consolarle. Mas no faltó la real piedad y munificencia al acuerdo estos consuelos, pues con dádivas, asistencias y privilegios procura ron merecer el nombre de agradecidos. El rey D. Jaime I, especia mente, hizo su real capilla á dicha iglesia de María, dando á sus r ligiosos el título de sus capellanes, cuya defensa, y de dicha su ca pilla real, encomendó al perpetuo patrocinio de los señores Consell res de dicha ciudad. Pero no solamente ilustró dicho santuario María el honroso título de *Casa y capilla real*, sino tambien el glo rioso de *Cámara angelical*, debido por las mismas causas, motivos fundamentos que le gozan las iglesias de Loreto y del Pilar de Zara goza; porque si el haber hombros de Ángeles trasladado la santa casa de Loreto al lugar donde hoy es venerada, la publica angelical, tam bien angélicos espíritus han transportado la dicha santa imágen de la Merced de Barcelona desde su iglesia á alto mar, que tempestuoso amenazaba la pérdida del dinero de la redencion y de la vida de los Padres redentores, los cuales quedaron libres, reduciéndose obedien te el borrascoso mar á vista de Imágen tan singular, cuyos vestidos rociados de las aguas fueron calificados testigos de maravilla tan ex traordinaria, habiendo sido celestiales los porteros que lo fueron de dicha iglesia al salir y entrar la milagrosa Imágen. Es cámara an gelical la del Pilar de Zaragoza, ya porque en ella se apareció Ma ría al glorioso apóstol Santiago, como tambien por las músicas ce lestiales que allí concertaron los espíritus soberanos: en la iglesia de María de la Merced de Barcelona uno y otro aconteció, pues en ella la misma Vírgen María, acompañada de su angélica capilla, cantó una noche los Maitines, á los cuales asistió san Pedro Nolasco. Aten diendo á estos y otros motivos, la antigüedad tributó á dicha iglesia de María el referido timbre de *Cámara angelical*, y con razon lo pro sigue la piedad, ya que en el logro de las mercedes de María, ve nerada en dicha su Imágen, no se ha advertido diferencia de tiem pos ni circunstancias.

En esta misma real y angelical capilla nació el fervor barcelonés,

perpetuo defensor de la purísima Concepcion de la santísima Vírgen, cuando en la fiesta de este santo misterio dispuso esta purísima Señora que la masa que tenia el panadero prevenida para el sustento de los religiosos quedase convertida en lodo y sangre, prodigio cuya singularidad movió á Barcelona á que mandase que el dia de la Santa Concepcion de María no se encendiesen los hornos, como se ejecutó, sino los corazones de todos en devocion de tan portentoso misterio, cuya defensa vinculó la Vírgen á su religion redentora; herencia dichosa, presentada en la candidez de su hábito.

El continuado patrocinio de María santísima de la Merced para con la ciudad de Barcelona es confirmado por la profecía de san Pedro Armengol, quien en vida, para consolar á los barceloneses que se oponian á su partida para una soledad, les prometió el perpetuo consuelo en dicha imágen de María, promesa no violada, pues no ha habido en Barcelona peste, terremotos, secas ni otros lastimosos sucesos que no hayan procesionalmente visitado los señores Conselleres, en la antigüedad, y el Ayuntamiento en estos tiempos, dicha Cámara angelical con experimentados remedios. En el año 1652 quedó vencida la horrorosa peste que oprimia á Barcelona. En el 1680 desató las cataratas del cielo, que sueltas dieron copiosa lluvia. En el 1687 lloraba Barcelona y Cataluña toda el miserable estrago de la voraz plaga de langosta: en lance tan apretado valióse el sabio Consejo de Ciento de su acostumbrada prudencia, aplicando medios terrenos para el remedio, y buscando á un mismo tiempo los espirituales, los cuales dejó á la acertada proposicion de las santas comunidades. Todas propusieron medios muy proporcionados para la reforma de las costumbres y extincion de los pecados; tambien fueron propuestos muchos Santos para implorar su patrocinio en plaga tan singular; pero la santísima Vírgen, como tan madre de Barcelona, quiso disponer que á ella lo habia de deber todo su ciudad, inspirando al sabio Consejo recurriese con fe viva á su acostumbrado patrocinio, al cual unánime y conforme se sujetó la noche de 25 de setiembre de 1678, no instado, no prevenido, sino movido de superiores impulsos, á los que correspondieron con un sabio, pio y caritativo decreto que ejecutaron los señores Conselleres el sábado 18 de octubre del mismo año, en cuyo dia por la tarde enseñaron el innato afecto barcelonés á tan celestial Princesa. Pasaron con el acompañamiento de costumbre á dicha real capilla y angélica cámara de María santísima de la Merced, ante cuya Imágen postrados humildes le suplicaron se mostrase en necesidad tan urgente Patrona y Madre de

todos, brindándola con el dulcísimo himno: *Ave maris stella*, y r
pitiendo por tres veces el piadoso verso: *Monstra te esse Matrem.* Se
bieron luego los señores Conselleres al santo camarin de María,
cuyos piés humildemente postrados, y sus benditísimas manos ado
radas, le colocaron en la derecha la misma deliberacion y decreto d
sabio Consejo de Ciento, renovando el antiguo patronato de esta c
lestial Señora, á la cual todo el pueblo veneró en aquel instante
avisado de la artillería que desde los muros disparó haciendo salva
Saludaron á María ojos, labios y corazones, pues los ciudadanos s
hijos le ofrecieron lágrimas, alabanzas y deseos. Quedóse en la man
de María la peticion de la ciudad, quedando esta ya asegurada d
consuelo que inmediatamente se experimentó, pues desde entonce
no se vió langosta alguna, cuando antes se entraba hasta los mas r
tirados retretes de las casas. Pero ¿cómo habia de quedar sin fe
despacho peticion tan piadosa, y por las circunstancias tan humild
y ejemplar? Lengua fue poderosa el decreto del sabio Consejo d
Ciento colocado en la mano de María, que de dia y de noche clama
ba su intercesion; pero enmudeció al cabo de un año en que le en
tregó despachado la santa imágen de María á los señores Conselleres
que agradecidos le tomaron de su liberalísima mano, con repetida
y alegres adoraciones, acompañadas de una solemnísima fiesta qu
se siguió en accion de gracias de tan singular beneficio perpetuad
en la memoria de todos, con una lámpara de primorosa y singula
arquitectura, que á gastos de la ciudad arde (ó ardió hasta los años
de 1808) de dia y noche delante la santa Imágen; para cuyo asiento
ofrecieron un trono admirable tambien de plata con las armas de
Barcelona, puestas bajo las plantas de María, como que á ella se su-
jetan las necesidades todas, no solo de la ciudad, sino de todo el Prin-
cipado, para el cual igualmente imploró su patrocinio la ciudad, co-
mo cabeza de aquel que se ha visto al mismo tiempo remediado.
Quedando tambien memoria eterna del milagroso suceso con la per-
petuidad de una pomposa fiesta que dicha ciudad reconocida le voto
para el dia 2 de agosto, y el grandioso cuadro representativo del
prodigio, que subsiste en la sacristía.

SAN DALMACIO, CONFESOR.

San Dalmacio Moner, decoroso ornamento del Órden de santo Do-
mingo, nació en uno de los pueblos del principado de Cataluña, lla-
mado Santa Coloma de Fernés, poco distante de la ciudad de Gero-

a. Su padre fue labrador y muy hacendado, y su madre de linaje
ilitar. Cuando tuvo la edad competente fue enviado á estudiar á la
iudad de Gerona; advirtiendo, empero, que la patria, la abundan-
ia de todo lo necesario, y las frecuentes visitas de los parientes sue-
en hacer daño á los mozos, luego hizo resolucion de ausentarse é
se á Montpeller, donde florecia mucho el estudio general. Empleó
llá muy bien el tiempo así en lo tocante á las letras como en lo per-
eneciente al alma, frecuentando iglesias, huyendo de paseos, dán-
ose á la meditacion, y sirviendo á Dios con sencillez de corazon.
iendo ya de veinte y dos años cumplidos, considerando por una
arte la astucia del enemigo, que halaga cuando mata, y por otra la
iedicina de Cristo, que aunque temporalmente maltrata, eterna-
iente regala, determinó hacerse religioso de la Órden de Predica-
ores; y no queriendo dilatar el cumplimiento de su vocacion, se puso
iego en camino de Gerona, y en el convento que el Órden Domini-
ano tiene en dicha ciudad, vistió el santo hábito cuando contaba
einte y tres años de edad.

Ningun novicio comenzó con mas fervor la carrera religiosa, ni
inguno dió mayores pruebas de su verdadera vocacion que Dalma-
o, pues desde luego manifestó en el claustro todas las virtudes que
abia cultivado en el siglo. Su profunda humildad, su ciega obe-
iencia, su pureza angélica, su modestia singular, su puntual asis-
ncia á los oficios divinos, y sus extraordinarias mortificaciones, fue-
n de las regulares que prescribe el instituto Dominicano, dieron á
nocer á todos los religiosos el curso veloz con que corria, si no vo-
aba por el camino de la perfeccion á que era llamado. Hizo su so-
mne profesion, pero no dejó el fervor del noviciado; antes bien si
abe le aumentó en el discurso de su carrera. Quisieron los religio-
os aprovecharse de los raros talentos del Santo para la instruccion
e los jóvenes, á cuyo fin le mandaron que enseñase filosofía: obe-
ció Dalmacio, y en el aprovechamiento de sus discípulos acreditó
alto concepto que todos tenian de su persona; pero como ofendia
su profunda humildad toda distincion, no quiso de allí adelante ni
r lector ni prelado, sino vivir siempre con extraña llaneza y sim-
icidad, así del corazon como del cuerpo, para mejor de esa suerte
sistir al pestilencial vicio de la vanagloria. Renunció á los dos años
quel magisterio, y toda prelacía, no con otro objeto que el de de-
carse á los oficios mas bajos y mas despreciables de la comunidad,
ara rebatir por este medio todo impulso de gloria vana. Quisieron
sitarlo muchas personas principales, para disfrutar sus saludables

consejos; y como lo que deseaba el Santo era el desprecio, ó no l
oia, ó les respondia tan secamente, que no volvian á molestarle. A
aconteció una vez al infante D. Pedro, hijo del rey de Aragon d
Jaime II, y conde entonces de Ampurias; otra al vizconde D. Be
nardo de Cabrera; otra á D. Pedro, obispo de Gerona. Sobre to
aborrecia la conversacion de las mujeres de cualquiera estado ó co
dicion que fuesen, tanto, que si por necesidad ó mandado de la ob
diencia se veia en la precision de hablarlas, era con los ojos fijos e
la tierra, no articulando mas palabras que las precisas, sin que e
ceptuase de esta regla ni aun á sus propias hermanas, conservand
de este modo la inocencia que recibió en el Bautismo.

Aunque todo el conjunto de las virtudes dichas hicieron á Dalm
cio digno objeto de los mas altos elogios, lo que mas llenó de ado
racion á cuantos le conocieron, fue el rigor de sus asombrosas mo
tificaciones: su regular alimento eran legumbres cocidas sin cond
mento, con un poco de pan de cebada ó de mijo, y si alguna vez e
de trigo, elegia el mas duro ó mal cocido; y cuando ó en el conven
ó fuera de él le ponian algun manjar delicado, luego le echaba ó ag
fria ó ceniza para quitarle el buen gusto. Mayor fue su mortificacion
en la bebida, pues llegó caso en los mas ardorosos calores del vera
no de abstenerse del agua por espacio de diez, doce, y quince dias
siendo así que su complexion era tan árida y tan cólerica, que au
en el rigor del invierno se veia en la precision de descubrir la cabeza
al aire helado, ó bañarla con agua del tiempo, ó de poner en la boca
del estómago una piedra fria; en suma, su abstinencia llegó á tal ex-
tremo, que todos creian, no sin grave fundamento, que vivia po
milagro. A esto añadia sus continuas vigilias, pasando todas las no
ches en fervorosa oracion, en la contemplacion de las grandezas di-
vinas y de las verdades eternas; para cuyo ejercicio elegia de ordi-
nario algun lugar despejado, donde pudiese ver los cielos y las estre-
llas, á fin de moverse con mas fervor á alabar y á bendecir al Criador
del firmamento.

No satisfecho el siervo de Dios con las mortificaciones referidas, y
otras muchas con que afligia su inocente cuerpo, obtuvo licencia de
los superiores para retirarse á la cueva de Marsella, donde habito
santa María Magdalena, á fin de imitar la penitencia que en ella hizo
aquella celebérrima heroína. Pasó allí algun tiempo con una vida tan
rígida, que renovó en su persona aquellas espantosas imágenes que
nos refiere la historia de los mas famosos solitarios del Oriente; bien
que el Señor endulzaba estos rigores con el don de contemplacion que

e dignó concederle; siendo su oracion cási continua, y su sueño tan breve, que apenas interrumpia sus ejercicios devotos.

Aunque los deseos de Dalmacio eran permanecer sepultado en aquella horrosa gruta hasta la muerte, no pudiendo sufrir sus hermanos que estuviese ausente de su vista, le precisaron volver al convento; y para que no se frustrase del todo su buen propósito, le permitieron, con aprobacion del superior, que habitase en una cueva dentro de los límites del mismo monasterio, abierta en una piedra viva, húmeda, fria, é impenetrable de los rayos del sol. Encerrado el Santo en aquel lobrego calabozo, que mas parecia sepulcro que habitacion para hombre alguno, permaneció por espacio de cuatro años todo ocupado en Dios y en el ejercicio de sus acostumbradas penitencias, sin dejar su amada soledad, a no ser por los actos precisos de la observancia religiosa. Allí visitaban al siervo de Dios los celestiales espiritus con tanta frecuencia, que le llamaban comunmente el familiar de los Ángeles. Estos y otros muchos favores con que lo regalaba el Señor, lo abrasaron de tal modo en divinos incendios, que no pudiendo contenerlos dentro del pecho, se desahogaba con tiernas lágrimas, arrebatándose cási de continuo en dulces amorosos éxtasis, que no dejaban la menor duda de los celestiales consuelos en que se hallaba anegado su corazon. A todos estos irrefragables testimonios de su eminente virtud dieron muchos realces los dones de profecía y de milagros con que quiso Dios manifestar la santidad de su siervo, en comprobacion de los cuales refieren los escritores de su vida no pocos de sus vaticinios cumplidos á la letra, con muchas milagrosas curaciones de diferentes enfermos.

Finalmente consumida la salud de Dalmacio al rigor de sus excesivas penitencias, cayó en una peligrosa enfermedad, y conociendo por ella que se acercaba el tiempo de pagar el tributo impuesto á los mortales, hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia en los últimos instantes que le restaban de vida; y fortificado con los últimos Sacramentos murió tranquilamente en el dia 24 de setiembre del año 1341, á los cincuenta de su edad, y veinte y siete de religioso. Estaba en vida el siervo de Dios, árido, seco y sumamente desfigurado á fuerza de sus rigurosas penitencias, tanto que parecia un esqueleto animado; pero luego que murió apareció blanco, hermoso y resplandeciente, despidiendo de sí un olor suavísimo. Predicó la oracion fúnebre, ó por mejor decir su panegírico, Fr. Bernardo de Sescala, varon literato y veraz, quien por disposicion del confesor del Santo dijo en su elogio, que en el discurso de su vida se man-

tuvo incorrupto en el alma y en el cuerpo, sin que jamás consintiese en culpa grave. Los religiosos dieron sepultura al venerable cuerpo en su convento de Gerona, y creciendo cada dia la devocion de los fieles, fue trasladado del primer depósito á la capilla y al altar de su advocacion, que se labró en el mismo monasterio, donde se le tributa la veneracion debida del alto concepto de santidad que se merecia por sus heróicas virtudes y por sus muchos milagros. Deseaba todo el Órden de santo Domingo que se aprobase por la Santa Sede el culto inmemorial del siervo de Dios, y hecha sobre él la informacion competente en el año 1603, se remitió al papa Paulo V para que lo confirmase. No tuvo el deseado efecto por entonces la pretension de Gerona; pero sí en el pontificado de Inocencio XIII, como testifica el papa Benedicto XIV, que ejercia á la sazon el oficio de promotor fiscal en Roma; quien escribe, que formados los procesos apostólicos sobre el culto de Dalmacio por los años 1714, dada que fue la sentencia por los jueces delegados sobre ser constante de inmemorial, se aprobó por la sagrada Congregacion de Ritos, y se confirmó por el expresado Inocencio en el 13 de agosto.

La Misa es en honra de la santísima Vírgen, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui per gloriosissimam Filii tui Matrem, ad liberandos Christi fideles à potestate paganorum, nova Ecclesiam tuam prole amplificare dignatus es: praesta, quaesumus, ut quam pie veneramur tanti operis Institutricem, ejus pariter meritis et intercessione, à peccatis omnibus et captivitate daemonis liberemur: Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que para librar los cristianos de la potestad de los infieles os dignásteis aumentar en vuestra Iglesia una nueva familia por medio de la gloriosísima Madre de vuestro precioso Hijo; os suplicamos nos concedas la gracia de que nos libremos de todos los pecados y del cautiverio del demonio por medio y por la intercesion de la que veneramos con devocion como Fundadora de este sagrado Instituto. Por el mismo Señor nuestro Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXIV *del Eclesiástico.*

Ab initio et ante saecula creata sum, et usque ad futurum saeculum non desinam, et in habitatione sancta coram ipso ministravi. Et sic in Sion firmata sum, et in civitate sanctificata similiter requievi, et in Jerusalem potestas mea. Et radicavi in populo honorificato, et in parte Dei mei haereditas illius, et in plenitudine sanctorum detentio mea.

Desde el principio y antes de los siglos fuí criada, y existiré por todo el siglo futuro, y ejercité mi ministerio en el tabernáculo santo delante del Señor. Así yo tuve en Sion estabilidad, y tambien la ciudad santa fue lugar de mi reposo, y en Jerusalen tuve mi palacio. Y eché raíces en un pueblo glorioso, y en la porcion de mi Dios, que es su heredad, y mi habitacion fue en la plenitud de los Santos.

REFLEXIONES.

Estableciόse mi poder en Jerusalen, y me arraigué en aquel pueblo que el Señor honró con especial benevolencia y con bondad particular. Esta es una de las razones de aquella piadosa inclinacion que todos los verdaderos fieles tienen á la devocion, al culto y á la confianza en la santísima Vírgen. Nació esta tierna devocion con la misma Iglesia, y es inseparable del espíritu de nuestra Religion. No hay Santo en el cielo que no hubiese sido ardiente y celoso siervo de la Madre de Dios; reina y reinará siempre María en el corazon de todos los escogidos: *In electis meis mitte radices.* Cuando Dios escogió á María para Madre de su Hijo, la hizo soberana protectora y Madre de todos los verdaderos fieles. De aquí nace sin duda aquella indiferencia, aquella frialdad, aquella aversion de todos los réprobos, de todos los enemigos de la Religion contra la Madre de Dios. Deslúmbralos su resplandor, y no pueden sufrir su luz los ojos débiles y achacosos. Las almas que arrastran por la tierra no pueden levantarse á mirar su elevacion y su grandeza. Pero los verdaderos fieles, á imitacion de las celestiales inteligencias, no cesan de publicar sus alabanzas, reconociendo todos que después de Jesucristo toda nuestra devocion, toda nuestra veneracion y toda nuestra confianza debe colocarse en María. Cuando Aaron con el incensario en la mano se arroja en medio del pueblo para que el fuego del cielo no le reduzca á cenizas, entonces se deja Dios aplacar por el incienso, dice un gran siervo del Señor. Aun el mismo Señor, cuando en el furor de su ira parece resuelto á exterminar á su pueblo en castigo de sus maldades, busca un solo hombre justo que aplaque su indignacion, y se queja de que no pueda encontrarle: *Quaesivi de eis unum qui interponeret sepem, et staret oppositus contra me pro terra ne disiparem eam, et non inveni.* No me admiro, no, ó Padre de las misericordias. Aun no habia nacido María en aquellos desgraciados tiempos; aun no habíais concedido al mundo tan poderosa medianera; pero después que tuvimos la dicha de lograrla, ¡cuántas veces aplacó vuestra justa indignacion! ¡cuántas detuvo vuestro brazo vengador! ¡cuántas se puso entre Vos y el pecador, presentándoos las lágrimas que nos hacia derramar el arrepentimiento; consiguiendo el perdon de nuestras culpas, y forzando, por decirlo así, vuestra providencia á explicarse en milagros y en prodigios para darnos la salvacion! Dichosa, pues, el alma que colocó en María su confianza; dichosa la que venerando profundamente al Hijo, aprendió desde su infancia á implorar la proteccion

de la Madre; la que nunca separó en su corazon al uno de la otra ni movida de cierto engañoso celo, se privó miserablemente de un de los mas poderosos y mas eficaces medios que tenemos para sal varnos.

El Evangelio es del capítulo XI *de san Lucas.*

In illo tempore: Loquente Jesu ad turbas, extollens vocem quaedam mulier de turba, dixit illi: Beatus venter qui te portavit, et ubera, quae suxisti. At ille dixit: Quinimmo beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.

En aquel tiempo: Hablando Jesús á las turbas, alzó la voz cierta mujer de en medio de ellas, y le dijo: Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió: Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

Los bienes que la santísima Vírgen procura á sus verdaderos devotos.

Punto primero.—Considera lo que dice san Antonino acerca de la devocion con la santísima Vírgen. Aplícala este gran siervo suyo lo que dice Salomon de la sabiduría, símbolo de la misma Señora, segun el Espíritu Santo: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa, et innumerabilis honestas per manus illius:* viniéronme con ella todos cuantos bienes podia desear; fueron sin número las honras y las gracias de que me llenó. Esto mismo pueden decir los verdaderos devotos de la Vírgen. Los bienes temporales solo se llaman bienes por analogía; son bienes aparentes, superficiales, caducos y siempre insuficientes. Ninguno es capaz de llenar nuestro corazon, y ninguno hay que no le altere. Los verdaderos bienes del hombre son los espirituales, bienes que satisfacen, bienes sólidos, bienes que verdaderamente lo son para el tiempo y para la eternidad. Tales son las gracias del Redentor, todas de infinito precio; la inocencia, la devocion, las virtudes, el vencimiento de las pasiones y de las tentaciones, las obras de virtud, el perdon de los pecados, la perseverancia en el bien, y la gracia final. Estos son los bienes que se deben estimar, los que merecen llamarse bienes del hombre, los únicos que son dignos de nuestros deseos, y objeto noble de nuestra cristiana ambicion. Estos son tambien los que nos granjea la verdadera devocion con la santísima Vírgen, tesorera y distribuidora de la gracia del Redentor, como la llaman los Santos. ¿En quién los derramará esta Madre de misericordia sino en sus queridos hijos, en sus fervorosos y fieles siervos? ¿quiénes se podrán lisonjear de tener mas parte en

ellos sino los que la aman con ternura, los que la honran con celo, y los que se dedican á servirla con amor y con fidelidad? Así como el pecado enfria y apaga la devocion á la Vírgen, así la gracia y la inocencia la vigorizan y la fomentan. María no admite en su servicio sino almas verdaderamente puras; y por eso la verdadera devocion á la Vírgen se reputó siempre por una señal poco dudosa de una vida verdaderamente cristiana; siendo esta misma vida fruto de la misma devocion, y efecto de la especial proteccion de la Madre de Dios: *Non sic timent hostes visibiles hostium multitudinem copiosam*, dice san Bernardo, *sicut aëreae potestates Mariae vocabulum et patrocinium*. No temen tanto los hombres á un numeroso ejército de enemigos, como las potestades del infierno á solo el nombre y la proteccion de María. Todo devoto de esta Señora tiene derecho para lisonjearse de esta proteccion; ninguno deja de experimentar su poder cuando se ofrece la ocasion. ¡Oh buen Dios, y qué auxilio tan poderoso es contra todas las tentaciones de la devocion con la santísima Vírgen!

Punto segundo.—Considera que la santísima Vírgen es el refugio de los pecadores, y como tales les consigue el perdon de los pecados. Una de dos; ó se deja de ser pecador, ó se deja de ser devoto de María. Esta amable Madre de misericordia aborrece al pecado; pero ama con ardiente caridad á los pecadores, y les alcanza su conversion. A ella deben aquellas gracias prevenientes, aquellas gracias eficaces que los mueven á convertirse. Pudiéndolo todo con su querido Hijo, en nada emplea con mas gusto su poder que en favor de estas almas descaminadas. Gran consuelo para los pecadores hallar en María no solo asilo seguro contra los rayos de la justa cólera de Dios, sino tambien una abogada poderosa. De aquí nacen todas aquellas gracias que acompañan á la verdadera devocion; de aquí aquellos prodigios de conversion que no quieren creer los enemigos de María, y experimentan en sí sus fieles siervos. Pero siendo tan favorable y tan benéfica con los pecadores, ¿qué no hace con los justos? ¿Qué gracias, qué favores no les alcanza del cielo? ¿Qué maravilla es á vista de esto que los mayores Santos de la Iglesia hubiesen profesado tan tierna y tan encendida devocion á la santísima Vírgen, ni cómo podian dejar de ser tan grandes Santos profesándola tan encendida y tan tierna devocion? *Ego diligentes me diligo*. Ama la Vírgen á los que la aman, segun la expresion de la Escritura, que aplica la Iglesia á la Madre de Dios. ¿Qué gracias, qué proteccion, qué favores no deben esperar de esta fuente de bondad? ¿qué auxi-

lios en la vida, y qué amparo en la hora de la muerte? Aquella gracia final que nunca se puede merecer, y es como el sello de nuestra predestinacion; aquella última gracia de que depende la eterna felicidad, es el mas precioso don que la Vírgen alcanza de Jesucristo en beneficio de sus fieles y fervorosos siervos. Por esta razon la hace la Iglesia, y nos exhorta á nosotros que sin cesar la hagamos esta oracion: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte: *Sancta Maria Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostrae. Amen.*

Hacedlo así, Vírgen santísima, rogad por mí; y sobre todo, alcanzadme la gracia de que te ame, de que te honre y de que te sirva sin aflojar y sin entibiarme todos los dias de mi vida, para conseguir por tu intercesion la perseverancia final en la hora de la muerte.

Jaculatorias. —Dignaos, ó Vírgen santísima, alcanzarme gracia para amaros, y para cantar vuestras alabanzas por todos los dias de mi vida. (*Eccl.*).

Santa María, socorre á los afligidos, alienta á los pusilánimes, enjuga las lágrimas de los que lloran, ruega por el pueblo, empéñate por el clero, intercede por el devoto sexo femenino. Sientan, en fin, los efectos de tu proteccion todos aquellos que cantan sin cesar tus alabanzas. (*Ecclesia in festiv. Mariae*).

PROPÓSITOS.

1 Si la Iglesia encontró en el título de *Madre de Dios* un objeto tan digno de veneracion que proponer al respeto de todos los fieles, en el mismo título halló tambien otra cosa de mayor consuelo y de mayor edificacion para todos nosotros. En él descubrió aquellos inmensos tesoros de gracias que ofrece á todos sus hijos. En él halló una medianera que lo puede todo, un asilo que se franquea á todos los pecadores, una madre llena de ternura, como ya hemos dicho, para con todos los hombres. Teniendo siempre á la vista estos motivos de devocion y de confianza, no solo debes recurrir á la Vírgen en todas ocasiones, sino dar pruebas prácticas de tu celo por su culto; de tu celo y de tu amor en todas las horas del dia. Es devocion muy provechosa y muy familiar á sus verdaderos siervos rezar *el Ave María* siempre que suena alguna hora. Toma desde luego esta devocion, que sin duda es muy agradable á la Madre de Dios, y de grande utilidad espiritual para los fieles.

2 Excita en tu corazon algun celo por la redencion de los cris-

tianos cautivos. Cosa extraña es que los fieles mas afligidos sean los mas olvidados. Entre los infieles de Berbería no tienen que esperar alivio ni consuelo. Son cautivos precisamente porque son cristianos: el lastimoso estado en que se hallan es capaz de enternecer los corazones mas duros; peor alojados y peor tratados que los animales mas viles; todo el dia tirando del carreton, ó trabajando en las obras públicas de mayor fatiga, y tratados como perros, sin otro sustento, por lo comun, que el que sobra del que se da á estos animales domésticos. Solo les es lícito padecer sin concedérseles la libertad de quejarse. Cada instante en peligro de apostatar, pues se les maltrata para obligarles á renunciar la fe y abandonar la Religion, y todo sin consuelo y sin alivio. Los pobres y los miserables que viven dentro de las poblaciones cristianas, vienen por sí mismos á exponernos sus necesidades; pero nuestros hermanos cautivos carecen de este consuelo. Es gran dureza olvidarlos porque no pueden venir á representarnos su miseria. Ten mucha compasion de aquellos pobres abandonados. No puedes hacer limosna mas cristiana ni mas grata á Dios y á la santísima Vírgen. Haz esfuerzos de caridad para socorrerlos. En todos los pueblos hay cepos y cajas para la redencion, echa en ellas largamente toda la limosna que pudieres; algun dia sabrás que con ella conservaste la vida y la fe de algun miserable cautivo. Acaso no hay obra de misericordia que sea mas agradable á los ojos de Dios. «Las piadosas leyes de España anulan los testamentos en que no se «deje alguna limosna para la redencion y para la casa santa de Je- «rusalen, que tambien se debe considerar en cierta especie de cau- «tiverio. Con ninguna otra necesidad se practica semejante demos- «tracion; señal cierta de que nuestros religiosos legisladores repu- «taron esta por la mayor y por la mas urgente. No te contentes, «como lo hacen tantos, con dejar señalada una misma cantidad para «cumplir con la corteza de la ley; esto en rigor mas es eludirla que «observarla. Confórmate con su espíritu mas que con su letra, y «cuando estés para comparecer delante de tu Redentor, acredita en «tu última disposicion que quieres imitarle seriamente en el oficio «de tal.»

DIA XXV.

MARTIROLOGIO.

El martirio de san Cleofas, discípulo de Cristo, en el castillo de Emaús; el cual dicen que fue muerto por los judíos por confesar á Jesucristo, y sepul-

tado con gloriosa memoria en la misma casa donde le habia dispuesto la cena *(San Lucas en el cap. XXIV de su Evangelio refiere la aparicion del Señor á los discípulos que iban á Emaús).*

San Herculano, soldado y mártir, en Roma; el cual se convirtió á Jesucristo viendo los milagros obrados en la muerte de san Alejandro, obispo, después de padecer muchos tormentos, fue degollado en tiempo del emperador Antonino.

San Fermin, obispo, en Amiens en Francia, el cual en la persecucion de Diocleciano, por sentencia del presidente Ricciovaro, después de padecer varios tormentos fue degollado, alcanzando así la corona de mártir. *(Véase su vida en las de hoy).*

Los santos mártires Pablo y Tata, su mujer, y Sabiniano, Máximo, Rufo y Eugenio, sus hijos, en Damasco: siendo acusados de que eran cristianos, fueron atormentados con azotes y con otros suplicios, en medio de los cuales entregaron sus almas al Señor.

El martirio de los santos Bardomiano, Eucarpo y otros veinte seis Mártires, en el Asia.

San Anatolon, obispo, en el mismo dia; era discípulo del apóstol san Bernabé, y le sucedió en el obispado de Milan.

San Lupo (ó Lope), que de anacoreta pasó á ser obispo en Lyon. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Anacario, obispo y confesor, en Auxerre.

San Solennio, obispo de Chartres, esclarecido en milagros, en Blois.

San Principio, obispo de Soissons, hermano del obispo san Remigio, en el mismo dia.

Las santas vírgenes Aurelia y Neomisia, en Anagni. *(Habiendo perdido á sus padres siendo aun de muy poca edad, vendieron todo su patrimonio, distribuyeron su producto á los pobres, y fueron á vivir á una soledad. Después habiendo determinado venerar los santos lugares de Jerusalen, antes de partir hicieron voto de perpetua castidad. Luego de la Palestina pasaron á Roma á visitar el sepulcro de los santos Apóstoles, y por el camino se dignó Dios Nuestro Señor acreditar su santidad con muchos prodigios. Desde la capital del orbe cristiano regresaban al Asia, cuando fueron detenidas por los sarracenos de Capua. En vano pretendieron estos hacerlas apostatar de la fe con azotes y tormentos: el Señor las libró milagrosamente de las manos de sus enemigos, y las condujo al territorio de Anagni, donde fueron hospedadas por un siervo de Dios, en cuya casa murieron acompañadas de santos Ángeles. Su muerte la señala Baronio á principios del siglo XI).*

El Calendario del principado de Cataluña hace hoy conmemoracion de santa María del Cervellon, ó del Socorro *(en vulgar catalan del Socós)*, cuya vida se lee en las del dia 21 de mayo, conforme al Calendario de Castilla la Nueva. El Martirologio romano hace memoria de dicha santa vírgen el dia 19 de este mes. *(Véase).*

SAN LOPE, OBISPO Y CONFESOR.

Aunque los escritores de las actas de san Lope, uno de los mas celebres solitarios de Francia, y uno de los mas brillantes ornamen-

tos del órden episcopal, nada nos dicen de su patria, padres y nacimiento; por lo que algunos le atribuyen lo que el Apóstol á Melquisedec sin padre, madre, ni genealogía, derivando su orígen de la eminencia de su virtud y de la grandeza de su dignidad; otros infieren la nobleza de su prosapia por la íntima familiaridad que tuvo con san Segismundo, rey de Borgoña, quien por el conocimiento práctico de la justificada conducta de Lope, movido de un impulso superior, dicen que profetizó que el santo jóven no seria lobo devorador, como denotaba su extraordinario nombre, de divina imposicion, y no de disposicion humana, sino un celoso prelado que congregaria en el redil de la Iglesia muchas ovejas descarriadas del rebaño del Señor, surtiéndolas con los saludables pastos de doctrina celestial.

Aunque no nos consta de su primera educacion, que se cree fue segun las máximas de la religion cristiana, por los progresos posteriores de su virtud, se sabe que el Santo pasó su juventud como otro Elías y Juan Bautista en la soledad del desierto, empleado en todos los ejercicios de una admirable vida solitaria, venerado como un prodigio de virtud por todos los que observaron la justificacion de su conducta. Algunos quieren que este célebre Prelado fue otro de su nombre, monje de Lerins, despues obispo de Troyes; pero por varios monumentos auténticos sabemos que la soledad que sirvió de retiro á este siervo de Dios antes de ser elevado á la dignidad episcopal, no fue otra que la isla Bárbara, sita en el rio Saona, cerca de Leon de Francia, que en tiempo de Lope no fue otra cosa que un desierto donde habitaban varios solitarios en sus respectivas celdas, bajo un inspector de conocida prudencia y virtud, á quien se sometian en todos los oficios de la vida monástica, á manera de los de la Tebaida y de la Nitria en el Oriente; por lo que algunos escritores dan el nombre de monasterio á aquel célebre eremitorio.

Sabemos por la historia de la vida de san Lubin, obispo de Chartres, que fue Lope abad ó superior de aquellos solitarios, y que difundida la fama de su eminente virtud por todo el país, habia llevado á Lubin á tomar lecciones de santidad de un Prelado de tan edificativa observancia y austeridad de vida; cuya opinion general contribuyó asimismo, para que muerto el obispo de Leon, fuese promovido á aquella cátedra por aclamacion de todo el clero y pueblo, á pesar de los esfuerzos de su humilde resistencia para excusarse de la dignidad, que no hubiera aceptado, si una especie de fermentacion que se suscitó por su reluctancia no hubiera obligado al Santo á mirar

con preferencia á sus comodidades solitarias los derechos de la paz.

Como por aquel tiempo sucediese la muerte de san Segismundo, rey de Borgoña, á quien Godemar, que lo era de Orleans, hizo prisionero, y mandó arrojar en un pozo con su mujer y con sus hijos; las turbaciones que sucedieron con esta desgraciada muerte pusieron en tal consternacion el país, que tuvo mucho que sufrir Lope en los increibles males que padecia aquella tierra, que era el teatro de la sangrienta guerra y el objeto de las violencias de los borgoñeses. Los continuos ruegos y las oraciones fervorosas del afligido Prelado movieron al cielo á proveer de remedio en tan fatal coyuntura, disponiendo el Señor que la ciudad de Leon cayese bajo el imperio de los franceses por la particion del reino que hicieron entre sí los reyes Childeberto y Clotario, después que arrojaron de aquel trono á su último rey Godemar, con cuyo motivo las cosas políticas tomaron otro mas pacífico temperamento, del que se supo aprovechar Lope para trabajar con infatigable celo en la reformacion de las costumbres de su pueblo, que habian padecido una sensible relajacion en la irrupcion de los invasores.

Todos los escritores de las actas de este insigne Prelado celebran su gran prudencia y aquella sabia industria con que, sabiendo conciliar la simplicidad de la paloma con la sagacidad de la sierpe, gobernó como un diestro piloto la nave de su iglesia; y asegurándola con la áncora de la fe, la libró de los furiosos vientos de aquellas turbulencias y violentos insultos de los herejes; portándose con tanta justificacion en los deberes de su ministerio, que satisfizo sin la menor queja todas las recomendables obligaciones que exige el Apóstol en los prelados perfectos.

Echábanse menos algunas prácticas de regularidad en el estado y de exactitud en la disciplina, cuyos importantes objetos merecian examinarse con toda circunspeccion, y establecer ciertas reglas que predefiniesen lo conveniente. Celebróse á este fin el tercer concilio de Orleans, al que concurrieron diez y nueve obispos, los cuales por medio de treinta y tres cánones arreglaron los particulares con el órden que apetecia la materia. Y distinguiéndose en este negocio la gran sabiduría, la consumada prudencia y el fervoroso celo de Lope por el bien de la Iglesia, le dieron á merecer los aplausos de sus cohermanos, entre los cuales, no obstante de hallarse algunos metropolitanos, suscribió el Santo el primero, por lo que se cree que fue el presidente de aquella célebre asamblea.

No se refieren las acciones particulares de este insigne Prelado des-

le la disolucion del Concilio, hasta poco antes del año 542 en que parece murió lleno de merecimientos, segun se sabe por la memoria de los obispos de Leon, puesto que en este año ocupaba aquella silla Leoncio, sucesor de Lope, cuyo venerable cuerpo fue sepultado en a iglesia de la isla Bárbara, lugar que le habia sido siempre tan amable, que no dejaba de pasar á él muchas veces, después de su elevacion al obispado, para conservar el espíritu de retiro y aquella pobreza evangélica, humillacion y demás prendas religiosas que habia adquirido en tan recomendable soledad. La iglesia en que fue depositado, dedicada primeramente á san Andrés y demás Apóstoles, reedificada después por el emperador Carlo Magno, reconoció por us patronos á san Martin y á san Lope; pero habiendo padecido la nisma desgracia que las demás de Francia en el funesto estrago que izo el furor de los Calvinistas en el año 1562, reservada por un proligio particular la cabeza de san Lope de la profanacion que los herejes causaron á todas las reliquias de los Santos, se volvió á colocar n el nuevo templo que reedificó en la misma isla Camilo Neufville, bad de ella, bajo el patronato antiguo de san Martin y san Lope.

SAN FERMIN, OBISPO Y MÁRTIR.

Fue san Fermin natural de Pamplona, y su familia una de las mas obles del país. Su padre Firmo ocupaba uno de los primeros carros en el gobierno de la ciudad y del senado; ni era de menos ilustre nacimiento su madre Eugenia; pero ambos tenian la desgracia e ser idólatras como todo el resto de la ciudad, en la cual aun no e habia anunciado el Evangelio. Iban un dia juntos al templo de úpiter para ofrecerle sacrificio en compañía de los demás ciudadaos, y en el camino, por dichosa disposicion de la divina Providenia, encontraron á un sacerdote de Jesucristo, llamado Honesto, que staba predicando al pueblo el Evangelio de la salvacion. Detúvolos n curiosidad de oir al extranjero, cuya gravedad, cuya dulzura y uya modestia les llevó desde luego toda la atencion; pero mucho as los arrebataron las nuevas pero grandes verdades que le estaan escuchando. Acabado el sermon, le suplicaron se sirviese ir á a casa para explicarles á ellos mas despacio y mas en particular lo nismo que en general y rápidamente le habian oido anunciar á la nuchedumbre. Condescendió gustoso san Honesto; pasó á casa de irmo, y este le preguntó quién era, de dónde venia, y con qué auoridad intentaba exterminar la antigua religion que todos profesaan para introducir otra nueva. Respondió á todo generosamente que

era cristiano, que venia de Tolosa, que con mucha honra suya era capellan del santo obispo Saturnino, quien le habia enviado para disipar las tinieblas del error en que vivian, y para descubrirles el camino de la vida eterna. Encantado el senador de su santa conversacion, le manifestó el gusto que tendria en conocer y en tratar al obispo Saturnino, y le dió esperanzas de que recibiria el Bautismo. Prometiole Honesto que le cumpliria ese gusto, y que solicitaria que el Obispo le viniese á ver. Con efecto, siete dias después entró en Pamplona san Saturnino. Luego que predicó públicamente á Jesucristo, se convirtieron á la fe cuarenta mil personas á ejemplo de Firmo, Fausto y Fortunato, todos tres senadores y primeros magistrados de la ciudad. Edificóse una iglesia, que á pocos dias fue necesario hacerla mas capaz; en breve tiempo abrazó la religion cristiana toda la ciudad de Pamplona. Restituyéndose san Saturnino á Tolosa, dejó á cargo de Honesto el cuidado de aquel rebaño, cuyo principal ornamento era Firmo y toda su familia por el celo y por la piedad que resplandecia en toda ella.

Tenia Firmo un hijo llamado Fermin, que á la sazon solo contaba diez años de edad, y deseando asegurarle una santa educacion, le entregó á la enseñanza del santo presbítero Honesto, de cuyas manos el mismo niño Fermin habia recibido el Bautismo. Á favor de tan noble maestro, de su excelente ingenio y de su bello natural hizo Fermin en breve tiempo tan rápidos como ventajosos progresos. Descubrió muy desde luego una como natural inclinacion á todo lo bueno; tanto, que por su virtud, por su tierna devocion y por su amor á la pureza, reconocieron todos tenerle destinado Dios para ser con el tiempo digno ornamento de la santa Iglesia. Fue admitido en el clero á la misma entrada de su florida juventud; y á los diez y ocho años de su edad ya predicaba con admiracion del público, cuando la avanzada edad y los achaques de san Honesto no le permitian ejercer este ministerio. Creciendo con los años la virtud, y manifestándose cada dia mas y mas sus singulares talentos, determinaron sus padres enviarle á Tolosa, para que bajo la disciplina de Honorato, obispo de aquella ciudad y sucesor de san Saturnino, se perfeccionase en el estado eclesiástico. Edificado el obispo de Tolosa así de la virtud como del extraordinario mérito del discípulo de san Honesto, y conociendo sus raras eminentes prendas, resolvió elevarle á los sagrados órdenes; y despreciando las resistencias de su profunda humildad, le ordenó primero de presbítero, y después le consagró obispo de Pamplona. Envióle á cuidar de su rebaño, y al despedirle

e dijo: *Alégrate, carísimo hermano, porque Dios te ha escogido para aso de eleccion. Siendo ya pastor de las almas por la gracia del Señor, arte inmediatamente á tener cuidado de tu grey, y desempeña con fidelidad el sagrado ministerio que Dios te confió en tu consagracion.*

No se pueden explicar las demostraciones de alegría con que fue ecibido de su pueblo. Comenzó luego á cumplir con las funciones le su estado; y desde que se dejó ver en el púlpito conocieron todos que Dios les habia dado por pastor á un nuevo apóstol. Recorrió luego toda la diócesis, haciéndose todo á todos por ganarlos á todos para Jesucristo. La misma idolatría, que estaba como atrincherada en aquellas faldas de los Pirineos, parecia ahora como que iba huyendo delante de san Fermin. Arruinó muchos templos, hizo pedazos os ídolos, y fue tanto el número de las conversiones, que en muy breve espacio de tiempo se llenó todo el país de fervorosos cristianos.

Animado su celo con tan felices sucesos, juzgó ser estrecho campo oda la Navarra para satisfacer los incendios de su amor. Ordenó suficiente número de presbíteros para que cuidasen de aquella nueva cristiandad, y penetrado su corazon con las palabras de Cristo: *Id, y enseñad á todas las naciones*, resolvió partir á llevar la luz de la fe á los gentiles, esperando hallar entre ellos la corona del martirio. Entró en las Gaulas, donde estaba furiosamente encendida la persecucion contra los Cristianos; y llegando á la ciudad de Agen, se encontró con un santo presbítero llamado Eustaquio, que le detuvo algun tiempo para confirmar los fieles en la fe, y disponerlos para la persecucion que á manera de un fuego violento y arrebatado se iba extendiendo por todas las Gaulas. Salió de Agen, y paso á la Auvernia, desafiando los peligros, predicando la fe de Jesucristo con una intrepidez que admiraba á los mismos paganos, y atacando la idolatría hasta en aquellas fortalezas en que reinaba con mayor imperio.

Hallándose en una ciudad de Auvernia tuvo una célebre disputa con dos gentiles de los mas considerables y de los mas obstinados, que se llamaban Arcadio y Rómulo. Mostróles san Fermin tan clara y tan evidentemente la locura y los errores del paganismo, haciéndoles al mismo tiempo tan palpable evidencia de la verdad y de la santidad de nuestra Religion, que los convirtió; y habiéndolos instruido, les confirió el Bautismo: conquista que ganó para Jesucristo la mayor parte de los pueblos de aquella nacion. Animado el santo Apóstol á nuevos trabajos con estas conquistas, se transfirió á Angers, donde en quince meses de residencia consiguió grandes victorias de

la idolatría, haciendo entrar en el rebaño de Jesucristo inmenso nú-
mero de ovejas escogidas. Como ningun estorbo era capaz de deten-
ner ni de moderar la actividad de su celo, apenas ganaba un pueblo
para Jesucristo cuando corria á otros para plantar en ellos el estan-
darte de la fe. No es fácil explicar lo mucho que padeció en estas ex-
cursiones apostólicas. Privado de todo humano consuelo, oprimido
de fatigas, agobiado del peso de los trabajos, perseguido y maltra-
tado de los paganos, y en continuo peligro de la vida, nada fue ba-
tante para poner límites á su fervor y á su celo. De la provincia de
Anjou pasó á la de Normandía, donde esparció por todas partes la
luces de la fe, haciendo tan prodigiosa multitud de conversiones
que con razon se le puede apellidar el Apóstol de aquella provincia
como de muchas otras.

Creciendo en Fermin cada dia mas y mas el fervoroso deseo de
derramar su sangre por la fe de Jesucristo, noticioso de que el pre-
sidente Valerio, enemigo mortal del nombre cristiano, perseguia á
los fieles con extraordinaria crueldad en el Beauvais, voló allá apre-
suradamente, no dudando encontrar con la suspirada corona del mar-
tirio. Con efecto, luego que llegó fue reconocido por cristiano, y ha-
biendo sido denunciado como tal en el tribunal del Presidente, fue
encerrado de su órden en una horrorosa cárcel. Pero no bastaron á
satisfacer la insaciable sed que tenia de padecer, ni las incomodida-
des de la prision, ni los tormentos que le hicieron sufrir en ella. Per-
severó preso y encadenado hasta la muerte del presidente Sergio, su-
cesor de Valerio, con cuya ocasion los mismos ciudadanos le pusie-
ron en libertad. Aprovechándose de ella san Fermin, predicó públi-
camente la fe de Jesucristo en Beauvais con tanta bendicion y con
tan felices sucesos, que se edificaron muchas iglesias. Corrió des-
pués toda la Picardía y una parte de los Países Bajos con el mismo
celo y con igual fruto en todas partes, hasta que en fin entró en
Amiens, teatro destinado por la divina Providencia para dichoso tér-
mino de sus apostólicas fatigas.

Luego que llegó, juntó un rebaño de que él mismo fue el primer
pastor. En los tres primeros dias que predicó convirtió tres mil per-
sonas. No contribuian poco á tan admirables sucesos los milagros que
acompañaban á su predicacion. No habia resistencia á las palabras
del Apóstol. Los ídolos caian y se hacian pedazos á sus piés: los de-
monios dejaban los cuerpos que poseian solo con ponerse delante de
san Fermin: no habia enfermedad que al instante no curase invo-
cando el nombre de la santísima Trinidad; y era tan crecido el nú-

nero de los prodigios, que los gentiles le tenian por algun Dios, co-
no en otro tiempo lo hicieron con san Pablo y san Bernabé. Reso-
aba en toda la ciudad el nombre y las maravillas del santo Obispo.
legó á noticia del gobernador de la provincia (á quien algunos lla-
an Juliano) lo que pasaba en Amiens, y mandó arrestar á nues-
o Santo. Teniéndole en su presencia, le preguntó en nombre de
uién hacia los milagros; á que respondió Fermin con santa intrepi-
ez, que en nombre de Jesucristo, único Dios verdadero y redentor
e todos los hombres. Tomando después ocasion para hablarle á fon-
o de nuestra sagrada Religion, lo hizo con tanta valentía, con tanta
ocuencia y con tanta majestad, que enamorado el mismo Goberna-
or de lo que oia, mandó que le dejasen ir libre. Pero apenas salió
el pretorio, cuando en la misma plaza de palacio comenzó á predi-
ar la Religion; de que informado el Gobernador, encendido y ati-
.do por los señores gentiles que estaban cerca de su persona, or-
enó que echasen mano de él, y que le encerrasen en un calabozo.
onde consoló Dios maravillosamente á nuestro Santo, revelándole
ue presto recibiria el premio de sus trabajos con la corona del mar-
rio. Así sucedió; porque al dia siguiente el Gobernador, temien-
alguna sedicion, le mandó cortar la cabeza en la misma cár-
l, lo que aconteció el dia 25 de setiembre, en que se celebra su
sta.

Cierto señor, por nombre Faustino, á quien el Santo habia con-
rtido, halló medio para apoderarse del cuerpo, que mandó enter-
en una de sus heredades, de donde poco tiempo después fue tras-
lado á una iglesia que el mismo san Fermin habia dedicado á Nues-
Señora. Por muchos siglos permaneció desconocido el santo cuerpo
aquel lugar. En fin, después de una larga serie de años, no sa-
endo ya los Cristianos dónde paraba aquel precioso tesoro, Salvio,
ispo de Amiens, hombre de eminente virtud, resolvió descubrirle,
para este fin recurrió á la oracion. Convocó al clero y al pueblo,
imó un ayuno general por espacio de tres dias, y exhortó á todos
gasen incesantemente al Señor que les descubriese el cuerpo de su
to Apóstol, resolviendo él mismo no salir de la iglesia en aquel
duo, pasándole dia y noche en oracion delante del Señor. Oyó
os sus piadosos deseos, porque al dia tercero antes de amanecer
bajar de la bóveda del presbiterio un rayo de luz que caia per-
ndicularmente detrás del altar mayor, y allí se apagaba; por don-
hizo juicio de que en aquel lugar debia estar la santa reliquia.
n efecto, habiendo mandado cavar en él, reconoció que al paso

que se iba profundizando en el hoyo, exhalaba un maravilloso olo
que llenó de suavísima fragancia toda la iglesia. Crecia esta confo
me se iba acercando el descubrimiento del santo cuerpo, que se e
contró en fin en el mismo sitio donde habia estado oculto después
seis siglos. Asegúrase que quiso el Señor acreditar la verdad de
sagrada reliquia con un estupendo prodigio. Es antigua tradicion
la iglesia de Amiens, que habiéndose hecho el descubrimiento d
santo cuerpo en el corazon del invierno, no obstante reverdeció
repente todo el campo, y los árboles aparecieron todos cubiertos
hojas. La iglesia donde se halló la santa reliquia fue la de Ache
y desde ella se ordenó una procesion general para conducirla á la c
tedral. Nunca vió Amiens triunfo igual, ni mas cristiana magn
cencia, haciendo Dios mas célebre la piadosa pompa con la multit
de milagros que obró por intercesion del santo Mártir.

Nota del traductor.

«No debe hacer dificultad al lector que san Saturnino hubiese c
«vertido en su primer sermon dentro de la ciudad de Pamplona
«menos que cuarenta mil personas. Hoy es ciudad reducida; pe
«consta de todos nuestros historiadores, que entonces era una de l
«mayores poblaciones de España, estando tan reciente su fundaci
«por Pompeyo, como que contaba poco mas de dos siglos.»

SAN FORMERIO, MÁRTIR.

San Formerio, á quien venera por su patrono la ilustre villa
Vañares en la provincia de la Rioja, segun nos dicen varios escr
tores apoyados en una constante tradicion y en monumentos de u
respetable antigüedad, nació en Cerezo, hoy poblacion reducida
la misma provincia, la que antiguamente fue una ciudad numero
conocida con el nombre de Cerasia ó Cerosia, del que se derivó
de Cerezo. Formerio fue educado en la religion cristiana desde
cuna, y siguiendo fielmente todas sus máximas piadosas, arregló s
costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios. Siendo jóven qui
ascender á la cumbre de la mas alta perfeccion; y reflexionando q
en su patria no podia libremente poner en ejecucion sus nobilisim
ideas, por hallarse en poder de los gentiles, distribuyó todos sus bi
nes entre los pobres de Jesucristo, y se retiró á una sierra inmedia
á la villa de Cerezo. Cuando se vió en lugar tan separado de todo
comercio humano, se sintió mas que nunca encendido en el amor
los ejercicios eremíticos, y desde aquel punto se dedicó á la conte

olacion de las grandezas divinas, y á la práctica de muchas ingenio-sas mortificaciones, ocupando el tiempo sobrante en el oficio de pas-or de ciertas ovejuelas, cuyos frutos invertia en socorro de los ne-esitados.

Seguia Formerio lleno de placer aquel tenor de vida mas angé-ica que humana, y queriendo Dios valerse de él para que enseñase as infalibles verdades á muchos paganos, envió un Ángel á que le nstruyese en la doctrina revelada. Habilitado por este medio, co-nenzó á ejercer el oficio de predicador por toda aquella sierra; y co-no viesen los gentiles de los pueblos y aldeas de la comarca, que las ieras acudian al eco de la voz del ilustre Misionero á oir la palabra livina, como pudieran los mas devotos racionales, y á recibir dia-iamente su bendicion; convencidos por esta portentosa maravilla de que sin duda era verdadera y santa la doctrina que predicaba, la ibrazaban gustosos, dejando los crasos errores del paganismo.

Suscitó por entonces el emperador Aureliano la nona persecucion le las diez primeras que padeció la Iglesia bajo el dominio de los príncipes gentiles; y siendo su empeño destruir si pudiese el nom-re y la religion de Jesucristo, no contento con que Roma fuese el nas sangriento teatro donde se sacrificaban cada dia innumerables víctimas inocentes, envió por todas las provincias del imperio gober-adores idólatras, para que sus impías intenciones tuviesen cumpli-niento. Cupo á la Rioja uno de estos ministros llamado Alejandro, eloso como el que mas en sostener á toda costa el culto de sus dei-ades quiméricas; y como los principales gentiles de la provincia se allaban irritados contra Formerio, á causa de las muchas conquis-as que hacia cada dia para Jesucristo, le delataron al Gobernador or inobediente á los decretos de los príncipes del mundo, y por un lásico mago, como se acreditaba en el hecho de someterse á su dis-iosicion las fieras, como si fuesen mansos corderos.

Alejandro no oyó sin irritarse la acusacion de los idólatras, y que-iendo vengar el desprecio que el ilustre Predicador hacia á los dio-es romanos, dió órden á sus ministros para que lo prendiesen. Bus-áronle estos con exquisitas diligencias por toda la sierra de Cerezo; habiendo llegado á la pobre choza donde habitaba, como no le co-nocian, le preguntaron por Formerio. Respondióles el Santo: *Yo soy,* eno de alegría; y saludándolos cortesmente, les rogó que descan-asen, y ofreció á su disposicion cuanto tenia. Quedaron atónitos los misarios al ver la serenidad, la dulzura y la mansedumbre del ve-erable eremita; pero aun se admiraron mas, cuando vieron concur-

rir las fieras á oir los sermones que les hacia, con cuyo motivo pr
dicó tambien á los enviados. Temieron estos ser despedazados; m
Formerio les aseguró que no les causarian el menor daño, como
experimentaron. Los ministros conocieron por aquel prodigio la em
nente virtud del siervo de Dios; y manifestándole la órden que ll
vaban de su principal, le rogaron que se ausentase, que ellos pr
testarian no haberle encontrado. Agradeció Formerio el favor que
hacian; pero reflexionando que en él se le privaba su mayor glori
les dijo: *Sabed, hermanos, que no es justo que yo pierda la ocasion q
Dios me prepara. Confiésoos ingenuamente que no temo los tormen
de Alejandro: soy cristiano, y debo confesar la fe que profeso ante
tribunales paganos; y así vamos inmediatamente á ofrecer al Señor
vida en sacrificio.* Hízolo así; pero antes que partiese de la monta
le envió Dios un Ángel para que le manifestase lo mucho que hab
de padecer por su amor, asegurándole que triunfaria gloriosamen
en sus combates.

Los emisarios presentaron á Formerio ante el gobernador Aleja
dro, y comenzó á reconvenirlo de esta suerte: *Dime, ¿cómo sien
hijo de nobles padres has elegido una vida rústica, debiendo portarte c
mo los que son iguales á tus circunstancias, manteniéndote con ellos c
el pueblo, y no en los montes con las fieras? Además de esto, ¿por qu
eres tan osado, que no contento con profesar la religion del Crucificado
la predicas y enseñas, pervirtiendo con encantos á muchos que presta
ban adoracion á nuestros dioses protectores del Imperio, obrando contr
los decretos de los Príncipes del mundo? Tus pocos años solo pueden dis
culparte, y así trata luego de dejar la nueva religion que profesas, y d
sacrificar á los dioses romanos, para que merezcas nuestra proteccion
nuestra amistad.* Negó Formerio la impostura de mago, y confesó qu
las maravillas que graduaban los gentiles por encantos no las hacia
por malas artes, sino por virtud de Jesucristo, en cuya religion fu
educado, en la que le habia mantenido el Señor por su infinita mi
sericordia; la cual solo era verdadera, pues reconocia por Dios a
Criador del cielo y de la tierra, á quien debian amar, servir y ado
rar todas las criaturas, y no á las vanas estatuas á las que los ido
latras tributaban culto bajo el velo de deidades quiméricas, siend
así que eran unos retratos de hombres y mujeres torpes, que po
sus enormes vicios estaban en los infiernos; y por lo mismo le aña
dió, que tuviese entendido, que jamás le separarian de la fe de Je
sucristo todos los tormentos que pudiera discurrir su obstinacion.

Una respuesta tan generosa excitó la cólera del tirano de suerte

que no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, mandó á los verdugos que pusiesen al ilustre Confesor en un potro ó catasta, donde le atormentasen cruelmente, para vengar el desprecio que habia hecho á los dioses. Usaron del artificio de aquella horrible máquina por tres veces, todas con igual violencia, y luego se percibió la dislocacion de todos los huesos; pero viendo Alejandro la serenidad de ánimo que mostraba Formerio en medio de los mas vivos dolores, sin cesar de predicar á Jesucristo, no pudo menos de comprender que en aquella admirable tranquilidad se ocultaba alguna virtud sobrenatural á que no podia resistir; mas no queriendo manifestarse vencido, dió órden para que le quitasen del tormento, y que le encerrasen en un calabozo oscuro, con severa prohibicion de que no le diesen el menor alimento; pero el Señor tuvo providencia de su siervo, restituyéndolo de repente á su antigua robustez, y derramando á un mismo tiempo sobre su dichosa alma una dulzura de superior órden que le inundó de alegría.

Hallábanse en la cárcel, cuando entró en ella Formerio, algunos cristianos presos por la fe, tan fatigados con los trabajos y con las miserias de la prision, que les faltaban ya las fuerzas para tolerar tantas penalidades, y compadecido el Santo de aquellos infelices, recurrió á Dios á fin de que se dignase favorecerles. Oyó el Señor con agrado las súplicas de su siervo, y descendió una luz celestial que disipó las tinieblas del calabozo, á cuya vista se hicieron pedazos los grillos y las cadenas; y abriéndose por sí mismas las puertas de la cárcel, manifestó Formerio á los fieles, que era voluntad de Dios el que se ausentasen de la ciudad, para que descargase sobre su persona toda la cólera del tirano.

El carcelero dió parte á Alejandro de la fuga de los presos, informándole que habia quedado solo Formerio, tan sano de los tormentos pasados, como si nunca los hubiese padecido; y pareciendo al tirano que para persuadir á un hombre de aquel carácter tendrian mas eficacia los buenos términos que la severidad, hizo traerle á su presencia, y le exhortó á que adorase á los dioses romanos, ofreciéndole ventajosísimas promesas. Despreciólas el valeroso militar de Jesucristo con aquella generosidad y con aquella fortaleza que es propia de los héroes de nuestra santa Religion, y ratificando de nuevo otra igual confesion de fe que la antecedente, hizo ver á Alejandro que estaba dispuesto á morir por ella, y aun se adelantó á persuadirle, que reconociese su ceguedad, si deseaba su eterna salvacion.

No es fácil poder explicar la ira que concibió Alejandro á vista

del desprecio que el Santo hizo de sus ofertas, pero creyendo que no podria resistirse á la actividad del fuego, mandó á los verdugos que lo introdujesen en un horno encendido. Fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor prontitud; mas repitiendo el Señor aquel prodigio admirable que obró en el horno de Babilonia con los tres jóvenes, se mantuvo el Santo entre las voraces llamas, por espacio de cinco dias sin la menor lesion, cantando himnos de alabanzas divinas en compañía de Ángeles.

Admirados los paganos de aquel extraordinario portento, comenzaron á aclamar, que solo era verdadero el Dios de Formerio; por lo que se convirtieron á Jesucristo muchos de los infieles. Supo Alejandro el suceso, y atribuyéndolo á hechicería, de la que eran notados los Cristianos en la operacion de semejantes maravillas, dispuso que llevasen al Santo al anfiteatro público para que las fieras le despedazasen. Concurrió una multitud de gentiles á ver el espectáculo, y habiendo soltado un leon, que con sus espantosos bramidos infundia terror á los asistentes, convertido contra los idólatras dió muerte á no pocos de ellos; y dirigiéndose después con gran mansedumbre á donde estaba el ilustre Mártir, bajó la cabeza para que le diese su bendicion, como lo tenia de costumbre.

Atónito el tirano con tanto tropel de prodigios, creyó con gravísimo fundamento, que el continuar en atormentar al Santo era dar márgen para su mayor confusion, y para que se evidenciase el ningun poder de sus falsos dioses; por lo que dió órden á los verdugos que lo degollasen inmediatamente. Llevaron al Santo á un sitio de la vega de Cerezo, llamado por entonces de los Tormentos por los muchos que padecieron en aquel lugar los Mártires de Jesucristo, el que en el dia se llama Tormatos, corrompido el vocablo; y ejecutándose en él la sentencia del tirano, consiguió Formerio la apetecida corona del martirio en el dia 25 de setiembre del año 277, que fue el último del imperio de Aureliano.

Los Cristianos recogieron el venerable cuerpo del ilustre Mártir, y le dieron sepultura con la cautela que permitia la turbacion de aquellos lastimosos siglos; y en lo sucesivo le trasladaron á la villa de Vañares, donde están sus venerables reliquias en la iglesia de Santa Cruz, en la que se celebra su festividad con octava, y es tenido en grande veneracion por todos los pueblos de la comarca; en virtud de lo cual el papa Sixto IV en 29 de mayo de 1477 concedió una indulgencia plenaria á todos los cofrades de la hermandad del Santo, en la que están alistadas cási todas las personas de Vañares, por la

singular devocion que profesan á su ínclito Patrono, que remunera su afecto con repetidísimos beneficios.

La Misa es en honor de san Lope, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui nos beati Lupi martyris tui atque pontificis annua solemnitate laetificas: concede propitius: ut, cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que cada año nos alegras con la festividad de tu bienaventurado mártir y pontífice san Lope; concédenos benigno, que merezcamos la proteccion de aquel cuya memoria solemnizamos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo v *de la que escribió san Pablo á los de Éfeso.*

Videte itaque fratres, quomodo cauté ambuletis: non quasi insipientes, sed ut sapientes: redimentes tempus, quoniam dies mali sunt. Propterea nolite fieri imprudentes, sed intelligentes quae sit voluntas Dei. Et nolite inebriari vino, in quo est luxuria: sed implemini Spiritu Sancto, loquentes vobismetipsis in psalmis, et hymnis, et canticis spiritualibus, cantantes, et psallentes in cordibus vestris Domino: gratias agentes semper pro omnibus in nomine Domini nostri Jesu Christi Deo et Patri.

Reflexionad, hermanos, que habeis de conduciros cautamente *en esta vida:* no como necios, sino es como sabios, aprovechando el tiempo; porque hay dias que son malos. Por tanto no os hagais imprudentes, sino entendidos de la voluntad de Dios. No os embriagueis con vino, en el que hay lujuria: llenaos sí del Espíritu Santo, hablándoos mutuamente en salmos, himnos y cánticos espirituales: cantando y alabando á Dios en vuestros corazones: dando siempre gracias á Dios Padre por todo en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

Hermanos, mirad si vivís con la debida circunspeccion, no como hombres sin juicio y sin prudencia, sino como personas de razon, rescatando el tiempo perdido, porque los dias son malos. ¿Si se dirigirá esta advertencia á los Cristianos de nuestros tiempos? ¿si hablará con todos los fieles el Apóstol? ¿Qué caso hacen de ella los Cristianos de nuestros dias? Todo está lleno de lazos, todo es peligros para la salvacion: vivimos, por decirlo así, en país enemigo: el aire es contagioso, los ejemplos falaces: debemos desconfiar aun de nuestro propio corazon, y nuestras pasiones siempre son dignas de temerse. Para navegar por un mar tan peligroso, tan difícil, por los naufragios y por los escollos, ¿no es menester grandes precauciones? Y ¿son muchas las que se toman en estos desgraciados tiempos? Exponerse, entregarse los hombres al peligro, cantando y riendo. Concurren-

cias, cortejos, partidas de diversion, funciones á cual mas contagiosas, amistades peligrosas, frecuencia de visitas sumamente sospechosas; en todas partes objetos halagüeños y tentadores. ¿Qué precauciones y preparativos se toman para no caer en tantos lazos? ¿qué temor se tiene de introducirse en ellos? En lo mas retirado del desierto, y bajo de un áspero cilicio temian las almas mas inocentes; ¡y hoy no se teme en medio de un horno ardiendo! ¿Quién nos alienta? ¿quién nos asegura? Muy enfermo está el que no siente su necesidad. Siempre hace compañía á la inocencia el temor y la delicadeza de conciencia; pero un corazon estragado y corrompido nada teme.

El olor de tantas flores que se gastan en el mundo trastorna; las falsas brillanteces deslumbran, y desde el mismo punto que las pasiones dejan de ser reprimidas acaban de cegar. De aquí nace que los hombres mas disolutos, aquellas almas mundanas que encanecen, por decirlo así, en la iniquidad, cuando se llegan al tribunal de la penitencia, apenas tienen de qué acusarse. Pásanseles pocas horas en el dia sin pecar, y después de muchos años apenas se reconocen culpables de un corto número de pecados; ¿de dónde provendrá este escaso conocimiento? Es fácil averiguarlo. Cuando está cási apagada la fe, se alcanza á ver muy poco con la luz de la razon. Desengañémonos: debilítase la fe al paso que se debilita la delicadeza de la conciencia. ¡Oh mi Dios! ¡qué tribulaciones congojosas, qué crueles espantos y qué amargos arrepentimientos se siguen siempre á una vida licenciosa! Entonces no se ven ni se conocen las precauciones con que se debiera haber caminado entre tantos precipicios como nos cercan durante esta vida miserable. Los que han leido y los que han hecho estas reflexiones, ¿serán en adelante mas cautos y mas circunspectos?

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág. 128.*

MEDITACION.

De las obligaciones del estado de cada uno.

PUNTO PRIMERO.—Considera que todos encuentran en su estado cuanto han menester para ser santos. Es error muy grosero, y al mismo tiempo muy comun, imaginar que se hallarian menos estorbos para salvarse en cualesquiera otro estado que en el que abrazó cada uno; cuya aprehension es como la engañosa de un enfermo, que juzga recobrará la salud mudando de cama.

Efecto es de la extravagancia y del capricho de los hombres estimar aquello que nace en países extranjeros, y hacer poco caso de lo que hay en el propio. ¿Para qué se ha de atribuir al estado lo que únicamente pende de la fidelidad de la persona? Ningun estado hay que no tenga sus obligaciones: cumple fielmente con las del tuyo, y no tendrás que envidiar á las almas fervorosas que cumplen las suyas en el estado que se hallan.

Tu estado, como el de los demás, te impone ciertas obligaciones: pues en cumplir con ellas consiste la devocion, el mérito y la virtud: ni la bajeza, ni la oscuridad de esas obligaciones disminuye el resplandor de la virtud, antes bien la hace brillar mas á los ojos de Dios, quien solo es el que da el valor y el mérito á las obras con su aprobacion. No pide el Señor á aquel padre, ni á aquella madre de familia una asistencia constante á todos los oficios divinos; no les pide que estén toda la mañana en la iglesia; ni les pide que concurran á todas las funciones devotas que se celebran en la ciudad: pídeles que pongan particular cuidado en la cristiana educacion de sus hijos, y que los edifiquen con sus buenos ejemplos: pídeles que velen continuamente sobre su familia, como que han de dar estrecha cuenta de su salvacion á Dios.

Pide el Señor á aquel ministro, que con el estudio y con la aplicacion se habilite cada dia mas para desempeñar su ministerio: pide de Dios á aquel militar, que sirva á su majestad y al rey, cumpliendo con su obligacion con valor y con fidelidad: pide á aquel eclesiástico, que cumpla con las inmensas obligaciones de su estado, y sostenga en todo la eminente santidad de su carácter: pide á aquel religioso, que no se dispense en alguna de sus reglas. En fin, pide á todos, y á cada uno, que cumpla con las obligaciones de su estado, que es lo que se llama negociar con sus talentos; y aunque no se haga mas que esto se contenta á Dios.

Punto segundo. —Considera que no hay estado en esta vida que no tenga sus obligaciones. ¿Estás dedicado al servicio de los altares? ¡qué exacta pureza de costumbres! ¡qué porte tan arreglado! ¡qué obligaciones de buenas obras! ¡y qué buen uso de las rentas eclesiasticas! ¡Cuántas diversiones seculares prohibidas! ¡cuántas compañías y cuántas concurrencias profanas entredichas! El estudio propio del estado; la ciencia necesaria para desempeñar con dignidad el ministerio; todas son obligaciones del que está dedicado al servicio de Dios; y ¿podrán ser desatendidas?

¿Te quedaste en el siglo? ¡mi Dios! ¡cuántas obligaciones de conciencia, que son otras tantas de religion! ¡qué rectitud, qué buena fe en el comercio! ¡qué honradez, qué probidad en toda la conducta! ¡cuántas obligaciones respecto de los hijos y de las familias!

Ningun estado deja de tener obligaciones, y en el cumplimiento de ellas consiste el mérito y la virtud: cualesquiera otra devocion es ilusion, es error. Esta es la mayor prueba de que la santidad está en la mano de todos: nunca nos faltan los auxilios necesarios y proporcionados á nuestras necesidades: la gracia está pronta; pero no lo está nuestra fidelidad á la gracia.

Favor grande es, Señor, el que me concedeis en darme ocasion para hacer estas reflexiones: ¡qué desgracia será la mia si no me aprovecho de él! No lo permitais: tomada está ya mi resolucion: de hoy en adelante todo mi estudio y toda mi aplicacion será aprender bien mis obligaciones, y dedicarme á cumplirlas, mediante vuestra divina gracia.

Jaculatorias. — Pronto estoy, Señor, á cumplir en adelante con las obligaciones de mi estado, sin que ninguna cosa sea capaz de impedirme esta resolucion. (*Psalm.* CXVIII).

No, mi Dios, nunca me olvidaré de las obligaciones que tengo: seguro estoy que cumpliré con tu santa ley. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Hé aquí una materia copiosa para el exámen, y al mismo tiempo para la confusion de todo género de personas. La verdadera y mas eminente virtud consiste en cumplir cada uno exactamente con las obligaciones de su estado: ninguno las ignora, todos las tienen en su mano, y á cada uno les convienen. En nuestro terreno está, por decirlo así, el tesoro de nuestra eterna felicidad. Parece á muchos que solo lleva espinas la tierra que ellos habitan: cultívala, y dará el fruto á proporcion del cultivo. Convéncete de esta verdad tan llena de consuelo, y piensa hacerte santo dentro del estado en que te hallas, cumpliendo puntualmente con todas tus obligaciones.

2 Conviene que hagas un apuntamiento de ellas, y hecho, haz firme propósito de desempeñarlas. Si estás en el mundo, apunta el cuidado personal que debes tener de tus hijos y de tus criados; la vigilancia sobre tu porte, tus costumbres, tu respeto y religiosa compostura en la iglesia; sobre la frecuencia de Sacramentos, y de

encomendarte á Dios por la mañana y por la noche, etc. Si estás en religion ten presente sus reglas, y examina las que desatiendes ó quebrantas mas ordinariamente; reflexionando que aunque no te obliguen á pecado, sabrás algun dia, que de la observancia de ellas depende no solo la perfeccion, sino en cierto modo la salvacion de las personas religiosas. Comienza desde hoy á cumplir fielmente con las obligaciones de tu estado, y agradarás á Dios, que es lo que debes apetecer.

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

El martirio de los santos mártires Cipriano y Justina, vírgen, en Nicomedia; la cual en tiempo del emperador Diocleciano y del presidente Eutolmio, habiendo padecido muchos tormentos por Jesucristo, convirtió á la fe al mismo Cipriano, que era mago, y procuraba pervertirla con sus encantamientos; y después fueron ambos martirizados, y juntamente alcanzaron la corona del martirio. Sus cuerpos los arrojaron á las fieras, y de noche los recogieron unos marineros cristianos, y los llevaron á Roma: mas adelante fueron trasladados á la Basílica Constantiniana, y colocados junto al baptisterio. *(Véase su historia hoy).*

San Calistrato, mártir, y otros cuarenta y nueve soldados, en Roma; los cuales en la persecucion de Diocleciano, habiendo visto como Calistrato, metido en un costal lleno de gigo y sumergido en el mar, con el auxilio de Dios habia salido sin daño ninguno, abrazaron la fe de Jesucristo, y padecieron el martirio juntamente con él.

San Eusebio, papa, tambien en Roma. *(Sucedió á san Marcelo en el pontificado, y sostuvo con decision la disciplina de la Iglesia en la rigurosa observancia de los cánones penitenciales con respecto á los pecadores penitentes, especialmente aquellos que habian negado la fe en las persecuciones. Muchos ofendidos de este rigor, con un tal Heraclio por caudillo, le ocasionaron grandes disturbios; pero el verdadero pastor sostuvo su terreno con paciencia invencible. Fue desterrado á Sicilia por el tirano Majencio, donde murió en el año de 310. Su pontificado solo duró cuatro meses y diez y seis dias).*

San Eusebio, obispo y confesor, en Bolonia.

San Vigilio, obispo, en Brescia.

San Senador, en Albano.

San Nilo, abad, en las cercanías de Tívoli, fundador del monasterio de Gotaferrata, varon de gran santidad. *(Llamóse en el bautismo Nicolás, cuyo nombre cambió después por el de Nilo: nació en Rosana en la Calabria, de una familia griega, y fue casado. Habiendo muerto su esposa, se retiró á un monasterio, y pasados algunos años fijó su residencia en un bosque junto á una pequeña capilla dedicada á san Miguel, donde llegó á tan alto punto la reputacion de su santidad, que de todas partes hasta los Obispos y los Príncipes se llegaban á consultarle. Con ocasion de visitarle varios se quedaron á vivir junto á su celda. A causa de las incursiones de los sarracenos Nilo con*

sus discípulos se fué primero al monte Casino, luego pasó diez años en el mo nasterio Serperi, y finalmente, se fijó en Tusculo donde fundó el monaster de Gotaferrata. Murió en el Señor en el año de 1005 á los noventa de s edad).

San Amancio, presbítero, en Castelo, esclarecido por el don de milagros.

SAN CIPRIANO Y SANTA JUSTINA, VÍRGEN Y MÁRTIRES.

Nació san Cipriano en Antioquía de Siria, de una familia distin guida por su nobleza, por sus riquezas, por su reputacion, pero so bre todo, por su ciega adhesion á todas las supersticiones del gen lismo. Sus padres le dedicaron á los demonios desde la edad de sie años, y dispusieron que se educase en todas las ciencias de los sa crificios, de la astrología judiciaria, de los encantamientos y de l magia. Hallaron sus maestros en Cipriano un genio superior par estas facultades, con una inclinacion tan viva hácia este arte diabó lico, que en breve tiempo fue uno de los mas hábiles magos entr todos ellos. Muy resuelto á no ignorar secreto alguno de cuanto pudiese adquirir en la escuela de los astrólogos, de los hechiceros y de los adivinos, pasó á Atenas, despues á Argos, y desde allí á Frigia, adelantando mucho á todos los facultativos; de suerte, que reconocido universalmente por el mago mas hábil de toda la Grecia, era buscado para presidir á los sacrificios que se ofrecian á los de monios. No contento con lo que ya tenia aprendido en aquel infer nal arte, pasó á Egipto, y penetró hasta la India para aprender mas y mas. Noticioso de que los caldeos eran muy sobresalientes en la astrología judiciaria, se encaminó á ellos, inició se en sus infames misterios y en el ejercicio de todo género de sortilegios; se hizo el mago mas famoso y el mas familiar con los demonios que habian conocido los siglos. Horroriza solo el leer las abominaciones en que aquel arte le precipitó. No hubo infamia, no hubo hediondez abo minable en que no se revolcase y de que no hubiese hecho vanidad. No se conocia á Cipriano por otro nombre que por el del gran maes tro del arte de los demonios. Para el uso de sus operaciones mágicas se valia de cuerpos humanos; hombres, mujeres y niños, á todos los degollaba secretamente, ofreciendo su sangre á los demo nios, buscando en sus entrañas los presagios de lo futuro, y medios para asegurar el suceso de sus encantamientos.

Solamente en los Cristianos experimentaba que nada podia con ellos, y por esta maravilla no los podia sufrir. Hacia todo lo posible para desacreditarlos y para perseguirlos: injurias, calumnias atro-

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

ces, afrentas dolorosas, burlas sangrientas de su virtud y sátiras bufonas para hacer ridículos sus mas sagrados misterios, de todo se valia para perderlos. Este era Cipriano hasta la edad de treinta años, cuando el Padre de las misericordias le escogió como á otro Saulo para hacer de él un vaso de eleccion, y para animar con su ejemplo la confianza de los mayores pecadores.

Despues de todas aquellas excursiones Cipriano se restituyó á Antioquía, donde fue considerado como jefe de todos los magos. Habia en la misma ciudad una doncella llamada Justina, hija de padres gentiles. Su padre Edesio y su madre Cledonia la habian educado cuidadosamente en las supersticiones del paganismo; pero como Justina era de mucho entendimiento, luego que oyó los sermones de Praylio, diácono de Antioquía, renunció las extravagancias de la gentilidad; y convirtiéndose ella á la fe de Jesucristo, convirtió tambien á sus padres á la misma.

Desde el punto que se hizo cristiana fue una de las esposas mas ilustres de Jesucristo, consagrándole su virginidad, y aplicándose á adquirir todas las demás virtudes que fomentan y conservan esta delicada virtud. No habia en toda Siria hermosura mas peregrina. Era la modestia su virtud favorecida, por lo que rarísima vez se dejaba ver en público, y siempre cubierta con su manto ó con su velo. Pero todo su cuidado en que ninguno la viese no bastó para que dejase de lograrlo un jóven llamado Agladio, el cual quedó tan ciegamente prendado de su belleza, y se encendió en su corazon un fuego tan infernal y tan impuro, que formó en él una violentísima pasion. No perdonó á medio alguno el idólatra jóven para satisfacerla; pero experimentando inútiles todas sus diligencias, recurrió á Cipriano, creyendo por cierto que sus mágicos hechizos le pondrian en paraje de lograr sus perniciosos intentos.

Hallábase el mismo Cipriano furiosamente abrasado en igual ó en mayor lascivo fuego por Justina; pero disimulándole, se ofreció desde luego á trabajar en la empresa con tanto empeño como quien trabajaba para sí. Valióse de los mas poderosos medios de la magia para hechizar á la vírgen de Jesucristo; pero todo inútilmente. Ofreció á los demonios los mas abominables sacrificios, invocólos, y ellos se lo prometieron todo, sintiéndose con efecto la castísima doncella asaltada de horribles tentaciones, y atemorizada con visiones horrorosas; pero sostenida de la gracia, que mereció con sus continuas oraciones, con sus espantosas penitencias, y sobre todo, con la confianza en la poderosa proteccion de la santísima Vírgen, de quien

era muy devota desde su conversion, llamándola su querida madre, salió siempre triunfante y victoriosa. En vano los demonios ponian en movimiento cuantos malignos artificios podian inventar para derribarla; en vano la intentaban atemorizar poniéndosela delante en figuras horrorosas; en vano la golpeaban hasta ponerla en peligro de la vida; solo con hacer la señal de la cruz se desvanecian todas aquellas ilusiones, y ponia en vergonzosa fuga á todas las potestades del infierno. Observa san Gregorio que mientras duraban aquellos violentos combates no cesaba de invocar á la santísima Vírgen suplicándola favoreciese á otra virgen, cuya castidad corria tanto peligro; y que la purísima Señora la aseguró de la victoria. Agitado Cipriano del furor de su pasion, y lleno de indignacion por considerarla sin remedio, se volvió colérico contra el demonio, y dándole en cara con la pobreza de sus fuerzas, le dijo: «Pues qué, ¿es «tan limitado tu poder que no le tienes para rendir á una tierna doncellita? Tú que tanto ponderas la irresistible fuerza de tu brazo, «y que en tantas ocasiones has hecho tan portentosas maravillas, «¿qué mudanza es esta? ¿de dónde nace esta novedad? ¿quién «protege á esa tierna doncella contra tí? ¿de qué armas se vale «para burlarse de todos tus esfuerzos?» Forzado entonces el demonio por una virtud superior, le confesó la verdad, y le dijo: Que el Dios de los Cristianos era el soberano Señor del cielo, de la tierra y del infierno; que ningun demonio podia resistir á la señal de la cruz que Justina hacia continuamente; y que con esta señal, luego que alguno se la acercaba para tentarla, le ponia en precipitada fuga. *Segun eso*, replicó Cipriano, *muy loco he sido yo en no haberme dedicado á servir á un señor que es mas poderoso que tú. Si sola la señal de la cruz en que murió ese Dios de los Cristianos puede tanto, ¿qué poder no tendrá el mismo Dios? No, no quiero yo creer en tus prestigios; renuncio tus sortilegios, y espero que desde este mismo punto el Dios de Justina será tambien el mio.*

Irritados los demonios de que se les escapase aquel por cuyo medio habian conquistado á tantos, se apoderaron al punto de su cuerpo; pero presto dejaron la posada, dice san Gerónimo, compelidos de la gracia de Jesucristo, que se hizo dueño de aquel corazon. Muchos y muy violentos combates tuvo que sufrir contra los enemigos de su salvacion y contra sí mismo para romper sus inveteradas costumbres en el pecado; pero el Dios de Justina, que no cesaba de invocar desde que conoció su poder, le sacó victorioso de todo.

Tenia Cipriano un amigo llamado Eusebio que era cristiano, y muchas veces le habia amonestado que dejase aquella infame profesion. Buscóle Cipriano, y deshaciéndose en lágrimas, le dijo: *Ya en fin, mado amigo, reconocí mis errores y palpé mis descaminos. Dime clarante si tu Dios, á quien desde luego confieso por único Dios verdadero, e dignará recibir en el número de sus siervos á un hombre tan malvado omo yo; y si podrá alentarse mi esperanza á tener alguna parte en sus isericordias.* Gozosamente sorprendido Eusebio á vista de tan migrosa mudanza, le dió mil enhorabuenas, y le animó á esperarlo odo de la misericordia del Señor, cuyos efectos experimentaba ya n aquella misma conversion. Sirvióle mucho aquel buen amigo en os primeros dias de prueba; porque los demonios, viendo que Ciriano perseveraba firme en su resolucion, pusieron en ejecucion odos sus enredos, todas sus tentaciones y todos sus artificios para erderle. Irritaron todas sus pasiones aquellos espíritus orgullosos, mpuros y hediondos, poniendo verdaderamente en terribles pruebas su generosa resolucion; pero fortalecido Cipriano con la divina racia, sostenido y alentado con los buenos consejos de su amigo usebio, resistió á todos los esfuerzos del infierno. Hacia incesantemente sobre sí la señal de la cruz: tenia de continuo en la boca y n el corazon el sagrado nombre de Jesucristo, y no cesaba un unto de implorar la asistencia de la santísima Vírgen. Viendo los emonios que le salian mal todos los demás artificios, acordaron ntarle por el camino de la desesperacion; tentacion que no fue la enor, sino quizá la mas peligrosa de todas.

Representáronle que el Dios de los Cristianos era á la verdad el nico verdadero Dios; pero que era un Dios de pureza, un Dios que stigaba con extrema severidad las menores culpas, de cuyo exceivo rigor ellos mismos eran la mas decisiva prueba, pues por un olo pecado de orgullo eran víctima de su eterna cólera. Que no abia perdon para él, para quien ya estaba preparado un lugar en mas profundo del infierno por la enormidad de sus pecados; y ues ya no tenia que esperar misericordia, el único y mejor partido ue le restaba era divertirse, y dar gusto á sus pasiones mientras le urase la vida. En gran peligro puso la salvacion de Cipriano esta rrible y apretada tentacion. Su amigo Eusebio le sostuvo muchas eces para que no desconfiase de la misericordia de Dios; y temiendo ue al cabo le rindiese, le llevó consigo á Anthimo, obispo de Anoquía. Al principio receló el santo Prelado que se ocultase alguna ipercheria bajo aquellas apariencias de conversion, y desconfió

mucho así de las palabras como de las lágrimas del famosísimo ma-
go; pero instruido bien de todo lo que habia pasado, del motivo
su conversion y de la generosidad con que habia resistido á tod
las pruebas, le esforzó, le catequizó, y le dispuso para recibir el Ba
tismo.

Informada ya por este tiempo santa Justina de todo lo que pas
ba, y de la conversion milagrosa de Cipriano, no cesaba de implor
para él la misericordia del Señor con rigorosas penitencias y c
fervientes oraciones. Hallándose Cipriano suficientemente instruid
y cada dia mas confirmado en su resolucion, llevó todos sus libr
de magia al santo Obispo; y para convencer á todo el mundo de
sinceridad de su conversion, él mismo quiso quemarlos por su pr
pia mano en presencia de todos los fieles. Reengendrado ya á
gracia por el santo Bautismo, fue después tan celoso cristiano con
antes habia sido hábil y pernicioso mago, haciendo su conversio
tanto fruto como ruido; y transformado en defensor y predicador d
la fe de Jesucristo, convirtió un prodigioso número de gentiles.

Tuvo santa Justina tanto gozo de esta insigne conversion, que e
testimonio de su reconocimiento al autor de ella, dice san Cipriano
encendió una lámpara, se cortó los cabellos para consagrárselos á
Dios, vendió todas sus galas, joyas y muebles, con todo lo que to-
caba á su dote, y repartió el precio entre los pobres. Su padre y su
madre tambien ofrecieron á Dios la casa, y se la cedieron para que
se convirtiese en iglesia. Eusebio fue reconocido desde entonces
como el ángel del Señor, y á instancia de todos los fieles fue orde-
nado de presbítero. Agladio, en cuyo favor habia cometido Cipria-
no tantos y tan abominables pecados, reconoció la flaqueza y los
embustes de los demonios, se hizo cristiano, y distribuyó toda su
hacienda entre los pobres.

Hizo san Cipriano maravillosos progresos en los caminos de Dios.
Desde entonces fue su vida un continuo ejercicio de la mas rigurosa
penitencia. Dejábase ver algunas veces á la puerta de la iglesia con
la cabeza desnuda, cubierta de ceniza, postrado en tierra, y pidiendo
á todos los fieles que implorasen la misericordia de Dios por aquel
miserable pecador. Para humillarse mas y para abatir su natural
orgullo consiguió á fuerza de grandes ruegos que le encargasen el
cuidado de limpiar y de barrer la iglesia. Vivia en compañía del
presbítero Eusebio, á quien siempre consideró y veneró como á su
padre en Jesucristo; y aquel Señor, que se complace en derramar los
tesoros de su misericordia sobre los humildes y sobre los mayores pe-

adores verdaderamente arrepentidos, le concedió el don de milagros.

Como estaba dotado de una elocuencia natural y persuasiva, emleó sus talentos en convertir á los idólatras. Fue en esto extraordiariamente feliz, y aumentó tan considerablemente el rebaño de Jeucristo, que después de la muerte de Anthimo se asegura que todos os fieles le escogieron unánimemente por su pastor, y que fue suesor suyo en la silla de Antioquía. El que habia sido fervoroso ristiano y santo presbítero, fue despues modelo de prelados, recoociendo luego todo su rebaño que tenia en Cipriano un nuevo póstol. Impelido de su humildad, divulgó su confesion; y esta conesion, en que no disimulaba alguna de sus culpas, animó la conianza de los mayores pecadores, y contribuyó mucho á la converion de los infieles.

Hacia mucho ruido en el mundo el nombre de san Cipriano, sus xtrañas aventuras, su celo y las conquistas que hacia cada dia exendiendo el reino de Jesucristo; por lo que no podia menos de legar á noticia de los Emperadores. Diocleciano hallábase á la sazon n Nicomedia; é informado así de las maravillas de Cipriano, como le la eminente santidad de la vírgen Justina, los mandó prender. Eutolmio, gobernador de la Fenicia, cuya ordinaria residencia era a ciudad de Cira, hizo que se le condujesen al mismo tiempo que ue arrestada santa Justina en Damasco, donde se habia retirado con n crecido número de otras santas doncellas. Habiendo comparecido mbos en presencia del Juez, respondieron con tanta constancia y on tanta generosidad, confesando la fe de Jesucristo con tanta reolucion, que Eutolmio quedó sorprendido; mas no queriendo creese alguno que favorecia á los Cristianos, mandó despedazar á azoes á santa Justina, y al mismo tiempo hizo suspender en el aire á an Cipriano, y que le desollasen y surcasen el cuerpo hasta los uesos con uñas de acero y garfios puntiagudos, de modo que cauaba horror aun á los mismos paganos. Pero como este terrible tornento no debilitase un punto su firmeza, mandó que los encerrasen n prisiones separadas; y viendo que ni sus amenazas ni sus promesas iacian impresion en el ánimo ni en el corazon de los generosos Márties, ordenó que cada uno de ellos fuese metido en una caldera de cobre lena de pez, grasa y cera derretida. Conocióse que los santos Mártires io sentian dolor alguno en aquel tormento por la alegría que manifestaban en sus semblantes y en sus palabras; y aun se notó que no enia fuerzas ni calor el fuego que estaba debajo de la caldera. Halábase presente un sacerdote de los ídolos llamado Atanasio, gran-

de mago, y en otro tiempo compañero y discípulo de Cipriano, á cual se persuadió que todo aquello era efecto de los hechizos y encantamientos de su antiguo maestro. Vínole la gana de hacer lo mismo con el fin de desacreditar las maravillas de san Cipriano, y de camino hacerse hombre famoso y recomendable á todo el pueblo. Habiendo hecho, pues, sus invocaciones á los demonios, sus imprecaciones y sus ceremonias mágicas, se arroja precipitadamente en una caldera; pero no bien entró en el fuego cuando quedó reducido á ceniza. Con este suceso quedaron nuevamente aplaudidas y estimadas las maravillas de nuestro Santo; de modo que faltó poco para que se sublevase en su favor toda la ciudad. Intimidado el Juez, tomó el partido de remitir los santos Mártires á Diocleciano, que á la sazon se hallaba en Nicomedia, y le escribió todo lo sucedido. Luego que Diocleciano leyó la carta mandó que sin otra formalidad ni proceso les cortasen la cabeza, lo que se ejecutó inmediatamente el día 26 de setiembre á la orilla del rio Gallo, que pasa cerca de la ciudad.

Otro cristiano llamado Teoctisto, que habia declarado bastantemente su profesion acercándose á la oreja de san Cipriano para hablarle en secreto, recibió la misma corona que ellos, siendo condenado por la propia sentencia. Era un marinero que acababa de desembarcar en Bitinia, y venia de las costas de Toscana. Noticiosos sus compañeros de lo que habia pasado, acudieron á llevarse los santos cuerpos, á pesar de los guardias apostados para estorbar que se les diese sepultura. Estas preciosas reliquias fueron llevadas á Roma, y allí estuvieron ocultas mucho tiempo en casa de una virtuosa señora hasta que otra señora no menos piadosa, llamada Rufina, descendiente del emperador Claudio II, las hizo edificar una pequeña iglesia en tiempo del emperador Constantino, de donde en fin fueron trasladadas á la iglesia de San Juan de Letran, por otro nombre la Basílica de Constantino. Venérase en Tolosa una porcion de estas santas reliquias.

La Misa es en honor de los santos mártires Cipriano y Justina, y la Oracion la siguiente:

Beatorum martyrum Cypriani et Justinae nos, Domine, foveant continuata praesidia; quia non desinis propitius intueri, quos talibus auxiliis concesseris adjuvari: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Protéjanos, Señor, el continuado favor de tus bienaventurados mártires Cipriano y Justina, porque nunca dejas de amparar á los que concedes la gracia de que merezcan semejante proteccion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo x *de la de san Pablo á los Hebreos, pág. 401.*

REFLEXIONES.

El tiempo que resta es corto, y muy corto. Por larga que sea la vida, toda su duracion es menos que un instante respecto de la eternidad. ¡Qué son setenta, qué son noventa años comparados con una duracion sin fin! Son como un punto, como menos que un punto respecto á la extension de este vasto universo. Tiempo vendria en que este punto añadido de mil en mil años á otro punto, llenaria todo este espacio del mundo y otros diez mil espacios mucho mas dilatados que él; pero la eternidad no habria perdido ni un solo instante de su duracion. Multiplica números sobre números, y después de haber imaginado esa multitud cási infinita de siglos en que se pierde la imaginacion, no se disminuiria ni un solo momento á la espantosa eternidad. Con todo eso, la felicidad ó la infelicidad infinita de esa eternidad incomprensible y espantosa depende del bueno ó del mal uso de ese punto de tiempo. ¡Y este tiempo se administra con tan poca economía! ¡y se aprovecha tan poco de este tiempo! y este tiempo se deja pasar y se deja perder como si su pérdida fuese de ninguna consecuencia! Buen Dios, ¡y qué visiblemente acredita esta conducta nuestra poca fe y nuestra poca religion! El jóven imagina delante de sí una carrera, cuyo término apenas le alcanza á ver; pero pocos llegan tan allá como la edad les promete, y ninguno deja de hallarse en la última hora mucho antes de lo que él se imaginaba. El que se halla en una edad avanzada, cuenta con no sé qué fondo de salud y de robustez que le parece no se ha de alterar jamás, y siempre fija la época de su muerte á algunos años mas allá. Ni aun se cree que la misma vejez nos va acercando al fin de la vida. Sea falta de entendimiento ó falta de religion, pocos viejos consideran próxima su muerte. Ni aun la misma enfermedad nos hace confesar que el tiempo es corto. Ninguno deja de pensar que todavía ha de tener mas tiempo; pero al fin, si el número de los años y la misma decrepitez de la senectud nos está diciendo sin cesar, mal que nos pese, que el tiempo es breve; ¿cuántos viejos se encuentran que se conviertan? Solo se piensa en aplicar cuantos medios se discurren conducentes para prolongar la vida, y de ninguna manera en lo que puede conducir para santificar lo poco que resta de ella. No parece sino que las personas ancianas temen que si piensan en la muerte, el mismo pensamiento se la traiga á su

casa mas apriesa. Es necesario haber vivido en un continuo pensamiento de que algun dia se ha de morir, para emplear los últimos momentos de la vida en procurar una muerte cristiana. El tiempo es breve, dice el caminante; luego es menester darme priesa para llegar al término de la jornada. El tiempo es breve, dice el mercader; luego es menester aprovecharle para hacer negocio. Solo, ó cási solo el cristiano no sabe sacar la debida consecuencia en órden á la otra vida, confesando que es breve el tiempo de la presente. Parece que solo en el negocio que nos importa mas estamos faltos de juicio y de razon.

El Evangelio es del capítulo XXIV *de san Mateo, pág. 403.*

MEDITACION.

De los frutos de la penitencia.

PUNTO PRIMERO. — Considera la mucha razon que tuvo el Salvador del mundo para encargarnos tanto el cuidado de que no nos engañasen. Bien se puede decir que en punto de salvacion no hay cosa mas comun que la ilusion y el engaño. Nunca se muestra mas ingenioso nuestro amor propio para alucinarnos; pero ¿y qué hacemos nosotros para no ser engañados?

Tal vez nos valemos de ciertos ejercicios espirituales, de ciertas devociones, de ciertos actos de virtud ejercitados muy superficialmente, á cuya sombra nos atolondramos, y vivimos muy tranquilos sobre muchos puntos que están pidiendo reforma. Cayóse en pecado; todos imaginan haber hecho penitencia; pero ¿dónde están los frutos de ella? Sin embargo, toda penitencia infructuosa es como si no se hiciese. En vano se lisonjea el hombre de una conversion exterior si no está convertido el corazon.

Por frutos de penitencia no se entienden solamente las maceraciones del cuerpo, sino principalmente la mortificacion de las pasiones y la reforma de las costumbres: estos son propiamente los frutos que Dios espera de nuestra penitencia.

La frecuencia de Sacramentos, la oracion y las buenas obras son sin duda grandes medios para arribar á la perfeccion; pero si no obstante unos medios tan poderosos nos mantenemos siempre imperfectos, siempre altivos, impacientes, envidiosos, inmortificados y coléricos, ¿se podrá contar mucho sobre el uso de esos medios?

Actos son de penitencia las austeridades corporales; pero el fruto de esta penitencia exterior debe ser la mortificacion de las pasiones

la reforma de las siniestras inclinaciones del alma. ¿De qué servirá un exterior humilde y reformado, si se abriga la hiel en el corazon, si el orgullo secreto es la pasion dominante?

Pero no basta llevar frutos de penitencia. Son tan comunes las adversidades en esta vida, y tan frecuentes los trabajos, que en este sentido apenas habria árboles estériles. Es menester llevar frutos *dignos* de penitencia; es decir, frutos verdaderos de penitencia dignos de ser presentados al Señor, agradables á sus divinos ojos, y que sean de su gusto. ¿Tienen estas calidades los que yo he llevado hasta aquí? ¿son de esta especie?

Esos ayunos tan mal observados, esas mortificaciones de tan poca duracion y tan ligeras, esas muestras, esas apariencias de arrepentimiento y de penitencia, ¿no son frutos verdes y sin sazon que nunca llegan á madurar?

¡Mi Dios, y cuánto es de temer que al tiempo de la cosecha en que tomais cuentas tan exactas, y en que el padre de familias examina tan escrupulosamente lo que producen sus tierras, no nos hallemos alcanzados en muchas partidas!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la penitencia sin fruto es penitencia sin mérito. ¡Cuántos padecen sin que reciba Dios sus trabajos! Son muchos los afligidos, pero pocos los penitentes.

La vida religiosa es un continuo ejercicio de penitencia. Y ¿no sería mucha desgracia haber llevado sin fruto una vida austera y penitente? Pero ¿qué fruto? Un religioso entregado enteramente á la tibieza y á la relajacion; un religioso todo lleno, todo ocupado del espíritu del mundo, ¿qué fruto puede sacar de su penitencia? ¡Oh, y qué necedad es no quererse aprovechar de los frutos de la cruz que necesariamente se trae á las espaldas! No por eso se padeceria mas; antes se padeceria mucho menos, porque los frutos, aunque se presentan amargos, son verdaderamente dulces y sabrosos. No se percibe esta dulzura, porque se busca la satisfaccion fuera de la cruz.

Ninguno hay que no tenga mucho que padecer en esta vida. En todas partes se usan trabajos; ni están exentos de ellos los que viven con mayores conveniencias. Todo terreno produce este género de plantas. ¿Por qué dejarémos perder el fruto que dan? Padezcamos á lo menos con paciencia, ya que no seamos tan santos y tan generosos que padezcamos con alegría. Ofrezcamos nuestros trabajos á Jesucristo uniéndolos con los suyos; aceptémoslos como castigo muy merecido por nuestros pecados. No por eso nos afligirán mas, y por

otra parte no será sin fruto; antes harán parte del fruto de nues
penitencia.

¿Nos costaria mucho trabajo el hallar los miserables frutos
nuestras pasiones, de nuestras inclinaciones viciosas, y los que pr
duce el terreno de nuestra iniquidad? Pero ¡cuánto nos costaria e
contrar los frutos dignos de nuestra penitencia! Sin embargo, el d
va declinando, el tiempo de la cuenta se acerca, hallámonos cási
fin de la carrera, tocamos la sepultura con la mano. ¿Quién nos as
gurará de lo contrario?

¿Qué frutos ha llevado hasta aquí nuestra penitencia? frutos se
cos y amargos por no haberlos dulcificado el riego de la divina gr
cia; frutos verdaderamente podridos por la impaciencia, el enfad
el desabrimiento con que ha ido acompañada nuestra penitencia; fr
tos inútiles y sin sazon porque la cobardía, la inconstancia y el h
ber vuelto la pasion no los dejó madurar. Y en medio de eso esta
toda nuestra provision, este es, por decirlo así, todo el descargo c
que salimos de este mundo para comparecer ante el tribunal de
divina Justicia.

Mi Dios, por vuestra infinita misericordia todavía estoy en estad
de hacer menos infructuosa mi penitencia. Confieso que por ásper
y por larga que sea nunca será correspondiente á mis maldades; per
confio con el auxilio de vuestra divina gracia hacer en adelante fru
tos de penitencia que no merezcan ser desechados de Vos.

Jaculatorias. — Vos sabeis, Señor, las lágrimas que me han cos
tado mis culpas; lloraréla por toda la vida sin exceptuar aun el tiem
po destinado al necesario descanso, porque regaré mi cama con la
lágrimas de mis ojos. (*Psalm.* VI).

Bien veis, Señor, lo que siente mi corazon, y testigo sois de mis
lágrimas y de mis suspiros. (*Psalm.* XXXVII).

PROPÓSITOS.

1 Asombro es que los mas obligados á hacer penitencia sean los
que menos hacen. ¿Cuántas imposibilidades quiméricas, ó á lo me
nos cuántas dificultades insuperables se alegan cuando se trata de
admitir una ligera penitencia por las mas enormes culpas? Pocas se
ñoras del mundo, pocos jóvenes disolutos pueden ayunar, qué digo
ayunar, los mas pretenden que se les debe dispensar hasta de la mis
ma abstinencia. Si se trata de dar limosnas, hay deudas, hay una
numerosa familia, está una persona sitiada de obligaciones. Si se ha-

la de algunas devociones en la iglesia, de un rato de oracion, no e puede, no hay tiempo, lo estorban las visitas; de manera que los nayores pecadores parece que el dia de hoy se consideran desobli-gados de hacer penitencia. Pero ¿cómo se podrán lisonjear de ser pe-nitentes? Examina si has estado hasta aquí en este error. Guárdate bien cuando te llegues al sagrado tribunal de la penitencia de con-sultar tu sensualidad, tu amor propio y tu delicadeza. Considérate á os piés del confesor como á los piés de Jesucristo. Él es tu médico, no te toca á tí escoger los remedios; él es tu juez, no te corresponde á tí determinar la sentencia ni la pena que se te impone en satisfac-cion de tus pecados. ¿Que señal hay de contricion en todas esas quis-quillosas dificultades, en todas esas vanas excusas? Acepta siempre con humildad y con sumision la penitencia que te impusieren. ¡Oh gran Dios, qué proporcion hay entre la pena y la culpa! Pero si te considerares obligado á representar alguna cosa, hazlo con tanto ren-dimiento y con tanta indiferencia, que se conozca tiene en ello mas parte la razon que la sensualidad.

2 No creas que la penitencia que te impone el confesor te excusa de hacer otra; aquella es como arras, ó como prenda de esta. Toda la vida de un cristiano, y sobre todo de un cristiano pecador, debe abundar en frutos de penitencia. Si no todos se pueden macerar con largas abstinencias y con otras austeridades, todos, sin exceptuar uno solo, se pueden y se deben mortificar. Son muchas las especies que hay de frutos de penitencia. Todas cuantas cosas se presentan te pue-den dar ocasion para oponerte á tus inclinaciones naturales. El hu-mor, el genio y hasta las mismas pasiones pueden servir para esta dichosa fertilidad. No hay tiempo ni lugar que no proporcione algun motivo para el ejercicio de la penitencia. Hay ciertas circunstancias en que te vienen grandes impulsos de ver ó de hablar; ¡qué bella ocasion para callar y bajar los ojos! Puede granjearte grande aplauso en una conversacion un dicho agudo y á tiempo, una zumba con dis-crecion; pero suprimiendo uno y otro, te ofrecen tambien materia para un grande sacrificio. Siendo la conversion del corazon y la re-forma de las costumbres los que se llaman con propiedad verdaderos frutos de penitencia, vive de manera que se reconozcan en tu modes-tia, en tu moderacion y en toda tu conducta. Donde no hay reforma, ni hay frutos de penitencia, ni hay conversion.

DIA XXVII.

MARTIROLOGIO.

San Vicente á Paulo, en Paris, sacerdote y fundador de la Congregacion de la Mision y de las niñas de la Caridad, varon apostólico y padre de los pobres, cuya fiesta se celebra el dia 19 de julio. *(Véase su vida en dicho dia).*

El martirio de los santos mártires Cosme y Damian, hermanos, de Egea; los cuales en la persecucion de Diocleciano, después de haber superado por virtud divina muchos tormentos, como cadenas y cárceles, sumersion en el mar, fuego, cruces, piedras y saetas, sobreviviendo milagrosamente á todo esto, fueron degollados. Dícese que con ellos padecieron tambien tres hermanos suyos llamados Antimo, Leoncio y Euprepio. *(Véase su vida en las de hoy).*

Santa Epicaris, mujer de un senador, en Roma; la cual en la misma persecucion, después de ser azotada con cordeles emplomados, fue degollada.

Los santos mártires Fidencio y Terencio, en Todi, en tiempo del emperador Diocleciano.

Los santos mártires Adulfo y Juan, hermanos, en Córdoba; los cuales en la persecucion de los árabes fueron coronados por Jesucristo. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Florentin, mártir, en Zemon, diócesis de Autun; el cual juntamente con san Hilario, después de cortarle la lengua, fue degollado.

San Marcos, obispo de Biblis, en la Fenicia, á quien el evangelista san Lucas llama tambien Juan. *(Fue discípulo de Jesucristo, y dícese que era pariente de san Bernabé).*

San Cayo, obispo, en Milan, discípulo de san Bernabé apóstol: después de haber padecido muchos trabajos en la persecucion de Neron, murió en paz.

San Aderito, obispo y confesor, en Ravena.

San Eleázaro (ó Elzear), conde, en Paris. *(Véase su vida en las de hoy).*

Santa Hiltrudis, vírgen, en Henegou.

SAN COSME Y SAN DAMIAN, MÁRTIRES.

San Cosme y san Damian fueron hermanos, naturales de la ciudad de Eges ó de Egea en la Arabia. San Gregorio Turonense es de opinion que fueron gemelos, de una familia distinguida y considerable por los grandes bienes que poseia, pero mucho mas por el cristianismo que profesaba. Muerto su padre, se halló su madre Teodora con cinco hijos, Antimo, Leoncio, Euprepio, Cosme y Damian, á quienes la piadosa viuda procuró dar una cristiana educacion, no perdonando medio alguno para conseguirlo. Pudo mucho en el ánimo y en el corazon de los hijos la virtud de la madre, cuya santa vida, fecunda en buenas obras, la mereció ser colocada por los grie-

os en su Menologio. Dotados Cosme y Damian de una bella índole compañada de un ingenio vivo, brillante y muy superior al de los emás hermanos, se consideraron mas hábiles para dedicarlos al es- udio de las ciencias y de las bellas artes. Hizo la madre todo cuanto udo para cultivar su capacidad y sus talentos. Fueron rápidos los rogresos que hicieron en las letras; pero sin atrasarse un punto en l camino de la virtud. Honraban sus costumbres la religion que pro- esaban, y hasta los mismos paganos no se podian negar á venerar, dmirar y amar su bondad, su desinterés y su inocencia.

El celo de la fe, siempre ingenioso, los movió á dedicarse al es- udio de la medicina. Viviendo en un país donde esta facultad estaba bandonada, se persuadieron que habilitándose en ella, les propor- ionaria ocasion para insinuarse con los gentiles, instruirlos insen- iblemente en las verdades de nuestra Religion, disipar sus preocu- aciones; y atendiendo á curar las enfermedades del cuerpo, se apli- arian con mayor utilidad á librarlos de las dolencias del alma.

Bendijo el Señor sus celosos intentos. Aventajáronse tanto Cosme Damian en la penetracion de la naturaleza y de la medicina, que a reputacion los hizo célebres en todo aquel país. Todos los enfer- os acudian á ellos con firme esperanza de recobrar su salud solo on que les hiciesen algunas visitas en su enfermedad. Era cada dia ayor su reputacion por las admirables curas que hacian. Es ver- ad que la santidad de los médicos comunicaba especial virtud á los edicamentos, siendo mayor el don de los milagros que la ciencia de s remedios naturales, por lo que no habia mal tan rebelde y tan iolento que se resistiese á su curacion, ni enfermo tan desahuciado ue no cobrase la salud á la primera visita de san Cosme y san Da- ian.

Daban principio á la cura haciendo una breve, pero fervorosa ora- on; informábanse después de la calidad del alma; hacian sobre el nfermo la señal de la cruz, y en el mismo instante cesaban los do- res, desaparecia la calentura, huia la enfermedad, y muchas ve- es hasta los mismos moribundos se hallaban repentinamente con per- cta salud. Ya se deja discurrir que á estas milagrosas curaciones seguirian numerosas conversiones entre los gentiles. Así el deseo sanar como el recobro de la salud inspiraban en los idólatras mas ostinados una singular estimacion de la religion cristiana. Los cie- os cobraban vista haciendo los santos Médicos la señal de la cruz bre sus apagados ojos; los poseidos se hallaban libres, los paralí- cos sanos, y todos conocian que curas tan extraordinarias eran muy

superiores al arte y á la experiencia natural. Aprovechábanse nuestros Santos con destreza de la confianza que tenian en ellos los pagnos enfermos para sacarlos de los errores y de las impiedades del gentilismo; de suerte que los Médicos se convirtieron en dos insignes apóstoles. Era tan grande y tan sabido su desinterés, que los griegos los llamaban *Anargyrios*, es decir, hombres sin dinero, porque ejercian su profesion gratuitamente sin admitir cosa alguna de cualquiera que fuese.

La fama de tantas maravillas los hizo mas célebres en todo el país, pero esta misma reputacion dió ocasion á su martirio. Tomada la resolucion de exterminar todos los Cristianos por los emperadores Diocleciano y Maximiano, enviaron á Egea al prefecto Lisias con orden de no perdonar á suplicios ni á todo el rigor de las leyes para obligar á cuantos hiciesen profesion del cristianismo á sacrificar á los dioses del Imperio; y en caso de resistencia hacerlos perecer á violencia de los tormentos. Luego que llegó el Gobernador le informaron que nunca los dioses habian tenido enemigos mas mortales que dos célebres médicos, ó por mejor decir, dos insignes magos que corrian todas las ciudades haciendo portentosas curas á favor de sus encantamientos; los cuales, abusando de la credulidad del vulgo ignorante, hacian tantos cristianos cuantos eran los enfermos que visitaban; y que si no se atajaba este desórden, dejándolos continuar en él, muy en breve se haria cristiano todo el país. Ya se sabe que era comun y extraña preocupacion de los gentiles atribuir á efectos de arte mágico todas las maravillas que obraban los Cristianos. Movido Lisias de este informe, los mando prender; y haciéndolos comparecer delante de sí, les dijo con un aire y con un tono capaz de intimidar los corazones mas esforzados: *Luego vosotros sois aquellos dos famosos embusteros que andais por las ciudades y provincias sublevando los pueblos con vuestros encantamientos, y alborotandolos contra los dioses del Imperio para colocar en su lugar y hacerles adorar como Dios á un hombre que por sentencia de juez fue colgado de un infame madero. Tened entendido que si desde este mismo punto no renunciais á ese Dios crucificado, y no obedeceis los edictos de los Emperadores, no habrá suplicio que no os haga sufrir para reduciros á vuestro deber. ¿De donde sois? ¿qué oficio profesais? ¿cuál es vuestra familia?*

Señor, respondieron los dos Santos con tono firme, pero respetuoso, *los dos somos hermanos, naturales de Arabia; y tenemos la dicha de ser cristianos, como tambien otros tres hermanos nuestros y toda nuestra familia. Somos caballeros, y médicos de profesion, incapaces de en-*

añar á nadie. A ninguna ciudad ni provincia vamos donde no seamos llamados. No ejercemos la medicina por interés; nada admitimos de enfermo alguno; pero dando la salud á los enfermos mas por la virtud de Jesucristo que por nuestra ciencia, procuramos al mismo tiempo sanaros de la ceguera del alma, haciéndoles conocer que no hay mas que un solo Dios verdadero; conviene á saber, el que nosotros adoramos, y que los llamados dioses del Imperio son infames demonios que tienen engañados á los pueblos.

Quedó sorprendido el Gobernador al oir una respuesta tan discreta como moderada; neutral entre la cólera y el aplauso de su cordura y de su moderacion, no sabia á cuál de los dos afectos inclinarse. Estaba bien informado de las portentosas curas que habian hecho, y no ignoraba que universalmente eran reputadas por prodigios superiores á la naturaleza mas que por efectos del arte; pero en medio de eso el temor de perder la gracia de los Emperadores le determinó al partido de la severidad. Mandólos que hiciesen venir á sus hermanos, y luego que los vió en su tribunal, les exhortó fuertemente á que no se obstinasen en ser rebeldes á las órdenes de los Emperadores. *Sois nobles,* les dijo, *sois jóvenes, y yo tengo órden de nuestros soberanos para ofreceros su favor y los primeros cargos del Imperio si os rendís á su voluntad. Es menester sacrificar á los dioses y renunciar las incomprensibles quimeras de vuestra religion cristiana. No os encaprichéis en perderos á vosotros y á toda vuestra familia; escoged una de dos, ó vivir tributando culto á los ídolos, ó morir al rigor de los mas crueles tormentos; pensadlo bien.* — *Ya lo tenemos bien pensado,* respondieron los Santos, *tus tormentos no nos ponen miedo; prontos estamos á dar nuestra vida por nuestra Religion; no tienes que esperar otra respuesta de nosotros.*

Tampoco lo esperó Lisias, porque en el mismo punto les mandó aplicar á la tortura. No les espantó este cruel suplicio. *Si tienes otros tormentos que hacernos padecer,* le dijeron los dos Santos, *no tienes mas que ponerlos en ejecucion. Estamos seguros de que la gracia de Nuestro Señor Jesucristo nos dará fuerzas para sufrirlos, no solo con paciencia, sino tambien con alegría.* Con efecto, habiendo salido de la tortura sin experimentar el mas ligero daño, dió órden el Gobernador para que atados de piés y manos los arrojasen en el mar; pero un Ángel les rompió las ataduras, y los puso sanos y salvos en la ribera. A vista de esta maravilla mostró el Juez ablandarse algun tanto, y les preguntó en tono amistoso con qué género de encantos ó de sortilegios obraban aquellos prodigios. *Señor,* le respondieron

los santos hermanos, *ignoramos absolutamente toda especie de sortilegios: los demonios nos temen en lugar de servirnos. Somos cristianos solo en virtud del nombre de Jesucristo y de su soberana proteccion triunfamos de todos vuestros suplicios; ni todos vuestros imaginarios dioses ni todo el infierno junto es capaz de resistir á sola la señal de la cruz del Salvador en quien ponemos toda nuestra confianza.* — *Pues, yo pongo toda la mia,* replicó Lisias, *en nuestro dios Apolo, y me atrevo á hacer los mismos prodigios en su nombre.* En el mismo instante fue castigada esta blasfemia; porque dos demonios invisibles le comenzaron á golpear tan cruelmente, que hubiera espirado á violencia de los golpes si nuestros Santos, movidos de compasion, no hubieran hecho oracion, librándole de aquellos demonios en el nombre de Jesucristo. Aprovechándose los Santos de esta maravilla y del beneficio que Lisias acababa de recibir, le dijeron: *A vista de esta gracia ¿dudarás todavia del poder de nuestro Dios, y te obstinarás todavia en tu infidelidad? ¿Has recibido alguna vez semejante beneficio de tus idolos? ¿has hecho experiencia de su poder? Renuncia, pues, el culto de esos infelices, que aun mas flacos y mas miserables que tú, no tienen poder para librarse á si mismos de los eternos tormentos que padecen por sus maldades; y abriendo los ojos á la verdad, reconoce la omnipotente virtud del verdadero Dios, único objeto digno de tus adoraciones.*

Mostróse el Gobernador insensible á tan justas amonestaciones, y sin responderles palabra, se contentó con mandar que los volviesen á la cárcel. Temerosos los gentiles de que Lisias se hiciese cristiano, le hablaron con tanta resolucion, y le amenazaron tan furiosamente con la indignacion de los Emperadores, que al dia inmediato los hizo comparecer ante sí; y preguntándoles con fiereza si persistian siempre en su primera obstinacion, hallándolos inmobles en la confesion de su fe, mandó encender una gran hoguera de sarmientos, y arrojarlos en ella; pero salieron de este suplicio tan sin lesion y tan indemnes como de todos los demás. Furioso entonces el Gobernador, dió órden para que amarrando á cada uno á un grueso tronco, cuatro compañías de soldados disparasen contra los dos Santos todas sus saetas; pero la mano poderosa del Señor, que queria confundir la obstinacion del tirano y de todos los gentiles, los hizo invulnerables; y disponiendo que toda aquella espesa nube de dardos retrocediese con violencia hácia los concurrentes, costó á muchos la vida. Causó este suceso tanto alboroto en toda la ciudad, que el Gobernador se vió obligado á mandar que inmediatamente les cortasen la cabeza. Pusiéronse en oracion san Cosme y san Damian, y suplicaron humildemente

Señor que se dignase admitir su sacrificio, y no permitiese con otro nuevo milagro que se estorbase la ejecucion de la sentencia. Fue oida su oracion, y al primer golpe cayeron en tierra sus cabezas. Fueron coronados del martirio el dia 27 de setiembre del año 285; y se cree que los otros tres hermanos lograron la misma dichosa suerte.

La mayor parte de sus santas reliquias fueron con el tiempo llevadas á Roma, y depositadas en una hermosa iglesia que san Félix papa, bisabuelo de san Gregorio el Magno, mandó edificar en honor de los santos Mártires. Un caballero francés, llamado Beaumont, que en tiempo de las Cruzadas fué al socorro de la Tierra Santa, trajo el resto de las reliquias de san Cosme y san Damian, y las colocó en una magnífica iglesia que en honra suya mandó fabricar en Luzarne; y de estas se sacaron las que se conservan en Paris y en otras partes.

SAN ADULFO Y SAN JUAN, MÁRTIRES.

Aunque la injuria del tiempo robó á la posteridad las actas que el esclarecido abad Espera-en-Dios escribió con estilo elegante de san Adulfo y de san Juan, protomártires de la sangrienta persecucion que Abderraman rey de Córdoba movió contra los Cristianos en los principios de su imperio, con todo, por lo que nos dice san Eulogio en el Memorial de los Mártires de Córdoba remitiéndose al testimonio de su maestro, á quien llama el ilustrísimo doctor y gran lumbrera de la Iglesia de España, sabemos que ambos héroes triunfaron de los enemigos de Jesucristo, sirviendo su ejemplo para alentar á muchos cristianos débiles, á que diesen iguales pruebas de su fe. Nacieron ambos en Sevilla ó en su diócesis de padres nobilísimos aunque desiguales en religion, cuya conjuncion no era extraña en aquellos siglos calamitosos, en los que vivian los fieles mezclados con los mahometanos, como hoy sucede en los países en que se profesan sectas diferentes. El padre de nuestros Santos era moro, y su madre Artemia era cristiana. Quiso esta encargarse por sí de la educacion de Adulfo, de Juan y de santa Aurea (cuya vida y martirio dejamos ya escrita en las del dia 19 de julio), que fueron los tres frutos de bendicion que les concedió el cielo para que ennoblecieses la Iglesia; mamando estos con la leche las piadosas máximas de nuestra santa religion, no fueron capaces para separarles de ella la fuerza, los ruegos, ni las persuasiones de sus deudos, las amenazas de los jueces, ni aun la misma muerte.

Muerto el padre de los bienaventurados Mártires, resolvió Arte-

mia retirarse donde pudiera con libertad practicar los ejercicios
la religion que profesaba. Supo que en Córdoba gozaban este indu
los Cristianos á expensas de los crecidos tributos que les exigian
moros, y pasando á ella con sus tres hijos, se encerró en el mon
terio de Santa María de Cuteclara, donde fue prelada y maestra
san Walabonso y de su hermana santa María, y de muchos confes
res que en aquellos tiempos derramaron su sangre en defensa
Evangelio.

No podian tolerar los parientes de Sevilla por parte del padre, q
los dos ilustres hermanos profesasen la religion cristiana, creyen
que en esto infamaban la nobleza de sus ascendientes; y para este
barlo, se valieron de los consanguíneos que tenian en Córdoba, á
de que les aconsejasen secretamente que siguiesen la ley de su p
dre, so pena de delatarlos á la justicia en caso de no hacerlo así, pa
que los castigase por desertores de la religion que habian profesa
todos sus mayores. Oyeron Adulfo y Juan la amonestacion de s
deudos con el mayor desprecio, haciéndoles ver que estaban dispu
tos á padecer todos los castigos que pudieran discurrir los árab
antes que separarse de la religion cristiana; y resentidos aquellos
semejante respuesta, recurrieron al juez mahometano, ponderándol
la terquedad de los dos hermanos, los cuales se mantenian inflexi
bles á sus amonestaciones sobre que siguiesen la ley de sus ascen
dientes, por lo que pedian que se les castigase con toda severidad
El juez no oyó con indiferencia la acusacion, antes bien celoso de
honor que resultaba á su profeta, mandó á sus ministros que los tra
jesen ante su tribunal, donde les reconvino de esta forma: *Varones
nobles, que gozais por vuestro padre esta cualidad, ¿con qué derech
seguís la ley de vuestra madre, no queriendo ilustraros con la que pro
fesó aquel, manchando vuestra ilustre prosapia con una torpe religion?
Si el esplendor paterno os ennoblece, ¿por qué no condecorais vuestra
acciones con su fe? Decreto es de los árabes, que el hijo que se ilustra
con el honor del padre siga su religion; bajo cuyo supuesto resolved, ó
abrazar la ley que profesó vuestro padre, ó disponeos para una muerte
infame.*

Creia el juez que semejante reconvencion haria fuerza á los dos
ilustres Confesores de Jesucristo; pero quedó lleno de confusion, cuan
do le respondieron con aquel valor y con aquella fortaleza, que es
característica de los héroes del cristianismo: *Ningun hombre se enno
blece con la cualidad que le conduce á su eterna perdicion: ¿por qué ra
zon hemos de seguir la ley de nuestro padre, cuando es un contexto de*

trañas y de falsedades? El esplendor de nuestra prosapia debe ceder la virtud, y la nobleza de nuestros ascendientes á la verdad que ense- la religion de Jesucristo, que es el que ennoblece á sus creyentes, y ace reinar á los que le sirven. Nosotros abrazamos esta ley desde nues- os primeros años, y la veneramos como justa y santa, pues todo cuanto es conforme á ella es notoriamente falso, y no procede de Dios; por ya confesion desde ahora ponemos á tu disposicion nuestros cuerpos, bre los que solamente tienen poder las potestades del mundo, renun- ando todos los blasones de la caduca nobleza que ponderas.

No es fácil manifestar la cólera que concibió el juez al oir una res- uesta tan generosa; y viendo inútiles todos sus esfuerzos para per- ertir á los dos jóvenes, tan constantes en la fe como ansiosos á pa- ecer por amor de Jesucristo, los sentenció á pena capital. Ejecutóse injusta providencia en el dia 28 de setiembre por los años 824 ó 25 egun el cómputo mas arreglado al tiempo en que señala su marti- o san Eulogio, que fue en los principios del reinado de Abderra- an; si bien Usuardo, Maurolico y Baronio hacen memoria de ellos l dia 27 de setiembre.

Sus venerables cuerpos fueron recogidos por los Cristianos en una oche tenebrosa, y sepultados en la iglesia de San Ciprian. De esto ace memoria Mabillon hablando de la traslacion de los santos Jorge Aurelio desde Córdoba á Paris.

SAN SIMEON METAFRASTE, CONFESOR.

El profeta Jeremías tuvo un escritor, segun refiere san Gerónimo, ue fue Baruch, quien de escritor de profeta vino á ser profeta. Así an Simeon de Metafraste, de escritor de Santos vino á ser Santo. Ciertamente no hay palabras bastantes para alabar dignamente á este anto varon, porque no solo fue adornado de elocuencia, y de alto y elicado entendimiento, sino de una alma tan adornada de virtudes ue dió ejemplo á otros de todas ellas. Nació en Constantinopla y des- le pequeñuelo dió muestra de lo grande que habia de ser. Estudió etórica y filosofía; y por ser estas dos facultades y ciencias en que os sabios de su tiempo procuraban señalarse, unos en la una, y otros n la otra, él abrazó las dos, y quiso juntamente señalarse en ellas; y así fue que en la filosofía se señaló por ser su entendimiento feli- ísimo, y en la retórica se señaló por ser su lengua dulcísima. Fue muy querido y estimado del Emperador, quien se aprovechó de su abiduría en los negocios graves tocantes al imperio, y de su persona n el gobierno de la república y administracion de justicia.

Habian ya cesado en su tiempo las persecuciones que la Iglesia tólica padeció de los tiranos, y estaban los fieles deseosos de sa en particular lo que muchos santos Mártires padecieron, sus atro tormentos y sus muertes cruelísimas. Algunos autores pretendier escribir de ellos; y los libros que de ellos andaban eran faltos: u en la verdad, porque los escritores no pudieron hacer exquisitas ligencias necesarias para decir lo cierto; otros, aunque escribian sas ciertas, era con palabras tan toscas y mal concertadas, que ca saban irrision, y no devocion á los lectores. Procuró remediar este ño nuestro san Simeon, y remedióle; porque como persona poderos y que tenia privanza con el Emperador, pudo saber la verdad de que escribió, no perdonando para esto diligencia ni trabajo, junta do revelaciones de varones fidedignos, libros y memoriales de aut res graves. Añadióse á esto, para remedio del otro daño, que con retórica y dulce decir, puso lo que escribió en tan buen estilo, q deleita á los lectores con su dulzura; y con estar ciertos que escri verdad, les mueve, por donde son aprovechados. Ocupado este sie vo de Dios en tales ejercicios, siendo su vida sin reprension, amand las virtudes, entre todas especialmente la castidad, trocó esta vid del suelo por la del cielo; y fue su cuerpo sepultado con grande ma jestad y pompa: sucediendo, para muestra de la vida que habia vi vido, y cuán grata alma habia sido para Dios, que su sepulcro po muchos dias dió olor suavísimo con admiracion de los que de él par ticipaban. Hasta aquí es de Psello. Su tránsito fue tal dia como hoy, y aunque no se sabe precisamente el año, se conjetura con funda mento que aconteció pocos años después del de 620. De este Santo hace mencion el concilio Ferrariense y Florentino en la *sess.* 7, Ni céforo Calixto, lib. 4, cap. 51.

SAN ELZEAR Ó ELEÁZARO, CONDE DE ARIAN, Y SANTA DELFINA.

San Elzear nació en Ansois, castillo de su padre en la diócesis de Apt en el año de 1295. Inmediatamente después de su nacimiento, tomándolo en sus brazos su madre, Landana de Albes, le ofreció á Dios, pidiéndole que antes le sacase de este mundo que permitir que aquel hijo que le daba cayese en la esclavitud del demonio por el pecado. El tierno infante recibió las primeras impresiones de la virtud y piedad de su propia madre, las cuales al salir de la infancia perfeccionó su religioso tio Guillermo de Sabran, abad de San Víctor en Marsella, quien cuidó de su educacion. En su edad tierna era ya un

odelo cabal de penitencia, de manera que su tio tuvo que repren-erle severamente, no obstante que para sí admiraba con gusto el rvor de aquel niño tan bien inclinado.

Diez años no mas tenia Elzear, cuando Carlos II, rey de Sicilia y nde de Provenza, le mandó que casase con Delfina de Glandeves, hija Lor de Pui-Michel, no teniendo esta mas que doce años de edad; ro ambos esposos convinieron secretamente en vivir solo como her-anos. Con las austeridades á que ambos se entregaban, revivia el emplo de los antiguos Padres del desierto. Á la edad de veinte y es años quedó el Santo único heredero del condado y de la inmensa rtuna de sus padres, y todas estas ventajas las miró siempre como ros tantos instrumentos puestos en sus manos para socorrer las ne-sidades de los pobres, y promover la gloria de Dios. Los bienes ernos eran el único objeto de sus deseos.

Es un yerro muy peligroso imaginar que para ser devoto es ne-sario gastar mucho tiempo en oracion, y que los devotos pueden currir en desidia y descuido de las obligaciones temporales; cuando r el contrario solo la verdadera virtud es la única capaz de hacer e estas se desempeñen bien. La virtud enseñó á Abraham, Isaac Jacob á ser cuidadosos administradores de sus cosas, y exactos pa-es de familia. Del mismo modo san Elzear con su piedad se hizo udente en el manejo de sus negocios temporales, de manera que ando principió á mandar en casa propia, estableció los siguientes eceptos:

«1.° Todos los de mi familia oirán misa todos los dias, tengan los egocios y ocupaciones que tuviesen. Nada faltará en mi casa co-no Dios esté bien servido. — 2.° Ninguno jure, maldiga, ni blas-eme, bajo la pena de ser severamente castigado, y echado después le mi familia ignominiosamente. — 3.° Honren todos la castidad: y no crean que ha de quedar impune en casa de Elzear la mas leve mpureza de palabra ni de obra. No se espere semejante cosa de ní. — 4.° Todos, hombres y mujeres, confiesen sus pecados cada emana; y ninguno sea tan desdichado que deje de comulgar en odas las festividades principales. — 5.° Nadie sea ocioso en mi ca-a. Lo primero que se ha de hacer todas las mañanas es levantar l corazon á Dios: después vaya cada uno á su destino, los hom-res afuera, y las mujeres en casa. Por la mañana se concederá á a meditacion un poco mas de tiempo; pero muy léjos de aquellos que gastan lo mas en la iglesia faltando á sus obligaciones. Esto o hacen no porque aman la contemplacion, sino porque quieren

«que sus obras las hagan otros por ellos. La vida de una mujer p
«dosa, segun la describe el Espíritu Santo, no es solamente orar h
«sino ser modesta y obediente, aplicarse diligentemente á su lab
«y tener cuidado de su casa. Las damas leerán y meditarán po
«mañana, pero las tardes las gastarán en alguna labor. — 6.° N
«permitirán juegos de suerte, ni de dados. Hay mil diversiones i
«centes, aunque el tiempo pasa bien pronto sin necesidad de pa
«tiempo. No obstante no deseo que mi casa sea como un claust
«ni mi familia ermitaños. Alégrense y diviértanse á ratos; pero n
«ca á expensas de la conciencia, ni con peligro de ofender á D
«— 7.° Manténgase perpetuamente la paz en mi familia. Donde re
«la paz allí habita Dios. Cualquiera que sirva bien á Dios será am
«de mí; pero jamás sufriré al que se declare enemigo de Dios. T
«el que no teme á Dios no puede ser de confianza para su am
«señor; porque es muy fácil que haga presa de sus bienes. En
«gente semejante está el dueño como en una trinchera cercada
«todas partes del enemigo. — 8.° Si acaece algun disturbio ó d
«puta, yo observaré inviolablemente el precepto del Apóstol, de
«no se ponga el sol sin quedar reconciliados; pero en el instante q
«esto suceda, quede todo resentimiento en el sepulcro del olvido. C
«nozco lo imposible que es vivir entre hombres, y no tener á vec
«que sufrir. Apenas puede estar un hombre invariable un dia en
«tero; y si le asalta humor melancólico, no sabrá él mismo lo q
«le pasa. No querer perdonar á otro, es un intento diabólico; pe
«amar al enemigo, y hacer bien por mal es la verdadera piedra d
«toque de los hijos de Dios. Á semejantes criados estará siempr
«abierta mi casa, mi bolsa, y mi corazon: yo quiero mirarles com
«amos mios. — 9.° Todas las tardes se juntará mi familia á una con
«ferencia piadosa, en que oirán á veces hablar de Dios, de la sal
«vacion de las almas, y de las ventajas del paraíso. Ninguno falte
«esta conferencia con pretexto de atender á mi servicio: no tengo y
«negocio de tanta importancia que interese mas á mi corazon qu
«la salvacion de los que me sirven. Ellos se han entregado á mí
«y yo lo entrego todo á Dios, amos, criados y cuanto esté en m
«potestad. — 10.° Mando severamente que ningun dependiente d
«mi jurisdiccion ose injuriar á otro de palabra ni de obra en sus bie
«nes, honor ó reputacion, ni oprima su persona con el pretexto d
«que en ello cumple con mi servicio. Yo no quiero llenar mis cofre
«vaciando impiamente los ajenos, ni sangrando las venas del próji
«mo, ni sacando la medula de los huesos del pobre. Estos criados

sanguijuelas que chupan la sangre ajena, son unos inicuos que se hacen mal á sí mismos y á sus dueños. Pues qué, un señor que da seis ó siete monedas de limosna, ¿limpia las manchas de aquel siervo que ha despedazado las entrañas del pobre, cuyos clamores por venganza llegan hasta los cielos? Yo iria mas bien desnudo al paraíso, que vestido de oro y escarlata arrastrando al infierno como el rico avariento. Bastante ricos serémos si tenemos á Dios. Una fortuna adquirida con injusticia ó con opresion será como un fuego escondido debajo de la tierra, que irá consumiendo, devorándolo y abrasándolo todo. Vuélvase cuadruplicado cuanto sepamos que hemos tenido de otros: y sean públicas mis diligencias para ello, porque si alguno tiene que pedirme lo haga en aquella suposicion. El hombre que tiene un tesoro en el cielo, ¿puede apetecer la miseria de la tierra? Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo he de volver al seno comun de nuestra madre la tierra. ¿Y he de aventurar yo la salvacion de toda la eternidad por el corto espacio que media entre una tumba y otra? Si esto fuera así, la fe, la virtud y la razon se eclipsarian enteramente para mí, y no habria un vislumbre de entendimiento.»

San Elzear era el primero que daba el ejemplo de las reglas que escribia á otros. Delfina por su parte contribuia igualmente á llenar todas sus miras, y le estaba perfectamente obediente. La piadosa condesa conocia muy bien que las devociones de una mujer casada debian ordenarse de otro modo que las de una persona religiosa: que la contemplacion es la hermana de la oracion y de la accion, y que Marta y María deben ayudarse recíprocamente. Amaba á sus criados como á hijos, y estos la honraban como á madre y como á santa.

Después de la muerte de su padre se vió obligado Elzear á pasar al reino de Nápoles á tomar posesion del condado de Arian. Pero inclinado el pueblo en favor de la casa de Aragon contra el francés, se rebeló contra su jóven señor, y sus vasallos rehusaron reconocerle. El Santo contrarestó su rebelion por espacio de tres años con las solas armas de la mansedumbre y la paciencia. Contestó cierto dia á su primo el príncipe de Tarento, que le pedia permiso para sujetar y castigar á los rebeldes: «Yo venceré á estos hombres con beneficios: no es grande hazaña la de un leon despedazar unos corderos; pero que un cordero haga pedazos á los leones, eso sí que es admirable; pues con la ayuda de Dios muy pronto veréis prácticamente el milagro.» El resultado verificó su prediccion, porque los habitantes de Arian, avergonzándose por fin de su rebelion, no solo

convidaron á Elzear á tomar posesion de su territorio, sino que después le honraron y veneraron como á Santo.

Entre los papeles de su padre halló el buen Conde las cartas de un oficial suyo llenas de calumnias contra él, tratando de persuadir á su padre que le desheredase, puesto que era mas á propósito para ser monje que para llevar las armas. Acordándose san Elzear de que Cristo le mandaba perdonar, y no vengar las injurias, rompió inmediatamente las cartas, y cuando este oficial iba á su cuarto á hacerle la corte, le abrazaba afectuosamente, le daba tambien regalos, y así ganó al fin su afecto de tal modo, que en adelante el oficial se ofrecia á ser hecho pedazos en servicio suyo. Estableció en Arian una rígida administracion de justicia, y castigaba los delitos sin conmiseracion. Visitaba á los malhechores condenados á muerte; y muchos que habian permanecido insensibles á los sacerdotes, con sus exhortaciones se movian á sincera compuncion, y á aceptar el castigo con espíritu de penitencia. Pero cuando les eran confiscados los bienes, los restituia secretamente á sus viudas ó á sus hijos, ó bien cuidaba de proveer á su subsistencia y educacion cuando eran pobres.

El rey Roberto después de haberle conferido el órden de caballería, le eligió para ayo de su hijo Carlos, duque de Calabria; y con su celo y diligencia corrigió los vicios de su pupilo, quien se hizo un príncipe grave y virtuoso.

El emperador Enrique VII invadió á Nápoles con un ejército poderoso: el rey Roberto envió contra él á su hermano Juan y al conde Elzear con todas las tropas que pudo juntar en sus dominios. Trabáronse dos sangrientas batallas, en que fue siempre Enrique derrotado, especialmente por el valor de Elzear, de modo que el Emperador se vió obligado á solicitar la paz. El rey Roberto, derramando lágrimas de alegría, hizo entonces ricos presentes á Elzear, que aceptó con una mano por no desairar á su Soberano, y distribuyo con la otra por consolar á sus pobres. Toda la corte admiraba á un príncipe que era á un tiempo un gran soldado, hábil cortesano, casado, vírgen y santo. El mismo Rey envió luego á Elzear por embajador á Paris á pedir á Carlos IV á María, hija del conde de Valois, para mujer del duque de Calabria. Concluido el tratado fue admitido en la corte el buen Conde, no solo con el mayor honor, sino con veneracion, y como un Santo en vida.

En este tiempo cayó enfermo el Embajador, y como se agravase la enfermedad, hizo una confesion general con el provincial de San Francisco, cuyo hábito habia el santo Conde tomado en la tercera

Órden, recibió el Viático y la Extremauncion con alegría, y después de una agonía penosa, espiró tal dia como hoy por los años de 1323, á los veinte y ocho de su edad. Los príncipes y reyes de Francia y de Nápoles lloraron públicamente su muerte; y su cuerpo fue conducido á Apt, segun su disposicion. Por órden del papa Clemente VI se hicieron las informaciones jurídicas de milagros, y Urbano V firmó el decreto de su canonizacion, que no fue publicado hasta el año de 1369 por Gregorio XI, cuarenta y seis años después de la muerte del Santo, viviendo todavía su esposa Delfina.

Los reyes de Nápoles no consintieron de ningun modo que la santa Condesa dejase su corte, á la cual servia de modelo de piedad. Pero muerto el rey Roberto, la reina Sancha, hija del rey de Mallorca, tomó el hábito de santa Clara en el monasterio fundado por ella misma en Nápoles, donde vivió diez años teniendo á su lado á su amada Delfina. Después de la muerte de esta Princesa, Delfina volvió á Provenza, y pasó la vida de reclusa en el castillo de Ansois, en las heróicas prácticas de penitencia, caridad, continua oracion, y todas las virtudes. Murió en Apt en el año de 1369, á los setenta y seis de su edad, en el dia 26 de setiembre, en que se hace mencion de ella en el Martirologio franciscano. Sus reliquias mortales fueron depositadas en el mismo sepulcro de san Elzear. (*Butler*).

La Misa es en honor de los santos Cosme y Damian, y la Oracion la que sigue:

Praesta, quaesumus, omnipotens Deus: ut qui sanctorum martyrum tuorum Cosmae et Damiani natalitia colimus, à cunctis malis imminentibus, eorum intercessionibus liberemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que cuando celebramos el nacimiento á la gloria de tus santos mártires Cosme y Damian, nos libremos por su intercesion de todos los males que nos amenazan. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo v *del libro de la Sabiduría, pág. 417.*

REFLEXIONES.

El Altísimo tiene cuidado de ellos. ¿Qué le puede faltar á aquel á quien Dios toma de su cuenta? ¿qué tendrá que temer? *Si Dios está por nosotros*, dice el Apóstol, *¿quién nos podrá dañar?* Aunque toda la tierra se levantara contra un hombre que está debajo de la proteccion de Dios, aunque todo el infierno junto conspirara contra él, ¿qué podia temer? Es José vendido á los ismaelitas por sus propios

hermanos: el mismo amo que le compra le hace encerrar en un profundo calabozo. ¿Quién no calificaria de la mayor extravagancia el pensamiento ó la ocurrencia que tuviese alguno de que aquel extranjero desconocido, aquel esclavo, aquel pobre delincuente, metido como tal entre cuatro lóbregas paredes, algun dia habia de ser el árbitro, la segunda persona de todo Egipto? Sin embargo, tomóle Dios á su cuidado: pues mas que le calumnien, mas que le desprecien, mas que le formen proceso, José saldrá de la prision punto menos que para subir sobre el trono. ¿Qué proteccion mas eficaz que la del Señor todopoderoso? ¿Dónde hay abrigo mas á cubierto de toda tempestad? Ni los reveses de fortuna, ni las desgracias de las familias y de los Estados, ni los accidentes mas dolorosos, ni los sucesos mas funestos y mas extraños, nada puede alterar la felicidad ni oscurecer la gloria del que está á cargo de Dios; y esta es la suerte del hombre justo. Los pobres gimen, las personas de nacimiento oscuro, de condicion humilde, de espíritu y de talentos limitados, están sin apoyo, viven olvidadas ó desatendidas en un desprecio universal: no importa: sean amigos del Altísimo, vivan inocentemente, sean justos, que Dios cuidará de ellos. Á pesar de toda la prosperidad, de toda la abundancia, de todo el esplendor de los grandes del mundo, el hombre justo es cien veces mas feliz que ellos. En nuestra mano está hacer esta dulce experiencia.

El Evangelio es del capítulo VI *de san Lucas, pág. 418.*

MEDITACION.

De la soledad interior.

Punto primero. — Considera que basta el ejemplo de Cristo para que comprendamos las utilidades y la necesidad de la soledad interior. No hubo Santo que no la comprendiese, ni hay persona sólidamente espiritual que no la comprenda; sin duda que para convencernos de esto mismo, el Salvador del mundo (que ciertamente no tenia necesidad de retirarse del comercio de los hombres, ni de la multitud para estar recogido) quiso desviarse tantas veces al monte y á la soledad para orar, ó por mejor decir, para darnos la importante leccion que para meditar bien, y para tomar el gusto á las verdades de la Religion, convenia alejarse del tumulto del mundo: *Yo la llevaré á la soledad* (dice del alma santa); yo la conduciré al retiro, y en aquella soledad, en aquel lugar silencioso y sosegado, *la hablaré al corazon:* la enseñaré los grandes misterios de la Religion:

la haré experimentar despacio y á gusto la dulzura de una vida cristiana. No hubo Santo que no fuese amante del retiro: este amor pobló los desiertos de Egipto y de la Palestina, y el mismo amor está poblando todos los dias los monasterios y claustros religiosos. Pero no todos tienen vocacion de religiosos ni de ermitaños, es verdad; mas la soledad de que ahora vamos hablando no está precisamente reservada á los desiertos. Hay una soledad de corazon y de espíritu que conviene á todos estados, se adapta á todo género de personas, de condiciones, de sexos y de edades. Esta es absolutamente necesaria para ser verdaderamente devoto, y para hacer algun progreso en el camino de la virtud. Es menester que el alma se fabrique dentro del mismo corazon cierta especie de retiro donde suspendiendo, por decirlo así, todo comercio con los objetos criados, y exento el corazon de la bulla y de la inquietud de las pasiones, se recoja para vivir tranquilo y sosegado. En esta tranquilidad interior habla Dios al alma, y el alma oye y entiende la voz de su Dios. Sin este recogimiento interior, sin esta soledad de corazon está el alma tan disipada, que apenas puede percibir la voz del Esposo. Cuando este llega y llama á media noche, solo las fieles y castas esposas que le esperan en el silencio y en el sosiego de ella son admitidas al divino banquete. ¡Buen Dios, cuántas reflexiones ofrecen estas verdades! ¡y qué instructivas son estas reflexiones!

Punto segundo.—Considera que ningun ardid, ningun artificio le sale mejor al demonio que el de disipacion interior, y por lo mismo es declarado enemigo del interior recogimiento. Sabe muy bien que por inocente que uno sea, por devoto que parezca, y por grande que sea su inclinacion á todas las buenas obras, la mejor voluntad hace poco ó nada, y las mayores gracias son cási estériles sin esta soledad, sin este recogimiento interior. Estas gracias tan fecundas por sí mismas apenas producen fruto si esta divina semilla cae en un lugar abierto y pasajero: los caminantes la atropellan, y las malas yerbas la sufocan. Estés enhorabuena animado de todo el celo posible, así de tu perfeccion como de la de los prójimos: practica en buen hora todo género de devociones: logra enhorabuena cuantos medios espirituales puedes desear: todo esto es excelente; pero todo te será de poca utilidad sin esta soledad del alma. Es necesario que esta se reserve algun abrigo donde refugiarse en medio de las ruidosas ocupaciones, en medio de los embarazos del mundo. Es menester fabricar dentro del propio corazon un oratorio particular se-

gun la leccion que Jesucristo dió á santa Catalina de Sena. Todas las meditaciones, reflexiones y oraciones que se hacen en este oratorio privado son de admirable eficacia. No todos pueden ir á enterrarse vivos en un desierto: no todos son llamados al encierro de una religion: no todos pueden pasar la vida en soledad y en retiro; pero ninguno, ora sea religioso, ora seglar, se puede excusar de este recogimiento. ¡Buen Dios, qué de tesoros se ocultan en esta soledad interior! ¡cuántas riquezas espirituales se logran cuando se sabe encontrar este misterioso desierto! En él se conserva aquella preciosa pureza; en él se adquiere aquella mansedumbre, aquella paz inalterable; en él se aprende el espíritu de virtud, de mortificacion y de caridad; en él se encuentra aquel gusto espiritual que hace dulce y suave el yugo del Señor; en él reina la paz y la caridad, que ningun accidente altera; en él se fortifica la fe, y cada dia se hace mas firme la esperanza. Finalmente allí se halla la feliz perseverancia que todo lo corona. Dignaos, Señor, por vuestra infinita misericordia colocarme en esta soledad interior, en la cual quiero vivir y morir.

Jaculatorias. — Sí, mi Dios; desviéme léjos del tumulto del mundo, y estoy resuelto á mantenerme toda la vida dentro del retiro de mi corazon. (*Psalm.* LIV.)

Esto es hecho: jamás perderé de vista á mi Dios y á mi Señor. (*Psalm.* XIV.)

PROPÓSITOS.

1 Soledad es el desierto, y soledad es el claustro religioso; pero no siempre son lugares de retiro y de recogimiento interior. Penetra hasta los mas horrorosos desiertos la disipacion del espíritu y el derramamiento de corazon: ni aun el claustro es país desconocido para ella. Así como no hay estado ni condicion donde no se pueda vivir en soledad, así tampoco hay claustro ni desierto donde no pueda estar el corazon distraido y derramado. Algunos se ven que siempre lo están, y que solo muestran una devocion activa y bulliciosa: muy de temer es que á estos tales les falte la devocion interior. Evita siempre esas erupciones y exterioridades. Está enhorabuena pronto para todas las obras de virtud; pero nunca te entregues tan del todo á la accion, que pierdas de vista la soledad del corazon. ¡Cuántos equivocan cierta vivacidad y actividad natural con el verdadero fervor y con el verdadero celo! Acuérdate que el interior es el alma de toda devocion.

2 Los que trabajan en la salud de los prójimos están más necesitados que otros de esta importante leccion. Hállanse ciertos operarios apostólicos que están inquietos si no hacen ellos solos lo que excede las fuerzas de muchos; pero si en esa inmensa multitud de buenas obras y de ministerios se olvidan de su interior; si con el especioso pretexto de sus ocupaciones son menos observantes, faltando á la disciplina religiosa; si fomentan su amor propio, y acaso tambien su vanidad; si ceban la sensualidad y la delicadeza con pretexto de conservar una salud tan importante, mucho es de temer que salvando á otros, se pierdan á sí mismos. Para evitar este escollo trabaja con celo y con fervor en la salvacion del prójimo; pero no descuides de la tuya, conservando siempre un espíritu de soledad y un espíritu interior.

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

San Wenceslao, duque de los bohemos y mártir, glorioso por su santidad y por sus milagros, en Bohemia; el cual habiendo sido muerto en casa de un hermano suyo, alcanzó victorioso la palma del martirio. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Privato (ó Privado), mártir, en Roma; quien estando cubierto de llagas, fue curado por san Calixto papa, y después en tiempo del emperador Alejandro, por confesar á Jesucristo, le azotaron con cordeles emplomados hasta que murió.

San Estacteo, mártir, allí mismo.

Los santos mártires Marcial, Lorenzo y otros veinte, en África.

Los santos mártires Marcos, pastor de ovejas, y sus hermanos Alfio, Alejandro y Zosimo; y tambien Nicon, Neon, Eliodoro y otros treinta soldados, en Antioquía de Pisidia; los cuales se convirtieron á la fe de Jesucristo por los milagros de san Marcos; en diversos lugares y con diversos tormentos fueron coronados con el martirio.

El martirio de san Máximo, mártir, en el mismo dia, en tiempo del emperador Decio.

San Exuperio, obispo y confesor, en Tolosa; del cual para gloria suya escribe san Gerónimo que era muy medido y escaso para sí, y muy liberal para los demás.

San Salomon, obispo y confesor, en Génova.

San Silvino, obispo, en Brescia.

Santa Eustoquio, vírgen, hija de santa Paula, en el mismo dia; la cual habiéndose criado con otras vírgenes junto al establo donde nació el Señor, resplandeciendo por sus grandes méritos durmió en el Señor. *(Véase su historia en las de este dia).*

Santa Lioba, vírgen, célebre por sus milagros, en Alemania. *(Á ruegos de*

su pariente san Bonifacio de Maguncia, pasó á Alemania, y fundó allí varios monasterios, quedándose ella en uno, á dos leguas de Maguncia. Carlo Magno la veneraba y estimaba mucho, y su esposa Hildegardis la llamó á Aix-la-Chapelle para consultarla acerca de muchos asuntos importantes. Murió en el año 779).

EL BEATO SIMON DE ROJAS, CONFESOR.

Como la Iglesia de Dios es comparada en las sagradas letras á una casa grande, cuyos individuos tienen diversos oficios en que emplearse, así tambien se verifica que los Santos, quienes cumplen las funciones mas augustas de esta gran casa, resplandezcan en diversas virtudes, que á cada uno de ellos le dan su cierto carácter, y le singularizan. El beato Simon de Rojas parece que fue dado á la Iglesia para promover el culto y devocion del dulcísimo nombre de María; esta ocupacion es la que forma su carácter; pero no se redujeron á ella sola los oficios de su portentosa vida, que es como sigue:

Nació este gran siervo de Dios en la ciudad de Valladolid á 28 de octubre de 1552, de padres no menos ilustres por la nobleza de su sangre que por la piedad de sus costumbres. Á los catorce meses de haber nacido, cuando los niños dificultosamente aciertan á formar palabra alguna, dijo con la mayor claridad y distincion: *Ave María*, como en anuncio del singular esmero con que habia de promover el culto de la Reina de los Ángeles. Este hecho verdaderamente maravilloso despertó el cuidado de sus padres para procurar darle una educacion correspondiente á los altos designios que ya delineaba en él la divina Providencia. Mirábanle con singular respeto, y sus acciones estaban adornadas de tal modestia y compostura, que se dejaba entrever fácilmente que Dios habia destinado aquel niño para grandes cosas. Luego que tuvo la edad proporcionada para recibir las lecciones de los maestros, se los procuraron; y el santo niño habia recibido del cielo un entendimiento tan claro é ingenio tan perspicaz, que apenas tenia doce años cumplidos cuando ya sabia no solamente leer, escribir y contar, sino la gramática y la retórica.

Como á la verdad semejantes conocimientos no eran vulgares en una edad tan tierna, todos aplaudian las virtudes intelectuales del santo niño; pero el que estaba elegido de Dios para ser un vivo dechado de todas las virtudes, se abismaba dentro de sí mismo, reconociéndose indigno de los elogios que le tributaban, y atribuyendo á Dios, autor de todo bien, lo bueno que en él se encontraba. Estos aplausos y el peligro que traian consigo hicieron temblar la purísima

inocencia del santo niño, y comenzó á conocer cuán nocivo es el mundo á los que quieren servir á Dios, aun cuando mas apacible y benéfico se les muestra. Conoció que no podria tener seguridad en un mar tan tempestuoso, y que el medio mas oportuno para librarse de sus peligros, era abandonarlo enteramente acogiéndose con celeridad á un puerto seguro. Consultó con Dios su determinacion; y hallando que su divina Majestad la aprobaba, segun lo declaró por medio de sus ministros, dió parte de ella á sus padres, quienes no pudieron menos de conocer que aquel era un llamamiento de Dios, al cual debian conceder todos los auxilios. Hicieron las diligencias necesarias, y tomó el hábito de religioso en el convento de la Santísima Trinidad de Valladolid cuando apenas tenia trece años. Á poco tiempo que el Santo estuvo en el noviciado conocieron los religiosos que Dios habia traido á su Órden un rico tesoro de virtudes. Haciaselo conocer así la puntualidad con que asistia á todas las observancias, el placer que manifestaba en los ejercicios humildes, y el esmero con que procuró enterarse de las multiplicadas obligaciones de aquel estado que habia de profesar á su tiempo. Llegó este, é hizo su profesion con aquel fervor de espíritu que era consiguiente al que le habia traido á la Religion, y los religiosos quedaron sumamente complacidos de ver ya asegurada una persona que tanto lustre podria dar con el tiempo á su familia. Para este efecto sus prelados le enviaron á estudiar artes y teología, en lo cual manifestó á un tiempo el gran talento de que Dios le habia dotado, y principalmente el santo fin á que se dirigian sus estudios. Ordenaba estos á su propia santificacion y al provecho de sus prójimos; y así, léjos de servirle para hincharse con aquel orgullo que produce la vana sabiduría, causaban en él nuevos conocimientos de las grandezas de Dios que le excitaban al ejercicio de las virtudes. Tanto sus condiscípulos como sus maestros admiraban en el santo jóven la viveza de ingenio con que penetraba las cuestiones mas difíciles y enredosas; pero mas principalmente admiraban en él un tenor de vida sacrificado enteramente á la piedad.

En este tiempo llegó el Santo á la edad que requieren los sagrados cánones para recibir el sacerdocio. Preparóse para esta sublime dignidad con fervorosa oracion y copiosas lágrimas; y cuando la hubo recibido, solicitó de sus superiores que le permitiesen ir á decir la primera misa al santuario de Nuestra Señora de las Virtudes, que es un convento de la misma Órden que está en un desierto pocas leguas distante de la ciudad de Salamanca. Detúvose en aquel santua-

rio algunos dias para satisfacer su tierna devocion, y habiendo pro seguido los estudios, fue destinado al convento de Toledo á enseña filosofía en el año de 1579. Su magisterio no se reducia precisa mente á enseñar las especulaciones de la naturaleza, sino la cienci de los Santos fundada en el temor de Dios. Los muchos y sobresalientes discípulos que sacó, tanto en ciencia como en virtudes, son la prueba mas auténtica del esmero que en esto ponia. Entre ellos se cuentan el maestro Reynoso, que murió obispo de la Nueva-Segovia; el maestro Nuñez, obispo de Nicaragua; el maestro Monroy, muerto en Argel por la fe de Jesucristo, y otros insignes varones nada inferiores á estos en la ciencia y en la virtud. Luego que concluyó de leer artes y teología, sumamente complacido de haber sacrificado en esto á la obediencia los principales deseos de su alma, se determinó á poner estos en ejecucion. Reducíanse á procurar la salud de sus prójimos por medio del ministerio de la palabra, y administrando dignamente el sacramento de la Penitencia. Como estaba adornado de todas las prendas que constituyen un predicador evangélico, era admirable el fruto que hacia con sus sermones. La sublime ciencia que habia conseguido por medio de sus estudios, y mucho mas en la oracion y trato con Dios, le hacia hablar de los divinos misterios con una dignidad asombrosa. Por otra parte, sus sermones no constaban de aquel aparato de palabras y cúmulo de erudicion con que parece que los predicadores pretenden elogiarse á sí mismos cuando enseñan al pueblo las virtudes de los Santos y las reglas de la moral evangélica. Sus discursos tenian únicamente el aparato de la sencillez y el lenguaje de la verdad. Su misma virtud, que era una virtud sólida, les daba nuevo vigor y eficacia; y así sucedia, que prorumpiendo el Santo en lágrimas al tiempo de declamar contra algun vicio ó de presentar la amabilidad de la virtud, salian de sus sermones los pecadores arrepentidos, y los buenos mas enfervorizados. Iguales progresos hacia en las almas en el tribunal de la penitencia, pues como hábil maestro y médico consumado, á unas las enseñaba los caminos de la virtud, y á otras las aplicaba remedios saludables para sanar de las llagas que los vicios habian hecho en ellas. El visible aprovechamiento que producia su direccion le hacia ser buscado de todos, de unos para que les dirigiese en sus dudas, y de otros para que con la imposicion de sus manos les sanase de sus dolencias, pues ya iba Dios manifestando con sus acostumbradas maravillas cuán grata le era la intercesion de este siervo suyo.

Aunque procuraba ocultar su virtud á los ojos del mundo como

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

quien conocia cuanto tienen de contagiosos para inspirar la peste de la vanidad, sus acciones eran notoriamente santas, que en esta parte hicieron traicion á sus deseos. Divulgóse la fama de sus virtudes por toda la provincia, y como habia muchos conventos que anhelaban á mantener la rigidez de la primitiva observancia, solicitaron y consiguieron para este fin tenerle por prelado. A los ojos de los Santos tienen las prelacías distinto parecer que á los de los ambiciosos. Estos las miran como lugares de delicia en donde pueden dar satisfaccion á sus pasiones con la libertad que les proporcionan la autoridad y la independencia; pero los justos las ven como realmente son: esto es, como cargas pesadas, como escollos peligrosos y como empleos que les hacen responsables de los delitos ajenos. Excusóse el Santo cuanto pudo para no recibir sobre sí empleos en que podia peligrar la salvacion de su alma. Hizo todas aquellas representaciones que dictan en semejantes casos la humildad, el temor de desagradar á Dios y el deseo de mantener tranquila la conciencia; pero estrechado por el precepto de los superiores, tuvo que recibir sucesivamente varios ministerios en varios conventos, el oficio de visitador de diversas provincias, y últimamente la dignidad de provincial de su provincia de Castilla. El que de súbdito resplandecia tan singularmente en todas las virtudes, no brilló menos cuando puesto como antorcha en el candelero se vió precisado á ilustrar á los demás con las luces de su ejemplo. Nada mandaba en que no fuese él el primer ejecutor; era el primero en la asistencia al coro y á todos los actos que prescribe la observancia, sin que jamás faltase á ninguno, á no estar impedido en algun ejercicio de caridad. Era benignísimo con sus súbditos, y si tal vez los defectos de estos le obligaban á usar de la correccion ó del castigo, lo hacia con tal dulzura de razones, que al tiempo que quedaban enmendados, quedaban tambien persuadidos á que en su prelado tenian un verdadero padre que amaba sus personas tanto como aborrecia sus transgresiones. Deseaba el Santo que cada convento fuese un seminario de virtudes; y como para lograr este efecto el ejemplo es tan poderoso, él mismo las practicaba todas, haciéndose el maestro de sus súbditos. Su retiro era extremado; igualmente lo era su silencio, empleando el tiempo que le sobraba de los precisos negocios en la oracion y en la leccion de libros devotos. De aquí salia tan compuesto y edificado en sus acciones, que al verle les parecia á todos un Ángel del cielo. Parecíaseles tambien en la angélica virtud de la castidad, bien que procuraba custodiarla con todos los rigores de una vida austera. Aun

desde muy jóven ayunaba tres veces á la semana, sin tomar otro alimento que pan y agua. Lo mismo hacia en el Adviento, en la Cuaresma y en las vigilias del año; y en los dias restantes jamás comia otra cosa que yerbas y legumbres, añadiendo alguna vez por regalo particular un huevo; pero nunca carne. Dormia muy poco, y ese sin quitarse el hábito; asistia á los Maitines á media noche, y el resto de ella lo gastaba en oracion y otros ejercicios devotos.

Luego que amanecia celebraba el santo sacrificio de la misa con tal ternura y devocion, cual manifestaban sus ojos hechos dos fuentes de lágrimas. De allí salia tan encendido en el amor de Dios y de sus prójimos, que no cesaba de socorrerlos, unas veces asistiendo á las cárceles y á los hospitales, otras consolándolos en el confesonario, y otras, finalmente, solicitando de los fieles copiosas limosnas para socorro de los necesitados y redencion de los miserables cautivos. En estos piadosos fines consumia cuanto podia haber á las manos, quedándose con una pobreza tan extremada, que no tenia mas que un solo habito, y ese remendado, y unos ajuares en la celda mas propios para causarle mortificacion que para traerle alguna conveniencia. Noticioso el rey Felipe III de las sublimes virtudes del santo Rojas, deseó tenerle cerca de sí para oir sus consejos en los asuntos importantes de Estado. Insinuáronle al Monarca que le diese algun empleo en palacio con lo que conseguiria su fin; pero conociendo mejor que los áulicos el carácter de la sólida virtud que resplandecia en el santo Padre, respondió discretamente: *Este seria puntualmente el medio de alejarle para siempre de mi presencia; si es que ha de venir, no hay otro remedio sino que se lo manden sus superiores.* Tan resignada tenia su voluntad en las manos de la obediencia, y tan notoria era la exactitud con que la observaba, que no se pudo ocultar á los ojos del Soberano. En efecto, en 1600 el beato Simon de Rojas vino á Madrid, en donde permaneció de continuo casi todo el resto de su vida. El desasosiego de la corte no pudo turbar un punto el tenor de los ejercicios en que se ocupaba en otros conventos. Ya se le veia en el púlpito, ya en el confesonario, unas veces en las cárceles, otras en los hospitales, y siempre empleado en beneficio de sus prójimos. Tenia suma delicia en aderezar y repartir por su mano una olla á los pobres menesterosos, para cuya limosna, si alguna vez le faltó el auxilio humano, no le faltó Dios con sus prodigios. En medio de este tenor de vida, que para un pobre ya anciano y debilitado en las fuerzas corporales era una verdadera penitencia, era tal la austeridad con que trataba su cuerpo,

que el no morir era un verdadero milagro. Además de los cilicios con que traia ceñido su cuerpo y las muchas disciplinas de sangre que tomaba hacia diariamente esta horrorasa penitencia: Todas las noches después de cantados Maitines se bajaba al claustro en compañía de un confidente suyo, único testigo de su fervor. Haciase atar á una columna, y que le diesen muchos azotes en memoria de los que habia recibido nuestro Redentor. Tomaba después una cruz sobre sus hombros; fijábase en la cabeza una corona de tan penetrantes espinas, que le corria la sangre por el rostro; echábase un cordel al cuello, y puestas las rodillas desnudas en tierra andaba las estaciones por el claustro contemplando los tormentos que padeció Jesucristo, y que tan al vivo copiaba en sí propio. Acabadas las estaciones, tendia la cruz en el suelo, y echándose sobre ella, se hacia atar los piés y manos, y levantándola después, quedaba por espacio de dos horas en aquella dolorosa postura hecho un vivo retrato de Cristo crucificado. Este género de penitencia causaba tales delicias en su espíritu, que ningun empleo ni ocurrencia fueron bastantes para que pensase jamás en dispensársela. Los ojos sensuales verian en este penoso ejercicio un medio de finalizar cualquiera vida, por robusta que fuese; pero Dios, que le daba espíritu para emprender tamaños rigores, le daba tambien fuerzas para sobrellevarlos sin menoscabo de su salud. Por el contrario, se hallaba todas las mañanas tan ágil y expedito para los negocios de caridad como si hubiese descansado en un delicioso lecho.

Un cúmulo de virtudes tan singulares no pudieron ocultarse á los ojos de los Soberanos, por mas que el Santo lo procuraba. Un amor tan singular á sus prójimos, confirmado con las obras; una pobreza y desinterés tan poco comunes en los que tienen valimiento en la corte; y últimamente, la imágen de la penitencia que llevaba pintada en su rostro, eran suficientes para hacer su fama eterna, y conciliarle mal de su grado las atenciones y respetos de todos. Pero á todo se juntaba en el beato Simon la discrecion de espíritus, el don de profecía, la penetracion de corazones, y otras gracias con que adornó Dios á su siervo, y son por lo comun indicios de grande virtud. Por esta causa Felipe III y su esposa Margarita le veneraban de tal modo, que le consultaban en los negocios mas arduos del Estado, y ponian en sus manos muchas veces la direccion de sus conciencias. Principalmente el Rey le llegó á tener tanto respeto, que le veneraba como á Santo, y cuando desde su cuarto pasaba el beato Rojas al de la Reina, el mismo Monarca le acompañaba, y le tenia la cortina para

que pasase. Complacíase además en visitar al Santo en su celda, llevando consigo á los príncipes sus hijos, haciéndoles notar la pobreza de aquel santo religioso, y mirando él con envidia aquellos miserables ajuares que le habian de producir mas gloria que á él su palacio y sus riquezas. Alguna vez asistió tambien el Monarca á ver repartir al Santo aquella comida que daba á los pobres en los claustros de su convento: alabando unas veces la singular caridad de donde nacia, otras la singular devocion que en aquel acto se manifestaba á la Reina de los Ángeles ensalzando de continuo su santo nombre, y otras, en fin, la discrecion y prudencia con que hacia aquellas limosnas, no para criar holgazanes que sobrecargasen al Estado, sino para alimentar á soldados inválidos que habian perdido sus miembros peleando en África contra moros, ó en Flandes contra los enemigos de la Iglesia. Esta devocion la miraba el Santo con tan singular inclinacion y cariño de su alma, que no perdia proporcion alguna de establecerla, uniéndola á la congregacion del Ave María. Era en esto tan eficaz, que en pocas horas que permaneció en la ilustre villa de Colmenar de Oreja, pasando por allí cuando venia llamado de los Reyes, fundó la congregacion del Ave María, á la cual han unido despues los piadosos corazones de aquellos honrados vecinos la caritativa accion de dar limosna á setenta y dos pobres, que es el modo con que hasta este dia celebran la fiesta del Beato.

De cada dia se iba aumentando la veneracion que le tenia Felipe III, y de cada dia crecian mas las maravillas con que Dios hacia gloriosa su fama. Una de ellas se vió en la muerte de la Reina. De resultas de un mal parto, acometió á aquella Princesa un paroxismo tan mortal, que todos llegaron á creer se habia acabado su vida. El Rey principalmente, como tan piadoso, estaba sumamente acongojado por verla morir sin haber recibido los santos Sacramentos. Significó su dolor al beato de Rojas, y el Santo le consoló, asegurándole que no permitiria Dios que la Reina muriese sin ese consuelo. Fuése inmediatamente á su cuarto, y al entrar en él dijo en alta voz, como tenia de costumbre, *Ave María*. La Reina, como si dispertara de un sueño, respondió inmediatamente: *Gratia plena, P. Rojas:* recobró todos sus sentidos, y habiendo recibido todos los Sacramentos de la Iglesia, descansó en el Señor, asistiendo el Santo á su cabecera hasta que verificó su muerte. Conociendo el Monarca el mérito del Santo, pretendió premiarle haciéndole obispo de Jaen, y después de Valladolid; pero jamás pudo conseguir que aceptase semejante dignidad, oponiendo siempre su ineptitud y el peligro de su alma. Como

l Rey le amaba tanto, convino fácilmente en no darle este disgusto; pero en recompensa le pidió que aceptase el cargo de preceptor de os señores infantes sus hijos. El Santo convino en ello; pero nombrándole al año su religion provincial de Castilla, renunció un cargo an honroso por servir á sus hermanos, cumpliendo con la profesion que habia hecho. En el año de 1622 llevó Dios á mejor vida al rey Felipe III; y habiéndole nombrado el rey Felipe IV por confesor de u augusta esposa D.ª Isabel de Borbon, tuvo el valor de no admitir tan grande honra sino con ciertas condiciones. La primera, que no se le habia de impedir la visita de cárceles y hospitales, la asistencia á los enfermos, y el socorro de los necesitados. La segunda, que no se le habia de precisar á admitir los honores y distinciones de que gozaban los confesores de las Reinas, en cuya consecuencia ni habia de gastar coche, ni se le habia de dar el trato de reverendísima. La tercera condicion fue, que no habia de cobrar pension alguna; y oponiéndose á esto la Reina, solo convino en que la habia de cobrar para repartirla á los pobres. Este santo desinterés le conservó con el mayor rigor en medio de la privanza que tenia con los Soberanos, y lo mucho que estos deseaban concederle mercedes. Jamás pidió ninguna para sus parientes ni amigos, y mucho menos para os conventos de su religion. En solas dos cosas hizo que se interesaen los Monarcas. Como el Santo era tan sumamente devoto de María santísima, siendo su santo nombre el mas continuo empleo que habian tenido sus labios desde la cuna, procuró dilatar su devocion por todos los medios posibles. Uno de ellos fue la congregacion del Ave María, para cuya estabilidad y firmeza suplicó al Rey que se listase por hermano juntamente con los señores infantes, la cual retension le fue concedida con gusto. Solicitó tambien que el Rey protegiese la pretension de que en su Órden se celebrase el dulcísimo nombre de María; y el piadoso Monarca, que veia la tierna devocion e donde nacian semejantes solicitudes, no pudo menos de interearse con el Sumo Pontífice para dar al beato Rojas este consuelo.

En este tiempo ya contaba el beato Simon de Rojas setenta y dos años de una edad gastada en el servicio de Dios, en el de la Religion, n provecho de sus hermanos, y en la práctica de las mas heróicas irtudes. Queria Dios premiar estas, y dióselo á entender á su sieo. Esta nueva fue para el Santo la mas agradable y venturosa que abia tenido en toda su vida; y así determinó desde luego apartarse e todos los cuidados que le sobresaltaban para atender únicamente sí mismo, y ponerse en estado de presentarse con confianza en el

tribunal de la justicia divina. Despidióse de los Reyes, de las damas de palacio, de sus hijas espirituales, y hasta de sus mismos hermanos los religiosos, diciendo á todos que se despedia para un viaje que tenia que hacer en breve. Oyéronlo con dolor, porque su ausencia les era sumamente sensible; pero á nadie le vino al pensamiento preguntarle qué viaje era aquel, bien ajenos de pensar que era el de la eternidad. A últimos de setiembre de aquel año fue acometido de un accidente de apoplejía que le privó de todos sus sentidos, y consiguientemente de la vida. Luego que se divulgó por Madrid acudieron á su celda grandes, títulos, obispos, caballeros ilustres y religiosos, y puestos de rodillas al rededor de su pobre cama, unos le besaban los piés y las manos, otros repartian entre sí en pequeñas partes los utensilios de su celda, y todos le aclamaban por santo. La Reina cuidó de que los médicos de cámara fuesen á restablecer, si fuese posible, tan preciosa vida. Era llegada la hora en que Dios queria premiar las santas obras de su siervo fiel; y así todas las humanas diligencias fueron inútiles; pues á las treinta horas de haberle acometido el accidente entregó su purísima alma en manos del Criador. Luego que supo la Reina y la demás gente de palacio que habia muerto el P. Rojas, conocieron que este era el viaje para que se habia despedido, y no dudaron que Dios le habria hecho la merced de haberle revelado la hora de su tránsito. Hiciéronsele las exequias con grande concurso de gentes de la primera jerarquía y numeroso pueblo que á grandes voces publicaban su santidad. Justificada esta con todas las formalidades debidas, y aprobados dos milagros que hizo Dios por su intercesion, fue beatificado por el papa Clemente XIII, en el año de 1766. Venérase su sagrado cadáver en una magnífica urna de plata que está colocada en el altar mayor de la iglesia de Padres Trinitarios de Madrid, en donde dispensa Dios favores continuos á los que con verdadera devocion se encomiendan á la poderosa intercesion que este Santo disfruta con el Dios de misericordias.

SAN WENCESLAO, DUQUE DE BOHEMIA, MÁRTIR.

Fue Wenceslao hijo de Uratislao, duque de Bohemia, y de Drahomira de Luczko, nieto de Borivor, el primer duque cristiano, y de la bienaventurada Ludmila. Su padre Uratislao fue un príncipe prudente y valeroso, lleno de bondad y muy cristiano; pero su madre Drahomira era gentil, sin haberla podido jamás convertir ni las exhortaciones, ni el celo, ni los buenos ejemplos de su marido. Na-

uralmente era de genio altivo y fiero, añadiendo á la impiedad la rueldad y la perfidia. Tuvo dos hijos, Wenceslao, que fue el primogénito, y Boleslao, que nació el segundo. Conociendo santa Ludmila lo peligroso que era fiar la educacion de los dos niños á una madre idólatra, cuyas costumbres eran correspondientes á su profesion, deseó criar en su palacio por lo menos á uno de los dos. Dejáronsele á su eleccion, y escogió al hijo mayor, en cuyo admirable natural descubria bellas disposiciones para lograrse en él una cristiana educacion. Fue, pues, Wenceslao enviado á Praga al palacio de su abuela. Encargóse la virtuosa Princesa de formar por sí misma aquel tierno corazon, repartiendo el cuidado de su educacion con un sabio preceptor que le señaló. Era este un capellan suyo, sacerdote santo, por nombre Pablo, que llenó dignamente todo el deseo de la Princesa en las lecciones que le dió para cultivar á un mismo tiempo su entendimiento con el estudio de las letras, y su corazon con el amor y con el ejercicio de la virtud.

Correspondió el tierno príncipe tan perfectamente á este cultivo por la excelencia de su ingenio, por su docilidad y por su natural inclinacion á todo lo bueno, que desde luego fue reputado por uno de los príncipes mas cabales que habia á la sazon en la Europa. No solo no tenia necesidad el preceptor de excitarle al cumplimiento de las obligaciones del estudio y de la Religion, sino que se veia precisado á moderar los excesos de su ardor por unas y otras. Habiéndose adelantado mucho, y estando ya perfeccionado en el estudio de las letras humanas, resolvió Ludmila, de acuerdo con su preceptor, enviarlo al colegio de Budex, ciudad poco distante de Praga, donde á la sazon se educaban muchos jóvenes de la primera nobleza, y todos cristianos; bien persuadida á que solo en los colegios y en los estudios públicos reina la pundonorosa emulacion, no habiendo cosa mas ingrata, ni mas seca, que una educacion privada y particular. El que gobernaba el colegio, con nombre y con autoridad de príncipal ó de rector, era un clérigo de Neis en Silesia, hombre muy piadoso, y tan conocido por su gran sabiduría como por la santidad de su vida. Bajo la disciplina de un maestro tan hábil y tan santo, acabó el jóven príncipe sus estudios, y se perfeccionó en el ejercicio de las mas excelentes virtudes. Distinguióse mucho entre todos por la penetracion y por la brillantez de su ingenio; pero se distinguió mucho mas por la pureza de sus costumbres, por su devocion y por su celo de la religion cristiana. Solo parecia niño en la edad. Por lo demás modesto sin afectacion; amigo de complacer á todos con de-

coro y sin bajeza; circunspecto en todas sus acciones; noble y grande hasta en las mas menudas, y cristiano siempre en todo, se le consideró desde entonces como perfecto modelo de los mayores príncipes. Su devocion sobresaliente era á Jesucristo en el augusto Sacramento y una singular ternura á la santísima Virgen: esta Reina de las Vírgenes le alcanzó aquel extremado amor á la pureza, que pareció ser el carácter de este castísimo Príncipe, huyendo con particular cuidado todas las ocasiones de perderla, ó de mancharla.

Como su mismo nacimiento le destinaba para tener algun dia vasallos que mandar, se dedicó con tiempo á adquirir todas las cualidades y prendas de un buen señor. A todos hechizaba su modestia y su apacible trato le hacia dueño de los corazones de todos. En ningun otro jóven príncipe se vieron nunca, ni modales mas nobles, ni prendas mas amables, ni costumbres mas puras. Murió el Duque su padre siendo aun muy jóven Wenceslao, y apoderándose inmediatamente Drahomira su madre de la regencia y del gobierno, faltándola ya el freno del Duque su marido, se abandonó enteramente á su cruel humor; y dejándose llevar de su implacable odio al nombre cristiano, se declaró contra la Religion con un furor sin medida. Dió principio publicando un decreto fulminante, en que mandaba cerrar todas las iglesias, y cesar en todo ejercicio de religion; prohibia á los sacerdotes instruir al pueblo; excluia á los maestros cristianos de la enseñanza de la juventud; anulaba todo lo que su suegro Borivor y Uratislao su marido habian establecido en favor de los Cristianos; y en una palabra, desterraba la religion cristiana de todos sus dominios. Depuso de sus empleos á todos los magistrados y á todos los oficiales cristianos, nombrando en su lugar idólatras empedernidos, y enteramente sacrificados á sus pasiones y á su tiranía. Fue tan cruel y tan bárbara la persecucion, que todo gentil particular tenia licencia para quitar la vida á cualquier cristiano, sin que á este le fuese lícita ni aun la defensa natural; y si por defender su vida se la quitaba á un gentil, la cruel Princesa condenaba á muerte á otros nueve cristianos; de manera, que la muerte de un culpado costaba la vida á diez inocentes.

Afligida la piadosa Ludmila á vista de tantos desórdenes, no pudiendo ya sufrir que á sus mismos ojos fuese destruida una religion que á costa de tantas fatigas habian establecido el Duque su marido, el Duque su hijo, y tambien ella misma, no halló medio mas eficaz para remediar tantos males, que disponer tomase las riendas del gobierno su nieto Wenceslao, que aunque tan jóven, tenia toda la

prudencia y todos los talentos necesarios para gobernar un pueblo, de quien era las delicias y la admiracion. Habiéndole declarado Duque todos los Estados, fue universal el alborozo en toda la Bohemia, resonando en todas partes fiestas y regocijos públicos. Drahomira, universalmente aborrecida por su crueldad, y objeto de la execracion general por sus estragadas costumbres, cedió sin ruido; mas para evitar toda disension entre los dos hermanos, se convino en un repartimiento, y se desmembró una provincia á la parte superior del Elba, que se le dió á Boleslao, y de su nombre se llamó desde entonces Boleslavia. Viéndose abandonada la impía Drahomira, se arrimó al partido del hijo segundo, el cual valia tanto como la madre.

El nuevo Duque dió principio á su gobierno restituyendo la religion cristiana en todos sus Estados á su antigua posesion; anuló todos los edictos que Drahomira habia publicado para aniquilarla; y persuadido á que el medio mas eficaz para hacer que florezca la Religion es el ejemplo del Soberano, se esforzó cuanto pudo á reformar las costumbres de sus vasallos, con el mudo, pero brillante modelo de las suyas. Pasaba en oracion gran parte de la noche, y dedicaba á ejercicios de piedad todo el tiempo que le dejaban libre los negocios públicos. Luego se vió reinar en todos sus dominios la paz y la justicia, reflorecieudo la Religion por el gran cuidado que puso en elegir ministros y oficiales de conocida bondad é integridad. Mudó presto de semblante toda la Bohemia, y rindió mil gracias al Señor, por haberla concedido un Duque santo.

Desesperada mientras tanto Drahomira al ver otra vez cristiano á todo el ducado de Bohemia, y noticiosa de la eminente virtud del Duque su hijo, conoció fácilmente que todo era fruto de los prudentes consejos de su suegra Ludmila; y resuelta la furiosa nuera á desembarazarse de ella, sobornó á ciertos infames asesinos para que la quitasen la vida. Noticiosa de todo la virtuosa Princesa, sin ignorar quiénes eran los asesinos sobornados, en vez de dar órden de prenderlos, llamó á todos sus criados, pagóles y recompensó sus servicios abundantemente; repartió entre los pobres todo el dinero, muebles y alhajas que le habian quedado; metióse en su oratorio, mantúvose postrada por algun tiempo delante del altar; confesóse con su confesor y capellan el santo sacerdote Pablo; recibió de su mano el santo Viático, encomendó su alma á Dios, y se quedó en oracion. Mientras se estaba ofreciendo al Señor como víctima de la religion, entraron dos asesinos, y arrojándose con furor sobre la santa Prin-

cesa, la ahogaron con la misma toca ó velo que tenia. Así mur santa Ludmila, á quien la Iglesia honra como mártir el dia 16 c este mes.

Noticioso san Wenceslao de este cruel asesinato, sintió vivísima mente lo mucho que con él habia perdido; lloró la falta de un abuela que le habia criado con tanto desvelo, y solo se consoló co la seguridad de que lograria en el cielo una poderosa protector contra las persecuciones que desde luego conoció le harian pade cer un cruel hermano y una madre desnaturalizada. Poco tard esta en darle pruebas de sus perniciosos intentos. Suscitóle un po deroso enemigo en la persona de Radislao, príncipe de Gurima, qu entró en sus tierras con un numeroso ejército; y despreciando las p cas fuerzas de un Duque jóven, sin experiencia y sin aliados, no du que toda la Bohemia seria el fruto de aquella sola campaña. Adm rado Wenceslao de aquella irrupcion, le envió sus embajadores pa preguntarle qué motivo le habia dado para declararle la guerra, co órden de ofrecerle todo género de honestas y decorosas condicion para efectuar la paz. Pareciéndole al príncipe de Gurima que la em bajada era prueba de la flaqueza y del miedo, respondió con fiereza que la única condicion para conseguir la paz era cederle toda l Bohemia.

Viéndose el Santo en la precision de defenderse, juntó precipita damente un ejército, y marchó á buscar al enemigo que hacia gran des estragos en todo el país que pisaba. Cuando los dos ejércitos estuvieron á la vista, Wenceslao pidió una conferencia á Radislao. y le dijo, que no habiendo medio de hacerse la paz sino á costa de una batalla, no era justo que se derramase tanta inocente sangre; y puesto que solos ellos dos eran ó la causa, ó los autores de sus dife rencias, solos ellos debian terminarlas por un combate singular que decidiese la victoria. Oyó Radislao con lástima y con risa la propo sicion del jóven Duque, y la trató de temeraria; pero la aceptó tanto mas gozoso, cuanto se consideraba orgullosamente seguro de la vic toria; y así retirándose groseramente le dijo con desprecio: *Anda, príncipe, vé á tomar tus armas, que presto se decidirá este negocio.*

Dejáronse ambos ver en el campo de batalla á la hora señalada; Radislao cubierto de todas armas, como otro Goliat, con un dardo en la mano, y con una larga espada en la vaina; Wenceslao con sola una ligera coraza y una espada muy corta, como quien tenia colocada en el cielo toda su confianza. Hizo la señal de la cruz, como para dar principio al combate; iba Radislao á dispararle su dardo,

cuando vió delante de sí dos Ángeles, y oyó una voz que le dijo: *No le tires*. Apoderóse entonces de su corazon tal terror y tal espanto, que dejó caer las armas en tierra, y corriendo á echarse á los piés de Wenceslao, le pidió perdon, y se sujetó á todas las condiciones que el victorioso Duque le quisiese prescribir. Los dos ejércitos no acababan de creer lo mismo que estaban viendo; y entonces se conoció que Wenceslao era un príncipe particularmente favorecido del cielo, á quien Dios habia tomado debajo de su proteccion, y que siempre tendria de su parte al Señor Dios de los ejércitos.

A la verdad, ningun príncipe cristiano mereció mas estos insignes favores. Ningun soberano dió jamás mayores pruebas de una fe mas viva, de una caridad mas ardiente, ni de una virtud mas encumbrada. Su devocion á la sagrada Eucaristía no solo se acreditaba en el profundo respeto con que estada delante del santísimo Sacramento, y de su frecuente asistencia al pié de los altares, pasando en la iglesia la mayor parte de la noche, sino por la veneracion que profesaba á todo lo que tenia alguna correlacion con este divino misterio. El mismo sembraba con sus propias manos el trigo que habia de servir para las hostias, y exprimia las uvas del vino destinado al santo sacrificio. Tenia particular devocion en ayudar á misa, y por la tierna que profesaba á la santísima Vírgen, resolvió guardar perpetua castidad toda la vida.

Pudiera parecer que su caridad con los pobres le hacia olvidar, ó le envilecia la dignidad de soberano, si no se supiera que nunca es mayor un príncipe que cuando sirve á los miserables. Declaróse desde luego por protector de los pobres y de los huérfanos. Era su mayor gusto disfrazarse por las noches, y llevar sobre sus hombros haces de leña á las casas de los necesitados. Muchas veces se le vió asistir en persona á los entierros de la gente pobre, diciendo que las obras de misericordia decian mejor, y eran mas propias de los grandes, que del menudo pueblo. Pocos dias dejaba de visitar á los encarcelados; libraba muchas veces á los que estaban presos por deudas, pagándolas de su bolsillo, y consolaba con admirables razones á los delincuentes.

Hacia mas respetables y mas respetados del público á los obispos y á los sacerdotes con los particulares honores que él mismo les tributaba. Siempre estaba descubierto delante de los ministros del altar, y siempre les hablaba con el mayor respeto. Quien le viese en sus devociones y ejercicios espirituales, juzgaria que no tenia otra cosa á que atender; y quien le mirase en el gabinete despachando los ne-

gocios del Estado, creeria que no cuidaba de otra cosa. Llamábanl comunmente *el santo Príncipe;* y era el duque de Bohemia la admi racion de todas las cortes. Sabíase que en la ocasion era valiente, per sin dejar jamás de ser devoto.

Precisado á concurrir á la dieta de Wormes que habia convocad el emperador Oton I, sostuvo perfectamente la reputacion de su vir tud en todas las ocasiones. Pagóse tanto el Emperador de su santi dad y de las demás prendas que le adornaban, que resolvió erigir e reino el ducado de Bohemia, por hacerle este favor; pero el santo Duque no le quiso admitir, contentándose con la gracia que le hiz el Emperador de eximir de todos subsidios á aquellos Estados; favo que agradeció mucho, por ser en tanta utilidad de sus vasallos. Dí cese que un dia, por haber querido oir dos misas, llegó tarde á l asamblea; y que así el Emperador como los demás Príncipes, senti dos de aquella tardanza, resolvieron desairarle para que conocies su ofension no levantándose al tiempo de entrar en la sala; pero lueg que se dejó ver en ella, fueron de muy distinto parecer, porque l vieron venir en medio de dos Ángeles, que llevaban delante de él un cruz de oro, y no solo el Emperador se levantó de su trono imperial sino que se adelantó algunos pasos para recibirle, y le hizo ocupar el primer asiento inmediato al mismo trono. Todos los demás Prín cipes le rindieron grandes honores; y deseoso el Emperador de darle gusto, le regaló con el brazo de san Vito, que se habia traido de Fran cia al monasterio de Corbia en Sajonia. Tambien le regaló con al gunos huesos de san Segismundo, rey de Borgoña, á quien nuestro Santo profesaba particular devocion. Restituido á Praga hizo edificar un suntuoso templo en honor de san Vito, que hoy es la catedral, á donde dispuso que fuese trasladado el cuerpo de su abuela santa Lud mila, que se halló entero y sin corrupcion, honrándole Dios con gran número de milagros.

Cuanto mas estimado y mas venerado estaba nuestro Santo en toda la Alemania, pero particularmente en Bohemia, mas emponzoñada estaba contra él su cruel madre Drahomira y su hermano Boleslao. Resolvieron acabar con él; y concertaron los medios de conseguirlo, á tiempo que tuvieron noticia de que Wenceslao habia pedido al Pa pa algunos monjes de san Benito, con ánimo de tomar el hábito, y retirarse con ellos á acabar su vida en un monasterio. Con esta no vedad suspendieron por algun tiempo la ejecucion de sus intentos; pero viendo que el otro pensamiento iba largo, determinaron efec tuar el suyo.

Habíale nacido un hijo á Boleslao, y convidó al Duque su hermano, como tambien á los grandes de Bohemia, para que concurriesen á las fiestas que pensaba hacer con ocasion de este nacimiento. En medio de los grandes motivos que tenia nuestro Santo para desconfiar de su hermano, le pareció que no podia excusarse cortesana y decentemente de aquella visita. Las afectadas y extraordinarias demostraciones de amor con que fue recibido le aumentaron sus justos recelos; ni la misma magnificencia del festin fue bastante para disminuirlos. Habíase dispuesto para todo acontecimiento con una extraordinaria confesion y comunion que hizo en Praga, antes de partir á Boleslavia. Hácia la media noche se levantó de la mesa para irse á la iglesia, segun su costumbre. Fue muy fervorosa su oracion, y con no sé qué secreto presentimiento de su muerte, se ofreció á Dios en sacrificio. Pareciéndola á Drahomira que esta era la ocasion que le buscaba, apuró al impío Boleslao para que se aprovechase de ella. Obedeció el cruel parricida; pero al acercarse al altar, y levantar la espada para descargar el golpe, se apoderó de él tal horror, que se le cayó la espada de las manos. Levantáronla del suelo los facinerosos que le acompañaban, y tratándole de cobarde le animaron á evacuar el impío intento con que habia venido. Entonces el desnaturalizado hermano le pasó de parte á parte la espada por el cuerpo, y le rindió muerto en tierra. Saltó la sangre á la pared, donde se conserva hasta el dia de hoy. El dia siguiente el impío homicida se apoderó de los Estados del santo Duque, y señaló su usurpacion con una persecucion horrible contra los Cristianos, llenando todas las ciudades de sangre y de carnicería. A la infeliz Drahomira no la duró mucho tiempo la impunidad; porque pasando un dia por un campo todo cubierto de cuerpos de una multitud de Mártires sacrificados á su furor, á quienes ella habia mandado que no se diese sepultura, se abrió de repente la tierra, y la tragó desgraciadamente á ella y á toda su comitiva. El impío Boleslao se atemorizó, pero no se convirtió. Creiendo sus espantos con los milagros que se obraban en el sepulcro del santo Mártir, mandó desenterrar de noche su cuerpo, y que fuese trasladado á Praga en la iglesia de San Vito, para que los milagros que obrase se confundiesen con los de san Vito, titular de la misma iglesia; pero confundió Dios la impiedad de Boleslao. Detuviéronse inmobles los caballos que conducian el carro donde iba la reliquia cuando llegaron junto á las cárceles de Praga, y no fue posible hacerlos andar un paso adelante, hasta que se dió libertad á todos los encarcelados. Otra maravilla, que tuvo por testigo á una numerosa

multitud de pueblo, fue que el carretero que guiaba el carro nunc pudo hacer que los caballos pasasen por los dos puentes; y así, llevando con violencia al carro y carretero, pasaron á pié enjuto por medio del rio. Todos quisieron ver el santo cuerpo; y abriéndose la caja se halló tan entero y tan fresco como si estuviera vivo, aunque ya habian pasado tres años después de su muerte. Sucedió el martirio de san Wenceslao el dia 28 de setiembre del año 938. El impío Boleslao, por sobrenombre el Cruel, fue desgraciado por todo el tiempo de su reinado. El emperador Oton le batió por espacio de catorce años, y se vió obligado á recibir la paz con las siguientes condiciones: dar satisfaccion al mundo por la muerte de Wenceslao con una penitencia pública y de grande humillacion; pagar todos los años un tributo al Emperador; volver á llamar á todos los católicos desterrados; reedificar todas las iglesias destruidas, y restituir la religion cristiana en todos sus dominios. Murió miserablemente en la flor de su juventud. Su hijo Boleslao II, llamado el Piadoso, tomó por modelo á su santo tio, y fue uno de los mayores príncipes de su tiempo.

SANTA EUSTOQUIO Ó EUSTOQUIA, VÍRGEN.

Santa Eustoquio, cuya memoria es tan ilustre por la pluma de san Gerónimo, fue hija de santa Paula cuya admirable vida después de su entera conversion á Dios copió esta Santa fielmente. Santa Paula por la muerte de su marido Toxotio quitó toda la magnificencia y esplendor de su casa, y se dedicó enteramente á Dios en una vida de sencillez, pobreza, mortificacion y oracion continua. Eustoquio adoptó las piadosas miras de su madre, y se regocijaba en gastar en ejercicios de caridad y religion las horas que otras expendian en vanas diversiones, y en ver remediados muchos pobres con aquello que otros desperdiciaban en el lujo, vanidad y aparato, convirtiendo las bendiciones de Dios en los mayores infortunios, y los medios de su salvacion en su condenacion y miseria. Eustoquio visitaba muchas veces y recibia las instrucciones de santa Marcela, la primera de su sexo que abrazó en Roma la vida ascética y retirada para perfeccionarse en los ejercicios de la virtud.

Conociendo lo muy importante que era tener una guia en la vida espiritual, se puso nuestra devota vírgen por los años de 382 bajo la direccion de san Gerónimo, y solemnizó un voto de perpetua virginidad. Para recomendar su resolucion é instruirla en las obligaciones de aquel estado, compuso san Gerónimo su *Tratado sobre la virginidad*, llamado de otra suerte su *Carta á Eustoquio* sobre la misma

nateria, como á fines del pontificado de Dámaso, en el año de 383 poco mas ó menos. Habiendo hablado en este tratado de la excelencia del estado de la virginidad, y de la dificultad de conservarla con el riesgo de perder el tesoro de la pureza, establece los preceptos que debe observar una vírgen para mantener intacta su castidad. La primera cosa que la prescribe es la humildad y el temor de perder aquella virtud. La segunda una vigilancia constante sobre su corazon y sus sentidos contra todos los peligros, desechando aun las primeras nociones y sugestiones del mal pensamiento, matando al enemigo antes de que cobre fuerzas, y hollando las mas leves semillas de la tentacion. El tercero de estos preceptos es una templanza extraordinaria en comer y beber. Le prohibe toda compostura en su belleza, afeminacion, los afeites y los ornamentos superfluos. La impone que jamás beba vino, cuyo licor llama el Santo ponzoña de la juventud, y aceite que se echa á la llama para fomentar el incendio. No quería que se llevase hasta un extremo excesivo el ayuno, y solamente encargaba el moderado, pero constante, y de modo que siempre se levantase de la mesa con apetito. Recomienda la soledad y todas las virtudes cristianas; y encarga á aquella Vírgen que jamás visite á aquellas damas cuyos adornos y conversaciones puedan tener alguna tintura del espíritu del mundo; y añade: «Salid muy pocas veces de «casa, ni aun para honrar á los Mártires; honradles en vuestra ca- «sa.» Da tambien san Gerónimo á Eustoquio documentos muy útiles en cuanto á los ejercicios de la oracion continua, y la trae á la memoria la obligacion devota de levantarse á media noche, ó dos y tres veces en ella á orar, además de las horas matutinas de prima, tercia, sexta y nona, que todos sabian deber consagrar á la oracion pública; y no omitir sus preces antes y después de comer, antes de salir y al entrar en su casa, y en todas las demás ocasiones; y que en toda accion y obra debia hacer ante todas cosas la señal de la cruz.

Cuenta este venerable autor que siendo Eustoquio muy niña, la habia acostumbrado su madre á no llevar mas que unos vestidos muy ordinarios y llanos; pero que cierto dia su tia Pretextata la puso con un rico aparato y rizado graciosamente su cabello, segun el estilo de las jóvenes de su edad y calidad: y que á la noche siguiente pareció á Pretextata haber visto en sueños un Ángel que con voz aterradora la habia reprendido el haber osado á poner sacrílegamente sus manos en una vírgen consagrada á Cristo, y fomentar principios de vanidad en una prometida esposa suya.

San Gerónimo dejó á Roma en el año de 385, y Eustoquio fué á

hacer compañía á su madre en todos sus viajes por Siria, Egipto y Palestina, y se estableció con ella en el monasterio de Belen. Después de la muerte de santa Paula, acaecida en el año de 404, fue Eustoquio electa abadesa en su lugar. Con san Gerónimo por maestro suyo aprendió mas de lo que prometia su sexo, y era muy versada en la lengua hebrea. Aquel santo Doctor dedicó á esta mujer admirable sus *Comentarios sobre Ezequiel é Isaías*, y tradujo al latin la regla de san Pacomio para uso de sus monjas. Una tropa de herejes pelagianos quemó este monasterio en el año de 416, y cometieron mil ultrajes de que santa Eutoquio y Paula la Menor, sobrina suya, informaron por cartas al papa Inocencio I, quien escribió en los términos mas expresivos á Juan, obispo de Jerusalen, encargándole que contuviese semejantes violencias, añadiéndole que de lo contrario se veria precisado á recurrir á otros medios para hacer justicia á los injuriados. Santa Eustoquio fue llamada al galardon de sus fatigas por los años de 419; y su cuerpo fue sepultado cerca del de santa Paula su madre. Véase á san Gerónimo, *lib. de Virgin. et ep. 22 26 y 27.*

La Misa es en honor del beato Simon, y la Oracion la que sigue:

Deus, cujus charitas in corde beati Simonis diffusa eximio in sanctissimam Filii tui Genitricem cultu, et assiduis misericordiae operibus enituit: illius intercessione concede; ut eodem charitatis fervore succensi, et beatae Mariae Virginis tutela protecti, tuam misericordiam consequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, cuya caridad infusa en el corazon del bienaventurado Simon resplandeció en el eximio culto de la santísima Madre de tu Hijo, y en las continuas obras de misericordia: concédenos por su intercesion, que encendidos en el mismo fervor de caridad, y protegidos con el patrocinio de la santísima Vírgen María, consigamos su misericordia. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo XXXI *del Eclesiástico, pág. 49.*

REFLEXIONES.

No hay mayor consuelo para un cristiano que estar bien asegurado de que se arregla á la voluntad de Dios en todo lo que emprende. ¿Será posible que en los empleos que preferimos nuestros deseos, no tenga parte el amor propio, y acaso tambien la pasion? En las elecciones de estado y de género de vida para que se consulta solo con la carne y con la sangre, la voluntad de Dios no entra mas que como un motivo exterior y forastero, que sirve únicamente para sere-

nar la conciencia; pero siempre queda sobresaltada. Admirámonos algunas veces de aquellos funestos acaecimientos, y de aquellos trastornos que nos hacen tan lóbregos los dias de la vida. Pero si no te puso Dios en el estado en que te hallas; si por seguir tu pasion ó interés te entremetiste en el sagrado ministerio; si quisiste ser tú solo, por decirlo así, el artífice de tu suerte, ¿qué novedad te deben hacer todos esos inesperados efectos? Turbóse el órden de una providencia particular; desconciértase aquella economía tan sabia, tan arreglada, que nos podia conducir á nuestro último fin por aquellos medios fáciles y seguros que nos tenia preparados. Pues ¿qué maravilla, si después de todo ese descamino se dén tantos traspiés? Solo damos hoy oidos al espíritu del mundo: solo consultamos á nuestro gusto y á nuestro interés en lo que emprendemos. Hasta en la devocion se introduce el engaño y la ilusion. Hay pocos estados en la vida que no estén sujetos á la ilusion. Ninguna mascarilla toma el amor propio con mas facilidad ni con mas gusto que la de la piedad y de la virtud, á cuyo favor reinan las pasiones sin sobresalto y sin temor. De aquí nace tanta delicadeza y tanta sensualidad de esos que se llaman devotos. Nunca son mas vivas las pasiones que cuando están disfrazadas. Cuando se obra por celo puro, cuando solo Dios anima todas nuestras acciones, cuando es el único objeto y fin de nuestra conducta, ya el corazon no es esclavo de nuestros deseos, y la mortificacion es el verdadero carácter de la persona; pero en admitiendo otra guia que á Dios, cada paso es un descamino.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas, pág. 226.*

MEDITACION.

Que á todos es necesario el espíritu de recogimiento y de retiro.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el espíritu de disipacion, aquel derramarse hácia afuera, aquel disgusto tan natural y tan universal que se tiene al recogimiento y al retiro, al mismo tiempo que es uno de los mas perniciosos lazos que nos arma el demonio, es tambien el que menos se precave y del que menos se desconfia. Sabiendo muy bien el enemigo de la salvacion lo muy necesario que es este espíritu de recogimiento para conservarse y para perseverar en el ejercicio de la virtud, no omite medio alguno para desviar de él á todo el mundo. Sabe que en el retiro y en el recogimiento se discurre cristianamente, se hacen saludables reflexiones, las que sofoca en su mismo nacimiento, ó las destierra de un corazon cristiano, el espíritu de disipacion y

derramamiento exterior. Por eso aplica el mayor cuidado á inspirar en todos una idea ingrata y tediosa de este espíritu de retiro. El retrato con que le pinta á los ojos de la imaginacion, alborota los sentidos, representándole siempre desfigurado con tan impropios, con sombríos colores este dulce reposo del alma. Apodérase del corazon la melancolía á solo el nombre de retiro, y apenas se conoce diferencia entre un hombre retirado y un hombre muerto. Sin embargo, el espíritu de retiro es muy diferente de lo que se concibe. Es un estado dulce, tranquilo, á cubierto del alboroto, del tumulto y del estrépito de las pasiones. Es una sosegada situacion del alma siempre en calma, de un ánimo sereno, y siempre en disposicion de examinarse y de conocerse; cuando por el contrario, estando disipada, anda como fugitiva de sí misma. Pues ¿qué maravilla es que haya en el mundo tan pocas conversiones, habiendo tantos con necesidad de convertirse? Desvíalos de este pensamiento el mismo tumulto y la misma disipacion; y así no pueden conocer la necesidad. Solo en el retiro se oye bien la voz de Dios y se perciben los gritos de la conciencia. En aquella calma se descubren las manchas que la distraccion no permite distinguir; y en aquella paz interior se reflexiona y se discurre, de modo que por estos discursos y por estas reflexiones se va tomando el gusto á las verdades eternas de la Religion. Una alma disipada es como aquellos enfermos abrasados de una ardiente calentura, que están en una perpetua agitacion, y aunque cercanos á la muerte, no conocen la gravedad del mal; hasta que templándose la fiebre, y mas sosegado el enfermo, siente todo el peso de la enfermedad. En el mundo, mientras se vive en aquel esparcimiento universal, en aquel exterior derramamiento, apenas se reconoce alguna culpa. Pues ¿qué mal hago yo? dice aquel mundano, aquel hombre continuamente derramado, aquella persona religiosa disipada y esparcida. ¿Qué mal hago yo? Retírate un poco; entra dentro de tí mismo; dedícate algunos dias á un poco de recogimiento, y entonces conocerás el mal que haces; entonces lo palparás sensiblemente. En cualquiera estado corre gran peligro la salvacion sin el recogimiento.

Punto segundo.—Considera que quizá no hay cosa mas importante para la salvacion, que el espíritu de retiro. Sin este espíritu, las buenas obras, de cualesquiera especie que sean, pueden ser útiles al prójimo, pueden ser frutos provechosos á otros; pero consumen el árbol que los produce, y muy presto se secará. Sin este espíritu, el mas ardiente y el mas fructuoso celo, para en un celo puramente na-

tural. Por tanto ningunos tienen mayor necesidad de este espíritu de recogimiento, que los varones apostólicos. En el retiro bajó el Espíritu Santo sobre los Apóstoles; y no sin misterio el mismo Jesucristo se retiraba frecuentemente á la soledad: lo que no hizo porque él lo necesitase, sino para dejarnos este ejemplo. ¡Admirable leccion para todos aquellos que están dedicados á la salvacion de los prójimos! No hay devocion sólida ni verdadera sin este espíritu, que es y siempre ha sido como el alma de la piedad cristiana. Corazon distraido nunca fue por mucho tiempo devoto. El retiro sustenta la devocion, y el recogimiento es como la muralla que defiende la inocencia. Una alma distraida, un espíritu disipado, un corazon derramado hácia afuera es una plaza sin fortificaciones exteriores, abierta á los tiros del enemigo, y expuesta á ser insultada. De aquí nacen aquellas funestas caidas, que hacen tanto ruido y causan tanta admiracion; de aquí aquellas devociones tan secas y sin progresos; de aquí aquellas direcciones tan estériles y sin fruto. Se frecuentan los Sacramentos; se ponen en práctica todos los buenos consejos que se oyen; se ejercita todo género de buenas obras; se asiste á los sermones; se tiene oracion, y se hacen otras mil devociones: pero sin embargo cada dia está el alma mas imperfecta. Dirás que te faltan auxilios. ¡Oh! Dios sabe muy bien que sin su gracia nada podemos; y Dios tiene mas en su corazon nuestra perfeccion, que nosotros mismos. Pues ¿de dónde proviene esa aridez y esa esterilidad? De la falta de recogimiento interior. Se reciben gracias; pero se exhalan, por decirlo así, con la disipacion del corazon: el recogimiento interior es como el único secreto que las detiene, y hace que produzcan todo el fruto que las corresponde. El cuerpo se debilita con la disipacion de los espíritus vitales; y cuando es grande la disipacion, siempre es mortal. Del mismo modo debemos discurrir de la disipacion interior: siempre es principio de nuestros desmayos espirituales, de nuestros disgustos, de nuestras flaquezas, y por consiguiente de nuestras caidas. El espíritu de retiro, aquel espíritu interior, aquel recogimiento, siempre inseparable de la modestia, de la paz interior, del espíritu de oracion, del freno de las pasiones, es el alma de la devocion. Así, pues, estemos firmemente persuadidos á que el demonio no deja piedra por mover para destruir esta muralla de la virtud, estas fortificaciones exteriores que alejan de la plaza al enemigo. Gran desgracia será para una alma devota caer en este lazo y estrellarse contra este escollo.

Dadme, Señor, este espíritu de recogimiento interior, que me habeis hecho conocer ser tan necesario para mi salvacion. Conozco muy

bien que á mi disipacion debo atribuir mi indevocion y mis recaidas. Pero confio en la asistencia de vuestra divina gracia, que vencerá este estorbo de mi eterna felicidad.

JACULATORIAS. — Dirígeme, Señor, en tu divina presencia, y guíame segun tu espíritu divino. (*Psalm.* v).

¡Oh Señor, y cómo conozco que no hay seguridad sino en el retiro y en el recogimiento! Por eso abracé yo este partido huyendo del tumulto, y refugiándome á la soledad. (*Psalm.* LIV).

PROPÓSITOS.

1 *Anda siempre en mi presencia*, dice Dios, *y serás perfecto*. Esta continua presencia de Dios es la mas importante entre todas las virtudes: sin ella todas las demás son de poco provecho. Dedícate á este recogimiento: la voz de Dios no se percibe entre el bullicio: *Non in commotione Dominus*. Un corazon abierto á todos los objetos; una alma continuamente derramada á lo exterior, y ocupada sin cesar en mil cuidados superfluos, en mil pensamientos inútiles, no está en paraje de oir la voz de aquel Señor que solo habla al corazon recogido. Aplícate á adquirir esta paz interior. Reprime esos ímpetus del natural, esa precipitacion en el hablar, aunque sea en las ocasiones mas santas, y sobre las cosas mas espirituales. Muchas veces lo que se llama celo no es otra cosa que humor y genio. Evita cuanto puedas esa multitud de ocupaciones, que solo sirven para distraerte. No conviene estarte ocioso, ni mano sobre mano; pero siempre has de estar sosegado y muy dueño de tí mismo.

2 Nunca te entregues tanto á lo exterior, que sea en perjuicio de tu recogimiento. Debes prestarte, pero no entregarte á los negocios exteriores. Todas las mañanas has de hacer propósito de andar continuamente en la presencia de Dios, y sin otra diligencia serás modesto y recogido. Habla poco, y procede en todo como un hombre que nunca pierde de vista á Dios. Cuando dé la hora, recógete dentro de tí mismo, y vuélvete á Dios con alguna breve jaculatoria. Antes de dar principio al estudio, al trabajo, á la oracion, recógete por algun momento: este silencio es maravilloso medio para hacer á una alma interior y espiritual: no dejes de practicarle.

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

La venerable memoria de san Miguel arcángel, en el monte Gárgano, cuando se consagró allí una iglesia dedicada á su nombre, pobre en su fábrica, pero adornada con la virtud del cielo. *(Véase su historia hoy).*

El martirio de los santos mártires Eutiquio, Plauto y Heraclea, en Tracia.

Santa Gudelia, mártir, en Persia; la cual habiendo convertido á muchos infieles á la fe católica, no queriendo adorar al sol, ni al fuego, en tiempo del rey Sapor, después de muchos tormentos, y de haberle desollado la cabeza, clavada en un madero, mereció alcanzar la victoria.

Los santos mártires Dadas, pariente del rey Sapor, Casdoa, su mujer, y Gabdelas, su hijo, allí mismo; los cuales degradados de sus honores y dignidades, y despedazados con varios tormentos, después de una larga prision fueron degollados.

Las santas vírgenes Ripsima y sus compañeras, mártires, en tiempo del rey Tiridates, en Armenia.

San Fraterno, obispo y mártir, en Auxerre.

San Grimoaldo, presbítero y confesor, en Pontecorvo, junto á Aquino.

San Quiriaco, anacoreta, en la Palestina.

LA FIESTA DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL.

Celebra hoy la santa Iglesia una fiesta particular, no solo en reverencia del arcángel san Miguel, sino en honor de todos los santos Angeles; dirigiéndose la misa y el oficio á honrar con especial solemnidad á todos aquellos bienaventurados espíritus que tanto se interesan en nuestra salvacion. Su santidad, su excelencia, los buenos oficios que hacen con todos los hombres, con todo el universo, y muy en particular con la santa Iglesia, pedian de justicia este respetuoso reconocimiento; y aunque esta fiesta solo se intitula de san Miguel, es porque este bienaventurado espíritu fue siempre reconocido por general de toda la milicia celestial y particular protector de la Iglesia de Jesucristo, así como lo habia sido de la Sinagoga.

Enséñanos la Iglesia, que Dios dió principio á la creacion del mundo criando ante todas cosas las celestiales inteligencias, como para formarse á sí mismo una numerosa corte, y tener ministros prontos para ejecutar sus órdenes. *Creemos* (dice el cuarto concilio Lateranense) *firmemente que no hay mas que un solo Dios verdadero; el cual al principio del tiempo sacó juntas de la nada una y otra criatura, la espiritual y la corpórea, la angélica y la mundana; y que después for-*

mó como una naturaleza media entre las dos, que fue la naturaleza humana compuesta de cuerpo y alma. Es decir, que los Ángeles son una sustancias criadas, inteligentes y puramente espirituales, no destinadas á unirse con los cuerpos, de los cuales tienen una total independencia. Están dotados de dones mas ó menos perfectos segun sus diferentes grados de perfeccion y de excelencia. Habiendo determinado Dios desde toda la eternidad no dar el cielo ni á los Ángeles ni á los hombres, sino á título de corona y de recompensa, crió á los espíritus celestiales con pleno conocimiento del bien y del mal, y con una perfecta libertad. Un crecido número de ellos, viéndose tan perfectos, y desvanecidos con su propia excelencia, en lugar de referir á su Criador todo lo bueno y excelente que tenian, se complacieron en sí mismos; y llenos de orgullo, negaron la obediencia á Dios, por lo que fueron precipitados en los abismos para ser infelices por toda la eternidad. Pero los otros santos Ángeles perseveraron en el bien siempre fieles á su Criador, humildes, rendidos, y obedientes á sus órdenes, por lo que fueron confirmados en su gracia. Avecindados eternamente en la celestial Jerusalen, están siempre delante del mismo Dios, le ven, le adoran, le bendicen, y no cesan de amarle con un amor perfecto y abrasado. Ellos son los ministros de Dios prontos siempre á obedecerle, y de ellos se sirve Dios para ejecutar sus órdenes respecto á todas las criaturas, pero sobre todo á los hombres. Los Ángeles son los que presentan al Señor nuestras oraciones, y de ellos se vale el Señor, ya para comunicar á los hombres su voluntad, ya para obrar en su favor grandes maravillas en ocasiones extraordinarias; habiéndolos destinado Dios para guardias y protectores de toda la Iglesia y de cada fiel en particular. *El Ángel del Señor* (dice el Profeta) *rodeará siempre á los justos, y los pondrá á cubierto de todo peligro.* (*Psalm.* XXXIII).

En todas partes del viejo y nuevo Testamento se habla de estos espíritus bienaventurados, de sus funciones y ministerios. Tres Ángeles en figura humana se aparecieron á Abraham, y le anunciaron el nacimiento de un hijo. (*Gen.* XII). El ángel Rafael acompañó al jóven Tobías. (*Tob.* V). El ángel Gabriel instruyó á Daniel en lo que habia de suceder, y le declaró el tiempo en que habia de nacer el Mesías. (*Dan.* V). El mismo Ángel predijo á Zacarías el nacimiento de san Juan, y anunció á la santísima Vírgen la encarnacion del Verbo en sus entrañas, saludándola llena de gracia y Madre del Redentor. Los Ángeles anunciaron á los pastores el nacimiento del Salvador del mundo. Ellos sirvieron á Cristo en el desierto, y le confortaron en el

huerto de las Olivas; ellos anunciaron su resurreccion, y después de su ascension á los cielos pronosticaron su segunda venida en calidad de juez.

Sabemos, dice san Gregorio, que los Ángeles están repartidos en tres jerarquías, y cada jerarquía en tres coros ó en tres órdenes. La primera jerarquía es de los Serafines, Querubines y Tronos: la segunda de las Dominaciones, Virtudes y Potestades; y la tercera de los Principados, Arcángeles y Ángeles. Los Serafines son aquellos que están mas inflamados que los otros en el fuego del divino amor. Los Querubines los mas iluminados que los otros, á quienes comunican lo que entienden y lo que saben. La Escritura nos dice, que después que Dios arrojó á Adan y á Eva del paraíso terrenal, puso á la puerta un Querubin con una espada de fuego para que ninguno volviese á entrar al árbol de la vida. Los Tronos son unos espíritus que sirven como de trono á la majestad de Dios. Las Virtudes son aquellos que sobresalen en fuerzas para obrar efectos portentosos. Las Potestades son unos espíritus que contienen el poder y la malignidad de los demonios; presiden á las causas inferiores y segundas, estorbando que las cualidades contrarias arruinen la economía del universo. Dáseles este nombre (dice san Gregorio) porque ellos son los que nos muestran el poder de Dios. Las Dominaciones son aquellos espíritus que tienen imperio sobre los hombres, y dominan á los Ángeles inferiores. Los Principados son aquellos que tienen particular poder para guardar y para defender los reinos. Aunque el nombre de *Ángel* es comun á todos aquellos espíritus celestiales; pero se atribuye particularmente á los que componen el octavo y el noveno coro de toda su jerarquía. La palabra *Ángel* significa lo mismo que *enviado;* pero entre los Ángeles y los Arcángeles hay la diferencia de que los Angeles son aquellos espíritus que envia Dios para las cosas comunes y ordinarias; mas los Arcángeles, como de órden superior á los Ángeles, son enviados para los negocios extraordinarios y de mayor importancia. A esta clase pertenecen los ángeles Gabriel, Rafael y Miguel. *Todas las cosas* (dice el apóstol san Pablo) *fueron hechas en Jesucristo, las del cielo y las de la tierra; las visibles y las invisibles; los Tronos, las Dominaciones y los Principados todos fueron criados en él y por él.* (*I Colosen*). Es raro el profeta que no hable de los Querubines y de los Serafines, dice san Gregorio: *Tú, que estás sentado, y eres conducido sobre las alas de los Querubines* (dice David). *Los Serafines estaban al rededor del trono* (dice Isaías), *y clamaban uno á otro, diciendo: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos.* En cási todas

las páginas se habla de los Ángeles y de los Arcángeles, dice san Gregorio; y si á estos ocho coros de Ángeles añades el de los Tronos, de que habla san Pablo cuando escribe á los efesios, hallarás que son nueve los coros de los Ángeles: *Proculdubio novem esse Angelorum ordines inveniuntur.*

No habia, pues, cosa mas conveniente que decretar una fiesta particular en honor de aquellos espíritus celestiales, que desde el primer instante después de su creacion son favorecidos del Altísimo, componen su corte en el cielo, y no cesan de hacer á los hombres los mas importantes servicios; siempre celosos de nuestra salvacion, siempre atentos á todo lo que nos puede conducir para esta vida y para la otra. La Iglesia instituyó una fiesta particular en reverencia de los santos Ángeles de guarda el dia 2 de octubre: parecia justo que instituyese tambien otra particular en honor de todos los demás Ángeles, y esta es la que se celebra el dia 29 de setiembre.

Son pocos los Santos cuyo culto, al parecer, sea mas antiguo que el de los santos Ángeles, singularmente el de san Miguel. Llegó este culto á ser excesivo, y á degenerar en una especie de idolatría desde los principios de la Iglesia. El heresiarca Cerintho, como tambien Simon Mago, segun el testimonio de Tertuliano, de san Epifanio y de Teodoreto, decian que el culto y la veneracion de los Ángeles era un grado absolutamente necesario para elevarnos á Dios, sin cuya escala seria el Señor inaccesible á nosotros; siendo por otra parte como un justo reconocimiento debido á la Ley que se comunicó al pueblo de Israel por ministerio de un Ángel, á la cual nos queria sujetar aquel heresiarca. No se podia inventar blasfemia mas injuriosa á Jesucristo, nuestro único y verdadero mediador para con su Padre, y el divino libertador que nos eximió de la Ley antigua. Contra esta perniciosa doctrina escribió san Pablo á los colosenses, previniéndoles que no se dejasen engañar con las apariencias de una virtud postiza, sujetándose á un culto supersticioso de los Ángeles, y desviándose del de Jesucristo, cabeza única y único mediador de los Ángeles y de los hombres con Dios, su eterno Padre: *Nemo vos seducat, volens in humanitate, et religione angelorum*, etc. Los secuaces de Cerintho, que, segun Teodoreto, estaban esparcidos por las provincias de Frigia y de Pisidia, habian erigido en ellas algunos templos á san Miguel, en los cuales le tributaban un culto que llegaba á ser idolatría. Exterminados después estos herejes, los Católicos, que desde el tiempo del grande Constantino arruinaban los templos de los falsos dioses, conservaron los que estaban dedicados al arcángel san

Miguel por ser muy religioso el culto de los Ángeles, contentándose con purgarlos de las heréticas supersticiones.

No tenemos en la Iglesia mas que tres Ángeles conocidos con nombres particulares: san Miguel, san Gabriel, y san Rafael; para mostrarnos, dice san Gregorio, por los tres particulares nombres la especial virtud, y el carácter de cada uno. Miguel, dice el mismo Santo, significa ¿quién como Dios? *Quis sicut Deus?* Gabriel significa fortaleza de Dios: *Gabriel autem fortitudo Dei;* y Rafael significa medicina de Dios: *Raphaël vero dicitur medicina Dei.* Entre todos los espíritus angélicos siempre fue reconocido san Miguel como el jefe de toda la milicia celestial, á quien deben adorar mas religiosamente los fieles, profesándole mas particular devocion por muchas razones. En el capítulo x del profeta Daniel se llama á san Miguel el primero entre todos los jefes principales: *Ninguno me asiste en todas estas cosas sino Miguel, que es vuestro príncipe,* decia el Ángel que hablaba con el Profeta; y el mismo Ángel, hablando de lo que habia de suceder á la fin del mundo: *Entonces se verá* (le dijo) *al gran príncipe Miguel que toma la defensa de los hijos de tu pueblo.*

Pero mucho antes del profeta Daniel era ya san Miguel conocido de los hombres, como lo vemos en la epístola de san Judas con motivo de la victoria que consiguió del demonio. Muerto Moisés, aquel insigne obrador de tantas maravillas, conoció muy bien el demonio que el pueblo de Israel, tan propenso naturalmente á la idolatría, acordándose de tantos prodigios como le habia visto obrar, no dejaria de tributar cultos divinos á su cuerpo, forjándose de él un idolo; y con este depravado fin pretendia mover los israelitas á que le erigiesen un magnífico mausoleo. Pero estorbólo san Miguel como protector del mismo pueblo, y dispuso las cosas de manera, que los israelitas nunca llegaron á descubrir el cuerpo de Moisés.

En el Apocalipsi de san Juan se hace mencion de otro combate entre san Miguel y los ángeles rebeldes. Dióse (dice) en el cielo una gran batalla; Miguel y sus Ángeles combatian contra el dragon, esto es, contra Lucifer: el dragon con los suyos peleaba contra él; pero estos quedaron vencidos, y desde entonces no han vuelto á aparecer en el cielo. Este gran dragon, esta antigua serpiente, que se llama Diablo y Satanás, que engaña á todo el mundo, fue precipitado en los infiernos con todos sus ángeles. Muchos creen que tambien fue san Miguel aquel Ángel que se apareció á Josué después que pasó el Jordan, representándosele en figura de un héroe armado, y ofreciéndose á ayudarle á la conquista y sujecion de los cananeos. *¿Eres*

de los nuestros, ó de los enemigos? le preguntó Josué. *No* (le respondió el Ángel), *yo soy el Príncipe de los ejércitos del Señor.* Tambien quieren algunos que fuese el arcángel san Miguel aquel Ángel que se apareció á Gedeon para moverle á que libertase al pueblo de Israel de la servidumbre de los madianitas. Ni son pocos los que opinan que este bienaventurado espíritu fue el que representó á la majestad de Dios, así en la zarza ardiendo, como en el monte Sinai. Lo que no admite duda es, que san Miguel ha sido siempre venerado como especial protector de la santa Iglesia; atento á que, después de la ascension de Cristo á los cielos, no tenemos aparicion alguna auténtica de san Gabriel ni de san Rafael, siendo así que tenemos muchas y en muchas partes del glorioso san Miguel, que se ha aparecido á los fieles en muestra de su particular proteccion á la Iglesia universal. Depranio Floro, poeta cristiano, habla de una aparicion de san Miguel en Roma. La del monte Gárgano, provincia de la Pulla, en tiempo del papa Gelasio I, por los años de 493, es la mas célebre, y la Iglesia quiso consagrar su memoria por una fiesta particular en el dia 8 de mayo. Bonifacio III erigió en Roma una iglesia en honor de san Miguel sobre la eminencia de la mole ó del sepulcro de Adriano, que por esta razon se llama *Monte*, y hoy *el Castillo de Santo Angel*. Tambien es san Miguel protector de la Francia en particular. Hay en aquel reino un famoso monasterio llamado *Monte san Miguel*, erigido en medio del mar sobre un islote ó peñon, en consecuencia de otra semejante aparicion que hizo san Miguel á san Auberto, obispo de Avranches, el año de 709. Para reconocer y para merecer mas y mas esta antigua proteccion, el año de 1496 instituyó Luis II en Amboisa la órden militar de san Miguel, cuyo gran maestre es el mismo Rey; y ordenó que los caballeros trajesen siempre pendiente del cuello un collar de oro compuesto de conchitas enlazadas unas con otras, y pendiendo de él una medalla del arcángel san Miguel, antiguo protector del reino de Francia.

Pero lo que debe avivar y encender mas la devocion de los fieles con el glorioso san Miguel, es el estar destinado para conducir las almas y presentarlas al terrible tribunal de Dios para ser juzgadas al salir de esta vida. Nada nos interesa mas que el lograr por especial protector con el soberano Juez al que se puede llamar su primer ministro; al que tiene á su cargo presentarnos al Señor en aquel momento decisivo de nuestra eterna suerte; y aquel en cuyas manos, por decirlo así, rendimos el alma con el último suspiro. Este es, dice la Iglesia en el oficio del dia, este es el arcángel san Miguel: *Prin-*

ceps militiae angelorum: Príncipe de la milicia de los Ángeles. Los honores que se le tributan merecen mil bendiciones á los pueblos, y su intercesion nos conduce al reino de los cielos: *Cujus honor praestat beneficia populorum, et oratio perducit ad regna coelorum.* Á san Miguel, (añade la misma Iglesia) encargó Dios las almas de sus escogidos para que las condujese á la estancia de los bienaventurados: *Cui tradidit Deus animas sanctorum, ut perducat eas in regna coelorum.* En aquel tiempo de prueba y de calamidad, dijo el Ángel que anunció á Daniel lo que habia de suceder en los siglos futuros, Miguel, protector de tu pueblo y de todos los fieles, se dejará ver para defenderlos contra el enemigo de la salvacion: *In tempore illo consurget Michaël, qui stat pro filiis vestris.* Vino el arcángel Miguel (dice la sagrada Escritura) en socorro del pueblo de Dios, y nunca deja de ayudar y de proteger á los justos: *Michaël archangelus venit in adjutorium populo Dei; stetit in auxilium pro animabus justis.* No es, pues, de admirar si en todo tiempo se ha profesado una especial veneracion y devocion en la Iglesia al arcángel san Miguel.

En el cuarto siglo, ó á lo menos á los principios del quinto, habia á dos leguas de Constantinopla una célebre y magnífica iglesia, llamada *Michalion*, ó el templo de san Miguel, porque obraba Dios en ella milagrosas curaciones por intercesion de san Miguel. Habla de ella Sozomeno como quien experimentó en sí mismo los maravillosos efectos de su poder para con Dios. Si los Ángeles son nuestros intercesores (dice san Ambrosio), si son nuestros defensores y nuestros abogados, debemos honrarlos, invocarlos, y dirigirles nuestras oraciones para que no nos nieguen su proteccion: *Sed et illi, si custodiunt, vestris custodiunt orationibus advocati.* En el cánon de la misa y en las liturgias se hace mencion de los santos Ángeles; y las letanías, que son como un resúmen de las oraciones públicas, comienzan por los Ángeles después de la santísima Vírgen. Así, pues (dice un doctor del siglo pasado) es verdad en cierto sentido que de la misma manera que se celebraba la fiesta general de la santísima Trinidad, del santísimo Sacramento, y de todos los Santos antes que se instituyesen fiestas particulares, del mismo modo se celebraba la fiesta general de todos los Ángeles en las liturgias y en las iglesias antes que se fijase un dia particular para su solemnidad.

Y como esta fiesta se instituyó con motivo de las apariciones de san Miguel, particularmente la del monte Gárgano, donde se encontró una especie de bóveda en figura de iglesia abierta en una roca, y el mismo san Miguel dió á entender que seria de su agrado que se

le dedicase, por eso conservó siempre el título de Dedicacion la fiesta que hoy se instituyó con ocasion de estas apariciones y de estos templos en honra de san Miguel.

La Misa es en honor de san Miguel y de los santos Ángeles, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui miro ordine Angelorum ministeria, hominumque dispensas: concede propitius, ut à quibus tibi ministrantibus in coelo semper assistitur, ab his in terra, vita nostra muniatur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que con admirable órden dispones los ministerios de los Ángeles y de los hombres: concédenos benigno que nos amparen en la tierra mientras vivimos, aquellos que nunca cesan de serviros oficiosos en el cielo. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 1 *del Apocalipsi de san Juan.*

In diebus illis: Significavit Deus quae oportet fieri cito, mittens per Angelum suum servo suo Joanni, qui testimonium perhibuit Verbo Dei, et testimonium Jesu Christi, quaecumque vidit. Beatus, qui legit, et audit verba prophetiae hujus, et servat ea, quae in ea scripta sunt: tempus enim prope est. Joannes septem ecclesiis, quae sunt in Asia. Gratia vobis, et pax ab eo, qui est, et qui erat, et qui venturus est: et à septem spiritibus, qui in conspectu throni ejus sunt: et à Jesu Christo, qui est testis fidelis, primogenitus mortuorum, et princeps regum terrae, qui dilexit nos, et lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo.

En aquellos dias: Significó Dios las cosas que deben suceder presto, enviando (noticia) por medio de su Ángel á su siervo Juan, el cual dió testimonio á la palabra de Dios, y testimonio de cuanto vió en órden á Jesucristo. Bienaventurado el que lee y escucha las palabras de esta profecía, y guarda las cosas que están escritas en ella: porque el tiempo está cercano. Juan á las siete iglesias que están en el Asia. Gracia á vosotros, y paz de Aquel, que es, que era, y que ha de venir: y de los siete espíritus que están delante de su trono, y de Jesucristo, que es testigo fiel, primogénito entre los muertos, y príncipe de los reyes de la tierra, el cual nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre.

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que lee las palabras de esta profecía, que oye y observa las cosas que se escriben en ella. No siempre se pregunta qué es menester practicar para ser santo: *Quid faciendo vitam aeternam possidebo?* con aquel espíritu maligno y caviloso con que lo preguntó el fariseo de quien hace mencion el evangelista san Lucas. Hay corazones rectos, almas sinceras, hombres sanos y de buena voluntad que desean saber cuál es el camino que lleva los hombres á la vida:

gentes hay que desean aprender de buena fe el verdadero secreto de la salvacion. *Quid faciendo?* Encuéntranse algunas almas inocentes que continuamente están inquietas y dudosas sobre las seguras sendas de la perfeccion. No se cansan de consultar, de inquirir y de preguntar: buscan los directores mas hábiles, los maestros de espíritu mas acreditados para instruirse bien en esta divina ciencia: *In lege quid scriptum est? quomodo legis?* Á estos se les puede decir lo que al otro doctor de la Ley: Evangelio teneis. ¿Qué os dice ese divino libro, esa regla segura de nuestras operaciones? ¿qué leeis en ese Evangelio? Practica lo que lees: no te contentes con saber lo que nos enseñó Jesucristo nuestro divino maestro; su doctrina en materia de costumbres no es puramente especulativa. Es necesario creer, pero tambien es necesario vivir arreglado á lo que se cree. No son infinitos los preceptos; no hay cosa mas breve ni mas acomodada á la capacidad de todos: *Quomodo legis?* Amarás á tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu espíritu, y al prójimo como á tí mismo: en estos dos preceptos se encierra toda la Ley. Guarda estos dos mandamientos, y conseguirás la vida eterna. Cuanto mas ardiente, mas puro, mas generoso y mas universal sea tu amor á Dios, mas perfecto serás. Este es el manantial, esta la basa de toda perfeccion, de toda espiritualidad, de toda la santidad mas eminente. ¿Será menester mucho estudio para aprender este gran secreto? ¡Cosa extraña! Se lee, se medita, se consulta, se oye y se comprende todo lo que se debe hacer, y nada se hace, y se muere sin haber hecho cosa. Bienaventurado aquel que lee, que oye, y que observa lo que está escrito en el Evangelio: esta es nuestra regla de costumbres. ¡Qué pocos son los que viven arreglados á ella!

El Evangelio es del capítulo XVIII *de san Mateo.*

In illo tempore: Accesserunt discipuli ad Jesum, dicentes: Quis putas major est in regno coelorum? Et advocans Jesus parvulum, statuit eum in medio eorum, et dixit: Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et effiziamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum coelorum. Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno coelorum. Et qui susceperit unum parvulum talem in nomine meo, me suscipit. Qui autem scandalizaverit unum de pusillis

En aquel tiempo: Se llegaron á Jesús los discípulos diciendo: ¿Quién juzgas es el mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesús á un niño, le puso en medio de ellos, y dijo: En verdad os digo, que si no os transformais, y haceis como niños, no entrarcis en el reino de los cielos. Por tanto, el que se humillare como este niño, ese será mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiese en mi nombre á un niño como este, me acoge á mí mismo. Pero el que escandalizare á uno de estos

istis, qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris. Vae mundo à scandalis. Necesse est enim ut veniant scandala, verumtamen vae homini illi, per quem scandalum venit. Si autem manus tua, vel pes tuus scandalizat te, abscide eum, et projice abs te: bonum tibi est ad vitam ingredi debilem, vel claudum, quam duas manus, vel duos pedes habentem mitti in ignem aeternum. Et si oculus tuus scandalizat te, erue eum, et projice abs te: bonum tibi est cum uno oculo in vitam intrare, quam duos oculos habentem mitti in gehennam ignis. Videte ne contemnatis unum ex his pusillis: dico enim vobis, quia angeli eorum in coelis semper vident faciem Patris mei, qui in coelis est.

pequeñuelos que creen en mí, le seria mejor que le colgasen del cuello una piedra de molino, y ser sumergido en el profundo del mar. ¡Ay del mundo por causa de los escándalos! Porque es cosa necesaria que haya escándalos; pero ay de aquel hombre por cuya culpa viene el escándalo. Si tu mano ó tu pié te escandaliza, córtale, y échale de tí: mejor te es entrar á la vida débil ó cojo, que ser echado al fuego teniendo dos manos ó dos piés. Y si tu ojo te sirve de escándalo, sácatele, y échale de tí: mejor te es entrar á la vida con un ojo, que ser echado al fuego del infierno teniendo dos ojos. Guardaos no desprecieis alguno de estos pequeñuelos: porque os hago saber, que sus Ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en ellos.

MEDITACION.

De la devocion á los santos Ángeles.

Punto primero. — Considera que los santos Ángeles son aquellos bienaventurados espíritus, aquellos ministros del Altísimo que componen, por decirlo así, su corte. Son aquellas criaturas tan excelentes, aquellos privilegiados favorecidos que asisten delante del trono de Dios ocupados únicamente en amarle, en cantar sus alabanzas, en ejecutar sus órdenes, en hacer su voluntad y en adorarle. Juzga ahora si merecerán nuestro culto y nuestros respetos. ¡Qué rendimientos no se practican en el mundo con aquellos cortesanos favorecidos que están á la oreja y al corazon del soberano! Los santos Ángeles logran el corazon de Dios, y estando perpetuamente en su presencia, conservando y debiendo conservar siempre su gracia y su favor, son siempre bien oidos. Pero si los santos Ángeles merecen nuestros respetos y nuestro culto, no merecen menos nuestra confianza. Siendo tan poderosos con Dios, ¡cuánto valdrá y cuánto aprovechará su proteccion á los fieles! Tanto como los ángeles rebeldes desean nuestra perdicion eterna, tanto se interesan los santos Ángeles en nuestra salvacion. ¡Con qué gusto, y qué priesa no se dan á emplear en nuestro favor su valimiento! Pues ¡con qué confianza no debemos nosotros acudir á ellos solicitándolos y empeñándolos en que

nos merezcan la gracia de nuestro soberano dueño! Ellos son los que llevan nuestros gemidos, nuestras oraciones y nuestros votos hasta el trono de Dios. Pues ¡cuánto interesarémos en hacérnoslos favorables! Tiénense por dichosos en las cortes de los príncipes los que logran la aceptacion del valido. ¡Qué dicha la de lograr la proteccion de los Ángeles! Pero ¿cuántos buenos oficios nos hacen aun en este mundo? Á ellos, después de Dios, debemos muchos felices sucesos. Ellos nos protegen en mil ocasiones peligrosas; ellos nos desvian de mil desgraciados riesgos en que pereceríamos miserablemente; ellos nos apartan insensiblemente de mil lazos que nunca cesa de armarnos el enemigo de la salvacion. ¡Qué reconocimiento y qué gracias no les debemos por tantos beneficios! Y ¡qué ingratitud la de haber tenido hasta aquí tan poca devocion á los santos Ángeles, á quienes debemos tantas obligaciones, cuyos favores tanto nos ejecutan por nuestro respeto, y en quienes, después de Jesucristo y la santísima Vírgen, debemos tener mas grande confianza!

Punto segundo. — Considera que distinguiendo la Iglesia con culto particular á san Miguel de todos los espíritus celestiales como jefe y general de aquella angelical milicia, es justo que tambien nosotros le profesemos un culto y una devocion particular. Es el Príncipe de los Ángeles: *Princeps angelorum*. Su fidelidad, á vista de la sedicion de los ángeles rebeldes, le mereció el favor del Todopoderoso: *Quis sicut Deus?* Al mismo tiempo que Lucifer, aquel ángel del primer coro, por su orgullo se hizo príncipe de los demonios, el mayor enemigo de los hombres, y él mismo el mas infeliz de todos los desdichados, san Miguel se hizo protector especial de todos los escogidos de Dios, su valido, y patrono de todas las almas fieles. Él es el que preside, por decirlo así, al último momento decisivo de nuestra salvacion. Él es el que introduce las almas en el divino tribunal para recibir del soberano Juez la sentencia definitiva de su eterna suerte. ¡Buen Dios, cuántos motivos son estos para profesar una tierna devocion á este valido del Altísimo! Solicitemos el favor de aquel que puede tanto con Dios, y que tanto se interesa en nuestra salvacion. ¡Qué dolor, qué indignacion no tendrá contra sí misma una alma que al salir del cuerpo se vea en las manos de san Miguel, acordándose de la indiferencia, de la poca devocion, del olvido que tuvo de un príncipe de la corte celestial, á quien se ve entregada cuando se despide de este mundo! Pero ¡qué consuelo y qué confianza tendrán entonces aquellas almas que le hubieren sido devotas! Mas la verda-

dera devocion con san Miguel consiste en imitar su humildad, su re-
ligion, su fidelidad, á pesar del mal ejemplo. Y si Dios castigó tan se-
veramente el orgullo y la desobediencia en los ángeles, ¿la disimu-
lará en los hombres? Consideremos la fidelidad y la sumision de san
Miguel; su celo en defender los intereses de Dios, y la gloria que fue
consiguiente á su triunfo. Imitemos su rendimiento; obedezcamos á
Dios, combatamos por su gloria, y tendrémos parte en la dicha de
san Miguel. Digamos á su imitacion: *Quis sicut Deus?* ¿Quién como
Dios? ¿qué cosa se puede comparar con este Señor? Digámoslo en
aquellas ocasiones en que se quieren atravesar los respetos huma-
nos. ¿Quién como él merece nuestros respetos y nuestros servicios?
¿quién hay cuyos premios se puedan mas desear, ni cuyas amena-
zas se deban mas temer?

No, mi Dios, resuelto estoy desde este mismo momento á no bus
car otro que á Vos, á no amar á otro que á Vos, á no servir á otro
que á Vos mediante la asistencia de vuestra divina gracia.

Jaculatorias. — Ángeles del Señor, juntaos á mí para bendecirle
y alabarle. (*Psalm.* CII.)

Ángeles del Señor, tropa de la milicia celestial, celebrad la glo-
ria del Todopoderoso. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Es digno de admiracion que teniendo tanta necesidad de la
proteccion de los santos Ángeles, les tengamos tan poca devocion; y
que sabiendo los importantes servicios que nos pueden hacer, cui-
demos tan poco ó tan nada de merecer su benevolencia, de ponerlos
al lado de nuestros intereses. Ten toda la vida esta devocion muy en-
trañada en tu corazon, y tributa todos los dias algun religioso culto
á estas celestiales inteligencias. No se pase dia alguno sin hacerlas
alguna oracion. San Francisco Javier, apóstol de las Indias, decia
todos los dias nueve veces el *Gloria Patri*, en reverencia de los san-
tos Ángeles. Toma esta devocion.

2 Honra singularmente á san Miguel como á protector particu-
lar de toda la Iglesia, y como á jefe de la milica celestial, que ha de
recibir tu alma al salir del cuerpo, y presentarla al tribunal de Dios
para ser juzgada. Hazle alguna oracion particular, pidiéndole sobre
todo su proteccion para aquel momento decisivo de nuestra eterna
suerte.

DIA XXX.

MARTIROLOGIO.

La dichosa muerte de san Gerónimo, presbítero y doctor de la Iglesia, en Belen de Judá; el cual consumado en todas las ciencias, é imitador de los mas perfectos monjes, con la espada de su doctrina mató muchos monstruos de herejía, y siendo ya de muy avanzada edad, murió en paz, y fue sepultado junto al pesebre del Señor: su cuerpo fue después trasladado á Roma, y colocado en la iglesia de Santa María la Mayor. *(Véase su historia hoy).*

San Leopardo, mártir, en el mismo dia; quien no obstante de ser favorito de Juliano el Apóstata, fue degollado en Roma por la fe de Jesucristo, y su cuerpo fue trasladado á Ac ó Aquisgran, *de donde es patron).*

El martirio de los santos mártires Víctor y Urso, de la gloriosa legion de los Tebeos, en Souleure en Francia; los cuales en tiempo del emperador Maximiano fueron primeramente atormentados de varias maneras; pero habiéndose librado por una luz celestial que resplandeciendo sobre ellos derribó contra el suelo los verdugos, fueron metidos en una hoguera, y habiendo tambien salido sin lesion, al cabo los degollaron. *(Véase la historia de san Mauricio y compañeros en las del dia 22 de este mes).*

San Antonino, mártir, soldado de la misma legion, en Plasencia (*cuya ciudad posee su cuerpo. Véase tambien la historia de san Mauricio).*

San Gregorio, obispo de la Armenia mayor, en el mismo dia; el cual habiendo padecido mucho en tiempo del emperador Diocleciano, por último murió en paz. *(Puede decirse de este Santo, llamado el Iluminador, que fue el apóstol de la Armenia, habiendo propagado en este pais las semillas de la fe que sembraron los apóstoles san Bartolomé y Tomás: y consiguió bautizar al mismo Tiridates, rey de aquel pais, despues de haberle perseguido tenazmente. Leoncio, obispo de Cesarea, le consagró, y desde entonces su celo no se limitó ya á la Armenia solamente, pues llevó la luz de la fe hasta el monte Cáucaso. Este Santo murió antes de que el gran Constantino fuese señor del Oriente).*

San Honorio, obispo y confesor, en Cantorberi en Inglaterra.

La dichosa muerte de san Francisco de Borja, de la Compañía de Jesús, en Roma, cuya fiesta se celebra el dia 10 de octubre. *(Véase su vida en dicho dia).*

Santa Sofía, viuda, madre de las tres santas vírgines llamadas Fe, Esperanza y Caridad, allí mismo. *(Esta Santa, muy celebrada en la Iglesia de Oriente, exhortó á sus hijas á confesar valerosamente á Jesucristo, y las vió con alegría derramar su sangre en el martirio. Después continuó viviendo en el estado de viudez practicando obras de misericordia, hasta que murió en el Señor por los años de 130.*

SAN GERÓNIMO, DOCTOR DE LA IGLESIA.

San Gerónimo, ornamento del sacerdocio, tan célebre por su eminente virtud, por su rara sabiduría, por su profunda erudicion; orá-

culo del mundo cristiano, una de las mayores y mas brillantes lum-breras de la Iglesia, fue de Stridon, ciudad de Iliria en los confines de la Dalmacia y de la Panonia. Nació el año de 332, y su padre por nombre Eusebio, celoso cristiano y hombre de conveniencias, puso el mayor cuidado en dar á su hijo una cristiana educacion. Habiendo observado en aquel niño cierto fondo de capacidad y cierta brillantez de ingenio, poco regular en otros de aquella edad, resolvió no perdonar á diligencia alguna para cultivarle. Después que le hizo tomar una ligera tintura de las lenguas en su país, le envió á Roma bajo la disciplina de Donato, célebre gramático, con cuyo magisterio hizo el niño Gerónimo asombrosos progresos en las letras humanas. Pasó después á otros maestros, en cuya escuela aprendió las bellas letras y las ciencias profanas en grado muy superior al que se podia esperar de un estudiante. Por la particular inclinacion que profesaba á la retórica, y por su delicado gusto en ella, se hizo uno de los mas elocuentes oradores de su tiempo; y por su rara facilidad en las lenguas, se hizo admirar y ser tenido por uno de los hombres mas sabios de su siglo. Así el violento amor con que le arrebataban los libros, como los piadosos afectos de religion que desde su niñez le habian inspirado, fueron el freno de sus fogosas pasiones, que desde la misma infancia eran muy vivas.

Recibió Gerónimo el Bautismo siendo ya de madura edad, y desde aquel dichoso dia entabló una vida verdaderamente cristiana. Deseoso de conservar su inocencia, se desvió de todo aquello en que podia correr peligro, pareciéndole desde luego que los mejores preservativos contra el contagio eran la abstinencia, la mortificacion y la oracion. Ocupaba todo el tiempo en el estudio y en ejercicios espirituales. No contento con leer y con observar, se dedicaba tambien á copiar libros, de que formó una librería para su uso. Todos los dias iba con algunos compañeros suyos de los mas virtuosos á visitar las catacumbas de Roma ó las cuevas donde estaban sepultados los santos Mártires al rededor de la ciudad.

Para perfeccionarse en las ciencias y en la virtud emprendió el trabajo de viajar. Tomó el camino de las Gaulas, donde conoció y trató á muchos hombres sabios. Detúvose particularmente en Tréveris, acompañado siempre de Bonoso, que se habia criado con él y nunca se separó de su lado. Cuando volvió de las Gaulas se dirigió á Aquileya, donde hizo mansion algun tiempo disfrutando el trato del obispo Valeriano, uno de los mas santos y mas sabios prelados de aquel siglo, cuyo mayor gusto era hospedar y detener en su ca-

a, lo mas que le fuese posible, á cuantos hombres sabios y virtuo-
os podia conocer. En la misma ciudad estrechó amistad con el pres-
ntero Cromacio, que después fue sucesor de Valeriano, con Jovino,
Eusebio, Nicetas, Crisógono, Heliodoro, y Rufino, que andando el
iempo fue su mayor contrario.

Como habia renunciado ya por amor de Jesucristo todo lo que olia
carne y sangre, no pensó mas en su país; antes tomó el partido de
etirarse al Oriente, el campo mas fecundo de hombres grandes que
abia en el mundo á la sazon. Abandonadas, pues, todas las cosas,
mprendió su viaje con el presbítero Evagrio, Inocencio y Heliodo-
o, con un criado para todos cuatro que conducia la carga de sus li-
ros. Corrió la Tracia, el Ponto, la Bitinia, la Galacia, la Capadocia
la Cilicia, deteniéndose algunos dias en Tarso, donde nació san
Pablo, para aprender los idiotismos de la lengua materna del Após-
ol. De allí pasó á Antioquía de Siria, donde trabó comunicacion con
el famoso Apolinario, cuya herejía aun no se habia descubierto. Pero
reciendo cada dia en nuestro Santo el amor á la soledad, se retiró
un desierto de la provincia de Calcida con su amado Heliodoro,
Hilas é Inocencio. El consuelo que san Gerónimo experimentó en
uquel dulce retiro se turbó presto con la muerte de sus dos compa-
ieros Heliodoro é Hilas, y con haberse vuelto á Italia Inocencio. Tam-
bien acrisoló el Señor su virtud con otras pruebas. Afligióle con va-
rias enfermedades; pero lo que mas le acongojaba eran las violentas
entaciones de impureza con que le atormentaba la carne cuando le
laban treguas sus dolores, representándole continuamente con la ma-
yor viveza en la imaginacion los objetos que habia visto en Roma, y
excitándosele un involuntario pero vehemente deseo de las comodi-
lades de la vida que habia abandonado por medio de un generoso
sacrificio.

Viendo que no eran bastantes á librarle de estas molestas tenta-
ciones ni sus ayunos ni otras penitencias corporales, emprendió un
nuevo estudio mucho mas penoso que los otros. Dedicóse al de la
lengua hebrea, tomando por maestro á un judío convertido. Un hom-
bre que solo hallaba gusto en la lectura de las obras de Ciceron y de
los mejores autores latinos, claro está que se le habia de hacer muy
duro volver á estudiar alfabetos, ejercitándose en broncas aspiracio-
nes, escabrosas, ásperas y difíciles. Mas de una vez lo quiso dejar
todo acobardado con el trabajo, y no contribuyó poco la violencia
que se hizo á una enfermedad que padeció tan grave, que le redujo
al último extremo de la vida. Tuvo un sueño por aquel tiempo en

que le pareció que habiendo sido presentado ante el tribunal del so-
berano Juez, fue reprendido y castigado porque era mas ciceroniano
que cristiano. Entendió por este sueño ser la voluntad de Dios que
se hiciese perito en la comprension de las lenguas orientales, como
absolutamente necesarias para la inteligencia de la sagrada Escritura,
teniéndole destinado la divina Providencia para dejarnos una version
de toda ella, que es la que hoy usa la Iglesia.

Cuatro años permaneció Gerónimo en aquel desierto macerando
continuamente su carne con ayunos y con rigurosas penitencias. Pero
ninguna cosa ejercitó tanto su paciencia en aquella soledad como la
persecucion de los monjes cismáticos, que viéndole inviolablemente
adherido á la Iglesia de Roma, se valieron de todos los medios que
pudieron para inquietarle. No pararon hasta que le pusieron en pre-
cision de dejar su amado desierto. Fuése á Jerusalen, y vivió algun
tiempo en la campaña del contorno, andando de una en otra soledad.
Pero donde particularmente se detuvo fue en Belen, cuyo sitio tuvo
tanto atractivo para él, que se determinó á fijar allí su mansion. No
obstante, se vió precisado á volver á Antioquía, donde el obispo Pau-
lino, que tenia bien conocido el raro mérito de Gerónimo y su emi-
nente virtud, le pudo reducir á que se dejase ordenar de sacerdote,
aunque con la condicion de que no se le habia de aligar á iglesia al-
guna particular; que no habia de mudar el género de vida monás-
tica que habia abrazado; y que se le habia de permitir, dejándolo á
su arbitrio, vivir ó no vivir en soledad. Bajo estas tres condiciones
prestó su consentimiento. Con el sacerdocio se renovó su fervor, y la
nueva dignidad dió mayor esplendor á su virtud. No era fácil ima-
ginar sacerdote mas sabio, mas Santo, mas mortificado, ni mas hu-
milde. Era de cuarenta y cinco años cuando se ordenó de sacerdote.
El amor á la soledad le volvió á llevar á Belen, donde estuvo tres
años aplicado únicamente á la contemplacion y al estudio de la sa-
grada Escritura. Movido de la gran reputacion de san Gregorio de
Nacianzo, que gobernaba á la sazon la iglesia de Constantinopla, hizo
un viaje á aquella capital del Oriente. Mantúvose algun tiempo junto
á aquel santo Doctor, á quien siempre trató y veneró como á maestro
suyo. Tiénese por cierto que durante su residencia en aquella corte
imperial compuso el pequeño tratado sobre la *Vision de los Serafines*
de que habla Isaías, y tradujo en latin la crónica de Eusebio. Des-
pués que san Gregorio se retiró de Constantinopla renunciando aquel
obispado en obsequio de la paz, Gerónimo se restituyó á la Palestina:
pero ofreciéndose á Paulino, obispo de Antioquía, y á san Epifanio

hacer un viaje á Roma, quisieron absolutamente que nuestro Santo es acompañase. Luego que llegó á aquella cabeza del mundo, el papa an Dámaso, que conocia su mérito, le detuvo cerca de sí para que e ayudase á responder á las consultas de las iglesias. En todas ellas se hicieron luego notorios sus talentos. Ya era muy conocido en aque- la capital del universo por la penetracion y por la delicadeza de su ngenio, por su profunda erudicion, por su rara sabiduría en mate- rias de religion, por su habilidad en la inteligencia de las sagradas Escrituras y de todas las lenguas; pero cuando se observó mas de cerca a santidad de sus costumbres, su modestia, su humildad, aquel gé- nero de vida tan austera, su recogimiento interior y aquella tierna devocion que á pesar de su cuidado mostraba en el altar por las co- piosas lágrimas que continuamente derramaba en el santo sacrificio, todos á competencia se empeñaban en hacer con él las mayores de- mostraciones de estimacion, de veneracion y de respeto. Cada uno solicitaba llevarle á su casa, y como quizá nunca reinó mas que en- tonces la virtud entre las señoras romanas, eran pocas las que no te- nian en él una entera confianza. Pero bien persuadido el Santo de lo delicada que es la direccion de las mujeres, y no ignorando el des- velo que debe aplicar un director á evitar todas las ilusiones, todos los lazos y todos los peligros, se impuso una severa ley de no mirar jamás al rostro á mujer alguna, de no visitarlas, y de excusar con ellas toda frecuente conversacion, aunque fuese de cosas espirituales y santas. Oíalas con extraña modestia y compostura, respondíalas en pocas palabras, y nunca en asuntos que no fuesen de conciencia y pertenecientes á la salvacion. Pero ni su escrupuloso pudor, ni el con- tinuo miedo de que no se volviese á encender en su pecho el fuego de la tentacion, le pudieron dispensar de encargarse de la direccion de las señoras mas virtuosas por órden del papa Dámaso. Entre las que se gobernaban por san Gerónimo, y se aprovechaban mas de su doctrina y consejos, las que mas principalmente se distinguian eran santa Marcela viuda, santa Asella vírgen, Albina, madre de santa Marcela, santa Leta viuda, las santas Fabiolas, Marcelina, Felícitas y algunas otras, cuyas virtudes y méritos canonizó la santa Iglesia. No obstante, las mas célebres hijas espirituales suyas fueron santa Paula, y sus dos hijas Eustoquio y Blesilla, señora de raro mérito y virtud extraordinaria, en cuya muerte escribió san Gerónimo una bella epístola á santa Paula su madre y á santa Eustoquio su hermana para consolarlas en aquella pérdida.

Mientras tanto, aprovechándose el papa Dámaso de la mansion que

san Gerónimo hacia en Roma, le hizo continuar en sus obras sob[re] la sagrada Escritura. Fueron recibidas del público con tanto aplau[so], so, que en todo el mundo se hablaba de san Gerónimo con admira[cion]. cion. Pero en medio de este general aplauso se comenzó á descubr[ir] poco á poco cierta especie de emulacion, que tuvo principio en s[u] celestial sabiduría, y la misma santidad de su vida la encendió mas. La pureza de sus costumbres pareció á muchos eclesiásticos ser un[a] muda censura del desórden de las suyas; y muerto el papa Dámas[o] se desenfrenaron en maledicencias y en calumnias contra nuestro San[to]. to. Tratábase de hipocresía su compostura, su austeridad y su virtud; se hacia burla de su direccion dándosela cierta interpretacion malig[na], na, y se ponia en disputa hasta la santidad de su doctrina y la pu[reza] reza de su fe. Érale muy fácil á san Gerónimo, armado de su estilo y mucho mas de su inocencia, confundir á sus enemigos y disipar la calumnia; pero como solo suspiraba por su amado retiro, tomó el par tido de ceder el campo á la envidia, y saliendo de Roma el año de 385. se fué á embarcar en el puerto con su hermano menor Pauliniano para volverse á la Palestina. Aportó á la isla de Chipre, donde fue reci-bido con mucho gozo por san Epifanio en Salamina; después en An-tioquía de Siria, donde vió á Paulino; de allí se encaminó á Jerusa-len para pasar después á Egipto. Cuando llegó á Alejandría se hizo discípulo del famoso ciego Dídimo, que ya era venerado por uno de los mas célebres doctores de la Iglesia. Por huir las contestaciones y disputas de los Origenistas se restituyó á su dulce retiro de Belen, don-de ya habian llegado santa Paula y su hija santa Eustoquio. Santa Paula edificó dos grandes monasterios, uno para hombres, donde se retiró san Gerónimo, y otro para mujeres, dividido en tres comuni-dades.

Encargóse nuestro Santo de la direccion espiritual de las dos ca-sas, y despachó á su hermano Pauliniano para que vendiese lo que hubiese quedado de la herencia de sus padres. Empleó el precio en aumentar el número de celdas en su monasterio para poder hospedar mayor número de peregrinos, especialmente religiosos que venian de todas partes del mundo á visitar la Tierra Santa. Pero estos ejerci-cios de virtud y de caridad de ningun modo le distraian del estudio á que particularmente le habia llamado Dios. Después de haber enri-quecido ya á la Iglesia con muchas obras sobre el viejo y nuevo Tes-tamento, como tambien sobre diferentes asuntos morales, emprendió explicar la epístola de san Pablo á Filemon, á los gálatas y á los efe-sinos. Al mismo tiempo que trabajaba dia y noche en instruir y en

dificar á los fieles con sus obras doctrinales, no se descuidaba en re-
itar los errores de los herejes. Escribió dos libros *de la Virginidad*
ontra Joviniano. Acusáronle sus émulos de que por defender la ver-
ad habia dado en el extremo contrario; y publicó una *apología* de
u obra, que sirvió al mismo tiempo de defensa y de explicacion. Poco
empo después que salió á luz esta apología, publicó su catálogo *de*
os Escritores eclesiásticos.

Habiendo venido en peregrinacion á Jerusalen el año de 393 Ali-
io, obispo de Tagaste, quiso ver á san Gerónimo, cuya reputacion
e habia extendido por toda la África. Creció su estimacion y su con-
epto con la presencia y con el trato de aquel grande hombre. Lo que
lipio le refirió del mérito y talentos de san Agustin, bastó para pro-
esarle aquella inclinacion y aquel concepto superior, que fue el fun-
amento de la estrecha amistad que unió después á los dos Santos en
anta utilidad de toda la Iglesia.

Hacia entonces grandes progresos el origenismo en todo el Orien-
e; pero encontró en Gerónimo un formidable defensor de la verdad.
'or mas que Rufino y Juan, obispo de Jerusalen, quisieron disfra-
ar sus errores con apariencias de celo y de virtud, san Gerónimo les
uitó la máscara, y descubrió en ellos los desvarios de Orígenes. Quiso
engarse el Obispo: persiguióle á banderas desplegadas; amenazóle
on la excomunion; prohibióle la entrada en el Santo Sepulcro, y
e hubiera hecho desterrar, á no haberlo estorbado la autoridad de
anta Paula, á quien nuestro Santo se quejó amorosamente de que
on su intercesion le habia quitado la gloria de padecer destierro en
lefensa de la verdad.

Verdaderamente causa admiracion que un hombre sepultado en la
oledad, consumido de enfermedades, extenuado al rigor de los ayu-
os, de las vigilias y de las penitencias, pudiese bastar para dar ex-
ediente á tantas y tan penosas ocupaciones en que su celo por la Igle-
ia y su gran reputacion le empeñaba cada dia. Sus comentarios sobre
a sagrada Escritura; sus versiones de los Libros sagrados que adoptó
lespués la Iglesia; sus tratados dogmáticos contra los herejes, sin-
gularmente contra Origenistas y Pelagianos; sus solas epístolas, que
ada una vale un libro entero, en que se contiene el dogma mas puro
la moral mas sana de la religion cristiana, eran mas que suficien-
es para absorber todo el tiempo de la mas dilatada vida. Cobrando
ada dia mas vuelo su reputacion, era consultado de todas las pro-
incias del universo; corrian todos á él como á oráculo de la cristian-
lad, y era generalmente buscado como uno de los mas sabios y mas

santos doctores de la Iglesia. Las personas de mas alto nacimiento enviaban sus hijos, y los que venian en peregrinacion á la Tierra Santa contaban en el número de sus principales devociones la visita de san Gerónimo en Belen. Entre todas sus ocupaciones la principal era el estudio de la sagrada Escritura. Ninguno conoció mejor que san Agustin el mérito de este trabajo y el importante servicio que hacia con él á la Iglesia. Escribióle su parecer, y le exhortó á que continuase una obra de tanta importancia. Tradujo, pues, del hebreo en latin todos los libros del Viejo Testamento; y los libros de Judith y de Tobías los tradujo del caldeo. Á ruegos del papa san Dámaso habia corregido el Salterio latino de la antigua version itálica, sobre la edicion de los Setenta hecha por san Luciano. Tambien corrigió el Nuevo Testamento sobre la version griega, y en fin, publicó corregida de su mano la misma version griega de los Setenta. No son menos admirables que sus versiones sus comentarios sobre la sagrada Escritura; de manera, que con mucha razon dice la Iglesia en el oficio del dia, *que le escogió Dios para explicar la Escritura sagrada.*

No habiendo aprobado san Agustin el estilo, un poco mas acre de lo justo, que usó nuestro Santo en su impugnacion contra los errores del origenista Rufino, le escribió ingenuamente su sentir. La respuesta fue tambien un poco viva; pero la profunda humildad de los dos Santos terminó presto aquella leve oposicion de dictámenes, y el efecto de aquella discordia pasajera fue renovarse entre los dos mas estrechamente la amistad, que nunca padeció después de la mas mínima alteracion en toda la vida.

Pelagio y su discípulo Celestio salieron de Roma, y se retiraron, el primero á la África, y el segundo á Palestina, donde uno y otro comenzaron á sembrar sus errores. El primero que tuvo la honra de escribir contra esta herejía en su epístola á Cresifon fue san Gerónimo, y el año de 415 compuso un gran tratado en forma de diálogo, en que refutó los errores de Pelagio. Sintió tanto este heresiarca los mortales golpes que san Gerónimo descargaba contra su herejía en aquella obra, que aunque no se le nombraba en ella, determinó quitarse la máscara, y no guardar ya mas medidas con el Santo. Vengóse de él como hereje. Favorecido secretamente del obispo Juan, que siempre conservó en su corazon la levadura del antiguo odio que habia profesado á san Gerónimo, comunicó Pelagio su furor á una tropa de forajidos, los cuales se arrojaron en Belen sobre los dos monasterios que estaban á la direccion de nuestro Santo. Cometieron en ellos

cuantos excesos se pueden imaginar: saquearon las dos casas, y degollaron muchas personas de uno y otro sexo. Fue comprendido un diácono en aquella mortandad, y desolándolo todo á fuego y sangre, Gerónimo escapó de aquel peligro por milagro. Sobrevivió poco tiempo el obispo Juan á unos excesos en que habia tenido alguna parte; pero Praylo, su sucesor, se portó muy de otra manera con nuestro Santo, cuya virtud y mérito tenia bien conocidos; mas gozó poco tiempo Gerónimo de esta quietud. Habia dias que experimentaba visiblemente la decadencia de sus fuerzas consumido de enfermedades y de penitencias cuyo rigor no remitió hasta la muerte. Vióla venir con aquella tranquilidad y con aquella alegría, cuyo gusto solo se reserva la virtud en aquella última hora. Habiendo recibido con extraordinario fervor todos los Sacramentos, lleno de dias y de merecimientos entregó su alma al Criador el dia 30 de setiembre del año 420, casi á los noventa de su edad, habiendo pasado cerca de cuarenta en su solitario retiro.

Sintió toda la Iglesia la pérdida de aquel grande hombre que la habia enriquecido con tantas y tan sabias obras, y la habia edificado con tantos y tan grandes ejemplos. El cuerpo de san Gerónimo, que á su muerte apenas era mas que un esqueleto, fue sepultado en la gruta de su monasterio de Belen, y después trasladado á la iglesia de Santa María la Mayor de Roma junto al pesebre del Salvador, donde se erigió un altar en honor del Santo; pero su cabeza se adora en la magnífica iglesia de Cluni. Reconócele la Iglesia por uno de sus cuatro doctores principales, san Gregorio papa, san Ambrosio, san Agustin y san Gerónimo, cuyo culto se ha extendido en España mas que en otras partes con motivo de la religiosa Órden que hasta el dia de hoy se honra con su nombre, y dedicada principalmente en la soledad y en el retiro al celestial ejercicio de las divinas alabanzas, hace tanto honor á la Religion y á la Iglesia, promoviendo con tanta devocion como magnificencia el culto divino en desempeño de su angelical instituto.

La Misa es en honor del Santo, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui Ecclesiae tuae in exponendis sacris Scripturis, beatum Hieronymum confessorem tuum, doctorem maximum providere dignatus es; praesta, quaesumus, ut ejus fragantibus meritis, quod ore simul et opere docuit, te adjuvante,

Ó Dios, que para la exposicion de las sagradas Escrituras colocaste en tu Iglesia al máximo doctor san Gerónimo tu confesor; suplicámoste nos concedas por sus merecimientos, que mediante tu divina gracia, practiquemos lo que él nos enseñó tanto con sus pa-

exercere valeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

labras como con sus ejemplos. P Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, capítulo IV.

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius et regnum ejus, praedica verbum; insta opportune, importune; argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistae, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meae instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiae, quam reddet mihi Dominus in illa die justus Judex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

Carísimo: Te conjuro delante Dios, y de Jesucristo que ha de ju gar á los vivos y á los muertos p su venida y por su reino, que pred ques la palabra; que instes á tiem y fuera de tiempo; que reprendas, s pliques, amenaces con toda pacien y enseñanza. Porque vendrá tiempo que no sufrirán la sana doctrina: an bien juntarán muchos maestros conf mes á sus deseos que les halaguen el do, y no querrán oir la verdad, y se co vertirán á las fábulas. Pero tú vel trabaja en todo, haz obras de evange lista, cumple con tu ministerio. templado. Porque yo ya voy á ser sa crificado, y se acerca el tiempo de muerte. He peleado bien, he consu mado mi carrera, y he guardado la f Por lo demás tengo reservada la coro na de justicia que me dará el Señor e aquel dia, el justo Juez: y no solo á m sino tambien á todos los que aman s venida.

REFLEXIONES.

Vendrá tiempo en que los hombres no sufrirán la sana doctrina. ¿A dónde se fueron aquellos dichosos siglos, aquellos dias claros y se renos en que el espíritu dócil, el corazon recto y puro solo amaban la verdad, solo buscaban la verdad, á nada tomaban gusto sino á la doctrina sana y neta del Evangelio? ¿á dónde se fué aquella cristiana sencillez, de que hacian vanidad los mas elevados ingenios, que enemiga de toda preocupacion hacia reinar la fe aun en medio del ciego paganismo? Desaparecieron ya aquellos dias tranquilos y despejados. Siempre se comunica al entendimiento el corrompido temple del corazon, y levanta aquellas espesas nieblas que oscurecen la fe, y cierran el paso aun á las luces mismas del corazon. Todo lo turban las pasiones; y en viéndose estas con libertad, hacen esclavo al corazon y al entendimiento. Apágase la fe en corrompiéndose las cos-

umbres. No hay objeto mas digno de lástima que un corazon y un ntendimiento entregados á sí mismos. Luego que domina el orgullo e debilita la piedad. Ya no se consulta mas que á las luces propias le cada uno; y como estas son tan amortecidas y tan limitadas, está ronto el descamino. No se quiere reconocer otra guia en las verda- es de la Religion que á su propio entendimiento. Solo se cree aquello ue se comprende. Preténdese que la fe no debe tener otro garante ue la razon natural; y á fuerza de quererlo probar todo, y que todo ea plausible, de todo se duda. Hasta los entendimientos mas limita- os, hasta los genios mas vulgares y mas rateros presumen de jueces oberanos para pronunciar definitivamente sobre las verdades mismas e la Religion. Las mismas mujeres se imaginan con legítimo dere- ho para meterse en esta crítica. La herejía fue la que introdujo en l mundo este espíritu particular. Muy de temer es, que á fuerza de iscurrir como filósofos, se deje de creer como Cristianos. No hubo ámas siglo tan fecundo en críticos como el nuestro. ¿Qué han pro- ucido esas escrupulosas indagaciones y esos imaginarios descubri- ientos? No mas que propagar entre los fieles una especie de pirro- ismo, para que desconfiando de la piadosa credulidad de nuestros ayores, se hagan insensiblemente incrédulos en todos los hechos. ¡Buen Dios! ¿á dónde se fué aquella religiosa docilidad tan esencial todos los Cristianos? Los mayores genios del universo, aquellos es- íritus sublimes é iluminados, aquellos hombres llenos del espíritu e Dios, cuya sabiduría igualaba á su virtud, y cuya virtud se veia utorizada con milagros, se preciaban de deferir á la tradicion de sus adres. No hay hoy mas luces que entonces; pero hay mas osadía, as orgullo, y menos humildad. ¿Cuál es el fruto de todas nuestras utilezas?

El Evangelio es del capítulo v *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terrae. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus, qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bo-

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vues-

na, et glorificent Patrem vestrum, qui in coelis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat coelum et terra, jota unum, aut unus apex non praeteribit à lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno coelorum; qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno coelorum.

tra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el reino de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

Todo se hace fácil al que ama á Dios.

Punto primero. —Considera que es verdad de fe, que el yugo del Señor es suave: *Jugum meum suave est;* y su carga ligera, *et onus meum leve.* Aunque la experiencia por confesion de todos los Santos no nos demostrara esta práctica verdad, bastaria la palabra de Jesucristo para persuadirnos que se engañan nuestros sentidos, y que nuestra razon padece error cuando nos dice que el servicio de Dios es penoso; que siendo tan estrecho el camino que conduce á la vida, por precision ha de congojar; y que el único alimento de la virtud es la amargura de los trabajos. Penitencia, mortificacion, adversidades, menosprecios y humillaciones, esta es, en opinion de los hombres, la legítima de los Santos; y esto es lo que espanta y lo que desvia del servicio de Dios á tantas almas cobardes. Sin embargo, aunque sea tan universal esta opinion, aunque sea tan plausible, aunque esté tan autorizada en el mundo, ella es absolutamente falsa. El Salvador, la verdad eterna, el oráculo infalible, asegura positivamente que no hay verdadero consuelo ni verdadero gusto en la tierra sino en el servicio de Dios. No hay verdad mas cierta. Pero ¿no nacen las cruces en todos los caminos de la perfeccion? ¿No es inseparable la mortificacion de la verdadera virtud? ¿Se puede entrar en el cielo sin hacerse violencia? Ciertamente no. Pero el amor de Dios es el cimiento, la basa, y como el alma de la virtud cristiana; y cuando se ama á Dios, dice san Agustin, nada se hace pesado, nada amargo, nada dificultoso: *Ubi amatur, non laboratur; et, si laboratur, labor amatur.* Cuando

se ama á Dios todo se hace dulce, todo fácil; y si se encuentra algun trabajo, el mismo trabajo se ama tanto, que se echaria menos, y se sentiria mucho si no se padeciese. Cuanto mas se padece por el objeto amado, mas gusto y mas consuelo se experimenta en lo mismo que se padece. Nada le cuestan á Jacob siete años de servicio cuando considera que Raquel ha de ser el premio de ellos. Grandes incomodidades se padecen en una larga navegacion; en el ejército hay fatigas bien penosas; un puesto importante no se defiende sin grandes riesgos. Con todo eso, la codicia, el honor, la distincion, el amor de la gloria devoran todas estas dificultades, todos estos peligros, todos estos trabajos; ¡y no se creerá que el amor puro y sincero de Dios tenga la misma virtud!

Punto segundo. — Considera que el amor de Dios tiene el secreto como de encantar todo lo duro, lo ingrato que se encuentra en la práctica de la virtud. Endulza las cruces mas amargas, aligera las mas pesadas, y allana los caminos mas escabrosos. Es preciso (se dice) hacerse violencia para ser Santo. Esto quiere decir que es necesario vencer sus pasiones, sus inclinaciones, y su natural: que es menester mortificar los sentidos y el amor propio; enemigos formidables, contra los cuales está determinada á combatir una alma generosa y abrasada en el amor de su Dios. Claró está que nunca se hace la guerra sin trabajo. La vigilancia con que se debe vivir para evitar las sorpresas del enemigo, las fatigas que indispensablemente se han de padecer para atacarle y para deshacerle son penosas; ¿quién lo puede negar? pero ¿qué general, qué soldado victorioso no despreció siempre lo que es preciso padecer para atacar y para derrotar al enemigo por conseguir una gloriosa victoria? ¿Con qué paciencia se está dia y noche en una trinchera aguantando los mas rigurosos temporales? ¿con qué firmeza se sostienen los esfuerzos de un batallon y de una partida? ¿con qué ardor se monta una brecha, se avanza al asalto para tomar una plaza? Todo esto lo suaviza el amor de la gloria. Pues mucho mas suaviza todas las cruces el amor de Dios. Recorramos todos los estados de la vida. Hombres de negocios, comerciantes, hombres de letras, el amor del interés, la ambicion y la codicia vencen todas las dificultades. Hechizos mucho mas poderosos tiene el amor de Dios. La ansiosa pasion de agradar á un Dios que se ama, participa en cierto modo la omnipotencia del divino objeto amado. Un hombre que ama verdaderamente á Dios, apenas puede comprender que haya trabajado en ayunar, en macerar el cuerpo, en mortificar los senti-

dos, en hacerse violencia y en vencerse. Considera (y le sobra la razon) á la sensualidad y al amor propio como enemigos declarados de su Dios, como á enemigos de su eterna salvacion, como á sus mortales enemigos; y ¿quieres que halle dificultad en vencerlos? Traigamos á la consideracion aquellos desiertos espantosos habitados por un infinito número de penitentes: juntemos las penitencias de todos los Santos: añadamos lo que los Mártires padecieron por la fe. A todos los oirémos exclamar con el Apóstol: *Non sunt condignae passiones hujus temporis, ad futuram gloriam.* Ninguna proporcion tienen estos trabajos con el premio que esperamos. Preguntémoselo á todos los Santos: nos responderán, que todo es gozo, todo dulzura, todo consuelo en el corazon, en el alma de los que aman á Dios. Inundado está su corazon de aquellas puras y espirituales delicias. No comprendemos nosotros estos misterios porque no amamos á Dios.

Jaculatorias. —Pueblos de la tierra de Israel, colocad todo vuestro gusto y toda vuestra alegría en servir y en alabar al Señor. (*Psalmus* xcix).

¡Oh Señor, y qué abundancia de consuelos y de dulzuras teneis reservadas á los que os aman y os temen! (*Psalm.* xxx).

PROPÓSITOS.

1 No digas ya que cuesta mucho el ser Santo. Esta cantinela tan comun entre los imperfectos y entre los mundanos es buena prueba de lo poco que se ama á Dios, y hace poca merced á los que usan este lenguaje. Las dificultades que se figuran en el servicio de Dios, no están en el mismo servicio, sino en el corazon de los que vanamente se lisonjean de que le quieren servir. A un enfermo sin fuerzas y sin espíritu; á un hombre extenuado y consumido con una calentura, la menor carga se le representa peso enorme, al mismo tiempo que á un hombre sano y vigoroso le parece la cosa mas ligera. El mismo enfermo que no puede dar dos pasos sin sofocarse, en sana salud anda una legua á pié sin la menor fatiga. Aprovéchate de estas reflexiones prácticas. Ama á Dios, y todo se te hará dulce, fácil y suave en su servicio. Ama á Dios, y se desvanecerán todas las dificultades que abulta tu aprehension en el camino de la salvacion. Pero si las máximas del Evangelio te parecieren demasiadamente amargas y demasiadamente duras, ten por cierto que no amas á Dios. Pídele sin cesar este amor: Jesucristo vino á encender en la tierra este di-

vino fuego, y no desea otra cosa sino que el mundo se abrase en él. Culpa tuya será si está apagado en tu corazon.

2 No habla esto solo con las gentes del mundo; tambien las personas religiosas encontrarán aquí un fondo de reflexiones que las interesa mucho. A todos atemoriza el desierto y les causa tedio la soledad. Prometíanse un maná celestial de gusto delicioso, un aire dulce, un cielo siempre sereno, rios de leche y miel, defendidos de los rayos del sol, alumbrados aun en medio de las mas densas tinieblas; pero les sucede todo lo contrario. Solo experimentan disgusto y tedio; la vida uniforme y arreglada cansa; la puntualidad fastidia; la continua sujecion y dependencia da en rostro; todo se hace insoportable y molesto. ¿Padecióse acaso algun engaño en la idea que se habia formado del estado religioso? ¿engañáronnos en la pintura que nos hicieron de los consuelos que se escondian en aquella vida? de ningun modo. Estos consuelos son todavía mucho mas exquisitos y mucho mas abundantes que nos habian prometido; pero solo se reservan para los religiosos fervorosos, para las almas generosas y fieles. Luego que se entibia el fervor, se pierde el gusto. Ámese fervorosamente á Dios, á quien se sirve, y todo se hará fácil en su servicio. Las reglas serán fuentes de dulzuras; la obediencia principio de tranquilidad; la mas rígida pobreza un tesoro inagotable. Pero si se vive con relajacion, con tibieza y con disipacion, luego se echa menos la tierra de Egipto que se dejó; luego se comienza á sentir la pesadez del yugo y el tedio de la soledad. Ama á Dios con generosidad y sin mezcla de otro amor, y no encontrarás mas que torrentes de consuelo en el estado religioso.

FIN DEL MES DE SETIEMBRE.

NOTA. *La aprobacion del Ordinario se hallará en el último tomo.*

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN EL MES DE SETIEMBRE.

	Pág.
Dia I.—San Gil, abad.	6
Los doce santos hermanos mártires.	12
San Gil de Casayo.	12
San Vicente, presbítero y mártir.	13
San Lupo, arzobispo de Sens.	14
San Josué, capitan del pueblo hebreo.	16
San Gedeon, juez y capitan del pueblo hebreo.	22
El Evangelio y Meditacion: De los falsos gustos del mundo.	30
Dia II.—San Esteban I, rey de Hungría.	35
San Antonino ó Antolin, mártir.	43
El Evangelio y Meditacion: Que cuesta menos ganarse que perderse.	52
Dia III.—Santa Serapia, vírgen, y santa Sabina, viuda, mártires.	56
San Sandalio, mártir.	62
San Simeon Stilita, el Menor.	62
San Nonito ó Nonicio, obispo y confesor.	63
El Evangelio y Meditacion: Del espíritu del mundo.	66
Dia IV.—San Moisés, profeta.	71
Santa Rosalía de Palermo, vírgen.	97
Santa Rosa de Viterbo.	104
Santa Cándida, viuda.	107
Santa Ida, viuda.	108
El Evangelio y Meditacion: Del desprecio de las cosas pequeñas.	111
Dia V.—San Lorenzo Justiniano, obispo y confesor.	115
Santa Obdulia.	120
San Bertin, abad de Sithieu.	121
La traslacion de san Julian, obispo de Cuenca.	126
El Evangelio y Meditacion: Cómo nos hemos de aprovechar de los talentos que Dios nos dió.	129
Dia VI.—San Zacarías, profeta.	133
San Eugenio, obispo y mártir.	134
San Eleuterio, abad.	140
El Evangelio y Meditacion: De la vida del siglo.	143
Dia VII.—Santa Regina ó Reina, vírgen y mártir.	147
El beato Mateo de Agrigento.	153
San Clodoaldo ó san Cloud, presbítero y confesor.	156

El Evangelio y Meditacion: De la tentacion. 160
Dia VIII. — La Natividad de la santísima Vírgen. 164
Fiesta de Nuestra Señora de Monserrate, é historia de su dichosa invencion. 171
San Adrian ó Adriano, mártir. 178
El beato Gudila. 182
Santa Adela, viuda. 183
El Evangelio y Meditacion: Sobre la Natividad de la santísima Vírgen. 186
Dia IX. — La fiesta del santo y dulcísimo Nombre de María. 191
Santa María de la Cabeza. 198
San Gregorio, confesor. 205
Los santos Doroteo y Gorgonio, mártires. 205
El Evangelio y Meditacion: De la devocion al santo nombre de María. 209
Dia X. — San Nicolás de Tolentino, confesor. 214
Santa Pulcheria, vírgen y emperatriz. 219
San Salvio, obispo y confesor. 222
San Hilario, papa y confesor. 223
El Evangelio y Meditacion: De la incertidumbre del estado en que nos hallamos. 226
Dia XI. — San Proto y San Jacinto. 230
San Paciente, arzobispo de Leon. 232
San Pafnucio, obispo y confesor. 235
Santa Teodora alejandrina, penitente. 236
El Evangelio y Meditacion: De la caridad cristiana. 243
Dia XII. — La conmemoracion de los fieles difuntos. 247
San Leoncio y compañeros, mártires. 252
San Guido ó Guidon, confesor. 252
El beato Miron, confesor. 257
El beato Jubenco, presbítero. 258
El Evangelio y Meditacion: De la incertidumbre de la hora de la muerte. 360
Dia XIII. — San Maurillo ó Maurilio, obispo de Angers. 265
San Felipe, mártir. 271
San Eulogio ó Eloy, patriarca de Alejandría y confesor. 272
El Evangelio y Meditacion: De la confianza en Dios. 275
Dia XIV. — La Exaltacion de la Santa Cruz. 279
Santa Catalina de Génova, viuda. 285
San Cormac, obispo de Cashel, y rey de Munster en Irlanda. 287
Himno. 288
El Evangelio y Meditacion: Del amor de los trabajos y cruces. 290
Idem. — Los dolores de María santísima. 294
Himno. — *O quot undis*, etc. 301
Secuencia. 304
El Evangelio y Meditacion: Sobre los frutos que deben causar en el cristiano los dolores de María. 304

DIA XV. — San Nicomedes, mártir. 309
San Aichardo, abad de Jumieges. 311
San Emila y Jeremías, mártires. 316
El Evangelio y Meditacion: De la devocion á la santísima Vírgen. 318
DIA XVI. — San Cornelio, papa y mártir. 322
San Cipriano, obispo y mártir. 324
Santos Rogelio y Servio Deo, mártires. 331
Santa Eufemia, vírgen y mártir. 333
Santa Edita, vírgen. 335
El Evangelio y Meditacion: No hay otro verdadero mal en la tierra que el pecado. 339
DIA XVII. — La milagrosa impresion de las llagas de San Francisco. 342
Santa Columba, vírgen y mártir. 346
San Pedro Arbués, mártir. 350
San Lamberto, obispo y mártir. 361
El Evangelio y Meditacion: De la penitencia necesaria á todos. 368
DIA XVIII. — Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia. 371
San Ferreolo, ó Ferriol, mártir. 379
San José de Cupertino, confesor. 381
El Evangelio y Meditacion: De las obras de misericordia. 387
DIA XIX. — San Genaro ó Januario, obispo y mártir, y sus compañeros. 392
Santa Pomposa, vírgen y mártir. 397
San Rodrigo de Silos. 399
El Evangelio y Meditacion: De la perseverancia. 403
DIA XX. — San Eustaquio y sus compañeros, mártires. 407
San Agapito, papa y confesor. 414
El Evangelio y Meditacion: Qué opuestas son las máximas de Cristo á las máximas del mundo. 419
DIA XXI. — San Mateo, apóstol y Evangelista. 422
San Jonás, profeta. 428
El Evangelio y Meditacion: De la fidelidad á la gracia de la vocacion. 432
DIA XXII. — San Mauricio y sus compañeros, mártires. 436
El Evangelio y Meditacion: Que no hay en la tierra otro verdadero mal sino el pecado. 445
DIA XXIII. — San Lino, papa y mártir. 448
Santa Tecla, vírgen y mártir. 453
Santa Xantipa y Polixena. 457
El Evangelio y Meditacion: Del fin del hombre. 460
DIA XXIV. — Fiesta de Nuestra Señora de la Merced ó Misericordia. 463
Grandezas de la primera y milagrosa imágen de la santísima Vírgen María con el título de la Merced. 469
San Dalmacio, confesor. 472
El Evangelio y Meditacion: Los bienes que la santísima Vírgen procura á sus verdaderos devotos. 478

Dia XXV. — San Lope, obispo y confesor. 482
San Fermin, obispo y mártir. 485
San Formerio, mártir. 490
El Evangelio y Meditacion: De las obligaciones del estado de cada uno. 496
Dia XXVI. — San Cipriano y santa Justina, vírgen y mártires. 500
El Evangelio y Meditacion: De los frutos de la penitencia. 508
Dia XXVII. — San Cosme y san Damian, mártires. 512
San Adulfo y san Juan, mártires. 517
San Simeon Metafraste, confesor. 519
San Elzear ó Eleázaro, conde de Arian, y santa Delfina. 520
El Evangelio y Meditacion: De la soledad interior. 526
Dia XXVIII. — El beato Simon de Rojas, confesor. 536
San Wenceslao, duque de Bohemia, mártir. 538
Santa Eustoquio ó Eustoquia, vírgen. 546
El Evangelio y Meditacion: Que á todos es necesario el espíritu de recogimiento y de retiro. 549
Dia XXIX. — La fiesta de san Miguel, arcángel. 553
El Evangelio y Meditacion: De la devocion á los santos Ángeles. 562
Dia XXX. — San Gerónimo, doctor de la Iglesia. 565
El Evangelio y Meditacion: Todo se hace fácil al que ama á Dios. 576

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

FIN DEL ÍNDICE.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

Acc. 5414 248.3
C65
Croisset, P. S. J.
AUTHOR
Ano Cristiano (Vol. IX)
TITLE